

**LOS VIAJES PRESIDENCIALES EN CHILE. SIGLO XIX**

**BALMACEDA EN LA PROVINCIA**

**Tesis presentada por RAFAEL SAGREDO BAEZA  
en conformidad con los requisitos establecidos  
para optar por el grado de Doctor en Historia**

**Director de Tesis  
Carlos Marichal**

**El Colegio de México  
Centro de Estudios Históricos**

**Julio de 2000**



**PRESIDENTE**

**PRIMER VOCAL**

**VOCAL SECRETARIO**



**Para Pilar**



## AGRADECIMIENTOS

No me resulta difícil la redacción de estas páginas de reconocimiento. Entre otras razones, porque mi experiencia me demuestra que una tarea como la que he emprendido y culminado, independiente que finalmente la responsabilidad por lo realizado se concentre en una sola persona, ha sido posible gracias a la participación de numerosas otras.

En primer término, vayan mis reconocimientos para mis profesores del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, en especial para el director de esta tesis, Carlos Marichal. Su acogida, sus cursos, su interés y comprensión para con mi trabajo, sus oportunos consejos y agudas observaciones, han sido fundamentales en la preparación de esta investigación. Mucho de lo positivo que ella pueda tener se debe a Carlos.

Pero también tengo deudas con Clara Lida, Solange Alberro, Marcello Carmagnani y Enrique Florescano, entre otros, pues fue a través de sus seminarios y cursos, su preocupación, estímulo y comentarios, que pude delinear algunos de los temas de esta investigación. Esperamos que ellos puedan reconocer aquí sus enseñanzas.

Fundamental ha resultado también Francisco Zapata. A él debo no sólo sus aportes respecto de la historia de Chile y sus reflexiones de orden metodológico, también la hospitalidad que junto con María Luisa Tarrés me brindó en México.

Más recientemente, Luis Aboites ha sido un meticuloso y crítico lector de mi trabajo, cuyos planteamientos han sido muy provechosos en más de un sentido. Espero no haber defraudado sus expectativas.

También en México, como no mencionar a mis compañeros Fanni Muñoz y Arnaldo Moya, su amistad, sus particulares miradas de mi trabajo, los momentos compartidos con ellos y otros amigos están en este texto.

En Chile, mi gratitud para con el Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la Biblioteca Nacional que, desde 1990 me acoge y me ha brindado la oportunidad de realizar esta investigación. Para Sergio Villalobos R., fundador y primer director del mismo, mi reconocimiento por su interés permanente en mi formación, por su confianza, sus enseñanzas y, en especial, su amistad de maestro.

La Universidad Católica de Chile, a través de su Instituto de Historia también ha sido decisiva. Tanto por su apoyo institucional, que agradezco en las personas de los directores Cristián Gazmuri y Nicolás Cruz, como por la oportunidad que me ha dado de compartir mi trabajo con los estudiantes y así beneficiarme de sus dudas, críticas, reflexiones y preguntas. Que duda cabe que el contacto con ellos, además de estimulante, resultó enriquecedor, en especial en lo relativo a buscar la claridad necesaria para explicar mis ideas. Espero haberlo conseguido.



**AGRADECIMIENTOS**

VII

**ÍNDICE**

<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>1</b>
LA ÉPOCA DE BALMACEDA	8
LOS PROBLEMAS ABORDADOS	9
UNA EXPLICACIÓN NECESARIA	12
LA ESTRUCTURA	16
BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES	19
<b>I- LA EVOLUCIÓN REPUBLICANA</b>	<b>29</b>
EL ORDEN CONSERVADOR Y AUTORITARIO	29
LA EXPANSIÓN NACIONAL	38
LA TRANSFORMACIÓN POLÍTICA	49
EL CHILE DE LA ÉPOCA DE BALMACEDA	55
<b>II- CIUDADANOS, OPINIÓN PÚBLICA Y PRÁCTICAS POLÍTICAS</b>	<b>71</b>
LA EVOLUCIÓN DEL CUERPO ELECTORAL	71
MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y OPINIÓN PÚBLICA	83
LAS CAMPAÑAS ELECTORALES	98
<b>III- JOSÉ MANUEL BALMACEDA, POLÍTICO LIBERAL</b>	<b>111</b>
LOS TRABAJOS ELECTORALES DE BALMACEDA	111
EL DISCURSO DEL HOMBRE PÚBLICO	125
EL QUEHACER DE BALMACEDA	139
<b>IV- EL GOBIERNO EN LA PROVINCIA</b>	<b>155</b>
LA EVOLUCIÓN DEL VIAJE GUBERNAMENTAL	155
BALMACEDA EN LA PROVINCIA	178
LA COMITIVA OFICIAL	212
<b>V- EL VIAJE GUBERNAMENTAL</b>	<b>231</b>
LA PARTIDA Y EL DESPLAZAMIENTO	231
LA RECEPCIÓN	249
LOS TRANSPORTES	258

<b>VI- LA VISITA PRESIDENCIAL</b>	<b>271</b>
LAS ACTIVIDADES GUBERNAMENTALES	271
VIAJE Y PARTICIPACIÓN POPULAR	280
EL DISCURSO DE LOS ANFITRIONES	287
El balance de la página editorial	303
<b>VII- VIAJES Y LUCHA POR LA OPINIÓN</b>	<b>319</b>
VIAJE Y CONFLICTO POLÍTICO	319
EXCURSIONES CENSURADAS	338
LA OPINIÓN SE PRONUNCIA	352
<b>VIII- EL ÚLTIMO VIAJE DEL PRESIDENTE BALMACEDA</b>	<b>375</b>
BALMACEDA AL FRENTE DE BATALLA	375
EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE CHILE	386
EL PRESIDENTE BALMACEDA	392
BALMACEDA DICTADOR	400
CUERPO, POLÍTICA Y AUTORIDAD	407
<b>IX- BALMACEDA Y LAS REPRESENTACIONES DEL PODER</b>	<b>431</b>
LOS VIAJES DE BALMACEDA EN LA PRENSA	431
LA AUTORREPRESENTACIÓN DEL PODER	439
EL VIAJE GUBERNAMENTAL COMO PRÁCTICA POLÍTICA	449
EL VIAJE COMO ESPECTÁCULO	458
<b>CONCLUSIONES</b>	<b>473</b>
<b>ÍNDICE DE CUADROS</b>	<b>479</b>
<b>ÍNDICE DE MAPAS</b>	<b>481</b>
<b>ÍNDICE DE ANEXOS Y ANEXOS</b>	<b>481</b>
<b>FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>521</b>

## INTRODUCCIÓN

La tesis esencial de esta investigación es que los viajes gubernamentales a las provincias de Chile encabezados por José Manuel Balmaceda entre 1883 y 1891, constituyen una forma de hacer política, una práctica política inédita en el país destinada a captar adhesiones y el apoyo popular que hiciera posible fortalecer la imagen presidencial. Lo anterior, en un momento de la evolución nacional en que la trayectoria histórica hacia una sociedad liberal había disminuido el poder político del Presidente de la República en favor del Congreso Nacional provocando, por la actitud asumida por los contendores, el enfrentamiento entre los dos poderes del Estado.

Sostenemos también que a través de sus desplazamientos fuera de la capital, Balmaceda hizo posible una instancia de representación del poder y de la sociedad en virtud de la cual no sólo amplió el espacio en que tradicionalmente éste se había ejercido en Chile, sino que, además, propició la participación en la política nacional de grupos normalmente ajenos a ella, intentando con ello fortalecer su situación política.

Postulamos que al hacerse presente en la provincia chilena, el presidente Balmaceda utilizó los sentimientos y valores asociados a la institución que personificaba, así como su corporalidad, en favor de los intereses políticos ligados a su figura, a la administración de la cual formaba parte y al Estado que encabezaba.

Con sus sistemáticas excursiones por el territorio efectivamente incorporado a la trayectoria nacional en su época, Balmaceda se transformó en un activo agente de progreso y de integración del país, sin perjuicio de haber pretendido también hacer del ejecutivo un ente propiciador de la distribución de la riqueza nacional. En este afán, con sus viajes, Balmaceda intentó atraerse el apoyo de aquellos grupos que no habían sido objeto de atención del poder y ampliar así la base de sustentación de sus políticas que, como lo demostraría la Guerra Civil de 1891, no contaron con el consentimiento de toda la sociedad.

Para lograr sus objetivos, Balmaceda hizo de sus excursiones por el país verdaderos espectáculos en los que su figura representó el papel fundamental; pero en los cuales, y haciendo uso de todos los componentes de un desplazamiento oficial, se ofrecieron también instancias de integración de la población y de participación de las sociedades de la provincia.

Sostenemos que el conjunto de los viajes de Balmaceda, junto con mostrar la fortaleza de un Estado que es capaz de hacerse presente a través de su máxima figura en casi cualquier rincón de su territorio, representa una forma de gobernar que a través de una nueva dramaturgia política, representó al Chile del último tercio del siglo XIX. Una sociedad en proceso de cambio, más heterogénea y más plural en lo político.

Nuestros planteamientos sobre los viajes estudiados se ven confirmados si se considera que los desplazamientos gubernamentales anteriores a los de Balmaceda no tuvieron un propósito político esencial, siendo más bien la expresión de una intención del poder ligada al buen gobierno y a la administración republicana del nuevo Estado. El conocimiento y comprensión de tales viajes, sin embargo, nos permite sostener que la presencia de la autoridad en la provincia está asociada a períodos de crecimiento económico y a la expansión general de la sociedad, como en la época de Balmaceda; transformándose éstos en antecedentes que explican y justifican que el gobernante deba desplazarse por el territorio bajo su jurisdicción; aunque sin la necesidad imperiosa de utilizar efectos, como sí tuvo que hacerlo Balmaceda, para captar la adhesión y la simpatía de una sociedad que, hasta la época de Balmaceda, estaba acostumbrada a entregar su apoyo al gobernante.

En relación con la sociedad, nuestra investigación nos permite afirmar que el progresivo predominio de la ideología liberal a lo largo del siglo XIX, la evidente ampliación y diversificación social y espacial del cuerpo electoral, así como la constitución de una opinión pública que a través de diversos medios se sitúa como un ente independiente del Estado y del gobierno -transformándose en un verdadero agente legitimador o censorador de las conductas de los actores políticos- actuaron como estímulo para la aparición de nuevos usos y costumbres políticas y, en especial, electorales. En este sentido, creemos que viajes como los realizados por Balmaceda son propios de sociedades más modernas y plurales, en definitiva, más liberales como la estadounidense que, en materia de campañas electorales fue, también, un ejemplo para Chile.

Afirmamos en nuestro texto que la evolución de la campañas electorales favorecieron también las prácticas puestas en uso por Balmaceda al obligar al gobierno a salir de su ámbito de acción tradicional, es decir, Santiago y sus alrededores. No sólo en búsqueda de prosélitos

que tal vez no le eran indispensables desde el momento que controlaba los procesos electorarios, en especial, para legitimar ante la opinión triunfos obtenidos en medio del constante reproche de los opositores. Así, observamos que Balmaceda tuvo perfecta noción y conocimiento de las nuevas exigencias que la marcha de la sociedad imponía a la práctica política, de tal manera que no sólo se mostró hábil en el manejo de las costumbres políticas tradicionales, sino que, también, supo advertir la necesidad de ampliar las bases sobre las cuales se sustentaba el poder gubernamental.

Es por lo anterior que Balmaceda salió de la capital, transformando el viaje oficial en una práctica política destinada a captar adhesiones y, por eso mismo, y en vistas de ese objetivo, en un verdadero espectáculo destinado a cautivar. A someter a través del uso del imaginario que la presencia del poder, del Presidente de la República, evocaba en quienes asistían o se imponían a través de la prensa de sus "teatrales" excursiones por la provincia.

Postulamos que Balmaceda practicó una verdadera dramaturgia política que, como demostramos en nuestro texto, buscó representar la formulación republicana del Estado en la provincia. Que transformó el territorio nacional en un escenario copado por su figura y por la institución que personificaba. Que se sirvió de los símbolos nacionales y de la historia patria para hacer partícipes de sus representaciones a la población nacional, pretendiendo con ello que la convocatoria que su presencia despertaba se abonara a lo que él representaba en cuanto actor político cabeza de una administración, por lo demás progresista y emprendedora, un país cuyo adelanto parecía no tener límites.

En efecto, para entender los desplazamientos de Balmaceda es preciso comprender el impacto del aumento de las rentas del salitre en la década de 1880. Ellas transformaron al Estado chileno al ampliar su ámbito de acción y hacerlo más fuerte. Es en este contexto que comprendemos los planteamientos económicos y sociales de Balmaceda. Éstos significaban aplicar las fuerzas del Estado al engrandecimiento del país, liderando un proyecto nacional que transformara la realidad económica y mejorara las condiciones de vida de la población.

Para lograr este objetivo, Balmaceda utilizó como verdadero instrumento de política económica la construcción de obras públicas, y en especial de líneas férreas, promoviendo en Chile la etapa del Estado interventor en la economía. Buscando capitalizar la pasajera riqueza

que el salitre entregaba, y con el inicial apoyo del Congreso Nacional, el gobernante dirigió la inversión en las que llamó "obras reproductivas", contribuyendo con ello también a la descentralización de la riqueza nacional. Así, por lo demás, lo demuestran sus continuos viajes motivados por la necesidad de inaugurar trabajos públicos a lo largo de todo el país.

Dotado de recursos, en medio de una sociedad complacida por sus progresos y con una clara noción de lo que pretendía alcanzar en el poder, Balmaceda se mostró como un gobernante activo y realizador. Un carácter inquieto y dinámico, siempre preocupado por los adelantos de orden material que, además, gustaba de apreciar personalmente. Un político que no sólo alcanzó el poder, sino que lo hizo en un momento especialmente favorable para la nación, cuando los medios existentes, efectivamente, posibilitaban ampliar a todo el territorio nacional los adelantos que sólo algunas regiones habían conseguido.

Por todo lo anterior es que Balmaceda viajó. Porque así lo requirió la evolución política y social de Chile. Porque así se ocupaba de los problemas que la expansión económica había generado; porque así también se aprovechaba de los dividendos políticos que generaba la existencia de un Estado poderoso y realizador cada vez que su cabeza, el presidente Balmaceda, ponía en marcha algún trabajo público o entregaba al uso de la población una obra de adelanto material.

Nuestra tesis es que a través de cada uno de los viajes gubernamentales encabezados por Balmaceda, y que en ellos como conjunto, es posible ilustrar todos los problemas, fenómenos y procesos arriba planteados. Que a través del estudio y comprensión de los componentes que les dan forma y existencia material, se reflejan los problemas políticos, las realidades económicas, las complejidades sociales y culturales de una comunidad en proceso de transformación.

Gracias a la identificación de los componentes y alternativas que se materializaron en los viajes de Balmaceda, avizoramos la existencia de una sociedad que se ha expandido territorialmente, como los espacios visitados por el gobernante lo demuestran; cuya modernización ha hecho presente una serie de nuevos desafíos para el Estado, en general, y el gobierno, en particular, como los asuntos ligados al salitre y la minería en el norte, y a la agricultura y la vías férreas en el sur lo muestran; y que ofrece crecientes grados de pluralidad

socioeconómica, como se aprecia a través de los componentes y participantes de las comitivas y actos integrantes de la visita oficial, entre los cuales, los elementos de la clase media emergente sobresalen.

El conocimiento de los medios de transporte en los que Balmaceda se desplazó, nos permiten demostrar que sus viajes fueron posibles, justamente, gracias a la expansión de los mismos por el territorio nacional, pues ellos, en definitiva, garantizaron no sólo su acceso a prácticamente cualquier región, en especial, un tránsito seguro que, además, promovió sus salidas. Postulamos que tanto el vapor como el ferrocarril, pero en especial este último, junto a los medios de prensa, operaron también como vehículos de comunicación, como instrumentos de difusión de los actos, gestos, planteamientos y actuaciones del gobernante, permitiéndole así, no sólo cubrir amplios espacios que dilataron la esfera de acción pública, además, proyectarse como una figura de alcance nacional, cuyas acciones repercutían a lo largo y ancho del país, como nunca antes había ocurrido.

Pero el medio de transporte, asociado al lapso ocupado en la travesía de un punto a otro de Chile, hizo posible también un espacio/ámbito de sociabilidad política en el cual interactuaron el poder y los actores políticos, económicos, sociales y culturales más relevantes para éste. En este sentido, con el solo hecho de desplazarse por el país, Balmaceda abrió una nueva instancia para la práctica política.

A ella se sumaron las ceremonias de despedida y recepción de la comitiva oficial, tal vez los momentos más destacados del viaje gubernamental en lo referido a la participación y entusiasmo popular. En efecto, sostenemos que Balmaceda y su círculo utilizaron tales actos para dejarse apreciar y exhibirse en medio de una multitud convocada por la garantía de ser parte del verdadero espectáculo que también fueron tales momentos. Así, y gracias al efecto multiplicador de la prensa, Balmaceda normalmente apareció ante la opinión nacional como una figura popular, en medio de muchedumbres que lo vivaban y asociado a la alegría y a la fiesta que habitualmente su presencia despertó en la provincia.

Ha sido el conocimiento pormenorizado de los viajes y las giras del Presidente a la provincia, lo que nos permitió conocer una de las formas en que Balmaceda hizo política.

Son los trabajos, gestos, actitudes, palabras y planteamientos utilizados por Balmaceda

en su afán por atraerse la adhesión popular, por divulgar los logros de su administración, por expandir la acción del Estado en la sociedad y por mostrar la voluntad soberana de la república en los territorios más recientemente integrados al destino nacional; tal y como fueron percibidos por la opinión al momento en que se estaban produciendo y expresando, lo que nos permitió apreciar en toda su magnitud el viaje gubernamental como práctica política, como espectáculo a través del cual se representaron tanto el gobernante, como la población que lo acogió.

Lo anterior es lo que la prensa nacional de la época nos ofrece a través de las múltiples formas en que recogió las alternativas del viaje oficial. En ellas, en un primer momento, se reflejan, cual espejo, las presunciones de modernidad de la sociedad de la época; sus aspiraciones de adelanto material; su visión de un Jefe de Estado que, cual rey taumaturgo, soluciona los problemas existentes. También la variedad de tipos sociales que se integran a los viajes gubernamentales a través de la participación de artesanos, del género femenino, de niños, de profesionales; en definitiva, la emergencia consagrada a través del relato periodístico de nuevos actores, pero también de la masa, de las multitudes que todos ellos conforman cada vez que ven aparecer a Balmaceda.

El análisis de la prensa hizo posible conocer el sentir de la opinión respecto de Balmaceda y la institución que encarnaba, mostrándonos cómo se pasó de una positiva evaluación, hacia una posición de franca y determinante condena hacia las prácticas políticas del Jefe de Estado. Las que, en último término, fueron evaluadas como una amenaza para la propia existencia del régimen republicano.

En efecto, los últimos viajes de Balmaceda nos muestran cómo en definitiva fue el juicio público expresado a través de la censura de sus viajes lo que selló la suerte final de la causa presidencial frente a sus oponentes agrupados en el Congreso Nacional. Cómo, en definitiva, la imagen y el hombre-institución presidente Balmaceda fue derrotado a través del uso del mismo instrumento que el gobernante había utilizado para alcanzar popularidad, esto es, sus viajes a la provincia.

La explicación para una realidad como la descrita, nos llevó a revisar la situación de la imagen de la Presidencia de la República a lo largo del siglo XIX, tocando así un problema

sobre el cual la historiografía sobre Chile no ha mostrado preocupación.

Las alternativas de la vida política de Balmaceda y de su período de gobierno, hacen de él un sujeto de estudio adecuado para ejemplificar el problema planteado. En efecto, su figura caracterizó una época de la historia nacional y concentró sobre sí numerosas y variadas manifestaciones, de apoyo como de rechazo. La pasión con que defendió sus planteamientos políticos liberales en los primeros años de su trayectoria pública, la supuesta renuncia a ellos una vez en el poder, las alternativas de su administración y la crisis que lo arrastró a la Guerra Civil y a su trágico fin en 1891, constituyen fenómenos que hicieron de su figura y de lo que ella representa, un elemento de primer orden en la vida nacional, concentrando sobre sí no sólo los juicios y opiniones de sus contemporáneos, también el debate, las palabras que muestran huellas, las profundidades del inconsciente colectivo que de otra forma hubieran permanecido en la penumbra. Además, Balmaceda transformó la Presidencia de la República y a su principal agente, el Presidente, en un actor protagónico de la vida económica nacional, ampliando el ámbito de acción política que le era característico, hizo posible nuevos ángulos de expresión sobre la figura presidencial. En este contexto, el Chile de Balmaceda fue algo peculiar, pues el mismo José Manuel Balmaceda fue un fenómeno político único.

En virtud de sus sistemáticas salidas a la provincia, la figura de Balmaceda adquiere importancia pues, como veremos, provocó la expresión de agentes económicos, sociales, políticos y culturales que ofrecen una multiplicidad de discursos y concepciones sobre la Presidencia y la personalidad de quien la ejercía, todas de gran interés para reconstruir la imagen pública de este gobernante y de la institución que representó.

Pero el estudio de los últimos viajes de Balmaceda nos permite identificar también a lo menos dos constantes presentes en la historia nacional en los momentos previos al quiebre del sistema institucional. Por una parte, la dramática caída en términos de imagen pública de la Presidencia de la República y de la personalidad que la encarnaba; por otra, la extrema división de la sociedad y la polarización de los actores políticos en bandos irreconciliables que hizo imposible cualquier tipo de arreglo, transformándose así la violencia en el único camino para resolver los conflictos generados por el proceso de modernización experimentado por la sociedad chilena, tanto a lo largo del siglo XIX, hasta 1891, como a lo largo del siglo XX, hasta

1973. Esto, sin duda, representa un signo evidente de que tanto en 1891, como en 1973, Chile todavía estaba muy lejos de alcanzar la siempre anhelada modernidad.

## LA ÉPOCA DE BALMACEDA

Los viajes gubernamentales que aborda esta investigación, así como los procesos y problemas históricos que a través de ellos se expresan, tienen como marco temporal esencial la llamada época de Balmaceda, esto es, el período en que este hombre público se desempeñó en la vida política del país. En términos amplios, el último tercio del siglo XIX<sup>1</sup>.

En 1866 José Manuel Balmaceda publicó sus primeros artículos de prensa y en 1868 se registra su incorporación en el Club de la Reforma, iniciando así su carrera política. En él tuvo una destacada participación y sus fogosos discursos en defensa del ideario liberal le transformaron en una figura popular, situación que le permitió ser elegido diputado por Carelmapu en 1870. En tal condición, se identificó con la oposición reformista y liberal que combatió a los gobiernos de José Joaquín Pérez, Federico Errázuriz y Aníbal Pinto que se

---

<sup>1</sup> José Manuel Balmaceda Fernández nació en Santiago, el 19 de julio de 1840, en el seno de una familia aristocrática. Su padre, Manuel José Balmaceda, fue un acaudalado agricultor que, además, llegó a ocupar un escaño en la Cámara de Diputados en representación del Partido Nacional. Su madre, Encarnación Fernández, fue una distinguida dama de la sociedad santiaguina.

En 1849, a los nueve años de edad, José Manuel Balmaceda inició sus estudios de preparatoria en el recién inaugurado Colegio de los Padres Franceses de Santiago, establecimiento en el que permaneció hasta 1851, ingresando luego al Seminario Conciliar de Santiago.

Habiendo realizado estudios de teología y filosofía cristiana, en 1863, rindió exámenes para tomar los votos sacerdotales, resultando aprobado.

Sin embargo, su padre, poco convencido de la vocación eclesiástica de su hijo, decidió postergar su ingreso definitivo al Seminario y obtuvo para José Manuel el cargo de secretario en la delegación chilena que, encabezada por el ex-presidente Manuel Montt, se dirigía al Perú al Congreso Panamericano convocado a raíz de la agresión de España contra el Perú. Corría el año 1864, y José Manuel Balmaceda iniciaba una nueva etapa de su vida.

El viaje, la prolongada convivencia con el ex-Mandatario y su contacto con otros de los integrantes de la delegación, como el liberal José Ignacio Zenteno, le permitieron a Balmaceda vislumbrar el mundo de la política, hasta entonces desconocido para él.

De regreso en Chile, abandonó su vocación religiosa, contrajo matrimonio con Emilia Toro Herrera y se concentró en el trabajo agrícola en las vastas propiedades de su familia, destacándose por su espíritu emprendedor y de progreso. Junto a las tareas agrícolas, Balmaceda se ocupó del estudio y la lectura, preparándose para su futura participación en la vida política.

sucedieron entre 1861 y 1881.

Fue su ingreso en el gabinete del presidente Domingo Santa María lo que elevó a Balmaceda a un papel protagónico en la política nacional, especialmente cuando en abril de 1882 asumió la cartera de Interior<sup>2</sup>. En ella se caracterizó por la gran actividad y energía que desplegó, lo que le permitió llevar adelante una obra significativa en materia de construcciones públicas y, además, enfrentar con acierto los dos más grandes desafíos del gobierno de Santa María: la liquidación de la Guerra del Pacífico y las reformas de carácter liberal y laico.

Su elección como Presidente de la República en 1886, representó un paso lógico en su carrera política. Como Primer Mandatario impulsó una gran expansión de las obras públicas, para lo cual aprovechó la riqueza que el salitre proporcionó al Estado. Sin embargo, sus éxitos en materias económicas no se prolongaron en el ámbito político y social, y durante su mandato el país se vio enfrentado a un creciente proceso de división y polarización que culminó con la Guerra Civil de 1891 y su suicidio al finalizar ésta.

Serán, precisamente, su dinámica acción gubernamental y su conducta política previa a la conflagración, así como su papel durante la misma, lo que justifica que toda una etapa de la historia nacional haya quedado asociada a su nombre.

## **LOS PROBLEMAS ABORDADOS**

La investigación que presentamos ha sido elaborada, en lo esencial, sobre la base de la identificación, estudio e interpretación de los desplazamientos a la provincia que Balmaceda realizó entre 1883 y 1891. Ella, en lo inmediato, responde a las preguntas fundamentales como ¿por qué viajó Balmaceda?, ¿qué representan sus viajes para su época? y ¿qué significado tienen sus excursiones en el contexto de la historia de Chile?

Sin embargo, tales interrogantes no se agotan en sí mismas, y a partir de ellas abordamos problemas relacionados con la práctica política en una sociedad que, como la

---

<sup>2</sup> Con anterioridad, desde septiembre de 1881, se había desempeñado como secretario de Relaciones Exteriores y Colonización.

chilena del último tercio del siglo XIX, ofrece crecientes grados de pluralidad política y heterogeneidad socioeconómica; y en la cual la actividad política ha ampliado notoriamente su espacio de acción territorial gracias, entre otros elementos, al desarrollo de los medios de transporte y comunicación.

En virtud que la dimensión temporal de nuestro trabajo se sitúa en la llamada "época de Balmaceda", esto es, el Chile del último tercio del siglo XIX, el escenario físico corresponde al espacio geográfico entonces efectivamente integrado al destino nacional y abarcado por las excursiones de Balmaceda, esto es, el conformado por el tramo existente entre las ciudades de Pisagua, en el extremo norte, y Temuco en la zona centro sur del país. En él se desplaza el gobernante y su comitiva, habitan las poblaciones que participan de los hechos y actos constitutivos del viaje oficial y se encuentran los medios de transporte que hacen posible la travesía.

En este ámbito se configura también la existencia de una opinión pública que justifica los desplazamientos del gobernante y que permiten sostener la práctica de una política de alcances verdaderamente nacionales. Muy diferente de la que hasta entonces se había desarrollado y que se había circunscrito al limitado espacio de la zona central del país y en torno del eje Santiago-Valparaíso.

El estudio de los viajes Balmaceda lo insertamos en el marco de un proceso como es el de la expansión nacional o tránsito hacia la modernidad de la segunda mitad del siglo XIX, algunos de cuyos elementos esenciales fueron un mayor equilibrio entre los poderes del Estado, el reconocimiento de la existencia de una mayor pluralidad política y social, la consolidación y expansión de un sistema comercial y financiero, el desarrollo de medios de transporte y comunicación de carácter nacional, la integración al país de importantes regiones productoras de recursos básicos para el crecimiento económico nacional y una cada vez más evidente preocupación por los temas de carácter económico y social.

Nuestro trabajo demuestra que Balmaceda fue un político que con sus actos, acciones, estilo, discurso y decisiones, entre otros elementos, contribuyó a dar a los viajes que nos han ocupado el carácter de práctica política propia de una sociedad que aspiraba a la modernidad.

En ese contexto, nos interesaron especialmente los problemas referidos al papel del Presidente en la institucionalidad, al poder que éste representaba y al reconocimiento que él hizo de las nuevas realidades surgidas en el país; sobre todo, la de una mayor participación popular en la vida política y la de la integración de territorios a la economía y destinos nacionales.

De esta forma, y por medio del estudio de los desplazamientos de Balmaceda pudimos aproximarnos a problemas de la historia de Chile que tradicionalmente no han llamado la atención de la historiografía como, por ejemplo, el de las representaciones del poder y el poder de la representación con objetivos políticos. En este sentido, y considerando que los viajes gubernamentales en el Chile del siglo XIX no han sido objeto de ningún tipo de estudio, su conocimiento abre nuevas perspectivas de análisis de nuestra historia.

Ellos, por ejemplo, ilustran un problema olvidado por los estudiosos como lo es el de la relación entre centralismo y regionalismo manifestado a través de la rivalidad y recelos existentes entre Santiago y las provincias, especialmente las del sur. Este fenómeno aparece claramente expuesto por los propios afectados y por la acción en favor de la descentralización política y económica que Balmaceda pretendió llevar con sus obras públicas y sus viajes. La cual, por otra parte, fue resistida por los círculos capitalinos y su entorno inmediato.

Desde otro ángulo, nuestra investigación constituye un aporte al abordar la construcción de vías férreas no sólo en función de la integración de la economía nacional a los mercados mundiales, como tradicionalmente se ha hecho al estudiar los ferrocarriles del siglo XIX latinoamericano, sino que, principalmente, en función de fenómenos políticos, como son los señalados en este trabajo.

Pero también gracias al conocimiento y comprensión de los viajes de Balmaceda nos acercamos a temas relacionados con la imagen del Presidente de la República y la mentalidad política existente en la sociedad sobre él y lo que su figura representa. Ellos, además, nos permitieron identificar la noción que el propio gobernante tuvo acerca de su papel en la vida nacional y del efecto que ella provocó en la sociedad de su época. Ambos son elementos esenciales para comprender el conflicto que terminó enfrentando a los poderes Ejecutivo y Legislativo, y desatando la Guerra Civil de 1891.

Nuestra investigación representa un estudio de caso que, por dar cuenta de las prácticas políticas en el Chile de la época abordada, se constituye en aporte para un estudio comparativo que contraste esta realidad con la de otros países latinoamericanos<sup>3</sup>. En este contexto es que nuestra investigación aborda también los antecedentes históricos de los viajes de Balmaceda y muestra y explica los significados que ellos tuvieron. No sólo como una forma de aludir a la realidad nacional de la época en que ellos se materializaron, sino también de allegar referentes que permitan aquilatar los viajes encabezados por Balmaceda como una práctica política de alcances verdaderamente nacionales, propia de una sociedad heterogénea y de una nación que ha expandido sus espacios de actividad.

Postulamos que el viaje en sí mismo, como hecho material constituido por actores, etapas y las informaciones que generó en la prensa nacional, todos en relación con las características de la sociedad en que los desplazamientos se verificaron, representan un valioso instrumento para la reconstrucción del conocimiento histórico.

## UNA EXPLICACIÓN NECESARIA

Dos problemas justifican nuestra preocupación por las excursiones gubernamentales encabezadas por Balmaceda y los problemas a través de ellas abordados.

El primero está vinculado con el valor que le asignamos a los viajes como instrumento para conocer y comprender procesos históricos. Si bien tradicionalmente la historiografía ha recurrido a la literatura de viaje como fuente, lo cierto es que el hecho material del viaje y los significados que de él se desprenden han sido prácticamente ignorados.

En nuestra investigación analizamos el viaje político y gubernamental en sí mismo, como manifestación de fenómenos sociales de los cuales forma parte. Afirmamos que ellos reflejan, activan y colocan en movimiento una gran variedad de imágenes, motivaciones,

---

<sup>3</sup> Las investigaciones sobre prácticas políticas decimonónicas en Argentina, Perú, Bolivia, Brasil y México, entre otros Estados, todas ellas oportunamente citadas por nosotros, demuestran la pertinencia de nuestra afirmación.

intereses, prejuicios, mentalidades y propósitos presentes en la sociedad.

Sostenemos que los desplazamientos de Balmaceda por el país articularon las realidades generadas por el proceso de expansión nacional con el ejercicio del poder, transformándolos en prácticas políticas más modernas y por tanto más abiertas y plurales, propias de una sociedad en la cual la opinión pública se ha constituido como un ente legitimador o censorador del Estado.

Como es obvio, lo anterior no significa sostener que las excursiones a la provincia de Balmaceda sean un hecho único e inédito en el concierto americano del siglo XIX, negando así las evidentes reminiscencias que ellas tienen, por ejemplo, en los llamados "*whistle stopping*" utilizados por los norteamericanos en sus campañas políticas desde la década de 1860; sencillamente, se trata de mostrar que el viaje a la provincia del gobernante refleja también la realidad de una sociedad particular, en este caso la chilena de la época, con sus problemas y expectativas.

El segundo elemento que nos motivó, se relaciona con una pregunta simple, ¿por qué viajó tanto José Manuel Balmaceda? La interrogante se justifica si se tiene presente que antes y mucho tiempo después de Balmaceda ningún otro político viajó sistemáticamente como él lo hizo durante el período que ejerció tareas gubernamentales. ¿Qué representan sus viajes en nuestra evolución histórica?, fue una de las interrogantes que nos animó.

En este sentido, cada uno de los contenidos del viaje, además de su evidente existencia material muy apta para la crónica, el relato y la narración, demostró poseer un componente inmaterial, no aparente, invisible, que trasciende su existencia concreta y que se constituye en sentido, en significado económico y social, político y cultural que, una vez identificados, hicieron posible el análisis y la comprensión de las excursiones de Balmaceda<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Un aspecto puntual de la realidad política del Chile de comienzos de la década de 1990 nos llevó a interesarnos por el tema de los viajes y sus repercusiones en cuanto práctica política. En efecto, en esos tiempos el país volvía a la democracia con el gobierno de Patricio Aylwin (1990-1994), una de cuyas tareas fundamentales fue la reinserción de Chile en el contexto internacional luego del aislamiento que el país había sufrido durante la dictadura de Pinochet (1973-1990). Para cumplir este propósito Aylwin inició una serie de viajes al exterior, algunos de los cuales merecieron críticas por parte de sectores de la sociedad que no comprendían los propósitos de tales giras y las censuraban.

Hemos interpretado el conjunto de los viajes de Balmaceda como una forma de representación del poder en la que el político hace uso de su corporalidad y de las nociones que la institución que personifica provocan en la sociedad para, en último término, atraerse la voluntad de la opinión; pero también para crear una instancia en la que ésta se represente también a sí misma como parte de una nación moderna. En definitiva, analizamos los viajes como un instrumento del poder para atraerse la voluntad popular, como un medio de promoción, más bien de autopromoción política, a través del cual Balmaceda intentó contrarrestar la tendencia de su época, es decir, la devaluación del poder presidencial, apelando directamente a la masa, a la población esparcida por el territorio nacional.

Desde el ángulo metodológico, pensamos que un problema como el que aborda este trabajo resulta un desafío interesante por cuanto representa una oportunidad para relacionar dos enfoques existentes en el ámbito de la ciencia histórica: la historia como problema, como proceso y la historia *événementielle*. En este sentido, nuestro trabajo se orientó, decididamente, hacia el planteamiento de un problema histórico y su explicación y comprensión a través del trabajo de investigación.

Sin embargo, por la naturaleza del objeto de estudio que origina el problema planteado, en ocasiones se hizo imprescindible la narración del acontecimiento, del viaje que sirve de base a la interpretación histórica que nuestro trabajo ofrece.

La opción tomada fue decidida considerando que la excursión oficial, en cuanto hecho concreto, es un instrumento para ilustrar fenómenos y procesos históricos que en el ámbito de la historia política ofrece valiosas posibilidades, como por ejemplo, el ser abordado desde el punto de vista del poder y sus prácticas. Es el viaje como hecho político, concebido como

---

Los reproches -aunque aislados- obligaron al gobierno a explicitar las causas por las cuales se realizaban las giras al exterior y las razones que explicaban la participación de determinados sujetos en la comitiva presidencial.

Esta situación nos llevó a pensar que si los viajes que en la actualidad realizan los estadistas tienen un significado concreto y cada uno de sus componentes cumple una función determinada en relación a un fenómeno mayor, en el caso que mencionamos la reinserción internacional de Chile, por qué no investigar el significado de los viajes de Balmaceda, utilizándolos como instrumento del conocimiento, identificando el proceso del que formaban parte y los factores y circunstancias que los explican.

forma de sociabilidad y de representación política. De este modo, el viaje o gira de la autoridad y su comitiva, representa una manifestación de y del poder.

En lo relativo al contenido de nuestro trabajo, no está demás señalar que en cada uno de sus capítulos pretendemos desarrollar y explicar un problema histórico, sin perjuicio de que el conjunto, en sí mismo, busque hacer comprensibles los viajes de Balmaceda en el contexto de la historia nacional. Para alcanzar dicho objetivo, resultaba imprescindible identificar y explicar los viajes gubernamentales anteriores a los suyos, así como los procesos que habían mudado las prácticas políticas y electorales de las que los viajes estudiados también son una consecuencia.

Considerando que nos adentrábamos por un camino inédito para la historiografía chilena, nuestra primera obligación fue la de identificar cada uno de los viajes de Balmaceda; tarea a la que se sumó la de idear la forma más comprensiva de mostrar el valor y significado de cada uno de sus elementos materiales sin que por ello tuviéramos que recrear cada una de las excursiones; aun cuando, insistimos, es el conjunto de los componentes de todas ellas los que nos permite interpretarlas de la forma en que lo hacemos.

El resultado es una interpretación preparada sobre la base de los componentes de los viajes oficiales de Balmaceda que, a través de los capítulos respectivos, no sólo muestra su evolución cronológica. También, la mutación del significado público de los mismos desde una situación de valoración, hacia una de crítica, cuando no de explícito rechazo.

De este modo, un mismo elemento o componente de un viaje puede cumplir, en cuanto fuente histórica, diversos papeles y por tanto ha sido utilizado para ejemplificar más de un fenómeno, pues cuenta con la flexibilidad para representar y sostener numerosas ideas, hipótesis o conclusiones. Incluso, y como lo mostramos, en ocasiones puede llegar a confundirse con la misma interpretación histórica, sin perder por ello su calidad de crónica de los hechos estudiados.

En este sentido, a veces el solo relato de un suceso relativo a una excursión oficial y la forma en que éste está dispuesto en el texto permitirá al lector realizar la interpretación, proyectar el significado del elemento del viaje de que se trate en el conjunto del problema

planteado. Avizorar y apreciar el uso que de él se ha hecho, sin necesidad de que se lo explicitemos.

Nuestra intención ha sido que cada uno de los capítulos aborde los temas comprometidos en la investigación de tal forma que, todos en conjunto, ilustren los problemas históricos propuestos en ella. En especial, la comprensión de los viajes encabezados por Balmaceda como una forma moderna de hacer política que, sin embargo y en definitiva, se volvió en contra de aquél que más sistemáticamente la puso en práctica.

Por último, si bien nuestra investigación se inscribe en el ámbito del quehacer histórico, creemos que no por ello deja de ofrecer algún interés para la ciencia política desde el momento en que ésta también está orientada hacia problemas relacionados con este tópico del conocimiento, como lo son los del poder y su relación con la sociedad, la forma en que éste se manifiesta ante ella y el papel de la prensa en el proceso. Por otra parte también debimos acercarnos a la geografía, dado que la realidad física y humana en el Chile de la época de Balmaceda condiciona las prácticas políticas de ese entonces.

## **LA ESTRUCTURA**

El texto que presentamos está organizado sobre la base de una introducción, nueve capítulos, una conclusión y los anexos. En los dos primeros capítulos nos adentramos en los que consideramos antecedentes históricos de los viajes protagonizados por Balmaceda. Así, en el primero, entregamos un panorama general del desenvolvimiento de Chile a lo largo del siglo XIX, poniendo énfasis en la evolución política. Esto último, con el fin de hacer explícita la controversia entre el Presidente y el Congreso, una de las razones por las cuales Balmaceda se vio impelido a salir a la provincia. En el capítulo II, ofrecemos el resultado del desenvolvimiento de las prácticas políticas que, a impulsos de la ampliación del cuerpo electoral y de la opinión pública, introdujeron nuevos usos como las campañas electorales en la vida política.

En seguida, en el capítulo III, abordamos al Balmaceda político. Mostramos aquí su

experiencia en materias electorales, analizamos sus concepciones sobre el país y sus producciones y ofrecemos una caracterización de su quehacer como gobernante. Todos, antecedentes de la actividad que desplegó cuando salió a la provincia.

En el capítulo IV, junto con la evolución del viaje gubernamental a lo largo del siglo XIX, identificamos los desplazamientos de Balmaceda ofreciendo una explicación acerca de sus objetivos, la oportunidad en que cada uno de ellos se materializó y los miembros de las comitivas oficiales. El conocimiento y comprensión de algunos de los componentes esenciales de los desplazamientos encabezados por Balmaceda continúa en el capítulo V. En él se explica el significado de algunos de los principales momentos de un viaje gubernamental como lo son la partida, el desplazamiento y la recepción de los viajeros encabezados por Balmaceda.

A continuación, capítulo VI, nos concentramos en las actividades propias de una visita presidencial a la provincia. La participación popular que ella motiva y el discurso que los anfitriones, a través de diferentes medios, ofrecen al gobernante y acompañantes. Así, no sólo nos enteramos del significado que la sociedad atribuyó a los viajes gubernamentales y de la concepción que manejó de la figura que los encabezó, también, del juicio que la opinión hizo de la mayor parte de ellos.

En el capítulo VII nos ocupamos de los últimos viajes de Balmaceda antes de la Guerra Civil. En éste, y luego de explicar el conflicto político por el que atravesaba el país entonces, mostramos cómo fue en la apreciación que la opinión pública se formó de los viajes donde se encuentra también una explicación para el conflicto desatado en 1891 y para el destino final de Balmaceda. Ello, sin perjuicio de, además, haber demostrado que en definitiva los viajes encabezados por Balmaceda, efectivamente, fueron apreciados por la opinión como una práctica esencialmente política.

Los viajes del presidente Balmaceda motivados por la campaña militar a que dio lugar la Guerra Civil nos sirven para adentrarnos en el significado de la institución Presidencia de la República en el siglo XIX. En este capítulo VIII, además de abordar su evolución a lo largo de la centuria, demostramos cómo la Presidencia fue perdiendo valoración pública ante la opinión, transformándose finalmente en un obstáculo para la existencia republicana del país,

hecho que explica su devaluación en el contexto del sistema político nacional. Ello, una vez más, junto con explicar la suerte de Balmaceda, permite hacer comprensible su actitud final y proyectar nuestra investigación en el conjunto de nuestra historia nacional.

En el último capítulo, junto con abordar el papel de la prensa en la proyección de la imagen de Balmaceda, ofrecemos nuestra interpretación de los viajes estudiados como una forma de representación, tanto del poder encarnado por éste, como de la realidad de las poblaciones que lo recibieron y lo vieron pasar, y por eso mismo del país en general. Teniendo en cuenta cada uno de los elementos de las excursiones que nos ocuparon, ofrecemos aquí un texto eminentemente analítico que permitirá cerrar comprensivamente la lectura de nuestro trabajo y comprender el por qué los viajes de Balmaceda, en lo esencial, constituyeron una práctica política.

En las conclusiones, recogemos los problemas planteados a lo largo del trabajo en una reflexión que aborda tres niveles fundamentales. El significado de los viajes a la provincia para Balmaceda, para la época en que éstos se materializaron y para la historia nacional en función de los procesos y fenómenos que a través de ellos se manifiestan.

Las fuentes y la bibliografía utilizada, junto con los anexos de cuadros de información que apoyan nuestra interpretación, cierran un trabajo que, esperamos, efectivamente cumpla con los propósitos arriba planteados.

A este respecto, es pertinente hacer saber que el texto contiene numerosas fotografías, caricaturas, mapas y cuadros. Ellos, junto con permitir un mejor conocimiento y comprensión de la época y problemas que aborda nuestra investigación, tienen el valor de representar variados tipos de fuentes históricas que, para el caso de las imágenes públicas, resultan muy representativas de la sociedad.

Al igual que las ilustraciones, los mapas deben considerarse parte integrante del texto pues, en muchos casos, basta apreciarlos para comprender un fenómeno histórico. Por ejemplo, el de la expansión territorial nacional a lo largo del siglo XIX o el hecho que la mayor parte de los viajes gubernamentales tuvieran como escenario la región centro-sur de Chile.

Los cuadros, al resumir información fáctica, tienen la virtud de mostrar de una vez lo

que necesariamente debe explicarse a lo largo del texto.

Todos los mapas y cuadros sobre los desplazamientos oficiales a la provincia son inéditos y fueron elaborados a partir de la información que nuestra investigación nos proporcionó. En las reproducciones de mapas, grabados y fotografías incorporadas, se indica la fuente desde la cual se obtuvieron.

## BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

La historiografía sobre los viajes y su relación con los procesos y fenómenos históricos que a través de ellos nosotros ilustramos es prácticamente nula para el caso chileno.

Por otra parte, los viajes en general y los de Balmaceda en particular, tampoco han merecido la atención de los estudiosos de nuestro pasado. De hecho, sería imposible identificar cada una de las excursiones de Balmaceda si sólo utilizáramos las numerosas obras históricas existentes sobre él y su época. Para los historiadores nacionales y extranjeros los desplazamientos del político han carecido de interés y, por tanto, no aparecen mencionados en sus obras como un conjunto.

Sólo ocasionalmente, ya sea como parte de la crónica política en el caso de la historiografía tradicional, o bien en función de otros temas, como lo hacen autores más analíticos, los estudiosos mencionan alguna excursión de Balmaceda.

Todavía más, los problemas relacionados con el imaginario político, el teatro político, la imagen presidencial, las campañas político-electorales permanentes, el manejo de los medios, de la opinión pública y de las masas en la calle, todos temas de esta investigación, tampoco han sido estudiados en conjunto para el período que nos ocupa<sup>5</sup>.

Es en este contexto que nuestro texto representa un aporte a la historiografía política sobre Chile al abordar problemas como el de los instrumentos que los políticos utilizan para

---

<sup>5</sup> Es preciso señalar que el equívoco nombre de un texto de Domingo Amunátegui Solar que se ofrece a continuación de su obra *La democracia en Chile*, titulado *Teatro político (1810-1910)*, no corresponde bajo ningún concepto a lo que a primera vista sugiere. El mismo es sólo una crónica política del período 1808-1812.

ganar el poder, conservarlo y aumentarlo, o proyectar una imagen de fuerza hacia el futuro. Esto, independiente de la cruda realidad socioeconómica de la mayor parte de la población pues, en último término, sabemos, por la experiencia que diariamente apreciamos, que para todo político y gobernante resulta indispensable proyectar una determinada imagen para mantenerse en el poder.

Más allá de la opinión de los diferentes autores citados a lo largo de nuestro trabajo sobre Balmaceda y su comportamiento político, tema por lo demás todavía objeto de polémica, esta investigación pretende ampliar el espectro de estudio de la época de Balmaceda al abordar problemas relacionados con la representaciones del poder, el discurso de los actores, la parafernalia política y electoral y su efecto en los espectadores-ciudadanos. De este modo, creemos, mostramos un ángulo que hace más comprensible el estallido del conflicto de 1891 al abordar la dinámica política y económica existente tras el verdadero escenario que es el Chile del último tercio del siglo XIX.

Todo lo señalado, sin embargo, no implica, como es obvio, que no existan una multitud de títulos referidos a Balmaceda y a la época en que éste actuó en la política nacional. De ellos dan cuenta el analítico artículo de Harold Blakemore, "La revolución chilena de 1891 y su historiografía", publicado en el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* (Santiago, N° 74, 1966, pp. 37-73); el informativo "Fichero bibliográfico" sobre la Guerra Civil de 1891, elaborado por Pablo Bravo Díaz aparecido en *Dimensión Histórica de Chile* (Santiago, N° 8, 1991, pp. 119-140) y la sugerente obra de Marcos García de la Huerta, *Chile 1891: La gran crisis y su historiografía, los lugares comunes de nuestra conciencia histórica* (Santiago, Publicaciones del Centro de Estudios Humanísticos. Universidad de Chile, 1979) en la cual el autor identifica las tres principales corrientes historiográficas existentes para explicar los hechos de 1891: aquella que pone el acento en el conflicto político; la que enfatiza los intereses económicos de los protagonistas y la que utiliza elementos políticos y económico-sociales para

hacer comprensible la Guerra Civil<sup>6</sup>.

Sin embargo, la mayoría de los títulos mencionados en los textos de Blakemore y García de la Huerta son crónicas de la vida política nacional y de la de Balmaceda en particular que, salvo información relativa a aspectos marginales de los problemas que nos ocupan, no abordan nuestro tema. Por otra parte, si bien se han publicado obras analíticas referidas a problemas de alcance político y económico existentes en el último tercio del siglo XIX en Chile, como por ejemplo, la de Ramírez Necochea, 1958 y la de Blakemore, 1978. Ellas, y en función de nuestros planteamientos y problemas, sólo nos ofrecen información fáctica pues, en rigor, no tratan de las prácticas políticas puestas en uso por Balmaceda, concentrando su atención en las concepciones económicas que, en especial Ramírez Necochea, atribuyó a Balmaceda.

Otro autor que también se ocupa del conflicto que protagonizó Balmaceda es Zeitlin, 1985. En su trabajo este autor aborda la Guerra Civil de 1891 como el resultado de la lucha entre la aristocracia terrateniente y la burguesía minera, en lo que sin duda representa un planteamiento sugerente en términos analíticos que, sin embargo, y como la información empírica y la historiografía lo demuestran, no encuentra asidero en la realidad de la época<sup>7</sup>.

Más trascendente, en términos de la tesis que ofrece, nos resultó la obra de O'Brien, 1982. En ella su autor, junto con demostrar la diversidad de intereses económicos de los grupos dirigentes chilenos y la debilidad del capital nacional en la industria salitrera, sostiene que el conflicto de 1891 se explica por la creciente importancia que adquiere el Estado en la sociedad gracias a los recursos generados por el salitre y al interés de la élite por participar en la distribución de tales ingresos. Tesis que consideramos, como se apreciará en nuestro texto, aun

---

<sup>6</sup> Subercaseaux, 1988, hace un resumen de las diferentes tesis historiográficas que explican la Guerra Civil de 1891. En lo esencial, sigue lo planteado por Blakemore y García de la Huerta. Bowman y Wallerstein, 1983, también revisan la historiografía, aunque desde la perspectiva del papel del Estado en la economía antes y después de la Guerra Civil.

<sup>7</sup> A ésta y otras obras de Zeitlin sobre Chile se les ha reprochado la ligereza en la investigación y la falta de rigor metodológico. Véase, a modo de ejemplo, Sater, 1986; Correa, 1991 y *Fichero bibliográfico 1983-1984*, 1987, p. 389. Kirsch, 1970, p. 6, concluye que "los más aspectos que más parecen desmentir la existencia de una burguesía nacional que hubiera respaldado a Balmaceda, son las contradicciones que se encuentran en la evidencia".

cuando a nosotros nos ha interesado más el ángulo político del problema, es decir, las prácticas puestas en uso por Balmaceda y sus efectos sobre la sociedad y el sistema político.

Entre los esfuerzos recientes por abordar el Chile del último tercio del siglo XIX, incluida la actuación de Balmaceda, interesante resulta la obra de Navarrete Araya, 1993 en la cual la autora revisa el concepto tradicional que sostenía la indiferencia popular ante el conflicto de 1891. El texto, junto con ampliar el espectro social de los actores comprometidos en el conflicto de 1891 y demostrar que en el imaginario popular existió más de una idea sobre la figura de Balmaceda y sus políticas, da a conocer una fuente de gran importancia para el estudio de la mentalidad de los sectores subalternos de la sociedad como lo es la poesía popular.

La bibliografía sobre la evolución económica y social del país en el período estudiado es numerosa y variada y a ella aludimos a lo largo trabajo<sup>8</sup>. En cuanto a los procesos de carácter político e ideológico experimentados en el siglo XIX, las obras también son copiosas, y aunque muchas de ellas sean poco analíticas, lo cierto es que en las últimas décadas se han elaborado interesantes monografías que abordan problemas esenciales del siglo XIX. Entre ellas, las relativas a la difusión del liberalismo, Gazmuri, 1992; la expansión minera y el desarrollo industrial, Pinto y Ortega, 1990; el papel de la educación en la constitución de la nacionalidad, Serrano, 1994; la conformación de la opinión pública, Ossandón, 1998; y la democratización del país, Valenzuela, 1985, 1997 y 1998.

De todas ellas, como el lector apreciará, nos servimos para ofrecer nuestra interpretación sobre un aspecto, el de los viajes gubernamentales y sus consecuencias para el poder, que ninguna aborda. Por ello, creemos, nuestro trabajo resulta un aporte al conocimiento de la historia de Chile. Tanto por atender al tema de las prácticas políticas y sus efectos, como por explicar el significado de los viajes gubernamentales, ampliando así el espectro de análisis que comúnmente se ha utilizado para abordar la "época de Balmaceda", la actuación del

---

<sup>8</sup> En la "Bibliografía comentada del período 1830-1930" que preparamos para la sugerente obra de Carmen Cariola y Osvaldo Sunkel, *Un siglo de historia económica de Chile. 1830-1930* (Santiago, Editorial Universitaria, 1990), es posible encontrar los títulos que abordan este ángulo de la evolución histórica chilena.

político y los antecedentes de la Guerra Civil de 1891.

Junto a la historiografía sobre Chile, no podemos dejar de reconocer el aporte que ha significado la revisión de títulos de la historiografía europea y americana que han abordado problemas relacionados y comprometidos en esta investigación. En especial, los relacionados con las concepciones sobre el poder y sus representaciones y las prácticas políticas y electorales. Autores como Bloch, Kantorowicz, Elías, Strong, Burke, Duverger, Balandier, Adler, Annino y Sabato, entre otros, nos han resultado particularmente estimulantes y aparecen oportunamente citados en el texto.

Esta investigación se realizó sobre la base de fuentes primarias. Y la prensa nacional, integrada por periódicos de alcance nacional y provincial, fue nuestra principal fuente de información.

A través de ella, y gracias a la preocupación que mostró por ofrecer noticias a una opinión pública cada vez más exigente, pudimos reconstruir hasta en sus detalles aparentemente más insignificantes los viajes gubernamentales protagonizados por Balmaceda pero, también, apreciar las imágenes que tanto Balmaceda como sus opositores trataron de proyectar hacia la opinión pública.

Se justifica el uso intenso y amplio que hemos hecho de la prensa periódica pues ella, en la época de Balmaceda, representó un foro de debate político singularmente importante. También porque en ella fue donde los asuntos de interés público se discutieron con todo detalle y porque junto con tener una amplia libertad para expresarse, era numerosísima, acogiendo así las más variadas expresiones de la sociedad. En especial, en lo relativo a su situación respecto de la administración Balmaceda y su principal figura.

Así, y en razón de la evolución experimentada por los viajes gubernamentales encabezados por Balmaceda ante la opinión pública que se expresaba a través de la prensa, desde una situación de mayoritaria aceptación hacia una de evidente censura, es que, cuando nos pareció oportuno, aludimos a la posición del respectivo periódico respecto del gobierno. Esto, sin perjuicio que, independiente de la veracidad o no de las informaciones y de la distancia entre la realidad, el discurso y la imagen, lo cierto es que la prensa, efectivamente, da

cuenta de las campañas de imagen pública que actores políticos como Balmaceda buscaron hacer prevalecer en la opinión.

Entre los medios revisados, especialmente importantes resultaron periódicos como *El Ferrocarril de Santiago* y *El Mercurio de Valparaíso*, los dos principales y más influyentes diarios chilenos del siglo XIX. A ellos se suma la prensa de provincia existente en la época, la cual, desde antes y hasta después de la visita oficial, se ocupó de manera intensa de la misma y de las circunstancias que la rodearon.

A las detalladas crónicas de los desplazamientos, en las cuales se informa sobre todos lo eventos en que participó el gobernante y de las personas con las que se entrevistó, deben sumarse como fuente de información los editoriales y artículos de opinión en los cuales se abordan los viajes, su significado y sus consecuencias.

La prensa reproduce también las alocuciones, discursos, brindis, peticiones y palabras de agradecimiento que pronunciaron los protagonistas de los viajes, además de informar de las ceremonias que se realizaron durante ellos. Todo lo anterior, nos permitió captar los objetivos y significados que cada uno de los actores involucrados le atribuyeron a las excursiones gubernamentales, así como el imaginario existente en torno de los mismos y a su figura principal.

Además de la prensa, utilizamos una gran variedad de otras fuentes. En primer término, están los documentos oficiales que se encuentran depositados en el Archivo Nacional de Chile. Además, en esta institución y en la Biblioteca Nacional, se conservan los libros de telegramas de la Presidencia de la República, así como otra gran variedad de documentos de carácter oficial como partes, peticiones, informes, etc., que también nos proporcionaron información sobre los viajes gubernamentales del siglo XIX.

En el Archivo Nacional se encuentran también los fondos Real Audiencia, Capitanía General y Papeles Varios, acervos de gran importancia para reconstruir la visita general al reino de Chile que el gobernador Ambrosio O'Higgins realizó a partir de 1789, antecedente colonial de los viajes del poder del siglo XIX.

Se suma a lo mencionado, la documentación emanada de otros poderes del Estado

como el Congreso Nacional. Las sesiones de los cuerpos legislativos, que reproducen cada una de las intervenciones de los congresistas chilenos, así como de los ministros de Estado llamados a comparecer ante ellas, constituyen una fuente de primer orden para apreciar el estado de la vida política nacional. Lo anterior, sin perjuicio de que en ellas también se discutió acerca de los viajes que realizó Balmaceda y las proyecciones y consecuencias de los mismos.

Las actas de las sesiones de la Comisión Conservadora, el organismo creado para velar por la observancia de la Constitución y las leyes durante el receso del Congreso Nacional, y compuesto por senadores y diputados, también aluden a los viajes de Balmaceda y a la marcha política del país en general<sup>9</sup>.

Contamos también con los archivos públicos y privados de algunos de los políticos que actuaron en la segunda mitad del pasado siglo, como Domingo Santa María, Benjamín Vicuña Mackenna, Diego Barros Arana y José Toribio Medina, todos depositados y catalogados en el Archivo Nacional, la Biblioteca Nacional o el Museo y Biblioteca Benjamín Vicuña Mackenna. En ellos se encuentran documentos que aluden a la vida nacional en la época de Balmaceda, a las actuaciones de este político y a sus viajes. En este contexto, especialmente valioso resulta el archivo Santa María, formado por los papeles del ex-presidente bajo cuya autoridad Balmaceda se desempeñó como Ministro de Estado. En él se encuentra, por ejemplo, parte de la correspondencia que estos estadistas sostuvieron.

En la Biblioteca del Congreso Nacional se encuentra a su vez el Archivo sobre la Revolución de 1891, compuesto fundamentalmente por literatura alusiva a los antecedentes y sucesos desencadenados aquel año en Chile. Este archivo, que también cuenta con catálogo, constituye fuente imprescindible para el conocimiento de la época de Balmaceda, aún cuando

---

<sup>9</sup> Las intervenciones de los congresales se encuentran en la obra *Boletín de Sesiones* de las Cámaras de Senadores y Diputados, y fueron también reproducidas en la prensa nacional. Igual cosa ocurrió con las actas de la Comisión Conservadora y algunas de las participaciones de sus miembros. Además, existen recopilaciones de los discursos de algunos de los más destacados parlamentarios de la época de Balmaceda, por ejemplo, los de José Francisco Vergara, Isidoro Errázuriz, Manuel José Irarrázaval, Enrique Mac-Iver y Benjamín Vicuña Mackenna. Nosotros mismos, junto con Eduardo Devés, hemos recopilado la oratoria de Balmaceda bajo el título de *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía* (Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1991-1993).

en lo relativo a los viajes del Presidente es parco en noticias<sup>10</sup>.

También en la Biblioteca del Congreso se hallan clasificadas las participaciones que cada uno de los senadores y diputados chilenos ha tenido en el Congreso Nacional. Ordenadas alfabéticamente y por temas, el mismo resulta una útil fuente para acceder a las opiniones de los parlamentarios sobre los temas que ocupaban la atención de la sociedad de su época.

Las memorias y crónicas de los contemporáneos, testigos, acompañantes o anfitriones del presidente Balmaceda, constituyeron otra fuente importante que informa sobre los hechos públicos de los viajes y de sus entretelones, entre otros valiosos antecedentes.

La correspondencia, por ejemplo, del propio Balmaceda con sus ministros y funcionarios, alguna ya publicada, constituyó otra fuente significativa. A este respecto, el archivo nombrado Correspondencia de José Manuel Balmaceda que se conserva en la Sala Medina de la Biblioteca Nacional, nos resultó de gran utilidad.

El mismo reúne 20 volúmenes de epístolas dirigidas al gobernante y documentos varios divididos en dos partes principales: 15 tomos de correspondencia numerados del I al XV y 5 tomos de papeles varios, muchos de ellos cartas, numerados del I al V. En total 10.575 fojas, con un promedio de 528 fojas por volumen. A éstos se suman 5 volúmenes más: uno con 364 fojas de correspondencia intercambiada por Balmaceda en su calidad de Ministro de Relaciones Exteriores; otro con 588 fojas de telegramas, la mayor parte de ellos dirigidos a Balmaceda entre 1885 y 1891; un libro copiador con cinco cartas de Balmaceda; un legajo con cartas trucas de 211 fojas y uno de 217 fojas con correspondencia política dirigida a Balmaceda entre 1875 y 1876.

Las crónicas que bajo el rótulo de libros de historia se publicaron inmediatamente después de la Guerra Civil de 1891, por los protagonistas y testigos de la tragedia; así como los informes de diplomáticos acreditados en el país en ese tiempo también nos fueron de

---

<sup>10</sup> Complementa este archivo el texto de Enrique Blanchard-Chessi, "La Revolución de 1891. Datos y documentos para la historia", aparecido en la revista *Zig-Zag* de Santiago entre los años 1909 y 1914. Rico en información sobre el período, en general, y sobre Balmaceda, en particular, reproduce numerosos documentos de la época.

utilidad, especialmente, porque forman una buena relación cronológica de los hechos, sirven para determinar el orden de importancia de los mismos y, en ocasiones, ofrecen noticias de personas y situaciones que, por lo confidenciales, son difíciles de encontrar en otro lugar.

También utilizamos las obras informativas, de carácter comercial y geográfico que comienzan a aparecer en Chile ya en el último tercio del siglo XIX. Ellas se sumaron a las publicaciones de la Oficina Central de Estadísticas, el *Anuario estadístico de la República de Chile* y la *Sinopsis estadística*.

Junto a los documentos nombrados, accedimos a fotografías y objetos producidos y utilizados en cada uno de los desplazamientos del Presidente. Tanto el Archivo como el Museo Histórico Nacional poseen colecciones de fotografías, monedas y medallas de la época, así como una gran cantidad de objetos pertenecientes al ex-presidente Balmaceda y a la sociedad de la que formó parte. Todos ellos nos ilustraron acerca de las formas en que se ejercía el poder, la actitud de los estadistas, las imágenes que pretendían proyectar, la mentalidad y la ideología existentes en la época.

Por último, nos servimos también de la novela histórica como medio de conocer las características de la época de Balmaceda y los antecedentes de los conflictos que ella sufrió<sup>11</sup>.

En fin, creemos que nuestras fuentes han sido suficientes para reconstruir cada uno de los viajes gubernamentales, requisito indispensable para acceder a su significado. Pensamos que fueron también lo bastante amplias y variadas como para obtener una visión acabada del significado que los diferentes actores de la sociedad le atribuyeron a los desplazamientos oficiales.

Por todo lo anterior, creemos que nuestra investigación puede hoy ofrecer una interpretación de los viajes de Balmaceda en el contexto del proceso de modernización

---

<sup>11</sup> Joaquín Edwards Bello en *La novela de Balmaceda* (Santiago, Nascimento, 1981), fue un útil guía. Entre las novelas no podemos dejar de mencionar la valiosa fuente que es la obra de Armando Chirveches (1881-1926), *La candidatura de Rojas* (La Paz, Librería y Editorial "Juventud", 1ª reedición 1969), la cual describe y denuncia los vicios y ajeteos de la vida pública boliviana del cambio de siglo, todos ellos, en lo relativo a las prácticas electorales, similares a los que se observan en la mayor parte de los países latinoamericanos en los años del cambio de siglo entre el XIX y el XX.

**experimentado por el país en la segunda mitad del pasado siglo.**

## I- LA EVOLUCIÓN REPUBLICANA

### EL ORDEN CONSERVADOR Y AUTORITARIO

Luego de la formación de la primera junta de gobierno en 1810, y como en casi toda América, la primera etapa del proceso de independencia chileno estuvo marcada por las luchas que los patriotas debieron enfrentar para alcanzar la autonomía de la metrópoli. Los militares e intelectuales, protagonistas del período, junto con consolidar la Independencia iniciaron la organización del Estado republicano en base al ideario liberal.

Entre 1810 y 1833, el país vivió un período de formación y aprendizaje políticos. Años de ensayos, de diversos intentos por dar forma a la nueva realidad política que se vivía: la de una nación independiente, que luchaba por organizar el Estado<sup>1</sup>.

Diversos problemas debieron enfrentar los organizadores de la república para realizar su obra. La caótica situación económica provocada por las campañas militares que arrasaron con las fuentes de la riqueza nacional, la dificultad para aplicar en el país los ideales liberales y republicanos a causa de la falta de formación política de los nuevos ciudadanos, la inexperiencia política de quienes ejercían el poder, la agitación política y social motivada por la miseria existente, y la acción de la Iglesia y de la aristocracia conservadora descontentas con el carácter liberal de las reformas, fueron algunos de los factores de inestabilidad.

Los ideales surgidos de la evolución del liberalismo político y materializados en la Revolución Francesa fueron, desde el comienzo de su vida independiente, los principios a los que el país buscó adecuar sus nuevas instituciones políticas y sociales. Los conceptos de libertad, igualdad y fraternidad calaron en el espíritu de los patriotas. En ese sentido, la independencia nacional fue un proceso igualador que intentó acelerar la disolución de la sociedad jerárquica y de privilegios existente durante el período colonial<sup>2</sup>.

Entre 1810 y 1830 se dictó un gran número de constituciones y normas jurídicas,

---

<sup>1</sup> La explicación más completa de este proceso, en Heise González, 1978.

<sup>2</sup> Véase Villalobos R., *et al*, 1982.

muestra del claro afán constitucionalista que animaba a los organizadores de la república. Independizados de la monarquía, la majestad de la ley reemplazó al dogma de la majestad real vigente hasta entonces. La Constitución, ley fundamental, fue la base sobre la cual se levantó la nueva república y a ella se debieron someter, desde entonces, tanto gobernados como gobernantes.

Numerosos y variados son los logros político-institucionales obtenidos en el período de la organización del Estado. El fundamental, la Independencia nacional. La instauración de la República, es decir, la organización del sistema político bajo la forma de un gobierno representativo.

En estos años se afianzó también el concepto de soberanía popular. Se confirmó el concepto de la división de los poderes. Se consolidaron los derechos individuales, y se establecieron, como garantías constitucionales, el derecho a la libertad, la igualdad, la propiedad y el recurso de amparo.

En el ámbito económico y social, se obtuvieron también importantes adelantos. En primer término, se inició el proceso de ordenamiento de la hacienda pública. A través de variados estímulos se fomentó el comercio y los contactos mercantiles de Chile con el exterior. También hubo preocupación por reconocer las riquezas naturales del país e interés por atraer capitales extranjeros que invirtieran en actividades productivas. Además se promovió la educación y se crearon importantes establecimientos de enseñanza; se contrataron sabios extranjeros y se fomentó la actividad cultural en general.

Consolidada la Independencia, y luego de la abdicación del libertador Bernardo O'Higgins en 1823, el país vivió un período de gran inestabilidad caracterizado por la violenta lucha de los grupos políticos por imponer sus ideas y concepciones sobre la organización del Estado. Éste solo concluyó en 1830, con el triunfo de los sectores más conservadores, luego de una guerra civil.

La lucha por el poder entre conservadores y liberales fue consecuencia de las diferentes visiones y proyectos que ambos sostenían como más adecuados para organizar la república. Los militares e intelectuales protagonistas del proceso de independencia, si bien formaban parte del

sector más aristocrático, no pertenecían a los grupos más selectos de ella. De ideas liberales y reformistas, no tardaron en enfrentarse con los sectores que tradicionalmente habían detentado el poder.

Para la aristocracia conservadora los ensayos liberales significaron no sólo la pérdida de su situación privilegiada, también, desorden e inestabilidad debido a la ausencia de una autoridad capaz de imponer el orden. Reaccionando contra la política liberal, los sectores aristocráticos iniciaron un movimiento que buscando terminar con el reformismo y la inestabilidad, culminó en una revolución. En 1829 se levantaron contra el gobierno y, luego de derrotarlo militarmente en 1830, asumieron el poder poniendo fin a la etapa de gobierno liberal.

El éxito de los conservadores fue posible gracias, entre otros factores, al cansancio existente en la sociedad por la situación que vivía el país. Una gran mayoría aspiraba al orden, la tranquilidad y la estabilidad, por esa razón apoyaron el proyecto autoritario.

El triunfo de la aristocracia conservadora se fundó en la realidad concreta de la sociedad chilena de las primeras décadas de la república: un país que mantenía la estructura social y económica heredada de la Colonia.

Si bien en el ámbito político la nación había pasado de un régimen monárquico absolutista a uno republicano liberal, en la práctica subsistían las estructuras sociales en virtud de las cuales la aristocracia era el sector predominante de la sociedad y ante el cual todos los demás estaban subordinados.

La aristocracia, un grupo pequeño, cohesionado y homogéneo, enlazado por una comunidad de intereses políticos, económicos, sociales y culturales, era la dueña de la riqueza y del prestigio social. Sus miembros eran los grandes propietarios de las tierras cuyos capitales se extendían a las actividades mineras y comerciales. La masa de mestizos, sumida en la ignorancia y en la miseria, estaba totalmente dominada por ella. Ajena a los cambios producidos, de hecho no había tenido ninguna participación dirigente en ellos. Para el bajo pueblo, los ideales de libertad e igualdad que la Independencia había introducido, resultaban principios incomprensibles y, por tanto, de muy difícil aplicación en una sociedad todavía muy

jerarquizada y rígida y sin formación política.

Sobrio y tenaz, positivo y práctico, sin grandes luces intelectuales, honrado, escrupuloso e individualista, el aristócrata chileno era un elemento de orden y estabilidad, colaborador con el gobierno. Conservador y apegado a la Iglesia, enrostraban a las autoridades liberales su incapacidad para imponer el orden y la tranquilidad. Se resentían del vacío de poder existente. Señalaban que era consecuencia de la aplicación de teorías y principios ajenos a la realidad social que entonces vivía el país.

Habiendo aprendido a mandar y a dominar en la escuela de la hacienda, los aristócratas conservadores acusaron a sus oponentes de soñadores, ilusos, faltos de criterio práctico y de no percibir que la sociedad no estaba preparada para ejercer el régimen liberal republicano en forma plena. Ellos creían que era necesario mantener el antiguo sistema autoritario, que no sólo aseguraba el orden y la estabilidad, sino también su predominio social.

A diferencia de los liberales, los grupos aristocráticos no consideraron las teorías políticas e impusieron un rígido sistema político. Según ellos, éste era el único medio capaz de asegurar el orden y la tranquilidad. Guiada por el sentido práctico y realista de Diego Portales, que le indicaba que sólo una autoridad fuerte, con amplias atribuciones, sería capaz de imponer el orden y la estabilidad, requisitos básicos para el desarrollo de las actividades económicas, la aristocracia restauró, bajo apariencias republicanas, el orden social colonial<sup>3</sup>.

Una vez en el poder, la aristocracia se vio en la necesidad de promulgar una constitución que se adecuara a la nueva realidad que vivía el país y que formalizara su dominio sobre la nación.

La Constitución de 1833 se distinguió por ser de naturaleza presidencialista y autoritaria, además de conservadora y aristocrática, cumpliendo así los requerimientos de los sectores que, tradicionalmente, habían detentado el poder.

Se le reconocen estas características a la carta de 1833 porque hizo del Presidente de la República el gran poder dentro del Estado al otorgarle numerosas e importantes atribuciones.

---

<sup>3</sup> Véase Edwards, 1997.

Algunas de las más notorias fueron que podía ser reelegido, lo que hizo posible que el Presidente gobernara diez años; no debía responder ante nadie por las acciones que ejecutara durante su mandato; tenía la posibilidad de oponerse a todo proyecto de ley que le presentara el Congreso; nombraba a los jueces y vigilaba su conducta; y podía indultar en acuerdo con el Consejo de Estado, entre otras facultades. Gracias a los poderes que la Constitución le entregaba, el Poder Ejecutivo gozaba de una autoridad incontrarrestable, lo que le permitiría imponer el orden y la tranquilidad<sup>4</sup>.

Las leyes sobre el Estado, como las de régimen interior, responsabilidad civil, electoral y de municipalidades, consolidaron todavía más el Poder de un Ejecutivo que actuaba en un medio en el que el concepto de la libre expresión de la soberanía popular todavía no se expresaba. Entonces, en la primera mitad del siglo XIX aproximadamente, sobrevive la noción monárquica del príncipe cristiano bueno y justo, responsable sólo ante Dios, que suscita la adhesión casi incondicional de la población.

Con atribuciones sobre la administración pública y las fuerzas armadas, el aparato judicial y la práctica política cuyo centro era Santiago, el Presidente de la República reunía una amplísima gama de potestades formales e informales. Las mismas, sumadas a sus poderes excepcionales de "estado de sitio" y "facultades extraordinarias" que ampliaban todavía más sus prerrogativas, explican su absoluto control sobre la vida nacional.

La supremacía del Presidente de la República en el sistema político de 1833 se prolongaba todavía más allá del texto constitucional pues en la práctica era casi imposible ser elegido congresal sin su voluntad. A él estaban sometidas todas las autoridades provinciales y municipales que, en último término, controlaban el proceso electoral. Ello explica también que fuera el Presidente saliente el que, en definitiva, decidiera quién sería su sucesor en La

---

<sup>4</sup> Véase la *Constitución de la República Chilena. Jurada y promulgada el 25 de mayo de 1833*, en Valencia Avaria, 1986. Es preciso hacer saber que las autoridades provinciales y departamentales, así como las de las subdelegaciones y distritos, las instancias de la división político-administrativa del país a lo largo del siglo XIX, dependían política y económicamente del poder central encabezado por el Presidente de la República.

Moneda como, sabemos, ocurrió hasta 1891<sup>5</sup>.

Pero, y más allá de la normativa legal, para la sociedad de la época la Presidencia de la República estaba asociada a la seguridad y al orden, en lo que constituye una representación de la máxima autoridad del Estado que no nos es indiferente en función de la evolución que ella sufrirá a lo largo del siglo XIX. Un ejemplo, tomado de una situación provocada por la excursión oficial que el Presidente Manuel Montt realizó a las provincias del sur del país en 1853, mostrará lo afirmado.

En efecto, la partida del Primer Mandatario no dejó de suscitar, entre otras reacciones, temores y críticas en una sociedad como la santiaguina desacostumbrada a la ausencia del titular del Poder Ejecutivo. Así, por ejemplo, *El Progreso* se hizo eco de los rumores que señalaban que "la ida de S.E. nos costará el cerramiento de nuestra imprenta y tal vez el sacrificio de nuestra tranquilidad"<sup>6</sup>. Aprensiones probablemente infundadas, que de hecho no se materializaron, pero que son significativas en cuanto reflejan una determinada mentalidad asociada a la existencia de una imagen presidencial que, en este caso, se vincula con la tranquilidad que su sola presencia produce en la ciudadanía.

Pero la inquietud por la ausencia del titular del Ejecutivo se mezcló también con el reproche, en razón del papel que la opinión le asignaba en la vida nacional. Es así como el periódico ya citado, una vez iniciada la gira presidencial, se refirió a la "tranquilidad de la capital", afirmando que la ciudad "es hoy un campo desierto", en la cual no había "ni novedades, ni bullas, ni sucesos de grande ni de pequeña importancia", ni menos "la actividad que corresponde a una capital que encierra más de cien mil habitantes". No preguntéis por nada

---

<sup>5</sup> Aunque el tema no ha sido abordado analíticamente por la historiografía sobre Chile, lo cierto es que nuestra investigación nos permite avizorar que en el Chile del siglo XIX, la verdadera "elección presidencial" se producía cuando el Presidente que se alejaba decidía por uno u otro aspirante oficial a la jefatura de Estado. De hecho fue común la existencia de más de un candidato gubernamental a la presidencia, todos los cuales se disputaban la voluntad oficial. La mencionada situación, guardando las reservas que correspondan, tiene una notable correspondencia con lo ocurrido en el México del siglo XX luego de la creación del Partido Revolucionario Institucional. Así por lo menos se deduce de la lectura de las obra de Zárate, 1995, sobre el sistema de sucesión presidencial mexicano. Otros ensayos estimulantes sobre el tema son los de Cosío Villegas, 1994 y Mendoza Berrueto, 1998.

<sup>6</sup> Véase la edición del día 31 de enero de 1853.

en estos días, recomendaba a sus lectores, "porque no habrá quién os responda. Los tribunales de justicia cerrados, el Congreso cerrado, el comercio cerrado, los salones cerrados, las oficinas públicas cerradas, y finalmente, desde el Presidente de la República hasta el portero de la casa de gobierno, parecen haberse dado cita en los alrededores de Santiago, en la activa y bulliciosa Valparaíso, o en las hermosas campiñas del Sud"<sup>7</sup>.

Las ilusiones, escrúpulos y recelos que el viaje presidencial despertó en la prensa se explican si consideramos que entonces el Presidente de la República no sólo era el ciudadano que administraba el Estado y de quien siempre se esperaban realizaciones, progreso material y moral. Era también el jefe supremo de la nación como afirmaba el artículo 81 de la carta fundamental, cuya autoridad se extendía a todo cuanto tenía "por objeto la conservación del orden público en el interior y la seguridad exterior de la república, guardando y haciendo guardar la Constitución y las leyes". Además, para una parte muy significativa de los habitantes del país, era la encarnación misma del orden, la estabilidad y la seguridad, la representación de la dominación absoluta e impersonal de la autoridad que todos veneraban<sup>8</sup>.

La Constitución de 1833 instauró además un orden conservador y aristocrático porque tendió a mantener lo heredado del período colonial, creando un régimen inmovilista que consagró el predominio de la aristocracia. Tanto los requisitos para ser ciudadano activo, como para ser congresal, exigían poseer cierto nivel económico que la gran mayoría no tenía. Además, y buscando perpetuar el sistema imperante, el mecanismo de reforma de la Constitución hacía prácticamente imposible cualquier modificación de la institucionalidad fundamental, en lo que representa un rasgo típicamente conservador.

Respecto del Congreso Nacional, que en la práctica quedaba subordinado al poder del Presidente, los constituyentes de 1833 establecieron que este cuerpo debía aprobar anualmente

---

<sup>7</sup> *El Progreso*, 5 de febrero de 1853. Días después, el 22 de febrero, el mismo periódico volvía a criticar al gobierno por su ausencia de la capital en momentos, afirmaba, que "una multitud de asuntos hay pendientes de la resolución del gobierno que han quedado paralizados o rezagados ya por efecto de este paseo". Conceptos parecidos ofrece *El Mercurio* en su edición de 11 de abril de 1853.

<sup>8</sup> Edwards, 1997, p. 102, señala estas características de la presidencia de la república afirmando que, precisamente, Manuel Montt era, en cuanto personalidad, "la encarnación viviente" de los valores arriba señalados.

las llamadas leyes periódicas: la que fijaba el presupuesto de la nación, la que autorizaba el cobro de las contribuciones y la que establecía el contingente de las fuerzas armadas. De este modo, y sin la aprobación de estas leyes, el Presidente no podía gobernar, por lo que, en último término, y pese a toda la autoridad del Ejecutivo, el legislativo podía, teóricamente, imponer su voluntad. Sin embargo, y como quedaría demostrado en 1891, este formidable instrumento no podría ser utilizado con éxito sin provocar una crisis política.

En resumen, y esencial para comprender la importancia de las prácticas políticas puestas en uso en la época de Balmaceda que estudiamos, la Constitución de 1833 legalizó el predominio conservador y consagró en el país un sistema político presidencialista, autoritario y centralizado que, por sobre cualquier otro valor social, privilegió el orden. Todo ello, en el contexto de una sociedad jerarquizada.

A pesar de los buenos propósitos del gobierno, hasta 1837, el país no había logrado plena estabilidad política y menos conseguido la unidad nacional luego de la guerra civil y del período autoritario encabezado por Diego Portales. Éste, actuando como Ministro del presidente José Joaquín Prieto, que había asumido en 1831, practicó una política dura e implacable con los sectores liberales, buscando siempre imponer el orden, no importándole si para ello debía pasar por encima de la ley<sup>9</sup>.

Con personalidad recia y aguda inteligencia, Portales dominó la escena política del país hasta su muerte en 1837 como consecuencia de una conspiración organizada en su contra por cuerpos militares que se oponían a su política autoritaria<sup>10</sup>.

Desaparecido el ministro Portales, el gobierno cambió notoriamente su actitud. Permitió el regreso de los liberales exiliados, reincorporó en el ejército a los oficiales dados de baja, dictó una ley de indultos para condenados por delitos políticos y renunció a las facultades extraordinarias<sup>11</sup>.

Un nuevo ambiente se hizo sentir en el país gracias al alivio que la nueva política

---

<sup>9</sup> Una visión revisionista de Portales, en Villalobos R., 1983.

<sup>10</sup> Véase Sotomayor Valdés, 1962.

<sup>11</sup> Barros Arana, 1913, aborda la evolución política en la época.

provocó. Contribuyó al clima de unidad nacional la victoria chilena contra la Confederación Perú-Boliviana en 1839. Ella, junto con preservar la integridad nacional, tuvo un hondo significado en el quehacer nacional: aseguró la supremacía comercial y militar de la nación en el Pacífico Sur y facilitó el reencuentro de la sociedad tras un período marcado por las luchas de partidos, las persecuciones políticas y el autoritarismo.

En este contexto, se convocó a elecciones presidenciales para el año 1841, en las que triunfó el general Manuel Bulnes, cuya popularidad se basaba en la victoria obtenida por Chile en la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana.

Durante el primer mandato de Bulnes, el país disfrutó de una gran tranquilidad que hizo posible un evidente progreso económico y cultural. Sin embargo, la paz política se vio alterada a partir de 1846, a raíz de las manifestaciones públicas y a la gran efervescencia que alentó el avance de las ideas liberales. Entonces, el gobierno impuso el orden, lo que sin embargo no significó dejar de lado la Constitución.

La sociedad manifestó la tendencia a agruparse y surgieron así sociedades políticas, antecesoras de los partidos políticos. Los grupos liberales, antes perseguidos y marginados, ahora se agrupaban en el Club de la Reforma y en la Sociedad de la Igualdad, llegando a formar, en 1849, el Partido Liberal. Los conservadores formaron la Sociedad del Orden, claro signo de cuáles eran sus objetivos principales.

Buscando impedir la evolución del liberalismo y temerosos del desorden que éste podría producir en la sociedad, los sectores conservadores lanzaron como candidato a la Presidencia de la República a Manuel Montt, un reconocido partidario del autoritarismo presidencial.

La elección de Montt significó una vuelta al autoritarismo al estilo portaliano, pero en el marco de la constitución y la ley. Montt postulaba que lo fundamental era el orden, por lo que todo proceso de cambio debía ser de acuerdo con la Constitución. Como ésta no facilitaba los cambios y la presión liberal era creciente, Montt debió recurrir a facultades extraordinarias y estados de excepción para lograr imponerse. Su gobierno se había iniciado con una revolución en 1851, al no aceptar los liberales la derrota de su candidato, culminando con otra,

la de 1859, lo que demostraba que pese al autoritarismo, la sociedad estaba decidida en su lucha por la libertad.

En el decenio de Montt, sin embargo, surgieron nuevos partidos, el Conservador, partidario del orden y defensor de la independencia de la Iglesia frente al Estado, y el Nacional, de carácter autoritario, progresista en materias económicas y celoso defensor de los derechos del Estado sobre la Iglesia.

## LA EXPANSIÓN NACIONAL

La Independencia hizo posible la incorporación de Chile a los procesos económicos mundiales que entonces se vivían. El país salió así del relativo encierro en que lo mantenía su condición de colonia y la demanda mundial de alimentos y materias primas que la Revolución Industrial había provocado se convirtió en un estímulo para las actividades productivas nacionales<sup>12</sup>. Chile se integró a la economía mundial como proveedor de trigo, harina, cobre y carbón, entre otros productos. En este contexto, y tal como lo ha asentado la historiografía, durante el siglo XIX nuestro país fue un ejemplo de buen aprovechamiento del comercio exterior<sup>13</sup>.

El país vio incrementadas sus actividades comerciales por el establecimiento de agentes comerciales extranjeros que, enviados por diferentes compañías y casas comerciales europeas, investigaban sobre las riquezas naturales del país para su posterior explotación. Contribuyó también al desarrollo de las actividades productivas la política económica de los gobiernos de la época que, desechando las teorías económicas, aplicaron diversas medidas de fomento y protección de la producción nacional<sup>14</sup>.

---

<sup>12</sup> Al respecto, véase el ensayo de Cariola Sunkel, 1990.

<sup>13</sup> Martínez, 1992. Lo anterior, sin embargo, no implica desconocer que esta misma relación fue uno de los factores que impidió la industrialización del país. Véase Carmagnani, 1998, especialmente el capítulo tercero, "La colocación de la economía chilena en la economía internacional".

<sup>14</sup> Véase Villalobos R. y Sagredo B., 1987.

La etapa de la capitalización básica fue el proceso por el cual la nación adquirió las primeras máquinas, inició la construcción de obras de regadío y modernizó los transportes incorporando el ferrocarril y la navegación a vapor. Ella corresponde a un fenómeno de acumulación de riquezas y de su posterior inversión en bienes de capital, requisito indispensable de la posterior expansión, especialmente, del sector minero<sup>15</sup>.

El paso de un sistema bimetálico a otro monetario constituyó una transformación fundamental en la economía chilena. No sólo porque aparecieron los bancos, se dinamizaron las transacciones comerciales y se estimularon los negocios, además, porque todo esto hizo posible la creación de riqueza gracias a la disponibilidad de crédito.

Las transformaciones económicas experimentadas por el país durante sus primeras décadas como república tuvieron también repercusiones sociales que significaron la evolución hacia una sociedad de clases. A diferencia de la sociedad colonial de rasgos estamentales, rígida, jerárquica y conformista; la sociedad republicana comenzó a caracterizarse por el dinamismo de los sectores que la constituían, su constante actitud crítica y la nunca satisfecha aspiración de subir en la escala social.

Como consecuencia de las actividades mineras, agrícolas y comerciales, comenzaron a desarrollarse los grupos burgueses. Ellos fueron los dueños de los yacimientos de plata, cobre y carbón, y gracias a la riqueza que generaron con su explotación, lograron elevar su condición social, llegando así a mezclarse con la aristocracia tradicional. Otros grupos que también fueron adquiriendo claros perfiles fueron la clase media y el proletariado.

La tranquilidad política que se observó en Chile luego de la etapa de la organización, unida al creciente desarrollo económico del país, hicieron posible un notable desarrollo cultural y educacional. En ese tiempo, se inició la formación del sistema educativo, desde la escuela primaria a la Universidad, pasando por los liceos, las escuelas normales y las profesionales. Se promovió la investigación científica sobre el territorio, la historia y la cultura. Surgieron

---

<sup>15</sup> Como consecuencia de las exportaciones, se generaron los capitales que hicieron posible, a partir de 1850, la aparición del crédito, requisito indispensable para el financiamiento de la expansión que vendría. Para antecedentes de los primeros bancos en el país, útil resulta el artículo de Ross, 1991.

también las primeras manifestaciones literarias nacionales y se fundaron instituciones científicas y artísticas, como el Museo de Historia Natural y la Academia de Pintura.

Un factor fundamental del avance cultural de Chile en el siglo XIX lo constituyó el aporte de los sabios y artistas europeos que, junto con intelectuales latinoamericanos, se radicaron en el país, ya sea porque fueron contratados por el gobierno o porque buscaron asilo político. Entre ellos, el de Andrés Bello es, sin duda, el nombre más reconocido.

El estímulo que representó la demanda internacional explican, en lo esencial, la gran expansión experimentada por la economía y la sociedad chilenas desde la década de 1860 en adelante.

Así, cuando los países desarrollados demandaron materias primas para sus industrias, en Chile comenzó la explotación de cobre en gran escala; cuando requirieron combustibles para sus máquinas a vapor, Chile inició la explotación del carbón en Arauco, y cuando necesitaron mejorar la productividad de sus tierras, Chile se apropió y exportó el salitre existente en Tarapacá y Antofagasta. Además, el capitalismo industrial que se expandió por el mundo en el siglo XIX, también necesitó de metales preciosos para el intercambio, y en Chile había oro y sobre todo plata. De esta forma, la contribución de la minería al desarrollo económico y social del país durante el siglo XIX fue creciente, además de insustituible y fundamental como fuente de ingresos fiscales. Desde entonces el país vive marcado por su condición de nación minera desde el punto de vista económico.

En el plano social, y como efecto del desenvolvimiento minero, se produjo la formación de un dinámico sector empresarial que dió origen a la burguesía nacional. La minería también creó las condiciones para la conformación del proletariado ya que, en la mano de obra que ocupaban las minas, es donde se encuentran los gérmenes de este sector social. Los capitales mineros financiaron también el desarrollo de la agricultura, el comercio, la banca y la industria, lo anterior sin perjuicio que la modernización de las faenas de extracción y elaboración de minerales, muchas de ellas verdaderas industrias en sí mismas, incidieron en el desarrollo de las manufacturas metalmetálicas. La industria minera hizo posible también la expansión del Estado, al transformarse en la principal fuente de riquezas fiscales gracias a los gravámenes que

se impuso a la exportación de minerales<sup>16</sup>.

El sector agrícola vió llegar un período de auge a mediados del siglo XIX. A consecuencia de la fiebre de oro en California y Australia, el país encontró mercados donde vender sus productos<sup>17</sup>. Éstos, pese a ser temporales, significaron un gran incentivo que hizo posible las primeras transformaciones al ampliarse la superficie cultivada, diversificarse la producción, construirse los primeros tranques y canales de regadío, incorporarse algunas herramientas agrícolas e iniciarse la semimecanización del campo, para lo cual se trajeron sembradoras y cosechadoras movidas con fuerza animal<sup>18</sup>.

La apertura, a mediados de la década de 1860, del mercado del Atlántico para el trigo chileno, fue lo que hizo posible el desarrollo de la agricultura nacional en la segunda mitad del siglo XIX. Entre los fenómenos más significativos de la expansión agrícola, se cuenta la incorporación de nuevas regiones al desarrollo nacional, específicamente, las provincias de la Araucanía y la de Valdivia que, hasta mediados del siglo XIX, habían permanecido desvinculadas del acontecer general de la nación.

La integración de la Araucanía formó parte de un proceso mayor que venía desarrollándose desde el período de la Conquista<sup>19</sup>. Producto del largo contacto entre españoles e indígenas, la Araucanía era ya ocupada y explotada por chilenos a mediados del siglo XIX. Sólo faltaba la acción oficial del Estado para integrarla definitivamente al país. Facilitó esta acción, además de lo ya dicho, la demanda de alimentos producida en el norte minero-agrícola a raíz del desarrollo de la minería del cobre y de la plata; la explotación del guano y el salitre en los desiertos del norte minero, todo lo cual se tradujo en una sostenida demanda de productos agrícolas que provocó la penetración espontánea en la región para la explotación de sus fértiles tierras; la presión que se produjo en las provincias de Maule, Ñuble y Concepción, zonas pobres, de agricultura poco desarrollada, de escasas fuentes de trabajo y con un gran contingente humano dispuesto a ocupar los vastos terrenos vacíos; y las explotaciones

---

<sup>16</sup> Humud Tleel, 1969, muestra la evolución de los ingresos y gastos fiscales entre 1830 y 1930.

<sup>17</sup> Véase Bauer, 1994, pp. 86-89.

<sup>18</sup> Véase Hernández, 1966.

<sup>19</sup> Respecto del fenómeno de la Araucanía, seguimos los planteamientos de Villalobos R., 1995.

carboníferas iniciadas en el Golfo de Arauco durante la década de 1840 que atrajeron mano de obra y estimularon la ocupación del territorio costero de la región<sup>20</sup>.

Esenciales resultaron también en la integración de la Araucanía, la acción de los inmigrantes españoles, suizos, italianos y alemanes y la construcción del ferrocarril longitudinal<sup>21</sup>. Si bien la inmigración hacia Chile fue pequeña, comparada con la población total del país o con el número de inmigrantes que arribaron a otros países, sin embargo, y por la características que algunos de los inmigrantes poseían, su llegada al país incrementó la capacidad empresarial y de mano de obra calificada, transformándose en agentes dinámicos del desarrollo económico de las regiones donde se establecieron<sup>22</sup>.

La colonización de Valdivia también tuvo carácter de ocupación agrícola. Correspondió a los inmigrantes alemanes el liderazgo de un proceso en el que también participaron chilenos<sup>23</sup>. Llegados al país desde 1850 en adelante, los germanos ocuparon la región iniciando la producción de alimentos, a la que sumaron la ganadería y la actividad industrial. Así, a lo que originalmente sólo fue producción alimenticia, rápidamente se adicionaron aserraderos, curtiembres, destilerías y talleres textiles, además de los adelantos en materia de caminos, ferrocarriles y obras de urbanización, en lo que constituye un buen ejemplo de ocupación agrícola dinámica.

Además de superficies agrícolas, se integraron también al país territorios mineros,

<sup>20</sup> Ortega, 1988 y 1992, ofrece antecedentes sobre esta actividad y los cambios que ella provocó en la zona en que se desarrollaba.

<sup>21</sup> Ignacio Domeyko, que había viajado por la Araucanía en 1854, alude a las transformaciones operadas en ese territorio cuando, años después, volvió nuevamente a él y escribió: "Visité esta comarca hace 36 años y con sorpresa pude ver ahora que gran parte de lo que entonces era un desierto aún habitado por los salvajes, hoy día está bien administrado, tiene ya varios pueblos y grandes haciendas; grandes extensiones de siembra de cereales, viñas, líneas de ferrocarriles, grandes puentes....". Carta fechada el 23 de marzo de 1880, en Godoy y Lastra, 1994, p. 351.

<sup>22</sup> Mientras entre 1860 y 1930 entraron a la Argentina 6.276.000 inmigrantes, sólo 139.000 lo hicieron a Chile. Véase Hurtado, 1966, pp. 66-67. Una muy positiva interpretación general del aporte extranjero al desenvolvimiento nacional se encuentra en Villalobos R. 1984, pp. 26-29. Recientemente, y en un logrado intento por equilibrar la visión unilateral que sólo ha visto el rasgo positivo de los inmigrantes, Harris Bucher, 1997, pp. 11-64, alude a otro tipo de ellos, "los proletarios, aventureros, desertores y deudores".

<sup>23</sup> En 1885, por ejemplo, y según el *Censo general de población*, de un total de 187 mil habitantes que vivían en el territorio colonizado de Angol y las provincias de Valdivia y Llanquihue, sólo 5.390, es decir, el 2,9 %, habían nacido fuera del país. Véase Hurtado, 1966, p. 68.

como lo eran las provincias de Antofagasta, Tarapacá y Tacna que, hasta la Guerra del Pacífico, formaban parte de Bolivia y Perú respectivamente.

La creciente demanda de nitrato estimuló a los capitalistas chilenos a invertir en esta industria de tal manera que, antes de 1879, parte importante de las ganancias que ésta proporcionaba quedaban en el país. Así, hasta 1880, la propiedad de las oficinas salitreras estaba compartida entre el Estado peruano, dueño de las oficinas de Tarapacá, y los empresarios privados chilenos, ingleses y alemanes que explotaban las salitreras del territorio boliviano<sup>24</sup>. La Guerra del Pacífico, que finalmente se resolvió en favor de Chile en 1881, hizo posible la adquisición del monopolio natural del salitre, iniciándose una nueva etapa en la historia de Chile, fundamentalmente, por las riquezas que representó la explotación del nitrato para el erario nacional<sup>25</sup>.

**CUADRO**  
**% CON QUE HA CONTRIBUIDO LA INDUSTRIA SALITRERA EN LAS**  
**RENTAS ORDINARIAS DE LA NACIÓN DESDE 1880 A 1891**  
(cómputos en \$ oro de 18d)

AÑOS	SALITRE qq.m. millones	YODO kgs. miles	DERECHOS PAGADOS por el salitre y el yodo	RENTAS ORDINARIAS DE LA NACIÓN	% de aporte industria salitrera
1880	2,3	84	2,3	48,8	4,7
1885	4,3	257	14,4	51,0	28,21
1890	10,2	220	35,0	72,8	48,15

Cariola y Sunkel, 1990, p. 138.

Concluida la guerra, el gobierno chileno decidió privatizar todas las salitreras, momento

<sup>24</sup> El hecho de desarrollarse en territorios extranjeros no impidió que la industria del salitre, desde sus orígenes en la primera mitad del siglo XIX, contara con una gran cantidad de mano de obra y capitales chilenos, relacionándose así, estrechamente, con el quehacer nacional. Para una detallada visión de la evolución de la actividad salitrera, véase Bermudez, 1963 y 1984.

<sup>25</sup> Sobre el papel de la minería del salitre en la vida nacional, véase Cariola y Sunkel, 1990, pp. 63-187.

en el que algunos particulares se adueñaron de una parte importante de ellas, como fue el caso del inglés John North. El Estado impuso un gravamen a la exportación del nitrato, creando así una fuente de recursos fiscales que permitió, no sólo pagar las deudas contraídas con motivo de la guerra y mantener el poderío militar, sino también, y lo más importante, contar con importantes recursos para desarrollar planes de ampliación del sistema educacional y de obras y servicios públicos tales como puentes, caminos, canales de regadío y ferrocarriles que Balmaceda supo aprovechar una vez en el poder<sup>26</sup>.

La expansión económica experimentada por el país en la segunda mitad del siglo XIX hizo posible un vigoroso período de crecimiento que facilitó la internación de factores de producción -como capitales y mano de obra calificada- que unidos a la disponibilidad de crédito, la estabilidad política y una legislación económica favorable, permitieron el desarrollo de nuevos sectores de la economía como la industria y los servicios. En este contexto, las provincias salitreras y las de la Araucanía, los polos económicos más dinámicos del país, a las que habría que sumar las ciudades con actividad industrial y de servicios, se transformaron en centros de crecimiento generadores de aceleradas transformaciones del más diverso tipo.

**CUADRO**  
**% DE GASTOS DEL MINISTERIO DE OBRAS PÚBLICAS CON RESPECTO**  
**AL GASTO TOTAL, 1888-1891**

Año	Gastos rubros distintos a FF.CC	Gastos en FF.CC	Gasto total ministerio
1888	15,9	11,4	27,3
1889	14,7	11,6	26,3
1890	26,6	9,3	35,9
1891	10,2	8,2	18,4

Bowman y Wallerstein, 1983, p. 114.

<sup>26</sup> Numerosos autores se refieren a la trascendencia de las rentas del salitre en la evolución económica nacional, entre otros, véanse Bowman y Wallerstein, 1983 y Cariola y Sunkel, 1990.

Aquellas áreas y actividades que incorporaron el motor a vapor ejercieron gran influencia sobre el sector productivo nacional, obligándolo a modernizarse. El uso de máquinas implicó la existencia de talleres y maestranzas encargadas de la mantención y reparación de calderas, cascos de navíos, locomotoras y motores. Así, fueron apareciendo establecimientos industriales modernos, es decir, con un empleo superior a diez personas, que utilizaban motores a vapor como principal fuente de energía y en los cuales las relaciones entre los empresarios y la mano de obra se establecían a través de un salario<sup>27</sup>. Se había iniciado, antes de la Guerra del Pacífico, la producción manufacturera capitalista en Chile<sup>28</sup>.

Los establecimientos metálicos eran los que tenían una mayor capacidad productiva. Las grandes fundiciones de cobre de Guayacán y Tongoy en el norte minero-agrícola y la de Lota en la Araucanía; los establecimientos productores de bienes metálicos de Santiago y Valparaíso y las maestranzas de Caldera y Lota, producían una variada oferta de bienes que comprendía desde partes y piezas de repuesto para ferrocarriles y navíos a vapor, hasta equipo para la agricultura y la minería<sup>29</sup>.

Otro de los fenómenos integrantes del proceso de expansión nacional que venimos caracterizando fue el crecimiento del sector público gracias, entre otros antecedentes, al aumento de los ingresos fiscales<sup>30</sup>. Fue así como se incrementaron las oficinas de servicios, como el registro civil y el servicio postal; se abrieron nuevos establecimientos educacionales;

<sup>27</sup> Pinto y Ortega, 1990, sostienen esta tesis.

<sup>28</sup> Las primeras y más importantes industrias chilenas se concentraban en los rubros de alimentos y productos metálicos. A distancia se encontraban las de maderas y muebles y papel e imprentas.

<sup>29</sup> Si bien es cierto, como se ha dicho, en el pasado siglo hubo algún desenvolvimiento industrial, lo cierto es que el país no inició un proceso de industrialización. Conspiró contra el mismo, el que la mayor parte de los bienes que se elaboraban en el país se fabricaran con insumos, materias primas y modelos extranjeros; la dificultad para incorporar tecnología moderna; y la insuficiencia de capitales. Para Valdivieso 1995-1996, fueron las características del comportamiento demográfico y la incapacidad de la agricultura chilena para estimular el mercado interno, las que impidieron iniciar el proceso de industrialización que hiciera de Chile un país moderno y desarrollado.

<sup>30</sup> Humud Tleel, 1969, ofrece un acabado estudio de la evolución de los ingresos y gastos fiscales, mostrando el evidente incremento de los mismos desde 1863 en adelante y, especialmente, desde la incorporación de la provincias salitreras en 1880.

se amplió la administración de justicia; se expandieron los ferrocarriles y el telégrafo del Estado; se crearon ministerios, como el de Obras Públicas y, en general, se aumentó la dotación de la burocracia en un intento por satisfacer las crecientes necesidades y servicios que la evolución del país habían creado y que el Estado había asumido<sup>31</sup>.

Los fenómenos reseñados no sólo habían contribuido a transformar la vida nacional, además, habían significado la ampliación territorial del país y la aparición de nuevos centros de producción de riqueza. Los más importantes de ellos, el norte minero y la Araucanía agrícola; ambos alejados del núcleo central donde tradicionalmente se había desarrollado el quehacer esencial del país, obligando así al Estado y a sus administradores, a ampliar su radio de acción, como los viajes de Balmaceda lo mostrarán.

Las transformaciones producidas en la vida económica del país no sólo tuvieron consecuencias en el plano productivo o de los servicios públicos y privados, ellos explican también las variaciones operadas en la sociedad. Fue así como, a partir de la década de 1860, comenzaron a manifestarse en el país los rasgos de una sociedad capitalista, dominada por la burguesía, en la que la ideología liberal se impuso, marcando también el desenvolvimiento cultural encabezado por el Estado docente.

El país comenzó a evolucionar de una sociedad paternalista, típicamente agraria que caracterizó al Chile colonial y que se prolongó hasta mediados del siglo XIX, hacia una sociedad de carácter capitalista, basada en la explotación minera, el comercio y la banca<sup>32</sup>. También se produjo una transformación cultural marcada por la ética liberal y su sentido europeizante.

---

<sup>31</sup> Al respecto, y sólo a manera de ejemplo, el Estado chileno de la época comenzó también a ejercitar su acción en el campo de la salud, como lo ha demostrado Illanes, 1993. Además, era evidente el creciente intervencionismo estatal en la economía que, a través de diversas modalidades, no sólo implicó un mayor gasto público, también el aumento de la burocracia estatal.

<sup>32</sup> Lo dicho supone la existencia de un Chile arcaico, antiguo, tradicional, preindustrial y colonial, predominantemente rural, de comportamiento y mentalidad campesina que, sostenemos, por influencia de los factores descritos, avanza hacia la modernidad. Un buen ejemplo de la existencia de este Chile y sus características se aprecia en Mellafe y Salinas, 1988.

Recordemos que al promediar el siglo XIX, la sociedad chilena seguía dominada por la aristocracia terrateniente y conservadora que había organizado el país bajo un sistema autoritario.

Los burgueses, encumbrados socialmente gracias a su éxito económico, poseían una mentalidad liberal, defensora de las libertades públicas, contraria al autoritarismo presidencial, enemiga de la influencia de la Iglesia y opuesta al espíritu conservador de la aristocracia tradicional. Lo dicho explica que, una vez en el poder, realizaran profundas transformaciones en la institucionalidad del país<sup>33</sup>.

Para algunos autores, todas las limitaciones y las virtudes de la burguesía se reflejaron fielmente en el estilo y en las actuaciones del político burgués que, por su mentalidad, su estructura espiritual, sus preocupaciones y hasta por su aspecto exterior, correspondía al modelo del caballero<sup>34</sup>.

Los sectores medios, por su parte, tenían su origen en el desenvolvimiento económico del país, la expansión educacional, la ampliación de las funciones del Estado, la necesidad de servicios intermedios y la llegada de extranjeros. Formaron parte también de este sector los artesanos calificados, los comerciantes al detalle, los empleados del comercio, los ferroviarios, los técnicos de las faenas mineras, los funcionarios públicos y particulares, los oficiales del ejército y los profesionales surgidos al amparo de la educación estatal<sup>35</sup>.

En la formación de la clase media tuvo especial significado la labor educacional desplegada por el Estado a lo largo del siglo XIX. Fruto de la concepción liberal imperante, ésta vio en la cultura un elemento de liberación del hombre, transformando la educación en vehículo de movilización social que hizo posible el ascenso de sectores modestos a la clase media. Este sector se concentró en las ciudades y, en sus orígenes, no tuvo identidad propia, limitándose a imitar a los grupos más altos.

Fueron los campamentos mineros, los puertos, las obras del ferrocarril y los centros urbanos los ambientes en que se desarrolló el elemento obrero. Sin embargo, fuera que habitara en centros urbanos o en plazas mineras, como las salitreras del norte y los yacimientos de carbón de Lota, el proletariado se encontraba en una situación deprimente a causa de sus

---

<sup>33</sup> Para la evolución de la burguesía nacional, véase Villalobos R., 1989.

<sup>34</sup> Véase Heise González, 1974.

<sup>35</sup> Véase León, 1964. Este autor sostiene que la clase media está formada por capas diversas y yuxtapuestas de sujetos, sin la consistencia y homogeneidad de una clase.

precarias condiciones de vida.

Los grupos obreros no tuvieron representación política autónoma hasta fines del siglo XIX. Tampoco crearon organizaciones de carácter reivindicativo, sólo se fundaron sociedades de Socorros Mutuos, las que en ocasiones, y puntualmente, desarrollaron acciones reivindicativas<sup>36</sup>. Debido al proceso inflacionario, las modestas condiciones de vida del proletariado decayeron aún más, provocando ya, hacia 1880, las primeras manifestaciones organizadas de protesta proletaria, desatendidas y sofocadas por la fuerza. En todo caso, y tal y como algunos autores lo han planteado, de las preocupaciones sociales, el proletariado evolucionó hacia la cuestión política, especialmente en aquellas regiones caracterizadas por la alta concentración de obreros como lo fue el norte minero<sup>37</sup>.

En el ámbito cultural también influyó la doctrina liberal. Los liberales laicos dominaron la creación intelectual y de sus filas surgieron las principales figuras de la historiografía, la novela y la poesía. La difusión del liberalismo se realizó a través de la prensa, la docencia, el debate político, la historia y la creación literaria<sup>38</sup>.

El burgués, cuyo estilo intelectual era el realismo, manifestado en su orientación pragmática y utilitaria, a la vez que ilustrada y progresista, demostraba un culto especial por la ciencia y el progreso, hecho que explica, entre otros antecedentes, algunos de los avances que entonces se produjeron en el país<sup>39</sup>.

El Estado se ocupó de crear y mantener establecimientos escolares que atendían todo el proceso educacional. En este período, la enseñanza fiscal experimentó importantes transformaciones, incrementándose el número de establecimientos educacionales y la matrícula. En el ámbito de la enseñanza superior, se dictó la ley respectiva en 1879, lo que

---

<sup>36</sup> Grez Toso, 1997, pp. 553 en adelante.

<sup>37</sup> Véase Grez Toso, 1997 y Pinto, 1997.

<sup>38</sup> La difusión de esta doctrina y de su ideario repercutió también en los estratos superiores del mundo popular, los que desarrollaron un movimiento en pro de la "regeneración del pueblo" a través de la educación, el ahorro y la moralización. Véase Grez Toso, 1997.

<sup>39</sup> Otra de las formas por las que se expresó la hegemonía de la burguesía fue a través de las obras arquitectónicas que se construyeron en Santiago. Tomando como modelo la sociedad francesa, los burgueses levantaron fastuosas residencias privadas y espléndidos edificios públicos que cambiaron el aspecto de la capital, convirtiéndola en una ciudad moderna. Véase De Ramón, 1992, capítulo IV.

significó para la universidad la acentuación de su carácter profesional y la consagración de su tuición sobre la educación secundaria<sup>40</sup>.

Todo lo dicho resulta significativo si consideramos que a partir de la reforma electoral, que en 1874 extendió el sufragio, bastó con saber leer y escribir para cumplir con el requisito de propiedad, de renta y de ingreso que, hasta entonces, había restringido el derecho a voto<sup>41</sup>. Por otra parte, una población más educada implicaba mayores posibilidades de discriminación política, aumentaba la demanda de medios de comunicación y, en definitiva, se constituía en un antecedente de las prácticas políticas que esta investigación aborda<sup>42</sup>.

Los cambios operados, mostraban al país como "otro Chile", con nuevos actores y núcleos sociales, con una mayor diversidad de grupos sociales, con una nueva mentalidad y nuevos problemas<sup>43</sup>.

## LA TRANSFORMACIÓN POLÍTICA

El Chile del último tercio del siglo XIX vivió una evolución política impulsada por el desenvolvimiento general del país. La reforma de la Constitución, para liberalizarla y disminuir el poder presidencial, además de las leyes para afectar la influencia de la Iglesia, fueron los

---

<sup>40</sup> Véase Serrano, 1994. El desarrollo de la enseñanza femenina fue otro de los adelantos impulsados por el liberalismo. En 1877 se autorizó el ingreso de la mujer a la universidad, a la vez que se puso en marcha la enseñanza fiscal destinada a ella en liceos y en escuelas técnicas. La labor educacional del sector privado también se incrementó. Nuevos colegios secundarios, y la fundación de la Universidad Católica en 1889, son claras expresiones de esta expansión.

<sup>41</sup> Para algunos autores el sistema electoral existente fue un efectivo instrumento para fortalecer el poder político. El mismo limitó la participación popular a través del voto censitario y del nivel de instrucción exigido para formar parte del cuerpo electoral. La última condición también fue efectiva si tenemos presente que de acuerdo con las estadísticas oficiales, en 1854, por ejemplo, el promedio general de los que sabían leer y escribir era de sólo 1 por cada 5,9 personas. La proporción era mayor en las zonas mineras y del litoral, y sensiblemente menor en las agrícolas. Véase Urzúa Valenzuela, 1992.

<sup>42</sup> Naturalmente, el desarrollo de la actividad intelectual y un mayor grado de alfabetización de la población, junto a la consolidación de una mentalidad reformista, contribuyeron a la diversificación política del país, y con ello a la transformación de las prácticas políticas para competir en un mercado electoral cada vez más consciente.

<sup>43</sup> La expresión entre comillas es de Subercaseaux, 1988. En el citado trabajo se ofrece un acabado estudio sobre la cultura chilena de la época, adentrándose en los significados de la modernización finisecular y en las formas en que ésta se expresó.

principales objetivos políticos de la sociedad liberal que ya actuaba a través de agrupaciones políticas.

Hasta mediados del siglo XIX es posible advertir en la sociedad chilena dos importantes corrientes de opinión: los conservadores y los liberales. Los primeros eran partidarios del orden y de los regímenes autoritarios. De origen aristocrático, querían mantener el orden conservador y el autoritarismo implementado por la Constitución de 1833<sup>44</sup>.

Los liberales, por su parte, eran un grupo formado mayoritariamente por sectores de origen burgués y contrarios al autoritarismo presidencial. Aspiraban a disminuir el Poder del Ejecutivo, fortaleciendo el del Legislativo, para lo cual lucharon por reformar la Constitución<sup>45</sup>.

Estos grupos, ajenos a toda organización en su origen, comenzaron, progresivamente, a conformar distintos partidos políticos cuyas preocupaciones fundamentales fueron las controversias político-religiosas y los problemas monetarios del país. Fue así como a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX se fue consolidando un sistema de partidos que significó un cambio esencial en la evolución política nacional desde el momento que ellos pretendieron orientar decisiones que hasta entonces habían sido de exclusiva responsabilidad del Presidente de la República<sup>46</sup>.

El fenómeno señalado dio lugar a la formación del Partido Conservador que, estrechamente ligado a la Iglesia, fue su defensor ante el Estado. Partidario de los gobiernos fuertes y autoritarios, sus miembros, sin embargo, eran liberales y progresistas en materias económicas. Una vez en la oposición, ya en la década de 1870, lucharon también por las libertades y los derechos individuales combatiendo duramente el autoritarismo presidencial.

Compartiendo, por lo menos en sus orígenes, el ideario autoritario, el Partido Nacional no tuvo un programa definido, aunque fue un ardoroso defensor del liberalismo económico. Sin convertirse en anticlerical, y al igual que el liberal y el radical, este partido defendió el predominio del Estado sobre la Iglesia.

---

<sup>44</sup> Entre otros, véanse Edwards, 1997, Donoso, 1975 y Amunátegui Solar, 1946.

<sup>45</sup> Véanse Donoso, 1975 y Gazmuri, 1992.

<sup>46</sup> Véase Edwards, 1997.

El Partido Liberal, por su parte, participó en todas las combinaciones políticas de la época de Balmaceda, siendo sus objetivos fundamentales las libertades individuales. Por su parte, el Partido Radical se mostró partidario de la democratización y laicización de la sociedad, lo mismo que de las instituciones. Adhiriendo a los postulados del liberalismo, esta agrupación buscó realizar reformas profundas en la sociedad. Implacable opositor del régimen conservador, se opuso a toda influencia de la Iglesia. Partidario del liberalismo económico y del progreso, fomentó la educación estatal.

Por último, el Partido Democrático, fundado en 1887 para propender a la emancipación política, social y económica del pueblo, defender los derechos de los trabajadores y cautelar los intereses de sectores medios intelectuales, se distinguió por su oposición al liberalismo económico y por su férrea defensa de la participación del Estado en la vida económica del país<sup>47</sup>.

En Chile las divisiones sociales no se materializaron en los partidos políticos y en ellos, excepción hecha del Democrático, participaron individuos con iguales cualidades socioeconómicas, políticas y culturales<sup>48</sup>. De esta forma, las diferencias políticas fueron fruto más bien de distintas visiones sobre los problemas que ocupaban al país que de la diversificación económica de los sujetos.

Al igual que lo señalado para otros países de América Latina, como Bolivia, en Chile los partidos políticos lejos de representar intereses económicos contrapuestos fueron la expresión del control de las élites sobre el sistema político<sup>49</sup>. Sobre las variables y nominales diferencias entre conservadores, liberales, nacionales y radicales, se impuso una misma cultura, un conjunto de prácticas y nociones que conformaron el imaginario colectivo del sector

---

<sup>47</sup> Para los antecedentes y fundación del Partido Democrático, véase Grez, 1997. pp. 655-664.

<sup>48</sup> Lo dicho cuestiona lo sostenido por Duverger, 1987, p. 50, quién establece equivalencias entre los diferentes partidos y los grupos que componen la sociedad. Tal esquema ya ha sido puesto en duda para el caso de Bolivia por Irurozqui, 1994, pp. 37-44.

<sup>49</sup> En Argentina, específicamente en Buenos Aires, por el contrario, se ha demostrado que si bien la lucha partidaria era la expresión del enfrentamiento de facciones políticas que involucraba a una parte muy pequeña de la población, lo cierto es que una sujetos pertenecientes a diferentes sectores sociales, incluyendo una proporción importante de hombres provenientes de las capas más bajas de las clases populares, tomaban parte de ella. Véase Sabato, 1998, pp. 169-176.

dominante<sup>50</sup>.

En virtud de lo anterior, las divergencias que separaron a los miembros de la élite estaban principalmente en su origen y en su tradición familiar, pero sobre todo, en su relación con el poder político: excluidos o miembros de los grupos en el poder. En este contexto, el acceso a las instancias de dirección nacional estuvo basado en la legitimación que se podía lograr en la sociedad, en la trayectoria individual, más que cualquier otro instrumento.

La lucha por el poder en Chile en la época que nos ocupa fue una contienda entre minorías, facciones de un mismo sector económico y social que se enfrentaron, a través de los partidos políticos que las representaban en el Congreso Nacional, en contra del autoritarismo presidencial<sup>51</sup>. Ellas, en último término y como la disputa que llevó a la Guerra Civil de 1891 lo demuestra, independiente de sus ideologías y de los planteamientos de sus programas, tendieron hacia la conservación de su poder y del sistema político que lo garantizaba<sup>52</sup>. Buscaron preservar un sistema jerarquizado, con vías de acceso controladas desde arriba y basadas en la imitación de los modos de ser de los grupos aristocráticos. Por eso lucharon por el control del Estado cuando percibieron que éste, conducido por Balmaceda, pretendió independizarse y actuar al margen de sus intereses. Entonces combatieron al presidencialismo que éste personificó<sup>53</sup>.

El liberalismo criticó el orden conservador y aristocrático existente en Chile a mediados

<sup>50</sup> Como hemos señalado en la introducción del texto, la obra de Zeitlin, 1985, no ofrece la base empírica que demuestre la división del grupo dominante en una aristocracia terrateniente y una burguesía minera. En cambio, trabajos como los de Villalobos R., 1989, muestran que los miembros de la élite tenían intereses económicos comunes, independiente de si eran conservadores o liberales. El estudio de Barros Lezaeta y Vergara Johnson, 1978, sobre el "modo de ser aristocrático", demuestra la existencia de una cultura común al interior de la élite de fines del siglo XIX.

<sup>51</sup> La mayor parte de los autores ya citados así lo señalan. Irurozqui, 1994, pp. 38-39, muestra que una situación similar se dio en Bolivia desde 1880 en adelante. Véase también Michels, 1983.

<sup>52</sup> Véase Villalobos, 1992.

<sup>53</sup> Las élites chilenas utilizaron su fortaleza económica para ejercer el poder político. En la época que nos ocupa, el peligro para las élites se hizo presente a través de la acción de un Estado dinámico y realizador que, conducido por Balmaceda, fue visto como una amenaza, entre otras razones, porque su acción significó promover y fortalecer a las clases medias. En virtud de lo dicho, la definición de Duverger, 1987, p. 15, de partido político como institución cuyo objetivo último es la conquista del poder y su ejercicio, es aplicable al Chile de la época de Balmaceda.

del siglo XIX, iniciando desde entonces su lucha por la libertad política<sup>54</sup>. Organizados en los partidos políticos mencionados, los liberales difundieron sus ideas tendientes a lograr el establecimiento de un sistema más libre de la tutela presidencial, a la vez que realizaban las reformas necesarias para su existencia. El pensamiento liberal influyó también en la instauración de un régimen de carácter parlamentario, en el sentido de predominio político del Congreso Nacional, corriente que se mostraba en Chile desde 1861, en un comienzo con inseguridad y altibajos, luego con más fuerza, para quedar definitivamente establecida desde 1891<sup>55</sup>.

Sería precisamente la tendencia reseñada, con sus consecuentes prácticas como las de la censura e interpelación ministerial y el retraso en la aprobación de las leyes periódicas, las que fueron agudizando el enfrentamiento entre el Presidente de la República y el Congreso Nacional. Pugna que tenía en la aspiración a la libertad electoral, y por lo tanto en la desaparición de la intervención que sistemáticamente practicaba el Ejecutivo en las elecciones, otro motivo de dura lucha.

Hasta mediados del siglo XIX, la evolución política, social y cultural del país había hecho imposible cualquier reforma de la Constitución de 1833. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo se hizo evidente la necesidad de readecuar las instituciones políticas y sociales a la nueva realidad que vivía la nación, la cual no era otra que el predominio de la burguesía y del ideario liberal.

Las reformas a la carta fundamental se iniciaron con la modificación de las normas sobre reelección del Presidente de la República, el cual, a partir de 1871, no podría ser reelegido, poniéndose así término a los decenios<sup>56</sup>. En 1874 se agregaron tres nuevas garantías

---

<sup>54</sup> La ideología liberal puso como centro de su interés al individuo, de ahí su preocupación por garantizar sus derechos. Laica y anticlerical, se enfrentó también a la Iglesia, buscando disminuir su influencia en la sociedad. Racionalista y científico, el ideario liberal tuvo una gran fe en la razón, en la ciencia y en el progreso indefinido de la sociedad. Más adelante, cuando en el último tercio del siglo los conservadores también se integraron a la lucha contra el autoritarismo presidencial, la diferencia con los liberales se dio en el plano religioso, por ejemplo, a propósito de la promulgación de las leyes laicas.

<sup>55</sup> Véase Heise González, 1974.

<sup>56</sup> Fue durante la presidencia de José Joaquín Pérez, entre 1861 y 1871, que se llegó a crear conciencia de la necesidad de modificar la Constitución de 1833.

constitucionales que aseguraron desde entonces el derecho a reunirse y asociarse sin permiso previo y a la libertad de enseñanza.

Una nueva reforma, que vino a limitar parte de la maquinaria autoritaria que manejaba el Presidente, estableció la tuición exclusiva del Congreso en materia de leyes sobre facultades extraordinarias, determinando requisitos y plazos para las mismas y enumerando las atribuciones que el Ejecutivo podría ejercer durante su vigencia<sup>57</sup>.

En 1882 se simplificaron los mecanismos de reforma de la Constitución, se suprimió el voto censitario y se establecieron incompatibilidades parlamentarias, todo lo cual restringió aún más el poder del Presidente en beneficio del Congreso<sup>58</sup>. Además, tan importante como las reformas a la Constitución fue la interpretación que se hizo de ella, ya que progresivamente llegó a ser considerada como parlamentaria. Esta lectura se hizo sobre la base de la existencia de las llamadas leyes periódicas que sólo podían ser aprobadas por el Congreso Nacional<sup>59</sup>.

Otro asunto significativo fue el de la libertad de enseñanza. En 1872 se dictó un decreto que autorizó a los colegios particulares a tomar exámenes, prescindiendo de las comisiones fiscales, y en 1874 se estableció con rango constitucional la libertad de educación<sup>60</sup>.

Con las reformas señaladas, además de las referidas al sistema electoral, el liberalismo no sólo había hecho un evidente esfuerzo por destruir el régimen autoritario establecido en 1833, además, había estructurado un orden político que aseguraba mayores libertades y

<sup>57</sup> Entonces se modificaron también la composición y facultades de la Comisión Conservadora, que ahora quedó integrada por diputados y autorizada para solicitar al Presidente la convocatoria a legislatura extraordinaria.

<sup>58</sup> Para la historia de las reformas constitucionales y su significado en la vida política nacional, véase Donoso, 1975. También es útil, sobre todo para una caracterización general de los cambios operados a lo largo del siglo XIX, Amunátegui Solar, 1946.

<sup>59</sup> Aludimos aquí a las leyes que autorizaban el cobro de las contribuciones, aprobaban el presupuesto nacional y designaban la fuerza armada en tiempos de paz y de guerra.

<sup>60</sup> Los liberales también vieron en la Iglesia una institución retrógrada, de ahí el afán que demostraron por disminuir su influencia e instaurar instituciones laicas. Durante el gobierno de Domingo Santa María, entre 1881 y 1886, se aprobaron las llamadas Leyes Laicas, sobre matrimonio y registro civil y cementerios laicos. Éstas vedaron a la Iglesia su tradicional ingerencia en lo civil a través del registro de bautizos, matrimonios y defunciones.

El texto de Krebs, 1981, reúne seis estudios de otros tantos autores, en los que se analiza el enfrentamiento ideológico a que dieron lugar las reformas.

derechos a los sectores oligárquicos atrincherados en el Congreso, favoreciendo la lucha política y, como consecuencia de ello, las nuevas prácticas políticas que se inauguran en la época de Balmaceda<sup>61</sup>.

El proceso de expansión, que comprometió todos los aspectos de la vida nacional dio lugar a una nueva realidad, el Chile del último tercio del siglo XIX que se presenta, en comparación con el país que surge luego de la Independencia, como "otro Chile". Una nación que por efecto de las transformaciones ocurridas no sólo muestra evidentes grados de crecimiento económico, diversificación social, expansión cultural y libertad política, sino que, además, ha sido capaz de generar una noción, una idea sobre sí misma que, sostenemos, entre otros antecedentes, también condiciona y explica los viajes gubernamentales de Balmaceda<sup>62</sup>.

## **EL CHILE DE LA ÉPOCA DE BALMACEDA**

¿Qué se pensaba que era el Chile de Balmaceda? ¿Cuál era el imaginario respecto del territorio? ¿Cuáles se creía que eran sus características físicas, económicas, culturales y sociales? ¿Cuál la noción existente acerca del número y distribución espacial de sus habitantes?, son algunas de las interrogantes implícitas en la "idea" geográfica del país moldeada por los efectos que provocan los fenómenos geográficos que se ofrecen a la percepción de los sujetos sobre los que influyen. Sostenemos que la asociación entre geografía y sociedad resulta esencial para comprender la evolución del país a lo largo del siglo XIX y para explicar, desde el ángulo del ejercicio del poder, las prácticas políticas que, como los viajes gubernamentales, se comienzan a ejercitar en Chile en la época de Balmaceda.

Así lo percibieron los propios administradores del Estado a lo largo del siglo XIX al

---

<sup>61</sup> Como se apreciará a lo largo del texto, pese a las reformas someramente reseñadas, el Presidente de la República mantuvo todavía una cuota de poder sustantiva. La misma, sumada a los recursos que proporcionó al Estado las rentas del salitre luego de la Guerra del Pacífico, le permitieron continuar siendo el principal actor del sistema político chileno.

<sup>62</sup> Sin perjuicio de lo señalado, la expansión territorial que a través de los respectivos mapas graficamos, no sólo representó un cambio geográfico y económico fundamental; además, alentó a Balmaceda a extender y a promover la integración política y económica de Chile.

promover la creación de instituciones y publicaciones destinadas al estudio del país y a la difusión de los conocimientos adquiridos, o al fomentar trabajos de investigación encaminados al reconocimiento del territorio<sup>63</sup>.

Lo anterior explica la publicación de la *Historia física y política de Chile*, de Claudio Gay<sup>64</sup>. La creación de la Oficina Central de Estadísticas<sup>65</sup>. El certamen que la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile abrió en 1866 para la preparación de una geografía del país<sup>66</sup>. Como también la aparición de la *Sinopsis estadística y jeográfica de Chile* que comenzó a publicar la Oficina Central de Estadística en 1879<sup>67</sup>.

Las mencionadas iniciativas, así como la creación de instituciones de enseñanza universitaria y técnica, junto con el aporte de organizaciones gremiales o de particulares que se autoimpusieron la tarea de estudiar el país, ejemplifican la preocupación existente por acceder a un mejor conocimiento de Chile, en especial, luego que la expansión nacional no solo

<sup>63</sup> Weinberg, 1998, ofrece una visión del papel de la ciencia en los afanes de progreso de los Estados latinoamericanos que surgieron luego de la Independencia.

<sup>64</sup> Ella fue compuesta por encargo del gobierno chileno y se publicó entre 1844 y 1871. Se compone de ocho tomos dedicados a la parte propiamente histórica, otros ocho a la botánica y ocho más a la zoológica, dos en los que se aborda la agricultura, dos de documentos históricos y dos grandes Atlas con dibujos de las especies naturales, 17 mapas de diversas regiones y grabados de los paisajes, tipos humanos y costumbres del pueblo chileno. El valor de la obra se comprende bien si se considera, como se ha afirmado, que "desde entonces Chile dispuso de una fuente segura de información sobre su historia y la flora y la fauna, estudiada con método científico y moderno". Véase Villalobos R., 1973, p. 19.

<sup>65</sup> La institución fue establecida por ley del 17 de septiembre de 1847, y a ella se le encargó el ordenamiento y publicación anual de "un repertorio nacional que contenga todos los datos, noticias y estados, que bajo cualquier aspecto pueda ser conveniente que vean la luz pública", así como el trabajo de hacer "las comparaciones y sacar las deducciones necesarias para formar juicio acerca de las condiciones del país". Como resultado de lo anterior, a partir de 1860, se comenzó a editar el *Anuario estadístico de la república de Chile*.

<sup>66</sup> Fruto del mismo fue la obra de Pedro Lucio Cuadra, *Apuntes sobre la jeografía física i política de Chile*, el primer texto sobre la geografía nacional escrito por un profesional.

<sup>67</sup> Esta publicación constituye una síntesis del *Anuario estadístico de la República de Chile*. Fue editada por primera vez en 1879 con los datos correspondientes al año de 1876. Desde entonces, y como publicación oficial, se transformó en referencia obligada para obtener información sobre Chile. Otras publicaciones útiles para informarse de la realidad y características del país fueron el *Anuario hidrográfico de la Marina de Chile*, aparecido en 1875, y el *Anuario de la Oficina Central de Meteorología*, iniciado en 1870. De otro carácter, pero no por ello menos necesarias para quienes estudian estos temas, fueron el órgano oficial de la Sociedad Nacional de Agricultura que, con diferentes nombres, comenzó a publicarse en 1838, y *Los Anales de la Universidad de Chile*, cuyo primer número data de 1846. En ellos es frecuente encontrar trabajos de carácter geográfico, descriptivos y analíticos, los cuales informaban también, aunque de forma más comprensiva, de la realidad geográfica nacional. El valor de los *Anales* como fuente "inapreciable" de noticias geográficas sobre Chile es aqilutado por Barros Arana, 1871. Véase la "Advertencia" que precede este texto, p. II. (336+5).

hizo posible recopilar información, sino que, además, exigió identificar las riquezas del país y caracterizar sus componentes humanos<sup>68</sup>.

Producto del interés y esfuerzos mencionados, se fue conformando a lo largo del siglo XIX una idea física y económico-social de Chile, concepción que se materializó en el que entonces se pensó era el primer manual de geografía de Chile que se editó en el país; la *Jeografía descriptiva de la república de Chile* que Enrique Espinoza publicó en 1890<sup>69</sup>.

Como el mismo autor lo afirma en las palabras que encabezan su compendio, advirtiendo con ellas sobre los cambios experimentados por la nación, hasta ese momento no existía ninguna obra que describiera en conjunto y en detalle el país; sobre todo, como señala, "ahora que ha enriquecido su territorio, reformado su división administrativa y dado mayor ensanche a todo lo que constituye su vitalidad"<sup>70</sup>.

El texto recogía las nociones existentes sobre Chile en sus aspectos físicos y políticos, mostrándolo en sus diversas esferas de desarrollo y de su vida como nación. Junto con lo anterior, y como lo reconocían los críticos, éste ofrecía una conveniente descripción de las grandes secciones geográficas de la república, un considerable acopio de datos y especificaciones de cada una de las provincias, de cada departamento y de cada ciudad y aldea de alguna importancia, así como numeros datos estadísticos de interés para el geógrafo y el

<sup>68</sup> El interés por conocer en profundidad y con un nivel de cuantificación preciso las distintas áreas de cada rincón del territorio, para, entre otros objetivos, poder valorar en su justa medida las posibilidades o recursos de los mismos, es un fenómeno que, naturalmente, sobrepasaba las fronteras nacionales. Así, por ejemplo, en España se reflejó en el *Diccionario Geográfico- Estadístico-Histórico* que, en 16 volúmenes, Pascual Madoz editó entre 1845 y 1850; y en México, en los diez volúmenes del *Diccionario universal de historia y de geografía* que bajo la coordinación de Manuel Orozco y Berra se publicó entre 1853 y 1856.

<sup>69</sup> El texto aparece fechado en Santiago en marzo de 1890. Fue editado por la Imprenta Gutemberg y se vendía a un peso en la oficina de la Imprenta de El Ferrocarril.

<sup>70</sup> Espinoza, 1890, p.5. Aprovechando los datos que proporcionaban las publicaciones oficiales, las descripciones de viajeros, la prensa diaria y otros tomados de diversos folletos y fuentes, Espinoza entregó al público un texto que contenía, además de las generalidades referidas a la situación, límites, extensión, aspecto y población del país, las últimas modificaciones administrativas, la descripción de cada una de las provincias que lo conformaban, así como la información derivada del censo de población de noviembre de 1885, el último realizado antes de la publicación de su *Jeografía*. No está demás informar que en 1888 Aníbal Echeverría y Reyes había publicado su *Geografía Política de Chile*. En esta obra se incluía una reseña histórica del territorio chileno desde 1536 hasta 1833 y una compilación de las normas que habían dado lugar a la organización político-administrativa que entonces mostraba el Estado chileno; toda, información muy útil para el manual que escribió Espinoza.

estadista, constituyéndolo en la síntesis geográfica de Chile más completa publicada hasta entonces<sup>71</sup>.

En lo que respecta a la extensión del país, ella se calculaba en 753.216 kilómetros cuadrados, y su longitud en 4.225 kilómetros. En cuanto a su configuración y aspecto, el compendio informa que el territorio de Chile era una larga faja tendida al pie de los Andes en la cual era posible encontrar montes y cerros, ríos y torrentes, fértiles valles y bosques inmensos, todo, formando "un conjunto que hace que Chile sea reputado como uno de los países más bellos", concluía Espinoza. El clima nacional se presenta como variado, sano y tan benigno, "que se considera como uno de los mejores del globo".

Por la constitución de sus terrenos y los numerosos ríos que lo fertilizaban, el llamado "Gran Valle Central" que se extendía desde Santiago al sur, encerraba las principales poblaciones del país, así como las más favorables condiciones para el desarrollo de la agricultura y la ganadería.

El compendio de Espinoza menciona también que se acostumbraba a dividir el territorio nacional en cuatro zonas o fajas, llamadas: zona mineral, zona agrícola y zona de maderas y pesquería. La primera de ellas comprendía las provincias de Tacna, Tarapacá, Antofagasta y la parte norte de Atacama. Zona de lluvias escasas y actividad agrícola prácticamente inexistente. En cambio, se la describía como rica en yacimientos de guano en la costa, con extensos y valiosos depósitos de salitre, bórax y yodo en el centro, y de minerales de oro, plata y cobre al sur.

La faja mineral y agrícola abraza, continuaba Espinoza, la parte sur de la provincia de

---

<sup>71</sup> El libro tuvo rápida aceptación. El mismo año de su edición fue aprobado por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, recomendándose como texto de estudio para los establecimientos de educación y de referencia en las bibliotecas públicas del país. La crítica fue igualmente receptiva, como lo confirma, por ejemplo, la reseña de la obra aparecida en la *Revista de Instrucción Primaria* correspondiente a junio de 1890, en la que se le califica como "el mejor manual que se ha escrito sobre la geografía de Chile". Véase Muñoz H., 1890. Otros juicios igualmente positivos sobre la *Jeografía*, aparecidos en publicaciones nacionales y extranjeras, se hallan reproducidos en las 2ª, 3ª y 4ª ediciones del texto. Las sucesivas ediciones de la obra demuestran su éxito, ampliadas y actualizadas en cada oportunidad. La 2ª edición fue hecha en 1893; la 3ª en 1895 y la 4ª en 1897. Todo lo anterior justifica que nos basemos en esta obra para resumir la idea geográfica del país existente en el Chile de fines del siglo XIX, la época de Balmaceda, el lapso esencial que abarca esta investigación.

Atacama y las de Coquimbo y Aconcagua. En ella abundan los minerales y los valles feraces provistos de agua corriente hacia el sur. La zona propiamente agrícola se extendía entre Aconcagua y Valdivia. A través de ella se desarrolla el valle central, con frecuentes lluvias y abundantes aguas, terrenos de gran feracidad agrícola, aptos también para la crianza de ganados. Se la calificaba como una fuente segura de riqueza para el país.

Por último, la zona de maderas y pesquería comprendía desde Valdivia a Magallanes. Faja poco apta para la agricultura por la abundancia de lluvias, su principal riqueza consistía en la explotación de sus espesos y abundantes bosques de excelentes maderas para la construcción, además de la gran variedad de peces y mariscos existentes en sus costas.

La riqueza del territorio que describía Espinoza se reflejaba en las actividades económicas que se desenvolvían en el país, así como en la dotación de obras públicas, medios de comunicación y transportes e índices económicos, sociales y culturales de los que su obra se ocupaba.

Respecto del comercio exterior, el texto afirmaba que los principales artículos de importación eran variedades de tejidos y vestuario, joyas, instrumentos y objetos para toda clase de industrias, maquinarias para ferrocarriles y telégrafos, objetos de bellas artes y menaje de casas, drogas y medicinas, armas, artículos alimenticios y licores. A su vez, el país exportaba minerales de todas clases, especialmente salitre y cobre; productos agrícolas en todas sus variedades como trigos, harinas, cebadas, frejoles y lanas; vinos y productos manufacturados como suelas y cueros.

La industria, según difundía Espinoza, se concentraba en las labores que requería la minería y la agricultura. La minería contaba con establecimientos de fundición para su beneficio, y la agricultura con instrumentos para el cultivo, la crianza de ganados y la preparación de vinos y otros licores.

Sobre la industria fabril, el autor señalaba la necesidad de una mayor protección pública para el consumo de los artículos nacionales, complemento necesario para el desarrollo de una actividad que, según afirmaba, cuenta en Chile con toda clase de materias primas.

Según el texto, la agricultura nacional contaba con fuerzas de producción tan variadas

como abundantes, y sus tierras eran adecuadas para toda clase de trabajos agrícolas. Respecto de la ganadería, afirmaba que tuvo en Chile una fácil aclimatación gracias a las bondades del clima.

Pero, la producción que más entusiasmo despertaba en el autor de la *Jeografía descriptiva* era la minería, pues ella "ha sido una de las que más ha contribuido al progreso del país y al bienestar de muchos hogares"<sup>72</sup>. Así, en el territorio nacional se explotaban yacimientos de oro, plata, cobre, carbón piedra y salitre. Las provincias de Antofagasta y Atacama se destacaban por su riqueza argentífera; Coquimbo y Santiago por su cobre; Lota y Coronel por el carbón piedra y, por último, Tarapacá y Antofagasta por la abundancia y alta ley, hasta 40% de nitrato puro, de salitre<sup>73</sup>.

Respecto de las vías de comunicación y transporte, la obra informaba que en el país había 10.500 kilómetros de líneas telegráficas del Estado, las que, sin embargo, estaban muy distantes de satisfacer todas las necesidades del movimiento comercial. En cuanto a los ferrocarriles, el Estado poseía 1.200 kilómetros de líneas férreas en explotación, había 1.558 kilómetros pertenecientes a ferrocarriles particulares y, al año 1890, se encontraban en construcción por cuenta del gobierno diez líneas, que sumarían 982 kilómetros más de vías férreas públicas<sup>74</sup>.

Espinoza ponderaba el valor de los ferrocarriles en un país cuya topografía permitía que ellos prestaran más servicios y produjeran mayores utilidades que en otras naciones. Según él, con las líneas en construcción, fácil era calcular el "mayor impulso que recibirán la agricultura,

---

<sup>72</sup> La opinión de Espinoza sobre la minería ofrece un claro ejemplo de la evolución de las nociones sobre Chile. Así, por ejemplo, Pérez Rosales, 1859, algo más de treinta años antes, mostraba a la agricultura como la principal fuente de prosperidad del país. Véase Sagredo Baeza, 1998, pp. 127-132.

<sup>73</sup> Naturalmente, en la década de 1870 se produce una revalorización del desierto a nivel de opinión pública. De esta forma, un territorio que para los alejados de los temas económicos y de los asuntos de gobierno aparecía como carente de atractivos e interés, ahora, y gracias a los recursos del salitre, se transformó en una tierra de oportunidades, estrechamente vinculada con el futuro del país. El valor del desierto, recordemos, alcanzó incluso para llevar a Chile a la guerra. Al respecto, véase el documentado trabajo de Ortega, 1984. Recientemente, Vicuña Urrutia, 1995, ofrece indicios de la conciencia que la sociedad tuvo de ese espacio en algunos momentos durante el período indicado. Anteriormente, Zapata, 1992, había abordado la dimensión del desierto en relación con su existencia supranacional y los desafíos que esta situación impone.

<sup>74</sup> Véase Espinoza, 1890, p. 33.

la minería, todas las industrias, y el bienestar y desarrollo que tomarán los pueblos y comarcas que recorran"<sup>75</sup>. En relación con los vapores que hacían la carrera entre los puertos chilenos y entre éstos y los extranjeros, el autor informaba de la existencia de varias compañías que prestaban un constante y variado servicio marítimo.

Además de los aspectos materiales de que daba cuenta, la *Jeografía* de Espinoza abordaba el tema de la instrucción pública, según él, e interpretando la creencia entonces prevaleciente, "la fuerza más eficaz para asegurar el poder, el bienestar y la cultura de una país"<sup>76</sup>. En su texto, explica las características de cada uno de los niveles en que se dividía la instrucción, aunque sin proporcionar estadísticas, concluyendo que la misma se protege y se impulsa por todos los círculos sociales<sup>77</sup>.

En el orden político, la obra señalaba que el gobierno de Chile era popular y representativo, y la república una e indivisible; que la soberanía residía en el pueblo, y que éste delegaba su ejercicio en tres poderes: el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial, por último, agregaba, que las reformas hechas a la Constitución de 1833 habían tenido como propósito "afianzar las garantías individuales y hacer más eficaz la fiscalización de los actos gubernativos"<sup>78</sup>.

---

<sup>75</sup> Espinoza, 1890, p. 33. Los conceptos sobre el valor de los ferrocarriles son prácticamente idénticos a los que José Manuel Balmaceda expuso en reiteradas ocasiones y que resumió en la frase: "es el agente mudo pero más activo de la civilización moderna". Véase sus reiterados planteamientos sobre el tema en *infra*, capítulo III, apartado, "Las ideas del hombre público".

<sup>76</sup> Espinoza, 1890, p. 30. Recordemos que José Manuel Balmaceda tuvo similares conceptos para referirse a la educación, para él, "la palanca más poderosa del progreso humano, y el medio de elaborar las grandes conquistas de la inteligencia".

<sup>77</sup> De acuerdo con la *Sinopsis estadística y geográfica de la república de Chile en 1891*, en 1890 había en el país 1.201 escuelas públicas, con una matrícula de 101.954 alumnos. Véase obra citada p. 89. Para formarse una idea de la marcha de este ramo, digamos que la primera entrega de la *Sinopsis estadística* informa que en 1876 habían en Chile 806 escuelas, con 66.900 alumnos. Obra citada, p. 11. En menos de quince años el número de escuelas aumentó en un 32% y el de alumnos en un 34%.

<sup>78</sup> El territorio nacional, que Espinoza describía, estaba fraccionado, desde el punto de vista político y administrativo, en 23 provincias y un territorio. Las primeras estaban divididas a su vez en departamentos, éstos en subdelegaciones y éstas últimas en distritos. Todas, con autoridades dependientes del Jefe de Estado. El texto de Aníbal Echeverría y Reyes, 1888, ofrece una completa información sobre la configuración de cada una de las unidades político-administrativas del país existentes en 1888.

Sobre la población, y citando el censo de 1885, el manual afirma que el país tenía 2.527.320 habitantes, a los que había que agregar un 15% en que se estimaba la población que no fue empadronada y 50.000 en que se calculaban los indígenas que vivían al sur del territorio. Así las cosas, se consideraba que la población de Chile alcanzaba a los 2.956.412 habitantes. Entre las características de la misma, Espinoza destacaba su homogeneidad, describiéndola como una masa en la que predomina el origen europeo con tenues matices de raza indígena, de constitución robusta, talla regular y fisonomía agradable. Respecto del carácter del chileno, afirma que se distinguen como emprendedores, por su amor a la patria, hospitalidad y aptitudes para el estudio de las ciencias y el desarrollo de las artes.

En cuanto a la distribución de la población, se informa que ésta se concentraba en las provincias centrales del país, las comprendidas entre Coquimbo y Concepción, las cuales reunían el 75% del total, alcanzando su superficie a sólo el 18% del total nacional. Las provincias más pobladas eran, en orden decreciente, las de Santiago, Valparaíso, Concepción y Coquimbo, siendo las menos pobladas las extremas, esto es, el Territorio de Magallanes y Tacna.

Las ciudades más importantes por su número de habitantes eran la capital Santiago, el puerto de Valparaíso, la sureña Concepción y las agrícolas Talca y Chillán. Significativas resultaban también para la época, ciudades como Iquique, Tacna, La Serena, San Felipe y Curicó, todas ellas con más de 10.000 habitantes y, dos de ellas, con más de 20.000.

De lo anterior, así como de las estadísticas que ofrecen los censos de la época, se desprende, con meridiana claridad, que dos fueron los principales cambios experimentados por la población chilena en la época que estudiamos: la alteración en la distribución regional de la población y el éxodo desde los campos hacia las zonas urbanas.

**CUADRO**  
**POBLACIÓN POR PROVINCIAS. 1876-1885**

Provincia	1876	1880	1881	1885
Magallanes		1.251	1.280	2.085
Chiloé		69.823	71.388	73.420
Llanquihue		53.500	55.311	62.809
Valdivia		34.358	35.417	50.938
Cautín				33.291
Malleco				59.492
Angol		22.568	23.234	
Biobío		80.615	80.806	101.768
Arauco		56.019	56.708	73.658
Concepción		166.861	167.239	182.459
Ñuble		134.847	137.322	149.871
Maule		124.088	125.521	124.145
Linares		129.135	129.277	110.652
Talca		113.605	113.888	133.472
Curicó		103.645	104.273	100.002
Colchagua		152.627	153.422	155.687
O'Higgins				87.641
Santiago		387.081	389.191	329.753
Valparaíso		180.087	180.632	203.320
Aconcagua		133.928	133.830	144.125
Coquimbo		164.565	165.474	176.344
Atacama		74.831	74.967	64.143
Antofagasta				33.636
Tarapacá				45.086
Tacna				29.523
<b>TOTAL</b>	<b>2.075.971</b>	<b>2.183.434</b>	<b>2.199.180</b>	<b>2.527.320</b>

Este cuadro ha sido preparado con las cifras que proporcionan las sucesivas ediciones de la *Sinopsis estadística de Chile* entre 1879 y 1895. Se han considerado, a partir de 1876, aquellos años en que la *Sinopsis* registra cambios en las estadísticas que ofrece. Para 1876, la fuente sólo entrega el total de la población nacional según el censo de 1875. Como se aprecia, el cuadro registra las variaciones habidas en la división político-administrativas del país.

Manifestaciones del primer fenómeno fueron la pérdida relativa de población experimentada por la zona central entre 1860 y 1900 en comparación con el norte minero,

Concepción, la Araucanía y Valdivia y Chiloé; y el que sólo el norte minero-agrícola y las zonas rurales del llano central perdieran población, en tanto que la zona minera, Concepción, la Araucanía, Valdivia y Chiloé la aumentaron más rápidamente que el resto del país. También queda claro que las principales corrientes migratorias fueron los flujos de población desde el núcleo central y la zona minero-agrícola al norte minero y, sobre todo, desde los sectores rurales del centro agrícola hacia las provincias situadas de Concepción al Sur, especialmente hacia las zonas urbanas de éstas<sup>79</sup>.

En lo que respecta a los centros urbanos, entre 1865 y 1895 su población aumentó sostenidamente, especialmente en las provincias de Concepción, en las de la Araucanía y Valdivia, aunque también en el llano central, disminuyendo en el norte minero-agrícola y manteniéndose estable en el norte minero, aquí, oculta tras la sostenida aparición y desaparición de pueblos, resultado de la naturaleza de la explotación minera<sup>80</sup>.

El incremento de la población urbana se expresó en que si en 1865 ésta representaba el 29% del total nacional, en 1875 llegaba al 35%, en 1885 al 38% y en 1895 al 43%. En este contexto, fue Concepción la que alcanzó un desarrollo más significativo pues, de sus 13.958 habitantes de 1865, en 1885 llegaba a 24.180, es decir, tuvo un aumento de 57,7% en veinte años. Otra ciudad que también tuvo un alto crecimiento fue Valparaíso, que en el mismo lapso subió su población casi en un tercio, de 70.438 habitantes en 1865, llegó a 104.952 en 1885. Santiago, a su vez, pasó de 115.337 habitantes en 1865 a 260.000 en 1891, manteniendo así su condición de principal centro urbano del país al concentrar el 9,6% del total nacional<sup>81</sup>.

---

<sup>79</sup> Este fenómeno ya fue advertido y estudiado por Hurtado, 1966.

<sup>80</sup> Hurtado, 1966, pp. 57 en adelante.

<sup>81</sup> Algunas de los porcentajes mencionados los hemos tomado de Grez Toso, 1997.

**CUADRO  
POBLACIÓN DE CHILE EN 1885**

PROVINCIA	SUPERFICIE	POBLACIÓN	% de la población nacional
Tacna	22.500	29.523	1,16
Tarapacá	50.000	45.086	1,78
Antofagasta	187.000	33.636	1,33
Atacama	73.500	64.143	2,53
Coquimbo	33.423	176.344	6,97
Aconcagua	16.126	144.125	5,70
Valparaíso	4.297	203.320	8,04
Santiago	13.527	329.753	13,04
O'Higgins	6.537	87.641	3,46
Colchagua	9.829	155.687	6,16
Curicó	7.545	100.002	3,95
Talca	9.527	133.472	5,28
Linares	9.036	110.652	4,37
Maule	.591	124.145	4,91
Ñuble	9.210	149.871	5,93
Concepción	9.155	182.459	7,21
Arauco	11.000	73.658	2,91
Bío-Bío	10.769	101.768	4,02
Malleco	7.400	59.492	2,35
Cautín	8.100	33.291	1,31
Valdivia	21.536	50.938	2,01
Llanquihue	20.260	62.809	2,48
Chiloé	10.348	73.420	2,90
Magallanes	195.000	2.085	0,08
	753.216	2.527.320	

Cuadro elaborado a partir de Espinoza, 1890.

**CUADRO  
CHILE, POBLACIÓN URBANA Y RURAL. 1865-1895**

Año	Total población	% población rural	% población urbana
1865	1.819.223	71,0	29,0
1875	2.075.971	65,0	35,0
1885	2.507.005	62,0	38,0
1895	2.695.625	57,0	43,0

Cuadro preparado a partir de los censos generales de población de los años que se indican.

**CUADRO  
AUMENTO DE POBLACIÓN ENTRE 1835 Y 1885**

CENSOS	POBLACIÓN	AUMENTO
1835	1.010.332	
1843	1.083.801	73.469
1854	1.439.120	355.319
1865	1.819.223	280.103
1875	2.075.971	256.748
1885	2.527.320	451.349

Información en Espinoza, 1890, p. 13.

El constante crecimiento de la población, y especialmente de la población urbana, refleja el proceso de expansión experimentado por el país a lo largo del siglo XIX en general, y desde la década de 1860 en particular. En el plano económico, dicho fenómeno se aprecia claramente al examinar los diversos sectores de la economía en el período estudiado, todo ello en el contexto internacional en que Chile se desenvolvía y considerando que esta expansión era consecuencia de un proceso iniciado luego de consolidada la independencia.

En este contexto, el manual de Enrique Espinoza, como la mayor parte de las obras que lo habían precedido, describía a un país de numerosas y variadas riquezas naturales, activo y

pujante, de gran porvenir<sup>82</sup>. Este carácter no sólo se desprende de la forma en que se aludía al territorio, "un conjunto que hace que Chile sea reputado como uno de los países más bellos", donde es "digno de notarse" que "no hay animales ponzoñosos o feroces", de clima "sano y muy soportable", con numerosos ríos y lagos; también, de los adjetivos utilizados en las descripciones de cada una de las provincias que componían la nación, casi todas ellas "ricas y prósperas"; la caracterización de las actividades económicas, algunas "variadas y abundantes", o la explicación del sistema político existente.

Los adjetivos no se escatimaban, sobre todo si ayudaban a describir la "idea geográfica" del país a lo largo del siglo XIX, la que estaba basada, fundamental y casi exclusivamente, en las relaciones que hacían los textos, más que en la visión de mapas, cartas geográficas, fotografías o grabados<sup>83</sup>.

En todo caso, y como muestra del afán que guiaba a su autor, la obra de Espinoza fue el primer manual de geografía de Chile que incorporó mapas en su interior. En efecto, la cuarta edición del texto, aparecida en 1897, cuenta con cerca de cuarenta mapas correspondientes a cada una de las provincias del país, a posesiones isleñas y a las líneas de ferrocarril existentes, además de planos de algunas ciudades<sup>84</sup>. Así se esperaba ilustrar mejor a los lectores y graficar los progresos alcanzados por la república. Por ejemplo, con los mapas sobre ferrocarriles y la información sobre caminos que contenía cada uno de los dedicados a las provincias.

Como hemos asentado, la obra de Enrique Espinoza resumía la opinión prevaleciente,

<sup>82</sup> La *Sinopsis estadística de la república de Chile* también presenta este tono. Véanse sus sucesivas ediciones desde 1876 en adelante. José Manuel Balmaceda afirmaría que "el territorio de Chile es bastante para hacer nuestra felicidad y la de muchas generaciones". Véase su discurso "El ferrocarril del Estado" (1889), en Sagredo y Devés, 1991-1992, III, p. 181.

<sup>83</sup> Lo anterior se explica si tenemos presente que la cartografía del país era muy escasa y que los pocos mapas que se prepararon tuvieron limitada circulación pública. Si se considera que sólo en 1910 vio la luz el primer mapa de Chile en el cual pudiera tenerse alguna confianza, pues estaba basado en un levantamiento geodésico, se comprenderá mejor lo que afirmamos. Para una breve reseña histórica sobre el desarrollo y evolución de la cartografía sobre Chile, véase Edwards, 1911.

<sup>84</sup> Los mapas fueron dibujados por F.A. Fuentes, especialmente para la obra de Espinoza, y ejecutados en una litografía parisina. Junto con su publicación en el interior de la obra, los mapas se editaron como *Atlas de Chile. Arreglado para la jeografía descriptiva de la república de Chile por Enrique Espinoza*, París, Imprenta Erhard hermanos, 1897.

la imagen que el país tenía sobre sí mismo, un ambiente positivo que veía en el progreso material alcanzado un signo alentador, la consecuencia natural del trabajo de un pueblo, como pocos en América, que "posee una población homogénea", además de "emprendedora"<sup>85</sup>.

Un país, dinámico, cuyo territorio había sufrido una notable expansión hacia el norte luego de la Guerra del Pacífico, hecho que, además, había significado incrementar la riqueza fiscal de manera extraordinaria; pero que también había experimentado una dilación de la presencia de lo nacional hacia el sur, hacia la Araucanía, zona de grandes posibilidades agrícolas<sup>86</sup>. Dicho proceso se manifestó, entre otros muchos índices, en la creación de nuevas unidades político-administrativas como las provincias de Arauco y Biobío en 1875, O'Higgins en 1883, Tacna y Tarapacá en 1884, Malleco y Cautín en 1887 y Antofagasta en 1888<sup>87</sup>.

Chile se presentaba como una nación con sólidas instituciones políticas, de carácter representativo; con poderes que "funcionan independiente y armónicamente"; con un derecho público que "aseguraba a todos los habitantes de la república" la igualdad ante la ley, la igual repartición de las cargas tributarias, la libertad de movimiento, de asociación y de reunión, el derecho de petición, el acceso a los empleos y funciones públicas, la inviolabilidad de las propiedades y la libertad de enseñanza, entre otros derechos consagrados por la constitución<sup>88</sup>.

<sup>85</sup> La favorable evaluación del país se aprecia también en las crónicas que entre el 27 de julio de 1889 y el 17 de octubre de 1891 publicó sobre Chile *The Illustrated London News*, el medio informativo más popular de la época. Para sus editores, nuestro país era "una próspera y progresista República". Una vez iniciada la Guerra Civil de 1891, los editores escriben que gracias a las crónicas habían podido "observar indicios satisfactorios de que Chile disfrutaba de gran prosperidad interna y tenía más seguridad política, al parecer, que cualquier otro Estado independiente sudamericano". Entonces, 21 de enero de 1891 "con pena y desencanto", comienzan a dar cuenta de la "formidable insurrección cuyo resultado no se puede prever aún". Los textos de *The Illustrated* sobre Chile, han sido reproducidos en Museo Histórico Nacional, 1993.

<sup>86</sup> Es preciso recordar además, que en 1888 el marino chileno Policarpo Toro tomó posesión de Isla de Pascua a nombre del Estado chileno. La iniciativa contó con el apoyo del presidente Balmaceda, cuyo gobierno había facilitado esta acción. Las consecuencias de este hecho, hoy evidentes en la proyección oceánica chilena, ya entonces fueron avizoradas por Toro cuando, representando la urgencia de llevar adelante la toma de posesión, expuso las ventajas para el país de incorporar la Isla de Pascua a su soberanía. Véase su carta de octubre de 1886 reproducida en el catálogo de la *Exposición Isla de Pascua. Avanzada del destino oceánico de Chile. En el año del centenario de su incorporación definitiva al territorio nacional*. Santiago, DIBAM, 1988, p. 5.

<sup>87</sup> Véase Espinoza, 1890 y Echeverría y Reyes, 1888.

<sup>88</sup> El orgullo por la institucionalidad chilena alcanza a los extranjeros que se habían avecindado en el país. Así por ejemplo, Ignacio Domeyko escribe en 1851, a propósito de la elección presidencial de aquel año: "Teníamos aquí dos candidatos, uno general y el otro juez, abogado, ex profesor. Las elecciones favorecieron al segundo en contra del general. Es pues la primera vez en Chile, y en casi toda América, que el gobierno de la

Una nación que hacía honor al coro de su himno nacional:

*Dulce patria, recibe los votos  
con que Chile en tus aras juró  
que, o la tumba serás de los libres  
o el asilo contra la opresión*<sup>89</sup>.

La idea del país arriba expuesta tuvo en José Manuel Balmaceda un claro exponente. Así queda de manifiesto cuando afirmó: "las montañas abruptas y nevadas de los Andes y el Océano Pacífico, las inclemencias del polo en la región austral y los desiertos del norte, diseñan la fisonomía de una república excepcionalmente favorecida en la colectividad de los pueblos cultos". A la valoración de lo físico, el político agregó: "nuestro territorio es estrecho, pero bien definido por la mano de los chilenos, y, aunque no pudiéramos vincular el porvenir de Chile en dilatadas comarcas, podemos fundarlo sin afectación en la virilidad de nuestros conciudadanos, en sus aptitudes para el trabajo, en sus fecundas industrias nativas, en su amor a las instituciones y a la paz y en la rectitud de los poderes constitucionales"<sup>90</sup>.

En definitiva, la *Jeografía descriptiva de la república de Chile* no sólo resumía la "idea geográfica" existente sobre el territorio nacional y el pueblo que lo habitaba, daba cuenta también de la expansión general experimentada por el país a lo largo del siglo XIX, constituyéndose en el resumen y medio de difusión de un fenómeno cuya culminación, hoy sabemos, se vivía entonces<sup>91</sup>.

---

república pasa a manos civiles y no de militares". Años más tarde, en 1880, y en medio de la Guerra del Pacífico, cuando en Chile ya se avizoraba el triunfo, explica a su corresponsal: "Felizmente la ventaja de este país descansa en el orden interno, que no ha sido hasta ahora interrumpido, el respeto al derecho y al gobierno". Véase Godoy y Lastra, obra citada, pp. 284-285 y 350 respectivamente.

<sup>89</sup> Para la cita del himno, seguimos la primera versión de éste que data de 1847. En todo caso, el coro reproducido había sido parte también de la primera Canción Nacional compuesta en 1819. Véase Chubretovich A., 1991.

<sup>90</sup> Véanse sus palabras en *La Tribuna* del 21 de enero de 1889. Como ya veremos, en otras muchas oportunidades a lo largo de su actividad política Balmaceda, con obras y palabras, ratificó estas ideas. Domingo Santa María también alude a que "el progreso del país es notorio". Véase su carta a Domingo Godoy fechada en Santiago el 17 de octubre de 1884. Reproducida en la *RChHG*, N° 59, 1927, pp. 159-161.

<sup>91</sup> Lo dicho, contradice lo expresado por Balmaceda. Al respecto, y como resumen de esta opinión, recordemos sus palabras en la inauguración del Viaducto del Malleco, en nuestro concepto el símbolo culminante, por lo demás espectacular, de una notable etapa de desenvolvimiento nacional que, iniciada hacia mediados del pasado siglo, había intentado acercar al país a la modernidad. Entonces el Presidente dijo: "Este grandioso

---

monumento marcará a las generaciones venideras la época en que los chilenos sacudieron su tradicional timidez y apatía y emprendieron la obra de un nuevo y sólido engrandecimiento". Véase su discurso en la ceremonia de inauguración del viaducto del Malleco, en *La Nación* del 29 de octubre de 1890.

## II- CIUDADANOS, OPINIÓN PÚBLICA Y PRÁCTICAS POLÍTICAS

### LA EVOLUCIÓN DEL CUERPO ELECTORAL

La cuestión electoral fue una de las preocupaciones esenciales del liberalismo y de aquellos que lucharon por obtener la manifestación política del pueblo sin la intervención característica que el Poder Ejecutivo venía practicando desde 1833 en adelante<sup>1</sup>. Para lograr este objetivo, la reforma de la ley electoral vigente resultaba fundamental en el propósito de alterar un sistema claramente favorable a los intereses gubernativos<sup>2</sup>.

De acuerdo con la Constitución de 1833, eran ciudadanos activos con derecho a sufragio, y por tanto formaban parte del cuerpo electoral, los chilenos de 25 años, si eran solteros, y de 21 años los casados, que supieran leer y escribir y que, además, cumplieran con algunos de los siguientes requisitos:

- 1- "Una propiedad inmueble, o un capital invertido en alguna especie de giro o industria.
- 2- El ejercicio de alguna industria o arte, o el goce de algún empleo, renta o usufructo, cuyos emolumentos o productos guarden proporción con la propiedad inmueble, o capital de que se habla en el número anterior"<sup>3</sup>.

El propósito original del legislador al establecer el voto censitario y el requisito de alfabetismo, y con ello un régimen excluyente, no fue otro que limitar la participación política de los grupos que no formaban parte del sector dominante y así garantizar el control de la autoridad y la preeminencia de la aristocracia conservadora.

---

<sup>1</sup> Una informada descripción del proceso electoral y de la forma en que el ejecutivo lo dominaba, en Valenzuela, 1985, pp. 55-71. Sobre otras realidades electorales latinoamericanas, véase el texto coordinado por Annino, 1995.

<sup>2</sup> Como es bien sabido, el gobierno tenía numerosos e importantes recursos para asegurar el triunfo de las listas oficiales de candidatos en las elecciones. Esta situación explica la afirmación de que "el éxito político no consistía en vencer al gobierno, sino en ganar su voluntad". Véase Edwards, 1997, p. 82. Es del caso hacer notar que, años más tarde, en la época de Balmaceda, ya no sólo se intenta captar la voluntad presidencial, también, y a consecuencia de la evolución del país, las fuerzas políticas, incluido el Presidente, compiten por captar la voluntad del electorado, de ahí la necesidad de practicar nuevas formas de hacer política.

<sup>3</sup> Véase la Constitución de 1833, Capítulo IV, *De los chilenos*, artículo 8. En Valencia Avaria, 1986, pp. 174.

La minoritaria participación de la población en la generación de sus autoridades políticas se tradujo en que sólo un porcentaje mínimo de ella accedía a la calidad de ciudadano activo. Quienes podían sufragar formaban un cuerpo electoral dominado, o por los sujetos pertenecientes al estrato alto de la sociedad, todos ellos relacionados por múltiples vínculos sociales, económicos y culturales, o bien por el gobierno y sus agentes que manipulaba el voto de la clase media baja y trabajadora que formaba parte de la guardia nacional y de la burocracia estatal<sup>4</sup>.

Otra característica de la situación fue la escasa concurrencia a las elecciones de los habilitados para votar. Ésta se puede explicar por su identidad, satisfacción y coincidencia con los valores predominantes, en este caso, el orden autoritario, presidencialista, conservador y aristocrático instaurado en 1833, y también por la certeza de que la autoridad lo dominaba y controlaba todo, hecho que los habría llevado a prescindir de su participación activa a través del voto, dejando las cuestiones públicas en manos del gobierno y sus agentes.

---

<sup>4</sup> Se ha demostrado que en Chile, y a pesar del texto constitucional, no existió un genuino sufragio censitario entre 1833 y 1874. Diversas excepciones permitieron la calificación de individuos de clase media, media baja y trabajadora, todos los cuales componían la masa electoral cautiva de que disponía el gobierno para triunfar en las elecciones. Lo dicho, además de explicar el carácter predominantemente urbano del electorado nacional, justifica el interés del Ejecutivo por favorecer la inscripción de estos sujetos, permitiendo, hasta 1840, la calificación de los analfabetos y fijando el ingreso para la inscripción electoral en niveles bajos. Véase Valenzuela, 1985, pp. 56 a 67, y 1997, pp. 215-257. Borón, 1971, fue uno de los primeros estudiosos de este tema.

**CUADRO  
CIUDADANÍA ACTIVA EN ELECCIONES DE 1829 A 1849**

Provincias	1829	1834	1843	1849
Coquimbo	1.844		606	
Aconcagua	2.954	1.708		
Santiago	7.102	1.575	7.910	18.324
Colchagua	4.214	661		
Talca		810		
Maule	2.280	381		
Concepción	1.172	1.265	5.663	
Valdivia	154	103		
Chiloé	567	223		
<b>Totales</b>	<b>20.287</b>	<b>6.726</b>		

Cuadro tomado de Urzúa, 1992, pp. 85-86.

**CUADRO  
CIUDADANOS INSCRITOS 1861-1885**

Año	Inscritos
1861	16.340
1864	22.261
1869	43.379
1872	65.760
1873	49.047
1876	106.194
1879	148.737
1882	111.036
1884	107.793
1885	122.583

A lo anterior se suma, como explicación de la baja participación, la concepción de los procesos electorales como una instancia de apoyo al gobierno, una oportunidad para ratificar las políticas de la autoridad y brindarle el concurso público y legitimador de las urnas. Entonces, la primera mitad del siglo XIX, lo correcto, lo normal, lo adecuado, era apoyar al

poder existente. La gran mayoría de la población esperaba que así ocurriera, por lo pronto las autoridades, de tal manera que incluso los vicios utilizados para asegurarse la voluntad ciudadana no resultaban reprochables ni reprochados<sup>5</sup>.

Hasta la década de 1860, que coincide con el predominio de un régimen conservador y autoritario, la abstención electoral fue significativa, y la misma sólo tendió a disminuir al comenzar a ceder el orden impuesto en 1833 ante los impulsos de la influencia motivada por el proceso de expansión nacional. En este contexto, ya en el decenio de Manuel Bulnes, 1841-1851, se aprecia un incremento constante de la masa electoral, dilatación que puede ser explicada por el crecimiento económico, un mayor grado de educación de la población y la formación de nuevos estratos sociales que resultaron más críticos del sistema imperante<sup>6</sup>.

**CUADRO  
NUMERO DE SUFRAGANTES POR ELECCIONES**

AÑO	Sufragantes
1829	20.287
1834	6.702
1846	24.317
1869	30.663
1871	29.294
1873	25.981
1876	80.346
1876	46.114
1879	104.041
1882	70.201
1885	78.911
1886	49.722

<sup>5</sup> Lo dicho no implica asentar la inexistencia de una oposición al gobierno o la obediencia pasiva de todo el electorado. Tal y como se ha demostrado, siempre hubo elecciones y candidaturas desafectas al gobierno, particularmente en Santiago y en el extremo norte del país. Véase Urzúa, 1992, p. 123.

<sup>6</sup> Tal como algún autor advierte, en este período se aprecian fluctuaciones de la masa electoral entre una elección y otra que, en ocasiones, son bajas del número de electores y no aumento de los mismos. La explicación podría encontrarse en la inexistencia de registros electorales permanentes, lo que sólo ocurrirá a partir de 1874. Véase Urzúa, 1992, p.95.

Este aumento de la participación ciudadana coincide, además, con la política de reconciliación y acuerdos que caracterizó al gobierno de Bulnes durante su primera administración. La misma, pudo haber favorecido el interés por la cosa pública de aquellos grupos liberales marginados en el período anterior por la política dictatorial del ministro Diego Portales. Por otra parte, la polarización de la vida política a fines del segundo mandato de Bulnes ayudaría a explicar el interés de los ciudadanos por pronunciarse en las urnas. Además, la manifiesta diferenciación política del cuerpo electoral en términos de opciones, se hizo presente también como fenómeno político a considerar.

El nacimiento de las corrientes y partidos políticos, el impulso que nuevas formas de sociabilidad dieron a las ideas liberales y las divisiones que fue posible advertir en los grupos que tradicionalmente habían controlado el sistema, explican esta evolución<sup>7</sup>. Por otra parte, y como se aprecia en el análisis de la información disponible, la presencia de la clase media y del proletariado y el fortalecimiento de algunas provincias también contribuyeron a segmentar la opinión y con ello a fortalecer la competencia electoral. Todos ellos, síntomas de modernización de la sociedad<sup>8</sup>.

La creciente participación económica de las actividades no agrícolas, como la minería, la industria y los servicios, tuvo repercusiones políticas trascendentes. Ellas, con su influencia en el fortalecimiento de los centros urbanos, posibilitaron el surgimiento de un nuevo tipo de comportamiento, diferente del vinculado a las actividades agrarias, asociado a una mentalidad estática o conservadora. En la ciudad, sostiene un autor, se desarrolló una mentalidad dinámica, ansiosa de trasladar hacia sí el poder y el prestigio sociales enclavados hasta entonces en la vida rural, y ésta tuvo en los partidos sus canales de expresión político-sociales. Lo anterior habría sido lo que permitió, entre otros antecedentes, la formación de nuevas organizaciones políticas, representativas de las distintas realidades sociales existentes en la

---

<sup>7</sup> Diversos autores han advertido sobre las consecuencias que para la vida política tuvo la introducción en Chile de nuevas formas de sociabilidad como lo fueron los partidos, los clubes políticos y las tertulias y salones literarios. Al respecto véase Gazmuri, 1992 y los artículos de Bernardino Bravo Lira, Hernán Godoy, Cristián Gazmuri, Cristián M. Jara y María Angélica Muñoz Gomá en Fundación Mario Góngora, 1992.

vida nacional<sup>9</sup>.

Las transformaciones operadas en la sociedad, entre las cuales la aparición de la clase media es una de las fundamentales, se reflejaron también en el rol electoral. Éste, desde 1861 en adelante, ofrece una creciente presencia de estos sectores, la que se hace cada vez más sostenida y vigorosa a medida que avanza la centuria<sup>10</sup>. En un sentido parecido, la participación política de los grupos populares también comenzó a notarse, aunque no con la fuerza que muestra la clase media. Así, por ejemplo, si en 1861 no aparecen en el rol electoral sujetos de esta condición, salvo en el rubro artesanal, en 1872 ya tienen una presencia significativa a través de los jornaleros, gañanes, pescadores y otras actividades dependientes<sup>11</sup>.

Este fenómeno se ve reafirmado con la reforma electoral de 1874 que, como se deduce de la información estadística disponible, permitió una considerable expansión del electorado hacia las capas sociales intermedias en las ciudades, zonas mineras y, especialmente, entre quienes vivían del trabajo agrícola<sup>12</sup>. A partir de entonces, la categoría de quienes se ocupaban en la agricultura creció de tal forma que se transformó en casi la mitad del total de los calificados en 1878, siendo que en 1863 representaba sólo un cuarto<sup>13</sup>. (Véase cuadro electorado

<sup>9</sup> Véase Urzúa, 1992, pp.178 y 179.

<sup>10</sup> Véase el cuadro que informa sobre las actividades de los ciudadanos inscritos en 1861, 1872 y 1884, en Urzúa, 1992, pp. 181 y 182.

<sup>11</sup> Grez, 1998, pp. 491-494, aborda el tema de la participación política de los trabajadores, advirtiendo que durante las décadas de 1860 y 1870 "se crearon diversas organizaciones o clubes con el expreso objetivo de incorporar a la clase obrera y artesano a la lucha política". Más todavía, sostiene que algunas de estas instituciones no fueron "más que simples emanaciones de los partidos y coaliciones políticas que surgían durante las campañas electorales" en las cuales, agregamos nosotros, ahora participan los miembros de este grupo de la sociedad.

<sup>12</sup> Como advierte Valenzuela, 1985, pp. 106-121, la presunción de derecho en virtud de la cual bastó saber leer y escribir como prueba perentoria y suficiente para ser ciudadano elector, no fue lo más importante de la ley electoral de 1874. Si bien la misma significó una ampliación del cuerpo electoral, más trascendente resultó el hecho de que ahora, al existir una verdad que no admitía réplica a la hora de calificar, como era la de que el elector fuera alfabeto, los habitantes de las áreas rurales pidieron inscribirse sin inconvenientes.

<sup>13</sup> Para Valenzuela, 1985, pp. 120-121 y Valenzuela, 1997, pp. 218-219, el hecho de que en 1863 el electorado clasificado como agricultor fuera un porcentaje relativamente tan pequeño, y más tarde fuera casi la mitad del total, se explica en razón de que en aquellos años los grandes propietarios conservadores no se preocuparon de movilizar políticamente a sus dependientes puesto que todavía obtenían cupos en las listas oficiales. Como esta situación cambió en la década de 1870, ellos, los conservadores, no sólo fueron los impulsores de la ley electoral de 1874, junto a los radicales, sino que la utilizaron para ampliar su base electoral incorporando a los trabajadores agrícolas. De esta forma, esperaban suplir con votos lo que la voluntad oficial

nacional por grupo ocupacional. 1863-1878)

Esto último no deja de ser sugerente en función de nuestro tema de estudio si se considera que desde entonces, un porcentaje significativo del electorado nacional se encontraba fuera de las ciudades, en la provincia, y a él sólo se podía acceder viajando, haciendo campañas políticas que llevaran a los candidatos y sus programas hasta ellos<sup>14</sup>.

Así por ejemplo, revelador resulta que entre 1870 y 1885 en las provincias que conformaban la región de la Araucanía, incluida Concepción, vivieran más del 13% de los ciudadanos calificados, mientras que en las de norte, entre Tarapacá y Coquimbo, habitaran casi el 15% de los calificados a nivel nacional en 1885, transformándose así en regiones muy atractivas desde el punto de vista de su peso electoral, lo anterior, sin perjuicio de su significado económico para el país.

Lo expuesto confirma el proceso de creciente diferenciación del electorado y de las posturas sobre los problemas nacionales, y la necesidad de una apertura del sistema a nuevas formas políticas más participativas e integradoras, no sólo de nuevos sectores sociales, sino también de nuevas regiones del país. Ello a pesar que el número de electores fue siempre muy reducido en el contexto de la población nacional, incluso considerando, como se ha dicho, que la reforma de 1874 contribuyó a ampliar notoriamente el cuerpo electoral<sup>15</sup>.

Habían sido la evolución del país en general, y la coyuntura política experimentada en los primeros años de la década de 1870, las que hicieron posible iniciar en 1871 la discusión de una ley electoral cuyo propósito esencial sería prevenir que el Ejecutivo pudiese imponer sus listas oficiales al país. Es en este contexto que debe entenderse la norma electoral aprobada

---

ya no les daría, esto es, triunfos electorales.

<sup>14</sup> Valenzuela, 1985, p. 120, concluye, al contrario de lo que la historiografía ha sostenido, que después de 1874, "el voto se centró más en el campo en vez de hacerse más urbano y de clase media". Desde nuestro punto de vista, esta afirmación ayuda a sostener la idea de la diversificación social y espacial del cuerpo electoral.

<sup>15</sup> La ley de 1874 debe ser considerada como expresión de una mayor democratización de la vida nacional. Por ella, además, se estableció el voto acumulativo para las elecciones de diputados, manteniendo para la de senadores y electores de presidente el de lista completa. El proceso continuó más tarde, en 1888, cuando se estableció como edad mínima para votar los 21 años y se suprimió la boleta de calificación, bastando la inscripción electoral para ejercer el sufragio. En sentido contrario al expuesto, y en vista de las presiones de algunas señoras por ser inscritas en los registros, en 1884 se prohibió, expresamente, el sufragio femenino. Véase Urzúa, 1992, p. 239.

en 1874<sup>16</sup>.

La nueva ley reformó tres elementos estratégicos para la celebración de elecciones más puras y eficaces: la formación de las juntas electorales; la presunción de renta como requisito de la calificación y, por último, la representación de las minorías. A través de ellos, se esperaba afectar los puntos neurálgicos del control ejercido por el gobierno sobre los ciudadanos activos<sup>17</sup>.

---

<sup>16</sup> Para un detallado análisis de las circunstancias y significado de la ley electoral de 12 de noviembre de 1874, véase Valenzuela, 1985, especialmente el capítulo tercero.

<sup>17</sup> Al transferir el control de los nombramientos de vocales para las Juntas Calificadoras desde las autoridades municipales hacia las Juntas de Mayores Contribuyentes de cada localidad, se esperaba que el gobierno no pudiese disponer de quienes le ayudaban a acumular las calificaciones de aquellos que constituían su clientela electoral. Al establecer la presunción de derecho de que bastaba saber leer y escribir para cumplir con el requisito del ingreso requerido para votar, se impedía que los vocales de las Juntas pudieran negar la calificación a algún elector. Por último, al cambiar el régimen electoral de uno basado en el voto mayoritario de una vuelta y por lista completa, a otro que por diversos sistemas consagraba la representación de las minorías, se esperaba evitar las avasalladoras mayorías que obtenía el gobierno a todo nivel. Además, la ley estableció el voto acumulativo para las elecciones de diputados y dispuso que las elecciones se harían en la época que se expresaba: 1- la de diputados y senadores, el último domingo de marzo, 2- la de municipales, el tercer domingo de abril, y 3- la de electores de presidente, el 25 de junio del año en que terminaba el período.

**CUADRO**  
**ELECTORADO CHILENO. 1846-1888**

Año elección	Población	Nº de Inscritos	Nº votos emitidos	de% Abs- ten- ción	% Insc sobre pobl.	% Votos omit. s/pob.
1846 (c)	1.167.000		24.317			2,08
1864 (c)	1.676.200	22.261			1,33	
1870 (c)	1.907.700	43.379	30.632	29,4	2,27	1,60
1870 (m)	1.907.700	43.188	25.010	42,1	2,26	1,31
1871 (p)	1.907.700	43.379	29.294	32,5	2,27	1,54
1873 (c)	2.002.600	49.043	25.981	47,0	2,44	1,29
1873 (m)	2.002.600	48.930	26.815	45,2	2,44	1,34
1876 (c)	2.074.800	106.194	80.346	24,3	5,12	3,87
1876 (m)	2.074.800		65.196			3,14
1876 (p)	2.074.800	106.194	46.114	56,6	5,12	2,22
1879 (c)	2.135.500	148.737	104.041	3,1	6,96	4,87
1879 (m)	2.135.500	148.737	78.513	47,2	6,96	3,68
1882 (c)	2.329.500	146.796	97.060		6,67	4,17
1882 (m)	2.329.500	146.796	87.827		6,67	3,77
1885 (c)	2.495.600	122.583	78.911	35,6	4,91	3,16
1885 (m)	2.495.600	122.583	68.408	44,2	4,91	2,72
1886 (p)	2.530.500	122.583	49.722	59,4	4,84	1,96
1888 (c)	2.601.800	134.119	89.977	32,9	5,15	3,46
1888 (m)	2.601.800	134.119	84.184	37,2	5,15	3,24

Tomado de Valenzuela, 1985, p. 150.

El significado y consecuencias de la nueva ley, no sólo se refieren a la pérdida de influencia electoral del Ejecutivo, la ampliación del número de sufragantes o el desarrollo de un sistema de partidos moderno. También, y esencial en función de esta investigación, a las nuevas prácticas políticas que ella coadyuvó a introducir en el país. De ahí la necesidad, desde el ángulo de la evolución electoral y los usos a ella asociados, de agregar algunas caracterizaciones que, además de explicar las consecuencias del proceso general más arriba expuesto, permitan comprender los fines y formas de los viajes del poder en la época de Balmaceda pues,

los mismos, están asociados a la ampliación y diversificación de los ciudadanos aptos para votar<sup>18</sup>.

Hasta antes de la ley electoral de 1874, para las elecciones de 1870, cuando los habitantes del país sumaban 1.907.665, el número de inscritos en los registros electorales alcanzaba 43.379, esto es, sólo el 2,27% de la población nacional, de los cuales votaron 30.632, esto es el 70,61% de los ciudadanos y el 1,60% de la población total.

La promulgación de la ley electoral de 1874 significó duplicar el tamaño de la masa electoral que, de 49.047 en 1873, pasó a 106.194 en 1876. Para 1879, ésta se había triplicado al alcanzar los 148.737 inscritos. La cantidad de votantes aumentó en proporciones todavía mayores al pasar de 25.981 en 1873 a 80.346 en 1876 y 104.041 en 1879, cuando votó el 70% de los calificados<sup>19</sup>. En el contexto del total de la población nacional, en las elecciones para diputados de 1876, cuando la población ascendía a 2.074.827 habitantes, estaban calificados para votar el 5,11% de ellos, de los cuales ejerció su derecho el 43%, esto es, el 2,22% de la población total, duplicándose de esta forma el porcentaje de los habitantes del país que participaban en los actos eleccionarios<sup>20</sup>.

En 1881, en las elecciones para electores de Presidente, votó sólo el 45% de la masa electoral, porcentaje que volvió a subir en las parlamentarias de 1882, cuando sufragó el 63%

---

<sup>18</sup> Es preciso mencionar que la ley de 1874 representó un paso más en el propósito de crear un sistema electoral independiente del gobierno que, finalmente, se materializó en 1890. Valenzuela, 1998, afirma que el sistema electoral creado con la ley de 1890, "permitió que la competencia entre los partidos por los votos de la ciudadanía (masculina y alfabeta) se convirtiese en el único mecanismo importante para llegar al poder, con lo cual se democratizó el último aspecto fundamental que faltaba para que el régimen chileno cumpliera con los requisitos mínimos" de una "democracia de sufragio incompleto". Lo anterior supone que salvo por las exclusiones de electorado que aún persistieron, especialmente la de las mujeres, el país contaba con todos los demás requisitos de un régimen democrático, esto es: "sufragio menos que universal", pero sí "una población electoral lo suficientemente heterogénea como para que pudieran presentarse a la competencia electoral, con cierto éxito, partidos políticos que representen los puntos de vista de cada segmento de opinión en que se divide la población de un país". De esta forma, gracias a la ley de 1890, el único elemento que impedía decir que Chile tenía un régimen democrático, es decir prácticas electorales que no consagraban la libertad electoral necesaria, fue removido.

<sup>19</sup> Naturalmente, el aumento del número de electores dificultó el control de las elecciones por parte del gobierno, haciendo más competitiva la lucha política por el voto.

<sup>20</sup> El año 1878 fue el momento con inscripción electoral más alta del siglo XIX, ésta alcanzó a 150 mil individuos, equivalentes a cerca del 7% de la población total y alrededor del 30% de los varones adultos. Véase, Urzúa, 1992, pp. 84 y 133.

de los inscritos. En 1885, para las elecciones de diputados, votaron 78.911 ciudadanos, el 3,27 de la población nacional y el 64% de los calificados. A su vez, en la presidencial de 1886, en la que resultó elegido Balmaceda, de los 122.583 calificados, sólo votaron 49.722, es decir, el 40,56% de los ciudadanos activos<sup>21</sup>.

El evidente aumento del cuerpo electoral del país en general y de algunas regiones en particular, la diversificación social y mayor independencia del electorado y la mayor competitividad de los procesos electorales, provocaron transformaciones en la forma de practicar la política. La más importante de ellas, la de obligar a los actores a ocuparse de grupos y poblaciones alejados de los centros de poder tradicional, como lo eran el gobierno y sus agentes y la capital, para atender las reivindicaciones e intereses de los sectores provincianos, de nuevos grupos sociales y de centros de actividad económica como la Araucanía y el norte salitrero<sup>22</sup>.

Por otra parte, las estadísticas expuestas no deben hacernos pensar que los asuntos políticos y la cosa pública se circunscribían a una proporción limitada de participantes. Si bien el porcentaje de votantes a lo largo del siglo XIX es reducido, lo cierto es que las divisiones y lealtades políticas abarcaban un segmento mucho más amplio de la sociedad, y las elecciones preocupaban a personas no inscritas, incluyendo a una gran cantidad de mujeres<sup>23</sup>.

---

<sup>21</sup> Las elecciones presidenciales despertaban menor interés en los ciudadanos que las parlamentarias. Una de las razones del fenómeno debe buscarse en el resultado cierto de las mismas pues, como sabemos, el candidato oficial siempre triunfó. Por otra parte, la intervención oficial contra la oposición conservadora que se dejó sentir entre 1881 y 1891, explica que los conservadores y otros grupos ligados a ellos optaran reiteradamente por la abstención, hecho que también justifica la baja que se observa en el número de inscritos en la década de 1880. Abdón Cifuentes señala como una de sus motivaciones para intervenir en política, la de "empujar a los católicos a las luchas de la vida pública y combatir la abstención y dispersión en que acostumbraban vivir". Véase Cifuentes, 1936, I, p. 404.

<sup>22</sup> A modo de ejemplo de lo que sostenemos, la extensión del sufragio que trajo consigo la ley de 1874, "permitió que algunos de los primeros grupos políticos vinculados a las asociaciones mutuales y sindicales se convirtieran en verdaderos partidos, es decir, en organizaciones destinadas a captar el sufragio de los sectores trabajadores". Véase Valenzuela, 1985, p. 44.

<sup>23</sup> Una de las formas en que las mujeres se vinculaban a las elecciones fue a través de las tertulias que organizaban muchas de ellas. Para una temprana referencia de éstas como espacio político durante las campañas electorales, véase Gillis, 1946. Para una descripción de la participación de la élite femenina en los asuntos políticos en la época de Balmaceda, representativo resulta el relato de Barros de Orrego, 1942, pp. 167-171 y 194-201. Sobre el papel de las tertulias en la sociedad chilena, véanse los trabajos de Hernán Godoy, Cristián Jara y María Angélica Muñoz Gomá en, Fundación Mario Góngora, 1992, sobre formas de sociabilidad en Chile. Por

Todas ellas participaban del proceso electoral siguiendo a los candidatos, intentando evitar o llevar adelante los fraudes, cautelando o amenazando las urnas, celebrando las victorias, lamentando las derrotas, haciendo propaganda, escribiendo en la prensa; en fin, en diferentes trabajos de carácter electoral para uno u otro candidato<sup>24</sup>.

Junto a lo anterior, las nuevas formas de sociabilidad implementadas por la oligarquía liberal también fomentaron el interés por la política. Ellas se materializaron en *clubs* radicales, asociaciones y agrupaciones de diverso orden, como los bomberos y los masones, que si bien no tuvieron un propósito político explícito, por su funcionamiento provocaron consecuencias de esa naturaleza<sup>25</sup>.

Contribuyó también a alentar la participación la creciente organización de los partidos políticos, cuyo fin era movilizar y captar el apoyo de un electorado cada vez más amplio y diverso que, por eso mismo, obligó a cambiar las prácticas electorales tradicionales por unas más participativas, en las que la presencia del candidato y su capacidad de convencimiento jugaron un papel cada vez más trascendente<sup>26</sup>.

Por último, pero no menos significativo, la práctica de celebrar convenciones partidarias, especialmente con ocasión de las elecciones presidenciales, fue otro factor que integró un número significativo de sujetos a la vida política. Como más adelante se verá,

---

otra parte, un observador y estudioso de la vida nacional, acota que era natural que desde 1860 la juventud se interesara, "casi desde la cuna, en ayudar a la formación del régimen de libertad"; y que por combatir "el régimen de autoridad excesivo", incluso "los niños se incorporaban a las contiendas de la política". Véase el "Bosquejo crítico" de Roberto Huneus en Arteaga Alemparte, 1910, p. LV.

<sup>24</sup> Véase Valenzuela, 1997, pp. 219-220. El fenómeno de las elecciones como "eventos populares", en los que se involucra un número importante de personas, ha sido advertido también para otras latitudes como se demuestra en los trabajos de Ema Cibotti, "Sufragio, prensa y opinión pública: las elecciones municipales de 1883 en Buenos Aires"; Richard Graham, "Formando un gobierno central: las elecciones y el orden monárquico en el Brasil del siglo XIX" y Herbert S. Klein, "Participación política en Brasil en el siglo XIX: los votantes de San Pablo en 1880", todos incluidos en Annino, 1995, pp. 143-175, 347-379 y 453-468 respectivamente.

<sup>25</sup> Véase Gazmuri, 1992, especialmente capítulos III y IV.

<sup>26</sup> Sobre la transformación de los grupos políticos en partidos que debieron organizarse a lo largo del país para captar el sufragio, véase Valenzuela, 1985, pp. 7 en adelante. Adler Lomnitz, 1994, ha mostrado, ejemplificando con el México contemporáneo, como la existencia de más de un partido político fomenta la existencia de campañas. También ha hecho notar que la fragmentación del partido en el poder lleva a la celebración de elecciones más competitivas. Creemos que estas conclusiones pueden ser aplicadas también al sistema político chileno de la segunda mitad del pasado siglo.

algunas de estas reuniones se caracterizaron por acoger en su seno a representantes de las provincias, muchos de ellos elegidos como tales en votaciones al interior de los partidos de una alianza, todo lo cual implicó una mayor representación de las provincias en la vida política nacional y, también, una expresión de democratización de ésta, o, a lo menos, una creciente integración de nuevos actores a ella<sup>27</sup>.

Esta nueva realidad, junto a otros fenómenos ya señalados, explican los cambios ocurridos en la vida política nacional a lo largo del último tercio del siglo XIX. Entre ellos, la celebración de convenciones presidenciales y la organización de campañas políticas que acercaron, a quienes ejercían o aspiraban a un cargo de representación popular, a los electores y a la población en general. En este contexto, la evolución de los medios de comunicación y de prensa, junto a la consolidación de la opinión pública, también impulsó las nuevas prácticas; de ahí la pertinencia de analizar su desenvolvimiento.

## MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y OPINIÓN PÚBLICA

Para comprender los usos políticos puestos en práctica en el Chile de la época de Balmaceda, esencial resulta aquilatar la influencia que sobre ellos tuvieron la introducción y expansión de nuevos medios de comunicación y transporte, como el telégrafo y los periódicos, la navegación a vapor y el ferrocarril, así como la consolidación de la opinión pública.

A fines de la década de 1860, Santiago y Valparaíso se hallaban unidos por el telégrafo con La Ligua, Illapel, Ovalle, La Serena y Copiapó, por el norte, y hasta los poblados existentes

---

<sup>27</sup> Ejemplo de la recepción que tenían los nuevos usos, a la vez que muestra del papel político de los círculos provincianos, reproducimos los conceptos que Eduardo de la Barra redactó con motivo de la campaña presidencial de 1881. En ellos, aludía al rechazo que provocó la idea de algunos liberales de celebrar una convención restringida para nominar al candidato presidencial. Entonces escribió: "...repugnaba la idea de la exclusión del mayor número de electores, para dejar la designación del candidato a merced de un grupo de privilegiados relativamente escaso. Todos deseaban apelar a un procedimiento más democrático: unos querían ampliar las bases de la *Convención de notables*, de manera de dar cabida a un mayor número de electores; otros pedían que a nadie se excluyera". Luego continúa, refiriéndose a quienes se opusieron a la reunión propuesta, "rompiendo por todo, resolvieron los liberales porteños apelar francamente al pueblo, seguros de su éxito, y oponer a los procedimientos oligárquicos de la capital, el interés popular de las provincias chilenas". En Barra, 1919, pp. 113-115.

en la Araucanía por el sur. A las mencionadas, se unían los ramales a los pueblos intermedios existentes entre los extremos norte y sur de la línea<sup>28</sup>.

El año 1877, el territorio nacional estaba cruzado por más de 5.500 kilómetros de alambre telegráfico público, los que conectaban 61 oficinas de servicio para las comunicaciones. Progresivamente, la red telegráfica se fue ampliando, al igual que el número de oficinas dispuestas para las transmisiones. A fines de 1879, la Guerra del Pacífico obligó a prolongar la línea telegráfica desde Copiapó, capital de la provincia de Atacama, hasta Iquique, el cuartel general del ejército en Tarapacá, produciéndose así un notorio incremento del área cubierta por este servicio.

El aumento de las líneas telegráficas públicas y privadas, se materializó en un incremento de las comunicaciones a través del hilo eléctrico, las cuales, hacia fines de la década de 1880 alcanzaban a prácticamente la totalidad de la superficie nacional, cubriendo desde Tacna, por el norte, hasta Dalcahue, por el sur. Entonces, además de los 10.844 kilómetros de líneas fiscales de la Dirección General de Telégrafos, operaban otras once líneas, entre las cuales sobresalían el Telégrafo de los Ferrocarriles del Estado con 1.853 kilómetros y 119 oficinas entre Valparaíso y Talcahuano.

Al igual que el ferrocarril, la navegación a vapor y el servicio postal, el telégrafo fue un eficaz instrumento para integrar al país. A través de sus hilos la comunicación se hizo mucho más expedita, y sobre todo, y esta era su gran ventaja respecto de otros medios de comunicación, casi instantánea. Su uso no sólo benefició la vida comercial del país, las relaciones personales y sociales; además, facilitó el contacto entre el gobierno y sus agentes a lo largo de toda la nación<sup>29</sup>.

Desde otro punto de vista, la existencia del telégrafo también hizo posible una mayor

---

<sup>28</sup> En 1875, las líneas telegráficas del país alcanzaban ya una extensión de 5.298 kilómetros, con 59 oficinas que ese año transmitieron 241.513 telegramas. Un hito en el avance del telégrafo había sido la inauguración de la línea Santiago-Buenos Aires en 1872.

<sup>29</sup> En el caso de Balmaceda, como de otros políticos, el telégrafo representó un instrumento muy útil para mantenerse al tanto de la situación política de las provincias. Véase, como demostración de lo afirmado, el volumen "Telegramas", existente en el Archivo José Manuel Balmaceda.

injerencia de los poderes políticos, incluido el gubernamental, en las provincias. La facilidad para dar y recibir instrucciones, la rapidez de la comunicación y, gracias a lo anterior, la presencia inmanente de la autoridad en las zonas alejadas de lugar donde normalmente residía, sin duda, transformaron las prácticas políticas<sup>30</sup>.

De una parte, facilitaron el control político, tanto oficial como partidario, nacional o local; de otra, contribuyeron a marcar la presencia de los grupos políticos y de interés locales, los cuales, ahora, dispusieron de un medio para hacerse escuchar en los centros de poder, nacional o provincial. Sea como fuere, lo interesante es que gracias al telégrafo, se abrió un espacio de comunicación y de diálogo que unos y otros trataron de utilizar en beneficio propio, ya sea para imponer políticas, el poder central, o bien para establecer condiciones, los intereses locales<sup>31</sup>.

La simultaneidad del telégrafo, unida a las facilidades de desplazamiento que hizo posible la máquina a vapor, tuvieron una decisiva influencia en los hábitos y prácticas políticas al aproximar a los actores políticos en el poder a los sujetos y grupos a los que pretendían dirigir o influir. En este plano, el ferrocarril no sólo fue medio de transporte, lo fue también de comunicación pues, a través de él, las poblaciones y provincias accedieron a noticias, modas, ideologías, estilos culturales y a la mentalidad de progreso de la que este medio fue símbolo principal en el siglo XIX.

Los nuevos medios de comunicación y transporte no sólo acercaron a los actores

---

<sup>30</sup> Así, por ejemplo, lo muestra un político conservador cuando relata que para las elecciones parlamentarias de 1876, al candidato a diputado por Chillán, Zorobabel Rodríguez, el gobierno pretendió sustraerle el triunfo que había obtenido en los escrutinios, ordenando "por telégrafo que se falsificasen las actas necesarias para eliminarlo". Según cuenta Cifuentes, para fortuna de los opositores conservadores, ellos también habían recibido por telégrafo en Santiago una comunicación confirmando el triunfo de su correligionario. Véase Cifuentes, 1936, II, pp. 126-127. No está demás señalar que la comunicación oficial fue más eficaz y que Rodríguez no llegó a ser diputado en 1876.

<sup>31</sup> No se nos escapa que, al igual que en otras latitudes, el correo también sirvió como medio de relación política. A través de él se tejieron redes de alianzas capaces de ser utilizadas en las contiendas electorales. Tales relaciones, pusieron en contacto a los candidatos, a los partidos y a las autoridades, con un electorado geográficamente disperso. La correspondencia de Benjamín Vicuña Mackenna, Domingo Santa María y José Manuel Balmaceda que hemos utilizado en el curso de este trabajo, así lo demuestra. Naturalmente, sería deseable contar con una investigación sistemática sobre el papel del correo en la política nacional decimonónica, un estudio como el existente para el Perú de la década de 1870. Véase Mc Evoy, 1994.

individuales o partidarios, también, a éstos últimos respecto de las poblaciones, los grupos, los ciudadanos, los electores, los habitantes del país objeto de sus intereses y preocupaciones. Lo anterior, sin perjuicio de los beneficios que para el poder central representó el contar con comunicaciones expeditas<sup>32</sup>.

En el ámbito del quehacer político, el efecto provocado por los medios de transporte explica la puesta en práctica de nuevas formas de hacer política como lo fueron los viajes y giras a la provincia. Así, el vapor y el ferrocarril contribuyeron a cambiar la actividad política al hacer posible una mayor cercanía y contacto entre los políticos y la población. Demostración de lo afirmado son la "campana de los pueblos" protagonizada por Benjamín Vicuña Mackenna entre 1875-1876, y las excursiones a la provincia de Balmaceda. Ambas, por lo demás, absolutamente influenciadas por las prácticas norteamericanas de hacer política, una de cuyas costumbres era la de utilizar las paradas del ferrocarril para realizar actos proselitistas<sup>33</sup>.

El tren y el vapor facilitaron el cambio de actitud de los políticos respecto de la provincia. Éstos ahora pudieron atravesar sin mayores problemas amplias regiones y apreciar de cerca los problemas de las localidades. Pero además, beneficiarse del efecto que su llegada, a veces en vagones espacialmente habilitados para ellos, provocaba en las poblaciones visitadas.

Hombres como Balmaceda supieron explotar los nuevos medios de comunicación y transporte. En especial el ferrocarril, que se transformó en un eficiente medio para comunicar de planteamientos políticos al hacer posible acceder a numerosas poblaciones y personas en

---

<sup>32</sup> Amunátegui Solar, 1946, p. 156, agudamente señala refiriéndose al decenio de Montt y a su actividad en materia de caminos y ferrocarriles, que "era indudable que mientras mayores facilidades hubiera para atravesar el territorio de un extremo a otro, y mientras mayor número de comunicaciones fueran abiertas entre las diferentes provincias, menos serían las probabilidades de motines y agitaciones revolucionarias".

<sup>33</sup> Benjamín Vicuña Mackenna relata que estando en Nueva York tuvo la suerte de presenciar la entrada triunfal del Presidente Pierce que había viajado en ferrocarril desde la capital de la Unión. Entonces escribe: "En su tránsito desde Washington, el mandatario democrático recibió una ovación... Extendía él hábilmente la madeja, y por otra parte pronunciaba discursos cartagineses y patriotas a la vez, conciliando las aspiraciones del espíritu mercantil con los recuerdos de la gloria. Así, en Baltimore habló.....; en Filadelfia del...; su discurso de Nueva York ..." Termina nuestro cronista el episodio señalando: "El Presidente se levantó a su vez y saludó al pueblo. Esto era hermoso". Véase Vicuña Mackenna, 1936, I, pp. 233-235. En Chile se señalaba a este tipo de prácticas como propias de los norteamericanos.

un corto lapso, permitiéndoles, además, multiplicar su voz e imagen<sup>34</sup>. La posibilidad que el ferrocarril ofreció a los políticos y sus campañas al facilitarles, por ejemplo, hablar al público desde el mismo vagón en que viajaban durante las paradas del itinerario normal, lo convirtieron en un instrumento de comunicación fundamental.

Así, insistimos, en Chile, como en otras latitudes, también se tuvo conocimiento del uso que en los Estados Unidos se dio al ferrocarril en las campañas políticas y los llamados *whistle stopping* también tuvieron aquí sus cultores<sup>35</sup>.

El uso de dicha práctica, sin duda, puede ser apreciado como una manifestación de modernización, en especial si se considera que es en las sociedades más liberales en donde los viajes presidenciales, como los encabezados por Balmaceda en Chile, cobran fuerza en cuanto expresión de dinamismo, expansión, heterogeneidad y pluralidad social.

Los tiempos que tardaban las travesías en vapor y los trayectos en ferrocarril hicieron plausible, además, disponer de nuevos espacios de sociabilidad política, como lo fueron el cómodo salón o vagón. Así, durante el viaje fue posible practicar la política con diferentes actores y de acuerdo a los intereses del protagonista de la excursión, sin perjuicio del significado político de las comitivas que fue posible organizar gracias al ferrocarril y al vapor.

Junto a las oportunidades que los transportes dieron, el telégrafo benefició la organización de actos y eventos de carácter político al facilitar la convocatoria a los mismos y su difusión posterior. Ahora pudo hacerse una programación, un itinerario de las giras y campañas políticas o de otra naturaleza, contándose con los medios para asegurar la llegada y

---

<sup>34</sup> No hay que olvidar que el ferrocarril facilitó las comunicaciones entre la capital y las provincias en ambos sentidos. Así, y gracias a él, las autoridades e intereses locales pudieron alcanzar también hasta La Moneda a plantear sus asuntos. Un ejemplo de lo anterior es la comisión enviada por el pueblo de Mulchén y su Municipalidad que, recibida por el presidente Santa María, le hizo entrega de su pliego de peticiones. Véase *El Ferrocarril*, edición del 18 de noviembre de 1882.

<sup>35</sup> Como ha sido asentado para el caso norteamericano, la expansión de los ferrocarriles anunció la edad de oro de las campañas "whistle-stop". Así, los candidatos se embarcaban en largos *tour* dando cortos discursos desde la parte de atrás de sus carros privados en muchos puntos, grandes y pequeños, a lo largo de la ruta. Esta nueva práctica en la búsqueda de votos por un candidato, muy utilizada en la campaña entre Stephen Douglas y Abraham Lincoln en 1860, fue ridiculizada por un periódico republicano de Illinois, el cual afirmó que "Douglas está pregonando sus opiniones como un charlatán pregonando sus mercaderías". Véase Dinkin, 1989, pp. 103-104. Otra mención al uso de los whistle-stop en las campañas norteamericanas, en Mickelson, 1989, pp. 15 y 98.

la presencia de los participantes<sup>36</sup>. En este contexto, la reproducción y difusión que la prensa realizó de las comunicaciones telegráficas resulta determinante para entender el fenómeno que venimos explicando<sup>37</sup>.

Los periódicos, en virtud del uso del telégrafo, operaron como caja de resonancia que amplificó los hechos políticos u de otro orden que se generaban en diferentes puntos del país. Por su intermedio algunos sucesos locales adquirieron resonancia nacional al ser transmitidos y reproducidos, como se hizo, en los numerosos periódicos existentes a lo largo del territorio<sup>38</sup>. En el sentido contrario, hechos que alguna autoridad, grupo o actor de carácter nacional pretendió hacer trascender, gracias al mismo medio se difundieron por todo Chile. Sólo bastó el uso del telégrafo y de la prensa para producir los efectos que comentamos<sup>39</sup>.

De esta manera, y como el caso de los viajes de Balmaceda lo demuestra, incluso un desplazamiento muy focalizado podía tener alcance nacional y transformarse en un hecho político que fuera más allá del entorno y del objetivo inmediato que lo había motivado.

Los cambios producidos en la vida económica del país no sólo tuvieron consecuencias en el plano productivo o de los servicios públicos y privados. Ellos explican también las transformaciones operadas en la sociedad.

Entre ellas, una población más educada, lo que implicó mayores posibilidades de discriminación política, aumentó la demanda de medios de comunicación y, en definitiva, se constituyó en un antecedente de las prácticas políticas que se introdujeron en el país<sup>40</sup>.

---

<sup>36</sup> Además, las campañas presidenciales y parlamentarias pudieron multiplicar su eficacia al aprovechar un medio de transporte que permitió a los protagonistas de las contiendas políticas, a sus sostenedores y al material propagandístico, alcanzar hasta apartadas localidades.

<sup>37</sup> No está demás hacer notar que prácticamente todos los periódicos de la época tenían, entre sus secciones más importantes, una dedicada a reproducir telegramas. Por otra parte, muchas de las páginas editoriales se basaban en las informaciones recibidas a través de la línea telegráfica.

<sup>38</sup> La importancia de la prensa en la época de Balmaceda queda de manifiesto en Orrego Luco, 1984, pp. 110, 281, 282.

<sup>39</sup> José Manuel Balmaceda supo sacar partido de los medios de comunicación. Es así como en algunas de sus giras y viajes más importantes se hizo acompañar por un telegrafista y un corresponsal.

<sup>40</sup> Naturalmente, el desarrollo de la actividad intelectual y un mayor grado de alfabetización de la población, junto a la consolidación de una mentalidad reformista, contribuyeron a la diversificación política y, con ello, a la transformación de las prácticas de los políticos que, entonces, debieron competir en un mercado electoral cada vez más consciente.

En este contexto, uno de los elementos que contribuyó a la participación política de los nuevos actores sociales que, sostenemos, ahora funcionan también como actores políticos, fue la proliferación de un conjunto cada vez más amplio de instituciones asociativas, como clubs políticos y sociales, sociedades de ayuda mutua y logias masónicas, entre otras<sup>41</sup>. Pero también de diarios y periódicos que amplió el ámbito comunicativo existente, creando también espacios de discusión.

De acuerdo con la evidencia existente, en el Chile de 1880 en adelante, "hasta en los pueblos más recónditos tenían un periódico político, comercial o literario"<sup>42</sup>. Las consecuencias de la evolución general del país, del predominio de la ideología liberal y del expansivo programa educacional se materializaron, así, en una mayor demanda de medios de comunicación e información<sup>43</sup>.

Lo dicho explica la vigencia de un tipo de prensa surgida en la década de 1850 y cuya acción dio lugar a un nuevo sujeto; "un intelectual" que se aparta o contesta a una de las figuras características del hombre público del siglo XIX como lo es el abogado<sup>44</sup>. Se trata de medios para los cuales es preciso discutir, analizar y publicitar, aspirando a transformarse así en un "campo neutral" de intercambio y debate de ideas<sup>45</sup>. Constituyen medios que tienen como

<sup>41</sup> Para el surgimiento de instituciones como las nombradas, véanse Gazmuri, 1992 y Grez, 1998. Sabato, 1998, ha analizado el mismo fenómeno para el Buenos Aires de la segunda mitad del siglo XIX en el contexto de lo que llama constitución de "una esfera pública". Esta autora destaca la importancia de las formas de sociabilidad modernas, como las estudiadas para Chile por Gazmuri, en el desarrollo de la sociedad civil.

<sup>42</sup> Subercaseaux, 1988, p. 56. Véase especialmente el apartado "El espacio comunicativo".

<sup>43</sup> Subercaseaux, 1988, p. 144, ofrece una caracterización de la que llama "modernización finisecular en Chile". Sostiene que la modernización fue inorgánica y dispareja y que los desfases y desequilibrios constituyen más bien la norma, para concluir señalando: "Hasta podría decirse que la asincronía entre lo económico, lo social y lo político es una de las características más frecuentes en la modernización societal de América Latina".

<sup>44</sup> Al respecto, véase Ossandón, 1998, especialmente el capítulo "La prensa "raciocinante" e informativa de los hermanos Arteaga Alemparte", pp. 73-93.

<sup>45</sup> Stiven, 1990, aborda la cultura política de mediados del siglo XIX como una forma de sociabilidad, en la que la polémica es una expresión del consenso y disenso posibles al interior de las élites chilenas. La aparición de polémicas, entonces centradas en temas culturales a los cuales se les dio proyección política, permite apreciar los efectos que comenzaba a tener en la sociedad la apertura política y la evolución económico-social. En nuestro concepto, ella representa un antecedente de la discusión propiamente política que se verificará en la segunda mitad del pasado siglo. Entonces, las formas de sociabilidad antes nombradas operan también como ámbitos de prácticas y valores igualitarios, como espacios de intercambio comunicativo en los que la autoridad del argumento y la razón prevalecen sobre las que pudieran emanar de cualquier jerarquía externa previa.

lectores a un público nuevo, de mayor amplitud y heterogeneidad, que aspira a conformar una esfera crítica e independiente que supervise las cuestiones de interés y carácter público<sup>46</sup>.

Los nuevos periódicos intentan, según un estudioso, "corporizar esa "entidad social llamada opinión"; sentar las bases de racionalidad y universalidad de una "opinión pública" no "bastardeada o divinizada, instalando una autoridad capaz de dialogar con otras autoridades públicas". Es la sustitución de la proclama por el argumento, todo lo cual supone, afirmamos, individuos aptos para ello gracias, entre otros antecedentes, a un mayor nivel cultural del país<sup>47</sup>.

La creciente alfabetización, la progresiva liberalización del régimen político, la consolidación de nuevos sectores sociales como la burguesía minera, comercial y bancaria y la aparición de otros como la clase media formada por profesionales y empleados públicos, junto a las expresiones del movimiento popular, entre otros factores, explican la conformación de un ente que se transformará en interlocutor de la autoridad.

La demanda de información y participación de un público cada vez más heterogéneo y amplio que aspirará también a supervisar las cuestiones de interés público, dará origen a la nueva entidad colectiva, al grupo imprecisamente organizado que emergerá de la pluralidad y el debate en torno a problemas y asuntos de las más variada naturaleza; aún cuando, y por las características de la época, los políticos sean los que acaparen su interés.

Es la opinión pública, entendida en el sentido de aprobación o censura social, referida a los juicios colectivos, a los veredictos generados fuera de la esfera del gobierno pero que afectan la toma de decisiones políticas<sup>48</sup>.

---

<sup>46</sup> Ossandón, 1998, advierte sobre las características de estos nuevos lectores, a la vez que llama la atención sobre la modernidad de los diarios que llegan a ellos. Véase su capítulo "Publicistas y Modernistas en el diario *La Época* (1881-1892)", pp. 95-127.

<sup>47</sup> En este contexto, la prensa aludida, luego de valorar el progreso material, señala que "junto a los caminos de fierro y las fábricas, se necesitan también periódicos y libros, liceos y academias, pinturas y estatuas, cantores y comediantes, músicos y poetas". Véase Ossandón, 1998, pp. 80-84.

<sup>48</sup> Sobre el origen y desarrollo del concepto, véase Price, 1994. Para Habermas, 1994, las formas de sociabilidad moderna habrían sido decisivas en la constitución de la esfera pública de carácter burgués que emerge como instancia fundamental en la mediación entre sociedad civil y Estado. Véase también Sabato, 1998, pp. 19-23, para el caso de Buenos Aires que, por lo demás, tiene puntos de contacto con el chileno. Allá, también, la expansión de las formas de asociación y de los medios de prensa fueron parte y expresión del proceso de construcción de la opinión pública.

La opinión pública, expresión del sistema capitalista que condicionaba la expansión nacional, cuyas manifestaciones se asocian al bien público, al razonamiento crítico y a la autoridad de la argumentación, comienza entonces a actuar en el escenario nacional<sup>49</sup>.

Ella, que se configura como una nueva forma de poder político que desafía al autoritarismo, que revisa y evalúa las acciones del Estado, y que a partir de su aparición será utilizada como principio de legitimidad, demandará información para ejercer su papel en la sociedad, favoreciendo así la libertad de prensa y la ampliación de los medios de comunicación de masas<sup>50</sup>.

En el Chile del último tercio del siglo XIX, la opinión pública se expresa a través de diferentes circuitos aparecidos como consecuencia de una crecientemente variada oferta comunicacional. Ella pretende satisfacer las también amplias demandas de un público cuya aspiración a la información, la orientación, la entretención y la educación, condicionan el quehacer de la prensa.

Surge así, y para un público moderno, la prensa moderna, cuyas característica esencial es su pretensión informativa, pero también la profesionalización del quehacer periodístico, su diversificación en función de los públicos especializados existentes y la práctica de nuevos géneros periodísticos, entre los que la crónica ocupa un lugar significativo.

A través de ellas los periódicos informan, realizando, sin embargo una valoración de los hechos, los cuales, producidos como noticia, adquieren un sentido y una significación que orienta a la opinión. En definitiva, y como ha demostrado un autor, la prensa describe valorando, proporcionando opiniones, propias y ajenas<sup>51</sup>.

De esta forma, la nueva entidad que es la opinión pública, cuya capacidad para dialogar

---

<sup>49</sup> Según Sabato, 1998, tanto el desarrollo de la prensa, como el "asociacionismo", en el caso argentino, fomentaron también un conjunto de prácticas que fundaron una cultura de la movilización en teatros, plazas y calles. Lo cierto es que para el caso chileno no hemos logrado constatar tal fenómeno en la época estudiada.

<sup>50</sup> En el Chile de la época de Balmaceda el papel de la prensa en la vida política era fundamental. Por lo pronto, estaba asegurada la libertad de expresión y en la mayor parte de las ciudades se editaban periódicos. En ellos, el acontecer político del país se veía claramente reflejado a través de sus editoriales y crónicas. Además, en algunos medios, como los de Santiago, Valparaíso y Concepción, se publicaban copias de las sesiones de los cuerpos legislativos y del Consejo de Estado, todo lo cual aseguraba la información de la opinión pública.

<sup>51</sup> Véase Ossandón, 1998.

con la autoridad e influir sobre ella representa su gran capital, se corporizara a través de la prensa, transformando a los medios escritos y a sus redacciones, en nuevos espacios de debate y prácticas políticas que aspirarán, y a veces lo lograrán, a independizarse de los generados por el Estado y el gobierno<sup>52</sup>.

Frente a la realidad que es la opinión pública, las élites en el poder reaccionaron aquilatando su importancia, desarrollando una sensibilidad particular hacia el público urbano que les diera oportunidad de conquistarlo. Así, veremos, lo demuestran no sólo los desplazamientos de Balmaceda, también la lucha por la opinión que se dio en torno a las características de sus viajes, en particular, pero, y especialmente, en relación con la institución que Balmaceda encarnaba<sup>53</sup>. Para los dirigentes políticos, la opinión se transformó en un verdadero tribunal, en la expresión más genuina del interés colectivo de la nación<sup>54</sup>.

La consolidación de la opinión pública, junto a otros fenómenos ya señalados, explican los cambios ocurridos en la vida política nacional a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX<sup>55</sup>. Así, por ejemplo, los medios de transporte y de comunicación que se habían expandido por el territorio nacional hicieron posible una apertura del sistema a nuevas formas políticas, más participativas e integradoras, no sólo de nuevos sectores sociales, también de nuevas regiones del país.

Lo anterior se podrá apreciar a través de la evolución de las convenciones y las campañas políticas y en los numerosos desplazamientos a la provincia que José Manuel Balmaceda realizó. Todas ellas, prácticas que tuvieron como propósito adecuar el ejercicio del poder a la nueva realidad política y electoral que, como consecuencia del desenvolvimiento

<sup>52</sup> Orrego Luco, 1984, pp. 79, 81, 88, 110,131, nos ofrece ejemplos de lo afirmado, especialmente cuando relata el ambiente en la redacción del diario *La Época*, antes y después de que Balmaceda alcanzara la presidencia.

<sup>53</sup> Véase *infra*, capítulo X.

<sup>54</sup> Sabato, 1998, p. 22, sostiene para Buenos Aires, pero también aplicable a Chile, que "mientras la sociedad era cada vez más heterogénea social y culturalmente y permanecía dividida en el terreno político, alcanzaba su unidad en la opinión pública".

<sup>55</sup> Balmaceda prácticamente definió su idea de opinión pública cuando, en carta a Domingo Santa María referida a los movimientos de los partidos opositores, afirmó: "En cuanto al país, o sea a la opinión popular o extraparlamentaria, los nacionales están muertos. Los datos que tengo de toda la república son uniformes en esta materia...". Véase nota fechada en Santiago en octubre de 1888, pieza 7570, Archivo Santa María.

general, se configuró en el país en la "época de Balmaceda".

## LAS CAMPAÑAS ELECTORALES

El afianzamiento de una opinión pública cada vez más diversificada política, cultural y espacialmente, cuyo principal medio de expresión será una prensa de alcances crecientemente multiplicados, tendrá también efectos en los usos y costumbres políticos del país.

En efecto, y sin por ello decretar la desaparición de las prácticas en uso, los actores que tradicionalmente habían ejercido el poder o aspirado a él, debieron variar o complementar su acción política para adecuarse a la nueva realidad. Lo expuesto, sostenemos, significó, entre otros efectos, un cambio en la concepción de lo que entonces se consideraba campaña política, esto es los usos, procedimientos y hábitos que tradicionalmente se utilizaban con ocasión de un proceso electoral.

Si hasta mediados del siglo XIX la imposibilidad de votar y la indolencia de la población respecto de los asuntos políticos parece ser la característica predominante, lo cierto es que desde entonces, y especialmente desde la década de 1860, el panorama comienza a cambiar al ritmo de los efectos producidos por el proceso de expansión nacional.

Hasta la década de 1870, según los autores que se han ocupado de estos asuntos, la campaña electoral consistía en los trabajos fraudulentos y abusivos que los bandos en pugna realizaban con motivo de las elecciones, especialmente en la inscripción y la movilización de sus votantes. Estas costumbres han sido profusamente documentadas y descritas y, en resumen, remiten a las formas de intervención del Ejecutivo y a la influencia desplegada por diversos actores sobre los sujetos bajo su órbita de acción<sup>56</sup>.

Un testimonio de época atribuye la situación asentada por la historiografía a "la

---

<sup>56</sup> Ignacio Domeyko alude reiteradamente a estas prácticas y al ambiente existente en los períodos electorales en diferentes localidades y años entre 1840 y 1881. Véase Domeyko, 1978, I, pp 401-424 y sus cartas en Godoy y Lastra, 1994, pp. 304,305, 310, 339 y 357. El texto de las memorias arriba aludido se reproduce también en la selección de Godoy y Lastra, pp. 126 a 148. Muy ilustrativo resulta también la descripción que J.M. Gillis hace de la elección presidencial de 1851. Véase *BACHH*, N° 34, 1946, pp. 31-41.

indolencia" del pueblo, "al convencimiento que se tiene de que es imposible triunfar en una lucha presidencial" y al hecho, conocido, "que el gobierno apelará a todos los fraudes y a todas las violencias para salirse con la suya"<sup>57</sup>.

Como es sabido, las listas de los candidatos se hacían en La Moneda y los mismos casi con seguridad serían electos, pues el Ejecutivo dominaba las municipalidades que nombraban las juntas calificadoras de electores y las juntas receptoras de los sufragios; dominaba también las policías, un elemento electoral incontrarrestable, y todos los cuerpos de celadores, instrumentos obligados de los agentes administrativos. De esta manera, era el gobierno el que nombraba y no la ciudadanía la que elegía a sus representantes.

Para la elección de Primer Mandatario, la campaña presidencial consistía en la presentación de listas de candidatos comprometidos a apoyar a uno u otro de los postulantes pues ésta era indirecta. En la década de 1860, cuando los partidos comenzaron a tener un papel más significativo en la ratificación del candidato presidencial ungido por el Presidente saliente, fue preciso generar listas de nombres que respaldaran al candidato en cada departamento, los cuales debían presentarse a la elección del colegio electoral que, finalmente, elegiría al Presidente<sup>58</sup>. Puesto que a pesar de que estos electores eran de confianza, y se esperaba que votaran por el candidato oficial, nunca se olvidaba que en último término podían hacerlo como quisieran, por eso se prefirió constituir listas de electores apoyándose en una red partidaria de líderes políticos que cubriese todo el territorio, favoreciéndose así la organización partidaria

<sup>57</sup> Véase la nota que Miguel Luis Amunátegui envía a su hijo Domingo Amunátegui Solar; fechada en Santiago el día 16 de octubre de 1885, se encuentra reproducida en la *RChHG*, N° 108, 1946, p. 12. Como se verá a lo largo de este apartado, sobre las causas de la intervención electoral hubo tantas explicaciones como sujetos que opinaban.

<sup>58</sup> En las campañas también se trataba de articular, en panfletos y artículos de prensa, las razones por las cuales debía apoyarse una determinada candidatura. Los diarios existentes tomaban partido y era frecuente la creación de nuevos periódicos con el único fin de apoyar a los postulantes. Un ejemplo de lo que afirmamos se ofrece en un testimonio previo a la elección presidencial de 1886, éste nos informa: "Edwards está decidido por la candidatura de Aldunate, y en contra de la de Balmaceda, y en consecuencia ha dado orden para que *El Mercurio* escriba en este sentido". Véase la correspondencia de Miguel Luis Amunátegui a Domingo Amunátegui Solar fechada en Santiago el 20 de septiembre de 1885 y reproducida en la *RChHG*, N° 108, 1946, pp. 11-24. El tema a que hacemos alusión, es otra dimensión de la historia de Chile todavía no abordada por los estudiosos en forma sistemática y cuyo análisis resultaría fundamental para conocer y comprender mejor las prácticas políticas del país.

con militantes y jefes políticos locales de nivel medio y bajo<sup>59</sup>.

Lo dicho implica que no sólo se atendió a los intereses locales, como también se hacía tratándose de las elecciones parlamentarias; además, y dada la trascendencia de motivar a los adherentes a que trabajasen por el candidato oficial y la necesidad de hacer alianzas de partidos para asegurar el triunfo, llevó a la organización de convenciones o asambleas con delegados de todo el país en las cuales se proclamaba a los aspirantes a la presidencia<sup>60</sup>.

Las primeras evidencias de un cambio en el contenido de las campañas políticas se manifiestan con motivo de la elección de 1866, año en que se produce la reunión de los partidos en asambleas públicas para designar y proclamar a sus respectivos candidatos. Antes, afirma un observador de los hechos, "se empollaban estas candidaturas en secreto y se cacareaban después por la prensa"<sup>61</sup>.

Cinco años después, las cosas seguían evolucionando como lo muestra la elección de 1871. Entonces, se constituyó un grupo de trabajo del cual formaron parte el Ministro del Interior, el candidato oficial Federico Errázuriz, Abdón Cifuentes y otros caballeros, los que, reunidos diariamente, dirigían las labores electorales del aspirante presidencial. Así, relata Cifuentes, se decidió enviar a diversas provincias a grupos de agitadores que, fundando periódicos en favor de Errázuriz, sustentarán su candidatura celebrando *meetings* y organizando los trabajos en su favor<sup>62</sup>.

En esta elección, y por primera vez, el candidato del gobierno, como el de oposición, fue

<sup>59</sup> Véase Valenzuela, 1997, p. 235.

<sup>60</sup> José Manuel Balmaceda, desde los comienzos de su vida política, fue un decidido partidario de la celebración de convenciones como instrumento de acción política. Véanse sus discursos, "Necesidad de una convención reformista" (1869) y "Convención reformista" (1869), ambos en Sagredo y Devés, 1991-1992, III, pp. 23-24 y 49-54 respectivamente; también su texto "La solución política en la libertad", aparecido en *El Ferrocarril* del 25 de marzo de 1875, en el que plantea, por primera vez, la necesidad de realizar una convención con los liberales de todas las provincias para enfrentar las presidenciales de 1875. Respecto de esto último, remitirse a Zegers A., 1969, p. 14.

<sup>61</sup> Según nuestro testigo, este fue un acontecimiento nuevo en la vida política nacional, imposible de haberse celebrado con anterioridad pues, informa, "estos *meetings* populares habían estado proscritos de nuestra vida pública por las restricciones de la autoridad". Véase Cifuentes, 1936, I, p. 145.

<sup>62</sup> Véase Cifuentes, 1936, I, p. 404. Nuestro memorialista se refiere a todos estos hechos como constitutivos de lo que llama "campaña electoral".

elegido como tal en una convención presidencial a la que asistieron delegados de las distintas zonas del país y que se reunió el 1º de abril de 1871<sup>63</sup>. Si bien, y como era de esperar, la candidatura oficial triunfó en forma abrumadora, este fue un nuevo paso en el proceso de ampliación de la participación política, por lo menos formalmente, pues quedó consagrada la práctica de las convenciones a través de las cuales, en el futuro, se proclamaría a los candidatos que competirían por el poder.

Pero la transformación más notoria que se produjo en el estilo y organización de las campañas electorales se materializó en la elección presidencial de 1876. Entonces, compitieron el candidato oficial, Aníbal Pinto, y el opositor Benjamín Vicuña Mackenna.

El primero en apurar el paso en orden a lograr la candidatura fue Benjamín Vicuña Mackenna, destacado hombre público, en la época Intendente de Santiago, y cuya trayectoria explica su accionar en las presidenciales de 1876<sup>64</sup>.

El destierro que sus primeras actividades políticas le habían significado, permitieron a Vicuña Mackenna conocer Europa y Norteamérica. Ahí, tomó contacto, absorbió e hizo suyas las ideas revolucionarias entonces en boga en el viejo continente. Por otra parte, y al igual que a los jóvenes románticos argentinos de la generación del 37 como Alberdi, Echeverría y Sarmiento, Estados Unidos le impresionará como el país de la libertad, sin perjuicio de las

<sup>63</sup> El candidato opositor, José Tomás Urmeneta, llamado "candidato popular", fue proclamado en una "gran convención nacional" a la que asistieron unos setenta delegados aproximadamente, representantes de treinta y dos departamentos. En uno de los textos que daba cuenta de esta convención, su autor se expresaba en los siguientes términos: "Las convenciones que se formen en el futuro, siguiendo el bello ejemplo dado al presente, serán la salvaguardia de las públicas libertades y servirán de freno a los avances del poder, porque desde el instante que nazcan de su seno los representantes del país, desaparecerán para siempre esas candidaturas oficiales que infringen la ley..." Véase Martín Palma, *Los candidatos*, Santiago, Imprenta del Mercurio, 1871, pp. 9 a 12, y el folleto, *Convención de los partidos independientes. Instalada el 1 de enero de 1871. Actas y documentos*. Valparaíso, Imprenta de la Patria, 1871. 80 p.

<sup>64</sup> Pertenecía éste a la aristocracia chilena. Su padre, Pedro Félix Vicuña, había sobresalido como inconformista impenitente y revolucionario ocasional, siendo un férreo opositor al autoritarismo del Presidente Manuel Montt (1841-1851). A su influencia debía Vicuña Mackenna su espíritu liberal, el cual se traslució en una participación activa en contra del orden conservador y autoritario imperante en el Chile de mediados del pasado siglo. Su actividad política comenzó como secretario del Club de la Reforma que, fusionado con la Sociedad de la Igualdad, representó uno de los primeros esfuerzos de democratización nacional. Véanse Gazmuri, 1992, p. 73 en adelante y Galdames, 1931, capítulo V, "La iniciación política".

enseñanzas que sacó de las costumbres políticas de aquel pueblo<sup>65</sup>.

De regreso en Chile, y una vez rehabilitado, Vicuña se postula como candidato a diputado por La Ligua para la elección de 1864, ocasión en la que realiza una gira electoral en la que aprovecho de marcar los dos puntos esenciales de su programa: la lucha contra el clero y la reforma de la Constitución. Signo de los aires que entonces soplaban, Vicuña Mackenna fue elegido.

Algunos años después, en 1872, y en medio de un clima de mayor libertad y con un gobierno de tendencia abiertamente liberal, como lo era el de su amigo Federico Errázuriz Zañartu, Vicuña Mackenna, entonces consagrado a sus labores literarias, fue nombrado Intendente de Santiago, sobresaliendo por las transformaciones que introdujo en los espacios públicos de la ciudad. Lo anterior, junto a sus escritos y a su labor parlamentaria, lo transformaron en una figura de alcance nacional y, por lo tanto adecuada para lanzarse en la lucha presidencial de 1876<sup>66</sup>.

En vistas a una probable postulación, en enero de 1875 Benjamín Vicuña Mackenna inició una gira al sur del país, hecho que fue destacado por los medios de prensa<sup>67</sup>. Según él expuso, emprendió, "como todos los veranos anteriores, un viaje de salud", sin ni siquiera "la tentación de lo que en nuestro suelo se llama política". Sin embargo, en Talcahuano habrían llegado emisarios de todos los pueblos entre el Maule y el Bío-Bío que hacían "llamamientos a mi patriotismo a los bríos de mi naturaleza y de mi espíritu, sin que yo lo imaginara ni lo sospechara siquiera"<sup>68</sup>.

<sup>65</sup> Testimonio de estas experiencias son sus relatos editados bajo el epígrafe de *Páginas de mi diario durante tres años de viaje: 1853-1854-1855* en 1856. La obra fue reeditada en 1936 por la Universidad de Chile.

<sup>66</sup> Tal y como lo afirmaba *El Ferrocarril* en su edición del 6 de marzo de 1875, aludiendo a Vicuña Mackenna, "a estas horas su obra de funcionario ha corrido el país". Y gracias a la amplia publicidad que ha dado a sus ideas, sus decretos, sus proyectos, sus controversias, concluía, "puede juzgársele, tan bien como en Santiago, en las poblaciones más extremas de la república"

<sup>67</sup> Son numerosos los periódicos que aludieron a esta gira, entre ellos, véase *El Mercurio*, *La Discusión* de Chillán y *El Ferrocarril* de entre enero y marzo de 1875.

<sup>68</sup> Galdames, 1931, pp. 281-282, sostiene que la candidatura surgió espontáneamente en Talcahuano, extendiéndose al resto de los pueblos del país. De la misma forma, Orrego Vicuña, 1931, p. 832, postuló que se generó "espontáneamente en el corazón de su pueblo". Donoso, 1925, p. 320, concuerda con estas afirmaciones, señalando sin embargo, que "su condición de funcionario valió tal vez a Vicuña Mackenna grandemente en su

En definitiva, el 9 de febrero de 1875 se había iniciado en Talcahuano el movimiento que intentó llevar a Vicuña Mackenna a la Presidencia de la República pues, en un acto en aquella ciudad, se habló por primera vez de su candidatura<sup>69</sup>.

De Talcahuano seguirá a Tomé, en donde se le ofrece un banquete el día 12 de febrero. Allí, se hicieron brindis por el propio homenajado, por el Presidente de la República y por el ministro del Interior Eulogio Altamirano<sup>70</sup>. Posteriormente se dirigirá a Concepción, Chillán, San Javier, Talca y San Fernando. En todas estas ciudades fue recibido muy entusiastamente y fue vivamente agasajado con banquetes y bailes en su honor<sup>71</sup>.

De regreso en Santiago el 6 de marzo, Vicuña Mackenna se encontró con un ambiente poco favorable pues su gira no había sido bien vista por las autoridades de gobierno, las cuales no pretendían haber renunciado a su prerrogativa de nombrar al candidato oficial. Además, la prensa ya había comenzado a publicar críticas en su contra<sup>72</sup>. Se le acusó de estar "sediento de ambición de mando" afirmándose que había ido al sur a buscar adherentes a su candidatura a la presidencia<sup>73</sup>.

viaje triunfal, pues para muchos alcanzó seguramente que sería ungido con el favor oficial".

<sup>69</sup> *La Discusión* informa de la recepción de Vicuña Mackenna en Talcahuano, afirmando que se celebrará en su honor un suntuoso baile con una manifestación. Según este medio, si bien no era primera vez que visitaba dicha ciudad, el intendente llegaba ahí "por casualidad, sin relaciones en la localidad", todo lo cual valoraba todavía más "las bien marcadas muestras de estimación" que recibiría. Véase ediciones del 4 y 11 de febrero de 1875. *El Ferrocarril* del 24 del mismo mes, informando del banquete con que fue agasajado en Chillán, menciona un brindis en el cual se pide "por que llegue pronto el día en que el señor Vicuña Mackenna encuentre más dilatados horizontes en que servir a su país".

<sup>70</sup> *El Mercurio* del 15 y *El Ferrocarril* del 23, ambos de febrero de 1875.

<sup>71</sup> *La Discusión*, 23 de febrero de 1875. A las manifestaciones de aprecio que experimentó, Vicuña Mackenna debió sumar los telegramas que, desde distintos puntos del país, fueron dirigidos a las comisiones organizadoras de los homenajes y actos que se organizaron en su favor. Como ejemplo, véase los reproducidos por *El Ferrocarril*, en su edición del día 5 de marzo, y los de *La Discusión* del 15 de abril, ambos de 1875.

<sup>72</sup> No resulta ocioso señalar que a su llegada a Santiago, Vicuña Mackenna era esperado por "la Municipalidad y un numeroso gentío", y que "apenas el tren que le conducía entró en la estación, la banda de música del batallón número 3 de guardias nacionales, hizo resonar el aire con las patrióticas notas de la canción nacional, que igualmente tocaba otra banda que venía en uno de los carros del ferrocarril". Por último, informa la crónica, "entusiastas exclamaciones se dejaron oír tan luego como descendió del vagón el señor Vicuña, que fue acompañado en seguida hasta su casa por gran parte de la concurrencia". Véase *El Ferrocarril* del 9 de marzo de 1875.

<sup>73</sup> Por ejemplo *El Independiente*, cuya crítica aparece rebatida en *La Discusión*, y *El Mercurio*, ambos del 9 de marzo de 1875. En todo caso, Vicuña Mackenna, ajeno a los reproches, seguía con su "campaña". Es así como al día siguiente de su arribo a la capital, participaba en una manifestación en San Bernardo, con

A fin de aclarar su situación, Vicuña Mackenna se reunió con el presidente Errázuriz, entrevista de la cual dedujo que el Ejecutivo mantendría prescindencia electoral; que él podía proceder autorizado por éste y sus ministros a presentar su candidatura y que, ni él ni nadie, sería candidato oficial<sup>74</sup>. Procedió entonces a actuar como ya había señalado a sus partidarios, esto es, "a uniformar a la opinión en el sentido que tenemos hablado, es decir, reunir una gran convención libre que designará al candidato definitivo"<sup>75</sup>.

Pese a las promesas, y como ya es conocido, el gobierno no estaba dispuesto a abdicar de sus influencias en la designación del candidato presidencial, y Vicuña Mackenna muy luego lo sabría. Por lo anterior es que su actitud frente a la administración de Errázuriz Zañartu sufrirá una fuerte evolución. Desde una posición de cercanía, llegará a oponerse violentamente a él cuando percibió que éste no guardaría la prescindencia electoral que esperaba.

El síntoma más oscuro para las pretensiones de los "vicuñistas", fue el cambio ministerial del 3 de abril de 1875, oportunidad en la que el hasta entonces ministro de Guerra y Marina, Aníbal Pinto, no ocupó ningún cargo<sup>76</sup>. De esta forma, y en razón de que su nombre era uno de los que circulaba como probable candidato oficial, y puesto que ya con Manuel Montt se

almuerzo y banquete incluidos, en la cual fue recibido como "protector y amigo del pueblo" y, días más tarde, se informaba de una manifestación en Caupolicán, otra en Rengo y otras más en Rancagua y San Felipe. Véase *El Ferrocarril* de los días 10, 23 y 24 de marzo, y *La Discusión* del 10 de abril, todos de 1875.

<sup>74</sup> El Intendente y candidato, inocentemente, creyó que Errázuriz Zañartu se mantendría al margen de la contienda. Así lo deja ver en dos cartas a sus amigos políticos. En la fechada el 6 de abril de 1875, hace un análisis de la situación electoral, en lo que advierte es una "exposición franca, honrada y leal", concluyendo que el Presidente no apoyará a candidato alguno pues, "ha comprometido su honor en no exhibir un candidato oficial". El 10 del mismo mes, vuelve a escribir a sus partidarios, y ahora les informa: "Vengo de tener una entrevista de más de una hora con el Presidente", en la cual "le pregunté si me autoriza para declarar en su nombre su absoluta prescindencia, franca, abierta, decidida. Su contestación fue que me autorizaba plenamente....". La correspondencia ha sido publicada en la *RChHG*, N° 54, 1924, pp.140-146. Recordemos, además, que paralelamente a la gira de Vicuña Mackenna, otros probables candidatos, como lo eran Miguel Luis Amunátegui y Aníbal Pinto, también recibían manifestaciones de simpatía. Así lo informan *El Mercurio*, en su edición del 6 de marzo, al aludir a un banquete en honor del primero celebrado en Valparaíso, y *El Ferrocarril* del 9 de marzo, también de 1875, respecto de Pinto.

<sup>75</sup> Véase carta fechada el 10 de marzo de 1875, reproducida por Donoso, 1977, p. 321.

<sup>76</sup> Fue Pinto quien presentó su renuncia al cargo de ministro. Véase *La Discusión* del 6 de abril de 1875, ahí se asevera: "El señor Aníbal Pinto tiró la capa al toro. Renunció a su puesto en el ministerio y a nadie puede ocultársele que el motivo de esa renuncia no puede ser otro que presentarse decididamente como candidato a la Presidencia de la República". El mismo periódico, en su edición del 17 de abril de 1875 editorializaba señalando que "la prescindencia del gobierno en la próxima elección ha recibido un golpe funesto".

había dado la misma situación, desde aquel día su postulación en calidad de candidato oficial fue considerada como un hecho, incluso y a pesar de que el gobierno persistía en ocultar sus intenciones.

La campaña presidencial, que Vicuña había adelantado con su viaje al sur en febrero de 1875, se inició oficialmente el 6 de mayo de aquel año, cuando hizo público el *Manifiesto que con motivo de su proclamación como candidato a la Presidencia de la República dirige a sus compatriotas el ciudadano Benjamín Vicuña Mackenna*<sup>77</sup>.

Más allá del programa político concreto que en él se expone, se destaca en el documento el propósito democrático, quizás más apropiado sería decir el ánimo participativo, que alentó a su redactor. Éste se aprecia, por ejemplo, cuando señala que será en el "seno de asambleas de libre discusión", luego en "una Convención de libres sufragios" y, por último, "en la urnas", donde se decidirá la contienda que lo convoca; cuando se refiere a su interés por la "descentralización política y administrativa" del país; cuando alude a la vigencia de las "libertades Municipales" y la necesidad de "crear la autonomía local que robustece el cuerpo del bien público", o por último, cuando, agradecido por el apoyo recibido del país, Vicuña Mackenna promete: "devolveros desde la primera hora la hidalguía de vuestros homenajes, repitiendo en todos los pueblos del norte y del sur de la república aquella *visita* histórica que ilustró un gran hombre en el pasado siglo"<sup>78</sup>.

Lo expuesto, además de demostrar la vocación integradora de la que Vicuña Mackenna había hecho gala a lo largo de su trayectoria pública, ilustra sobre el carácter que entonces comenzaban tomar las campañas y los programas políticos, los cuales, cada vez más notoriamente, debían considerar, no sólo las aspiraciones de todos los sectores sociales,

---

<sup>77</sup> Véase el texto íntegro en *El Ferrocarril* del 7 de mayo de 1875. No está demás señalar que los días previos a esta publicación, Vicuña Mackenna había sido ungido como su abanderado presidencial por diferentes departamentos. Lo anterior es lo que le permite señalar al comienzo de su *Manifiesto*, "Aclamado desde hace seis días por los más nobles y generosos pueblos de la república....". Desde nuestra perspectiva, lo interesante es ver cómo el candidato y sus partidarios han preparado una estrategia electoral gracias a la cual su postulación aparece apoyada por diversas localidades y medios de comunicación al momento de lanzarse oficialmente a la competencia.

<sup>78</sup> Creemos que el candidato hace alusión a la visita que Ambrosio O'Higgins realizó a partir de 1788, y a la cual aludiremos en el capítulo IV.

también de las provincias. Todo lo dicho, unido a las experiencias vividas por Vicuña en sus viajes, explicarían las características de la campaña electoral de 1876. Ésta, por primera vez en el país, mostraría a los candidatos recorriendo el territorio, haciendo promesas, exponiendo programas y practicando sistemáticamente formas de sociabilidad política como los numerosos banquetes con que se homenajeó a Vicuña Mackenna<sup>79</sup>.

En este contexto, no debe sorprender que los "pueblos" fueran estremecidos por el singular candidato que, ajeno al mundo oficial, intentó alcanzar el trono presidencial. Las adhesiones a su candidatura comenzaron a llegar desde todos los extremos del país, incluso, aparecieron listas de los chilenos residentes en Antofagasta que, conocedores de los relevantes mérito del Señor B. Vicuña Mackenna, lo proclamaban candidato a la convención de 1876<sup>80</sup>. Desde la isla grande, *El Chilote*, única publicación de la provincia de Chiloé, aceptaba también la candidatura de Vicuña Mackenna y desde Magallanes se señalaba que "el pueblo de Magallanes confía a los infrascritos el honroso cometido de enviar a usted, señor, sus votos más sinceros por que usted sea el sucesor del actual Presidente de la República"<sup>81</sup>.

La campaña es intensa y no cesarán las invitaciones a banquetes en favor del líder opositor. San Felipe, Rengo, Quillota e Illapel, hicieron llegar públicamente sus invitaciones y solidaridad. Así, por ejemplo, *La Ley* publica un aviso "a nuestros ciudadanos en el orden industrial", por el cual "los artesanos de Illapel invitan a sus hermanos de toda la república a mancomunar esfuerzos en pro de B. Vicuña Mackenna. El señor Vicuña Mackenna Presidente de la República, se afirma, significaría para nosotros un hombre que para llegar a esta altura, se sirvió de grados que nosotros, el pueblo le presentamos". Por su parte, los "respetuosos ciudadanos" de San Felipe, lo invitan a un banquete "para que siga propagando sus ideas progresistas"<sup>82</sup>.

---

<sup>79</sup> Creemos que Vicuña Mackenna debió de tener noticias de la "campaña de los banquetes" que Luis Napoleón realizó en Francia.

<sup>80</sup> *El Mercurio*, 31 de mayo de 1875.

<sup>81</sup> Véase *El Mercurio* del 12 y del 19 de junio de 1875.

<sup>82</sup> *La Ley* del 25 de abril de 1875, entre otros. La lucha electoral se reflejaba claramente en la prensa, la cual será testigo y medio de las escaramuzas de las candidaturas, entre ellas, difamaciones anónimas y calumnias en contra de los protagonistas, especialmente alusivas a Vicuña Mackenna.

A mediados de 1875, numerosos periódicos sostenían la candidatura de Vicuña Mackenna en la mayor parte de los cincuenta y dos departamentos existentes en el país. Éstos, según el propio candidato, llegaron finalmente a treinta y dos, "sin tomar en cuenta, escribió, un gran número de otros que no mencionaremos, y entre ellos, los principales del país como *El Mercurio*, *El Estandarte Católico*, *El Independiente* y *El Ferrocarril* que mantuvieron siempre una actitud simpática y decididamente más favorable hacia el candidato de oposición que al del gobierno"<sup>83</sup>.

En agosto de 1875 el aspirante de "los pueblos" llamó a la organización de sus seguidores señalando que, faltando pocos meses para la plena campaña electoral que comenzaba el 1° de noviembre con las calificaciones, debía iniciarse la organización de juntas electorales que trabajaran por su candidatura y velaran por la limpieza del acto electoral<sup>84</sup>.

Para esa época, ya habían brotado algunas juntas en La Serena, San Fernando, Quillota, Melipilla, Linares y otras poblaciones del país. El objetivo era que en cada departamento trabajara una junta electoral independiente pero conectada con la junta central de Santiago, todas tras "el triunfo de los principios contenidos en el programa del 6 de mayo". La base de los trabajos era la Ley Electoral promulgada el 12 de mayo de 1874".

El plan era que a cada junta se le enviara el programa y los documentos necesarios para la campaña. Además, se podían establecer asambleas o *clubs* electorales para la discusión de nombres para el congreso y las municipalidades<sup>85</sup>. Tras de esta organización, se afirmaba la

<sup>83</sup> Véase en Vicuña Mackenna, 1876a, pp. XIII-XVI, la lista de medios que lo apoyaron.

<sup>84</sup> En un librito editado como *Guía del elector liberal, para las elecciones generales de 1876*, Vicuña Mackenna reunió diversos textos, como las bases acordadas el 5 de julio de 1875 para la organización de las juntas electorales del partido liberal, a través de los cuales instruía a los ciudadanos electores en general, y a sus partidarios en particular.

<sup>85</sup> En el contexto de la campaña, interesante resulta la idea surgida en la Convención de los Pueblos de crear una Liga del Voto Libre cuyo objetivo sería captar los votos independientes. La iniciativa, que finalmente no fue exitosa en esa coyuntura, demuestra el valor que se asignaba a estas nuevas formas de sociabilidad política. Vicuña Mackenna se refirió a ellas cuando afirmó: "Felicito a la clase obrera de Talca porque desde hoy entra en la actividad y fecunda campaña de la democracia práctica. El Club, ciudadanos, es el gimnasio saludable en que se ejercita la convicción propia y la propaganda ajena. Aquí se escuchan con tolerancia todas las opiniones, se investigan y comentan con mesura todos los actos públicos y se discuten...". Véase el "Discurso pronunciado por el señor Vicuña Mackenna en la instalación del club del voto libre en Talca el 11 de febrero". Reproducido en Vicuña Mackenna, 1876b, p. 47. Al respecto, recordemos el texto de Gazmuri, 1992, sobre el "48" chileno,

idea de la autonomía política de las provincias, y la noción que entregaba a los liberales de aquellas, el derecho al sufragio y elección de las autoridades.

Un nuevo hito dentro de la campaña ocurrió el 8 de Septiembre, cuando la Asamblea Liberal Democrática de Valparaíso proclamó a Benjamín Vicuña Mackenna como su aspirante presidencial, postergando al candidato oficial Aníbal Pinto.

A esta proclamación, se sumó la producida en la Convención de los Pueblos celebrada en Santiago entre el 25 de diciembre y el 1º de enero de 1876, oportunidad en que Vicuña Mackenna fue consagrado como el único candidato opositor. Fue entonces que el Partido Conservador le brindó su apoyo a condición de ciertos cambios en el programa del seis de mayo<sup>86</sup>.

Pero la Convención de los Pueblos fue también trascendente pues en ella se consagró la existencia del Partido Liberal Democrático que, haciendo de la libertad electoral su principal bandera, apoyaría la candidatura opositora de Vicuña Mackenna<sup>87</sup>. Consecuencia de todos estos hechos, el candidato decidió emprender una segunda gira electoral por el país la que, iniciada el 14 de febrero de 1876, lo llevó a San Bernardo, Rancagua, Curicó, Molina, Talca, San Javier, Linares, Parral, Cauquenes, Posillas, San Carlos, Chillán, Bulnes, Concepción, Los Ángeles, Mulchén, Angol, Talcahuano, Tomé y Valparaíso<sup>88</sup>.

La rutina política desarrollada en casi todos los pueblos consistió en un discurso de llegada, generalmente en medio de un *meeting*; después un banquete con el pueblo -

en el cual se abordan los efectos políticos de estas formas de sociabilidad.

<sup>86</sup> Como informara la prensa, "de la Convención de diciembre arranca la adhesión, bien que a regañadientes, del Partido Conservador, ajustándose entonces lo que se llamó la Liga del Voto Libre. Según los analistas este fue, quizás, el primer error fundamental en que incurrió el candidato opositor pues su asociación al peluconismo equivalía a toda una claudicación, que sus adversarios no tardarán en enrostrarle". Véase Donoso, 1977, p. 328. Negativas fueron, por ejemplo, actitudes como las del Partido Radical de San Carlos, el cual dio libertad de acción a sus adherentes frente a la nueva realidad electoral. Véase *El Ferrocarril*, noviembre de 1875. "Los radicales de San Carlos dejan libres a sus miembros para elegir, pero sí se les exige trabajar por diputados radicales".

<sup>87</sup> Las aspiraciones del nuevo conglomerado fueron muy similares a las planteadas en el Perú cuando en mayo de 1871, se presentó la Sociedad de Independencia Electoral, la agrupación sobre la cual Pardo sustentó su triunfo electoral. Véase Mc Evoy, 1994a, pp. 76-78.

<sup>88</sup> Los medios que transportaron al candidato popular y a su comitiva fueron, el ferrocarril hasta Chillán, luego carretas, caballos, coches "abiertos a la americana" y, por último, el barco a vapor.

normalmente ofrecido por los "Artesanos" y los "Obreros"-; luego otro ágape con los vecinos prestigiosos de la ciudad, más tarde un *meeting* nocturno en algún teatro y, para terminar, un baile popular.

La campaña no fue indiferente para los periódicos, y éstos informaron de los hechos que la conformaron y, también, del número de personas movilizadas por el candidato. Diez mil en Concepción, ocho mil en Talca, millares en Curicó y en otras ciudades<sup>89</sup>. Junto a las informaciones que lo relacionaban con la clase obrera, se aludía a sus encuentros con los vecinos influyentes de las provincias, contactos que se facilitaban pues, según los periódicos, pernoctaba en sus hogares<sup>90</sup>.

La cruzada electoral de Vicuña Mackenna finalizó el 5 de marzo con un gran *meeting* en el circo Trait de Santiago que, según se dice, "no pudo menos de halagarlo y de hacerlo abrigar las mejores esperanzas de triunfo, puesto que tuvo todos los caracteres de extraordinario"<sup>91</sup>.

Más allá del resultado final de la aspiración presidencial de Vicuña Mackenna, lo cierto es que la "campaña de los pueblos" representó una práctica política inédita en Chile, cuyos antecedentes se encuentran en la situación política por la que entonces atravesaba el país, así como en las características del protagonista de la misma, en especial, su conocimiento de prácticas políticas foráneas.

Respecto de lo último, es imposible no relacionar la forma y contenido de la campaña de Vicuña Mackenna, con la emprendida, años antes, por Manuel Pardo en el Perú. Pardo, que finalmente ocuparía la presidencia de su país entre 1872 y 1876, también debió enfrentar la intervención oficial durante la campaña presidencial de 1871. Entonces fundó la Sociedad Independencia Electoral, una agrupación que promovió una activa participación política de los

<sup>89</sup> Véase *El Ferrocarril*, de 8 de febrero de 1876.

<sup>90</sup> Un relato más detallado, aunque parcial, es el que se ofrece en el texto escrito por el propio aspirante, *El viaje del señor Vicuña Mackenna a las provincias del Sur*.

<sup>91</sup> Donoso, 1977, p.330. Pese a lo dicho, y como este autor relata, después de este episodio los ánimos vicuñistas decayeron tras la abierta intervención oficial ejercida en las elecciones municipales del 26 de marzo y en las parlamentarias del 26 de abril de 1876. Lo anterior, llevó a que la Junta Directiva del Partido Liberal Democrático optara por la abstención en las elecciones presidenciales.

ciudadanos para enfrentar al gobierno; a través del correo estableció una red de lealtades políticas a lo largo de todo el país; intentó influir en la opinión a través de la información periodística; y, por último, hizo posible el ingreso de la política urbana organizada desde la capital a las provincias del interior<sup>92</sup>.

El vigor de los nuevos usos políticos puestos en práctica en la campaña electoral de 1876 se ve reflejado además en el hecho de que el candidato oficial, Aníbal Pinto, también se vio necesitado de hacer campaña<sup>93</sup>. Lo anterior, pese a que, como se sabía, su elección era segura. En efecto, si bien la historiografía no ha llamado la atención sobre esta situación, concentrándose sólo en la gira de Vicuña Mackenna, lo cierto es que Aníbal Pinto fue proclamado en una convención presidencial con representantes de todo el país y, también, se desplazó a lo largo del territorio nacional para acercarse y tomar contacto con los electores<sup>94</sup>. Incluso aún antes de dejar el ministerio y ser ungido candidato oficial, Pinto realizó

---

<sup>92</sup> Véase Mc Evoy, 1994 y 1994a, pp. 73-99. Benjamín Vicuña Mackenna y Manuel Pardo fueron grandes amigos e intercambiaron correspondencia en la que se informaron de sus respectivas actividades. Luego del asesinato de Pardo en 1878, Vicuña Mackenna escribió un opúsculo de homenaje en su memoria. En él, entre otras actividades del político peruano, se relatan las alternativas del que el chileno nombra "candidato popular". Véase Vicuña Mackenna, 1878.

<sup>93</sup> Este hecho dio oportunidad a la prensa para hacer una comparación entre la acogida dada a Vicuña Mackenna y a Pinto. Así por ejemplo, *El Ferrocarril* del 15 de febrero de 1875 informaba que "la recepción del pueblo de Talca estaba destinada a producir una profunda impresión en el país y en el gobierno tanto por la grandeza y espontaneidad de las manifestaciones, como por el contraste verdaderamente lastimoso que hacía con aquella acogida que ocho días antes había encontrado en ese gran centro político el Señor Aníbal Pinto, candidato oficial". Del análisis de los hechos que formaron parte de ambas campañas, resulta interesante destacar que mientras los actos de Vicuña Mackenna buscaban impresionar y cautivar a las poblaciones para atraer sus preferencias, Pinto, menos urgido por la necesidad de votos que la intervención oficial le aseguraba, se limitaba a pasar revista a las huestes gubernamentales, dándose a conocer entre ellas.

<sup>94</sup> Valenzuela, 1997, p. 235, sostiene que Aníbal Pinto fue el "primer candidato presidencial designado por el presidente saliente, posteriormente nominado en una convención multitudinaria". Esta fue celebrada el 30 de noviembre de 1875 por la Alianza Liberal. Un testigo de la época, escéptico frente a las nuevas prácticas, afirma que las convenciones de entonces desempeñaban el mismo oficio de las posteriores, el "prestigiar o dar por concebida legítimamente dentro de un partido la candidatura de un hombre". Para confirmar sus dichos ejemplifica con la que ungió a Federico Errázuriz Zañartu en 1871, afirmando que entonces "los directores de la tramoya se arreglaron de modo que resultara candidato gobiernista o presidente, que lo mismo venía a dar, Errázuriz". Véase Subercaseuax, 1936, I, p. 191. Naturalmente, este testimonio permite pensar en la existencia de un momento de transición en lo que a usos políticos se refiere. Entonces, las nuevas prácticas se mezclan con las antiguas pues lo importante aquí es la forma en que se aparece ante la opinión pública. Esto último, por lo demás, signo de que ésta era un factor que contaba cada vez más en términos políticos.

desplazamientos a la provincia que la prensa relacionó con su futuro presidencial<sup>95</sup>.

Además, y representativo de la realidad política que entonces se asomaba, una de las preocupaciones de los aspirantes fue la de hacer campaña en favor de los candidatos de sus respectivas coaliciones políticas para las elecciones parlamentarias y municipales que se verificaban tres meses antes que las presidenciales.

Las características de la campaña presidencial, especialmente en lo relativo a Vicuña Mackenna, se explican por las reformas electorales del año 1874 que abrieron la esperanza, por lo menos en este candidato, de que las influencias oficiales no determinarían los resultados de las contiendas electorales<sup>96</sup>. Por ello, Vicuña Mackenna buscó el apoyo de un sector de la oposición conservadora al gobierno liberal y de los sectores obreros que ya por entonces comenzaban a representar un papel significativo en el cuadro político nacional<sup>97</sup>.

Los autores destacan que la "campaña de los pueblos" representó toda una novedad para los hábitos políticos y electorales de la época pues, como sostiene uno de ellos: "¿Cuándo se había visto a un candidato recorrer de un extremo a otro el país, pronunciar discursos, defenderse por los diarios, lanzar proclamas y manifiestos?"<sup>98</sup>. Ello, sin embargo, no significó eliminar ni cohibir las viejas prácticas en virtud de las cuales el gobierno seguía imponiendo su voluntad electoral, ahora, a través de otros medios como la adulteración de las listas de mayores contribuyentes, la suplantación de votos e, incluso, la violencia<sup>99</sup>.

<sup>95</sup> Véase *El Ferrocarril* del 9 y 23 de marzo de 1875, en ellos se alude a la visita de Pinto a las cercanías de Los Ángeles y los festejos de que fue objeto.

<sup>96</sup> Valenzuela, 1985, es el primero en hacer notar la relación entre el aumento del electorado y "la campaña de los pueblos", como se llamó a la que realizó el candidato opositor.

<sup>97</sup> Para algunos estudiosos, lo anterior explica que la campaña fuera organizada a lo largo del país por los dirigentes y personalidades del Partido Conservador, y que la misma tuviera un tono marcadamente populista en su retórica. Véase Valenzuela, 1985, p.39. Un testimonio de época, en Undurraga V., 1943, p. 128.

<sup>98</sup> Véase Donoso, 1977, p.326. Otros ejemplos del contenido y estilo popular de la campaña pueden verse en Encina, 1940-1952, XV, pp. 481-508.

<sup>99</sup> De hecho, en la década de 1880 la intervención electoral del ejecutivo se agudizó. Esta realidad fue coincidente con el inicio de prácticas políticas como las que José Manuel Balmaceda llevó adelante durante su paso por el gobierno. El fenómeno se explica en función de la competencia electoral existente, desafío que el gobierno enfrenta con los métodos tradicionales y con las prácticas modernas, esperando obtener ventajas de ambas. Como se deduce de la información disponible, el ejecutivo no renunció a las prerrogativas tradicionales que lo habían convertido en el gran elector, pero, alerta a los cambios experimentados por la sociedad, también comenzó a utilizar las nuevas prácticas políticas existentes para captar el voto de un electorado cada vez más

A este respecto, es preciso recordar que durante la marcha de las jornadas electorales, el gobierno, a través del Ministro del Interior, recibía informes de sus agentes administrativos y electorales a fin de velar por la evolución de la campaña y así corregir o intensificar los trabajos<sup>100</sup>. En este contexto, el telégrafo, que ya se extendía por casi todo el territorio, desempeñó un papel fundamental como instrumento de articulación político electoral.

Por otra parte, si bien es cierto antes de 1876 habían existido conflictos muy agudos entre los aspirantes al poder, algunos de los cuales derivaron en luchas violentas, hasta aquel año no se había dado una competencia política tan intensa por la presidencia. Por lo dicho es que la campaña sacudió al país, extremó las posiciones, incrementó el debate político y exaltó los ánimos<sup>101</sup>. Era la primera vez que se apelaba al pueblo y a las clases "obreras" para apoyar una candidatura presidencial y que, además, se utilizaban prácticas hasta la época nunca vistas en Chile. Todo, como parte del intento de Vicuña Mackenna y sus partidarios, de desconocer que la verdadera fuerza política residía en La Moneda, y seguiría allí por largos años, a pesar de los afanes por disminuirla.

Lo dicho explica que Vicuña Mackenna también intentara ganarse el apoyo oficial, o, por lo menos, asegurarse la prescindencia del Ejecutivo, pues conocía lo decisivo que podía ser la intervención electoral oficial. Finalmente, al no poseer la voluntad presidencial, "creyó llegada la hora de las luchas genuinamente democráticas de opinión, al estilo de Norteamérica",

---

diversificado e independiente de juicio, y por lo mismo, cada vez más reacio a la intervención electoral.

<sup>100</sup> Uno de los temas más polémicos de la campaña de 1876 tiene relación con la visión de los actos de uno y otro aspirante que entregó la prensa. Un estudio de este problema debería proporcionar interesantes antecedentes para su mejor comprensión. De igual forma, las trampas, fraudes, molestias y triquiñuelas que los agentes del gobierno utilizaron en contra del candidato opositor, en ésta y otras campañas, también merecerían un estudio particular pues todas ellas formaron parte de las nuevas prácticas políticas que nosotros señalamos de manera general. Sólo a modo de ejemplo de éstas últimas, en Bulnes, y mientras Vicuña Mackenna trataba de hablarle al público, la máquina del ferrocarril no dejó de pitiar; reconvenido el maquinista, confesó que tenía órdenes de actuar así. Véase *La Patria* de Valparaíso, 24 de febrero de 1876.

<sup>101</sup> Pese a todo, y salvo por incidentes menores, la campaña transcurrió sin actos de violencia. Esto fue valorado por los candidatos cuando, en medio de la lucha electoral se encontraron y Vicuña Mackenna pasó al tren de Pinto a saludarlo y expresarle que "nuestros mayores peleaban estas batallas de las ideas y de la hidalguía a lanzadas, nosotros las pelearémos con apretones de mano". Reproducido en *El Ferrocarril* del 27 de febrero de 1875, en la crónica titulada "Raro encuentro de los candidatos en Santa Fé".

y se lanzó en una campaña novedosa que, finalmente, no prosperó<sup>102</sup>.

Desde otro ángulo de análisis, la campaña de 1876 sin duda fue significativa pues por su intermedio se descubrieron nuevas formas de sociabilidad política como los almuerzos, banquetes, bailes y *meeting*, en los cuales se dio acogida a las mujeres y a sectores sociales tradicionalmente excluidos de la actividad electoral, o que no participaban en ellos por falta de interés.

Pero, en su intento por llamar la atención, los candidatos y sus partidarios no sólo recurrieron a esos recursos, también a las bandas, los fuegos artificiales, el embanderamiento de las poblaciones, los arcos de bienvenida, las campanas de las iglesias e, incluso, tiros al aire. Todos estos efectos, verdadera parafernalia electoral, además fueron convenientemente divulgados por los periódicos partidarios de uno u otro aspirante presidencial, transformándose éstos en un importante instrumento de difusión de los comportamientos colectivos que, ahora, formaban parte de la lucha política y electoral.

El caso de los banquetes, por lo demás herencia de la Revolución Francesa de 1848, constituye un buen ejemplo de estas nuevas costumbres. Ellos fueron adoptados por la clase política chilena como instrumento aglutinador de individuos y socializador de programas. En la década de 1870, conforman ya una instancia incorporada a las costumbres políticas, de manera que cualquier figura debía ser recibida con un gran banquete en su honor. De esta suerte no escapan el aspirante oficial y, sobre todo, el "candidato popular", en la campaña del '76. Entonces el banquete, en numerosas ocasiones, cerró una jornada que se había abierto con las bandas de música recibiendo al candidato y a su comitiva<sup>103</sup>.

---

<sup>102</sup> La cita se encuentra en Edwards, 1997, p. 156. El carácter norteamericano de la campaña fue puesto en evidencia también por la prensa de la época. *El Ferrocarril* del 7 de marzo de 1876 por ejemplo, refiriéndose al regreso de Vicuña Mackenna a Santiago y al recibimiento de que fue objeto, informaba que "Insignias y banderas a lo "yanqui", junto a mares de gente se veían..."

<sup>103</sup> Lo expuesto no puede hacer olvidar que la tradición de "banquetear" a los triunfadores y a las personalidades tenía antecedentes también en Chile. Así por ejemplo, luego de concluida la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, a su regreso triunfal del Perú, Manuel Bulnes fue homenajeado con bailes y banquetes. La diferencia entre estos banquetes y los que se realizan en la segunda mitad del siglo, dice relación con la intencionalidad política que ahora se les asigna y que antes, o no existía, o bien, estaba mucho más difusa tras motivaciones de alcance patriótico. Una descripción de los homenajes a Bulnes, se encuentra en la carta que Mary Causten de Carvallo envió a sus padres, fechada el 5 de enero de 1840 en Santiago y reproducida en

La recepción fue la oportunidad para que intervinieran sujetos de las más variada condición, incluso aquellos que no tenían derecho a sufragio, entre ellos las mujeres, quienes, vistiendo sus mejores prendas, participaban lanzando flores y lazos de cintas a los visitantes<sup>104</sup>. En este contexto, una de las preocupaciones de Vicuña Mackenna fue la de realzar la imagen de la mujer, por ejemplo, cuando en Talca brindó: "permitidme libar la última espuma de esta copa ya agotada a la mujer chilena y en especial a la mujer de Talca..."<sup>105</sup>.

Por cierto los bailes también constituyeron un espacio para la presencia femenina, y éstos se realizaron en muchas de las ciudades comprendidas en la gira de Vicuña Mackenna. Pero donde la participación popular adquiría dimensiones verdaderamente significativas era en los *meetings*. Una práctica que Vicuña Mackenna había importado de Estados Unidos de América, país en el cual tuvo la oportunidad de conocer sus intensos efectos sobre las masas<sup>106</sup>.

La llegada del candidato y su séquito, los actos y eventos que su visita provocaba, sin duda, alteraban el ritmo de las provincias, sustrayéndolas de su vida apacible y escasa en eventos de esta naturaleza. Ella provocaba curiosidad y expectativas, sobre todo si el visitante era un candidato opositor cuya campaña la prensa había caracterizado como de "Americana" a raíz de las extranjeras costumbres del señor Vicuña Mackenna quien, en Cauquenes y Concepción se subió "en un carruaje abierto" y en Mulchén se hizo acompañar de cuatro coches y "un gran carretón Americano abierto"<sup>107</sup>.

Así, las formas de sociabilidad que entonces se practicaron, fueron importantes en el

Vergara Quiroz, 1987, pp.204-206.

<sup>104</sup> *El Mercurio*, 18 de febrero de 1876.

<sup>105</sup> La participación de las mujeres en los actos políticos de Vicuña Mackenna mereció más de un comentario, por ejemplo el aparecido el 3 de marzo en *El Mercurio*: "pero el adorno que más llamaba la atención eran las cien ciudadanas, poco más o menos, que habían tomado posición en distintos puntos culminantes del Circo, unas a caras descubierta y otras con el rostro velado, tal vez para evitar la mirada de los curiosos". Así mismo bajo el encabezado de "Ridiculez" aparecía la siguiente nota: "una ciudadana vicuñista nos dicen que habló ayer en el Circo de la Victoria porque no pudo contener su entusiasmo al oír hablar a uno de los oradores sobre los derechos de la mujer..."

<sup>106</sup> "Mi último y más considerable esfuerzo en la vía de la propaganda por la palabra fue en el famoso *meeting* que tuvo lugar en el Cooper Institute en la noche del 6 de enero de 1866". Véase su texto *Diez meses en los EEUU de Norteamérica*, p. 271.

<sup>107</sup> Las citas son párrafos de partes telegráficos reproducidos en Vicuña Mackenna, 1876b, pp. 15 y 22.

proceso de integración de nuevos sujetos a la vida política nacional. Un fenómeno con numerosos otros antecedentes todos los cuales, sin embargo, sólo cristalizaron años más tarde, cuando a través de los viajes de José Manuel Balmaceda veamos materializados como una práctica común los usos adoptados durante la campaña de los pueblos.

### III- JOSÉ MANUEL BALMACEDA, POLÍTICO LIBERAL

#### LOS TRABAJOS ELECTORALES DE BALMACEDA

La experiencia que José Manuel Balmaceda acumuló en las luchas electorales durante su paso por el gobierno, no puede ser olvidada al momento de explicar la peculiaridad de sus desplazamientos fuera de la capital. De ella, como de la lucha electoral de 1876, Balmaceda sacó lecciones que más tarde supo aprovechar en su beneficio.

Si bien la campaña presidencial de 1876 constituyó una innovación en materia de prácticas políticas, lo cierto es que la misma no afectó sustantivamente el poder que el Ejecutivo tenía para hacer triunfar a sus candidatos en las elecciones<sup>1</sup>. En este sentido, su mayor influencia fue la de obligar a los candidatos a realizar convenciones de proclamación, las que por lo demás ya algunos partidos habían establecido como mecanismo de elección de su candidato presidencial y, también, estimularlos a salir a hacer campaña fuera de la capital. Ya sea ellos personalmente, o a través de agentes, como fue el caso de Domingo Santa María, el candidato oficial en 1881<sup>2</sup>.

Éste, que fue proclamado en una convención de delegados de departamentos reunida en Valparaíso, no era popular en las provincias. Por eso la comisión encargada de dirigir los trabajos electorales decidió suplirlo con otras personalidades pues, si algo se sabía, era que los "cerebros de provincias sólo reaccionaban con el contacto directo, la amistad y los servicios

---

<sup>1</sup> Cifuentes, 1936, II, p. 136, confirma lo dicho al caracterizar la candidatura de Vicuña Mackenna en 1876. Según él, el Intendente de Santiago, "que tenía más imaginación y menos sentido práctico que el candidato oficial, se dio la fantasía de disputarle la presidencia. Creyó que agitando la opinión con discursos, es decir, con luces de Bengala, podría tomarse la fortaleza inexpugnable del gobierno. Recorrió los pueblos de la república con una falange de oradores proclamando su candidatura presidencial. En todos ellos hubo derroche de elocuencia, pero esos voladores oratorios apenas despertaban la sonrisa de los gobiernos. Pinto fue elegido sin remedio", concluye.

<sup>2</sup> Según Valenzuela, 1997, p. 243, desde entonces fue de rigor hacer giras electorales. Sin embargo, para las presidenciales esta costumbre no siempre se cumplió por parte de los aspirantes.

recibidos"<sup>3</sup>.

Pese a los esfuerzos de los partidarios de Santa María, lo cierto es que la candidatura aparecía perdida frente a la popularidad del victorioso general Manuel Baquedano, el héroe de la Guerra del Pacífico. Fue entonces que se llamó al conocido y estimado ministro de Guerra José Ignacio Vergara para que, trasladándose desde Lima, viniera a salvar la situación iniciando una gira política que, finalmente, fue determinante en la elección de Santa María<sup>4</sup>.

El papel de las convenciones y campañas en la vida política chilena de la época se apreciará mejor si se considera que la convención que proclamó a José Manuel Balmaceda en enero de 1886 en Valparaíso, reunió a más de 417 personas, con delegados de todos los departamentos del país y que la organización de la misma fue objeto de numerosas diligencias y negociaciones que reflejan el nuevo escenario nacional y el papel que en el mismo jugaban las noveles prácticas<sup>5</sup>.

Esta asamblea, entonces llamada Convención Liberal, Nacional, Radical, en alusión a los grupos políticos que apoyaban a Balmaceda, para algunos había sido organizada y preparada por el mismo candidato. En efecto, sabemos que siendo Ministro del Interior, y utilizando el telégrafo del palacio de gobierno, Balmaceda había enviado una comunicación a los intendentes y gobernadores del país poniéndolos al servicio de su propia aspiración presidencial<sup>6</sup>.

---

<sup>3</sup> Véase, por ejemplo, Encina, 1940-1952, XVII pp. 542-543. Encina describe la situación del candidato Santa María como muy complicada por su falta de llegada en el mundo provinciano. Lo anterior demuestra la importancia política de las zonas que estaban más allá de la capital, pues ya no bastaba haber conquistado los salones de Santiago, como era el caso del aspirante oficial.

<sup>4</sup> Encina, 1940-1952, XVII, pp. 543-546, se explica sobre las razones de la celebridad de Vergara entre la población y la importancia que tuvo en la campaña presidencial de 1881.

<sup>5</sup> Balmaceda no necesitó hacer campaña oficial dado que, finalmente, fue el único candidato en la contienda. Además, en su calidad de ministro de Estado, había recorrido gran parte del país entre enero de 1883 y abril de 1885.

<sup>6</sup> El texto íntegro del telegrama despachado es el siguiente: "Telégrafo de La Moneda.- Agosto 13 del 85.- Señor Gobernador.- Confidencial.- El Comité parlamentario de diputados liberales desea conocer las opiniones de sus amigos liberales de convención. Para el efecto sírvase enviar por telégrafo cinco y hasta diez nombres de personas liberales, de posición caracterizada y capaces de dirigir la opinión liberal, para que los amigos de acá se dirijan a ellos y puedan así investigar la opinión dominante en los amigos liberales de toda la República. Proceda con presteza y por telégrafo.- Balmaceda". Véase *El Ferrocarril* del 19 de enero de 1886.

Más allá de los efectos políticos inmediatos que tuvo el telegrama -recordemos que le costó su cargo-, lo cierto es que el mismo viene a demostrar que para Balmaceda el sentir de la "opinión" es significativo, así como la importancia que atribuyó a los trabajos electorales, y, en especial, a los relacionados con la organización de la reunión que lo nominaría al candidato oficial<sup>7</sup>. Así por lo demás lo dejó ver en la defensa que intentó realizar frente a la interpelación de la oposición en el Senado a raíz del mencionado telegrama.

En ella, su línea de argumentación fue que el telegrama formaba parte de lo que llamaba, "participación legítima de los ministros parlamentarios en los actos de partido"; una intervención en "actos de amigos comunes", destinada a servir y propender "al mejoramiento de las prácticas o procedimientos del partido"; lejana de la reprochable dirección de trabajos electorales; sólo "una investigación dirigida a facilitar al Partido Liberal los procedimientos previos y más correctos para la organización de una convención de partido, como acto interno del partido mismo"<sup>8</sup>.

En su concepto, su acción no era más que la consecuencia lógica de un proceso iniciado en 1871, cuando "una intervención más general y directa de la opinión y de los partidos políticos comenzó a hacerse sentir en la designación de los candidatos a la presidencia", que continuó en 1876, "en que hubo una convención más amplia", y se acentuó en 1881, "en que hubo una más popular y democrática"<sup>9</sup>. Entonces, pregunta, ¿se "cree que los ministros de aquella época estuvieron tan alejados del movimiento y vida del partido dominante?" Justifica su intervención señalando, "me siento interesado como político, como liberal, y aun como Ministro, porque el partido llegue a organizar una convención seria que revista por su verdad los caracteres de institución permanente. Anhele porque el partido se organice y se constituya

---

<sup>7</sup> Balmaceda había tomado parte en la elección de 1881 en favor de Santa María. Entonces, formó parte de la Junta Directiva que organizó los trabajos electorales del candidato oficial. Véase Bañados Espinoza, 1894, I, p. 24.

<sup>8</sup> Véase su inserción en *La Época* del 4 de septiembre de 1885, La respuesta de Balmaceda, también publicada en *El Ferrocarril*, era el texto de un discurso de réplica que no pudo exponer en el Senado. En Bañados Espinoza, 1894, I, p. 65.

<sup>9</sup> Como se aprecia, Balmaceda había estado atento a la evolución de las luchas electorales, que para él era un antecedente a considerar en la acción política gubernamental.

de un modo más amplio y eficaz. En ello, continuaba, están interesadas las ideas que nos sirven de bandera, el orden liberal, el mejoramiento político y el perfeccionamiento de las leyes<sup>10</sup>.

Si bien las palabras de Balmaceda pueden ser puestas en duda en lo referido a los hechos que las motivaban, pues, como es obvio, se encontraba en una circunstancia apremiante y necesitaba una explicación, creemos que las mismas, y la situación que pretenden justificar así lo demuestra, reflejan una verdadera preocupación por el uso de la convención pues, en su concepto, "la formación de una convención sobre una base popular, ancha, seria y correcta tiende a dar asilo en un gran partido, a todos los hombres que profesan unas mismas ideas, a quienes alientan unas mismas convicciones y unos mismos anhelos"<sup>11</sup>.

Es del caso hacer notar que en el momento de plantearse las bases sobre las cuales se organizaría la convención que finalmente lo nominaría candidato presidencial, Balmaceda defendió la idea de realizar una convención amplia, con delegados de todo el país y, por el contrario, se opuso a una convención cerrada, sólo con los "notables" de los partidos, por considerarla poco representativa.

Su opinión al respecto quedó claramente expresada cuando, y con ocasión de las escaramuzas que comenzaban a plantearse en relación con el tema, se dirigió al presidente Santa María y le explicó: "...toda asamblea de notables, cualquiera sea su forma, es la decapitación del país por Santiago. La asamblea por comicios populares es la manifestación de la voluntad del país y del partido". Pero agrega, mostrando su cálculo político, "su convención de notables -se refiere a los grupos que la proponían- nos ata a lo imprevisto y a la intriga de unos pocos. La asamblea popular entrega al Jefe del Estado, que tiene el prestigio y la popularidad en el país, una suma de influencia y de dirección eficaz, que se quiere aniquilar", y termina, "yo me sorprendo de que puedan creer que no se les ve el jueguito"<sup>12</sup>.

---

<sup>10</sup> Es oportuno hacer notar el reconocimiento que Balmaceda hace de la tendencia participativa que se observa en la sociedad chilena a partir de la década de 1870. En nuestra opinión, esta percepción es uno de los antecedentes que explican sus sistemáticas salidas a la provincia.

<sup>11</sup> Véase su inserción ya citada en *La Época* del 4 de septiembre de 1885.

<sup>12</sup> Estos conceptos se encuentran en una carta conservada en el Archivo Santa María de fecha 26 de abril de 1885. En comunicaciones anteriores, Balmaceda le explica al Presidente que ya se han iniciado las conversaciones en torno al tema presidencial y que la situación "está dando lugar a intrigas, chismes, correteos

Sobre la base de todo lo anterior, Balmaceda, en su calidad de Ministro y principal aspirante presidencial, se dispuso a encabezar los trabajos encaminados a lograr los objetivos del gobierno. Así se lo hizo saber a Santa María cuando en una de las cartas ya mencionadas agregó: "Creo no equivocarme al asegurarle que dirigiremos y gobernaremos dominando la situación por completo", solicitando, "necesito sí, que usted me secunde en el propósito de unificar al partido y estimular personalmente a los amigos diputados y senadores, a que sigan en el desenvolvimiento de mi plan parlamentario, en el cual afirmaremos nuevamente la discreción, la energía y el acierto de nuestros actos", y termina, "unas pocas palabras de usted, y unas cuantas indicaciones a los voceros del partido, bastarán para que lleguemos a junio con la legión liberal compacta, fuerte y resuelta para la contienda"<sup>13</sup>.

El tema que tratamos no es marginal si se considera que una convención abierta le daba mayores oportunidades de ser nominado dado el conocimiento que de él tenían en las provincias y del hecho que la misma podía ser más influenciada por el gobierno<sup>14</sup>. Esto explica

---

y pequeñeces"; entre ellas, que su permanencia en el ministerio representa el interés del gobierno por "aplazar la cuestión candidato y mantener a la expectativa a los presuntos". Le informa también, que los radicales han pasado una circular invitando a sus adherentes "a que no tomen compromiso de ninguna clase para la designación del candidato"; que él se ha comprometido a "que una convención designaría el candidato y que el partido acordaría las bases", pero que "hoy no era tiempo de acometer la empresa"; que el apuro de algunos tenía por objeto servir los intereses de ciertos radicales; que en vistas de la situación él habló con "otros radicales, nacionales y liberales", y que "todos están de acuerdo con nosotros y creen prematuro todo paso en el sentido solicitado"; y que, gracias a todo lo anterior, ha podido ver "que tenemos una masa liberal muy compacta, la mayoría de los radicales, y a los nacionales todos, sin excepción, gobiernistas y decididos a apoyarnos". Todas estas noticias en cartas fechadas el 17, 21 y 24 de abril de 1885.

<sup>13</sup> En carta fechada el 24 de abril de 1885. Balmaceda relaciona el tema presidencial con la apertura de la legislatura ordinaria y la composición de las mesas de las cámaras. Ambos elementos tenían incidencia en el problema presidencial y así se lo hacían sentir algunos radicales. Él, por su parte, intentaba posponer la cuestión para evitar las divisiones entre los liberales que, con toda seguridad, se producirían al plantearse la cuestión del candidato. Así, al mantenerse en el gobierno y utilizar la influencia que esa posición le daba no sólo evitaba los trabajos de otros posibles contendores, también protegía su propia aspiración. Esta estrategia era advertida por sus contendores los que, en palabras de Balmaceda, se mostraban contrariados "por mi permanencia en el ministerio" y hacían circular "especies dirigidas a estrangularme". En cartas a Santa María de fechas 25 y 29 de abril de 1885.

<sup>14</sup> En una de las cartas a Santa María en las que aborda el asunto de la convención y le ofrece noticias acerca de las alternativas de su organización, el candidato habla de "una base popular reglamentada". En ellas, y en razón de los riesgos a que ve expuesta su posición de la convención amplia, le advierte al Presidente: "Pero al mismo tiempo creo que si usted no toma parte en la hora crítica, todo se desbaratará" y concluye, "no hay manera que estos asuntos marchen sin la mano suprema, por más que se proteste de ella". Las cartas a que hacemos alusión no tienen fecha, forman parte del Archivo Santa María y se encuentran individualizadas por

su empeño por imponer su punto de vista, y en razón de ello, dirigir los trabajos encaminados a la organización de la convención, como lo demuestran el envío del telegrama del 13 de agosto y las sucesivas cartas a Santa María para que hiciera valer su influencia. Lo dicho, sin perjuicio que en las misivas citadas se aprecia la intensa actividad que él desplegó.

Balmaceda no sólo percibió la utilidad de esta práctica política, además, desde 1869 las había promovido. Ahora, y en virtud de la evolución de la realidad política nacional, se da cuenta de la necesidad de organizarlas adecuadamente, con anticipación y de forma que resulten representativas. Así se deduce de sus palabras cuando afirmó: "No impugno las ideas de nadie, pero creo que haríamos obra digna del partido que hoy dirige los destinos de la república, si procurásemos organizar una convención en la cual conservemos al departamento y a la provincia toda su autonomía y proporcionalidad en la elección de delegados a la convención nacional. Su obra sería completa si los delegados se generasen por los electores y para los electores, desde que ellos sólo representan igualmente la soberanía de donde arrancan su existencia los poderes del Estado"<sup>15</sup>.

Los planteamientos del Ministro deben valorarse adecuadamente considerando que eran emitidos por un agente principal del gobierno, un político que conocía y dominaba las tácticas por las cuales el Ejecutivo se imponía en las luchas electorales y que, gracias a esa experiencia, podía percibir la ineficacia de las mismas, su desprestigio creciente o, sostenemos, la necesidad de acompañarlas de prácticas que permitieran ocultar o hacer olvidar los vicios tradicionales<sup>16</sup>. En especial ahora, cuando la llamada opinión pública, a través de la prensa y

---

piezas con números que van entre el 7714 y el 7722.

<sup>15</sup> Véase su discurso "Descargos ante una acusación de intervención electoral" (1885), en Sagredo y Devés, 1991-1992, II, p. 287. Esta visión ayuda a explicar también la obsesión de Balmaceda por reunir a los diferentes grupos en que se dividían los liberales pues, en razón de las prácticas que ahora se utilizaban, la unidad era fundamental para enfrentar las contiendas electorales con esperanza de éxito.

<sup>16</sup> La temprana participación de José Manuel Balmaceda como agente interventor del gobierno tiene numerosos antecedentes, y uno de ellos es la carta que su amigo J. Joaquín Larraín le hizo llegar desde Valparaíso el 18 de marzo de 1882. Esto es, cuando Balmaceda ejercía como Ministro de Relaciones Exteriores. En ella el corresponsal le recordaba que si bien es cierto se le había ofrecido una diputación, él solo se había limitado "a solicitar de ti, la neutralidad del gobierno en la lucha en Parral"; quejándose porque no sólo no había obtenido lo pedido, también, porque la respuesta fue escrita "con la pluma de las circulares y notas diplomáticas, y no con la del amigo". En su nota Larraín advierte que ha comprendido lo dicho por Balmaceda, esto es: "que el gobierno

el debate parlamentario, combate cada vez más enérgicamente la intervención oficial<sup>17</sup>.

Todo lo anterior, como lo hemos señalado, sin perjuicio que Balmaceda y otros políticos percibieron el clima de la provincias, la mayor parte de ellas, "decididas por las asambleas provinciales"<sup>18</sup>. Así, y como lo expresa Santa María, incluso cuando por necesidad se debían aceptar ciertas restricciones en las bases de las convenciones, se percibía la urgencia de ampliarlas lo más posible, "de manera, concluía, que la puerta quede más abierta y pueda llamarse a las provincias a una participación más directa, más fácil y más lógica"<sup>19</sup>.

De hecho, el mismo Balmaceda había mostrado temprano interés en el tema de la convención cuando, en junio de 1885, planteó la necesidad de nombrar oportunamente los respectivos comités de los partidos liberal, nacional y radical, a fin de proceder a la organización de la misma. Esto último no era un asunto menor si se considera, como hemos señalado, que en las llamadas "bases de la convención", esto es, los asuntos relativos a la

tiene sus candidatos y que va a trabajar por ellos". Véase documento citado en Correspondencia de José Manuel Balmaceda, tomo I, Fs. 54-55.

<sup>17</sup> Así, por ejemplo, un observador de las contiendas de 1886, afirmó: "la conducta del gobierno ha causado profunda indignación", llamando la atención que, "sin embargo, las dichas elecciones han producido un resultado favorable, manifestando prácticamente que las mesas no pueden ser asaltadas con impunidad". Véase la ya citada carta de 25 de junio de 1886, que Miguel Luis Amunátegui hace llegar a su hijo Domingo Amunátegui Solar.

<sup>18</sup> Santa María también se mostraba, por lo menos en su discurso público, partidario de la celebración de convenciones, y así lo hacía saber a quienes lo acusaban de querer imponer su sucesor. En carta a un opositor conservador, pero amigo, afirmaba: "Yo no tengo candidato alguno; deseo que una Convención regularmente formada me lo dé; pero habiendo muchos candidatos sin talla suficiente, se lastiman e intrigan los unos a los otros, queriendo cada cual ser *apoyado por el Presidente*. Comunicación fechada en Santiago el 1º de septiembre de 1885, y dirigida a Francisco Ugarte Zenteno. En *RChHG*, N° 119, 1952, pp. 119. El mismo Santa María, ahora refiriéndose a su propia elección presidencial, afirma que Aníbal Pinto también se "había manifestado partidario de una Convención o de asambleas electorales para la designación de candidato, a fin de que éste tuviese una base popular". En carta a Guillermo Matta, fechada en Santiago en 2 de enero de 1881. Reproducida en *La campaña presidencial de 1881*, *RChHG*, N° 27, 1919, pp. 113-118.

<sup>19</sup> Véanse las cartas que Santa María dirigió a Guillermo Matta. Reproducidas en *La campaña presidencial de 1881*, *RChHG*, N° 27, 1919, pp. 113-131. La actitud de los políticos santiaguinos frente a las provincias fue de creciente preocupación. Así por ejemplo, con motivo de la presidencial de 1871, un involucrado en ella escribe que entonces, "me propuse recorrer principalmente las provincias del Sud sondeando el pensamiento de los hombres más influyentes". Fue así como percibió la molestia para con "el centralismo que agobia a las provincias", y que el candidato con mayores posibilidades sería aquel más "dispuesto a combatir la organización que aún conservan". Véase la carta que Pedro Félix Vicuña enviara a Ignacio Víctor Eyzaguirre fechada en El Melón, el 5 de abril de 1871. Reproducida en la *RChHG*, N° 55, 1925-1926, pp. 34-38. Años después, estando ya en el gobierno, Balmaceda haría profesión pública de su intención y obra descentralizadora. A modo de ejemplo, véase su discurso en Victoria publicado en *La Nación* del 29 de octubre de 1890.

representación que la misma acogería, la forma en que funcionaría y los *quórum* que exigiría para la proclamación del candidato presidencial, se jugaba la suerte de los aspirantes a ser proclamados en ellas<sup>20</sup>.

Finalmente, Balmaceda logró imponer su opinión y la de sus partidarios, lo que a su vez fue motivo de ruptura entre los que sustentaban una y otra postura y llevó a la celebración de dos convenciones, una más restringida, la Liberal-Radical, y una abierta, la Liberal-Nacional-Radical que terminaría proclamándolo candidato presidencial. En esta última, se esperaba, participarían unos 60 parlamentarios titulares y suplentes y 334 delegados venidos de 64 departamentos del país entre Pisagua, por el norte y Quinchao, por el sur<sup>21</sup>.

Para los partidarios de Balmaceda, la cita que se celebró en Valparaíso el 17 de enero de 1886, se levantaba "sobre una base democrática" y presentaba un carácter "deliberado y decisivo" que, ahogando el "predominio de la corriente aristocrática y feudal de los caudillos", daba "desarrollo a las corrientes populares del país"<sup>22</sup>. Para otros, por el número y situación de sus participantes, se trataba de una "verdadera asamblea nacional", un ejemplo, nunca antes visto, de vitalidad partidaria de la Alianza Liberal. Contribuía a entusiasmar a los oficialistas la particularidad de los delegados, todos ellos "caracterizados por su posición y todos también dueños en sus respectivas localidades de la poderosas influencias de que disponen siempre los que de algún modo se han distinguido en la vida social"<sup>23</sup>.

Entre los opositores a la candidatura oficial, la convención de los balmacedistas no era más que la de los "gobernadores y comandantes de policía", todos ellos, con "órdenes anticipadas y una consigna en el bolsillo", enviados "gratuitamente por los ferrocarriles del Estado para declarar que están espontáneamente de acuerdo con el Presidente de la República

---

<sup>20</sup> Un contemporáneo explica el significado político que en 1885 se dio a la organización de uno u otro tipo de convención. Véase Bañados Espinoza, 1894, I, pp.68-69 y 80-81.

<sup>21</sup> Véase *El Ferrocarril*, edición del 12 de enero de 1886.

<sup>22</sup> Véase el editorial de la *Patria* del 18, reproducido en *El Ferrocarril* del 19 de enero de 1886.

<sup>23</sup> Editorial de los *Debates* del 19, reproducido en *El Ferrocarril* del día 20 de enero de 1886.

respecto de la persona del futuro candidato"<sup>24</sup>. Para *El Ferrocarril* la misma había sido preparada por el gobierno a través del propio Balmaceda, como lo demostraban una serie de hechos que se iniciaban con el telegrama de agosto de 1885, y no era más que una muestra de la intervención electoral oficial que, ahora, "había revestido los peores caracteres de la historia eleccionaria del país"<sup>25</sup>. Para *El Mercurio*, este "espectáculo cuidadosamente preparado para deslumbrar al pueblo y dar a los delegados provincianos una grande idea de las fuerzas con que cuenta aquí la candidatura oficial", era una "triste revelación de su debilidad", un anuncio de derrota, sino fuera por la esperanza de poner al servicio de Balmaceda todos los influjos y todos los recursos de la autoridad<sup>26</sup>.

Más allá de las polémicas sobre la mayor o menor autonomía e independencia de la asamblea, lo cierto es que en ambos bandos se aprecia el interés por fortalecer o descalificar una instancia legitimadora de la candidatura presidencial como lo es la convención, signo evidente de la trascendencia que esta práctica política tenía entonces en el país<sup>27</sup>. Otro ejemplo de lo dicho se aprecia en las informaciones sobre el resultado de la votación que ungió a Balmaceda candidato oficial. Así, mientras sus partidarios llamaban la atención sobre la unanimidad de la elección, los críticos se entretenían señalando la imposibilidad de que el

---

<sup>24</sup> Editorial "Ecos del día" de *La Unión* de Valparaíso del 14 de enero de 1886. Para este periódico, la convención oficial estaba de tal manera preparada por el gobierno, que éste, aun antes que ella se celebrara, había "impartido las órdenes necesarias para que al recibirse en las provincias la noticia del alumbramiento, dispongan los intendentes y gobernadores algunas entusiastas y espontáneas manifestaciones de adhesión". Incluso, sostenían, "algunas municipalidades tienen ya redactados los telegramas que han de improvisar en honor y felicitación del candidato".

<sup>25</sup> Véase el editorial del 19 de enero de 1886.

<sup>26</sup> Reproducido en *El Ferrocarril* de 19 de enero de 1886. A los conceptos de *El Mercurio*, los balmacedistas respondían: "Podrán decir lo que quieran a este respecto los enemigos de la alianza liberal para desorientar a la opinión; pero los que en cada departamento saben con cuanta seriedad se hizo la elección de delegados y en cuan alto grado son tenidos éstos en los centros donde viven, no podrán ser engañados por nadie, y sí darán testimonio de que es verdad que en la Convención del 17 han estado representadas las fuerzas vivas del país y de que lo que aquella asamblea ha resuelto, es fiel y legítima expresión de su voluntad". Véase editorial de los *Debates* ya citado.

<sup>27</sup> La convención como uso político es relevante pues, como lo hemos visto, es signo de representatividad y participación, y no sólo política, también territorial pues a ella concurren delegados de las provincias. Por otra parte, y tal y como Santa María lo puso de manifiesto en 1880, "el gobierno respetará y prohijará al candidato que el partido liberal le designe". De esta forma, y pese al peso de la opinión del ejecutivo, la convención también obraba como instancia legitimadora ante él. Véase la carta de Santa María a José Victorino Lastarria, Santiago, 25 de mayo de 1880. En la *Revista Chilena*, N° 23, 1919, pp. 362-366.

aspirante hubiera obtenido 417 votos pues, afirmaban, los asistentes no pudieron ser más de 387 personas, pretendiendo con ello desprestigiar la convención que, por el contrario, para el agraciado había resultado "...espléndida. Seria, organizada y extraordinariamente concurrida"<sup>28</sup>.

La proclamación de José Manuel Balmaceda, y la forma en que ésta se realizó, dejó su huella. Una muestra de ello son las representativas décimas de un poeta popular de la época:

Ya fué el señor Balmaceda  
Proclamado presidente;  
Que sea fiel e indulgente  
toda la nación desea.

La convención nacional  
Ordenó con preferencia,  
Que herede de su excelencia  
La silla presidencial;  
Nadie será su rival  
En caso que bien proceda,  
La menor duda no queda  
Que elegido y proclamado,  
Para primer magistrado  
Ya fué el señor Balmaceda<sup>29</sup>.

Pero, la importancia que Balmaceda le atribuyó a los trabajos electorales también se manifestó en su actividad como Ministro del Interior del gobierno de Santa María. Entonces, se ocupó de los trabajos pre-electorales, dirigió la intervención oficial y viajó sistemáticamente

---

<sup>28</sup> Los adjetivos se encuentran en la carta que Balmaceda le envió a Santa María informándole de los hechos. En ella todavía le agrega, "Al fin todo pasó.....Veremos que dice el país". Véase nota sin fecha, individualizada con el N° 7723, en el Archivo Santa María. Las últimas expresiones de Balmaceda dejan ver la incertidumbre que, pese a toda la maquinaria oficial a su disposición, lo embargaba. Creemos que ésta es un síntoma de que ya no bastaba con la intervención oficial y que lo que él llama "el país", cada día contaban más como actor político de las contiendas electorales. Las informaciones sobre la convención en *El Ferrocarril* de 19 y 20 de enero de 1886.

<sup>29</sup> Fragmento de la poesía *El candidato presidencial*, de Bernardino Guajardo. Véanse las recopilaciones de poesía popular llamadas Colección Raúl Amunátegui, de la Universidad de Chile y Rodolfo Lenz, de la Biblioteca Nacional, en adelante Amunátegui y Lenz respectivamente. La poesía citada en Amunátegui, 603 y en Lenz, I, 11.

por las provincias del país.

Como prueba de sus afanes y de la intervención electoral ejercida durante su paso por la secretaría del interior, está la crónica de cada una de las elecciones realizadas entre 1882 y 1885. Todas ellas coinciden en señalar a Balmaceda como un activo interventor y aluden a la forma en que el gobierno operó en cada elección<sup>30</sup>. Pero, además, está el testimonio del propio interesado quién, en numerosas comunicaciones dirigidas al Presidente Santa María, informa, consulta, pide consejos y se felicita o lamenta por los éxitos y fracasos obtenidos, dando muestra de gran diligencia y, en ocasiones, "trabajando directamente" en ellos<sup>31</sup>.

Así, por ejemplo, en febrero de 1885, en las acciones preparatorias de las parlamentarias de marzo siguiente, Balmaceda le escribe a Santa María informándole que, "cumpliendo con su encargo acabo de llegar de Los Andes y después de conferenciar con el gobernador Concha, Fuentes y Tocornal, paso a manifestarle la impresión que me he formado de la situación". Entonces, se explaya en la solución dada a las candidaturas y en las opciones existentes para favorecer los planes del gobierno en medio de una situación muy delicada para éste<sup>32</sup>.

Más allá de las conveniencias políticas que explican su conducta, lo cierto es que la intervención electoral gubernativa era una práctica común y, aunque cada vez más combatida,

<sup>30</sup> Balmaceda, como sus palabras y hechos lo demuestran, había sido un tenaz opositor a la intervención electoral del gobierno. Sin embargo, una vez en él, se transformó en un "ministro interventor". Bañados Espinoza, 1894, I, pp. 13-14, en su texto vindicador de la figura del ex-presidente, lo excusa señalando: "Balmaceda ha sido de los que en menor escala han caído en estos renuncios de ideas, sin que por ello haya dejado de pagar tributo a inconsecuencias producidas por el grave error que cometen los políticos de Chile al hacer oposición sin considerar que pueden llegar a ser gobierno". Salas Edwards, 1914-1925, I, pp. 60-61, considera injustas todas las críticas vertidas contra Balmaceda por su inconsecuencia con el programa liberal, y recuerda que éste había impulsado reformas liberales durante su paso por el ministerio.

<sup>31</sup> Véase carta a Santa María fechada en Santiago el día 12 de mayo de 1886. En ella Balmaceda se refiere a sus afanes por integrar miembros afines al gobierno en las Juntas de Mayores Contribuyentes de Santiago. Archivo Domingo Santa María, nota individualizada con el N° 7731. Naturalmente, una vez en la presidencia, Balmaceda continuó practicando la intervención, ahora, a través de los ministros del interior de su administración.

<sup>32</sup> Véase carta fechada en San Felipe el 18 de febrero de 1885. Correspondencia de José Manuel Balmaceda a Federico Santa María. Archivo Domingo Santa María, pieza 8013. Esta nota, junto a muchas otras existentes en el acervo consultado dan cuenta del interés y prácticas seguidas por Balmaceda en la cuestión electoral. Como se aprecia en el ejemplo citado, el viaje había pasado a ser una necesidad si se trataba de asuntos electorales graves y que hacían necesaria la presencia de la autoridad para imponer la voluntad del ejecutivo.

aceptada por la mayor parte de las fuerzas políticas cuando aprovechaba a sus intereses<sup>33</sup>.

Así lo comprendió Balmaceda cuando, defendiéndose de sus acusadores en 1885, afirmó que no le sorprendían las discusiones promovidas con motivo de las últimas elecciones pues, "siempre los vencidos levantan la voz contra los vencedores....y quienes quiera que en el pasado fueron los vencidos, éstos clamaron contra la violencia, el fraude o la intervención de los hombres y del partido que gobierna". Para él, la interpelación de que era objeto "es condición necesaria de nuestros hábitos y de nuestra vida democrática, es la razón política con que los vencidos excusaron siempre sus desastres, es el galvanismo patriótico aplicado a los desfallecidos después de la derrota"<sup>34</sup>.

Continuando, y luego de refutar la acusación de inconsecuencia que sus adversarios le hacían precisando su participación en las reformas liberales impulsadas por el gobierno de que formaba parte, Balmaceda preguntaba, rematando su defensa: "Yo quisiera que se me dijese cual es el Ministro del Interior, de los que viven o de los que ya dieron su adiós a la vida, que, habiendo gobernado en época de elecciones, no han sido vivamente acusados y estigmatizados por las oposiciones vencidas"<sup>35</sup>.

---

<sup>33</sup> Domingo Santa María no sólo reconocía su activa participación en las elecciones, sino que además la justificaba: "Se me ha llamado interventor. Lo soy. Pertenezco a la vieja escuela y si participo de la intervención es porque quiero un parlamento eficiente, disciplinado, que colabore en los afanes de bien público del gobierno". Obviamente, Balmaceda compartió esta concepción autoritaria del gobierno, noción que Santa María explicaba de la siguiente forma: "Entiendo el ejercicio del poder como una voluntad fuerte, directora, creadora del orden y de los deberes de la ciudadanía. Esta ciudadanía tiene mucho de inconsciente todavía y es necesario dirigirla a palos". Véase los *Apuntes* que Domingo Santa María redactó en septiembre de 1885, a petición de Pedro Pablo Figueroa, para su *Diccionario Biográfico de Chile*. El texto se encuentra reproducido en Encina, 1940-1952, XVIII, pp.452-456.

<sup>34</sup> Véase su ya nombrada respuesta a la interpelación por intervención electoral. Los conceptos de Balmaceda tenían asidero. Así lo demuestran situaciones como la ocurrida en 1870 cuando, luego de las elecciones de aquel año, los diputados conservadores oficialistas censuraron al ministerio. El argumento de la acusación era que el entonces ministro del interior, Miguel Luis Amunátegui, no había desplegado todo el poder del gobierno para cerrar la entrada en el Congreso a los partidos de oposición. Por su parte, los diputados opositores, utilizando razones totalmente opuestas, es decir, acusando al ministerio de haber intervenido en favor de los gobiernistas, apoyaron el voto de censura. El incidente se encuentra relatado por Diego Barros Arana en su biografía de Miguel Luis Amunátegui editada en sus *Obras completas*, XIII, pp. 259-446.

<sup>35</sup> El Ministro argumentó: "No diré yo que no se hayan cometido algunas irregularidades, que no haya elecciones que sean, bajo ciertos aspectos, relativamente reprochables. Pero esos vicios o irregularidades que son subalternos, se han producido a pesar de nuestro anhelo por que las elecciones se hicieran con regularidad absoluta".

En su argumentación Balmaceda no estaba solo pues el propio presidente Santa María había dado la pauta sobre el tema al atribuir la intervención oficial "a nuestros malos hábitos políticos y a los tradicionales abusos que todos los partidos, sin excepción alguna, han cometido en las épocas de elecciones"<sup>36</sup>.

Sin duda, y como lo reconoce uno de sus corresponsales, Balmaceda fue quien encabezó la intervención oficial en la administración Santa María. Por eso, las expresiones de Julio Bañados Espinoza no deben sorprendernos: "Usted como jefe del Partido Liberal ordenará lo que estime por conveniente, con la seguridad de encontrar en nosotros fieles ejecutores de sus propósitos políticos"<sup>37</sup>. Testimonio de que Balmaceda asumió con energía el papel que le tocaba desempeñar es su correspondencia, la cual, de paso, ofrece representativos ejemplos de la forma en que se encaraba una campaña presidencial<sup>38</sup>.

Atento a la evolución de su candidatura, Balmaceda recibió múltiples cartas que daban cuenta de los frutos de su actividad. Una de ellas es la que le hizo llegar desde Maullín B. Goicolea para informarle que en aquella localidad "la situación política parece que está a su favor, con sólo la excepción de una insignificante porción que pertenece a la Unión Católica"; advirtiéndole, eso sí, que "el camino que nos queda es bastante largo" y que de la "jornada saldremos felices, siempre que contemos aquí con algún recurso para satisfacer los gastos de viaje, estadía en Calbuco y demás desembolsos menudos en las reuniones donde es preciso contentar con algo"<sup>39</sup>. Pero como a todo candidato es preciso comprometerlo con algo concreto,

---

<sup>36</sup> Véase su carta a Francisco Ugarte Zenteno, fechada en Santiago el 16 de julio de 1883. En, *RChHG*, N° 119, 1952, pp. 104.

<sup>37</sup> Véase el telegrama fechado el 28 de febrero de 1885 en Valparaíso, en Correspondencia de José Manuel Balmaceda, volumen Telegramas 1885-1891.

<sup>38</sup> Por ejemplo, son numerosos los telegramas recibidos por él en que conceptos como "gran asamblea", "proclamación en medio de ardiente entusiasmo", "espléndida asamblea proclamando a usted", "espléndido *meeting*", "se proclamaron en medio del más vivo entusiasmo la candidatura de usted para Senador por la provincia y..", "en medio de una gran concurrencia se hizo ayer la proclamación de..", se repiten una y otra vez. Véanse comunicaciones contenidas en la Correspondencia de José Manuel Balmaceda, volumen Telegramas 1885-1891.

<sup>39</sup> Documento citado, fechado el 12 de noviembre de 1885, en Correspondencia de José Manuel Balmaceda, tomo II, Fs. 47-50. En el mismo volumen, otras numerosas cartas del mismo tipo en las cuales se hacen solicitudes concretas, se recomiendan medidas para asegurar la elección o se informa de las tareas realizadas en favor de su postulación.

el corresponsal balmacedista agrega: "demostramos también al pueblo lo que en justicia necesita y antes del año entrante estoy seguro cantaremos victoria", entonces culmina: "que venga de una vez el telégrafo"<sup>40</sup>.

En definitiva, y por sobre los conflictos electorales coyunturales, las comunicaciones con los ciudadanos y otras situaciones propias de la competencia política, lo cierto es que en el Chile del último tercio del pasado siglo hubo una creciente preocupación por las campañas y giras políticas. Las mismas representaron una flamante práctica, aun con resabios y en convivencia con las antiguas, que estimularon la salida a la provincia de los políticos capitalinos<sup>41</sup>.

Pero, y todavía en un plano más general, los actores políticos, el gobierno incluido, experimentaron la necesidad de alcanzar a cada vez más personas, cubrir nuevos espacios geográficos, legitimar su acción a través del contacto con sus electores, en particular, y con la ciudadanía, en general. En este contexto deben comprenderse los viajes que José Manuel Balmaceda protagonizó a partir de 1883. Ellos representan la práctica más novedosa e interesante entre las que entonces se habían comenzado a utilizar en la vida política nacional.

Sin embargo, los viajes de Balmaceda no sólo tuvieron como componente esencial objetivos de índole proselitista, ellos se justifican también en los planteamientos económicos y sociales que el político sustentó a lo largo de su trayectoria, los cuales, también, lo llevaron a la provincia.

---

<sup>40</sup> Además se piden determinados nombramientos; recursos para componer caminos; una tenencia de Aduanas; una chalupa con toda su dotación, etc.

<sup>41</sup> Dicha práctica incluso se prestó para críticas de la prensa, lo cual demuestra su vigencia. Así, cuando un editorial de *La Libertad* de Talca evaluó positivamente el viaje presidencial de enero de 1884 hacia el sur, mencionando que hacía cerca de 30 años que tal territorio no experimentaba la visita de ningún jefe de Estado, recordó que los candidatos, cuando se trataba de pedir el voto de las provincias, "se apresuraban a recorrerlas de sur a norte, repartiendo sonrisas, halagos y promesas; pero una vez en el poder, buen cuidado tenían de encerrarse entre los muros de La Moneda". Muros, continuaba la nota editorial, "casi siempre sordos" a las quejas, peticiones y a los justos reclamos de las poblaciones de provincia. Véase edición del medio citado del 20 de enero de 1884. Sin duda que al José Manuel Balmaceda gobernante, nadie pudo hacerle un reproche como el descrito, por el contrario, se le censuró que saliera demasiado frecuentemente de la capital.

## EL DISCURSO DEL HOMBRE PÚBLICO

Al momento de asumir responsabilidades de gobierno y, en especial, durante el ejercicio de la presidencia, Balmaceda demostró poseer una noción del país en cuya administración comenzaba a participar.

El político formaba parte de la élite nacional que tenía una idea de la nación; que había leído las relaciones y textos geográficos existentes, cuya biblioteca personal recibía las ediciones de las estadísticas y publicaciones oficiales; que destinaba parte de su jornada diaria a la lectura de la prensa y que ocupaba también su tiempo en la conversación sobre la situación y futuro de la nación<sup>42</sup>.

Además, y ya fuera en la intimidad de su hogar o en alguna de las numerosas tertulias que en su época se celebraban en Santiago, José Manuel Balmaceda tuvo oportunidad de intercambiar ideas, informarse e inquirir noticias sobre la realidad del Chile que gobernó<sup>43</sup>. Todo ello, sin perjuicio de la nutrida correspondencia que mantuvo con numerosos y diversas personas a lo largo de su vida, la que, como se deduce de su lectura, también le permitió mantenerse informado y al tanto de la situación nacional<sup>44</sup>.

Así, Balmaceda se encontró en situación de pensar a Chile, de planear su futuro, de soñar con un país posible, de proponer caminos para la sociedad chilena. Pero tan importante como lo anterior, y por su condición de gobernante, tuvo también la oportunidad de ejecutar

<sup>42</sup> La correspondencia de Balmaceda da cuenta de que éste recibió numerosos textos, de las más variadas características y naturaleza, que diversos autores le hicieron llegar.

<sup>43</sup> Según Martina Barros de Orrego, 1942, p. 197, Balmaceda fue asiduo de su casa en algún tiempo y, también, de la tertulia de Laura Cazotte, esposa de Carlos Antúnez. Orrego Luco, 1984, pp. 72-73, también lo menciona participando del salón de Lucía Bulnes de Vergara, en su concepto, "uno de los salones más interesantes que hayan existido en Chile". Velasco, 1914, pp. 4, 34, 52, y 62 entre otras, acredita la existencia de una tertulia en La Moneda en la que el presidente Balmaceda reunía, todas las noches, a un grupo selecto de sus amigos, así como a ministros del gabinete y a funcionarios de su administración como lo era el propio Velasco.

<sup>44</sup> Recordemos que en la Sala Medina de la Biblioteca Nacional se encuentran 20 volúmenes con epístolas recibidas por José Manuel Balmaceda entre 1873 y 1891. En nuestra investigación, hemos logrado reunir casi un millar de comunicaciones de José Manuel Balmaceda, las que unidas a los volúmenes de epístolas por él recibidas, permiten apreciar lo que afirmamos. Para formarse una idea del contenido de la correspondencia dirigida a Balmaceda, véase el índice existente en el Fondo Medina de la Biblioteca Nacional.

algunos de sus planteamientos sobre el país, de mejorar sus falencias y promover sus cualidades.

Apreciando la realidad chilena de su tiempo, Balmaceda imaginó una nación hacia el futuro y hacia ese destino pretendió encauzarla durante su gobierno a través de numerosas iniciativas, las más importantes de ellas, las relacionadas con el fomento de las producciones y la riqueza nacional.

En las concepciones de Balmaceda también es posible apreciar la idea de propiciar un desenvolvimiento económico auténticamente nacional, aunque no antimperialista, que no sólo buscó fomentar las producciones locales, también, la integración de todos los sectores sociales en un proyecto común<sup>45</sup>. En este panorama, Balmaceda aparece como el primer Presidente chileno que "concibe un plan global de desarrollo económico"<sup>46</sup>.

Sus planteamientos socioeconómicos sobre el país nos parecen claros y contundentes. Ellos tienen interés pues no sólo recogen la "idea" prevaleciente en su época sobre el país, o porque nos muestran los antecedentes ideológicos de su acción; además, porque ofrecen una perspectiva de análisis que ayuda a explicar el uso político que éste hizo de sus excursiones a la provincia.

Las ideas económicas de Balmaceda no fueron originales, correspondían a las que entonces circulaban, de donde resulta que su pretendido nacionalismo económico, y el proteccionismo de que hizo gala, no constituían ninguna novedad para sus contemporáneos<sup>47</sup>.

---

<sup>45</sup> Sobre el tema del nacionalismo y sus orígenes en América Latina, sus argumentos y representantes más característicos, véase Zapata, 1990.

<sup>46</sup> Véase Kirsh, 1970, p. 3.

<sup>47</sup> En su texto clásico, Ramírez Necochea, 1958, ha destacado los rasgos económicos nacionalistas, en el sentido de antimperialista, de Balmaceda; mostrándolo como el estadista que fue capaz de oponerse y amenazar el imperialismo representado por los capitales ingleses encabezados por J.T. North. Al igual que Kirsh, 1970; Blakemore, 1978, y Bowman y Wallerstein, 1983, no compartimos el planteamiento de Ramírez Necochea al no encontrar apoyo fáctico que lo sustente. Por el contrario el propio Balmaceda fue claro cuando afirmó, refiriéndose a la industria salitrera: "La extracción y la elaboración corresponde a la libre competencia... Preferible sería -habla de la propiedad de las salitreras- que aquella fuese también de chilenos; pero si el capital nacional es indolente o receloso, no debemos sorprendernos de que el capital extranjero llene con previsión e inteligencia el vacío...". En relación al papel del Estado en la propiedad salitrera fue categórico: "Ha llegado el momento de hacer una declaración a la faz de la república entera. El monopolio industrial del salitre no puede ser empresa del Estado, cuya misión fundamental es sólo garantizar la propiedad y la libertad".

Balmaceda es un intérprete de la época en que vivió, la del intervencionismo estatal en la economía. Pero no cualquier intérprete, sino que uno muy significativo desde el momento que alcanzó la Presidencia de la República. Además es un destacado representante de la tendencia pragmática y proteccionista que ha dado continuidad al manejo de la economía nacional<sup>48</sup>. En este contexto, la actuación de Balmaceda se circunscribe a la etapa de los orígenes del intervencionismo estatal en la economía, proceso en el que, en nuestra opinión, tuvo un papel destacado como portavoz de la tendencia que, en el largo plazo, se impuso en el país, convirtiendo al Estado en un ente protagonista de la vida económica nacional<sup>49</sup>.

Respecto de los problemas económicos y sociales, y tal como lo habían hecho sus antecesores en la política y en el poder, Balmaceda pensó y actuó considerando la realidad

Véase su discurso en Iquique en *La Industria* del 9 de marzo de 1889.

<sup>48</sup> En nuestros trabajos sobre política económica chilena del siglo XIX, afirmamos que es el pragmatismo proteccionista, vale decir el realismo, el sentido práctico, los hechos concretos, la realidad objetiva y las necesidades del país, la base sobre la cual actuaron los estadistas del siglo XIX, y gran parte de los de la centuria actual. Véase Sagredo, 1988, 1989 y 1997.

Desde nuestro punto de vista, más que a las teorías y a los principios económicos, los "economistas" adecuaron su acción y sus políticas a la realidad y necesidades peculiares del país, tomando medidas de variado carácter según fueran las circunstancias en que debieron actuar.

El pragmatismo proteccionista es entonces el elemento que da continuidad a las políticas económicas existentes en el Chile republicano y, fruto de él, los cambios que en la concepción sobre el papel del Estado en la economía se han producido desde 1810 en adelante.

En esta visión de largo plazo, dos son, a nuestro juicio, las etapas o momentos en que es posible caracterizar la actuación del Estado en la economía en la pasada centuria.

Una primera época, la del proteccionismo estatal, se extiende desde la independencia hasta la Guerra del Pacífico. Durante ella, el Estado sólo se limitó a fomentar, proteger y cautelar las actividades productivas nacionales, utilizando medidas como el alza o baja de los aranceles aduaneros, las exenciones tributarias y los privilegios exclusivos.

Luego de la Guerra del Pacífico, y a consecuencia de la creciente complejidad que adquirió la existencia social del Chile decimonónico, se pasó a la etapa del intervencionismo estatal prolongada hasta la década de 1930. Ella se caracterizó por la creciente influencia de las orientaciones sociales de la economía y con ello una presencia más activa del Estado en el quehacer económico, a través de, por ejemplo, la construcción de obras públicas, la fijación de precios, el control del sistema monetario, del crédito y del cambio, además del comercio internacional.

<sup>49</sup> Bowman y Wallerstein, 1983, y sobre la base de información empírica, demuestran la continuidad existente entre Balmaceda y las administraciones posteriores a la Guerra Civil en lo que al papel del Estado en la economía se refiere. Ellos concluyen que el sustantivo cambio político provocado por los hechos de 1891, "tuvo pocas consecuencias perdurables en las políticas fiscales", y que "las políticas de Balmaceda continúan, en gran medida, durante el Período Parlamentario a pesar de su derrota". Con su trabajo Bowman y Wallerstein contradicen las concepciones historiográficas, como la de Ramírez Necochea, que sustentan que el ambicioso programa económico de Balmaceda encontró la oposición de la oligarquía, y que su derrota comprometió la capacidad y autonomía del Estado chileno al, supuestamente, decrecer la importancia de éste en la economía.

económica objetiva del país, alejándose de las teorías. De ahí su rechazo al librecambismo, a su juicio, "irreprochable entre Estados iguales, con industrias propias -pero- desastroso entre Estados desiguales", y su adhesión al proteccionismo, al que no defiende como "sistema absoluto, por lo mismo que creo -afirmó- que el libre cambio no debe ser entre nosotros un sistema absoluto"<sup>50</sup>.

Siguiendo un criterio práctico, sostuvo que "la ciencia y la experiencia económica prueban que el acierto será siempre el resultado de la observación bien aplicada, y de la verdad claramente conocida y demostrada", señalando que los problemas sociales y económicos debían resolverse "considerando nuestra propia experiencia, nuestro poder de iniciativa, nuestras aptitudes, la armonía de nuestro progreso"<sup>51</sup>.

En este contexto, uno de los principales méritos del discurso y acción económica de Balmaceda fue el de transformar al Estado en un ente económico activo<sup>52</sup>. Para el político, "toda actualidad económica interesa, por su propia naturaleza, al gobierno y a los particulares, a la riqueza fiscal y a la individual"<sup>53</sup>.

A lo largo de su carrera política, reiteró una y otra vez la necesidad de que el Estado se ocupara, activamente, de la realidad económica nacional, presentándose diversas coyunturas que contribuyeron a reforzar sus planteamientos. Entre ellas, la situación de crisis económica por la cual atravesó el país en la década de 1870, y la expansión que experimentaron las rentas fiscales, gracias a la riqueza del salitre, a partir de 1880<sup>54</sup>.

<sup>50</sup> Véase su discurso sobre las aspiraciones liberales, pronunciado el 19 de junio de 1881 en la proclamación de la candidatura presidencial de Domingo Santa María. En *El Ferrocarril* del 20 de junio de 1881.

<sup>51</sup> Véanse, entre otros, sus discursos sobre la ley de presupuesto y el estado económico del país en 1884 y respecto de las aspiraciones liberales en 1881. El primero, en Sagredo y Devés, 1991-1992, II, p. 233.

<sup>52</sup> Es del caso mencionar que Manuel Pardo, Presidente del Perú entre 1872 y 1876, fue un decidido partidario del fortalecimiento del Estado, propiciando durante su paso por el gobierno su papel de articulador de la economía. También fomentó los ferrocarriles y la instrucción. Véase Mc Evoy, 1994, pp. 33-45. Pardo debió exiliarse en Chile entre junio de 1877 y septiembre de 1878, aquí compartió con la élite santiaguina, contándose entre sus amigos más cercanos a Benjamín Vicuña Mackenna.

<sup>53</sup> Véase su discurso "La ley de presupuesto y el estado económico del país". En Sagredo y Devés, 1991-1992, II, p. 233.

<sup>54</sup> O'Brian, 1982, alude a los recursos generados por las exportaciones de salitre y al impacto que tuvieron en la vida nacional.

De esta forma, las penurias sociales existentes en el país crearon un clima que favoreció la adopción de medidas intervencionistas, como una manera de superar la situación. A su vez, la bonanza fiscal permitió la inversión en obras públicas que Balmaceda transformó en un eficaz instrumento de intervención estatal.

Balmaceda, junto con resaltar el papel del Estado en la economía, demostró preocupación por lo que llamó intereses del Estado, que identificó con los intereses colectivos, señalando la necesidad de que prevalecieran por encima de los particulares.

Si consideramos que para Balmaceda la actividad pastoril era insuficiente y los cultivos imperfectos y limitados; que la industria fabril recién principiaba, que la minería no prosperaba y que el país carecía de la variedad del trabajo inteligente y de la extensión de los productos fomentados por el rigor colectivo; se comprenderá mejor que sus propósitos se encaminaran a hacer del Estado el principal instrumento del progreso moral, intelectual y material de la sociedad. La base del engrandecimiento de la república, el vehículo que conduciría a la nación a mejores y más elevados destinos, tal como lo sostuvo en múltiples ocasiones y documentos.

En su concepto, correspondía al Estado suministrar los medios para alcanzar dichos objetivos, y por eso señaló: "procuro que la riqueza fiscal se aplique a la construcción de liceos y escuelas y establecimientos de aplicación de todo género, que mejoren la capacidad intelectual de Chile: y por eso no cesaré de emprender la construcción de vías férreas, de caminos, de puentes, de muelles y de puertos, que faciliten la producción, que estimulen el trabajo, que alienten a los débiles, y que aumenten la savia por donde circula la vitalidad económica de la nación"<sup>55</sup>.

Para Balmaceda, materializado el programa liberal, y alcanzada la libertad civil, religiosa y política, la obra del momento era ilustrar al pueblo y enriquecerlo, pues ahí estaba el porvenir y la grandeza de Chile; a ella consagró todas sus energías y hacia ella dirigió su gobierno, ejerciendo el poder en plenitud, en contra de la tendencia política de los tiempos, pero encauzando al Estado en favor de la corriente económica moderna, lo cual, evidentemente,

---

<sup>55</sup> En su discurso "La obra del gobierno", pronunciado en el banquete que la ciudad de La Serena celebró en su honor el 22 de marzo de 1889. En Sagredo y Devés, 1991-1992, III, p. 199.

provocó conflictos y crisis.

Si bien Balmaceda transformó al Estado en un ente económico activo, estuvo lejos del estatismo, como algunos autores lo han sugerido<sup>56</sup>. En todo caso, sus planteamientos en esta materia sufrieron una evolución en la que tuvo gran importancia las circunstancias en que ejerció el poder.

Hasta 1882, sostuvo que el Estado sólo debía ejecutar aquellas obras poco productivas, pero de interés público, que no interesaban a los particulares. "El Estado, argumentó, es un mal empresario y mal industrial y sólo debe tomar por su cuenta aquellas obras de reconocida utilidad para el progreso de la nación, pero que como negocio no conviene a los particulares y por tanto no las aceptan"<sup>57</sup>.

Para él, la vocación liberal de los gobiernos debía "limitarse a garantizar la propiedad y la libertad", no olvidando "que la tendencia de encargarlo todo al Estado no puede ser sino sumamente inconveniente". Estos conceptos, sin embargo, no le impidieron, a partir de 1882, sostener la necesidad de que el Estado auxiliara a aquellas actividades y regiones decaídas u olvidadas.

Partiendo del supuesto de "que todo aquello que afecta al movimiento industrial del país no puede ser sino muy interesante para el gobierno", Balmaceda comprometió la participación directa del Estado en múltiples iniciativas, llevándolo por caminos que hasta entonces apenas si había recorrido. Su justificación fue contundente. En 1889 dijo que había llegado el momento de poner la fortuna pública al lado de aquellas actividades que atravesaban por dificultades si con ello se conseguía mantener las fuentes productivas de la nación.

Entre los instrumentos que Balmaceda propuso para hacer más activa la acción del Estado en la economía, se destacan sus ideas sobre expropiación de terrenos en casos de utilidad pública, control de precios, del cambio y de la emisión, además de las medidas que ya venían utilizándose a lo largo del siglo XIX, como los aranceles aduaneros y las leyes de

---

<sup>56</sup> Véase Ramírez Necochea, 1958.

<sup>57</sup> Ver, como ejemplo de lo que sostenemos, sus intervenciones del 20 de diciembre de 1872 en el Cámara de Diputados, y del 26 de diciembre de 1882 en la Cámara de Senadores.

exenciones tributarias y de privilegios exclusivos.

Pero sin duda que fueron las obras públicas, y concretamente la ejecución de vías férreas, la forma directa que empleó para hacer del Estado un actor económico protagónico. En este sentido, su concepción sobre los ferrocarriles, la importancia que les atribuyó, y las nociones que manejó sobre la propiedad estatal de los mismos, resultan las más interesantes y novedosas.

Para Balmaceda, el Estado, además, debía propender a lo que llamó justicia distributiva, uno de cuyos elementos fundamentales era la descentralización de la riqueza, entendida ésta como la realización de obras útiles en todas las provincias y regiones del país, especialmente vías férreas, establecimientos educacionales, cárceles, edificios públicos, caminos y puentes<sup>58</sup>. Esta aspiración presidencial le fue reconocida en numerosas ocasiones, como por ejemplo a través del artículo "El Presidente descentralizador. Dos años de trabajo y de progreso", que un colaborador de *El Heraldo* de Talca publicó en aquel periódico el 14 de octubre de 1888<sup>59</sup>.

La misma preocupación descentralizadora estuvo tras el proyecto del Presidente de un banco del Estado consagrado, no sólo al fomento del progreso, sino también, a la "equitativa distribución de la riqueza".

<sup>58</sup> Véase su ya citado discurso en Victoria del 27 de octubre de 1890. En él aludió especialmente al tema de la descentralización económica del país, señalando: "Desde antes que llegara a La Moneda, veníamos pidiendo la descentralización del gobierno en Chile. Yo he procurado la descentralización política y administrativa; pero la descentralización que inicié como ministro y que he consumado como Presidente, es la descentralización de la riqueza nacional.

Yo he derramado los tesoros de Chile en todo Chile, y he concluido con aquella política, según la cual el centro era el principio y el fin, el todo, y las extremidades de la república regiones tributarias de la capital y sus alrededores".

En nuestra opinión, no estaba lejos de la realidad al hacer tal afirmación. Basta revisar la gran cantidad de obras públicas, especialmente vías férreas, que impulsó e inauguró entre 1870 y 1890. Información sobre las realizaciones materiales llevadas a cabo durante su paso por el gobierno, en Yermany Luckeheide, 1968.

<sup>59</sup> En dicho texto, su autor, un tal Valenzuela, caracteriza a Balmaceda como el Presidente de la reforma y un propagandista entusiasta de la instrucción pública y de los ferrocarriles. Para agregar luego: "pero más que eso, en sus dos primeros años ha sido el que ha puesto toda su influencia en el poder para convertir en realidad ese viejo principio, tan útil y republicano, de la descentralización y de la autonomía provincial". En su concepto, diversas leyes demostraban su aserto, aunque éste se sustentaba en especial en la "ley que cubrirá de redes de ferrocarriles los centros de producción y de industria del país", todas ellas, afirma, "obras de suprema importancia en favor del principio de independencia de las provincias".

Pero otro elemento que contribuyó también a hacer más activa la presencia del Estado en la vida económica nacional fue la situación creada por la precaria realidad sanitaria del país.

Al respecto, Balmaceda sostuvo la necesidad de que el Estado ejecutara obras de alcantarillado, y algunas adelantó él en su gobierno; luchó también por la vacunación obligatoria y general, "a los pobres es preciso salvarlos por la fuerza" señaló; propuso una farmoteca nacional y creó organismos públicos de salud que hicieron partícipe al Estado de realidades que hasta entonces eran propias de la vida privada, pero que a consecuencia de la evolución y progreso del país, exigieron la participación de los poderes públicos, ampliando su esfera de acción<sup>60</sup>.

En este contexto, en su afán por acentuar el papel del Estado en la economía, Balmaceda viajó frecuentemente a provincias, como nunca antes -y hasta mucho después tampoco- lo hizo algún gobernante. A través de sus frecuentes desplazamientos y giras oficiales, no sólo inauguró una nueva forma de hacer política, más directa, de mayor contacto con el pueblo, sino que además, contribuyó a hacer del Estado, a través del Presidente de la República, un actor protagónico de la vida económica nacional.

Como es obvio, con su actitud Balmaceda reforzó el presidencialismo, contradiciendo con ello, una vez más, la tendencia política de su época, con el consiguiente conflicto que ello significó<sup>61</sup>.

La preocupación de Balmaceda por las obras públicas en general y los ferrocarriles en particular, presente a lo largo de su trayectoria pública, se manifestó tempranamente en su carrera política.

---

<sup>60</sup> Sobre el tema de la creciente injerencia del Estado en los problemas de salud pública en la época de Balmaceda, véase Illanes, 1993, pp. 62-84.

<sup>61</sup> Para Vergara J. y Barros L, 1972, hasta la Guerra del Pacífico las funciones del Estado se limitaban, en lo fundamental, a mantener el orden y a un aparato administrativo de alcances limitados, no representando el Poder Ejecutivo una amenaza para ningún grupo de interés. Después de ella, y gracias a las rentas del salitre, el Estado, y su cabeza, tuvieron la capacidad real de actuar ajenos a los intereses de cualquier grupo de poder. La nueva realidad perturbó a la élite dirigente que, entonces, se decidió a constituir una forma de organización política, como el Parlamentarismo, que les permitiera participar de manera permanente en las decisiones relativas a la inversión de los ingresos públicos. Como es obvio, para alcanzar dicho objetivo, la limitación del poder del Ejecutivo resultaba esencial

En su concepto, que expone en numerosos de sus discursos, el gobierno debía ser el más interesado en la ejecución de caminos, ferrocarriles, puertos, diques, edificios, alcantarillados y otra serie de construcciones, puesto que las mismas redundaban en beneficios para el país y representaban obras de poder y de previsión para el bienestar de la nación<sup>62</sup>.

A su juicio, la inversión del Estado en obras públicas constituía una acción de provecho, de ensanchamiento de la riqueza pública y, por tanto, base de la riqueza particular, sin perjuicio de que muchas de ellas representaban un interés público, desde el momento en que beneficiarían a diversas poblaciones o sectores de la sociedad, que de otra manera se verían postergados. De ahí también su defensa de la creación de una repartición estatal que, no sólo velara por la ejecución de estas obras, sino que además se ocupara de la correcta inversión de los fondos fiscales a ellas destinados<sup>63</sup>.

Tocaba al Estado, según Balmaceda, llevar adelante la tarea de crear la infraestructura necesaria para el desarrollo económico del país. De ahí su constante empeño por promover la realización de obras materiales y la extraordinaria proliferación de las mismas durante su mandato presidencial.

Entre las obras públicas que debían llevarse a cabo, las vías férreas eran, para el político, las más significativas. Ellas constituían el impulso fundamental, un elemento de riqueza nacional y un medio para ensanchar la producción del país.

Para Balmaceda, el ferrocarril era "la más maravillosa creación del siglo", puesto que ninguna "tiene un poder más vasto, más removedor y más intenso". El riel, afirmó, "es el agente mudo pero más activo de la civilización moderna", gracias a él se abren nuevas fuentes de riqueza, se da vida a territorios abandonados y se propaga la cultura, el trabajo y la riqueza

---

<sup>62</sup> Véase su discurso "Inversión en ferrocarriles", pronunciado en la Cámara de Diputados el 7 de agosto de 1873. En Sagredo y Devés, 1991-1992, I, p. 99.

<sup>63</sup> El notable incremento de las inversiones en obras públicas luego de la Guerra del Pacífico, así como los problemas que ellas trajeron, llevaron al gobierno de Santa María a la creación de una oficina que dirigiera "científicamente" y con personal adecuado, la ejecución de las obras públicas que el Estado emprendería. Correspondió al ministro Balmaceda la defensa de la nueva repartición ante el Congreso Nacional el año 1884, así como a su gobierno la transformación de esa Dirección en Ministerio de Industrias y Obras Públicas el año 1887. Véase Anguita, 1914, III, pp. 16-17.

pública y particular<sup>64</sup>. El político sostuvo que el ferrocarril tenía como objetivos: dar facilidades al pronto acarreo de los productos del interior, estimular la producción agrícola, minera e industrial, fomentar el comercio, desarrollar el trabajo, satisfacer el interés público y valorar la propiedad. Por ello puso especial vigor en la construcción del ferrocarril central, el que a su juicio, era "como el dorso en el cuerpo humano; se extiende en la parte más importante del territorio de la república, comunicando su vigor y su savia al comercio", abriendo, además, nuevas fuentes de riqueza<sup>65</sup>.

Al Estado correspondía, sostuvo Balmaceda, la ejecución de las redes ferroviarias. En 1887 afirmó: "Ha llegado, pues, el momento de aplicar la atención de los poderes públicos y las fuerzas económicas del Estado a la construcción de líneas férreas que son una verdadera necesidad nacional".

Las razones que aconsejaban, según Balmaceda, aplicar las fuerzas del Estado a la prolongación de las líneas ferroviarias eran variadas. Algunas se relacionaban con la defensa del territorio, otras con el bienestar de la comunidad, pero, la mayoría con el hecho de constituir las líneas férreas "la protección más eficaz que puede prestarse a la industria del país". Con ellas agregaba, "se aumenta el valor de la propiedad particular, se transforman los elementos y brazos de acarreo en fuerza de producción directa, se ensancha la producción y el crédito, se extiende el capital concentrado en los grandes centros de actividad comercial, se acrecienta la riqueza fiscal y se obtiene un progreso tan completo como es posible realizarlo en las condiciones de nuestra presente vida nacional"<sup>66</sup>.

Por último, para Balmaceda los ferrocarriles constituían obras reproductivas, de previsión, una inversión destinada a aumentar y fortificar el crédito del Estado, a ellos estaban

<sup>64</sup> El entusiasmo de Balmaceda por los ferrocarriles queda de manifiesto no sólo en el impulso que les dio, también, en la gran cantidad de discursos que pronunció refiriéndose a ellos y a su importancia para el país.

<sup>65</sup> En cuanto intérprete de su época, los conceptos de Balmaceda reflejaban lo que la opinión también pensaba. Así, por ejemplo, lo muestra un editorial de *La Locomotora* de La Unión, el periódico de una población de la provincia de Valdivia que luchaba por la construcción de un ferrocarril que llegara hasta ellos. En él se puede leer: "Para esta localidad el ferrocarril es todo: vida, luz, progreso, industria, justicia, seguridad individual y es lo que necesita un pueblo para su desarrollo moral y material". Véase edición del 21 de junio de 1884.

<sup>66</sup> Ver su mensaje en el proyecto de ley sobre construcción de ferrocarriles de 20 de agosto de 1887.

ligados todos los problemas económicos del porvenir de Chile y sólo por ellos el país recuperaría su balanza comercial perdida. De ahí su aspiración, expresada en 1889, de "que Chile sea dueño de todos los ferrocarriles que crucen su territorio"<sup>67</sup>.

Los conceptos de Balmaceda en materia de propiedad ferroviaria también experimentaron una evolución. Como Ministro del Interior de Santa María, había sostenido que el Estado sólo debía ejecutar aquellas líneas férreas que la iniciativa particular no estaba en condiciones de construir o que el bien de la comunidad lo aconsejase. Más tarde, próximo a ejercer la presidencia, y acercándose a su posición de 1889, señalaría que el concurso de los particulares en la construcción de ferrocarriles era ventajoso y universalmente aceptado; por último, aspiró a la propiedad estatal del ferrocarril.

Esta evolución fue consecuencia de la importancia que para Balmaceda tuvo la acción del Estado en la economía. Si la vía férrea fue para él la base sobre la cual se levantará el poderío económico nacional, ella debía pertenecer al Estado, el principal agente económico, el único capaz de cautelar los intereses de toda la sociedad.

Dado el significado que Balmaceda le otorgó a los ferrocarriles, su control por parte del Estado constituye la principal forma de intervención estatal en la economía entonces existente. La construcción de una vía férrea estatal se convierte así, en una medida de fomento, de estímulo, para la actividad económica. Se transforma en el instrumento de política económica más eficiente y directo de que el Estado dispone para actuar en la vida económica de la nación, sin perjuicio del papel integrador de la nación que el mismo cumple<sup>68</sup>.

Por eso es que Balmaceda propuso como solución para sacar de su postración a la industria carbonífera de Arauco y dar vida y fomentar el desarrollo de la industria minera de Antofagasta, la construcción de ferrocarriles. El mismo remedio aconsejó para mejorar las

---

<sup>67</sup> Ver el discurso del presidente Balmaceda pronunciado en el banquete con que fue festejado en Iquique el 7 de marzo. Entre otros, en *La Industria* del 9 de marzo de 1889.

<sup>68</sup> Así como se ha abordado el papel de la educación en la construcción de la nación, por ejemplo Serrano, 1994; creemos que todavía no contamos con un estudio del valor de las líneas férreas en el mismo proceso. Tanto en los conceptos de Balmaceda, como en los de otros actores de su época, se aprecia la importancia que se atribuye al ferrocarril como elemento constitutivo de la nacionalidad.

producciones de diferentes regiones del país, sacar de su postración a provincias olvidadas, desarrollar la industria y el trabajo y fomentar el comercio interno y externo, puesto que para él, "los ferrocarriles son estímulo vigorosísimo para la industria y la riqueza nacional, un valor que está llamado a aumentar y fortificar el crédito del Estado", de ahí la conveniencia de construirlos.

En el contexto señalado, la construcción del viaducto del Malleco -en la vía Renaico-Victoria- se transformó en un símbolo de la iniciativa industrial, del poder de la ciencia y del capital, del arte y del trabajo de Chile. El puente, sostenemos, representa la culminación de la obra material en que Balmaceda se hallaba empeñado y para él, un grandioso monumento del saber y del trabajo, que "marcará a las generaciones venideras la época en que los chilenos sacudieron su tradicional timidez y apatía y emprendieron la obra de un nuevo y sólido engrandecimiento"<sup>69</sup>.

La situación y el porvenir de la industria nacional también constituyeron para Balmaceda una de sus principales preocupaciones como político, y frecuentemente se refirió a la necesidad de crear industrias y obras reproductivas.

En su opinión, la industria "era ciencia, que es perfección productora, que es aumento del trabajo humano, que extiende la riqueza y la fecunda, sembrando bienestar". Por eso, afirmó, "necesitamos la industria", para no ir "a elaborar a tres mil leguas de distancia los productos que necesitamos, que podemos elaborar con provecho bajo el cielo de la patria"<sup>70</sup>.

Su visión de la industria nacional era crítica. En su opinión, el país estaba lejos de haber desarrollado todo su poder de producción, resultando que la industria fabril era débil e incierta, entre otras cosas, por la desconfianza del capital y por "nuestra común resistencia para abrir y utilizar sus corrientes benéficas". Aspiraba no sólo a la extensión de la capacidad industrial, también a la creación de medios de producción más extensos, variados y complejos que los existentes.

---

<sup>69</sup> Véase su discurso en la ceremonia de inauguración del viaducto del Malleco en *La Nación* 26 de octubre de 1890.

<sup>70</sup> Véase su discurso en *El Ferrocarril* del 20 de junio de 1881.

Para el político, había llegado el momento, durante su mandato, "de emprender la obra de nuestra organización industrial y de nuestra regeneración económica con el conocimiento claro y distinto de la gran jornada que necesitamos recorrer, para dar un testimonio nacional de lo que somos capaces y de lo que podemos como concepción intelectual que crea y como habilidad práctica que ejecuta"<sup>71</sup>.

Su objetivo era que el país llegase a vestirse por sí mismo, por su propio poder de industria y producción, esa sería, "la más grande de las conquistas sociales y económicas que Chile puede emprender", y hacia ella debían dirigirse los esfuerzos de la nación. "Principiemos -dijo- con prudencia, sin precipitaciones, sin estrechez de alma, pero principiemos, porque esta es la labor más honrosa para el Estado, y sin duda la más útil para las clases obreras de la república".

Propuso otorgar "protección decidida a todas las industrias que tengan por objeto elaborar nuestros propios productos y cierta protección a las industrias que elaboren productos extraños, pero de primera necesidad y gran consumo nacional"; destacando la necesidad de que el Estado, conservando el nivel de sus rentas y de sus gastos, dispusiera una "porción de su riqueza a la protección de la industria nacional, sosteniéndola y alimentándola en sus primeras pruebas"<sup>72</sup>.

Pero no sólo el Estado debía contribuir con su capital y sus leyes económicas, al progreso industrial; todos, sostuvo Balmaceda, individual o colectivamente, debían concurrir a producir más y mejor, a consumir lo que se producía, sólo así "una savia más fecunda circulará por el organismo industrial de la República, y un mayor grado de riqueza y de bienestar nos dará la posesión de este bien supremo del pueblo trabajador y honrado: vivir y

---

<sup>71</sup> Véase su discurso en la apertura de la Exposición Nacional de 1888 en *El Ferrocarril* del 27 de noviembre.

<sup>72</sup> Véanse, entre otros, sus discursos "Las aspiraciones liberales" (1881), "Programa del candidato a la Convención" (1886), "Chile y su organización industrial" (1888), y "La industria salitrera" (1889), en Sagredo y Devés, 1991-1992, III, pp. 87-91, 139-143, 173-175 y 185-188 respectivamente.

vestirse por nosotros mismo"<sup>73</sup>.

En este contexto, para Balmaceda la organización industrial del país representaba una verdadera regeneración económica. Significaba contemplar los intereses presentes y futuros de la nación, marcar el derrotero a seguir, una obra de previsión, "para que en el momento en que el salitre se agote o se menoscabe su importancia por descubrimientos naturales o los progresos de la ciencia, hayamos formado la industria nacional y creado con ella y los ferrocarriles del Estado la base de nuevas rentas de una positiva grandeza"<sup>74</sup>.

En resumen, creemos que José Manuel Balmaceda mostró una preocupación permanente por los asuntos económicos, y que así lo demuestran sus numerosos discursos y las acciones que fomentó y ejecutó a lo largo de su actuación como gobernante. Formó parte, y él lo sabía, de un mundo en el que "las fuerzas expansivas del progreso moderno han derribado muchas fronteras, han vencido las zozobras de la ignorancia" y en el que "la ciencia y la industria moderna tienen un poder de creación capaz de someter todos los elementos de la naturaleza a su sabiduría y a su imperio"<sup>75</sup>.

En la época de Balmaceda, y éste como gobernante, se encuentran los antecedentes de lo que llegaría, años después, a considerarse Estado moderno, es decir, un Estado cuya preocupación fundamental fueron los asuntos económicos y sociales; en palabras de José Manuel Balmaceda, un Estado que, cumpliendo su misión, "lleva en su seno los gérmenes y las fuerzas expansivas de una acción ilimitada".

Pero Balmaceda no sólo fue un decisivo promotor de la participación del Estado en la vida económica del país. La vitalidad de que hizo gala a lo largo de su trayectoria como gobernante, en especial como Jefe de Estado, demuestra que también estaba decidido a

<sup>73</sup> "Programa del candidato de la Convención", discurso de José Manuel Balmaceda en la gran convención liberal, nacional, radical que lo proclamó candidato a la Presidencia de la República en Valparaíso el 17 de enero de 1886. En *La Época* del 20 de enero de 1886.

<sup>74</sup> Véase su discurso sobre la industria salitrera pronunciado en el banquete con que fue festejado a su llegada a Iquique el 7 de marzo de 1889. En *La Industria* del 9 de marzo.

<sup>75</sup> Ver los discursos pronunciados por Balmaceda en Curicó el 16 de octubre de 1888, en Los Andes el 5 de abril de 1889, y en Collipulli el 26 de octubre de 1890. En Sagredo y Devés, 1991-1992, III, pp. 171, 203 y 223, respectivamente.

materializar sus planteamientos en la realidad, contribuyendo así a potenciar la positiva imagen existente en la sociedad de su tiempo sobre la situación del país. Sólo así se explica la febril actividad que desplegó tanto en Santiago, como cuando partió de viaje a la provincia.

## EL QUEHACER DE BALMACEDA

Para la opinión de su tiempo, José Manuel Balmaceda fue un político "trabajador, profundamente patriota y poseído por la pasión del bien público"<sup>76</sup>. Un gobernante que, pese a los conflictos en que se vio envuelto, sobresalió por un dinamismo que se materializó en sus recurrentes salidas fuera de la capital, pero también en la actividad que normalmente desplegó cuando se encontraba en Santiago.

Un cronista lo caracteriza como un "hombre que llenó por completo La Moneda": pisaba fuerte y se sentía lejos el eco de sus pasos", afirma<sup>77</sup>. Esta característica de la personalidad de Balmaceda, creemos, explica la nota que uno de sus ministros le escribió cuando el Presidente se encontraba fuera de Santiago. En ella Mariano Sánchez Fontecilla le informaba a Balmaceda que en los días pasados no había ocurrido en Santiago "cosa digna de mención"; advirtiéndole, sin embargo, "que aún cuando deseo que usted haga en esa muy bien acopio de salud, su presencia en La Moneda será para mí, y lo creo también así para todos los colegas, un grande y necesario auxilio, ya para ilustrarnos en los asuntos administrativos, ya para resolver en los políticos". En el fondo, le pedía que regresara pronto<sup>78</sup>.

Según una de nuestras fuentes, fue "un espíritu flexible e inquieto, como los viajeros que necesitan siempre nuevos y variados horizontes". Tales características, combinadas con las circunstancias en que le cupo desempeñar el poder, explican una prolífica administración de

---

<sup>76</sup> Véase Orrego Luco, 1984, p. 234. Este cronista, que finalmente terminaría enfrentándolo en 1891, agrega que el Presidente "trabajaba con tesón por el bien del país, especialmente en las obras públicas y se preocupaba de su desarrollo cultural".

<sup>77</sup> Véase Rodríguez Mendoza, 1919, p. 67.

<sup>78</sup> Véase Correspondencia de Balmaceda, tomo V, Fs 164-165. La carta, fechada el 16 de noviembre de 1889, cuando Balmaceda se encontraba en los baños de Cauquenes reponiéndose de sus quebrantos de salud, concluye con la esperanza del Secretario de Estado: "me atrevo a contar con que usted no tardará mucho..."

la cual él fue actor principal por su situación, pero también, por sus "excepcionales condiciones de imaginación y de talento", por ser "un entusiasta y acaso un soñador", como lo describió uno de sus opositores<sup>79</sup>. Fue, en los que juzgamos adecuados conceptos de uno de sus colaboradores, un hombre de Estado en el contexto de una moderna república, y por ello mismo, "castigado a vivir perpetuamente en continua agitación"<sup>80</sup>.

Por lo pronto es necesario considerar que para Balmaceda, como lo expresó en el discurso de proclamación de la candidatura presidencial de Domingo Santa María en 1881, había llegado el momento de "trabajar sin tregua para que Chile llegue en el menor tiempo posible a realizar este anhelo y este hecho de un gran pueblo moderno, a saber: VIVIR Y VESTIRSE. ARMARSE Y DEFENDERSE POR SÍ MISMO"<sup>81</sup>. En su opinión, alcanzados los principales objetivos políticos del ideario liberal, el país debía concentrarse ahora en los asuntos económicos y sociales, y, en primer término, en "trabajar y producir". Transformándose él, y las administraciones en que participó, en un ejemplo de lo que promovía para Chile.

El propio Balmaceda, aún antes de alcanzar la presidencia, se definía a sí mismo como "un político de trabajo"<sup>82</sup>. Un gobernante "deseoso de conocer el estado administrativo" de las diferentes provincias del país, "de apreciarlo directamente" para aplicar "a toda mejora practicable, a toda obra que importe un paso más en el camino de la labor de gobierno, las fuerzas vivas del Estado"<sup>83</sup>. Si en su concepto la acción gubernativa debía ocuparse del "mejoramiento de los intereses comunes", para lo cual era indispensable que los gobernantes "cumplan su deber de considerar y estimular" las condiciones de existencia de los pueblos, no debe sorprender sus continuos desplazamientos por el país, por la capital y por cada una de las

---

<sup>79</sup> Véase Orrego Luco, 1984, p. 236. Alessandri, 1950, p. 42, afirma que Balmaceda estaba "dominado por su gran idea de dar al país un impulso material gigantesco".

<sup>80</sup> Bañados Espinoza, 1894, I, p. 118.

<sup>81</sup> Véase su discurso sobre las aspiraciones liberales, en *El Ferrocarril* del 20 de junio de 1881.

<sup>82</sup> En la víspera de ser ungido candidato oficial, y por lo tanto prácticamente presidente de la república, Balmaceda agradeció a quienes le notificaron la decisión de la Convención con las siguientes palabras: "en las democracias, el primer puesto es, sin duda, el puesto de más trabajo. Los primeros funcionarios del Estado son los primeros servidores de la nación". Véase *El Ferrocarril* del 12 de febrero de 1884.

<sup>83</sup> Véase su brindis en el banquete que se le ofreció en La Serena, en *El Coquimbo* del 6 de marzo de 1883.

poblaciones que visitó<sup>84</sup>.

Su creencia en la necesidad de "descentralizar la acción y la distribución de la riqueza nacional, aplicándola a la realización de obras útiles en todas las provincias y departamentos de Chile", fue lo que, entre otros motivos, lo llevó desarrollar una actividad a lo largo del país como nunca se había visto en un gobernante. No por nada, afirmó: "juzgo por la propia experiencia, que la mayor si no la sola satisfacción que puede experimentar un hombre o un partido, es hacer el mayor bien posible, y que la mano bienhechora de la autoridad cubra el territorio de la república"<sup>85</sup>.

Junto con las que podríamos considerar sus convicciones, Balmaceda actuó motivado por una positiva evaluación del momento en que le cupo ejercer el poder, la cual, también, lo alentó a desarrollar un dinámico quehacer. Se trataba de un país con recursos y en pleno proceso de cambio, en el que, en las gráficas palabras de un contemporáneo, "la renta del salitre empezaba a subírsenos a la cabeza transformando en rico al pueblo"<sup>86</sup>. Una sociedad con un ambiente que a Balmaceda le permitió afirmar en octubre de 1888, sin imaginar lo que lo esperaba, que si bien "siempre fue ardua y delicada tarea la de dirigir los Estados y gobernar a los hombres", él creía que en "estos instantes y en Chile la empresa es fácil y grata", entre otras razones, "porque encuentro en mis conciudadanos la benevolencia y la cooperación que nos permitirá a todos, sin resistencia ni desafecciones personales, servir a la república y engrandecerla"<sup>87</sup>.

Las circunstancias de la primera mitad de su mandato le permitieron ser optimista y reflexionar sobre su labor. En diciembre de 1887, y luego de aquilatar los ingresos del salitre, afirmó: "Es de alta política administrar con la mayor severidad y honradez, para aplicar la riqueza pública a obras útiles, que marquen la huella de nuestra época y de los hombres que hemos contribuido a formarla y a dirigirla". Entonces su situación es fuerte como para sostener

<sup>84</sup> Las citas tomadas de un discurso en Ovalle. Véase *El Ferrocarril* del 14 de marzo de 1883.

<sup>85</sup> Véase su discurso en la gran Convención Liberal, Nacional, Radical que lo proclamó candidato a la Presidencia de la República, en *La Época* del 20 de enero de 1886.

<sup>86</sup> Véase Rofríguez Mendoza, 1919, p. 67.

<sup>87</sup> Los conceptos de Balmaceda en un discurso en Curicó. Véase *La Tribuna* del 19 de octubre de 1888.

que "nuestros adversarios dirán lo que quieran, pero no han tenido ellos la iniciativa en el Congreso, ni en la opinión, ni en el trabajo". Según el Presidente, toda iniciativa "ha estado concentrada en el gobierno, por la actividad y energía de éste". Por eso, continuaba, cuando la oposición mira alrededor "y se encuentra con las manos vacías, y con la opinión pública a nuestro lado, se desquitan gritando contra la omnipotencia de Balmaceda". Pero, concluía, "mientras no nos excedan en actividad, en acierto y energía patriótica, habremos de parecer omnipotentes por obra de autoridad, cuando en realidad hemos sido o somos los directores aceptados de una nueva y fecunda situación política"<sup>88</sup>.

Balmaceda sostuvo que gobernar era "servir y trabajar", y que su aspiración en el alto cargo que ocupaba era "el legítimo honor de ser el primero en el trabajo y el primero en el servicio de mis conciudadanos"<sup>89</sup>. Su acción estaba guiada por su creencia de haber sido elevado a un "puesto de servicio y de trabajo" en el cual, explicó, "he creído que debía contemplar los intereses presentes y futuros de la nación y marcar el derrotero consagrándole todos mis esfuerzos"<sup>90</sup>. Por lo anterior es que afirmó que vivía "consagrado al servicio de mis conciudadanos", advirtiéndoles a los chilenos "que no tengo más interés que por lo justo, ni más amor que por lo bueno, ni más pasión que por la patria"<sup>91</sup>.

Fue su concepción del ejercicio del poder como "la acción de ciudadanos enérgicos y varoniles para quienes la abnegación es un deber y el trabajo la sola satisfacción del alma honrada", unida a su noción del Ejecutivo como "un poder esencialmente activo, con vasta

---

<sup>88</sup> Véase carta a Domingo Santa María fechada el 9 diciembre de 1887. En Archivo Santa María, Archivo Nacional. Como es obvio, José Manuel Balmaceda no advirtió entonces los riesgos que una realidad como la que él describía tendría para su propia situación en el futuro.

<sup>89</sup> En "La acción del gobernante" ya citado. Conceptos similares en su discurso "La actualidad política", en Sagredo y Devés, 1991-1992, III, p. 222.

<sup>90</sup> Los conceptos en su discurso en La Serena. Véase *El Coquimbo* del 23 de marzo de 1889.

<sup>91</sup> Véase su discurso en el banquete que se le ofreció en La Serena en *El Coquimbo* del 23 de marzo de 1889. La última frase citada, representa de tal forma al Balmaceda gobernante que su colaborador, amigo y depositario de su última voluntad, Julio Bañados Espinoza, encargado por el propio Presidente de hacer la historia de su administración, la incluyó en la portadilla de su *Balmaceda, su gobierno y la Revolución de 1891*, editado en París en 1894.

esfera de actividad", los que contribuyen a explicar la energía de su quehacer<sup>92</sup>.

Estas ideas se conjugaron, provocando el dinamismo de que hizo gala, con un programa de gobierno que Balmaceda sintetizaba en "el ensanchamiento de la instrucción pública, en el fomento activo y resuelto de la industria, en la severa probidad pública y administrativa y en la quietud de los espíritus para realizar, en la medida de lo posible y con el concurso de todos, la obra común del engrandecimiento de la república"<sup>93</sup>.

Así se explica que Balmaceda estuviera en permanente movimiento y actividad, pues, y como un contemporáneo que lo frecuentó afirmó, "vivía pendiente de su acción pública, preocupado de los nuevos ferrocarriles, de caminos y obras públicas, de construir muchas escuelas y también de afrontar las inmensas dificultades creadas por la lucha de los partidos"<sup>94</sup>.

Estas últimas, en efecto, ocuparon parte importante de su gestión, dificultando su quehacer y llevándolo a quejarse de que "si no fuera por las ambiciones particulares y de círculo", que según él "arrebatan tiempo" y dejan inactivos los proyectos en el Congreso, "habríamos mudado de cara a la república entera"<sup>95</sup>.

Como secretario de Estado Balmaceda también desplegó incesante actividad, aunque ésta no llamó la atención en la medida que lo hizo su quehacer como Jefe de Estado debido a que su labor fue vista como propia de su condición de Ministro y a que, en esa situación, Balmaceda siempre dejó en claro que su actuación era sólo una derivación de la voluntad de Santa María. Así lo precisa en octubre de 1885, una vez alejado del ministerio y en la respuesta

<sup>92</sup> Estos conceptos en el ya citado discurso de La Serena en marzo de 1889 y en su "Mensaje presidencial de 1890". El último, en Sagredo y Devés, 1991-1992, II, p. 351.

<sup>93</sup> Los conceptos citados en su discurso en La Serena. Rodríguez Mendoza, 1919, p. 68, una vez más expresa gráficamente la situación de Balmaceda al momento de gobernar un país que ya era rico y en el que éste, "con ese fervor grandilocuente -un poco castelariano- que ilumina como una llama encendida en la montaña todos los actos de su vida pública, dijo, señores: la victoria ha dado de sobra con que hacer un gran país; hagámoslo".

<sup>94</sup> Véase Orrego Luco, 1984, p. 233. En carta a Domingo Santa María fechada en octubre de 1888, Balmaceda le expresa, justificándose, "no pude escribirle ayer ni anteayer porque el servicio de ferrocarriles me ha tenido completamente absorbido". Véase pieza 7570, Archivo Santa María, Archivo Nacional.

<sup>95</sup> Véase su carta a Carlos Antúnez fechada el 15 de junio de 1889. En correspondencia de Carlos Antúnez. En otra carta al mismo corresponsal fechada el 9 de octubre de 1888, Balmaceda se excusa de su falta de atención a su correspondencia, debido a que "la labor que me demanda la administración y la política es tan intensa, que carezco de tiempo material para escribir correspondencia alguna". Carta citada en Correspondencia de José Manuel Balmaceda, libro copiadador.

que da a una nota de aplauso que vecinos de La Unión le hicieron llegar "por sus servicios prestados al país". En ella, y demostrando una modestia poco habitual, afirma: "He sido siempre obrero de una administración en que la labor es el resultado de la iniciativa del Presidente y del concurso de muchos. He cumplido simplemente mis deberes de soldado del partido liberal"<sup>96</sup>.

Una vez en la presidencia, la febril acción de Balmaceda adquirió notable relevancia, entre otras razones, por la falta de costumbre de ver al Primer Mandatario fuera de La Moneda.

Tal y como veremos ocurría en provincia, una de sus actividades más comunes fue la de inspeccionar obras públicas en ejecución en la capital<sup>97</sup>. Sabemos que el 22 de enero de 1889 visitó, acompañado de los ministros del Interior y de Industria y Obras Públicas, "los trabajos del internado de Santiago, de la nueva escuela Militar y del cuartel de Artillería"<sup>98</sup>. Y que al día siguiente se dirigió a hacer una visita al edificio en construcción de la Escuela de Medicina, a la cárcel que está para terminarse y a la Escuela de Artes y Oficios<sup>99</sup>. La inspección de los trabajos que se realizaban en la riberas del Mapocho también ocupó a Balmaceda, y a ellos acudió en más de una oportunidad en virtud de la magnitud y la trascendencia de los mismos para la ciudad.

En estos reconocimientos el Presidente, normalmente acompañado por algunos de su ministros y profesionales especializados, examinaba detenidamente las obras y resolvía

<sup>96</sup> La información sobre la nota recibida por Balmaceda y el texto de su respuesta, en *La Locomotora* del 3 de octubre de 1888. La actitud de Balmaceda, que contrasta con la que mostraría más tarde, muestra bien el peso, el poder de la Presidencia de la República. A él la sociedad atribuye todo lo que se realiza y ocurre en el país.

No está demás señalar, sin embargo, que la actividad ministerial de Balmaceda también ha sido valorada. Véase Bañados Espinoza, 1894, I, pp. 25-59. Según Rodríguez Mendoza, 1919, p. 67, Balmaceda "llegaba a la presidencia después de haber prestado al país servicios eminentes".

<sup>97</sup> Esta rutina, la de visitar obras, Balmaceda la mantuvo incluso cuando estaba de vacaciones y se desplazaba a Viña del Mar. Así por ejemplo, en Valparaíso "visitó el hospital de San Agustín, el local donde se está construyendo el liceo de niñas y un terreno en la calle la Victoria para construir un instituto comercial". Véanse *La Tribuna* y *El Mercurio* del 20 y *El Estandarte Católico* del 22, todos de febrero de 1889.

<sup>98</sup> Véase *La Tribuna* del 23 de enero de 1889.

<sup>99</sup> Véanse *El Ferrocarril* del 25 y *El Estandarte Católico* del 24, ambos de enero de 1889. La última fuente señala que Balmaceda había quedado "muy complacido del adelanto de los trabajos y disposición de ellos". *La Tribuna* del 23 y 24 informaba que el Presidente se encontraba cumpliendo un programa de visitas a edificios fiscales en construcción.

cuestiones destinadas a corregir errores o a mejorar las construcciones<sup>100</sup>. También aprovechaba sus traslados por la capital para, y en medio de sus excursiones, definir la futura situación de escuelas u otros establecimientos públicos<sup>101</sup>.

En definitiva, y como un medio ya citado lo advirtió, el objetivo del Presidente era "impulsar la pronta ejecución de las obras públicas en construcción", para lo cual consideraba imprescindible hacer visitas a las edificaciones en marcha<sup>102</sup>.

Junto con las inspecciones por la ciudad, fue común ver al presidente Balmaceda encabezando ceremonias de inauguración de obras fiscales o de eventos relacionados con la vida económica del país. En septiembre de 1887, por ejemplo, encabezó la ceremonia de fundación de la primera piedra de la Escuela Pública N° 1 de Santiago<sup>103</sup>. En noviembre de 1888 abrió la Exposición Nacional<sup>104</sup>. En abril de 1889 participó en la solemne inauguración de la nueva Escuela de Medicina, oportunidad en la que se representó el ritual característico que acompañaba los eventos en los que el Jefe de Estado participaba<sup>105</sup>.

Otra de las frecuentes salidas de Balmaceda fue para visitar establecimientos educacionales o participar en exposiciones de diversos tipos, especialmente aquellas relacionadas con las manualidades o las actividades industriales<sup>106</sup>.

<sup>100</sup> Así ocurrió, por ejemplo, en su inspección del cuartel de Artillería de Santiago y del local del liceo de niñas de Valparaíso. Véanse *La Tribuna* del 23 de enero y del 20 de febrero, ambas de 1889.

<sup>101</sup> Por ejemplo, el 22 de enero de 1889, resolvió que "las escuelas modelos para Santiago se construyeran una en la calle del Carmen, otra en la Alameda de los Capuchinos y la tercera en la Cañadilla". En *La Tribuna* del 23 de enero de 1889.

<sup>102</sup> *La Tribuna* del 23 de enero de 1889.

<sup>103</sup> Véase *El Ferrocarril* del 18 de septiembre de 1887.

<sup>104</sup> Véase *El Ferrocarril* del 27 de noviembre de 1888.

<sup>105</sup> Esta ceremonia se verificó el 14 de abril de 1889. Véase *La Tribuna* del 12 y 15 y *El Ferrocarril* del 16, todos de abril de 1889.

De acuerdo con las notas de prensa, poco antes de las dos de la tarde el batallón Arica del 4° de línea, con su banda de música, se encontraba ya formado en la plazuela de la Escuela, mientras acudían a ella una "multitud de estudiantes, médicos y particulares". A las dos y media llegaron los tres coches del gobierno escoltados por los Granaderos a caballo, uno de los cuales conducía a S.E. el Presidente de la República y algunos de sus ministros del gabinete. Al ingresar S.E. y comitiva en el edificio, la banda del batallón Arica y la orquesta del Conservatorio de Música interpretaron la Canción Nacional, mientras las autoridades se dirigían a la tribuna especialmente dispuesta para ellas.

<sup>106</sup> Alessandri, 1950, p. 130, recuerda que como estudiante de leyes de la Universidad de Chile, recibió del presidente Balmaceda "calurosas y expresivas felicitaciones" con motivo de la repartición de premios en dicha facultad.

En mayo de 1888, por ejemplo, "hizo una visita a la exposición de objetos manuales que el señor Claudio Matte y Ahumada ha abierto en la calle de la Moneda"<sup>107</sup>. El 31 de diciembre del mismo año asistió a la clausura de la Exposición Nacional que en la Quinta Normal mostraba los productos con que Chile concurriría a la Exposición de París<sup>108</sup>. El primer día del año 1889 asistió a "la repartición de premios que se verificó en la Escuela Militar, desplazamiento en el que utilizó los carruajes de gala que el gobierno había adquirido en Francia"<sup>109</sup>.

El 12 de octubre de 1890 visitó el Pensionado de Santiago en la Quinta Normal, oportunidad en la que, luego de concluida su inspección, aceptó la invitación del Intendente para comer en el café de señor Melossi, acompañado de amigos políticos. El hecho dio pie al reproche de algunos medios, los que criticaron que "el presidente Balmaceda, olvidando la dignidad de su puesto, aceptara" participar en la mencionada comida<sup>110</sup>. Sin duda, una clara manifestación de que el estilo impuesto por el Presidente incomodaba a algunos, en este caso, a un medio conservador.

Fueron sus numerosas visitas a establecimientos y oficinas estatales y obras públicas, así como su participación en variadas actividades propias de su condición de gobernante las que explican la nota publicada por un periódico cuando Balmaceda ya llevaba casi dos años y medio en la presidencia<sup>111</sup>. En ella es posible leer: "S.E. el Presidente de la República ha visitado últimamente todos los trabajos fiscales emprendidos en la capital"<sup>112</sup>.

<sup>107</sup> Véase *El Ferrocarril* del 15 de mayo de 1888.

<sup>108</sup> A ella asistió acompañado de sus ministros de Estado, en medio de una concurrencia que superaba las 1.500 personas que, según la prensa, hizo posible un "acto espléndido y del más agradable efecto". Véase *El Ferrocarril* del 1 de enero de 1889.

<sup>109</sup> Véase *El Independiente* del 2 de enero de 1889.

<sup>110</sup> La información, citando fuentes de Santiago y Talca, entre otras *El Estandarte Católico*, aparece en *El Colono* del 15 y 16 de octubre de 1890.

<sup>111</sup> A lo dicho debemos sumar todavía las numerosas oportunidades en que Balmaceda debió participar en las exequias de hombres públicos como Benjamín Vicuña Mackenna, Antonio Varas y el ex presidente Aníbal Pinto. Las intervenciones del gobernante en cada una de las mencionadas, en Sagredo y Devés, 1991-1992, III.

<sup>112</sup> Véase *La Tribuna* del 25 de enero de 1890. La información se completaba con la noticia de que Balmaceda "partirá mañana a Penco, donde tomará, después de la pesada labor del año, algunos días de descanso en unión de su distinguida familia".

Por otra parte, habitual fue en Balmaceda recibir y atender en su residencia, y no hubo "un sólo Ministro y hombre de importancia que figurara en la familia liberal que no haya asistido a la mesa y a los salones del Presidente". De hecho, continúa uno de sus colaboradores directos, siempre se mostró "amable, atento, cariñoso y noblemente hospitalario", transformando su hogar. es decir el Palacio de La Moneda, en "hogar de sus ministros, ofreciéndoles banquetes y mesa diaria en el medio día", pero también a la hora de las onces y de la comida, pues su casa siempre "estaba abierta a muchos amigos políticos"<sup>113</sup>.

El presidente Balmaceda ofreció manifestaciones en La Moneda a diversas personalidades o instituciones. Como nos enteramos, "rara era la quincena que no daba una comida oficial a los ministros, miembros del Congreso y otros altos funcionarios públicos"<sup>114</sup>. Entre ellas se cuentan la que dio a veinticinco amigos políticos el 23 de septiembre de 1888<sup>115</sup>. La que celebró para ministros, senadores, diputados y otros amigos de su administración el 30 de septiembre de 1888<sup>116</sup>. Otras de iguales características el 9 de octubre del mismo año<sup>117</sup>. La comida que ofreció a Vicente Dávila Larraín<sup>118</sup>. La que celebró en honor del senador por Valparaíso Augusto Matte<sup>119</sup>. Una a la que invitó a senadores, diputados y amigos en octubre de 1889<sup>120</sup>. La que brindó a los miembros de su gabinete en septiembre de 1890<sup>121</sup>. En fin, el gran banquete que con ocasión del aniversario de la batalla de Tacna dio en mayo de 1890 a

<sup>113</sup> Véase Bañados Espinoza, 1894, II, p. 558 y 660.

<sup>114</sup> Véase Bañados Espinoza, 1894, II, p. 660. A veces también invitaba de modo informal, así por ejemplo a Carlos Antúnez cuando le escribió: "lo espero a comer a las seis hoy sábado, de levita y sin ceremonia". En correspondencia de Carlos Antúnez, Sala Medina, Biblioteca Nacional.

<sup>115</sup> Véase *La Tribuna* del 24. En un ejemplo del interés que la prensa mostraba por estos eventos, *La Tribuna* del 25 completaba la lista de los invitados presidenciales agregando los nombres omitidos en la primera información.

<sup>116</sup> La información y los nombres de los asistentes, en *La Tribuna* del 1 de octubre de 1888.

<sup>117</sup> Véase la nómina de participantes en *El Estandarte Católico* del 10 de octubre de 1888.

<sup>118</sup> Ésta se celebró el 13 de octubre de 1888 y fue con motivo de la renuncia del mismo al Ministerio de Industria y Obras Públicas. Véase *El Estandarte Católico* y *La Tribuna* del 13, ambos de octubre de 1888. En el último de los medios se encuentra la nómina de asistentes.

<sup>119</sup> Véase *El Ferrocarril* del 16 de abril de 1889. La causa de la manifestación fue el viaje del senador a Europa, en ella participaron la señora y dos hijas de Balmaceda, los ministros de Estado y dieciséis invitados más.

<sup>120</sup> Véase *La Tribuna* del 8 de octubre de 1889.

<sup>121</sup> A él asistieron su señora, dos de sus hijas, sus seis ministros y diecinueve personalidades más. Véase *El Mercurio* del 8 de septiembre de 1890.

numerosos jefes militares<sup>122</sup>. O el que con motivo de las fiestas patrias del mismo año ofreció "a los generales y coroneles de la guarnición de Santiago"<sup>123</sup>.

Creemos que la disposición que Balmaceda siempre mostró para recibir en su residencia se explica en el hecho que cada una de estas reuniones representaba, en sí misma, un oportunidad de hacer política<sup>124</sup>. A través de ellas podía establecer relaciones, alcanzar acuerdos, planear cursos de acción, expresar opiniones, recibir consejos y hacer llegar mensajes y gestos a la opinión. Así por lo demás lo reconoce Bañados Espinoza cuando afirma que Balmaceda "tenía conferencias que iban rápidamente a sus miras y hacía invitaciones oficiales que envolvían significado político"<sup>125</sup>. Pero también implícitamente, y en un plano más general, Orrego Luco, cuando relata las reuniones, comidas y veladas en que participaban los hombres públicos de la época, todas ellas, traspasadas por un interés evidentemente político<sup>126</sup>.

De hecho, el que las invitaciones de Balmaceda hayan llegado hasta nosotros a través de la prensa, incluso con la individualización de los concurrentes, demuestra que las reuniones que organizaba representaban actos políticos y que constituían formas naturales de sociabilidad entre quienes desempeñaban o aspiraban a alcanzar el poder. En definitiva, que fueron uno de los espacios para la práctica política que Balmaceda utilizó corrientemente.

En este contexto, no debe sorprender que el gobernante también aceptara diversas

<sup>122</sup> Según Orrego Luco, 1984, p. 277, la manifestación "fue muy comentada en el público, a manera de anuncio de los planes presidenciales en contra del Congreso". En especial, porque Balmaceda no invitó al coronel del Canto, "que se había distinguido especialmente en esa batalla, creyendo no contar con su adhesión". Además de los oficiales, concurren los ministros del Interior, de Relaciones Exteriores, de Justicia y el de Instrucción Pública.

<sup>123</sup> La información en *El Mercurio*, 23 de septiembre de 1890. Sin duda estas últimas invitaciones son significativas pues se produjeron justo cuando comenzaron a manifestarse con claridad los conflictos que terminaron en la Guerra Civil de 1891. En virtud de que luego de la manifestación de mayo ofrecida por el Presidente, algunos jefes y oficiales del ejército realizaron un almuerzo en honor del "olvidado" coronel del Canto, al que se sumó otro que la oposición brindó al mismo militar, es posible suponer que Balmaceda aprovechó las fiestas patrias para recomponer las relaciones con una oficialidad que había mostrado gran revuelo e indignación por su actitud. Véase Orrego Luco, 1984, pp. 277-278.

<sup>124</sup> Hubo ocasiones en que Balmaceda utilizó el fundo *Lo Aguila* de su suegra Emilia Herrera para mantener conversaciones, intercambiar ideas y recibir impresiones de otros políticos. Véase Orrego Luco, 1986, p. 138.

<sup>125</sup> Bañados Espinoza, 1894, I, p. 156.

<sup>126</sup> Véase Orrego Luco, 1984.

invitaciones, tanto de amigos como las que tenían como propósito atender alguna propuesta de adelanto<sup>127</sup>. Siendo Ministro de Estado concurrió a algunas, como la que lo llevó a El Salto para, entre otros objetivos, "determinar la construcción de un camino carretero paralelo a la línea férrea" entre Santiago y esa localidad, y para estudiar la idea de levantar "una gran casa de sanidad"<sup>128</sup>.

En otras ocasiones, concurrió a manifestaciones organizadas por amigos políticos, familiares o el propio presidente Santa María, como lo demuestran las fotografías en que Balmaceda aparece sentado a la mesa, o la que lo muestra junto a los demás concurrentes de una cita con Santa María. (Véase foto No.34).

Balmaceda se dio tiempo también para ciertos esparcimientos, como concurrir a la opera<sup>129</sup>. Aceptar la invitación del dueño del Teatro de Santiago para presenciar una función de Sarah Bernhardt<sup>130</sup>. Asistir a algunos salones y participar de las tertulias existentes en la capital, e, incluso, mantener la suya en La Moneda como, hemos visto, numerosos testimonios lo acreditan<sup>131</sup>. También siguió algunas otras costumbres de su época, como la de intercambiar retratos. Demostración de ello es el que envió a Carlos Antúnez en respuesta al que éste le había hecho llegar<sup>132</sup>.

<sup>127</sup> El 3 de noviembre de 1885 escribe: "querido colega, con el mayor placer estaré mañana a comer con Ud. y los suyos, y beberemos una copa por el buen Ministro, colega y amigo". La nota se encuentra en la Correspondencia de Carlos Antúnez. Entre los convites que Balmaceda recibió y participó, se encuentran muchos que formaron parte de sus desplazamientos a la provincia.

<sup>128</sup> Véase *El Ferrocarril* del 27 de febrero de 1883. En El Salto le fue ofrecido un almuerzo.

<sup>129</sup> Véase Orrego Luco, 1984, pp. 167-168.

<sup>130</sup> En su respuesta al dueño de la sala, Balmaceda expone algunas de sus costumbres, pero también, aunque de forma inconsciente, sus preocupaciones sobre Chile. En ella señala: "Aunque soy poco aficionado al teatro y por lo mismo concurre muy rara vez, me parece justo tributar homenaje a la distinguida artista, y que todos demos prueba de la civilidad y cultura del país". Véase *El Ferrocarril* del 28 de septiembre de 1886. Orrego Luco, 1984, p. 217, evoca las presentaciones de la Bernhardt en Santiago, "que a pesar de los altos precios", nos informa, siempre se dieron a teatro lleno, obteniendo la "admirable trágica francesa enormes ovaciones".

Tal vez es posible sostener que Balmaceda, que no acostumbraba a asistir al teatro, entonces lo hizo por la popularidad que participar de la función de la Bernhardt podía significarle.

<sup>131</sup> Véase *La Tribuna* del 12 de septiembre de 1888. En su residencia de la costa Balmaceda también celebró tertulias. Así por ejemplo, *El Ferrocarril* del 23 de febrero de 1883 informa que "anoche hubo una animada tertulia en Viña del Mar, casa del señor ministro Balmaceda. La concurrencia era numerosa".

<sup>132</sup> Véase la constancia de este intercambio en su carta a Antúnez fechada el 18 de octubre de 1887. En correspondencia de Carlos Antúnez, Sala Medina, Biblioteca Nacional.

Como se ha apreciado, la vida cotidiana del Balmaceda gobernante fue intensa, plena en tareas que lo mantuvieron siempre en acción, todo lo cual, por lo demás, era una manifestación de su carácter<sup>133</sup>. El mismo que llevó a uno de sus estrechos colaboradores a afirmar que "es difícil encontrar hombre más trabajador y activo que Balmaceda"<sup>134</sup>.

La correspondencia de José Manuel Balmaceda es pródiga en manifestaciones del político sobre sus ocupaciones y preocupaciones<sup>135</sup>. "Por lo pronto, siempre se muestra escaso de tiempo para atender su intercambio epistolar. A su amigo J. Joaquín Larraín Zañartu le escribe, "sin tiempo, no diré para contestar, pero ni siquiera para leer la abrumadora correspondencia de los últimos días"<sup>136</sup>. A Demetrio Lastarria le dice, "me falta el tiempo para escribirle tan detalladamente como lo deseo"<sup>137</sup>. Con Marcial Martínez se explaya un poco más, explicando, "interpelado por el Congreso y lleno de ocupaciones improrrogables, carezco de tiempo"<sup>138</sup>. Con Santa María se justifica más de una vez: "en cuanto tenga un instante tranquilo para poder charlar con Ud.", o "he estado esperando un momento en que poder escribir extensamente, y me ha faltado tiempo"<sup>139</sup>. Por último, no es raro ver que terminara sus cartas expresando la idea que la frase "el tiempo apesura y debo concluir por esta vez" expresa<sup>140</sup>.

<sup>133</sup> No hemos considerado en este breve recuento del quehacer de Balmaceda lo que podríamos considerar actividades rutinarias como lo eran, siendo ya Presidente, presidir las sesiones del Consejo de Gobierno, del Consejo de Estado o recibir las credenciales de los diplomáticos acreditados ante el Estado chileno. Sin duda éstas, como otras numerosas, también lo mantuvieron frecuentemente atareado. Sobre su participación en los que Balmaceda llama "Consejos de Gobierno", véase su carta a Carlos Antúnez fechada el 6 de julio de 1888. En Correspondencia de Carlos Antúnez. Sala Medina, Biblioteca Nacional.

<sup>134</sup> En Bañados Espinoza, 1894, II, p. 659. Debemos tener presente que con conceptos como los citados, se pretendió contarrestar la campaña antibalmacedista desatada luego de la Guerra Civil de 1891.

<sup>135</sup> Por ejemplo, en carta a Carlos Antúnez de 16 de agosto de 1890, señala: "no he tenido tiempo desde enero acá para...". En correspondencia de Carlos Antúnez, Sala Medina, Biblioteca Nacional.

<sup>136</sup> En carta suscrita en septiembre de 1886, poco después de haber asumido la presidencia. Conceptos similares en una del 23 de septiembre de 1886 y dirigida a Juan Mackenna.

<sup>137</sup> En carta fechada el 27 de septiembre de 1881.

<sup>138</sup> En nota del 2 de diciembre de 1881. Días después, el 12, en correspondencia a Adolfo Carrasco Albano, volvió a aludir a la interpelación que lo "agobiaba" y a su "incapacidad para dirigir una nota o carta larga".

<sup>139</sup> Véase carta de octubre y de 13 de noviembre de 1888. Piezas 7570 y 7579, Archivo Santa María, Archivo Nacional.

<sup>140</sup> Lo citado en carta a Alberto Blest Gana fechada el 23 de diciembre de 1881. En otras ocasiones, Balmaceda confesaba "que en más de medio año no he escrito una sola carta para el extranjero". En carta a Carlos Antúnez fechada el 6 de julio de 1888, Correspondencia de Carlos Antúnez, Sala Medina, Biblioteca Nacional.

Las múltiples actividades de Balmaceda permiten comprender porque siendo Ministro, y más tarde Presidente, se le podía ver por las calles de la capital<sup>141</sup>. Casi siempre en alguna tarea relacionada con la marcha y adelanto material de la ciudad, en una diligencia personal o, como para el 18 de septiembre, en ceremonias de índole patriótica<sup>142</sup>. En este contexto, acaso el encuentro de un santiaguino con el gobernante, precedido de un "Don Balmaceda", y seguido de éste "descubriéndose, saludando al pueblo", no fuera una escena poco común en la época. Tal vez, incluso, la acción del ciudadano de acercarse al Presidente, "sacándose su sombrero" y gritando "Viva Balmaceda", para recibir como respuesta una "inclinación sobre su admirador desconocido", tampoco debiera sorprendernos<sup>143</sup>.

Dichos gestos, unidos a su actividad incesante, obviamente, y por lo menos hasta mediados de 1889, contribuyó a su popularidad. Así lo demuestra, entre otros antecedentes, la información que daba cuenta de la exposición de "un cuadro con el retrato de S.E. el Presidente de la República del tamaño de una tarjeta álbum en una de las vidrieras de la casa Kirsinger en Santiago"<sup>144</sup>. En efecto, si Balmaceda no hubiera sido una figura apreciada, probablemente nadie se hubiera arriesgado a hacerle un retrato como el que Amalia Carmona hizo para obsequiárselo; menos a ponerlo en el escaparate de una casa comercial, y, por último, la prensa tampoco hubiera dado de cuenta de él como un suceso digno de hacerse saber.

Pero además de sus actos y obras, Balmaceda alcanzó popularidad porque resultaba un hombre atractivo, que no dejaba indiferente a quienes lo conocían<sup>145</sup>. Ello, unido al significado

<sup>141</sup> Alessandri, 1950, pp. 128-129, relata que siendo colegial, "lo había conocido de vista" cuando Balmaceda, "que era entonces el gran Ministro de Santa María, pasaba muchas veces de a pie rumbo a la calle de la Merced, en donde habitaba una casa muy antigua y espaciosa en la precisa esquina de la calle de Santa Lucía".

<sup>142</sup> Bañados Espinoza, 1894, II, p. 659, relata que casi todos los días el presidente Balmaceda iba a saludar a su madre, para lo cual debía caminar desde La Moneda hasta la calle Catedral, es decir, cerca de cuatro cuadras del centro de la ciudad.

<sup>143</sup> El encuentro citado aparece relatado en Rodríguez Mendoza, 1919, p. 75.

<sup>144</sup> Véase *El Heraldo* del 28 de octubre de 1888.

<sup>145</sup> El testimonio del corresponsal del *Times* de Londres es ilustrativo. "... acudí a La Moneda..., y de inmediato fui introducido a la presencia del señor Balmaceda. La primera impresión es siempre importante, y creo que quienquiera se haya encontrado con este Presidente por primera vez no habrá podido por menos que tenerla muy favorable.... Revelaba su fuerte carácter en el saludo, y el apretón de manos era como para no olvidarlo durante unos cuantos minutos". En Hervey, 1974, p. 70.

y dignidad del cargo que desempeñaba, contribuyó a seducir al común de las personas que alguna vez lo trató<sup>146</sup>.

Para algunos, su encuentro con Balmaceda fue "impresionante por llegar hasta los que están haciendo historia viva", y porque "cada una de sus palabras, sonando a cosa honda, tiene un interés especial y denotan con su sonoridad peculiar la preocupación absorbente y total"<sup>147</sup>. Otros recuerdan que Balmaceda "arrastraba con su oratoria candente y elevada y atraía por su inmensa simpatía personal"<sup>148</sup>.

Rubén Darío lo evoca en sus *Páginas autobiográficas* "alto, garboso, de ojos vivaces, cabellera espesa, gesto señorial, palabra insinuante". Un hombre que "había nacido para príncipe y para actor"<sup>149</sup>. Orrego Luco, que lo trató muy a menudo, afirma que Balmaceda era una persona de "innegables talentos, condiciones excepcionales de orador y político, un hombre de mundo, de finos modales, larga cabellera, bigote tupido, hermosos ojos y fina sonrisa que, sostiene, "sabía conquistarse adeptos" gracias a "sus condiciones de seducción personal que tanto contribuyen al éxito"<sup>150</sup>. Finalmente, su colaborador más cercano escribió que lo que principalmente llamaba la atención de él "era la dulzura genial de su fisonomía, las sonrisas constantes que se deslizaban por su labios, sus maneras irreprochables en gracia y finura, y un aire de benevolencia y de simpatía que se desprendía de todo su ser"<sup>151</sup>.

Además, y como ha quedado registrado, Balmaceda siempre se mostró tranquilo, aun

<sup>146</sup> Ejemplo de lo afirmado es el testimonio de un joven y "pobre estudiante" universitario de leyes que tuvo oportunidad de conocer al Balmaceda jefe de Estado. Éste recuerda que "el Presidente de la República para mí en aquellos años era un hombre superior, a inconmesurable altura sobre todos los demás, casi un semi dios". Véase Alessandri, 1950, pp. 130-131. Después de visitarlo en el despacho presidencial de La Moneda, nuestro cronista refiere que "es imposible traducir con exactitud y realidad la emoción que le produjo" su encuentro, y que se "retiro balbucenado palabras de gratitud mientras el Presidente me despedía diciéndome: "Ya conoce, joven, el camino".

<sup>147</sup> Véase Rodríguez Mendoza, 1919, pp. 167-173.

<sup>148</sup> Alessandri, 1950, p. 65.

<sup>149</sup> Darío, 1991, p. 55.

<sup>150</sup> Véase Orrego Luco, 1984, p. 138. Para este autor, Balmaceda "tenía un grave defecto: el de la vanidad, acaso excesiva".

<sup>151</sup> Bañados Espinoza, 1894, II, p. 655. Es del caso mencionar, sin embargo, según opinaba una distinguida dama de la sociedad de la época cuyo marido fue, primero, leal partidario, y más tarde, su encarnizado opositor, que si bien "entre las personas que lo conocían mejor se decía que Balmaceda sabía cautivar a los hombres", lo cierto es que "no era atrayente para las mujeres". Véase Barros de Orrego, 1942, p. 200.

sufriendo los conflictos más graves. Fanor Velasco es reiterativo en afirmar que "en medio de las cáusticas asperezas, el Presidente da pruebas de una imperturbable serenidad de espíritu" y que su placidez no sufre alteración. Según él, era "el hombre de temperamento más frío que hay en la república". Valora también el admirable equilibrio de la salud de Balmaceda, su robustez, su vigor, el hecho de que "nunca se le ha visto un ceño airado, de que siempre su palabra es y ha sido fácil y halagüeña y de que "los cambios de humor son desconocidos para él"<sup>152</sup>.

Los testimonios citados nos muestran a un Balmaceda siempre bien dispuesto para con sus interlocutores. A un hombre que resultaba agradable de conocer, una persona preocupada de la impresión que podía causar entre quienes lo trataban<sup>153</sup>. Así, lo que un corresponsal señaló a propósito de un encuentro con Balmaceda, esto es que "su política era la de impresionarme", creemos, fue una actitud constante en él<sup>154</sup>.

Tal disposición se deja ver también en sus desplazamientos a la provincia, oportunidades en las que también desarrolló una actividad frenética, siempre dinámica, mostrándose en constante movimiento. Tanto como para que no deba llamar la atención que un medio prensa escribiera, luego de verlo volver de una de sus excursiones y probablemente representando la opinión general: "Se ignora lo que hará ahora S.E. Hay quien cree que saldrá en breve para Iquique; otros lo suponen animado del deseo de visitar Valdivia y Chiloé. Nadie se lo imagina quieto y tranquilo"<sup>155</sup>.

---

<sup>152</sup> Véase Velasco, 1914, pp. 6, 50, 52 y 67. Recordemos que el diario de Velasco cubre la etapa de mayores dificultades enfrentadas por Balmaceda, esto es, desde el 5 de agosto de 1890, hasta el 29 del mismo mes del año 1891.

<sup>153</sup> Un hecho quizás anecdótico nos ayudará a ejemplificar lo planteado, además de mostrar los efectos prácticos de la inquieta vida presidencial. Balmaceda tuvo a lo menos cuatro bandas presidenciales, las cuales, además de mostrar cierta propensión al fausto, especialmente por los materiales que las componían, reflejan que al Presidente le importaba verse bien y presentarse correctamente. En efecto, considerando la multitud de actividades que realizaba, el estrecho contacto que ellas suponían con numerosas personas, las manifestaciones que recibía, en definitiva, lo expuesto que estaba su vestuario a verse ensuciado o estropeado, no resulta inverosímil suponer que el número de bandas que poseía era una medida de prevención.

<sup>154</sup> Véase Hervey, 1974, p. 73. Más todavía, y como se aprecia en las cartas que redactó poco antes de suicidarse, Balmaceda creyó haber cumplido sus objetivos. Así, es reiterativo para hacer presente, por ejemplo a sus hermanos: "yo que he ilustrado nuestro nombre" o "ya vendrá la justicia histórica"; a un amigo, "ésta tan inmensa como injusta caída"; a Bañados Espinoza, "que cuide el honor histórico de lo que juntos hemos hecho". Véanse los textos de la correspondencia citada en Escobar Guic e Ivulic Gómez, 1991, pp. 89-102.

<sup>155</sup> En *La Unión* del 28 de abril de 1888.



## IV- EL GOBIERNO EN LA PROVINCIA

### LA EVOLUCIÓN DEL VIAJE GUBERNAMENTAL

A lo largo de la evolución histórica nacional, y desde que Santiago se consolidó como el centro del poder político y administrativo, los viajes gubernamentales a los partidos, en la Colonia, y a las provincias, en la República, no han sido comunes.

Con la excepción de las campañas de los gobernadores coloniales motivadas por los requerimientos militares derivados de la situación en la Araucanía, que los obligó a desplazarse a Concepción a lo menos una vez al año, lo cierto es que éstos se mantuvieron normalmente en la población y región a partir de la cual se configuró el territorio chileno.

Por lo anterior no debe sorprender la constatación de que antes de José Manuel Balmaceda, ningún gobernante chileno viajó de manera tan sistemática como él, y menos con la intención que éste dio a sus desplazamientos fuera de Santiago.

Sin embargo, Balmaceda no fue el único Presidente chileno que salió a las provincias a lo largo del siglo XIX. Gobernantes como Manuel Montt, José Joaquín Pérez y Domingo Santa María también se animaron a visitar distintas regiones del país, algunas de ellas alejadas de la capital. Más todavía, con anterioridad a los mandatarios decimonónicos, un gobernador de la que fuera Capitanía General de Chile también se aventuró a realizar una visita general a los territorios que estaban bajo su jurisdicción.

Aunque cada uno de los viajes mencionados se realizó en circunstancias y con propósitos a veces muy diferentes de los desplazamientos gubernamentales posteriores, constituyen antecedentes mediatos e inmediatos de los viajes gubernativos del último tercio del siglo XIX. Por esto, conocerlos y comprenderlos en sus características esenciales permitirá valorar el sentido eminentemente político que más tarde tendrán los viajes que José Manuel Balmaceda encabezó entre 1883 y 1891.

En el caso del gobernador Ambrosio O'Higgins, que realizó una visita general a todo el territorio bajo su jurisdicción a partir de octubre de 1788, las razones de su excursión están

claras cuando afirmó que su expedición a los partidos del norte "parece ser ahora precisa, a fin de procurar el adelantamiento posible del pobre comercio, agricultura y minería; excitar alguna industria entre los habitantes de esos partidos; examinar como se manejan los subdelegados y demás jueces en la administración de justicia, gobierno de sus territorios y demás obligaciones de que están encargados, para remover a los que convenga, y desagraviar a los miserables que por sus improporciones y distancias de los recursos, sufren algunas extorsiones de la prepotencia de los poderosos"<sup>1</sup>. Junto con lo anterior, el gobernador se proponía inspeccionar los cuerpos de milicias, reconocer los puertos de la costa para decidir acerca de lo más apropiado a su seguridad, preparar la formación de mapas topográficos y recabar informaciones sobre el clima, calidad de las tierras, producciones naturales y demás noticias que convenía conocer sobre cada localidad.

Como se desprende de los objetivos que O'Higgins se había propuesto, el viaje obedecía a propósitos de buen gobierno y administración, fomento de actividades productivas, seguridad del territorio y estudio de las condiciones particulares de los partidos por visitar<sup>2</sup>.

A este respecto, nada en las comunicaciones que el gobernador dirigió con motivo de su desplazamiento al norte puede hacernos pensar que el viaje tuviera otro fin que el ya señalado, y menos que éste fuera uno de carácter político, como un siglo más tarde lo tendrían los viajes de Balmaceda. Incluso, en las advertencias que se dirigieron a las autoridades de las regiones por visitar, Ambrosio O'Higgins es tajante al señalar que "ninguna prevención ha de hacer Vm. para mi recibimiento, en la firme inteligencia de que no admitiré cosa alguna por pequeña que sea, en que se cause cualquier gasto"<sup>3</sup>. Sólo recomienda "prevenir una casa de habitación sin adornos ni menajes, para los pocos días que podré detenerme" y, sobre todo,

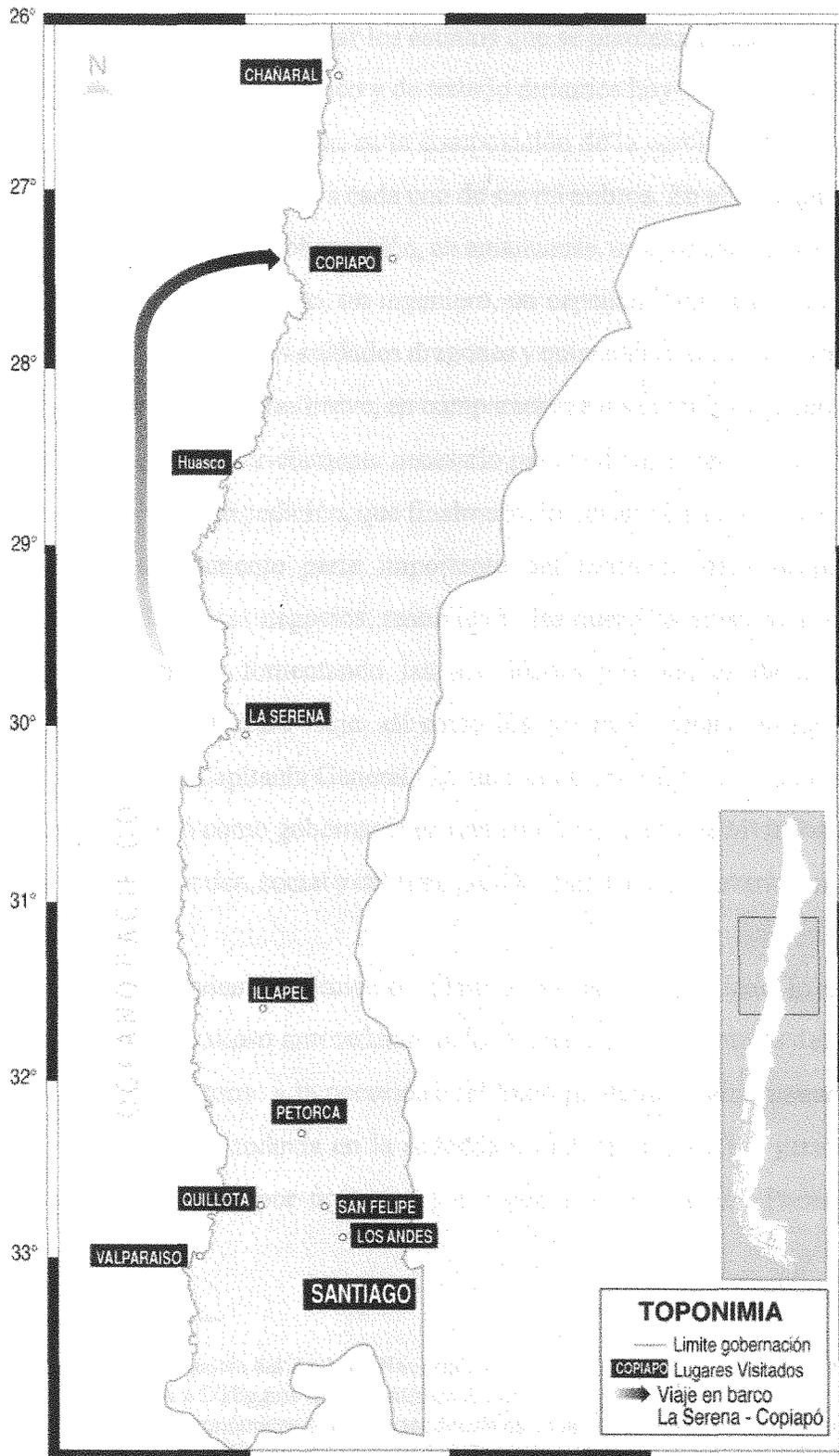
---

<sup>1</sup> Nota de O'Higgins al ministerio de Indias de 9 de septiembre de 1788, en Barros Arana, 1884-1902, VII, p. 19.

<sup>2</sup> Similares propósitos, junto a otros de carácter coyuntural, explican otros dos viajes del gobernador Ambrosio O'Higgins. En la primavera de 1790 expedicionó la zona costera entre Valparaíso y la desembocadura del río Maipo. Más tarde, en diciembre de 1792, partió hacia Los Angeles, recorrió la región de Arauco y retornó en barco a Valparaíso, entrando en Santiago en junio de 1793. Véase Barros Arana, 1884-1902, VII, pp. 25 y 61 a 65.

<sup>3</sup> Comunicación a los subdelegados de Aconcagua y Quillota, en Donoso, 1941, p. 169.

# DERROTERO VISITA GENERAL 1788



Roberto Ortega Cabrera

reunir las noticias necesarias para evacuar los asuntos que se plantearían durante su estancia.

El carácter administrativo -técnico y de trabajo diríamos hoy- de la visita general que se planeaba, se veía confirmado también en la composición de la comitiva que acompañaría al Gobernador y en las tareas asignadas a cada uno de sus miembros. En ella encontramos a un asesor de visitas, el secretario de la gobernación, un amanuense, un ayudante mayor de órdenes y oficial de la secretaría, un escribano, un ingeniero, un capellán y cirujano, además de los oficiales del piquete de la guardia, 24 soldados dragones y quince sirvientes domésticos. Como se aprecia, una lista de acompañantes breve, en comparación a las comitivas gubernamentales del siglo XIX, restringida a lo estrictamente necesario para realizar el programa trazado<sup>4</sup>.

En el transcurso de su expedición, que finalmente lo llevaría hasta el valle de Copiapó, O'Higgins recorrió detenidamente parte importante del territorio bajo su jurisdicción, informándose con detalle de sus negocios, resolviendo las querellas existentes, procurando medidas de buen gobierno y fomentando las actividades productivas de las diferentes localidades y regiones visitadas. Su viaje, así como los que más adelante lo llevarían a las regiones meridionales de la Capitanía General, fue una de las manifestaciones más evidentes de la actividad que desplegó como gobernante en una época en que Chile vivía los efectos del proceso de expansión económica, social y cultural que años más tarde lo llevarían a constituirse en república<sup>5</sup>.

Si bien sus desplazamientos no tuvieron un propósito político explícito, lo cierto es que los mismos constituyen un valioso antecedente de los viajes gubernamentales del siglo XIX. En efecto, la concepción en torno a la necesidad del buen gobierno y administración que lo motivan mantuvo su vigencia todavía en la segunda mitad del siglo XIX, justificando los intentos que entonces se hacen por favorecer los viajes a provincias del Presidente de la República.

---

<sup>4</sup> En el fondo Real Audiencia del Archivo Nacional, vol. 2355, fs. 3 y 4, se encuentran los nombres y tareas de quienes acompañaron a O'Higgins en su incursión al norte.

<sup>5</sup> Para los antecedentes económicos de la Independencia nacional, véanse, Villalobos R., 1968 y Ramírez Necochea, 1967. Para visiones más generales del proceso de independencia nacional, Villalobos R., 1961; Collier, 1977; y Jocelyn Holt, 1992.

La permanencia de la concepción del viaje gubernamental como un hecho fundamentalmente administrativo, cuyos orígenes se encuentran en la visita general de Ambrosio O'Higgins, representa la vigencia de una concepción sobre el poder y la situación del Ejecutivo que nos lleva a recordar la importancia de comprender el proceso de expansión nacional a lo largo del siglo XIX. En él, creemos, se encuentran las causas que determinaron el cambio hacia una concepción del viaje presidencial como una práctica eminentemente política, reflejo, a su vez, de una transformación en las formas de ejercer el poder por parte de las autoridades.

En efecto, en una sociedad como la colonial en que las prácticas políticas estaban, si no prohibidas, al menos más restringidas, y la autoridad emanaba de la voluntad imperial, situación que obviamente no implica la inexistencia de actividades políticas, el gobernador no requirió de los viajes para cautivar a, por lo demás, inexistentes ciudadanos, o acrecentar una popularidad mermada por otros actores políticos. De ahí que en sus viajes O'Higgins fuera muy riguroso en lo tocante a las ceremonias y gastos derivados de sus visitas y que en los mismos sus actividades se limitaran a las estrictamente necesarias para garantizar la buena marcha del gobierno y las decisiones más acertadas en materias de orden administrativo.

Es la propia realidad colonial la que, justificando el viaje desde el punto de vista de la administración, no hace necesario convertir el desplazamiento en un hecho de alcances políticos, aunque éstos efectivamente se produjeran. En el caso de Ambrosio O'Higgins, se trataba de hacer conocida su figura en un medio que no se había beneficiado con su actividad debido a que todas sus tareas anteriores habían tenido como ámbito de acción la zona centro sur de la gobernación.

Por otra parte, es del caso hacer notar que, y al igual como ocurriría en el siglo XIX, fue el dinamismo económico y social lo que justificó la presencia del gobernante en la provincia. Con esta apreciación, queremos destacar que con una diferencia temporal de un siglo, dos gobernantes chilenos se aventuraron a recorrer Chile, obligados por una situación económica favorable que requirió de su presencia a fin de resolver en el terreno los problemas derivados de la expansión de las producciones locales.

Todo lo dicho, vista la evolución que sufrirá el viaje gubernamental a lo largo del siglo

XIX, no hace más que confirmar que éstos, los viajes del poder, son una manifestación más del desenvolvimiento nacional. Una expresión en la cual, hasta ahora, nadie había reparado.

Años después de obtenida la independencia y asegurada la organización nacional, el país entró en una etapa de desenvolvimiento social y cultural, progreso material y estabilidad política en la que, por primera vez, comienzan a plantearse iniciativas encaminadas a la realización de viajes presidenciales a provincias. Ellas constituyen los antecedentes republicanos de los viajes de Balmaceda.

La primera expresión de una iniciativa encaminada a la realización de una expedición presidencial hacia las provincias es la que se produce en agosto de 1843, cuando el entonces Presidente de la República, general Manuel Bulnes, envió al Congreso Nacional un mensaje, acompañado de un proyecto de ley, justificando y solicitando recursos para realizarla<sup>6</sup>. En efecto, en el oficio que el gobernante pasó a la Cámara de Diputados a través de su Ministro del Interior y con el dictamen del Consejo de Estado, se solicitaba permiso para gastar hasta \$16.000 en un viaje de estudio que el Presidente y sus ministros se proponían hacer al sur de la república<sup>7</sup>.

Diversas consideraciones justificaban, según Bulnes, la visita que proponía. En primer término, el convencimiento del gobierno "de lo ineficaces e inaplicables que son las teorías de buena administración y de lo poco que valen los verdaderos deseos por la prosperidad y progreso de la sociedad, si no existe un conocimiento especial del país y de sus necesidades". Además, las características propias de una sociedad como la nuestra, argumentaba, "en que las necesidades brotan por momentos y en que el espíritu público se desarrolla con lentitud, necesita indispensablemente de parte de los que rigen sus destinos una inspección directa e inmediata que promueva en tiempo oportuno sus intereses". Lo anterior sin perjuicio de que

---

<sup>6</sup> Barros Arana, en su texto *Un decenio de la historia de Chile. (1841-1851)*, publicado en dos volúmenes entre 1905 y 1906 y más tarde reeditados como los tomos XIV y XV de sus obras completas, proporciona abundante información sobre el presidente Bulnes y su laboriosa administración.

<sup>7</sup> El texto a que hacemos alusión fue dirigido al Congreso Nacional el día 3 de agosto de 1843 por el presidente Bulnes y su ministro R.L. Irrarrázaval. Se encuentra reproducido, entre otras fuentes, en la obra *Sesiones de los cuerpos legislativos*, tomo XXXII, p. 290 y en *El Araucano* del 4 de agosto de 1843.

en su concepto, el gobernante requería de "un conocimiento exacto de todas las circunstancias locales, de todos sus recursos, de todas sus exigencias", para realizar mejoras y dar empuje a provincias sumidas en el letargo.

Fundaba también su petición en el hecho "que el gobierno recibe de una manera harto imperfecta las noticias que se le transmiten sobre las exigencias nacionales" y en muchos casos se hallaba en "la triste condición de no poder satisfacer las peticiones que se le dirigen de las provincias, por falta de antecedentes que no pueden llegar a su conocimiento si él mismo no se acerca a formarse una idea cabal de lo que ocurre en cada una de ellas, y a tomar datos exactos de sus necesidades, de sus recursos y aun de lo que puede esperarse de sus habitantes"<sup>8</sup>.

Como si los propósitos de su proyecto no fueran suficientes, el Presidente agregaba que el solo anuncio de su viaje por la república iba a ser fecundo en buenos resultados, "porque los encargados de la administración en todos sus pueblos se esmerarán en ejercer sus funciones de un modo que los ponga a cubierto de las justas observaciones a que daría lugar un mal orden de cosas sometidas a la inspección suprema".

Apoyándose en los antecedentes señalados, el gobierno proponía la realización de una "visita general de todo el Estado" que se iniciaría en la primavera de 1843 por las provincias del sur, y que continuaría al siguiente año con un viaje al norte.

Finalmente, la expedición nunca llegó a realizarse puesto que la iniciativa presidencial no fue acogida con entusiasmo por los congresales y el jefe de Estado, finalmente, desistió de ella<sup>9</sup>. Explica la indiferencia parlamentaria el espíritu de economía existente entonces entre los miembros del Congreso, el cual sólo cedía ante necesidades urgentes o cuya satisfacción

---

<sup>8</sup> En su mensaje aludía Bulnes a la creación de una oficina encargada del acopio y arreglo de datos estadísticos que, decía, "puedan servir de guía en la deliberación de las providencias administrativas". Pero, reconocía, "este medio no puede todavía prestar todo el auxilio de que es susceptible, y aun será por algún tiempo una novedad que tropieza a cada paso con mil dificultades que se oponen a su perfección", de ahí la necesidad de realizar una inspección directa. Véase el mensaje presidencial en las *Sesiones de los cuerpos legislativos*, tomo XXXII, p. 297.

<sup>9</sup> Es del caso mencionar, como variable comparativa, que el presidente del Perú Luis José Orbegoso había realizado un viaje a los departamentos del sur de su país en 1834. Según hemos podido documentarnos, Orbegoso sólo necesitó proponerse hacer el viaje para realizarlo, sin tener que atender a otras opiniones. Durante su desplazamiento conoció y atendió a las más diversas situaciones que se le plantearon a su paso. Véase Denegri Luna, 1974 y Blanco, 1974.

importaba un progreso verdadero<sup>10</sup>.

Pero no sólo consideraciones de tipo económico explican el fracaso de la proposición gubernativa. Es un hecho que algunos veían el viaje presidencial como algo estéril, absolutamente innecesario y poco práctico desde el momento en que el Primer Mandatario tenía agentes en provincias que podían mantenerlo informado de la realidad existente en ellas<sup>11</sup>. La misma prensa, incluso aquella que apoyaba la realización del viaje, se refería a él como a un hecho "tal vez plausible", sin mostrar tampoco absoluta seguridad sobre su conveniencia<sup>12</sup>.

Por otra parte, acostumbrados como estaban a considerar solo a Santiago como la ciudad generadora de hechos políticos, el centro del poder nacional, algunos ciudadanos juzgaban innecesaria la ausencia del titular del Poder Ejecutivo de la capital, por muy buenas razones que se esgrimieran para justificarla. Santiago era el lugar natural del Presidente, allí se encontraban todos quienes contaban para el poder; nadie pensaba, como sí ocurriría muchos años después, que el Presidente necesitara trasladarse a provincias para ejercer, mantener o acrecentar su poder político.

Pero el hecho de que la expedición de Bulnes jamás se materializara, no implica que la misma no tenga importancia en función del tema que nos ocupa. Concebida para alcanzar fines relacionados con la administración y buen gobierno de la república, la propuesta que

<sup>10</sup> Barros Arana, 1913, ofrece una acabada relación de la obra material realizada por el gobierno durante el mandato de Bulnes, señalando el costo que las mismas tenían para el país y la resistencia entonces existente a gravar la hacienda pública con gastos que no se consideraran absolutamente indispensables.

<sup>11</sup> Recordemos que el conocimiento de los negocios de las provincias fue abordado de diversas maneras por el poder central a lo largo del siglo XIX. Además de los oficios e informes de los intendentes y demás autoridades locales, deben mencionarse informes que, con el carácter de especiales, ocasionalmente se recibían en Santiago. Entre ellos el que sobre la provincia de Colchagua preparó Domingo Santa María, el de Sanfuentes sobre Valdivia y el Informe del Visitador Judicial de la República, debido a la clara inteligencia de Antonio Varas.

<sup>12</sup> Si bien algunos consideraron la iniciativa "como eminentemente republicana" y útil en cuanto significaría desmentir la idea de la "inmovilidad del Presidente en la capital que induce a creer a los otros pueblos que su suerte está olvidada, y que el gobierno sólo se ocupa de favorecer la población que le rodea", reconocían que los bienes que ella traería no serían de "gran monta en cuanto a los abusos administrativos que se corrijan, ni en cuanto a las necesidades de los pueblos que se palpen". Véase *El Mercurio* de Valparaíso del 22 de septiembre de 1843.

Una vez más la cita periodística deja ver un fenómeno al cual la historiografía todavía no ha atendido, esto es, la rivalidad, las tiranteces, los problemas derivados del excesivo centralismo del país en virtud del cual Santiago resulta ser el núcleo del poder y el mayor beneficiario de la riqueza nacional.

Bulnes hace en 1843 tiene una gran similitud con la "visita general del reino" que Ambrosio O'Higgins materializó a partir de 1789.

En las dos situaciones, si bien no podemos descartar móviles políticos en sentido estricto, la principal preocupación de sus protagonistas es la de alcanzar un acabado conocimiento de las provincias para realizar un mejor gobierno y administración de ellas en particular y del país en general. A estos fines, en ambos casos también, se suman motivaciones de orden práctico y económico tendientes a lograr un mayor desenvolvimiento material de las regiones visitadas.

Se aprecia también en ellas una misma noción acerca del papel del gobierno y de la autoridad en la promoción de las actividades económicas. Si bien en un caso se trata de un gobernador colonial y en el otro de un Presidente de una república, la verdad es que el cambio de sistema político no significó una alteración profunda en las creencias sobre las atribuciones del poder que tienen quienes lo ejercen. De hecho, las concepciones coloniales respecto del papel de la autoridad en la sociedad sobreviven, no sólo en las nociones generales, también en los términos que utilizan las autoridades republicanas. Así se explica que Bulnes proponga la realización de una "visita general de todo el Estado", similar en su significado a la "visita general del reino" que Ambrosio O'Higgins hizo en 1789.

La concepción que sobre las giras presidenciales se advierte en el planteamiento de Bulnes se mantendrá todavía por algún tiempo, y una muestra de ello es el proyecto de ley que sobre visitas presidenciales se presentó al Congreso Nacional en 1861<sup>13</sup>.

La moción pertenecía al senador Manuel José Balmaceda, padre del futuro presidente José Manuel, y en virtud de ella se imponía al jefe del Ejecutivo el deber de visitar cada cinco años las provincias y departamentos donde hubiera jueces de letras, dividiéndose el país en tres

---

<sup>13</sup> La moción fue dada a conocer en la sesión 8ª ordinaria de la Cámara de Senadores en 1º de julio y se reservó para segunda lectura. Este proyecto permitirá valorar lo perdurable de algunas de las concepciones heredadas de la época colonial, especialmente porque su autor ya había sido testigo de una gira presidencial que más adelante abordamos. El desfase cronológico que el lector advertirá entre la moción Balmaceda y la gira de Manuel Montt, se justifica en nuestra opción analítica.

secciones para efectos de la visita<sup>14</sup>.

Aunque todos reconocieron la utilidad que tendrían los viajes presidenciales para la administración del Estado, demostrándose con ello la vigencia de la noción del buen gobierno asociada a la presencia del gobernante en la provincia, algunos cuestionaron la forma en que se esperaba se realizaran esas expediciones<sup>15</sup>. *El Ferrocarril*, considerando "bueno que el jefe de una nación la conozca y la estudie por sí mismo", opinaba que el proyecto del senador Balmaceda no era el más adecuado para lograr esos objetivos. Argumentaba que la obligatoriedad de las mismas le quitaba al acto su mayor virtud, "el ser la obra de la espontaneidad" y que reglamentar la forma en que el primer magistrado debe cumplir sus deberes significaba desconfiar de su "patriotismo y celo"<sup>16</sup>.

Pero *El Ferrocarril* dio también a la luz un remitido que, junto con hacer burla y descalificar los principios que inspiraban el proyecto, hacía ácidas observaciones sobre él, señalando que el mismo significaría someter al país a "un gobierno de posta o de peregrinación", lo que valía tanto como decir que "estamos en vía de progreso, que ya vamos a marchar, que la República tendrá también su *Cuasimodo*"<sup>17</sup>.

Al contrario de *El Ferrocarril*, el periódico de Valparaíso *El Mercurio*, defendió la moción de Balmaceda en todas sus partes, criticando las observaciones que se habían hecho en el primero. Señalaba que dejar a la iniciativa de los jefes de Estado las visitas no era lo más conveniente, desde "que en todo el tiempo que cuenta de existencia la república, sólo un

<sup>14</sup> Véase *El Ferrocarril* de 10 de julio de 1861, en él se da detallada cuenta de la iniciativa de Balmaceda. *La Discusión* de Santiago de 2 de julio de 1861, sólo informó de la existencia de la moción, sin hacer comentario alguno.

<sup>15</sup> *El Mercurio*, en su edición de 22 de julio de 1861, afirmó que las poblaciones miran como un bien las visitas que pueden hacerles los presidentes "para informarse personalmente de sus necesidades y escuchar sus exigencias". *El Ferrocarril* creía la iniciativa inspirada en la idea de que el gobernante, al conocer los males, los dolores y las miserias de su pueblo, podría remediarlas. Por eso, opinaba, "poner al alcance del primer magistrado de una nación la vida de sus pueblos en toda la amplitud de sus manifestaciones, darle los medios de seguirlo día por día, hora por hora, de saber cuánto piensa y cuánto siente, el proyecto que domina su inteligencia o el sentimiento que hace palpar su corazón, es un poderoso medio de hacer gobierno fácil y bien dirigida administración". Véase edición del 6 de julio de 1861.

<sup>16</sup> Véase el editorial del 6 de julio de 1861.

<sup>17</sup> Véase el texto firmado por *Dos Aristarcos*, *A los señores senadores. Observaciones al proyecto sobre visitas presidenciales*. Edición del 10 de julio de 1861.

Presidente ha visitado, y no todas, sino algunas de sus provincias"<sup>18</sup>. Además, hacía ver que si las poblaciones "aplauden, porque miran como un bien las visitas que pueden hacerles los presidentes para informarse personalmente de sus necesidades y escuchar sus exigencias, mucho más deben aplaudir la existencia de una ley que les dé la seguridad de que esa visita se efectuará al menos una vez cada cinco años"<sup>19</sup>.

Aunque el proyecto de Balmaceda nunca se abordó en el Senado y la prensa tampoco volvió sobre él, su sola existencia, y las discusiones a que dio lugar, resultan útiles para ilustrar el proceso que llevaría años más tarde a José Manuel Balmaceda a desplazarse a provincias. Ellas reflejan la permanencia del concepto que vinculaba el buen gobierno con el conocimiento directo del gobernante de los problemas locales y, también, la noción, más moderna, de las ventajas políticas que los presidentes podrían esperar de los viajes, "para su popularidad, para los lazos de afecto que deben ligarlo a su pueblo", según lo expresaba un periódico<sup>20</sup>.

Si bien la concepción del viaje como hecho principalmente político todavía no predomina, como lo confirma la lectura de las opiniones que entonces se vertieron sobre la moción Balmaceda, lo cierto es que ella está presente, latente, a la espera que se produzcan las condiciones y surjan las necesidades que la lleven a materializarse en desmedro del viaje del gobierno como práctica fundamentalmente administrativa.

De hecho, el primer viaje presidencial que se realizó en el país, ofrece la oportunidad para comprobar cómo, y en la práctica, se había producido la superposición de las antiguas y nuevas concepciones que el desenvolvimiento nacional comenzaba a imponer.

Correspondió a la administración de Manuel Montt la materialización de la primera gira presidencial. Las circunstancias y características de la misma constituyen un punto de encuentro entre las visitas gubernamentales hasta entonces realizadas o planeadas y los desplazamientos que se realizaron en la época de Balmaceda.

Montt, al igual que sus predecesores en el poder, había sido elevado a la primera

---

<sup>18</sup> Se refiere al viaje de Manuel Montt al sur en 1853.

<sup>19</sup> Véase el texto *Proyecto de ley sobre la visita presidencial*, en la edición del 22 de julio de 1861.

<sup>20</sup> *El Ferrocarril*, edición del 6 de julio de 1861.

magistratura, sobre todo a consecuencia de la voluntad del Mandatario saliente<sup>21</sup>. En efecto, en el Chile de mediados del siglo XIX el poder presidencial no tenía contrapeso en la vida política nacional y entre sus facultades tácitas estaba la elección de su sucesor, así como la de las personas que ocupaban los cargos de parlamentarios.

Sin embargo, dada las características de la evolución política nacional y de las del propio candidato, la designación de Montt como sucesor de Bulnes despertó, en los cada vez más visibles círculos liberales, una gran oposición que se materializó en una revuelta armada en 1851, una vez consolidada su elección como Presidente de la República<sup>22</sup>. Si bien la sublevación del derrotado general José María de la Cruz, candidato de los círculos políticos liberales aglutinados en la sureña ciudad de Concepción, fue rápidamente contenida y con ello asegurado el gobierno del nuevo gobernante, no por ello desapareció el resentimiento de los sureños para con el Mandatario que recién asumía.

Demostrando lo que un historiador llama la "desusada solicitud" que le merecieron los intereses que la nación le había confiado, al poco tiempo de haber asumido el poder, Montt emprendió un viaje por las provincias sureñas<sup>23</sup>.

Al igual que las expediciones e intentos de viajes de sus predecesores, el de Montt fue concebido originalmente con propósitos administrativos y de gobierno interior. En este sentido, el principal objetivo que tuvo la administración fue conocer el país, considerado requisito

---

<sup>21</sup> Cuando nos referimos a la "voluntad del mandatario saliente", queremos significar que es sobre todo gracias a la aquiescencia de éste que el nuevo Presidente llega al poder. Esto no significa, necesariamente, que el sucesor haya sido del total agrado del predecesor. Así ocurre, por ejemplo, con Montt respecto de Bulnes. Si, finalmente, Bulnes aceptó la candidatura Montt como la candidatura oficial, fue por el peso de circunstancias frente a las cuales debió rendir su voluntad.

<sup>22</sup> La elección de Manuel Montt como candidato gubernamental se explica por el deseo de orden existente, luego de que los últimos años de la administración Bulnes se habían visto sacudidos por la aparición de diferentes síntomas que alteraron la vida política nacional. En este contexto, el carácter enérgico de Manuel Montt, se creía, garantizaba el orden. Véase Amunategui, 1946 y Edwards, 1997.

<sup>23</sup> Para informarse de este período, ver Edwards, 1932. Por su parte, Bravo Lira, 1994, p. 353, compara la que él sólo supone acuciosidad de Montt por conocer el territorio con la que Ambrosio O'Higgins demostró a fines del siglo XVIII. Ambas las atribuye a "la preocupación ilustrada por reunir toda la información posible sobre el país, sus habitantes, su riqueza y sus posibilidades". Como veremos, los viajes de Montt no sólo tuvieron el afán ilustrado del buen gobierno.

indispensable para bien obrar sobre él<sup>24</sup>.

Además, el gobierno creía que cada provincia, cada localidad tiene sus necesidades peculiares que "conviene conocer inmediatamente, ver de cerca, estimar oyendo a los mismos que las experimentan para atenderlas según su importancia y en la esfera que sea posible", situación que no sería dable apreciar "de otro modo que con una visita"<sup>25</sup>.

La mayor parte de la prensa también interpretó la gira presidencial en el sentido arriba expuesto y se sintió en el deber de "apuntar a S.E. las necesidades de las provincias que recorra". Fue así como antes y durante la expedición del gobierno, diversos artículos y editoriales abordaron numerosos aspectos relacionados con la situación de las provincias visitadas por la comitiva presidencial, señalando las principales necesidades y urgencias existentes y las probables soluciones que el gobernante debía proporcionar<sup>26</sup>.

Los editorialistas en general, y los cronistas provinciales en particular, expresaban las esperanzas que despertaba el viaje presidencial. Para todos, "grandes intereses del país dependen de las medidas políticas, administrativas o industriales que tome el gobierno" durante su expedición y, por tanto, era "justo esperar muchos bienes del viaje del Presidente al sur", como por ejemplo "la realización de grandes obras sobre los ríos, puertos y caminos que la

<sup>24</sup> El mismo Montt así lo afirmó ante el Congreso Nacional cuando aludió a su excursión: "Mientras mejor conozca el país los recursos de cada localidad para promover el bien común y la cooperación que los vecinos de cada pueblo pueden prestar, mejor llenará el gobierno sus numerosos deberes, mejor desempeñará sus funciones de inteligente y celoso administrador de los intereses públicos. Sin esos conocimientos, agregó, ni es dable apreciar debidamente muchas medidas, ni posible evitar errores o desaciertos, ni ponerse a cubierto de las vacilaciones y dudas que frecuentemente detienen en la adopción de providencias de conveniencia pública". Véase el "Discurso del Presidente de la República en la apertura del Congreso Nacional, en el *Suplemento a El Mercurio* de 2 de junio de 1853.

Sin duda que el viaje gubernamental mejoraba las posibilidades de tomar decisiones adecuadas, lo que no implica que los gobernantes que no viajaron hicieran una mala administración por no haber salido de la capital.

<sup>25</sup> Véase Manuel Montt, "Discurso del Presidente....." y Antonio Varas, "Memoria que el Ministro de Estado en el departamento del Interior presenta al Congreso Nacional", Santiago, 30 de junio de 1853. Publicada en *El Araucano* de 29 de julio de 1853. Conceptos muy similares expresó Montt al regreso de su excursión en el almuerzo que la Municipalidad de Santiago organizó para recibirlo. Véase *El Mercurio*, 12 de abril de 1853.

<sup>26</sup> Como ejemplo de lo afirmado, véanse *El Mercurio* de Valparaíso de los días 10 de enero, 4, 7 y 9 de febrero y 21 de marzo de 1853; *El Progreso* de Santiago de 18 y 25 de enero y 17 de febrero de 1853 y *El Correo del Sur* de Concepción de los días 15, 27 y 29 de enero y 26 de febrero de 1853.

El cambio de actitud de la prensa, en comparación a lo ocurrido con el intento de Bulnes, se explica, entre otros antecedentes, en la realidad política que más adelante se revelará como causa última del viaje

agricultura exige para su completo desarrollo". En general, como resume el editorialista de *El Progreso*, "una medida como la visita del gobierno no puede ser sino de grande beneficio"<sup>27</sup>.

En virtud de todo lo anterior, no es de extrañar que la gira presidencial fuera apreciada como un acontecimiento extraordinario y solemne en el que el país depositaba sus esperanzas, una oportunidad para que el Presidente de la República cumpliera el compromiso, afirmaba un editorialista, "del cual depende el afianzamiento de su gloria política o la pérdida del prestigio que lo hizo digno de que se confiase a su dirección la suerte y el progreso del país"<sup>28</sup>.

Tal y como la prensa lo percibió en su momento, la visita no era "de vano aparato y ostentación", sino que "algo más serio, más digno" del carácter de los chilenos y de su Presidente, de ahí que la "comitiva de Estado", afirmaban, no estuviera organizada "para hacer un simple paseo triunfal por la república"<sup>29</sup>. Por el contrario, los variados caracteres y especialidades de sus miembros, continuaba el editorialista, "indican bien la intención que los ha reunido cerca de S.E. y es una garantía al país de que el viaje del Presidente traerá por resultado la reforma administrativa, judicial y política, como asimismo la realización de las grandes obras sobre los ríos, puertos y caminos que la agricultura exige para su completo desarrollo"<sup>30</sup>.

---

<sup>27</sup> Véase, *El Correo del Sur* de 15 de enero, *El Progreso* de 18 de enero y *El Mercurio* de 7 de febrero de 1853.

<sup>28</sup> "Visita del presidente al sur de Chile II". En *El Mercurio* del 7 de febrero de 1853. Una muestra de los sentimientos que el hecho despertó nos entrega el corresponsal en San Fernando cuando afirma: "Aquí tenéis el gran tema de las embelesantes conversaciones del día y de los discursos más o menos entusiastas, eruditos y elocuentes, con que se pintan por acá esta tan deseada visita y los grandiosos fines que le atribuyen; aquí tenéis la gran novedad del país y la fuente de agradables emociones que hemos notado en los ánimos; aquí tenéis, en fin, la esperanza de los pueblos". Véase *El Mercurio* de 28 de enero de 1853. La noción del Presidente taumaturgo se advierte todavía, como apreciaremos, en la época de Balmaceda.

<sup>29</sup> Según *El Correo del Sur* de 10 de febrero de 1853, la comitiva que acompañó a Montt en su viaje es la siguiente: Los ministros del Interior, Hacienda y de Justicia, Culto e Instrucción Pública; dos edecanes; siete oficiales pertenecientes al cuerpo de Asamblea; los oficiales mayores de los departamentos de Hacienda y Justicia y dos escribientes de dichos departamentos; el presidente de la Cámara de Diputados; el presidente de la Corte de Apelaciones de Santiago; dos ingenieros civiles; un inspector delegado de las fuerzas del sur; un visitador general de escuelas; un médico; un capellán y 140 hombres del regimiento Granaderos a Caballo al mando de un coronel.

<sup>30</sup> *Visita del presidente al sur de Chile*, en *El Mercurio* de Valparaíso de 7 de febrero de 1853. Como se apreciará, la prensa utiliza la palabra "paseo" para referirse a un hecho poco provechoso para la sociedad; en cambio al hablar del "viaje del Presidente", se realiza una evaluación positiva del desplazamiento oficial.

Los fines prácticos que el gobierno perseguía se reflejan también en las instrucciones que éste giró a las autoridades provinciales en el sentido de que éstas tuvieran preparada la documentación pertinente a los problemas que iba a conocer y discutir<sup>31</sup>. Además, algunas intendencias regionales tomaron la iniciativa de recabar de los gobernadores datos sobre las necesidades de sus departamentos. Entonces, se dictaron instrucciones relacionadas con los temas por tratar y con aspectos formales de la visita como los destinados a limitar los gastos y el boato, como sugieren las "circulares a los intendentes y gobernadores para que eviten el aparato de recepción"<sup>32</sup>.

Para los provincianos, la presencia del jefe del Ejecutivo despertaba sentimientos de incredulidad, "ayer no más, puede decirse, era esta visita para muchos una utopía, un ensueño delicioso"; satisfacción, "y al presente es ya palpable realidad"; y esperanza, "al menos para los pueblos que han tenido la dicha de recibirla y participar de su benéfica influencia"<sup>33</sup>. Todos los anfitriones no sólo se felicitaban de la oportunidad de conocer al Presidente de la República, ministros de Estado y demás miembros de la comitiva, además, esperaban de ellos múltiples beneficios para la localidad que habitaban. Estas expectativas se fundaban en la concepción que entonces se tenía sobre el Presidente y su papel en la vida nacional.

Como expresaba la prensa, "no es la gloria del militar que exalta la imaginación y provoca vivas entusiastas, lo que produce aclamaciones y festejos de las poblaciones al Presidente de la República. No es tampoco el hombre quien arranca esos tributos y homenajes. Es el jefe del Estado de quien esperan que derrame a su paso por las provincias los bienes y mejoras que tanto necesitan"<sup>34</sup>. En definitiva, era la noción que veía en el gobierno y en el jefe del mismo un dispensador de favores y mercedes lo que excitaba a la opinión. De él se

---

<sup>31</sup> Por ejemplo, la Municipalidad de Santa Juana, se informó, "instruida de que S.E. deseaba conocer las necesidades del Departamento, presentó al gobierno un programa de las más apremiantes", en el cual se solicitaban fondos para la reparación de la parroquia, la construcción de edificios, el establecimiento de una escuela, de un correo semanal con Concepción y la reparación de caminos y cárceles, además de la recomendación de corregir las divisiones administrativas existentes y la de dotar de fondos al cabildo. Véase *El Correo del Sur* de 26 de marzo de 1853.

<sup>32</sup> En Santiago. "(Correspondencia del Mercurio)", en *El Mercurio*, 4 de febrero de 1853.

<sup>33</sup> Crónica del corresponsal en Colchagua, en *El Mercurio* de 17 de febrero de 1853.

<sup>34</sup> *El Mercurio*, "Visita del presidente al sur de Chile", 7 de febrero de 1853.

esperaba "su benéfico impulso" para la realización de caminos, puentes, puertos, cárceles, hospitales, escuelas y otras múltiples obras de interés común. Su sola presencia, se pensaba, estimulaba a las poblaciones y las hacía prestarse "con entusiasmo a secundarlo en su propósito de mejoras"<sup>35</sup>.

De hecho, según las informaciones disponibles, la expedición gubernativa provocaba gran conmoción en los pueblos por los que pasaba y la misma se materializaba, en primer lugar, en el aspecto de las ciudades al momento de arribar los viajeros. Multitud de banderas y arcos de flores anunciaban al ilustre visitante y las poblaciones se llenaban de animación, ruido e incluso iluminación<sup>36</sup>. Ese era el ambiente que esperaba a Montt en su viaje por las provincias del sur<sup>37</sup>.

En la mayor parte de las ciudades visitadas la comitiva gubernamental desarrolló un patrón de conducta muy similar, cuyos elementos sobresalientes es necesario conocer, para así comprender las características de la gira oficial.

En Rancagua, por ejemplo, la primera actividad de la comitiva presidencial fue constituirse en la sala del municipio para escuchar del cuerpo municipal las indicaciones sobre las mejoras que era de importancia acordar. Más tarde, y a la misma sala, se hizo concurrir a todos los presos para oír sus reclamaciones y proceder a indultar a siete de ellos<sup>38</sup>. En seguida

<sup>35</sup> "Visita del Presidente al sud de Chile III", en *El Mercurio* del 9 de febrero de 1853. Independiente de la posición de los periódicos frente al gobierno, la totalidad de los revisados, de Santiago y la provincia, valoraron la visita presidencial, como un hecho positivo para el desenvolvimiento del país.

<sup>36</sup> En lo esencial, lo ocurrido al arribo del presidente Montt fue lo mismo que experimentó el presidente Orbegoso en el Perú durante su marcha por los departamentos del sur en 1834. Así, por ejemplo, el cronista de dicha expedición nos relata que a su entrada en Chilca, "fue recibido en fiesta, y cortejado por los chilcanos, que no satisfechos con haber formado muchos arcos en el pueblo, cubiertos de banderas y cintas, saliéndole al encuentro y vitoriándole continuamente, le presentaron un concierto de música a cuyo compás le cantaron un aria, que si no es arreglada a los preceptos del arte, era conforme con la alegría de que se hallaban poseídos". Véase Blanco, 1974, pp. 10-14 y también 16-22, 25-26, 40-43 y 132-133.

<sup>37</sup> El contraste era evidente entre "el durante" y "el después" de una visita. Como nos informa un cronista, alejada la comitiva oficial, la ciudad volvía "a su estado normal, o más bien dicho, a su antigua calma y silencio sepulcral". Véase *El Mercurio* de 17 de febrero de 1853, *Colchagua. Correspondencia del Mercurio*. También *El Mercurio* de 4 de febrero de 1853.

<sup>38</sup> *El Mercurio*, 16 de febrero de 1853. Recordemos que una de las facultades que la Constitución otorgaba al presidente era la de indultar con acuerdo del Consejo de Estado. Al respecto, véase la Constitución de la República Chilena. Jurada y promulgada el 25 de mayo de 1833, art. 82, N° 15, en Valencia Avaria, 1986.

pasó Montt a visitar la cárcel, las escuelas, el hospital y otros establecimientos públicos, mientras algunos de sus subalternos se ocupaban de las diversas comisiones que traían desde Santiago y que debían cumplir en cada una de las ciudades visitadas. El inspector, atender las reclamaciones de los individuos y los cuerpos y examinar y dar reglas fijas sobre el orden y gobierno interior de ellos; el jefe de ingenieros, reconocer los edificios públicos y levantar los planos correspondientes; el director de escuelas, visitar los establecimientos de educación y repartir en ellos los formularios y obras adecuadas al efecto y, por último, los médicos, reconocer a todos los enfermos que lo solicitaran<sup>39</sup>.

Las tareas que describimos se desarrollaban, salvo excepciones derivadas de las condiciones propias de cada localidad, en la mayor parte de las ciudades a las que llegaba la comitiva oficial. En ocasiones, sin embargo, la rutina se veía alterada por la participación del Presidente, miembros de su comitiva, las autoridades locales y vecinos, en ceremonias especiales o visitas particulares<sup>40</sup>.

La permanencia de la comitiva presidencial en las distintas localidades no se prolongaba, como promedio, más de tres o cuatro días. Durante ellos, y junto a los trabajos de carácter administrativo, los ilustres huéspedes disfrutaban de los homenajes y fiestas organizados con motivo de su visita. Bailes y banquetes de suscripción, paradas militares, fuegos artificiales en la plaza, la elevación de algún globo, como ocurrió en San Fernando, fueron la forma más corriente de festejar la visita de S.E.<sup>41</sup>. En cada uno de estos actos se informó: "la concurrencia fue numerosísima y brillante", incluso, en algunos reinó algo de "la

---

<sup>39</sup> *El Mercurio*, 16 de febrero de 1853. Uno de los objetivos particulares del viaje presidencial fue la educación popular. Con ese fin, nos informan antes de que éste se iniciara, "conducen a todas las provincias visitadas una inmensa cantidad de libros destinados a la instrucción primaria y que serán distribuidos profusamente en todos los establecimientos de educación". Ver *El Mercurio*, 31 de enero de 1853.

<sup>40</sup> Así por ejemplo, estando en Rancagua la comitiva se trasladó a las orillas del río Cachapoal para solemnizar la ceremonia de colocación de la primera piedra del puente que se construiría sobre aquel río; en Los Angeles se dio tiempo para recorrer La Frontera y arreglar la nueva provincia de Arauco y en Concepción, el Presidente cruzó el Biobío y visitó las minas de carbón y el pueblo de Arauco. Véanse el *Diario de Valparaíso* del 7 febrero; *El Mercurio* del 26 de febrero y *El Correo del Sur* del 17 y 22 de marzo, todos de 1853.

<sup>41</sup> Los cronistas llaman la atención respecto que el Presidente, "a pesar de su carácter serio y de su gusto por el retiro", en algunos festejos, como el de Talca, permaneció en el baile hasta la venida del alba". Véase *El Mercurio* del 21 de febrero de 1853.

magnificencia deslumbradora que se ostenta en los salones de Santiago y Valparaíso en estos casos", además del "orden y buen humor"<sup>42</sup>.

De todo lo anterior, así como de los trabajos y promesas que el gobierno había realizado, se informó y opinó con amplitud, evaluándose así los resultados de la expedición gubernamental. Para la mayor parte de la prensa, la aproximación presidencial a las diferentes provincias había tenido como primer efecto la discusión de programas de adelanto para estas localidades y el despertar el espíritu público y emprendedor de los pueblos, hecho que, naturalmente, se apreciaba como positivo<sup>43</sup>.

Sin embargo, puestos a analizar los resultados concretos de la expedición gubernamental, los articulistas no eran tan optimistas. Algunos opinaban que en la excursión la administración había obrado "poseído por deseos de niño, que todo lo emprende y todo lo abandona", y que "los doscientos decretos despachados durante la visita del Presidente formarán, no lo dudamos -terminaba el articulista-, un hermoso libro de *impresiones de viaje* por las pintorescas provincias del Sud"<sup>44</sup>.

¿Cómo explicar la prodigalidad de una administración pobre en recursos? ¿Como justificar el comportamiento de un gobierno que sabe que las rentas del Estado apenas bastan a los gastos ordinarios?

Según algunos, éste se había dejado llevar "por el entusiasmo y por las aclamaciones de los pueblos", olvidándolo todo, olvidándose a sí mismo, para prometer lo que nunca ha de llegar a convertir en hechos"<sup>45</sup>. ¿Acaso es posible sostener que las promesas del Presidente tenían el propósito de ganarse la opinión?

La evidencia es clara al respecto. Así, por ejemplo, algunos medios interpretaron la

<sup>42</sup> *El Mercurio* del 17 de febrero de 1853.

<sup>43</sup> Véase, a modo de ejemplo, *El Correo del Sur* del 24 de febrero y 22 del marzo; *El Progreso* del 4 de marzo y *El Mercurio* de 22 del marzo, todos de 1853.

<sup>44</sup> Véase *El Mercurio* del 23 de marzo de 1853. Este periódico calculaba en "8 o 9 millones de pesos las cantidades decretadas o proyectadas en el solo ramo de puentes", y que sólo en Chillán se decretaron gastos por 88.788 pesos. Por eso afirmaba que "si dejamos de lado las ilusiones y tratamos de buscar los grados de realización de estos proyectos, sacamos que sólo son decretos, nada más que decretos". Véase edición del 11 de abril de 1853.

<sup>45</sup> "Actos de la Administración", en *El Mercurio* del 11 de abril de 1853.

gira "como la sanción del olvido de las disensiones de partido después de los pasados sucesos políticos"<sup>46</sup>.

Otros periódicos vieron en la excursión "a las provincias en que principalmente se suscitó y mantuvo la guerra civil", un hecho de gran "significado político", desde el momento que el Presidente pudo apreciar las manifestaciones de adhesión y el ardor con que éstas se contraen a promover los intereses que importan su prosperidad. De esta forma, añade el editorialista de *El Mercurio*, "cualesquiera que hayan sido las miras del gobierno al emprender su excursión por el Sur, juzgamos que envuelve un carácter político que se revela por los resultados y por los antecedentes"<sup>47</sup>.

El carácter que la prensa citada dio a la visita gubernamental fue confirmado, aunque más indirectamente, por las propias autoridades que participaron como protagonistas en ella. La gira buscaba también, afirmó el presidente Montt, "el apoyo de convicción y de corazón de todos los ciudadanos" a los esfuerzos del gobierno por la prosperidad y adelantamiento del país. Se trataba de que los pueblos sintieran de cerca el celo que animaba a la administración en favor de la conveniencia pública, pues es útil, como afirmó el ministro Varas, "que cada localidad vea la solicitud del Gobierno por sus adelantos, por atender a sus necesidades"<sup>48</sup>.

Como se aprecia la dimensión política de la excursión de Montt es manifiesta y se ve confirmada también por el itinerario elegido por la comitiva presidencial. En efecto, creemos que las múltiples razones de orden económico y administrativo esgrimidas para aventurarse hacia el sur eran igualmente válidas para organizar una expedición que se dirigiera al norte del territorio. Así lo hacía ver por ejemplo la prensa cuando, al analizar el viaje presidencial a las provincias meridionales, llamaba la atención del gobierno sobre el abandono en que se encontraban las provincias septentrionales, las cuales, afirmaba, "no reciben otro *huésped supremo* que las leyes que imponen el 4% y más tarde el 5% a la exportación de los metales, sus solas producciones"<sup>49</sup>. ¿Por qué entonces se eligió marchar hacia el sur?

---

<sup>46</sup> Véase *El Correo del Sur* de Concepción del 29 de marzo de 1853.

<sup>47</sup> Edición del 18 de marzo de 1853.

<sup>48</sup> Montt, *Discurso que el Presidente...*, y Varas, *Memoria que el Ministro...*

<sup>49</sup> Véase el editorial "Las provincias del norte", de *El Mercurio* del 1º de junio de 1853.

A las razones prácticas, por ejemplo que entre Santiago y Concepción se concentraba la mayor parte de la población nacional y se localizaba un número significativo de los centros urbanos existentes en el país y, por el contrario, un viaje al norte implicaba acceder a unos pocos poblados alejados entre sí, de escasa población y en medio de regiones áridas y poco acogedoras para la expedición gubernamental, deben sumarse consideraciones de orden político. Entre ellas las derivadas de la sublevación sufrida por el gobierno recién llegado al poder y los propósitos de éste de congraciarse con una significativa porción de la población nacional que no veía con buenos ojos la elevación de Montt al poder<sup>50</sup>. Lo anterior, sin perjuicio que los hombres de gobierno deben haber evaluado como difícil de contrarrestar el espíritu avanzado, liberal y antiautoritario de los norteños y, en cambio, deben haber apreciado el carácter rural, tradicional y menos politizado de la población sureña como más fácil de ganar en favor de la autoridad<sup>51</sup>. Esta interpretación se ve confirmada por el editorial de *El Mercurio*, "La política actual", de 18 marzo de 1853.

En dicho artículo se hace un balance de los dieciocho meses de gobierno, afirmando que en ese tiempo "el Presidente ha conocido que los mejores medios de gobierno son los moderados. y que el mayor y más legítimo apoyo de la autoridad es la opinión". Sostiene que puesto que en países poco adelantados en política y práctica republicana como Chile, donde la influencia de la sociedad es representada por las corporaciones y clases poderosas, el gobierno se había empeñado en conquistar tales afectos ofendiendo a la opinión, siempre contraria a las clases poderosas, debiendo, además, pagar por esa cooperación interesada. Agrega que como el gobierno postergó hasta hacer imposible las medidas de reconciliación nacional, había caído en una posición vacilante que no contentó a la justicia ni a la opinión, pues carecía del apoyo nacional, el único capaz de asegurar la independencia de sus actos de

---

<sup>50</sup> Recordemos, además, que en el norte el levantamiento de 1851 fue poco significativo.

<sup>51</sup> A propósito de lo expuesto, no está de más señalar que hacia finales de la administración Montt, en 1859, los mineros norteños de Copiapó y La Serena volvieron a levantarse en contra del gobierno, esta vez sin la complicidad de las ciudades sureñas. Por el contrario, según Encina, 1940-1952, XIII, p. 177, la aristocracia provinciana sureña "llenó el vacío que dejaron los ultramontanos y los futuros radicales al alejarse, y en la crisis de 1859 lo apoyó con gran decisión".

las influencias interesadas, contrarias a las medidas de utilidad para el país.

En esta situación, afirmaba *El Mercurio*, el hábil político que era Montt concibió que, no siendo tiempo de conquistar a los grupos liberales disidentes, ni siendo fácil la emancipación del gobierno de la influencia de los círculos, "el único medio de salvar la situación era el de acercarse al pueblo, de hacerle palpar su mérito y ascendiente, para evitar la interposición de los partidos contrarios que lo representan o de las corporaciones y círculos que influyen sobre él"<sup>52</sup>. Para el editorialista, los resultados producidos por la gira presidencial habían probado la certeza de estas apreciaciones políticas, pues "las provincias más prevenidas contra el gobierno, han depuesto para siempre su actitud recelosa ante la presencia del jefe del estado y los bienes consiguientes a su viaje"<sup>53</sup>.

Si bien el propósito declarado del viaje había sido el de imponerse personalmente el gobierno de las necesidades de las provincias, y así satisfacerlas en la medida de lo posible, lo cierto es que el mismo tuvo también motivaciones políticas derivadas de las circunstancias en que Montt llegó a la presidencia<sup>54</sup>. En efecto, y tal como la mayor parte de la prensa lo percibió, el viaje le conquistó a Montt no pocas adhesiones en las ciudades del sur, contribuyendo a reconciliarlo con una población quejosa del olvido en que hasta entonces vivía<sup>55</sup>.

Lo dicho debe ser valorizado en el contexto de los fines que el poder esperaba alcanzar

<sup>52</sup> Nos atrevemos a sostener que José Manuel Balmaceda, que como sabemos estuvo muy cerca de Manuel Montt cuando se inició en la vida pública y fue su amigo por largo tiempo, debió haber aprendido de las enseñanzas que éste pudo entregarle a través del relato de sus experiencias en el poder, entre ellas, las derivadas de sus salidas a la provincia y las consecuencias que de ellas esperaba obtener.

<sup>53</sup> Encina, 1940-1952, XIII, p. 177, también evalúa desde este ángulo el viaje de Montt. "En cuanto a los resultados políticos de esta gira, afirma, excedieron con mucho a las esperanzas que se cifraban en ella. El trato sencillo y afable del Presidente, que le permitía colocarse sin esfuerzos al nivel de su interlocutor y realzarlo, sin halagos ni detrimentos del prestigio del cargo, y la especie de irradiación magnética que fluía del fondo de su personalidad, le conquistaron la adhesión del grueso de la aristocracia provinciana".

<sup>54</sup> Una situación derivaba de su ascenso al poder explica también el ya mencionado viaje de Orbegoso por el sur del Perú en 1834. Éste había llegado al poder en 1833 en medio de disputas con el caudillo Agustín Gamarra. La derrota militar del último, su cercanía con Santa Cruz y su alejamiento hacia Bolivia, explican que Orbegoso se decidiera a seguirlo hacia el sur para vigilar la frontera. En este contexto, la marcha de Orbegoso le permitió recibir el reconocimiento por haber salvado, se creyó entonces, al país de "la tempestad que iba a sepultarlos en un abismo de males", nos dice el cronista de la expedición. Véase Halperín Donghi, 1985, pp. 258-260 y Blanco, 1974, p. 11.

<sup>55</sup> Edwards, 1932, p. 128, llama también la atención sobre este aspecto del viaje de Montt.

con sus desplazamientos a provincias. En este sentido, el viaje de Montt al sur contiene un claro propósito político, lo cual, sostenemos, diferencia su excursión de las habidas hasta entonces, a la vez que lo acercan, en cuanto hecho político, a los que Balmaceda realizaría en la década de 1880. Sin embargo, no significa que el viaje de Montt no tuviera todavía una evidente intencionalidad administrativa y práctica asociada a la realización del buen gobierno.

Lo significativo de esta constatación está referido al hecho que si identificamos manifiestas motivaciones políticas en el viaje presidencial, es porque ha habido una transformación en la forma en que el gobernante y lo que éste representa, el poder, se relacionan con la sociedad de la que forma parte. Obviamente, pensamos, al poder ya no le basta vincularse sólo con los llamados Ochocientos, Quinientos o Casa Otomana, el clan de familias interrelacionadas, dominadas y conducidas por los Larraín Salas que, desde la Independencia y luego de ella, había limitado el gobierno a una élite esencialmente capitalina<sup>56</sup>.

Algo había cambiado en Chile para que el gobierno se viera necesitado de viajar a la provincia en busca de un apoyo que, todavía, se podía confundir con respaldo a su obra administrativa. En este contexto, creemos que su experiencia constituye la primera manifestación de una realidad que en tiempos de Balmaceda operará en toda su magnitud, esto es, la de un juego político más plural y competitivo en la que el Presidente debe buscar a través de diversos medios el concurso de los ciudadanos, no sólo para sus iniciativas de gobierno, también como capital político con que hacer frente a otros actores de la vida nacional, como por ejemplo pueden ser los "partidos" y "círculos" que, según la prensa, se oponían a las iniciativas de Montt.

Nos queda, por último, llamar la atención sobre el hecho que Montt para ganarse la opinión viajó, escuchó, se dejó homenajear, trabajó y prometió a través de una multitud de decretos, sin tener necesidad de hablar, de utilizar su oratoria en actos masivos, grandes inauguraciones o celebraciones patrióticas. En las crónicas que tratan de su viaje nunca se

---

<sup>56</sup> Sobre la familia Larraín Salas y su papel en la política nacional en los comienzos del siglo XIX, véase Lowenthal Felstiner, 1976. Una visión más general del fenómeno de las familias que, en función de alianzas de parentesco, ocuparon posiciones de poder políticas y sociales, se encuentra en Balmori y Oppenheimer, 1979, p. 231-261.

informa que el Presidente o alguno de sus ministros se haya manifestado para decir un discurso o un brindis. De hecho tampoco hubo muchas oportunidades de hacerlo, pues los eventos en que participó, salvo los banquetes, no se prestaban para ello. En su acción de búsqueda de apoyo político sólo requirió de su presencia física, no importando si ésta era atractiva o no, lo que seducía estaba en lo que él representaba, el Presidente de la República, la máxima autoridad de la nación, la encarnación física del poder.

Entonces el Presidente no necesitaba preparar actos masivos, rodearse de una gran comitiva, realizar declaraciones espectaculares, aprovechar las inauguraciones de las obras públicas o los actos patrióticos para atraer la atención<sup>57</sup>. Tampoco tenía que desplazarse continuamente o utilizar la prensa para llegar a la población. Bastaba con lo que representaba, esto es, la principal fuerza política existente, el único poder que entonces tenía la facultad de atraer la opinión y su concurso casi espontáneo con su sola presencia. Manuel Montt comprendió y utilizó tal poder y así lo demuestran sus excursiones fuera de Santiago. La que hemos reseñado y la que en febrero de 1852 lo había llevado a Valparaíso<sup>58</sup>.

Sin duda el primer viaje de Montt a Valparaíso fue un suceso afortunado para el Presidente, y este hecho, sumado a los proyectos que había dejado encaminados y a la situación del puerto y sus necesidades, explican que al cabo de un año volviera a la ciudad que él calificaba como el "centro del comercio que vivifica con sus capitales los ángulos más apartados de la república"<sup>59</sup>. Fue de regreso de la gira al sur, que hizo por mar, lo que le

---

<sup>57</sup> Ciertamente en aquella época todavía no se construían las grandes obras públicas que más tarde darían motivo para el lucimiento gubernamental. Sin embargo, más que un problema de magnitud, el asunto se refiere a una actitud, una forma de comportarse del poder que lo lleva a prescindir de efectos como los señalados para obtener el apoyo de la opinión.

<sup>58</sup> Los desplazamientos mencionados se realizaron en los momentos precisos. Cuando era más débil la situación política de Montt, y por lo tanto, más necesitaba adhesiones. Cuando Montt requirió ganarse el apoyo de una parte importante del país para tratar de superar las odiosidades despertadas a su llegada al poder.

<sup>59</sup> Véase el brindis del presidente en el banquete que le ofreció la ciudad. En *El Mercurio* de 11 de marzo de 1852. Antes de los viajes de Balmaceda, la mayor parte de las escasas ocasiones en que los presidentes salieron de la capital fue para trasladarse a Valparaíso. Dos razones principales explican esta situación. Por una parte que el puerto fuera el lugar escogido como residencia del gobierno durante los meses de verano; de otra, y también relacionada con la primera, que Valparaíso fuera la plaza comercial más importante de Chile; aquella donde circulaban los capitales y se creaban las sociedades que explotaban las riquezas; el punto de salida y entrada de la producción nacional y extranjera; la ciudad con el mayor número de extranjeros radicados en el país; la

permitió arribar a Valparaíso y permanecer allí unos pocos días. La estadía dio ocasión al gobernante de abordar algunos graves problemas que preocupaban a los porteños y que la prensa ya había planteado<sup>60</sup>. Si en su primera visita al puerto, Manuel Montt se había concentrado en cuidar las relaciones políticas del gobierno, además de desvanecer las dudas sobre el ferrocarril, ahora su empeño principal fue, justamente, la situación de la empresa organizada para la construcción de éste y el reconocimiento de los trabajos en marcha<sup>61</sup>.

Si bien los propósitos explícitos de los viajes de Manuel Montt se referían a la voluntad de imponerse personalmente el gobierno de las necesidades de las provincias para su mejor administración, lo cierto es que, como hemos tenido oportunidad de demostrar, tuvieron también motivaciones políticas derivadas de las circunstancias en que Montt asumió la presidencia y de la dinámica realidad nacional entonces existente<sup>62</sup>.

En virtud de lo anterior, en él convergen las motivaciones que habían propiciado las expediciones de sus predecesores en el poder, con las que, en el futuro, animarán a salir a la provincia a políticos como Balmaceda, esto es, las dirigidas a captar el apoyo de los diferentes grupos que conforman la sociedad.

## BALMACEDA EN LA PROVINCIA

---

residencia de una sociedad que naturalmente pesaba en la marcha general de la nación y que, por lo tanto, era necesario atender con predilección.

<sup>60</sup> Véase *El Mercurio* de 18 y 22 de marzo y de 5 y 6 de abril de 1853. Las principales obras que se reclaman eran las del ferrocarril Santiago-Valparaíso, la construcción de un muelle y almacenes fiscales, una factoría de marina, más escuelas y algunas reformas judiciales y administrativas, lo anterior sin perjuicio de las cuestiones relacionadas con los bancos, impuestos y leyes fiscales tan importantes para los habitantes de la principal plaza comercial del país.

<sup>61</sup> A tal punto llegó la concentración del presidente en esta empresa que, con razón, *El Mercurio* lamentaba que en esta oportunidad Montt "no alcanzó a recibir los homenajes" que se le habían preparado. Véase la edición del 7 de abril de 1853. La estadía del presidente fue además breve y sólo se prolongó entre el 4 y el 7 de abril de 1853.

<sup>62</sup> De hecho casi treinta años después, en enero de 1884 y con motivo de la excursión oficial del presidente Santa María y su ministro del Interior José Manuel Balmaceda a Concepción, un orador recordó el carácter político de la visita del presidente Montt cuando señaló que si bien es cierto algunos mandatarios ya habían honrado con su presencia a la ciudad, lo cierto que la situación de la misma entonces no presentaba "el ánimo más placentero, por más que nos trajera la oliva de la paz y con ella la expectativa de mejoras y adelantos materiales", pretendiendo con ello, afirmó Lizandro Martínez, "borrar resentimientos pasados". Véase *El Ferrocarril* del 29 de enero de 1884.

Dos fueron los destinos principales de los viajes gubernamentales encabezados por Balmaceda: las provincias del norte y las provincias del centro sur del país. En términos de la época, las regiones mineras, minero-agrícolas y las agrícolas. Los prácticamente deshabitados espacios septentrionales y el área densamente poblada que se extendía entre los ríos Aconcagua, al norte de Santiago, y Toltén, en la Araucanía, lo vieron llegar.

Sabemos también que fue característico de los viajes gubernamentales que nos ocupan el que Balmaceda abordara el vapor cuando se dirigía al norte y que tomara el tren cuando se desplazó al sur o a las provincias de Valparaíso y Aconcagua.

En relación con el contexto político de sus excursiones, consta que la gira al norte de marzo de 1889 marcó un punto de inflexión de su administración y que, a partir de entonces, Balmaceda debió enfrentar crecientes problemas derivados del conflicto que terminaría en la Guerra Civil de 1891.

Presentados en orden cronológico, los viajes realizados por Balmaceda a la provincia entre 1883 y 1891 son los que se aprecian en el cuadro respectivo<sup>63</sup>.

---

<sup>63</sup> Todos los desplazamientos mencionados, salvo uno, han sido documentados, entre otras fuentes, en la prensa nacional de la época. El viaje a Los Andes, sólo aparece mencionado en el epistolario de Balmaceda. El hecho que en el futuro se puedan documentar otras excursiones de Balmaceda, creemos, no cambiará la interpretación esencial que se desprende del conjunto identificado.

**CUADRO  
VIAJES DE BALMACEDA**

AÑO	MES	DESTINO PRINCIPAL
1883	enero	Valparaíso
1883	enero/febrero	La Frontera
1883	febrero/marzo	Provincia de Coquimbo
1884	enero	La Frontera
1884	febrero	Valparaíso
1884	marzo	Valparaíso
1885	febrero	Los Andes
1885	abril	Talca
1886	enero	Valparaíso
1888	abril	Llico
1888	mayo	Valparaíso
1888	septiembre	Chillán
1888	octubre	Talca
1889	enero	Pelequén
1889	enero	La Calera
1889	enero/febrero	Penco
1889	marzo	Tarapacá
1889	abril	Los Andes
1889	noviembre	Cauquenes
1890	septiembre	Valparaíso
1890	octubre	Collipulli
1890	diciembre	Talcahuano
1891	agosto	Montenegro
1891	agosto	Frente de batalla

Los señalados no fueron, sin embargo, los únicos desplazamientos en los que Balmaceda participó a lo largo de su vida pues, en realidad, estando en cargos gubernamentales salió en numerosas oportunidades de Santiago. Sin embargo, a nosotros no nos han interesado todos sus desplazamientos, sólo los oficiales, y a la provincia chilena<sup>64</sup>.

<sup>64</sup> Por tanto quedan al margen de nuestro interés inmediato los viajes que realizó fuera del país en representación del gobierno chileno. El primero de ellos en 1864, cuando formó parte de la delegación chilena al Congreso Panamericano de Lima; el segundo, en 1879, cuando fue nombrado ministro plenipotenciario ante el Estado argentino. La relación de estas excursiones fuera del país, en Bañados Espinoza, 1894, I, pp. 5-7 y 17-

Es preciso tener presente que Balmaceda, al igual que otros gobernantes de la época, viajó frecuentemente a Valparaíso y Viña del Mar, pues durante gran parte del siglo XIX fue costumbre que el gobierno se mudara al principal puerto nacional en el período estival, administrando el país desde ahí<sup>65</sup>. Tal situación no sólo implicaba que los secretarios de Estado y los oficiales y burócratas de los ministerios partieran a Valparaíso por algunos meses, también, que el Jefe de Estado se instalara en el puerto<sup>66</sup>.

Por otra parte, y puesto que la familia de José Manuel Balmaceda poseyó una residencia en Viña del Mar, el balneario adyacente a Valparaíso, fue hábito del político trasladarse a la costa algunos fines de semana, o por algunos días en otras ocasiones y, especialmente, residir allí en el verano, cuando sus obligaciones se lo permitían<sup>67</sup>.

En este trabajo nos hemos concentrado en las excursiones de Balmaceda que hemos podido registrar como viajes realizados en su calidad de gobernante, relacionados con el ejercicio del poder o la administración del Estado, con el aparato y las prevenciones que el desplazamiento de una figura de su naturaleza requería, y, además, que tuvieran alguna repercusión pública a través, por ejemplo, del debate parlamentario o de informaciones de prensa. La razón que justifica este último requisito, es el hecho que nuestro estudio aborda los viajes en su carácter de práctica política, destinada a tener efecto en la sociedad y en la opinión pública, circunstancia bajo la cual la prensa resulta ser esencial como instrumento de información y difusión.

---

22.

<sup>65</sup> Un contemporáneo recuerda que en sus vacaciones de 1888 en Viña del Mar, veía que Balmaceda "diariamente se trasladaba a su despacho en Valparaíso y, por las tardes, llegaba siempre en el tren de las cinco o de las seis". Alessandri, 1950, p. 135.

<sup>66</sup> La prensa asociaba el número de visitantes existentes en verano en Valparaíso con la presencia del gobierno en el puerto. Así, por ejemplo, *El Correo de Quillota* del 6 de enero de 1889, comentaba que los baños de Valparaíso no se encontraban muy concurridos, hecho que se debe, "indudablemente, a que aun no se ha trasladado el gobierno".

<sup>67</sup> Rubén Darío, amigo del primogénito de Balmaceda, Pedro, da testimonio de lo afirmado cuando sostiene que "era en su mansión de Viña del mar, en el precioso *chalet*", donde Balmaceda "pasaba las temporadas de verano". Véase Silva Castro, 1966, pp. 153-154. Incluso más, la costumbre de residir en Viña del Mar en el verano no alteró sustantivamente los hábitos que Balmaceda tenía en Santiago. Así, por ejemplo, también ahí se dio tiempo para inspeccionar obras e instituciones públicas en Valparaíso y celebrar comidas y banquetes, como, más adelante veremos, era su rutina en la capital.

De esta manera veinticuatro son los viajes que José Manuel Balmaceda realizó en su calidad de gobernante. De ellos, seis tuvieron como destino principal Valparaíso; tres La Frontera; en dos ocasiones se desplazó a Talca, Los Andes, la provincia de Concepción, la región en la que se desarrolló el conflicto militar de 1891 y la provincia de Coquimbo -una de ellas como parte de la gira al norte del país-; en tanto que en una oportunidad viajó expresamente a Llico, Chillán, Pelequén, La Calera y Cauquenes.

Pero, si bien los desplazamientos a la provincia de José Manuel Balmaceda tuvieron un objetivo inmediato y un destino específico, lo cierto es que, salvo excepciones, en cada uno de sus viajes el político aprovechó su salida de la capital para alcanzar otras poblaciones y realizar en ellas una variedad de actividades propias de su condición de gobernante.

Así, y salvo en sus viajes a Valparaíso de enero de 1883, febrero y marzo de 1884, enero de 1886, mayo de 1888 y septiembre de 1890, los que realizó a Los Andes y a Talca en febrero y abril de 1885 y a Montenegro en agosto de 1891, el gobernante siempre agregó, o se vio obligado a sumar, a su destino original alguna población situada en su camino de ida o de regreso. Lo anterior, independiente del tiempo disponible para su excursión pues, como se apreciará, ya sea que se tratara de viajes de un día o de semanas, Balmaceda igual pasó, se detuvo, hizo escala o visitó algunos de los puntos intermedios existentes en su camino.

En definitiva, los numerosos centros poblados y lugares a los que Balmaceda alcanzó, además de la recargada agenda que desarrolló en cada uno de ellos, multiplicó sus posibilidades de darse a conocer entre la población, así como las ocasiones de ésta de exponerle su situación<sup>68</sup>.

Considerando cada una de sus salidas a la provincia, resulta que Balmaceda no sólo alcanzó hasta numerosas localidades del país, como el mapa respectivo lo ilustra, sino que, además, se desplazó por una porción significativa del territorio nacional.

El área cubierta por las excursiones gubernamentales que nos ocupan abarcó un extenso espacio que, en términos de la superficie de la república, abarcaba casi el 65% del territorio

---

<sup>68</sup> La febril actividad que Balmaceda cumplió en la provincia puede apreciarse en los respectivos cuadros anexos, en especial, en el que muestra su gira al norte de marzo de 1889.

considerado chileno en 1885<sup>69</sup>.

Este porcentaje representaba la casi totalidad del área efectivamente integrada al destino nacional en la década de 1880. Es decir, que formaba parte del quehacer de la nación desde el momento en que: estaba habitado, regía la ley nacional, sus recursos eran explotados y el Estado ejercía las tareas que le eran propias, como las de policía, educación, registro civil y aduaneras, entre muchas otras.

Este espacio, que como se aprecia en el respectivo mapa se prolongaba entre el límite con el Perú y el Seno de Reloncaví, constituía el Chile de la época de Balmaceda y su conformación era consecuencia de la expansión experimentada por el país a lo largo del siglo XIX. Ésta, había hecho posible integrar definitivamente al país las regiones situadas al sur del río Biobío, como la Araucanía y la de Los Lagos, e incorporar las provincias de Antofagasta, Tarapacá y Tacna.

En este contexto, los viajes a la provincia de Balmaceda fueron una práctica que, sostenemos, representó un reconocimiento explícito de la ampliación del ámbito de acción e influencia del quehacer económico social y político cultural nacional. Una expresión, desde el poder, de que la "idea" de Chile entonces prevaleciente efectivamente tenía asidero<sup>70</sup>.

Teniendo presente la morfología del paisaje que se sostenía conformaban el relieve chileno, los destinos de los viajes protagonizados por Balmaceda se circunscribieron, esencialmente, a los espacios ocupados por las planicies costeras adyacentes a la cordillera cercana a la costa y por la depresión central<sup>71</sup>.

Sólo en una ocasión alcanzó hasta una región que puede ser considerada parte

<sup>69</sup> Para nuestro cálculo consideramos la superficie de las provincias visitadas por Balmaceda. Obviamente, el porcentaje del país cubierto por los viajes de José Manuel Balmaceda es, en términos reales, menor al indicado pues éste estuvo lejos de recorrer íntegramente cada una de las provincias a las cuales se desplazó.

<sup>70</sup> Sobre la "idea" geográfica de Chile, véase *infra*, capítulo I.

<sup>71</sup> Desde 1866, y de acuerdo con los *Apuntes sobre la jeografía física i política de Chile* que había publicado Pedro Lucio Cuadra, la extensión de terreno que constituía la república se dividía en dos fajas principales paralelas entre sí y paralelas a la vez al meridiano. La faja del oriente estaba constituida por los Andes, la del poniente por otra cadena de cerros de menor altura y, entre los dos cordones y sobre la línea de contacto de sus faldas, se situaba una gran depresión o llano intermedio que se extendía de norte a sur.

integrante de la Cordillera de los Andes, como lo es la zona adyacente a Calama en el extremo norte<sup>72</sup>.

Considerados en su desarrollo longitudinal, las regiones visitadas por Balmaceda correspondían a la zona mineral, la faja mineral y agrícola y la franja agrícola. Por el contrario, la zona de maderas y pesquería quedó excluida de sus rutas. De este forma, el norte minero, constituido por las provincias de Tarapacá y Antofagasta; el norte minero agrícola, formado por Atacama y Coquimbo; el fértil llano central, entre Aconcagua y Concepción; como La Frontera o Araucanía, conformada por las provincias de Arauco, Bío-Bío, Malleco y Cautín, experimentaron, aunque fuera muy brevemente, alguna visita de Balmaceda.

En relación con las distancias, y tomando en cuenta que las ciudades de Pisagua y Temuco fueron los extremos septentrional y meridional de sus excursiones a la provincia, resulta que las correrías de José Manuel Balmaceda se desarrollaron en un espacio de aproximadamente 2.700 kilómetros de largo<sup>73</sup>. Una extensión por lo demás significativa que refleja fielmente el desarrollo longitudinal que, desde la época de la conquista española, ha caracterizado a Chile.

Por otra parte, si bien los desplazamientos del gobernante abarcaron la mayor parte del territorio, lo cierto es que éstos se circunscribieron a las regiones entonces efectivamente ocupadas, esto es, las situadas entre el extremo septentrional y las sureñas hasta el Seno de Reloncaví, excepción hecha de Valdivia, Chiloé y de Punta Arenas<sup>74</sup>.

---

<sup>72</sup> Desde el punto de vista de su morfología, entonces y hoy, el territorio continental de Chile se ha dividido en cuatro franjas longitudinales que, ordenadas de este a oeste, son: Cordillera de los Andes, Depresión Intermedia, Cordillera de la Costa y Planicies Costeras o Litorales.

<sup>73</sup> En la época, Chile se extendía entre los paralelos 17° 57' y el 55° 59' de latitud sur, esto es, el río Sama en el extremo norte, y el Cabo de Hornos en el sur. Considerando que la distancia entre ambos puntos se calculaba entonces en 4.225 kilómetros, resultaba que Balmaceda había cubierto en sus excursiones aproximadamente el 64% de la longitud nacional. Todas las cifras arriba citadas han sido tomadas de Espinoza, 1890, pp. 9-11.

<sup>74</sup> El porcentaje de espacio longitudinal cubierto por Balmaceda aumenta considerablemente si se toma en cuenta que para él resultó prácticamente imposible, además de innecesario, acceder a la extensa comarca situada al sur del Seno de Reloncaví que, siendo chilena, no estaba integrada al quehacer nacional. En ella no había más actividad que la existente en la isla de Chiloé y en Punta Arenas y sus alrededores. Para el Territorio de Magallanes, como se llamaba a la región más austral del país, se calculaba una superficie de 195.000 kilómetros cuadrados y una población de 2.085 habitantes, 922 de los cuales vivían en Punta Arenas, la capital

Pero, ¿por qué Balmaceda jamás alcanzó hasta las provincias de Valdivia y Llanquihue, como tampoco a la costa de la mayor parte de la región central, la isla Chiloé o Punta Arenas?, zonas efectivamente integradas al país, aunque sólo fuera por la preocupación que el gobierno central alguna vez había manifestado respecto de ellas. La respuesta, sostenemos, una vez más, se encuentra en el proceso de expansión nacional del que los viajes gubernamentales estudiados son parte y consecuencia.

Si consideramos que los viajes gubernamentales de Balmaceda tuvieron como destino esencial aquellos espacios más dinámicos desde el punto de vista económico y social, como lo eran en su época la zona central, La Frontera y el norte minero, no debe sorprendernos que no traspasara el río Toltén, que no llegara hasta Chiloé o Punta Arenas y que tampoco alcanzara hasta la costa de la mayor parte del Chile central. Lo cierto es que, desde el punto de vista del poder que él representaba y buscaba, no había motivo para trasladarse hasta ellos pues éstos no manifestaban problemas u ofrecían asuntos de una complejidad o gravedad tal que ameritara la excursión gubernamental. De hecho, los mismos no sólo no contenían un porcentaje de población significativa, sino que, además, presentaban dificultades de acceso por carecer de otra comunicación que no fuera por mar, lo cual, en los casos de Valdivia, Llanquihue, Chiloé y Punta Arenas, no era un problema menor dado las distancias que los separaban del eje Santiago-Valparaíso, punto de partida de todas los desplazamientos de que Balmaceda formó parte<sup>75</sup>.

Ni siquiera situaciones derivadas de la necesidad de realizar gestos de soberanía desplazaron a Balmaceda a las regiones situadas al sur del río Toltén, como sí lo llevaron a las provincias del extremo norte. Recordemos que las provincias de Valdivia, Llanquihue y Chiloé

---

del territorio. Las cifras, en Espinoza, 1890, pp. 250, 251 y 254.

<sup>75</sup> Como se aprecia en el cuadro provincias de Chile, Valdivia, Llanquihue y Chiloé no tenían una población significativa en comparación a la mayor parte de las demás provincias del centro sur del país; además, sus principales ciudades, esto es Valdivia, Osorno y Ancud respectivamente, sólo alcanzaban a los 5.680 habitantes la primera, a 3.097 la segunda y a 3.543 la última, sin que hubiera otros centros poblados de significación que hubieran permitido, por último, organizar una gira por toda la provincia. Razones similares explican la inexistencia de visitas, salvo las excepciones conocidas, a la costa de Chile central. Para las cifras y deducciones ofrecidas, véase Espinoza, 1890.

nunca estuvieron involucradas en problemas de límites y que respecto del Estrecho de Magallanes, cuya soberanía había justificado la formación de una colonia en la década de 1840 de la cual resultó el desarrollo de Punta Arenas, el tratado de límites con la Argentina de 1881 había resuelto la cuestión adjudicando a Chile la totalidad del paso marítimo.

Si bien es cierto que durante su estancia en el gobierno Balmaceda recibió invitaciones de numerosas poblaciones del país para que se acercara hasta ellas, finalmente sólo llegó a las que le ofrecieron buenas razones para viajar en función de sus propósitos y posibilidades de desplazamiento. De tal forma que aquellos sitios y áreas que jamás le proporcionarían la satisfacción de los intereses que como gobernante Balmaceda perseguía con sus viajes a la provincia, sencillamente quedaron fuera de su órbita de desplazamientos.

En términos de la división administrativa, en sus numerosos desplazamientos Balmaceda tuvo oportunidad de visitar las provincias de Tarapacá, Antofagasta, Atacama, Coquimbo y Aconcagua por el norte; y las de O'Higgins, Colchagua, Curicó Talca, Linares, Maule, Ñuble, Concepción, Bío-Bío, Malleco y Cautín por el sur. Las anteriores, además de las de Santiago, donde residía normalmente, y Valparaíso, que visitaba muy frecuentemente. Es decir, Balmaceda se desplazó a dieciocho de las veinticuatro provincias del país en 1885, lo que implica que el 75% de las provincias entonces existentes alguna vez lo recibió.

**CUADRO  
PROVINCIAS DE CHILE EN 1885**

PROVINCIA	SUPERFICIE en Km2	POBLACIÓN	% de la población nacional
Tacna	22.500	29.523	1,16
<b>Tarapacá</b>	<b>50.000</b>	<b>45.086</b>	<b>1,78</b>
<b>Antofagasta</b>	<b>187.000</b>	<b>33.636</b>	<b>1,33</b>
<b>Atacama</b>	<b>73.500</b>	<b>64.143</b>	<b>2,53</b>
<b>Coquimbo</b>	<b>33.423</b>	<b>176.344</b>	<b>6,97</b>
<b>Aconcagua</b>	<b>16.126</b>	<b>144.125</b>	<b>5,70</b>
<b>Valparaíso</b>	<b>4.297</b>	<b>203.320</b>	<b>8,04</b>
<b>Santiago</b>	<b>13.527</b>	<b>329.753</b>	<b>13,04</b>
<b>O'Higgins</b>	<b>6.537</b>	<b>87.641</b>	<b>3,46</b>
<b>Colchagua</b>	<b>9.829</b>	<b>155.687</b>	<b>6,16</b>
<b>Curicó</b>	<b>7.545</b>	<b>100.002</b>	<b>3,95</b>
<b>Talca</b>	<b>9.527</b>	<b>133.472</b>	<b>5,28</b>
<b>Linares</b>	<b>9.036</b>	<b>110.652</b>	<b>4,37</b>
<b>Maule</b>	<b>7.591</b>	<b>124.145</b>	<b>4,91</b>
<b>Ñuble</b>	<b>9.210</b>	<b>149.871</b>	<b>5,93</b>
<b>Concepción</b>	<b>9.155</b>	<b>182.459</b>	<b>7,21</b>
Arauco	11.000	73.658	2,91
<b>Bío-Bío</b>	<b>10.769</b>	<b>101.768</b>	<b>4,02</b>
<b>Malleco</b>	<b>7.400</b>	<b>59.492</b>	<b>2,35</b>
<b>Cautín</b>	<b>8.100</b>	<b>33.291</b>	<b>1,31</b>
Valdivia	21.536	50.938	2,01
Llanquihue	20.260	62.809	2,48
Chiloé	10.348	73.420	2,90
Magallanes	195.000	2.085	0,08
	753.216	2.956.412 <sup>76</sup>	

Cuadro elaborado a partir de la información que ofrece Espinoza, 1890. Se toma como referencia 1885 pues de aquel año data el censo que utilizó Espinoza. Algunas de las cartas de Balmaceda permiten deducir que alcanzó hasta la provincia de Arauco.

<sup>76</sup> La cifra final difiere de la que resultaría de la suma de la población por provincias debido a que a ella Espinoza agregó un 15% en que se estimaba la población que no fue empadronada y 50.000 habitantes en que se calculaban los indígenas del sur del territorio. Véase Espinoza, 1890, p. 12.

Balmaceda, además, visitó todas las capitales de las provincias a las que arribó, muchas de las ciudades capitales departamentales y numerosas poblaciones menores esparcidas a lo largo de la superficie nacional que incluyeron sus itinerarios<sup>77</sup>.

**CUADRO**  
**CAPITALES PROVINCIALES VISITADAS POR BALMACEDA**

CIUDAD	POBLACIÓN
Iquique	15.391
Antofagasta	7.588
Copiapó	9.916
La Serena	17.230
San Felipe	11.768
Valparaíso	104.952
Santiago	189.332
Rancagua	5.757
San Fernando	6.959
Curicó	10.110
Talca	23.432
Cauquenes	6.511
Chillán	20.775
Concepción	24.180
Angol	6.331
Temuco	3.445

En términos de número de habitantes de las capitales provinciales de Chile en 1885, los desplazamientos de Balmaceda le permitieron tomar contacto o repercutir en la vida concreta de cerca de 463.677 habitantes, esto es, el 18% de la población nacional<sup>78</sup>.

Ampliada esta proporción al total de poblaciones visitadas por Balmaceda, cuyo número de residentes se aprecia en el respectivo cuadro, y considerando que en 1885 el total

<sup>77</sup> También se considera a Santiago pues éste era el lugar de residencia habitual del Presidente y, como hemos visto, Balmaceda también realizó en la capital actividades propias de sus viajes a la provincia.

<sup>78</sup> Al número total de habitantes de las capitales provinciales visitadas por Balmaceda, también le agregamos el 15% en que Espinoza consideraba la población no empadronada por el censo de 1885. Véase cuadro No. de habitantes poblaciones visitadas por Balmaceda.

de la población urbana del país alcanzaba a 952.661 personas, resulta que el 63 % de los habitantes de los centros urbanos del país experimentó una visita gubernamental encabezada por Balmaceda, ya sea como parte integrante de los actos a que éstas daban lugar o por haber experimentado los efectos de la misma<sup>79</sup>.

Así, y considerando que las provincias a las que Balmaceda llegó aglutinaban a la mayor parte de los ciudadanos del país, o bien constituían los principales centros de actividad económica existentes en la época, resulta que el gobernante recorrió prácticamente todo el territorio y poblaciones del Chile que contaba en su época, es decir, que estaba efectivamente integrado al destino nacional y que por lo tanto tenía significación económica y políticas para el poder.

Balmaceda no se desplazó a la provincia de forma indiscriminada y no eligió los itinerarios que cumplió de manera despreocupada. Por el contrario, una mínima relación entre la realidad del Chile del último tercio del siglo XIX y los componentes esenciales de los viajes gubernamentales de Balmaceda, muestran que los segundos estuvieron determinados por lo primero.

Esta relación se apreciará mejor al conocer las circunstancias que llevaron a Balmaceda a la provincia, los motivos inmediatos de cada una de sus excursiones, sus itinerarios y acompañantes, entre otros de los componentes de sus viajes.

Los antecedentes tras la decisión de Balmaceda de viajar permiten apreciar que los objetivos de las excursiones gubernamentales son variados y numerosos, pero sobre todo, que tras algunos de ellos se encontraban comprometidos asuntos del mayor interés para el país, como el de la industria salitrera, en particular, y minera, en general, que motivó su gira al norte de marzo de 1889.

Propósitos similares a los que existentes para las giras nortinas se encuentran tras la mayor parte de los desplazamientos de Balmaceda al centro-sur del país. Con la diferencia, claro está, que lo que en el norte se cumplió en lo esencial en un solo gran viaje, respecto de

---

<sup>79</sup> La población urbana la hemos calculado a partir de la información contenida en el cuadro Chile población urbana y rural. 1865-1895. Véase *infra*, capítulo I.

las provincias situadas entre Aconcagua y Cautín se materializó a lo largo de numerosos desplazamientos realizados entre 1883 y 1891.

Todos ellos se relacionan con la necesidad de estudiar la situación específica de una localidad o algún problema de alcance nacional originado en una región determinada. Otros, con la ejecución o inauguración de alguna obra pública, su participación en actos de carácter cívico-patriótico, su afán por conocer la marcha de las oficinas públicas o el estado de las construcciones fiscales. También los hubo de índole personal, o para recibir o participar en homenajes. Por último, razones políticas, incluso político-militares, están tras de los viajes de Balmaceda. Lo dicho, sin perjuicio que hubo giras que tuvieron como propósito satisfacer más de un objetivo a la vez.

La realidad geográfica del espacio situado entre los ríos Aconcagua y Toltén así lo hizo posible. La cercanía de los centros poblados, las líneas férreas que cruzaban prácticamente todo este territorio, las numerosas poblaciones existentes, entre ellas algunas de las principales capitales provinciales del país y la actividad económica, social y política que en ellas se registraba, explican que Balmaceda excursionara una y otra vez por la región centro-sur del país.

En su calidad de Ministro, para participar en ceremonias patrióticas o "ver obras, edificios en construcción y establecimientos públicos" de interés para su ramo en las ciudades por las que pasó<sup>80</sup>. Pero además para "visitar la nueva línea de fuertes que se está haciendo en la frontera araucana y estudiar las nuevas líneas férreas que se construirían en el sur"<sup>81</sup>. Acompañar al presidente Santa María a la inauguración de tramos del ferrocarril de la Araucanía, o encabezar él la entrega al uso público de obras de arte como los puentes

---

<sup>80</sup> Véanse notas de Balmaceda al Intendente de Talca datadas en Santiago el 17 y el 25 de enero de 1883. Ambas en Correspondencia de Carlos Antúnez.

<sup>81</sup> Véase *El Ferrocarril* del 28 de enero de 1883. Parte de esta excursión fue relatada por el propio Balmaceda en una extensa carta fechada el 4 de febrero de 1883 que dirigió al Presidente Santa María dándole cuenta de lo apreciado en su viaje a La Frontera. El documento citado se encuentra en el Archivo Santa María, pieza 7775.

ferroviarios sobre los ríos Maule y Teno<sup>82</sup>.

Por último, el ministro Balmaceda también salió de Santiago para velar por los intereses electorales del gobierno o formar parte de homenajes políticos a funcionarios de la administración de que formaba parte.

En el primero de sus desplazamientos, el de enero de 1883, Balmaceda concurrió a Valparaíso para participar en la "patriótica ceremonia" de homenaje a "los restos de los batallones Valparaíso y Naval" que habían "hecho la campaña del Perú", honrados con una "medalla de honor concedida por la Municipalidad"<sup>83</sup>.

El mismo verano se trasladó a La Frontera con el propósito "de visitar la nueva línea de fuertes y estudiar las líneas férreas que se construirán en el sur", sin perjuicio de aprovechar también para inspeccionar los trabajos de los ferrocarriles en ejecución en la zona<sup>84</sup>.

Luego, entre febrero y marzo de 1883, Balmaceda alcanzó hasta Coquimbo. Entonces, se afirmó, refiriéndose "al honorable Ministro del Interior: el objeto de la venida de aquel alto funcionario parece que es conocer personalmente las necesidades que se hacen sentir en éste y los demás departamentos meridionales de la provincia"<sup>85</sup>.

Para Balmaceda, como escribió al presidente Santa María, su viaje tenía el propósito

<sup>82</sup> De este viaje da cuenta al Presidente en carta fechada en Santiago el 12 de abril de 1885. En Archivo Santa María, pieza 7596.

<sup>83</sup> Véase *El Ferrocarril* del 14 y 19 de enero de 1883.

<sup>84</sup> Véase *El Ferrocarril* del 28 de enero de 1883. El propio Balmaceda, en carta dirigida a Carlos Antúnez y fechada el 17 de enero del mismo año, afirmaba que en su viaje "esperaba ver obras". En Archivo de don Carlos Antúnez, Biblioteca Nacional.

<sup>85</sup> Véase *El Ferrocarril* del 23 de febrero de 1883. El periódico agregaba que además se estudiaría "el proyecto de prolongación de la línea férrea de Coquimbo hasta la Calera".

La prensa publicó el texto de una invitación que los departamentos de la provincia de Coquimbo hicieron al Ministro Balmaceda. Ella no sólo ayuda a explicar el viaje ministerial; además, nos ofrece muestras de las concepciones existentes respecto del poder ejecutivo y de las esperanzas que la presencia oficial despertaba en la provincia. Su texto es el siguiente: Serena, febrero 14 de 1883.- Señor Ministro del Interior: Acaba V.S de recorrer todo el territorio de la República desde Santiago a Arauco; y como esta provincia ha menester más que cualquiera otra de la visita de V.S. para que, conociendo sus recursos y necesidades, pueda atender al desenvolvimiento de los unos y satisfacción de los otros, y es muy natural que los infrascritos nos intereseamos por la realización de un bien tan reconocido, nos permitimos suplicar a V.S. se digne hacer a esta provincia participe del honor y de los beneficios que, con su visita, V.S. ha querido dispensar a los pueblos del sur. El reconocido interés de V.S. por la prosperidad del país da a los infrascritos motivo para esperar pueda ser atendida su respetuosa solicitud.- (Siguen las firmas). Texto tomado de *La Patria* y reproducido en *El Ferrocarril* del 1º de marzo de 1883.

de "visitar bien La Serena en lo que tiene de interesante para el servicio administrativo"<sup>86</sup>.

El siguiente verano, en enero de 1884, Balmaceda nuevamente se trasladó al sur, ahora junto a Santa María, para "inaugurar el ferrocarril de La Frontera"<sup>87</sup>. Además, el viaje se aprovecharía para inspeccionar los puentes ferroviarios en construcción existentes en el trayecto hasta Angol, recibir diferentes manifestaciones y visitar Talcahuano<sup>88</sup>.

En los dos meses siguientes, Valparaíso vio llegar al Ministro del Interior para tomar parte en los homenajes que la ciudad le brindó al Presidente en febrero, y a Eulogio Altamirano, el Intendente que se alejaba para asumir nuevas responsabilidades en representación del gobierno, en marzo<sup>89</sup>.

Un año más tarde, el propio Balmaceda, en una carta dirigida al presidente Santa María, nos hace saber que se ha desplazado a Los Andes con el fin de velar por los intereses electorales del gobierno en la zona<sup>90</sup>. Su siguiente excursión es a Talca, en lo esencial, para inaugurar el puente ferroviario del río Maule y el existente sobre el río Teno en las cercanías de Curicó<sup>91</sup>.

En enero de 1886, Balmaceda se encuentra en Valparaíso, asistiendo a la convención oficial que terminó ungiéndolo candidato presidencial. Que citemos entre los estudiados este desplazamiento, tiene su explicación. En efecto, aun cuando entonces el político no ocupaba cargo gubernamental alguno, lo cierto es que su situación de aspirante oficial hacía de Balmaceda parte de la administración en ejercicio. De hecho, en tal condición participaba activamente de la campaña presidencial y en estrecho contacto con el presidente Santa María,

<sup>86</sup> Véase carta fechada el 2 de marzo de 1883. Archivo Santa María, Archivo Nacional, pieza 7776.

<sup>87</sup> Véase *La Libertad* del 15 y 19 y *El Ñuble* del 19, todos de enero de 1884.

<sup>88</sup> Véanse *La Libertad* del 15 y 18 y *La Revista del Sur* del 16, 17 y 19, todos de enero de 1884.

<sup>89</sup> Véanse *El Ferrocarril* del 10 de febrero y del 8 de marzo de 1884.

<sup>90</sup> Si bien este viaje, documentado a través de la correspondencia intercambiada entre ambos, no tuvo repercusión pública a través de la prensa pues fue realizado como una diligencia privada del ministro del Interior, consta que los fines que lo motivaron estuvieron relacionados con un hecho de naturaleza tan política y pública como puede serlo una elección. Véase carta de José Manuel Balmaceda a Santa María fechada el 12 de abril de 1885. En Archivo Santa María pieza 7596.

<sup>91</sup> Balmaceda da cuenta también de este viaje en su correspondencia a Santa María. Véase su carta del 12 de abril de 1885, en Archivo Santa María, pieza 7596.

como su correspondencia lo demuestra<sup>92</sup>.

En tanto Presidente de la República, Balmaceda se desplazó para estudiar en terreno la factibilidad de una obra pública, como el puerto militar en Llico; encabezar la recepción y entierro de los héroes del combate naval de Iquique o la celebración del natalicio de prócer Bernardo O'Higgins; ser él objeto de un homenaje ciudadano; entregar al uso público diferentes obras públicas o líneas férreas; inspeccionar oficinas fiscales o, finalmente, velar por sus tropas en medio de la Guerra Civil de 1891.

A casi año y medio de haber asumido la jefatura de Estado, Balmaceda realizó su primer viaje presidencial. El mismo lo llevó a Llico, en la provincia de Curicó, y el objetivo fue "visitar detenidamente la laguna de Vichuquén y estudiar la practicabilidad de la construcción de un puerto militar allí"<sup>93</sup>.

Al mes siguiente, Balmaceda se trasladó a Valparaíso para encabezar las "fiestas de recepción de los héroes de Iquique" que desde el puerto norteño llegaban a Valparaíso para ser depositados en la Plaza Sotomayor, en una cripta construida bajo el monumento que los homenajeaba<sup>94</sup>. También con el propósito de engalanar con su presencia el homenaje a un prócer nacional, Balmaceda viajó hasta Chillán, en septiembre, para "asistir al acto de celebración que las autoridades de aquella provincia habían preparado en honor de O'Higgins"<sup>95</sup>.

Este último viaje, y como muestra de la forma en que algunos de los desplazamientos gubernamentales se gestaron, pero también de los objetivos que tras de ellos se avizoraron, tuvo su origen en una carta privada que el Primer Alcalde de la Municipalidad de Chillán hizo llegar al Mandatario. En ella le explicaba que próximo a cumplirse el 110º aniversario del

<sup>92</sup> Véase *infra*, capítulo III.

<sup>93</sup> *El Buen Consejo* del 2 y *La Unión* del 24, ambos de abril de 1888. Si bien es cierto que dicha obra jamás se ejecutó, lo cierto es que el Presidente se mantuvo por algún tiempo atento a su suerte. Así lo demuestra una carta fechada el 24 de enero de 1890 en Curicó, en la cual G. Cerda y Ossa le hizo saber que venía llegando de Llico a donde fue acompañando al "ingeniero Cordenoy en su viaje de reconocimiento"; informándole que éste había quedado "encantado de la laguna" y, agrega, "dice que es una de las maravillas del mundo para el objeto que usted la propone". Véase Correspondencia de José Manuel Balmaceda, tomo V, fs. 458.

<sup>94</sup> *El Estandarte Católico* del 6 y 8 y *El Ferrocarril* del 11, 13 y 15, todos de mayo de 1888.

<sup>95</sup> *La Tribuna* del 3 de septiembre de 1888.

natalicio del prócer, la Municipalidad de la ciudad había decidido celebrarlo con toda pompa, invitando al Presidente de la República, entre otros personajes notables<sup>96</sup>.

Más tarde le correspondería al propio Balmaceda ser objeto de un agasajo popular. En efecto, en octubre debió alcanzar hasta Talca para asistir al baile que la sociedad de aquella provincia le había preparado<sup>97</sup>.

Tres meses después, en enero de 1889, llegó hasta Pelequén para asistir a "la inauguración de los trabajos del ferrocarril de Pelequén a Peumo"<sup>98</sup>. Días más tarde se embarcó a La Calera para "inaugurar el ferrocarril de La Calera a Ovalle"<sup>99</sup>. Y a fines del mismo mes partió hacia la provincia de Concepción en lo que se supone sería un viaje "de carácter privado con el objeto de acompañar a su familia que se encuentra veraneando en Penco"<sup>100</sup>. No está de más señalar que este desplazamiento fue alentado por la autoridad política de la provincia de

<sup>96</sup> Véase carta fechada el 15 de julio de 1888 en Correspondencia de Balmaceda, tomo III, Fs. 339-340. En lo que presumimos era un intento por convencer a Balmaceda de participar, Del Fierro le hacía saber que los planes eran "pedir al ministro de la Guerra que envíe comisiones de los cuerpos del ejército y las bandas de música que fuere posible y hacer que duren las fiestas algunos días, con discursos, himnos, *Te Deum*, banquetes, bailes y todo aquello que puede conseguirse". Además de lo planteado, que de por sí podía resultar ya suficientemente atractivo para el primer mandatario, los chillanejos pretendían solicitar la construcción de un monumento en el mismo sitio donde nació O'Higgins. Naturalmente, advertía el corresponsal al Presidente, "todo esto se hará en caso de que usted acepte nuestro propósito y conteste que más o menos ha de acceder a las peticiones que quedan consignadas".

En lo que no es un hecho menor, se hacía saber a Balmaceda que "si por cualquier motivo la contestación no es favorable, no habrá nada de lo dicho y nos limitaremos a colocar una lápida o bien una lámpara que alguien de buena voluntad se encargaría de tener siempre encendida". Para terminar de decidir a Balmaceda, se le mencionaba: "Chillán se acuerda del Ministro del Interior a quién hospedó en enero de 1884; y sabrá dejar bien puesto su nombre".

La invitación tuvo una rápida reacción del Presidente. En nota fechada el 17 de julio respondió: "Estimo un deber ir a Chillán invitado por aquella Municipalidad, porque aquella provincia me ayudó como Ministro, me levantó como candidato y contribuye a sostenerme como Presidente. El tiempo y la comunidad de nuestras relaciones han hecho que haya un fondo de afecto muy sincero en favor de mis amigos de Ñuble".

Tanto la invitación como la respuesta del jefe de Estado, que apareció reproducida en *La Libertad Electoral* del 10 de septiembre de 1888, llevaron a este periódico a señalar que las fiestas, más que en homenaje a O'Higgins, "se han celebrado principalmente en honor del Presidente", puesto que, concluía, de no haber asistido éste, las mismas no se hubieran celebrado.

<sup>97</sup> Véanse *El Ñuble* del 29 de agosto, *El Curicó* del 5 y *La Tribuna* del 28 de septiembre, todos de 1888.

<sup>98</sup> *La Unión Liberal* del 14 de noviembre de 1888 y *El Ferrocarril* del 9 de enero de 1889.

<sup>99</sup> *El Mercurio* del 9 y *La Tribuna* del 10 y *El Ferrocarril* del 12, todos de enero de 1889.

<sup>100</sup> *La Libertad Católica* del 26 de enero de 1889. Durante su estadía en el balneario el presidente Balmaceda se desplazó y realizó numerosas actividades como la visita de establecimientos públicos e industriales en Tomé, Concepción, Coronel y Lota.

Concepción, la cual le telegrafió en los siguientes términos: "el ferrocarril a Penco estará listo en esta semana", de tal forma que "si usted quisiera venir a ver a la familia, pasando de largo para el puerto, podría hacerlo, avisándome oportunamente para preparar tren"<sup>101</sup>.

De regreso de sus "vacaciones", Balmaceda emprendió la más prolongada de sus excursiones, la que durante gran parte de marzo de 1889 lo llevó a recorrer las provincias de Tarapacá, Antofagasta, Atacama y Coquimbo, en una gira en que abordó numerosas cuestiones que afectaban la marcha general del país.

El o los propósitos que la gira presidencial pretendía alcanzar, que constituyeron elementos fundamentales para precisar su itinerario y otros componentes del desplazamiento oficial, para el propio Balmaceda estaban suficientemente claros el día de su partida cuando, en carta a Santa María, afirmó: "espero que el conocimiento de aquella región del norte será útil a la dirección del gobierno"<sup>102</sup>.

La urgencia por reconocer el territorio nacional e identificar sus riquezas, además de informarse sobre las dificultades y aspiraciones de las poblaciones para resolverlas mejor, fueron motivaciones esenciales de los desplazamientos gubernamentales de Balmaceda al norte<sup>103</sup>. En este contexto, los viajes que estudiamos corresponden a una etapa más del proceso de reconocimiento del país de ya larga data que, sin embargo, al ser protagonizada por el principal actor político del Estado, fue profusamente difundida<sup>104</sup>.

A la vuelta del norte, en lo que puede ser considerado una peregrinación interminable por el país, Balmaceda viajó los primeros días de abril hasta Los Andes, a "la inauguración de

<sup>101</sup> El telegrama está suscrito en Concepción el 23 de enero de 1889 por J.A. Vargas Novoa. Véase Correspondencia de José Manuel Balmaceda, volumen Telegramas 1885-1891.

<sup>102</sup> Véase la carta de José Manuel Balmaceda a Domingo Santa María fechada el 4 de marzo de 1889. En Archivo Santa María pieza 7583.

<sup>103</sup> Por su situación y condiciones geográficas, las provincias del norte de Chile eran de muy difícil acceso, inhóspitas, deshabitadas e inexploradas, y por todo ello más desconocidas, que las del sur. Ello explica que hacia ellas Balmaceda sólo viajara en dos oportunidades, mientras que a las del sur fuera en numerosas ocasiones. Recordemos que por su escasa y dispersa población, una gira al norte rendía menos frutos políticos que una al sur. Lo anterior, a pesar del efecto multiplicador que la prensa tenía al difundir las alternativas de ellas. No olvidemos que así también lo había apreciado Manuel Montt al iniciar su gobierno en 1851. Véase infra, pp.

<sup>104</sup> La característica mencionada contrasta con lo ocurrido en las fases anteriores del mismo proceso, entonces, los hombres de ciencia habían sido los recatados pero persistentes protagonistas.

los trabajos del ferrocarril trasandino"<sup>105</sup>.

Habiendo transcurrido siete meses, y luego de sufrir los quebrantos propios de la pérdida sucesiva de su hijo mayor y de uno de sus hermanos, todo en medio de una delicada situación política, Balmaceda se desplazó hasta la termas de Cauquenes, en lo que fue considerado un viaje de descanso necesario para mejorar su ánimo y estado de salud<sup>106</sup>. Balmaceda había pasado su luna de miel en los baños de Cauquenes, de tal manera que la tranquilidad del lugar que conocía pudo haber condicionado su elección como sitio de reposo<sup>107</sup>.

Casi un año después, en octubre de 1890, el Presidente alcanzó hasta Valparaíso "con el objeto de visitar las oficinas y obras correspondientes" a los ministerios de Hacienda, Guerra y Marina, Industria y Obras Públicas, Relaciones Exteriores e Instrucción Pública"<sup>108</sup>.

Al mes siguiente, Balmaceda excursionó hasta Victoria con el objetivo de asistir a la inauguración del Viaducto del Malleco.

Seguidamente, y a días de estallar el conflicto que lo enfrentó al Congreso Nacional, el jefe supremo de la nación se embarcó hacia Talcahuano, en diciembre de 1890, para inaugurar los trabajos del dique seco que habría de construirse en dicho puerto<sup>109</sup>.

Por último, en medio de la Guerra Civil, y en los instantes decisivos de la misma,

<sup>105</sup> *La Tribuna* del 4 de abril de 1889.

<sup>106</sup> *El Ferrocarril*, *El Cauquenes* y *La Libertad Electoral* del 12 de noviembre de 1889. Pese al carácter privado de su excursión, lo cierto es que durante ella Balmaceda, una vez más, fue objeto de manifestaciones y realizó actividades de naturaleza política y administrativa. Al respecto, véanse, entre otros, *El Ferrocarril* del 13 y *La Libertad Electoral* del 14, ambos de noviembre de 1889.

Lo dicho se explica en el hecho de que los actos íntimos del Presidente, al ser realizados fuera de La Moneda, estaban expuestos a adquirir la categoría de hechos públicos, propios del hombre de Estado.

<sup>107</sup> La última información en *La Libertad Electoral* del 14 de noviembre de 1889. Una viajera inglesa de paso por Chile en 1884 que alcanzó hasta los baños de Cauquenes, nos confirma las características del sitio como lugar de descanso cuando escribe: "Las vistas de las montañas eran también grandiosas, pero, para mi gusto, había demasiados visitantes ociosos, y me quedé solo una semana". Véase Echenique y Legassa, 1999, p. 106.

El cansancio que afectaba al Presidente entonces era notorio y explica la preocupación que su madre, doña Encarnación Fernández, le hizo saber a través de la correspondencia. Ésta, en una carta fechada el 15 de noviembre, le escribe: "Querido hijo, todos estamos sin novedad por acá, y deseando si, saber cómo están ustedes. Cómo te sientes tú, si duermes bien allá". Véase Correspondencia de José Manuel Balmaceda, tomo V, fs. 163.

<sup>108</sup> *El Mercurio* del 25 de septiembre de 1890.

<sup>109</sup> Por la oportunidad, características y significado de estos desplazamientos, más adelante nos referiremos a ellos con más detalle. Véase *infra*, capítulo VII.

Balmaceda se desplazó en dos ocasiones fuera de la capital. El primer día de agosto de 1891 alcanzó hasta Montenegro para pasar revista a las tropas gubernamentales que se aprestaban para la batalla; y, dos semanas más tarde, excursionó hacia Valparaíso, intentando llegar al frente de batalla<sup>110</sup>. En ambos casos, el intento de Balmaceda por insuflar ánimo a sus combatientes, aprovechando el peso de la imagen presidencial, basta para considerarlos como parte de las prácticas políticas por él implementadas<sup>111</sup>.

Independientes de las objeciones que tuvieron algunas de sus excursiones por el país, las diferentes motivaciones tras de los viajes de Balmaceda son significativas si consideramos que ellos en conjunto fueron un reconocimiento, a la vez que expresión, de la expansión nacional, una de cuyas consecuencias más notorias había sido la integración de nuevos territorios al destino nacional, la propiedad de nuevas riquezas y, también, la existencia de nuevos desafíos para los gobernantes, algunos de los cuales, como los planteados por la industria minera, los obligaron a desplazarse a la provincia para abordarlos con propiedad.

En el caso de la zona centro-sur, los viajes de Balmaceda no sólo muestran el grado de actividad de su administración en materia de obras públicas, algunas de las cuales, las más importantes para el país, inauguró el Presidente. También, la variedad de asuntos que la realidad de un Chile intentando alcanzar la modernidad obligó a atender al jefe de Estado. Entre ellos, y tal vez uno de los más significativos, la plena incorporación de la Araucanía al destino nacional.

---

<sup>110</sup> Véanse, para cada uno de estos desplazamientos, *La Nación* del 4 de agosto y *La Época* del 9 de octubre, ambas de 1891.

<sup>111</sup> En su último viaje, no sólo buscó información sobre la suerte de sus tropas, sino que, además, intentó ponerse a la cabeza de ellas. Véase *infra*, capítulo VIII.

**CUADRO**  
**MOTIVOS DE LOS VIAJES DE BALMACEDA**

AÑO	MES	DESTINO PRINCIPAL	CAUSA INMEDIATA DEL VIAJE
1883	enero	Valparaíso	ceremonia de homenaje
1883	enero/febrero	La Frontera	estudio e inspección
1883	febrero/marzo	Coquimbo	estudio e inspección
1884	enero	La Frontera	inauguración obras públicas
1884	febrero	Valparaíso	homenaje político
1884	marzo	Valparaíso	homenaje político
1885	febrero	Los Andes	trabajos electorales
1885	abril	Talca	inauguración obras públicas
1886	enero	Valparaíso	convención política
1888	abril	Llico	estudio obras públicas
1888	mayo	Valparaíso	ceremonia patriótica
1888	septiembre	Chillán	ceremonia patriótica
1888	octubre	Talca	homenaje político
1889	enero	Pelequén	inauguración obra pública
1889	enero	La Calera	inauguración obra pública
1889	enero/febrero	Penco	personal e inspección
1889	marzo	Tarapacá	variados objetivos
1889	abril	Los Andes	inauguración obras públicas
1889	noviembre	Cauquenes	personal
1890	septiembre	Valparaíso	inspección oficinas públicas
1890	octubre	Collipulli	inauguración obra pública
1890	diciembre	Talcahuano	inauguración obra pública
1891	agosto	Montenegro	revisión tropas
1891	agosto	Frente de batalla	información combate

Considerando las razones esgrimidas para justificar sus salidas a la provincia, debemos concluir que un número significativo de los viajes de Balmaceda tuvo como razón inicial actividades derivadas de la administración del Estado o el ejercicio del poder, las cuales, como es obvio, sólo podían darse en aquellas regiones efectivamente integradas al país y que generaban los problemas, situaciones o hechos que justificaran la visita oficial.

Más todavía, en atención a que la mayor parte de sus excursiones fuera de la capital tuvieron como objetivo inmediato asuntos y situaciones relacionadas con la obra material que el gobierno del que formó parte realizó o ejecutaba, pues de hecho muchas de sus salidas fueron para estudiar una futura obra pública en el terreno en el que se levantaría, para inaugurar los trabajos de una cuya construcción se iniciaba o, finalmente, para entregar al uso público alguna ya finalizada, lo cierto es que sería imposible no concluir que los viajes de Balmaceda fueron posibles gracias a la expansión económica experimentada por el país en el siglo XIX. De hecho, era el vigor económico nacional lo que explicaba y hacía necesaria la ejecución de los trabajos que Balmaceda atendía con sus viajes.

En definitiva, Balmaceda viajó por razones de variada índole: políticas, sociales, económicas, político-administrativas, de estudio, recreacionales y, por último, militares. Sin embargo, todas y cada una de las más evidentes razones que llevaron a José Manuel Balmaceda a la provincia no son suficientes para explicar sus frecuentes y sistemáticos desplazamientos.

De hecho estas causas existían desde antes que Balmaceda alcanzara posiciones de poder y se mantuvieron después que él abandonara el gobierno y, pese a ello, no justificaron que otros estadistas, ni antes, ni después, se decidieran a salir a la provincia regularmente como él lo hizo. Sólo un conocimiento más preciso de sus viajes, su caracterización e interpretación permitirá dar respuesta a la interrogante planteada.

Pese a lo que pudiera creerse, la materialización de los viajes encabezados por Balmaceda, en ocasiones, estuvieron rodeados de alternativas que es preciso conocer pues contribuyen a comprenderlos como una práctica esencialmente política.

Así, por ejemplo, las especulaciones sobre los posibles viajes del gobernante fueron comunes y no sólo con ocasión de un desplazamiento que se sabía se produciría y que se había postergado. Lo cierto es que éstas se presentaban en cualquier momento como lo demuestra una información de *El Loncomilla* en la cual aseguraba "que S.E. el Presidente de la República dejará Santiago apenas cesen las sesiones del Congreso, para emprender una excursión por las

provincias del sur, llegando hasta Valdivia"<sup>112</sup>.

Tratándose de los desplazamientos al sur, siempre hubo mayor claridad y precisión en la información si se compara con lo ocurrido con la gira de marzo de 1889. Cuando en enero de 1883 Balmaceda se disponía a partir en su primera excursión a la Araucanía, la prensa hizo saber que "el martes próximo en tren expreso de las seis de la mañana, partirá al sur el señor Ministro del Interior", entregando de inmediato su destino, "la frontera araucana"<sup>113</sup>.

El hecho de que los viajes de Balmaceda por el centro y centro-sur de Chile tuvieran motivaciones en ocasiones muy concretas explica que, junto con hacerse público el desplazamiento, de inmediato se indicara su destino final. "Parece que ya es un hecho que el Presidente de la República hará una excursión al puerto de Llico", informó un periódico de Curicó; con "el objeto de visitar detenidamente la laguna de Vichuquén y estudiar la practicabilidad de la construcción de un puerto militar allí", completó otro medio de prensa<sup>114</sup>. Igual cosa ocurrió cuando decidió su participación en el baile en su honor en Talca, la inauguración de los trabajos del ferrocarril a Peumo, de la vía a Alcones, de la línea que uniría La Calera con Ovalle y de las obras del Trasandino en Los Andes, entre otros de los viajes que realizó por las provincias existentes entre la de Aconcagua y Cautín.

Respecto de las giras al norte, como la de marzo de 1889, ya al promediar la administración de Balmaceda se apreció como una medida de urgencia la de realizar una visita gubernamental a las provincias recientemente incorporadas al territorio nacional<sup>115</sup>.

En este caso, y luego de numerosas especulaciones, el itinerario oficial quedó resuelto a última hora. Así por lo demás lo confirma la lectura de una carta que el presidente Balmaceda le escribió a Domingo Santa María el 4 de marzo de 1889 por la mañana, horas antes de

<sup>112</sup> Véase edición del 1º de enero de 1890.

<sup>113</sup> Véase *El Ferrocarril* del 28 de enero de 1883.

<sup>114</sup> Véanse *La Prensa* del 18, *El Ferrocarril* del 21 y *La Unión* del 24, todos de abril de 1888.

<sup>115</sup> Recordemos que luego de la Guerra del Pacífico, los territorios correspondientes a las provincias de Tacna y Arica se encontraban bajo administración chilena, a la espera del plebiscito que, según el Tratado de Ancón suscrito en 1883 entre Chile y Perú, decidiría si éstas pasaban a Chile o quedaban para el Perú. En virtud del mismo acuerdo, la provincia de Tarapacá había sido cedida a perpetuidad por el Perú a Chile. Por su parte, la provincia de Antofagasta se encontraba también bajo el régimen político y administrativo chileno en razón del Pacto de Tregua firmado entre Bolivia y Chile en 1884.

emprender la que llegaría a convertirse en la más prolongada y trascendente de sus giras gubernamentales. En ella le informaba: "Mi querido Presidente, esta tarde me embarco en dirección a Tarapacá y visitaré Antofagasta, Copiapó, La Serena"<sup>116</sup>. Tratándose de los desplazamientos de Balmaceda a las provincias de Valparaíso y Aconcagua, o a las situadas entre Santiago y Cautín, por lo común motivados por un hecho o acontecimiento particular, lo normal fue que no se postergaran una vez anunciado el viaje. Sin embargo, y pese a lo afirmado, hubo a lo menos tres salidas que sufrieron aplazamientos, algunos de ellos bastantes prolongados. Conocer las causas de a lo menos una de las postergaciones permitirá apreciar mejor las características de esta práctica política puesta en uso por Balmaceda y cómo ellas, junto con reflejar problemas y situaciones existentes al interior de la sociedad de la época, aluden también el ritmo de la vida política del país.

Así, por ejemplo, el viaje del Presidente de la República a Talca para asistir al homenaje que dicha ciudad le tenía preparado originalmente para los últimos días de septiembre de 1888, finalmente terminó realizándose el 14 de octubre. Según las fuentes que aluden a las razones de tal hecho, la causa de la misma habría sido el propósito "de poder implantar los trabajos del ferrocarril a Constitución", es decir, que el Presidente alcanzara a inaugurar tales obras durante su visita a la capital de la provincia del mismo nombre<sup>117</sup>. En definitiva, el viaje se postergó por intentar sacar el mayor y mejor partido posible a la excursión presidencial al mostrar al jefe de Estado, una vez más, dando el inicio a faenas de progreso nacional e interés local como lo era el ramal ferroviario de Talca al puerto de Constitución. Hecho que, en términos de imagen pública, obviamente lo beneficiaba<sup>118</sup>.

Pero tan interesante como lo anterior es conocer las razones por las cuales, en definitiva, Balmaceda no pudo celebrar la ceremonia planeada. Ellas se deducen de una

---

<sup>116</sup> Véase la carta dirigida por Balmaceda a Santa María fechada en Viña del Mar el 4 de marzo de 1889.

<sup>117</sup> Las primeras alusiones al aplazamiento del evento las encontramos en *El Nuble* del 29 de agosto y en *El Ferrocarril del Sur* del 5 de septiembre, ambos de 1888. Véanse también *El Heraldo* de Talca del 2, *La Tribuna* del 3 y *El Estandarte Católico* del 5, todos de octubre de 1888.

<sup>118</sup> Finalmente el acto no pudo celebrarse, debiendo el primer mandatario contentarse con el baile en su honor y la visita a los establecimientos públicos de Talca.

información entregada por *El Ferrocarril* en la cual se afirma que "aun cuando todavía no se ha formalizado el contrato que va a celebrar el gobierno con la compañía norteamericana constructora del ferrocarril", debido a que no se contaba, entre otros trámites, "con el asentimiento legislativo, parece que hay el propósito decidido de inaugurar los trabajos"<sup>119</sup>. Tanto la información del periódico, así como la forma y tono en que ésta se entregó, nos llevan a concluir que sí, finalmente, el Presidente no inauguró la referida obra fue por consideración al Congreso Nacional.

El hecho referido no deja de ser significativo si consideramos que unos pocos meses después, en enero de 1889, Balmaceda inauguró los trabajos de las líneas de Pelequén a Peumo y de la Palmilla a Alcones sin que las autorizaciones para su construcción hubieran entrado siquiera a discutirse en las cámaras, dando pie así a las censuras de algunos periódicos<sup>120</sup>.

¿Cómo explicar tan drástico cambio de conducta en Balmaceda?

Sin duda que las contingencias políticas experimentadas desde fines de octubre de 1888 en adelante ayudan a hacer comprensible la nueva actitud del jefe de Estado. En efecto, entonces se sucedieron una interpelación a los ministros y una crisis de gabinete que trajeron como consecuencia una mayor oposición por parte de los partidos con representación en el Congreso Nacional que, finalmente, llevó al Presidente a clausurar las sesiones extraordinarias del cuerpo legislativo para evitar que prevalecieran lo que un cercano colaborador llamó "intereses de círculo"<sup>121</sup>.

Acaso no es posible pensar que el presidente Balmaceda mudó de postura precisamente para hacer frente de mejor forma a un poder legislativo crecientemente hostil para con sus políticas, su administración y su persona. Así se explicaría, entre otros antecedentes, que Balmaceda se lanzara entonces a recorrer el país, realizando entre enero y abril de 1889 cinco viajes fuera de la capital, entre ellos la gira a las provincias del norte de Chile, en todos los cuales desarrolló una febril actividad, fijó los rumbos de su administración e inauguró

---

<sup>119</sup> Véase edición del 12 de octubre de 1888.

<sup>120</sup> A modo de ejemplo, véase el editorial de *La Época* reproducido en *El Estandarte Católico* del 13 de enero de 1889.

<sup>121</sup> Véase Bañados Espinoza, 1894, I, p. 259. Las alternativas de lo arriba señalado, en pp. 237-259.

numerosas obras fiscales.

Así, sostenemos, Balmaceda utilizó sus viajes como un instrumento político, una práctica que en su concepto lo fortalecía ante el Congreso Nacional al colocarlo en una condición de liderazgo nacional, pero, también, en situación de recibir el respaldo popular, la adhesión de las provincias o, sencillamente, pero no menos significativo, las entusiastas manifestaciones debidas a su alta investidura<sup>122</sup>.

Respecto de los itinerarios, incluso en aquellos casos de giras circunscritas a una sola provincia, como por ejemplo la del ministro Balmaceda a Coquimbo en 1883, también existió algún grado de titubeo. En este caso, por ejemplo, hasta última hora no se supo si el gobernante se desplazaría a Elqui a inaugurar los trabajos del ferrocarril, o si alcanzaría hasta la ciudad de Illapel<sup>123</sup>.

Nada lleva a concluir a que, en general, existiera alguna urgencia por establecer el itinerario preciso de la comitiva gubernamental. En un país en donde los ferrocarriles sufrían percances frecuentes y en el cual la naturaleza era pródiga en crear condiciones para la ocurrencia de accidentes, todo retraso y cancelación se podía esperar, de tal manera que hubiera sido una ilusión el pretender ajustarse a un itinerario rígido.

Si a lo anterior sumamos el desconocimiento de algunas de las regiones por visitar y de la magnitud de los problemas por estudiar, la falta de información confiable sobre las rutas y su estado, y la no siempre segura disponibilidad de medios para atender a los ilustres y numerosos visitantes, sin perjuicio de las demoras provocadas por el entusiasmo particular de alguna población, se entenderá mejor el que ciertos viajes estuvieran entregados, aunque sólo

---

<sup>122</sup> En razón de los objetivos que pretendía alcanzar con sus prácticas, las salidas de Balmaceda de la capita dependían fundamentalmente de su determinación. Tal realidad era la que reconocía una autoridad provincial cuando, habiendo obtenido una negativa del Presidente a una invitación de los vecinos de San Felipe, le escribe: "V.E. dispondrá lo mejor". Véase telegrama suscrito por Jorge Astaburuaga en San Felipe el 29 de enero de 1889. Puesto que la decisión final de viajar a veces provocó incertidumbre en ciertas autoridades locales, las que en ocasiones no sabían a qué atenerse, no es extraño que sencillamente telegrafiaran a La Moneda preguntando, como alguna vez lo hizo el gobernador de Talca Prieto Valdés el 24 de enero de 1889: "¿es efectivo que V.E. piensa inaugurar el ferrocarril a Constitución el 27 del presente?"; para a continuación explicar, "he confiado siempre en el previo aviso que V.E me ofreció". Las comunicaciones citadas en Correspondencia de José Manuel Balmaceda, volumen Telegramas 1885-1891.

<sup>123</sup> Véase *El Ferrocarril* del 23 de febrero y del 1º y 4 de marzo, todos de 1883.

sea en parte, a las contingencias de su propio desarrollo.

En todo caso, y tan importante como la visita misma, las alternativas de los viajes, por ejemplo a los provincias del norte, demuestran que la posibilidad de una visita gubernamental era un hecho cada vez más común y probable de materializarse, incluso para aquellas regiones que alguna vez habían parecido lejanas e inaccesibles y que, lo cierto, nunca habían recibido la visita de un Presidente de la República.

Al contrario de la zona norte, el centro-sur de Chile fue el espacio por el que los gobernantes transitaron más corrientemente. Como es obvio, ello fue posible en virtud de la existencia de líneas férreas y a lo accesible que gracias ellas resultaban las numerosas poblaciones allí existentes. Así se explica también que los desplazamientos por el centro y sur de Chile fueran bastante menos inciertos en lo que respecta a itinerarios.

Por lo pronto es del caso mencionar que tratándose de una excursión en tren a Valparaíso, San Felipe o alguna otra ciudad de las situadas entre Santiago y Victoria, el propio desarrollo de la línea férrea marcaba las posibilidades existentes para los viajeros en términos de escalas, paradas, detenciones o, sencillamente, paso por alguna población<sup>124</sup>. Además, y como ocurrió normalmente en los desplazamientos de Balmaceda hacia el sur, cada vez que salió en esa dirección lo hizo para un propósito concreto que determinó el itinerario de toda la excursión.

Una excepción fue la excursión que en su calidad de Ministro de Estado realizó a La Frontera en 1883, oportunidad en la que sólo un medio de prensa se atrevió a mencionar la duración aproximada de la misma<sup>125</sup>. Incluso el decreto que nombraba al subrogante de

<sup>124</sup> Un ejemplo se aprecia con el viaje de enero de 1884. Entonces *La Libertad* del 19 informó: "*El Ferrocarril* da el itinerario completo que seguirá su excelencia en su viaje al sur. Dice el colega: "...el viaje se efectuará el lunes 21. El Presidente se detendrá a almorzar en Rancagua y continuará hasta Talca. El martes partirá de Talca, se detendrá en Linares... El miércoles irá desde Chillán a Renaico, se inaugurarán los trabajos y continuará hasta Angol. El jueves irá a Concepción.... El sábado visitará Talcahuano y se embarcará y pondrá en marcha para Valparaíso a donde llegará el domingo 27 del corriente". Y así, efectivamente, sucedió como se puede apreciar en el cuadro Actividades de Balmaceda en sus viajes.

<sup>125</sup> Véase *El Ferrocarril* del 1 de febrero de 1883. Recordemos que Balmaceda se internaría en una zona en que la línea férrea solo alcanzaba hasta Angol, hecho que, como él mismo reconoció, hizo variar por completo las condiciones de su viaje. El 4 de febrero de 1883 le escribió a Santa María: "Hoy hemos hecho un alto para escribir y descansar. El calor, el viento y el caballo, nos han obligado a detenernos. Aprovecho las horas de hoy

Balmaceda durante su "permanencia en el sur de la República por asuntos del servicio", se extendió con la fórmula: "mientras el Ministro del Interior..."<sup>126</sup>. Entonces la huella del viajero tiende a desaparecer una vez que se ha introducido en la Araucanía y superado el límite de las líneas férreas, transformándose su itinerario en incierto, no sólo para Balmaceda, también para la opinión pública que no pudo informarse de las fechas de arribo y salida del gobernante, las cuales quedaron sujetas a las contingencias propias de viajes a caballo por territorios de relieves montañosos, ríos en época de deshielos y lluvias ocasionales.

Los adelantos experimentados en materia de medios de transporte y comunicación, sin duda, explican la facilidad con que en la época se aludía a diferentes zonas y localidades del país como posibles destinos del gobernante. Pero, también, fue la disposición del propio Balmaceda, a quien "nadie se imagina quieto y tranquilo", en la expresión de un periódico, lo que ayuda a comprender las numerosas menciones referidas a posibles visitas del Mandatario.

Sin duda, para la opinión de su época, los viajes a la provincia de Balmaceda constituyeron una práctica, si no habitual, a lo menos sistemática y reconocida como propia de un político que, además, supo buscar la oportunidad más adecuada para ejercitarla y, todavía más importante, aprovecharla en beneficio de su imagen pública. Aún cuando, como sabemos, no pudo ponerla en uso inmediatamente de ingresado en el ministerio y sólo comenzó a viajar en enero de 1883, cuando ya llevaba cerca de ocho meses como Ministro del Interior<sup>127</sup>. De hecho, durante su paso por la secretaría de Relaciones Exteriores no necesitó desplazarse a la provincia<sup>128</sup>.

---

para comunicarme con Ud.". Véase Archivo Santa María, pieza 7775.

<sup>126</sup> Véase Decreto del Ministerio del Interior del 26 de enero de 1883. Después de su paseo por la Araucanía, y sólo cuando Balmaceda retornó a Angol desde donde se dirigió a Concepción en ferrocarril, la prensa pudo volver a informar con seguridad del itinerario ministerial. A modo de ejemplo, véase *El Eco del Sur* del 11 y *El Ferrocarril* del 13, ambos de febrero de 1883.

<sup>127</sup> Es pertinente señalar que José Manuel Balmaceda entró a la cartera de Interior el 12 de abril de 1882, permaneciendo como su titular hasta el 3 de septiembre de 1885. Véase Valencia Avaria, 1986, pp. 503 y 505.

<sup>128</sup> Balmaceda fue ministro de Relaciones Exteriores y Colonización del gobierno de Santa María entre el 18 de septiembre de 1881 y el 12 de abril de 1882. Es preciso mencionar que en su condición de encargado de las relaciones internacionales del país, y considerando que algunas de las preocupaciones esenciales de la administración Santa María fueron las consecuencias diplomáticas de la Guerra del Pacífico, Balmaceda debió trasladarse a Viña del Mar para celebrar parte de las conferencias que culminaron con los acuerdos que pusieron

Balmaceda inició sus excursiones oficiales a la provincia, preferentemente, para revisar en el terreno la prolongación de las líneas férreas o estudiar la situación de una región en particular, como se deja ver en sus viajes del verano de 1883.

Sin embargo, tras a lo menos uno de los mencionados desplazamientos se encontraban también razones estrechamente ligadas a las aspiraciones políticas del ministro Balmaceda. Al respecto, no podemos dejar de reproducir las esclarecedoras palabras de uno de sus colaboradores. En ellas afirma: "Balmaceda puso la cuna de su candidatura en la provincia de Coquimbo, fue su senador hasta llegar al poder, y siendo Ministro del Interior, hizo un viaje de estudio a pueblo tan varonil, en el cual expuso con amplia libertad sus ideas de gobierno"<sup>129</sup>.

El año 1884, volvió a salir en tres oportunidades, esta vez para participar en dos homenajes de índole política y también para acompañar al presidente Santa María al sur con el fin de inaugurar los trabajos del ferrocarril de la Araucanía. Respecto de esta última excursión, y del hecho de considerar como viajes de José Manuel Balmaceda aquellos en que él participó como parte de la comitiva del Presidente Santa María, será preciso detenerse un instante para explicar los fundamentos de nuestra opción, pues ella se funda en diversos antecedentes.

En primer término, en el hecho indesmentible que los viajes a la provincia fueron para Balmaceda una práctica habitual, no así para Santa María, lo cual lleva a deducir que si éste salió de la capital fue a instancias de su Ministro del Interior. Por otra parte, Santa María no se desplazó sin Balmaceda, y, más significativo todavía, cuando salieron juntos, y aún considerando que uno era el Presidente y el otro sólo su secretario de Estado, Balmaceda fue quién cumplió un papel más activo y también se dejó apreciar más cercanamente por las poblaciones visitadas<sup>130</sup>.

---

fin a las querellas. Estos viajes no han sido considerados en nuestro estudio. Véase Bañados Espinoza, 1894, I, pp. 30-31.

<sup>129</sup> Véase Bañados Espinoza, 1894, I, p. 267. Balmaceda fue elegido senador por aquella provincia en 1885.

<sup>130</sup> No hay que olvidar que Domingo Santa María, además, no fue un hombre que disfrutara de buena salud, siendo no poco comunes sus quebrantos por motivos médicos. En la correspondencia intercambiada entre éste y Balmaceda se repiten las alusiones a la mala salud de Santa María. Incluso la prensa informaba al respecto,

Los viajes a la provincia junto al Presidente no menoscabaron la figura de Balmaceda, y, por el contrario, la favorecieron al vincularla a un Mandatario que fue objeto de numerosas muestras de simpatía. Esto permite sostener nuestra tesis de que los desplazamientos fueron esencialmente promovidos por Balmaceda, quien, después de la excursión al sur de 1884, siguió viajando, ahora solo, y concentrando él la atención de las provincias.

En 1885, el Ministro excursionó a la provincia en dos oportunidades. Una de ellas, la de febrero de 1885 a Los Andes, para atender a cuestiones electorales derivadas de la elección parlamentaria de aquel año que para el gobierno, en general, y para Balmaceda, en particular, tuvieron significación especial<sup>131</sup>. La otra para inaugurar el puente ferroviario sobre el río Maule en Talca, oportunidad en la que aprovechó para hacer escala en Curicó y recibir ahí una gran recepción e inaugurar otro puente de importancia<sup>132</sup>.

por ejemplo, *La Libertad* de Talca que el 23 de enero de 1883 informó: "la salud de su Excelencia no se ha resentido absolutamente con el viaje. Anteanoche se sintió mejor que en Santiago".

El propio Santa María estaba consciente de sus limitaciones físicas. Así, por ejemplo, en un banquete en Talca, al momento de disponerse a hablar al auditorio, y mientras éste de pie lo aclamaba, el Presidente advirtió: "Señores: os suplico que ocupéis vuestros asientos, no, no" fue la respuesta; entonces agregó, "mi voz es débil y deseo que todos me oigan. De nuevo os suplico que os sentéis". Véase *La Libertad* del 24 de enero de 1884. En otra oportunidad, en Angol, en medio del banquete que se le ofreció con motivo de la inauguración de los trabajos del ferrocarril Renaico-Victoria, el Presidente afirmó, a uno de los tantos que brindaban por él: "... y aunque estoy enfermo y ni puedo hablar, lo acompañaré como pueda, siempre y cuando se refiera a la felicidad de este pueblo" Véase *El Eco del Sur* del 24 de enero de 1884.

<sup>131</sup> Según Bañados Espinoza, 1894, I, pp. 61-62, ellas ratificarían lo obrado hasta entonces por el gobierno y confirmarían las pretensiones presidenciales de Balmaceda. La preocupación de Balmaceda por las elecciones se aprecia en algunas de sus cartas de octubre de 1884 y abril de 1885. En ellas informa, instruye y aconseja a distintos corresponsales sobre las medidas a tomar para asegurar el triunfo del gobierno. Véase piezas C1936, B3233, B3238, B3284, C1697, 7597, 7700, 7701, 7702, 7703 y 7704 del Archivo Santa María, y las fechadas el 15 noviembre de 1884 y 4 de marzo de 1885 en la Correspondencia de Carlos Antúnez.

<sup>132</sup> Luego de este viaje, Balmaceda escribió una carta fechada el 12 de abril de 1885 al Presidente Santa María, que al parecer se encontraba fuera de Santiago, informándole de lo ocurrido durante su excursión. En ella le da cuenta de las manifestaciones recibidas; de los éxitos oratorios del ingeniero Domingo Santa María, hijo del jefe de Estado; de las manifestaciones, arcos, alborotos y banquetes, así como de la simpatía que la figura del Presidente despertó tanto en Talca como en Curicó. En este último aspecto, Balmaceda es reiterativo para expresar que en Talca se "pidió de pie una copa para Ud.", y que "todos libaron en medio de grandes hurras"; que en Curicó el nombre de Santa María producía "estallidos de gratitud y de adhesión"; y que, por último, en aquella población "muchas veces se bebió por usted y con grande entusiasmo". Nos preguntamos si acaso tanta insistencia por resaltar la popularidad del presidente no escondió el propósito de ocultar el hecho de que él fue el protagonista y el destinatario principal de las manifestaciones. En definitiva, que Balmaceda pretendía contrarrestar la realidad que la prensa mostraba. Si así fuera, ello demostraría el significado político que atribuimos a los viajes gubernamentales, los cuales, como es obvio por las expresiones que suscitaban, ponían en evidencia el grado de afecto y adhesión que despertaban los políticos en la provincia. Véase documento citado,

Ocho salidas en poco más de tres años resultan más que suficientes si se considera que durante ellos el gobierno se vio enfrentado a una dura tarea como fue la de impulsar las llamadas Leyes Laicas, esto es, las relativas al matrimonio y registro civil, así como la de cementerios laicos<sup>133</sup>. Estas iniciativas, como ha sido acreditado por contemporáneos de los hechos y la historiografía, se aprobaron en medio de una gran lucha política en la que Balmaceda, en cuanto Ministro del Interior, tuvo activa participación<sup>134</sup>. Registro de ello son las numerosas intervenciones del político en las sesiones del Congreso Nacional entre junio de 1883 y enero de 1884, que Orrego Luco califica de "brillantes", así como los discursos que entonces debió pronunciar en defensa de las iniciativas del gobierno<sup>135</sup>.

De esta forma, y en relación a las alternativas políticas que forman parte del gobierno de Santa María, las excursiones de Balmaceda aparecen realizadas en los meses estivales. En la época en que el Congreso Nacional se encontraba en receso y por tanto el Ministro Balmaceda podía descansar de la agitada actividad política que, normalmente, lo mantenía preocupado<sup>136</sup>.

Entre estas inquietudes, que una vez en la presidencia se multiplicaron, no debemos olvidar que en los meses previos a junio el Ejecutivo debía preparar el mensaje presidencial que el 1º de dicho mes abría las sesiones ordinarias del Congreso Nacional<sup>137</sup>. Éste, además, se acompañaba con las memorias de los ministerios existentes, lo cual, también, mantuvo

---

en Archivo Santa María, pieza 7596.

<sup>133</sup> En su Mensaje de apertura del Congreso de 1º de junio de 1883, el presidente Santa María expuso su programa en orden a hacer aprobar tales leyes. La de cementerios se promulgó en agosto de 1883, la de matrimonio civil en enero de 1884 y la del registro civil en junio de 1884. Véase Anguita, 1912-1913, II, pp. 552, 592 y 606.

<sup>134</sup> Véanse Orrego Luco, 1984, pp. 113 y 131; Bañados Espinoza, 1894, I, p. 37; Salas Edwards, 1914, I, pp. 51-54 e Yrarrázabal Larráin, 1940, I, pp. 244-260.

<sup>135</sup> La lista de intervenciones de José Manuel Balmaceda en el Congreso Nacional, tanto en la legislatura ordinaria como extraordinaria de ambas cámaras, así como los discursos que pronunció en su condición de ministro de Estado, en Sagredo y Devés, 1991-1992, II.

<sup>136</sup> Durante su paso por el Ministerio del Interior, Balmaceda debió enfrentar 16 ajustes ministeriales, interpelaciones parlamentarias y otros tantos momentos delicados como lo fueron la discusión de las leyes de elecciones y de régimen interior. Para los cambios ministeriales véase Valencia Avaria, 1986, pp. 503-504; sus respuestas a los reproches de los diputados y senadores en Sagredo y Devés, 1991-1992, II; las leyes promulgadas durante su ministerio, en Anguita, 1912, II.

<sup>137</sup> Véase artículo 52 de la *Constitución de 1833*, en Valencia Avaria, 1986, p. 181.

ocupados a quienes formaban parte del gobierno, impidiéndoles, entre otras acciones, desplazarse por el país en aquellos meses<sup>138</sup>.

Pero no sólo razones de administración y gobierno motivaron a salir en el verano. En el caso del viaje a La Frontera de 1884, éste se realizó justo después de que el gobierno había logrado hacer aprobar parte de las leyes laicas, de tal manera que la excursión por las provincias del sur sirvió también para recibir los créditos por tales iniciativas. Este hecho viene a confirmar el carácter político del viaje y de la oportunidad que se eligió para realizarlo.

Tal carácter no solo se advierte en la mayor parte de los discursos y brindis con que el Presidente y su comitiva fueron recibidos y homenajeados, también en las leyendas de los adornos con que se engalanaron algunas de las ciudades por las que pasaron los viajeros, así como en la evaluación de la prensa.

En el puente del estero Parral, nos cuentan, se construyó un arco magnífico con varias inscripciones tales como: *¡Viva el Presidente de la República! ¡Viva el gran reformador!*<sup>139</sup>. En Linares, el inmenso salón del banquete se adornó con inscripciones que reflejaban los intereses y aspiraciones de la sociedad, entre ellas, "Cementerio Laico. Matrimonio Civil. Separación de la Iglesia del Estado. Registro Civil"<sup>140</sup> En Concepción se levantó "un hermoso arco imitando el mármol" en cuya cúspide se inscribió "*A S.E. el Presidente de la República, los empleados del ferrocarril*", y en las columnas los lemas "**Matrimonio civil; registro civil**"<sup>141</sup>.

En su calidad de jefe de Estado, Balmaceda se desplazó quince veces a la provincia, concentrando sus salidas también en los meses de verano. Esto demuestra que el período estival, época en que normalmente decae todo tipo de actividad en Santiago, representó el momento más adecuado para los desplazamientos gubernamentales.

A las razones de naturaleza política ya comentadas, debemos agregar las de orden

<sup>138</sup> Una muestra de lo que afirmamos nos la ofrece el propio Balmaceda en carta de abril 18 de 1887 dirigida al ex presidente Santa María. En ella le confiesa: "estamos de cabeza para tener la cuenta de la inversión, los presupuestos y las memorias el primero de junio". En Archivo Santa María, Archivo Nacional.

<sup>139</sup> Véase *La Libertad* del 24 y *El Ferrocarril* del 25, ambos de enero de 1884.

<sup>140</sup> Véanse *La Libertad* y *El Ferrocarril* del 25 de enero de 1884.

<sup>141</sup> Por el reverso de este arco, se había inscrito: "Al ex-senador de la provincia de Concepción"; y en las pilastras: "Cementerio común, Ley de elecciones". Véase *El Republicano* del 25 de enero de 1884.

climático. Éstas explican que en verano las lluvias sean prácticamente nulas en todo el territorio comprendido entre Copiapó y La Araucanía, que las temperaturas sean altas y que, a consecuencia de todo ello, el desplazamiento sea más agradable, aunque sólo sea por no tener que enfrentar el frío o el anegamiento de vías y caminos que un invierno lluvioso siempre, aunque en la actualidad cada vez menos, provoca en Chile.

Lo deducido se sustenta también en el hecho de que sólo atendiendo a situaciones calificadas Balmaceda emprendió una excursión a la provincia en invierno. Es el caso de su viaje a Valparaíso en mayo de 1888, para rendir tributo a los héroes del combate naval de Iquique inmolados un 21 de mayo, pero de 1879; o los de agosto de 1891, cuando las urgencias de la Guerra Civil lo llevaron al encuentro de sus tropas. En todas las demás ocasiones, viajó en momentos en que las condiciones climáticas de las rutas y destinos elegidos, garantizaban un tiempo favorable.

El buen clima no sólo limitaba las posibilidades de contratiempos en los transportes y actividades planificadas, además, favorecía la participación de los habitantes de las respectivas poblaciones visitadas por Balmaceda. Hecho significativo tratándose de prácticas y actos cuyo propósito esencial era alcanzar e influir en el mayor número de personas posibles. De ahí también que la casi totalidad de los viajes fueran en jornadas matutinas, aprovechando al máximo la luz natural que un día de verano ofrece. Así la caravana oficial y sus componentes podrían ser apreciados más fácilmente, todo en medio de un clima grato, que invitaba y estimulaba la participación popular.

En el ámbito de la vida económica de la nación, los viajes de Balmaceda se verificaron en un momento de expansión económica, como también ocurrió con los viajes de O'Higgins y Montt, lo cual nos lleva a sostener que tales situaciones favorecieron las salidas de los gobernantes a la provincia. Este hecho, junto con explicar el impulso que las obras públicas tomaron en su tiempo, promovió sus desplazamientos a la provincia en virtud de que al Ministerio del Interior tocaba atender todos aquellos asuntos relacionados con la planificación,

diseño y ejecución de las obras fiscales<sup>142</sup>.

En otro plano de análisis, Balmaceda concentró sus excursiones presidenciales en la segunda mitad de su mandato, es decir, entre 1889 y 1891<sup>143</sup>. A lo largo de 1886 y 1887 el Presidente no salió de la capital y sólo en abril de 1888 realizó su primer desplazamiento oficial, a éstos siguieron tres más aquel año, seis en 1889, tres en 1890 y dos en 1891.

Entre las explicaciones que podemos ofrecer para su inactividad en materia de viajes durante 1886 y 1887 se encuentra la que se relaciona con la organización de su gobierno y la preparación de diversas iniciativas destinadas a materializar su programa presidencial<sup>144</sup>. Así, por ejemplo, en febrero de 1887, Balmaceda le escribe al ex presidente Santa María haciéndole saber que se encuentra "empeñado en la reforma del reglamento de la Cámara de Diputados y en que se despache la ley de ministerios". Sólo entonces, agrega, "podremos gobernar". También le informa que "desearía presentar en junio diez o doce proyectos de ley, de aquellos que más interesan al bienestar del país..."<sup>145</sup>. Además, durante el primer año y medio de su mandato tuvo que hacer frente a graves dificultades que impidieron su salida, entre ellas, la

<sup>142</sup> De acuerdo con la ley que organizó los ministerios en 1837, al del Interior le correspondió, entre otras numerosas funciones, "todo lo concerniente al gobierno económico de la república; la construcción, conservación y reparación de los edificios nacionales y todo lo correspondiente a caminos, canales, puentes, calzadas... y toda obra pública...". Véase Anguita, 1912, I, p. 270. Como más adelante veremos, Balmaceda impulsó la creación de nuevos organismos que asumieran las tareas relacionadas con las obras públicas. No está de más señalar que quienes han desempeñado la cartera de obras públicas han tenido una oportunidad casi única de desplazarse y conocer el país: tomar contacto con sus habitantes y, por todo lo anterior, formarse una situación política, darse a conocer; normalmente en el contexto de obras fiscales de indudable valor para las poblaciones beneficiadas con el quehacer del ministerio encargado de ejecutarlas. No son poco los presidentes de Chile que alguna vez estuvieron a cargo o fueron ministros de obras públicas, ellos son: Manuel Montt, José Joaquín Pérez, Domingo Santa María, José Manuel Balmaceda, Pedro Montt, Ramón Barros Luco, Arturo Alessandri, Eduardo Frei Montalva y Ricardo Lagos, el actual Presidente.

<sup>143</sup> De acuerdo con la Constitución Política, y luego de la reforma de agosto de 1871, el Presidente de la República duraba cinco años en el ejercicio de sus funciones, no pudiendo ser reelegido para el período siguiente. Véase Valencia Avaria, 1986, p. 198.

<sup>144</sup> Al cumplir un año en el poder, Balmaceda le escribe a su antecesor evaluando la tarea realizada. Entonces afirma: "Ha sido este año de preparación. Entramos ya, y con las elecciones, en el terreno de los hechos y del porvenir". Véase carta fechada el 18 de septiembre de 1887, Archivo Santa María, Archivo Nacional. Es preciso no olvidar que el año que el Presidente Balmaceda comenzó a viajar, esto es 1888, fue también año de elecciones parlamentarias.

<sup>145</sup> Véase carta del 2 de febrero de 1887. En Archivo Santa María, Archivo Nacional. Como se apreciará, las metas que Balmaceda se había propuesto implicaban negociaciones y estudios que, deducimos, le impidieron salir de la capital.

epidemia de cólera que afectó a la zona central desde fines de 1886 en adelante, y que, con intermitencias, duró hasta 1888, dejando un saldo de 23.395 muertos<sup>146</sup>.

De acuerdo con la información disponible, es posible señalar que la mayor parte de los desplazamientos del presidente Balmaceda se verificaron cuando el apoyo que la opinión le brindaba comenzó a menguar a consecuencia de las luchas políticas que, ya veremos, afectaron su administración. Así se desprende de la relación que es posible hacer entre las fechas de los viajes y la crónica política de su gobierno, sin perjuicio de los testimonios de algunos de los contemporáneos de los hechos<sup>147</sup>.

Hasta mediados de 1890 Balmaceda disfrutó de un clima político y social si no absolutamente favorable, por lo menos exento de conflictos graves, tanto como para afirmar, como lo hizo en carta a un amigo del 6 de julio de 1888, "hasta aquí todo va felizmente"<sup>148</sup>. Desde entonces, y hasta el final de su gobierno, se vio envuelto en una disputa con el Congreso Nacional que fue evolucionando de una manera tal que, finalmente, llevó a la Guerra Civil de 1891<sup>149</sup>. Por lo pronto, es del caso mencionar que en julio de 1890, Balmaceda debió hacer

<sup>146</sup> Para éste y otros problemas de salud en la época, véase Illanes, 1993, pp. 67-77.

<sup>147</sup> Para una crónica de las alternativas políticas de la administración Balmaceda, véanse Bañados Espinoza, 1894; Rodríguez Bravo, 1921-1916, Salas Edwards, 1914-1925; Encina, 1940-1952 e Yrarrázabal, 1940.

Entre otros, fueron los efectos políticos de los viajes encabezados por Balmaceda los que causaron los conflictos que enfrentó su administración. Ello explica que abordemos los viajes, sus componentes, características y consecuencias, antes de explicar la lucha que ellos también motivan.

<sup>148</sup> Documento citado en Correspondencia de Carlos Antúnez, Sala Medina, Biblioteca Nacional. Antes, el 26 de julio de 1887, Balmaceda le había escrito a Domingo Santa María: "Por acá no hay novedad. Las cosas marchan tranquilamente". Véase pieza 7528, Archivo Santa María. Julio Bañados Espinoza, encargado por Balmaceda de hacer la historia de su administración, nombra "Administración Balmaceda durante la paz", al período señalado. Véase Bañados Espinoza, 1894, I. Blakemore, 1977, p. 93, afirma que "desde 1886 hasta 1888 todo funcionó bastante bien", pero que en los últimos meses de 1888 "la posición del gobierno de Balmaceda se había debilitado profundamente... y en Santiago, la opinión pública criticaba cada vez más sus métodos". En este contexto, agrega este reputado historiador, Balmaceda decidió realizar un gesto que fortaleció su posición a escala nacional, esto es, "una visita hecha con mucha publicidad a la zona norte".

<sup>149</sup> Una fuente especialmente ilustrativa de este proceso son las tantas veces citadas *Memorias del tiempo viejo*. En ellas su autor, Luis Orrego Luco, junto con mostrar su propia evolución de partidario de Balmaceda a firme opositor del mismo, nos ofrece de manera explícita e implícita, el fenómeno a nivel general. Bañados Espinoza llama "Revolución sin armas" al segundo momento del mandato de Balmaceda, graficando con ello las dificultades que enfrentó la administración. Véase Bañados Espinoza, 1894, I.

frente a la primera huelga general que hubo en Chile<sup>150</sup>.

En todo este último lapso, la figura presidencial y lo que ella representaba se fue progresivamente deteriorando frente a la opinión, en particular la santiaguina, obligando a Balmaceda a buscar nuevas fuentes de sustento político, por ejemplo, en la provincia<sup>151</sup>. Pero también en las capas medias y populares de la sociedad, aquellas ajenas a los círculos oligárquicos de la capital<sup>152</sup>. Masas que, mayoritariamente también, se repartían por el país, en especial el área comprendida entre las provincias de Aconcagua y Malleco que Balmaceda tantas veces recorrió. Entre otras razones, para inaugurar obras públicas de indudable utilidad para el país.

## LA COMITIVA OFICIAL

La composición de las comitivas oficiales no es un asunto baladí si se considera que las mismas debían responder a numerosos intereses y que su constitución reflejaba parte de la realidad nacional. Por lo pronto, la presencia o ausencia del Presidente de la República en ellas no es un hecho menor considerando que una u otra alternativa significaba alterar sustantivamente el carácter de uno de los componentes esenciales de la excursión, como lo es la comitiva

---

<sup>150</sup> Sobre la génesis, amplitud y características del movimiento huelguístico, véase Grez Toso, 1997, pp. 705-750.

<sup>151</sup> Sobre la evolución de la imagen del Presidente de la República en el Chile del siglo XIX, véase *infra*, capítulo VIII. En todo caso, y sólo como una muestra de lo que más adelante se analizará, podemos citar el editorial de un periódico santiaguino, para el cual "la dictadura de Balmaceda venía incubándose desde tiempo atrás. Su primer paso fue la disolución del Ministerio de Enero de 1890, y la repentina y violenta clausura del Congreso". Véase *El Ferrocarril* del 11, citando *La Libertad Electoral* del día 10, ambos de septiembre de 1891.

<sup>152</sup> Un contemporáneo de la época de Balmaceda señala que ya en la administración de Santa María, y en alusión a los opositores a aquella administración, "se vio por primera vez en Chile una provocación a la lucha de clases, efectuada por una minoría que se jactaba de su origen aristocrático". Luego agrega que una vez que Balmaceda alcanzó la presidencia, algunos pretendieron condicionar su apoyo a la nueva administración al hecho que Balmaceda le diera "una patada, de una vez, al círculo de *siúticos* que le rodean" (entre los cuales se nombraba a Bañados Espinoza). Que en definitiva, para las personas que frecuentaban los salones de la capital, "toda la gente bien, los *caballeros*, figuraban en la oposición", y que "solamente la gente dudosa y sin *moralidad* y todos los *siúticos* apoyan al gobierno". Por último, reproduce las palabras de "una de las figuras de aquel tiempo" para el cual: "todos los caballeros figuran en la oposición, solamente los *siúticos*, los infelices, los empleados públicos, están con el gobierno". Véase Orrego Luco, 1986, pp. 133, 137 y 214.

oficial. Así, tratándose de los viajes ministeriales ésta disminuía considerablemente, especialmente en lo relativo a los miembros que partían con el gobernante desde Santiago.

De hecho, por ejemplo, cuando Balmaceda viajó a Coquimbo como Ministro del Interior, lo hizo acompañado solo de algún oficial del ministerio, lo que en todo caso, y a juzgar por la falta de informaciones al respecto, jamás constituyó un hecho significativo para los periódicos<sup>153</sup>. Esta situación contrasta con lo ocurrido a propósito del viaje a La Frontera del Ministro del Interior un mes antes.

En aquella oportunidad los periódicos comenzaron haciendo saber que Balmaceda iría "acompañado de varios caballeros, entre los que se contaban algunos señores diputados", precisando luego que éstos fueron su hermano Ramón Balmaceda, los representantes en la Cámara por Chillán, Illapel e Itata y el jefe del ferrocarril del sur<sup>154</sup>. Además, y a medida que transcurrió el viaje, los medios siguieron aludiendo a los integrantes de la comitiva encabezada por Balmaceda, en especial a los diputados e ingenieros como también a las personas que se iban sumando a ella<sup>155</sup>.

Creemos que una explicación para la diferencia constatada se encuentra en las características geográficas de las regiones visitadas y en los objetivos inmediatos de cada uno de los viajes. Por lo pronto, un viaje a Coquimbo implicaba una travesía en barco, un viaje más prolongado y el arribo a una zona poco poblada, es decir una excursión no muy atractiva, ni siquiera para los diputados que representaban los distritos de la provincia. Lo contrario de un viaje al sur, en ferrocarril, con poblaciones muy cercanas unas de las otras, en medio de amigos políticos y personales propios del ámbito en el que tradicionalmente se habían desenvuelto las actividades en el país. Todo ello justifica la presencia de los diputados que acompañan a

---

<sup>153</sup> No existe ninguna alusión a algún acompañante de Balmaceda en las numerosas notas de prensa que nos ilustran sobre el viaje ministerial de marzo de 1883.

<sup>154</sup> Véanse *El Ferrocarril* del 28 de enero y 1º de febrero y *El Mercurio* del 1º y 2 de febrero, todos de 1883. También se hizo saber que en Talca se unió el Intendente de Linares a la excursión y que en Los Angeles esperaban al Ministro los cuatro ingenieros autores de los estudios del ferrocarril de la Araucanía.

<sup>155</sup> Véanse *La Araucanía* del 4, *El Ferrocarril* del 8, 12 y 13, *La Revista del Sur* del 9 y *El Eco del Sur* del 11, todos de febrero de 1883. En Angol se unió a Balmaceda el coronel Urrutia y en Concepción, antes de partir a Lota, el general Cornelio Saavedra.

Balmaceda, uno de los cuales, incluso, representaba a un distrito nortino como lo es Illapel.

Además, y como las actividades desarrolladas en uno y otro lo demuestran, el viaje de Balmaceda al sur fue de trabajo. En lo esencial, para explorar el territorio de La Frontera en vista de los ferrocarriles por construirse, lo cual explicaría la presencia de los ingenieros y del jefe del ferrocarril del sur, así como la constante alusión a ellos de los periódicos locales. Todos ellos estaban muy interesados en la construcción de tales líneas férreas. Nada de extrañío tuvo tampoco que se hiciera acompañar por militares en parte de su trayecto, en especial si su viaje transcurriría por un territorio recientemente integrado al país como lo era la Araucanía, un escenario que el ejército conocía bien.

En el caso de Coquimbo, Balmaceda asistió a la inauguración de los trabajos de un ferrocarril en ejecución, cuyos ingenieros y responsables se encontraban ya en La Serena, lo que no justificaba viajar con otros profesionales<sup>156</sup>. Y, como se comprenderá, la inspección de los establecimientos públicos de las poblaciones era algo que podía hacer, y efectivamente hizo, con la sola compañía de las autoridades locales.

Pero el viaje de Balmaceda a Coquimbo fue, además, el prelude de su futura candidatura senatorial por esta provincia, de manera que, y como los numerosos banquetes, ceremonias y actos en que participó lo demuestran, el mismo tuvo el carácter de viaje de proclamación<sup>157</sup>. Ello explica la naturaleza eminentemente política de sus discursos en aquella provincia y sus alusiones a las cualidades de sus habitantes, al carácter liberal de los mismos y a los progresos alcanzados por ellos<sup>158</sup>. Expresiones muy diferentes de las vertidas en su viaje

<sup>156</sup> *El Ferrocarril* del 4 de marzo de 1883, citando a *El Coquimbo* de La Serena del 26 de febrero, informó que "el 23 del corriente se dio principio a los trabajos de la importante línea férrea que ha de poner en comunicación nuestra ciudad con el vecino departamento de Elqui".

<sup>157</sup> Véase cuadro "Actividades de Balmaceda en sus viajes". Esto no descarta que esta excursión fuera también con el fin explícito de estudio e inspección de la Provincia, aunque su propósito implícito fuera el indicado. Al respecto, recordemos las declaraciones de Julio Bañados Espinoza ya citadas en orden a que Balmaceda puso la cuna de su candidatura presidencial en Coquimbo.

<sup>158</sup> Véanse los textos de los discursos citados en Sagredo y Devés, 1991-1992, II, pp. 105-113. También el texto de una carta que hizo llegar desde La Serena al Presidente Santa María informándole de que ha sido objeto de tantas manifestaciones que ha debido "excusar invitaciones" para no darle al viaje el carácter de "fiesta de gracia"; que en la provincia "hay perfecta unanimidad de aprecio en favor del gobierno", entre otras razones, porque "se ve firme el rumbo a la reforma liberal". La nota, fechada el 2 de marzo de 1883, en Archivo Santa

a La Frontera cuando, en la única ocasión que tenemos registrado que habló, sólo aludió a los trabajos del ferrocarril que pronto se iniciarían y a las glorias del Ejército<sup>159</sup>.

Así las cosas, y en una muestra evidente del uso político que Balmaceda dio a sus salidas de la capital, a Coquimbo él solo precisaba ir, no importando si lo hacía acompañado o no. En especial si se considera que fue a recibir manifestaciones de adhesión, la mayor parte de ellas organizadas por, o con la participación de, las autoridades políticas de la provincia, todas ellas encabezadas por el Intendente Domingo Toro Herrera, su cuñado<sup>160</sup>.

Ya en su condición de jefe de Estado, las comitivas de Balmaceda cambiaron sustantivamente, pasando a formar, en más de una ocasión, un cortejo imponente tanto por el número como por la investidura de sus miembros. Ellas, en general, fueron diferentes de las que siguieron a Santa María en sus escasas salidas de la capital, ocasiones en que el Presidente sólo se hizo escoltar por algunos de sus ministros y otros invitados que, en todo caso, nunca fueron mucho más allá de treinta personas<sup>161</sup>.

En el caso del presidente Balmaceda, e incluso considerando las diferencias que es preciso hacer en términos de sus acompañantes entre sus viajes para inaugurar obras públicas, participar en homenajes patrióticos o políticos, estudiar un proyecto particular o, sencillamente, descansar, sus comitivas siempre fueron llamativas por la cantidad o condición de sus integrantes.

---

María, pieza 7776.

<sup>159</sup> Véase *La Araucanía* de Mulchén del 4, *El Ferrocarril* del 8 de febrero de 1883.

<sup>160</sup> Las muestras de simpatía política hacia Balmaceda se pueden apreciar en la prensa de la provincia. Por ejemplo, y sólo por mencionar las más claras, véanse las relatadas en *El Progreso* del 2, 5, 7 y *El Coquimbo* del 5 y 6, todos de marzo de 1883.

Respecto del parentesco entre la autoridad nacional y provincial, no se nos escapa que representa un problema interesante de abordar sobre el que, desafortunadamente, la historiografía de la época no se ha detenido. En el caso de Balmaceda, sabemos que otro Intendente y también Ministro, como Carlos Antúnez, fue muy cercano al gobernante.

<sup>161</sup> En el viaje a La Frontera de 1884, la prensa informó que la comitiva presidencial estuvo compuesta por "más de 30 personas entre diputados, senadores, otros empleados superiores y algunos particulares", en lo que fue considerado como un grupo "bastante numeroso". Los únicos acompañantes que se individualizan son los ministros del Interior y de Relaciones Exteriores; dos edecanes; los señores Domingo Toro Herrera, Cuadra, C. Vandorse y Máximo Flores; el general Gana y el senador José Manuel Encina. También se menciona la participación de "los ingenieros y los corresponsales". Véanse *El Ferrocarril* del 21 y 22, *La Libertad* del 15 y 24, *La Revista del Sur* del 17, todos de enero de 1884.

En relación con los participantes, común fue que se informara que el tren que debía conducir a S.E. el Presidente de la República, "y a su numerosa comitiva", partió de la estación en dirección a su destino. Así, por ejemplo, con motivo del desplazamiento a Talca de octubre de 1888, se relató que "eran las nueve y media de la mañana y muchas personas esperaban en la estación central de los ferrocarriles la hora de la salida; otras llegaban presurosas a la cita, formando en pocos momentos un número que, bien contado, no bajaría de cien viajeros"<sup>162</sup>.

Tal cantidad de participantes explica que en una oportunidad, como ocurrió en el viaje a La Calera de enero de 1889, el convoy presidencial lo formaran "4 carros: el carro-salón *Chile* para S.E., dos de primera clase de la línea del sur para la comitiva y uno de 1ª, para los ingenieros exclusivamente"<sup>163</sup>.

Respecto de la condición y calidad de las comitivas, significativo resulta que la mayor parte de la veces la prensa mencionara por sus nombres, cargos o títulos, a quienes acompañaban al jefe de Estado, mostrando con ello lo que podríamos llamar su distinción. Así, por ejemplo, con ocasión del viaje a La Calera a la inauguración de las obras de la vía a La Ligua y Cabildo, se informó que S.E. el Presidente viajaría acompañado por los "más elevados funcionarios públicos", nombrándose también como parte de la comitiva a todos los ministros de Estado y a numerosos "señores" que se identifican por su nombre, "y muchos otros que se nos escapan", terminaba el cronista<sup>164</sup>.

En otra oportunidad, cuando el Primer Mandatario concurrió a la inauguración de los trabajos del ferrocarril trasandino en Los Andes, diversos periódicos identificaron como parte de la comitiva a los ministros del Interior y de Guerra; catorce senadores de la república; treinta y cinco diputados; cuatro generales del ejército; un almirante; dos de sus edecanes; varias autoridades municipales y otras personas, además de representantes de *El Ferrocarril, La*

---

<sup>162</sup> Véase *La Tribuna* del 15 de octubre de 1888.

<sup>163</sup> Véase *La Tribuna* del 21 de enero de 1889.

<sup>164</sup> Véanse *La Tribuna* del 18 y 21 de enero de 1889. *El Correo de Quillota*, ciudad a la que los viajeros pasaron luego de las ceremonias en La Calera, saludó "al Excelentísimo señor Balmaceda, Presidente de la República, y a su digna compañía". Véase edición del 20 de enero de 1889.

*Libertad Electoral, El Independiente, La Época y La Tribuna*"<sup>165</sup>. Además, al tren presidencial que salió de la Estación del Mercado en Santiago se agregaron, en Llay-Llay, el Intendente de Aconcagua, el gobernador de los Andes y, nos informa *El Pueblo* del 6 de abril, varios municipales e ingenieros, todos los cuales terminaron por completar la comitiva que arribó a Los Andes y que participó de las fiestas ahí preparadas<sup>166</sup>.

Se podrá argüir que comitivas tan numerosas, que en ocasiones "no bajaban de 300 personas", muchas veces compuestas por "los más altos dignatarios de la Nación, fueron producto del entusiasmo que motivó en la sociedad la inauguración de obras muy significativas para el país"<sup>167</sup>. Sería una interpretación plausible en virtud de la naturaleza de tales líneas, y a la luz de los conceptos aparecidos sobre ellas en la prensa<sup>168</sup>.

Pero no es menos cierto también que con ocasión de otros viajes del presidente Balmaceda, como el que lo llevó a Talca para ser objeto de un homenaje de la ciudad, el cortejo que lo escoltó no fue muy diferente en su composición de los ya descritos<sup>169</sup>.

El contraste advertido entre Santa María y Balmaceda en lo relativo a la composición de sus comitivas se explica en la concepción que Balmaceda tuvo del viaje como una oportunidad de hacer proselistimo político. Noción que por lo demás, y a diferencia de Santa

<sup>165</sup> Véase *La Tribuna* del 4 y 5, *El Pueblo* y *La Época* del 5 y *El Estandarte Católico* del 6, todos de abril de 1889. A los mencionados, debemos agregar la banda de músicos del 4to. de línea al mando de un capitán, un teniente y tres subtenientes.

<sup>166</sup> Sabemos que este viaje se realizó en "un tren especial", formado por un carro que se llamó "de gobierno" y por otros cuyo número ninguna fuente indica. Véanse *La Tribuna* del 4, *La Época* del 5 y *El Estandarte Católico* del 5 y 6, todos de abril de 1889.

<sup>167</sup> La cantidad en *La Tribuna* del 7 de enero de 1889. La caracterización en *La Unión Liberal* del 14 de noviembre de 1888 y en *El Ferrocarril* del 8 y 9 de enero de 1889, todos a propósito del viaje del Presidente Balmaceda a la inauguración de los trabajos del ferrocarril de Pelequén a Peumo. En aquella oportunidad, "el tren presidencial" estuvo compuesto por "el carro-salón <<Valparaíso>>, para S.E., cinco carros de 1ª clase para la comitiva y uno de tercera para las bandas y los sirvientes", todos arrastrados por "la máquina <<J.J. Pérez>> a cargo del conductor Gumaro Espinoza".

<sup>168</sup> Conceptos como "fausto acontecimiento"; "utilidad de este ferrocarril", son comunes para aludir a las obras inauguradas por Balmaceda. Véanse *La Unión Liberal* del 14 de noviembre de 1888 y *La Tribuna* del 7 de enero de 1889. Respecto del trasandino por ejemplo, se habló de "colosal obra" y de "gigantesca obra que señala ampliamente el alto grado a que ha alcanzado la civilización americana y que asombrará al mismo tiempo al mundo entero". Véanse *El Censor* del 24 de marzo y *El Eco de Los Andes* del 5, *El Ferrocarril* del 6 de abril, todos de 1889.

<sup>169</sup> Véase *La Tribuna* del 15 de octubre de 1888.

María, lo llevó a salir de la capital de manera sistemática.

En esta concepción del viaje como práctica política, aparecer rodeado de un numeroso cortejo compuesto por representantes de todos los poderes del Estado, destacados militares y personalidades locales y nacionales, como es obvio, no dejó indiferente, causó impresión cuando no impacto y, en definitiva, benefició al Presidente Balmaceda al ser él y su desplazamiento, la razón de la movilización de tantos y tan destacados personajes. Si tenemos presente que cuando Balmaceda se desplazó a Llico, acompañado de lo que puede ser considerado una modesta comitiva comparada con otras, *La Unión* de Valparaíso escribió que "por los diarios de Curicó quedamos impuestos del entusiasmo despertado en el camino por S.E. y la vistosa comitiva oficial", se entenderá bien lo que afirmamos respecto de los cortejos presidenciales<sup>170</sup>.

Más todavía, creemos que en más de una oportunidad Balmaceda escogió en función de sus cálculos políticos, de la situación coyuntural por la que atravesaba su administración, a los miembros de su comitiva, esperando beneficiarse de su compañía<sup>171</sup>. Así ocurrió en su excursión a Collipulli a la inauguración del Viaducto del Malleco de octubre de 1890, y en la que lo llevó a Talcahuano en diciembre del mismo año.

Así, es obvio que hubo una evolución en la composición de las comitivas oficiales en el sentido de la progresiva integración a ellas de familiares y de militares.

En relación con los miembros de su familia, en el viaje a Collipulli de octubre de 1890 el presidente Balmaceda se hizo acompañar por su hermano Rafael y por dos de sus hijas, Julia y Elisa. El hecho es inédito si consideramos que salvo algunos desplazamientos a Valparaíso y los de descanso a Cauquenes y a Penco, nunca antes se había presentado esta situación. Nos preguntamos entonces, ¿que llevó al Presidente a trasladarse con sus hijas y hermano al sur?

Creemos que la respuesta está en que con ellos, y en especial con la presencia de sus

---

<sup>170</sup> Véase fuente citada, edición del 28 de abril de 1888. Según *El Ferrocarril* del 21 y 22, y *La Unión* del 24, en aquel viaje solo acompañaron al jefe de Estado el Ministro de Guerra y Marina, los Intendentes de Curicó y Colchagua, cuatro ingenieros, un contratista, uno de sus edecanes, un teniente de marina, algunos marineros, dos caballeros y unos pocos funcionarios.

<sup>171</sup> Esto ocurrió en sus viajes de octubre y diciembre de 1890.

hijas, Balmaceda esperó despertar simpatías en la opinión o, a lo menos, aminorar las expresiones de repudio que entonces, ya veremos, se dejaban sentir en su contra. Así se desprende de las crónicas de la excursión presidencial en las cuales hasta los medios de prensa opositores se expresaron con respeto y hasta amabilidad de ambas y de todo lo que las rodeaba, incluido su padre<sup>172</sup>. Ello explicaría también que intentara llevar a sus hijas Elisa y María en su siguiente viaje, el que lo llevó a Talcahuano, oportunidad en que no pudo satisfacer su propósito debido a que su mujer le habría dicho: "No, te van a molestar"<sup>173</sup>.

Respecto de los oficiales del Ejército y la Marina salta a la vista que en sus excursiones al sur de 1890, el Presidente integró a su comitiva a un número de uniformados superior al que normalmente lo habían acompañado en otros desplazamientos.

Con motivo de la inauguración del viaducto del Malleco, un periódico informó que lo acompañarían "muchos jefes de la más alta graduación en la Marina y el Ejército"<sup>174</sup>. En el caso de su viaje a Talcahuano de diciembre de 1890, Balmaceda se rodeó de numerosos oficiales y, de hecho, decidió desplazarse en una flotilla de la Armada obedeciendo a presupuestos eminentemente políticos<sup>175</sup>.

La postura de Balmaceda con respecto a los militares no era inédita si tenemos presente que a lo largo de 1890 había celebrado manifestaciones en honor de oficiales del Ejército, algunas de las cuales fueron apreciadas como una especie de anuncio de sus planes en contra

<sup>172</sup> Un ejemplo de lo afirmado nos lo da *El Estandarte Católico* cuando reproduce una información en la que se expresaba: "una vez instalado el señor Balmaceda con sus dignísimas hijas las señoritas Elisa y Julia,...". Véase edición del 30 de octubre de 1890.

<sup>173</sup> La información en Rodríguez Mendoza, 1919, p. 144. Creemos que Emilia Toro, la mujer del Presidente, quiso evitar a sus niñas malos ratos debidos a manifestaciones en contra de su padre.

Para el cambio de actitud de la opinión respecto de Balmaceda, véase *infra*, capítulo VII.

<sup>174</sup> Véase *El Mercurio* del 24 de octubre de 1890.

<sup>175</sup> La comitiva presidencial que se embarcó con Balmaceda estuvo formada por cerca de 30 personas. Los ministros de Industria y Obras Públicas y de Guerra y Marina; el sub-secretario de Marina; dos contraalmirantes; tres generales; un coronel; un Intendente General; un Comandante de Ingenieros; a lo menos dos sargentos mayores ayudantes de los generales; cuatro edecanes; y el resto civiles como el Director de Obras Públicas, el secretario privado del Presidente y un ingeniero. A ellos, la prensa sumó a "los jefes y oficiales de la escuadrilla", a los cuales identificó por nave partiendo por el blindado *Almirante Cochrane* en el cual iba el Comandante en jefe de la Escuadra. En total sumamos 29 oficiales más. Véanse *El Estandarte Católico* del 12, *El Mercurio* y *El Ferrocarril* del 13, *El Independiente* del 13 y 14 y *El Estandarte Católico* y *El Mercurio* del 15, todos de diciembre de 1890.

del Congreso<sup>176</sup>. Tal actitud debe entenderse, como fue advertido por un contemporáneo, en el contexto de un jefe de Estado rodeado de adversarios, entre los cuales figuraban casi todos los partidos políticos que formaban una formidable mayoría en su contra. En este escenario fue que el Presidente Balmaceda se empeñó en cultivar sus relaciones con el Ejército, "en tenerlo grato, buscando a sus jefes", entre los cuales, nos cuentan, "contaba con amigos singularmente adictos"<sup>177</sup>.

El creciente uso de los militares para fortalecer la situación política presidencial, su evidente integración en una práctica como la de los viajes que hasta entonces había tenido un carácter eminentemente civil, sin duda es representativa de un país que, paso a paso, se acercaba a un conflicto armado en el cual, como es obvio, éstos desempeñarían un papel protagónico<sup>178</sup>.

En definitiva, es evidente que el presidente Balmaceda supo hacer distinciones al momento de hacerse acompañar a la provincia entre unos viajes y otros, aun cuando, en esencia, todas sus comitivas tuvieron similares componentes y características. Excepción hecha de aquellos muy breves y concretos, como el que le permitió alcanzar hasta las termas de Cauquenes en noviembre de 1889 para tomar unas vacaciones, o el que lo llevó a Valparaíso en septiembre de 1890 para inspeccionar las obras públicas y edificios fiscales de la ciudad<sup>179</sup>.

<sup>176</sup> Para un periódico opositor, la participación de oficiales del Ejército en una manifestación en honor de Balmaceda en Concepción en diciembre de 1890 se debía a que "los militares son más complacientes, sobre todo aquellos cuyos ascensos dependen de S.E".. Véase *La Época* del 17 de diciembre de 1890.

<sup>177</sup> Véase Orrego Luco, 1984, p. 277.

<sup>178</sup> Con anterioridad al golpe militar de 1973, y en un intento por fortalecer su posición y superar la crítica situación política existente, el Presidente Allende integró al gobierno en calidad de ministros de Estado a los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas. Así, y aún antes del 11 de septiembre, las Fuerzas Armadas ya formaban parte de la actividad política. Respecto del mundo oficial, como integrantes del gobierno; en relación a la oposición, como el caso de la Armada lo demuestra, preparando el golpe de 1973 y los planes de gobierno post Allende.

<sup>179</sup> En el primero los acompañaron su mujer e hijos, su hermano José María, Julio Bañados Espinoza, el General Valdivieso, el doctor Espejo, el Ministro de Industria y Obras Públicas Valdés Carrera y los edecanes Lopetegui y Barahona. En el segundo fueron con él los ministros de Hacienda, Guerra y Marina, Industria y Obras Públicas, Relaciones Exteriores e Instrucción Pública, el General Valdivieso y el edecán Alcérreca. Véanse *La Libertad Electoral* del 12 y 25 y *El Ferrocarril* del 13 de noviembre de 1889 y *El Mercurio* del 25 y 26 de septiembre de 1890

En todo caso, para la opinión pública sólo causas relacionadas con la administración general de la nación justificaban viajar y participar en la comitiva oficial. Así, por ejemplo, en la gira de marzo de 1889, la inclusión de los ministros de Hacienda, Obras Públicas y Culto e Instrucción pública, como de los funcionarios públicos presentes no fue objeto de reparos, por lo menos al iniciarse la excursión<sup>180</sup>. Más todavía, característico de los viajes de Balmaceda fue la integración y activa participación de profesionales, especialmente ingenieros, pero también educadores y abogados. La naturaleza de las excursiones gubernamentales, muchas de ellas destinadas al estudio de obras públicas y al reconocimiento de las realidades locales, así lo ameritaba<sup>181</sup>.

Tampoco fue reprochada la participación de oficiales del Ejército y la Marina, impensable si se considera que parte de los territorios visitados habían sido conquistados recientemente gracias a una guerra en la que algunos de éstos habían tenido destacada participación.

Por otra parte, la integración de parlamentarios en las giras oficiales, algunos de ellos representantes de las zonas visitadas, tampoco mereció observaciones. Se apreció como algo lógico y natural, de común ocurrencia cada vez que el Presidente Balmaceda se desplazó a provincias. Propio de una situación en la cual se abordarían problemas de carácter nacional o local respecto de los cuales los congresales también tenían opinión y aportes que realizar<sup>182</sup>.

La participación de las autoridades locales, como intendentes provinciales, gobernadores departamentales y jefes de servicios u oficinas gubernamentales, fue común, y así ocurrió

---

<sup>180</sup> De la nómina de servidores públicos que acompañaron a Balmaceda, se desprende que se invitó a aquellos cuyos ministerios y servicios estaban estrechamente ligados al motivo principal del viaje. La excepción es el caso del ministro de Culto e Instrucción Pública, el que, sin embargo, sólo se unió a la comitiva en Coquimbo, pues era diputado por Ovalle.

<sup>181</sup> Recordemos que en su viaje a Cauquenes de 1889, Balmaceda se hizo acompañar por un médico, el Dr. Espejo. A Llico viajó con cuatro ingenieros: Víctor Santa María, Enrique Budge, Valentín Martínez, y J. Ramón Nieto, además del contratista M. Dussaud. Véase *El Ferrocarril* del 22 de abril de 1888.

<sup>182</sup> En las giras ministeriales de Balmaceda, excepto por los casos en que él formó parte de la comitiva del Presidente Santa María, nunca fue acompañado por algún miembro del Congreso Nacional. En las presidenciales fue normal su presencia, salvo en la que alcanzó hasta Cauquenes por razones de salud y la necesidad de descanso.

en todos los desplazamientos de Balmaceda, tanto los ministeriales como los presidenciales<sup>183</sup>. Todos ellos se sumaban a la comitiva durante su marcha o una vez que ésta arribaba de Santiago<sup>184</sup>. Una actitud lógica en quienes eran directamente dependientes del gobierno, y en especial, obviamente, del Presidente de la República que los nombraba, y del Ministro del Interior que se ocupaba del gobierno y administración del país<sup>185</sup>.

Ocasiones hubo también en que la autoridad o los anfitriones de una provincia se trasladaron a Santiago para acompañar al Presidente Balmaceda en su trayecto. Así sucedió en abril de 1888 cuando los Intendentes de Curicó y Colchagua vinieron a Santiago antes del viaje; pero también cuando el Presidente Balmaceda se aprestaba a viajar a Talca para recibir el homenaje que ahí se le tenía preparado y una comisión de talquinos "salió para Santiago, con el objeto de acompañar a S.E. en su viaje"<sup>186</sup>.

Gestos como los mencionados, junto con ser una muestra de cortesía, dieron oportunidad a los anfitriones de compartir más largamente con el jefe de Estado gracias a la sociabilidad que hacía posible el tren presidencial durante su desplazamiento. Se aprovechaban así las posibilidades que esta forma de sociabilidad política ofreció a quienes, muy rara vez,

<sup>183</sup> La integración en las actividades de la comitiva de los miembros locales fue variable. Así, algunas de las máximas autoridades políticas y administrativas lo acompañaron durante toda su estadía en la provincia o región, mientras otras personas e instituciones se sumaban o se restaban de ella según las circunstancias. Así, por ejemplo, en marzo de 1883, a la inauguración del ferrocarril a Elqui, se esperaba que asistieran "el señor intendente de la provincia y la Ilustre Municipalidad, el Diocesano y cabildo eclesiástico, la Corte de Apelaciones, el Liceo, el Seminario, corporaciones civiles, cuerpo de bomberos, etc., etc.". Véase *El Ferrocarril* del 4 de marzo, citando *El Coquimbo* del 26 de febrero, ambos de 1883. Naturalmente, como se verá, la inclusión de instituciones civiles y educacionales, bandas, cuerpos militares, etc., tenía como propósito dotar a las ceremonias oficiales de "todo el esplendor" que la misma importancia del acto que se celebraba requería.

<sup>184</sup> Algunas de las oportunidades en que autoridades a cuyas provincias o departamentos se encaminaba el jefe de Estado se adelantaron y lo encontraron en el camino fueron: cuando Santa María viajó a La Frontera, en que le salió al encuentro en Chillán el Intendente de Concepción, jefe político de la última escala de la comitiva oficial; también cuando Balmaceda se dirigía a Los Andes y lo interceptaron en Llay-Llay el Intendente de Aconcagua y el Gobernador de Los Andes. Véase *El Ferrocarril* del 24 de enero de 1884 y del 21 de abril de 1888.

<sup>185</sup> *La Constitución de 1833* había establecido entre las "atribuciones especiales del Presidente: nombrar y remover a su voluntad a los... Intendentes de provincia y Gobernadores de plaza". Además, y a propuesta del Intendente, el Presidente nombraba a los gobernadores departamentales. Véanse artículos 82, 6º, y 118 del texto constitucional, en Valencia Avaria, 1986, pp. 185 y 191 respectivamente.

<sup>186</sup> Véanse *El Pueblo* del 6 de abril de 1889 y *El Heraldo* del 13 y *El Ferrocarril* del 14 de octubre de 1888.

por un lapso prolongado, tuvieron la oportunidad de alternar y plantear sus asuntos directamente al Primer Mandatario.

Para los intendentes, según la carta fundamental "agentes naturales e inmediatos" del Presidente de la República, así como para las demás autoridades, la visita de las principales figuras del gobierno no sólo representó la obligación de recibir a sus superiores jerárquicos, también una magnífica oportunidad para hacerse escuchar, plantear sus inquietudes y aspiraciones. mostrarse diligentes y aptos en las funciones que desempeñaban, en definitiva, prestigiarse. Fue una instancia que les permitió acreditarse frente a las máximas autoridades del país, pero también respecto de la comunidad de la que formaban parte, pues, como se verá, en general los viajes gubernamentales de Balmaceda fueron valorados por las poblaciones visitadas, las cuales siempre esperaron obtener alguna ventaja o beneficio de la excursión oficial o, simplemente, disfrutar y participar de las fiestas y el ambiente a que éstas daban lugar.

Se comprenderá que la participación de los agentes del gobierno en la comitiva significó más que una simple obligación. Especialmente si se considera que entre los jefes máximos de la administración del Estado y sus representantes en la provincia, en ocasiones, existían intereses políticos compartidos, cuando no relaciones sociales o familiares. Así se deduce de la lectura del extenso epistolario que Balmaceda formó con sus corresponsales, y lo demuestra, claramente, el que en particular mantuvo con Carlos Antúnez<sup>187</sup>.

Fue común que sujetos de la clase media, como autoridades, profesionales y oficiales, formaran parte de la comitiva gubernamental junto a las personalidades más características y relevantes de las poblaciones visitadas. Estas últimas, al igual que las autoridades locales, participaron en aquellas actividades que les incumbían por su posición social, actividad

---

<sup>187</sup> Recordemos que en la Sala José Toribio Medina de la Biblioteca Nacional de Chile se encuentran las cartas que Balmaceda recibió de corresponsales de todo el país y de la más variada condición y situación, entre ellos, autoridades que sirvieron en las administraciones en que él participó. En el mismo fondo histórico se halla una copia mecanografiada del que suponemos es una parte del epistolario de Carlos Antúnez, uno de cuyos tomos contiene correspondencia que Balmaceda le hizo llegar. Al respecto, es preciso señalar que Carlos Antúnez sirvió como intendente de Talca bajo la administración de Santa María y del propio Balmaceda. Más tarde, Balmaceda lo nombró agente diplomático de Chile en Europa, allí lo sorprendió el estallido de la Guerra Civil de 1891.

económica o por desempeñar un cargo de figuración pública.

En el contexto mencionado, lo normal fue que sujetos como los gerentes y administradores de casas comerciales, bancos y compañías de variada naturaleza, los directores de organizaciones de productores, el superintendente del cuerpo de bomberos local, los directores de establecimientos educacionales y los miembros de las respectivas municipalidades, acompañaran a Balmaceda en algunas de las etapas de sus recorridos por la provincia.

Lo arriba señalado es trascendente si se tiene presente que la participación, la integración de uno u otro sujeto en la comitiva oficial, especialmente si ésta era presidencial, fue vista con atención por la opinión. De este modo, el que fuera tal o cual autoridad, el mayor o menor volumen de la misma, la calidad de sus miembros o la situación política de sus componentes, fue objeto de conjeturas en el contexto del momento político que se materializaba la excursión.

Pero, y prescindiendo de la participación de una u otra personalidad nacional o local, hecho por lo demás normal en cada salida de la capital de Balmaceda; la condición socio-económica de los componentes de las comitivas oficiales permiten hacer deducciones que van más allá de la situación particular en que éstas se materializan como parte esencial de un viaje gubernamental.

En efecto, la identificación de los miembros de las sucesivas comitivas que junto con Balmaceda participaron de los viajes que éste emprendió por el país hicieron posible singularizar al arquetipo del acompañante del gobernante, al sujeto representativo de las mismas, al verdadero protagonista de los desplazamientos estudiados. En el sentido señalado, los integrantes de la comitiva presidencial que en octubre de 1890 viajó a Collipulli a la inauguración del viaducto del Malleco resultan adecuados para intentar una caracterización como la propuesta<sup>188</sup>.

En primer término, porque ellos se sumaron al presidente Balmaceda en un momento de conflicto, cuando la situación política del país obligaba a una definición entre quienes

---

<sup>188</sup> La prensa entregó el nombre de 182 acompañantes del Presidente.

estaban con y en contra del Primer Mandatario; entre los que apoyaban la actitud del Congreso Nacional contra Balmaceda y los que la repudiaban<sup>189</sup>. Tal situación nos lleva a pensar que entre los que lo acompañaron al sur se encontraban muchos partidarios decididos de Balmaceda, o a lo menos, y a diferencia de otros viajes, que los opositores a Balmaceda se abstuvieron de participar en él, quedando sólo en el convoy presidencial los más cercanos al gobierno y al jefe de Estado. Los más representativos acompañantes de sus salidas de la capital<sup>190</sup>.

Además, porque en virtud de la lucha política desatada, el Presidente vio en la excursión a Collipulli una instancia para fortalecer su situación política frente a la opinión. No sólo encabezando la inauguración de una obra monumental, símbolo material de la expansión nacional, sino también, haciéndose acompañar por una numerosa comitiva que mostrara su poder, que impresionara y motivara a las poblaciones que debía cruzar para llegar hasta el Malleco a expresarle su adhesión y simpatía. En este contexto, y como sabemos que por parte del gobierno hubo una preocupación especial por los invitados y las manifestaciones que se esperaban en el camino, sólo podemos concluir que entonces se hicieron esfuerzos suplementarios por incluir en la excursión a quienes normalmente formaban parte de una comitiva oficial, lo cual hace de ésta una muy representativa<sup>191</sup>.

Del estudio de los rasgos biográficos elementales de las personas que viajaron a

---

<sup>189</sup> El hecho que la prensa entregara los nombres de los acompañantes de Balmaceda, individualizándolos por coche y actos en los que participaron a lo largo del desplazamiento y durante las ceremonias en Collipulli, no sólo nos permite acceder a una numerosa lista de nombres, requisito básico para su estudio y posterior caracterización como grupo; además, demuestra la preocupación especial que sobre este viaje en particular mostraron los periódicos, índice a su vez de la situación política por la que entonces atravesaba el país.

<sup>190</sup> La preocupación de la prensa por ofrecer los nombres de quienes acompañaban a Balmaceda, sostenemos, es una manifestación de su interés por individualizar ante la opinión a los partidarios del Presidente. Una muestra inequívoca de lo que afirmamos se nos presenta con motivo del viaje del jefe de Estado a Concepción, en diciembre de 1890. Entonces, algunos periódicos no sólo identificaron a quienes participaron en los actos celebrados en homenaje al gobierno y su cabeza, también, a quienes se abstuvieron de hacerlo.

<sup>191</sup> En vísperas de la partida al sur, el gobiernista *La Nación* informó que "todos los ministerios han repartido invitaciones y hasta la hora en que escribimos todavía se están repartiendo". Véase edición del 24 de octubre de 1890. Lo dicho se repite en *El Ferrocarril* del día siguiente.

Collipulli junto al Presidente, así como de quienes se integraron a las ceremonias organizadas con motivo de la inauguración del viaducto del Malleco y de la línea férrea Renaico-Victoria, se deduce que se trata de sujetos pertenecientes a un grupo socioeconómico claramente diferenciado del sector aristocrático terrateniente, predominantemente conservador, que había dominado el país desde los tiempos coloniales. Corresponde a una élite profesional cercana a la burguesía, tanto por su formación, como por sus actividades.

El primer rasgo común a los distintos miembros de la comitiva es el hecho de que la mayor parte de ellos nació en Santiago. Esta situación muestra, una vez más, el protagonismo jugado entonces, antes y después, por la capital en el acontecer general del país. Otros, varios, eran oriundos de Talca y un número menor de La Serena, Quillota, Yumbel, Parral y Concepción, es decir, y con las excepciones del caso, de la zona central, la región a partir de la cual se había desenvuelto territorialmente la nación. Se aprecia también un grupo, no despreciable, de nacidos en el extranjero, muchos de ellos profesionales y técnicos contratados para la ejecución de obras ferroviarias.

Si bien las fechas de su nacimiento fluctúan entre las décadas de 1820 y 1870, la mayoría había nacido a mediados de siglo, de tal manera que conformaban una generación cuya edad adulta se había desenvuelto en el Chile de la expansión nacional, el del crecimiento económico, la diversificación social y las oportunidades educacionales gracias al Estado docente.

Casi todos los viajeros contaban con algún tipo de educación, sobresaliendo quienes la habían recibido en el Instituto Nacional y en los liceos de provincia. Estudiantes de colegios particulares, como el de los Padres Franceses, el Realford o el San Luis también están presentes, pero en mucho menor medida que los mencionados anteriormente. Algunos se habían educado en la Escuela Militar y otras tantas, en el Seminario.

La Universidad, como segunda etapa de formación, fue alcanzada por casi la mitad de las personas individualizadas, siendo el camino más común el haber pasado del Instituto Nacional a la Universidad de Chile. La presencia de varios con estudios en el extranjero también llama la atención.

Entre las profesiones más comunes encontramos la de abogado, ingeniero y profesor; también hay astrónomos, doctores en ciencias políticas y administrativas, arquitectos, diplomáticos y políticos, aunque estas últimas actividades aparecen como complemento de las principales. Notamos también la participación de numerosos jueces, y de algunos médicos.

La mayor parte de los profesionales no se contentaron con el ejercicio de su profesión. Muchos abogados ingresaron en la vida pública, por ejemplo a través de algún diario, ya sea escribiendo o dirigiéndolo; los ingenieros también incursionaron en el servicio público, en especial, ejecutando diferentes obras fiscales.

La cultura, sobre todo la de las letras, también se halla presente entre los acompañantes de Balmaceda. Así, y además de escribir en periódicos, muchos cultivaron la poesía, la filosofía o la historia. Como rasgo general, se puede concluir que estos sujetos aprovecharon su preparación para sobresalir intelectualmente a través de sus escritos.

Entre quienes no pertenecieron al grupo de los profesionales universitarios se distinguen los militares, la mayor parte de ellos con un activo pasado guerrero. Héroes en las luchas de La Frontera y la Guerra del Pacífico, muchos habían sido condecorados.

Otra característica general de los integrantes de las comitivas oficiales es su estrecha vinculación a la política, pues entre ellos hallamos a varios ministros, diputados, senadores, intendentes, gobernadores y municipales.

En cuanto a la tendencia política del grupo de nuestro interés, casi todos se inscriben, de modo general, en la familia liberal. Formando parte muchos de ellos del Partido Liberal y luego del Liberal Democrático que reunió a los seguidores de Balmaceda y su "Testamento Político"<sup>192</sup>. Además, muchos participaron en instituciones y formas de sociabilidad propias de la cultura laica y liberal como el club de la reforma, los bomberos, los masones y determinados partidos políticos.

Así, y comparando las características de los viajeros a Collipulli con otros acompañan-

---

<sup>192</sup> Luego de la Guerra Civil muchos sufrieron persecuciones que se tradujeron en la suspensión de sus carreras funcionarias y en el exilio. Entre los militares todos, salvo uno, fueron balmacedistas leales que murieron por la causa presidencial o que fueron expulsados del Ejército luego de la Guerra.

tes de Balmaceda en alguno de sus numerosos viajes, podemos afirmar que las comitivas gubernamentales estudiadas se distinguen por la participación mayoritaria de sujetos de las clases medias, lo que no descarta el origen popular de algunos o el carácter aristocrático de otros. Se trata de funcionarios públicos y jefes de reparticiones estatales, profesionales relacionados con las obras ferroviarias e ingenieriles en sentido amplio y los vinculados a las funciones judiciales, educacionales y periodísticas. También se aprecia una evidente presencia de oficiales del Ejército y la Marina, ambas instituciones prestigiadas por la Guerra del Pacífico.

Su pertenencia a la clase media se evidencia cuando se conoce que un número apreciable de los miembros de las comitivas oficiales fueron en algún momento parte de la burocracia estatal, ya fuera en su calidad de funcionarios de reparticiones públicas, como los abogados, profesores y jueces, o profesionales en terreno, como los ingenieros de los ferrocarriles y del Ministerio de Industrias y Obras Públicas. Común a muchos fue también que ejercieran como profesores de su especialidad en el Instituto Nacional y en las escuelas militares<sup>193</sup>.

Por último, creemos que el hecho que los periódicos individualicen con nombre y apellido, y en muchas ocasiones informando su ocupación y cargo, a los sujetos que participaron de las comitivas que junto con Balmaceda recorrieron el país es un indicio claro de su mayoritaria pertenencia a la clase media. Si bien de la vida y trayectoria de muchos de ellos nada nos dicen las fuentes consultadas y sólo conocemos su nombre, lo cierto es que, sostenemos, este sólo dato demuestra que ellos son relevantes para el periódico que entrega la

---

<sup>193</sup> Un participante característico de un viaje encabezado por Balmaceda fue un hijo de una familia bien relacionada, aunque no aristocrática; nacido a partir de 1860; estudiante destacado del Instituto Nacional o de un liceo, y por lo tanto de formación laica. Profesional, educado en la Universidad de Chile, normalmente abogado o ingeniero; publicista o profesor como segunda actividad. Funcionario público en algún momento, tuvo también una trayectoria política que, en ocasiones lo llevó al Congreso Nacional o a ministro de Estado durante la administraciones de Santa María y Balmaceda en representación del liberalismo. Perseguido luego de la Guerra Civil, retorna a la arena política para organizar el Partido Liberal Democrático, que reagrupa a los herederos políticos del Presidente, escribir en algún periódico balmacedista o ejercer su profesión. Muere entre 1910 y 1930.

información<sup>194</sup>. Es decir, que si la prensa los menciona es porque no son sujetos desconocidos, tienen un nombre, no forman parte de la masa anónima que, de numerosas formas, también participó de los desplazamientos gubernamentales.

Más todavía, el que las crónicas de los viajes incluyan listas de los participantes en la comitiva oficial nos lleva a pensar que muchos de los integrantes de ellas eran funcionarios públicos cuyos servicios y reparticiones, muy probablemente, las proporcionaban a los periódicos, así por lo menos se desprende de los invitados a Collipulli. Entonces el oficialista *La Nación*, informando de los acompañantes del Presidente, hizo saber que "no nos ha sido posible obtener la lista de los invitados" a causa de que los servicios públicos habían repartido participaciones hasta última hora antes del viaje<sup>195</sup>.

En resumen, no cabe duda que fueron sujetos pertenecientes a la clase media los que mayoritariamente participaron en la comitivas oficiales. Esto significa que con su práctica de salir de la capital Balmaceda contribuyó a la integración de este sector a la vida nacional, reconociendo su existencia e importancia en el nuevo escenario de un país en expansión, una de cuyas notas distintivas fue una mayor heterogeneidad social, la misma que ofrecen las comitivas gubernamentales en los barcos y trenes oficiales.

---

<sup>194</sup> Respecto de los miembros de la comitiva que fueron a Collipulli, no pudimos obtener información alguna del cuarenta y cinco por ciento de los ciento ochenta y dos individualizados.

<sup>195</sup> Véase edición del diario citado del 24 de octubre de 1890. Otra demostración que la participación de empleados públicos en los viajes oficiales era algo corriente, nos la da *El Bío Bío* del 20 de noviembre de 1890, cuando, aludiendo al viaje de Balmaceda a Talcahuano, informa que éste saldrá en un tren acompañado de "todos sus ministros, empleados de La Moneda y demás comitiva de estilo".



## V- EL VIAJE GUBERNAMENTAL

### LA PARTIDA Y EL DESPLAZAMIENTO

Entre los componentes de los viajes encabezados por Balmaceda, aquellos que daban forma a la travesía entre uno y otro lugar del territorio nacional resultan de una importancia fundamental.

En efecto, tanto los medios de transportes como las instancias de la partida y la recepción, así como el desplazamiento de la comitiva oficial, dieron oportunidad para la materialización de situaciones, hechos, actos y gestos de evidente significado político, la mayor parte de ellos, sostenemos, destinados a favorecer la figura del gobernante.

Gracias a los medios de transporte de los que dispuso, Balmaceda aprovechó la nueva instancia de sociabilidad política que el viaje le ofreció, beneficiándose también de la participación popular que ellos hicieron posible. En este último sentido, tanto las ceremonias de despedida como de recepción en la provincia, representaron momentos culminantes para el gobernante pues en ellas, veremos, se desplegaron todos los artificios que la situación permitía para favorecer la imagen del político ante la opinión pública gracias a las multitudinarias concurrencias que las mismas provocaban.

Si los viajes y giras gubernamentales de las que Balmaceda fue protagonista dejaron amplio campo a la improvisación respecto de muchos de los elementos que las constituyeron, hubo otros que se encontraban mucho más determinados pues formaban parte del protocolo existente respecto del jefe de Estado. Entre estos últimos se cuentan las que daban curso a las medidas de aparato y rigor, esto es, el ceremonial de estilo correspondiente al embarque en el vapor oficial, o en el tren especial, y su posterior zarpe o partida<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> De acuerdo con la ley de 21 de julio de 1887 que reorganizó los ministerios, correspondía al despacho de Relaciones Exteriores y Culto "todo lo relativo al ceremonial y etiqueta en las asistencias oficiales a que concurra el Presidente de la República y el Cuerpo Diplomático". Véase Anguita, 1912-1913, III, p. 15.

Tratándose de sus desplazamientos en calidad de ministro de Estado, Balmaceda no utilizó ningún aparato ni protocolo en las ocasiones en que se embarcó.

Estas disposiciones organizaban el primer acto del viaje gubernamental y, en sí mismas, dieron lugar a un verdadero espectáculo en el cual pareció no haberse ahorrado recursos para impresionar a las multitudes que tuvieron oportunidad de observarlo y, también, a los que se enteraron de él a través de la prensa.

Tratándose de un viaje marítimo, concernía a la Comandancia de Marina tomar todas las precauciones para que el jefe de Estado se embarcara con todos los honores que le correspondían por su rango<sup>2</sup>.

En el caso de la gira al norte del país de marzo de 1889, los actos protocolares se iniciaron una vez que el presidente Balmaceda arribó a Valparaíso en el tren que lo trajo desde Viña del Mar. pues en este balneario esperó su partida a Iquique junto a su familia que lo había acompañado desde la capital.

El día señalado, informó la crónica del 4 de marzo de 1889, el batallón de Artillería de la Costa, con una banda de músicos a la cabeza y vestido de parada, esperó al Primer Mandatario en la Plaza Sotomayor formando carrera desde el andén de la estación hasta la puerta de la Intendencia. Justo a la llegada del Presidente se izó la bandera nacional en el palacio y éste se dirigió por entre la tropa que le presentaba armas a los salones de la Intendencia, donde fue saludado por diferentes funcionarios que ahí lo esperaban, por las autoridades provinciales y por algunos de los caballeros que lo acompañarían en su excursión.

Un cuarto de hora más tarde, y mientras recibía los honores prescritos, Balmaceda y su comitiva, acompañados del Intendente, salieron en dirección del muelle Prat para abordar la falúa de gala que los esperaba. Tan pronto como llegó al muelle, se informó, el fuerte Buerras dio inicio a la salva de ordenanza, momento en el cual las naves de guerra surtas en la bahía se engalanaron y comenzaron los honores de estilo al Presidente. Entonces los buques se empavesaron y sus tripulaciones subieron a las vergas en la actitud que se acostumbraba en este tipo de naves, es decir, extendiéndose en alas.

Mientras lo descrito ocurría, el jefe de Estado y algunos de sus acompañantes se

---

<sup>2</sup> Véanse *La Época* del 2 y *El Mercurio* del 4, ambos de marzo de 1889.

embarcaban en la falúa, cuyos bogadores, con los remos arbolados permanecían de pie saludando conforme al reglamento. En ese momento se colocó en la proa de la embarcación la bandera de la presidencia, exclusiva del Primer Mandatario de la nación. Entonces, se desabrocó la barca y el Fuerte Bueras hizo una salva mayor, o sea 21 cañonazos, iniciando la falúa presidencial su camino hacia el *Amazonas* seguida de una lancha a vapor en la que se encontraban otros miembros de la comitiva oficial.

En su recorrido, el presidente Balmaceda recibió los tres hurras de ordenanza de los grumetes del buque escuela *Almirante Simpson*, así como el saludo de las tripulaciones de las demás embarcaciones nacionales y extranjeras con la frase "¡viva el Presidente!", las cuales también le presentaron armas al tiempo que el corneta tocaba diana y sus cañones tronaban haciendo los honores que para tales casos tiene prescrita la ordenanza internacional<sup>3</sup>.

A las cinco y media la falúa presidencial atracaba junto al *Amazonas*, circunstancia que dió pie a que la banda del batallón de Artillería de Costa ejecutara el himno patrio y se arbolara en el palo mayor del vapor el pabellón nacional que indica la presencia del jefe del Estado. Mientras esto ocurría, algunos de los barcos surtos en la bahía hacían una salva mayor y sus tripulaciones bajaban de las vergas o se replegaban a las cofas.

Cerca de las seis de la tarde, el *Amazonas*, el *Esmeralda* y el *O'Higgins* se hicieron a la mar con rumbo al norte los dos primeros y al oeste el tercero<sup>4</sup>. Como última y especial demostración, al momento de ponerse en movimiento el *Amazonas* las tripulaciones de la *Kreisser* y la *Champlain* volvieron a desplegarse en alas sobre las vergas, lanzando otros tres hurras, mientras los mencionados buques, con galantería según la prensa, repetían la salva mayor y tocaban marchas que fueron contestadas por la banda del vapor presidencial con el

---

<sup>3</sup> Se encontraban en la bahía, además del nombrado y el dique *Valparaíso*, los cruceros *Esmeralda* y *O'Higgins*, las corbetas *Chacabuco* y *Abtao*, los pontones *Tha aba* y *Elvira Alvarez*, el crucero francés *Champlain*, la corbeta rusa *Kreisser* y numerosos buques mercantes que lucían sus banderas y gallardetes, contribuyendo también al espectáculo. Véase *El Mercurio* y *El Independiente* del 5 de marzo de 1889.

<sup>4</sup> Según *El Independiente* del 5 de marzo de 1889, la *O'Higgins* debió haber zarpado para las islas de Mar Adentro y Mar Afuera del archipiélago Juan Fernández el día 3 de marzo, "pero postergó su salida para acompañar algunas millas afuera al convoy presidencial". Obviamente, agregamos nosotros, la postergación de su partida obedeció al propósito de engalanar el inicio de la gira presidencial.

Himno Nacional y el de Yungay. Sólo entonces, y después del saludo de bandera con el *Esmeralda* y el *Amazonas*, arriaron su engalanado y bajaron sus tripulaciones<sup>5</sup>.

La prensa registró el ambiente existente en aquel momento cuando informó que en el puerto se encontraba "medio Valparaíso presenciando la partida del convoy presidencial", puesto que "un gran gentío, que ocupaba los alrededores del muelle o que había tomado posesión de los balcones, de las explanadas y hasta de los cerros que dominan la rada", se había hecho presente hasta que las naves se perdieron de vista. Hacía ya tiempo, se opinó, que la ciudad "no veía su rada tan hermosa e imponente" como el día en que S.E. se embarcó hacia el norte, resultando especialmente llamativos el aspecto de los buques empavesados como las salvas con que fue saludado el Presidente. Había colaborado también con la escenificación el tiempo y el mar que, como señaló un corresponsal, "no se concibe pudiesen ser más espléndidos"<sup>6</sup>.

Como se apreciará, y a diferencia del viaje en ferrocarril, una excursión en barco daba una magnífica oportunidad para representar actos que, como los descritos, parecían concebidos para atraer la atención, impresionar al público y, gracias a ello, favorecer la imagen presidencial

Tratándose de la partida del tren oficial, y como es obvio suponer por las características de los espacios en que ésta se realizaba, la ocasión no permitía el mismo lucimiento del embarque para un viaje marítimo<sup>7</sup>. A pesar de lo anterior, hubo ocasiones en que la subida al convoy oficial se hizo en medio de un gran entusiasmo popular que la respectiva crónica reflejó.

Con motivo del viaje de S.E. el Presidente de la República a la fiesta de Talca, al gran baile que la ciudad le ofrecía, el corresponsal especial de *La Tribuna* nos informa que la tan

<sup>5</sup> Véanse *El Mercurio* del 5 y *La Tribuna* del 7, ambos de marzo de 1889.

<sup>6</sup> Véanse *El Independiente* y *El Ferrocarril* del 5, y *La Tribuna* del 5 y 7, todos de marzo de 1889.

<sup>7</sup> Además un viaje en tren no tenía nada de extraordinario en la época, y por lo tanto su inicio no causaba la expectación que una excursión marítima despertaba al zarpar la nave. Al contrario, una vez iniciado, el desplazamiento en tren provocaba conmoción en las poblaciones que atravesaba el convoy, mientras que de la travesía por mar la opinión sólo se enteraba una vez que la nave tocaba puerto y volvía a estar al alcance de los medios de prensa.

anunciada excursión "se verificó, por fin, ayer domingo, con inusitado movimiento y muy vivo interés desde el principio hasta la llegada a esta ciudad"<sup>8</sup>.

Según el cronista "eran las nueve y media de la mañana y muchas personas esperaban en la Estación Central de los ferrocarriles la hora de la salida; otras llegaban presurosas a la cita, formando en pocos momentos un número que, bien contado, no bajaría de cien viajeros". A las nueve y cuarenta minutos, continúa, "llegaba el Presidente de la República acompañado de algunas personas y cuatro ministros". Ya en el tren los viajeros, "la locomotora daba el primer silbato de prevención y poníase luego en marcha, arrastrando el convoy presidencial".

Hubo oportunidades en que al jefe de Estado lo aguardaban en la estación diversas comisiones, además de los curiosos de siempre. Así, por ejemplo, en septiembre de 1888 una crónica informó que "a las ocho y media de la mañana esperaban en la Estación Central de los ferrocarriles de Santiago, rodeadas de una gran concurso de gente, las diversas comisiones oficiales y representantes de las provincias del norte, que debían acompañar al Presidente en su viaje a Chillán". La misma información relata que "minutos después llegaba éste con su comitiva especial, y que el convoy se ponía en movimiento, despedido en medio de ruidosas saluciones"<sup>9</sup>.

No siempre, sin embargo, el aparato dispuesto para el embarque y salida se utilizó de manera tan rigurosa como el día que Balmaceda se embarcó al norte en marzo de 1889<sup>10</sup>. Lo cierto es que en su viaje a Talcahuano de diciembre de 1890, los actos protocolares de embarque y zarpe fueron menos lucidos y, ciertamente, menos entusiastas<sup>11</sup>.

Sin duda la situación política del país en diciembre de 1890, muy desfavorable para

<sup>8</sup> Véase al artículo "Las fiestas de Talca", en la edición del 15 de octubre de 1888.

<sup>9</sup> Véanse *La Tribuna* del 10 y *El Ferrocarril* del 11 de septiembre de 1888.

Meses después, cuando la comitiva presidencial salió rumbo a Pelequén, se informó "que la Estación Central de los ferrocarriles se hizo estrecha para contener el crecido número de personas que concurrió a presenciar la partida del convoy". Véanse *El Estandarte Católico* y *El Ferrocarril* del 8 de enero de 1889.

<sup>10</sup> Lo mismo ocurrió en numerosas partidas del ferrocarril oficial, como la que relatan *La Tribuna* del 21 y *El Norte* del 29 de enero de 1889. "El tren especial que debía conducir a S.E. el Presidente de la República y a su numerosa comitiva a la estación de la Calera para colocar la primera piedra, base de los trabajos del nuevo ferrocarril, que debe unir a esta ciudad con las de la Ligua y Cabildo, partió a las 8.25 A.M de la estación del Mercado, y después de una corta paradillada en la de Yungai, tomó velozmente la línea de Valparaíso".

<sup>11</sup> Véanse *El Mercurio* del 11 y *La Época* del 12, ambos de diciembre de 1890.

Balmaceda por las críticas y censuras de que era objeto, explica las escasas manifestaciones que hubo en su partida a Talcahuano y el empeño del Presidente y sus acompañantes por salvar rápidamente los actos protocolares a que daba lugar su embarque.

Por ello, concluimos que la coyuntura política y la popularidad de la administración, especialmente de su principal figura el Presidente de la República, eran esenciales a la hora de organizar manifestaciones populares y actos destinados a favorecer la imagen presidencial. El hecho que el protocolo fuera siempre el mismo, pues estaba reglado a través de normas legales, y que en la práctica éste variara de acuerdo con la situación, muestra que fueron los encargados de aplicar la normativa quienes se reservaron el derecho de alterar las características de los actos según las circunstancias.

De esta forma, si hasta 1889 la popularidad del presidente Balmaceda era evidente e indiscutida, como lo era, no hubo problema en exponerlo a manifestaciones populares, seguros como estaban los hombres de la administración que el pueblo se prestaría a participar en ellas, contribuyendo así a encumbrar todavía más la figura del Presidente. Por el contrario, si como ocurría en diciembre de 1890, la imagen del jefe de Estado y de su administración estaban notoriamente disminuídas ante la opinión, como sucedía entonces, se evitó en lo posible arriesgar su figura a manifestaciones de rechazo popular como, muy probablemente, habrían ocurrido de haberse presentado la oportunidad<sup>12</sup>.

Así se demuestra, una vez más, la utilización política que Balmaceda hizo de sus desplazamientos a la provincia. Uso que, en ocasiones, se circunscribió a ampliar o restringir las ceremonias y actos propios del embarque y partida presidencial según fuera su conveniencia, cuando no, aprovecharse precisamente de ellos. De esta forma se buscaba ganar la simpatía y adhesión popular, objetivo final del conjunto de los viajes emprendidos por José Manuel Balmaceda a lo largo de su paso por el gobierno.

En el caso de los viajes por mar, lo común fue que éstos se realizaran "en derechura",

---

<sup>12</sup> De hecho, de todas formas el desplazamiento a Talcahuano estuvo marcado por una serie de incidentes desagradables para el Presidente.

esto es, sin escalas en puertos intermedios<sup>13</sup>.

Detenerse en los tiempos que ocupaban los traslados resulta interesante pues, sostenemos, las jornadas u horas que el vapor o tren demoraban en cumplir su recorrido daban lugar a un espacio temporal, a veces de días, durante los cuales los protagonistas y actores participantes de la excursión oficial tendrían la oportunidad de convivir más o menos estrechamente y, por lo tanto, de desarrollar diferentes formas de sociabilidad inherentes al hecho de viajar, algunas de las cuales tendrían evidentes consecuencias políticas. De ahí la necesidad de conocerlas y comprenderlas en cuanto nuevas prácticas políticas, pues en no otra cosa se habían transformado los viajes gubernamentales<sup>14</sup>.

Una vez a bordo del vapor que lo llevaría a Iquique, el presidente Balmaceda se instaló en "una rica cámara, que había sido tapizada y engalanada al efecto", situada sobre cubierta, siendo, junto con la del capitán, las únicas que ocupaban esa sección. Este hecho no hace más que reflejar y confirmar el trato lleno de consideraciones que la jerarquía del jefe de Estado imponía. La misma que motivó el uso de carros de ferrocarril especiales la mayor parte de las veces que el presidente Balmaceda se desplazó en ese medio de transporte.

Según podemos deducir de las crónicas existentes, los momentos de convivencia a bordo del vapor presidencial fueron numerosos y variados, y entre ellos se encontraban los destinados a las comidas, los dedicados a la tertulia, los ocupados en el trabajo y, por último, la conversación informal de diferentes grupos de personas.

Durante la navegación, señala el corresponsal de *La Tribuna*, el jefe de Estado se encontró sin novedad. Normalmente, almorzaba en un salón especial, pero presidía la mesa en

---

<sup>13</sup> Así ocurrió en los desplazamientos desde Valparaíso a Coquimbo, de marzo de 1883, a Iquique en marzo de 1889 y a Talcahuano, de diciembre de 1890; como desde Talcahuano en enero de 1884 y desde Llico en abril de 1888, ambos a Valparaíso.

<sup>14</sup> El interés y expectación que despertó el viaje a Tarapacá y demás provincias norteñas, materializado entre otros elementos en la participación de un corresponsal en la comitiva oficial que informó con detalle de sus alternativas, como ocurrió también en otros viajes de Balmaceda, nos ofrece una magnífica oportunidad de demostrar nuestra apreciación de éstos como un espacio de sociabilidad política, cuando no de esparcimiento. Sin perjuicio de una instancia para estrechar lazos y cultivar la amistad gracias a las diversas actividades que, especialmente en un viaje marítimo, se realizaban.

el comedor a la hora de la comida<sup>15</sup>. Parte del día lo ocupaba en su tertulia en la toldilla de proa, donde también se consultaba la carta de navegación con el rumbo del vapor y se admiraba con anteojos la *Esmeralda*. Otra ocupación del Primer Mandatario era trabajar en su gabinete con sus ministros<sup>16</sup>.

En medio de cada uno de los momentos y entretenciones nombradas, los participantes del viaje presidencial compartían libremente. Ello daba lugar a reuniones de diversos grupos, algunas "animadas y bulliciosas", que se prolongaban hasta que los viajeros empezaban a retirarse a sus camarotes. En ellas se comentaban las alternativas de la navegación o bien se conversaba sobre temas de interés general, todo en medio, señala el corresponsal ya citado, de un muy buen humor, un gran apetito y una mar calma que ha permitido no tener que lamentar el desagradable mareo<sup>17</sup>.

Finalmente, y luego de menos de tres jornadas de marcha, a las 11:30 del 7 de marzo, tal y como se había calculado, el convoy presidencial se encontraba a la vista de Iquique. Culminaba así una travesía sin incidentes que para algunos, como el redactor de *El Independiente*, habían sido "tres días como sólo para S.E. puede darse, pues aquello fue un paseo flotante de lo más fantástico y oriental según las noticias que se han recibido por el telégrafo"<sup>18</sup>.

Aunque en condiciones muy diferentes, las excursiones en ferrocarril de Balmaceda

<sup>15</sup> Al almuerzo, el Presidente se hacía acompañar de invitados que él había dispuesto llamar. Así, por ejemplo, el 6 de marzo lo acompañaron los ministros Enrique Salvador Sanfuentes y Justiniano Sotomayor, el senador Augusto Matte, el diputado Federico Puga Borne y el Contralmirante Luis Uribe.

<sup>16</sup> *La Tribuna*, 7 de marzo de 1889. En otras ocasiones, como al regreso de Llico, en un viaje que sólo duró horas, se realizaron otro tipo de actividades, como las conferencias sobre náutica moderna en sus relaciones con la náutica pasada y la del futuro, que dictó el entonces ministro de Marina Evaristo Sánchez Fontecilla a la comitiva presidencial. La información, en *La Unión* del 28 de abril de 1888. Sobre ellas, el diario dijo: "Hay quien hace entusiastas elogios de estas conferencias".

<sup>17</sup> Véase la información del corresponsal de *La Tribuna* despachada por telégrafo desde Iquique el 7 de marzo y publicada el mismo día en el periódico santiaguino. Este texto con las incidencias del viaje presidencial a Iquique fue reproducido por *El Mercurio*, *El Ferrocarril* y *El Pueblo* en sus ediciones del 8 de marzo de 1889. Por su parte *El Independiente*, utilizando la misma información hizo una glosa de ella en su edición del 8 de marzo de 1889. De esta manera, los principales periódicos del país informaron detalladamente del desplazamiento oficial.

<sup>18</sup> Véase la edición del periódico nombrado correspondiente al 8 de marzo de 1889. También *El Ferrocarril* del 9 de marzo.

también dieron lugar a una forma de sociabilidad política característica de los viajes que nos ocupan. Es así como en todos sus desplazamientos en tren el gobernante se hizo acompañar por un número variable de personas que, en último término, nos permite afirmar que éste jamás viajó sólo y que siempre compartió con algún familiar, amigo, colaborador o funcionario público, cuando no algún sujeto que reunía todas o algunas de las condiciones señaladas<sup>19</sup>.

Así, José Manuel Balmaceda transformó también el coche presidencial en espacio para la conversación coloquial, la resolución de problemas y asuntos relativos a la marcha administrativa de la nación y, en especial, ámbito para la charla política. Por lo pronto, y de acuerdo con la composición de sus comitivas, salvo en una o dos ocasiones siempre se desplazó acompañado de más de un Ministro de Estado, un diputado o senador o algún otro alto funcionario de la administración pública, hecho que, estamos seguros, favoreció la conversación sobre la situación política del país<sup>20</sup>. Incluso más, el hecho que la prensa prestara atención no sólo a lo que ocurría en el exterior del transporte oficial, sino también en su interior, demuestra que en éste también se desarrollaron situaciones de interés público, como por ejemplo, saber con quién o no conversaba el Presidente durante el viaje<sup>21</sup>. Si consideramos que Balmaceda fue capaz de hacer escribir a un corresponsal que "el Presidente se manifestó en todo el trayecto conversador con la comitiva, cariñoso y al parecer contento del viaje", a

---

<sup>19</sup> Tal vez los casos de Julio Bañados Espinoza, Enrique Salvador Sanfuentes o Carlos Antúnez sean los más representativos al reunir todos ellos a lo menos tres de las características nombradas, excepto la de familiar.

<sup>20</sup> Como no tenemos suficiente información sobre sus viajes a Coquimbo y Los Andes en calidad de secretario del Interior, nada podemos decir sobre quién lo acompañó entonces. Sobra señalar que en sus excursiones como acompañante del presidente Santa María, en especial la que los llevó a La Frontera el verano de 1884, también viajó en medio de sujetos como los nombrados, partiendo por el propio jefe de Estado. Incluso en su viaje de descanso a Cauquenes, el presidente Balmaceda se hizo acompañar por el Ministro de Industria y Obras Públicas, un general y dos de sus edecanes. Véanse *La Libertad Católica* del 12, *El Ferrocarril* del 13 y *La Tribuna* del 14, todos de noviembre de 1889.

<sup>21</sup> A modo de ejemplo pueden verse las crónicas de algunos viajes como las de *El Ferrocarril* del 22 y *La Unión* del 24 de abril, *La Época* del 29 de mayo, *La Tribuna* del 10 y *El Ferrocarril* del 11 de septiembre y *La Tribuna* del 15 de octubre, todos de 1888; *La Tribuna* del 7, *El Estandarte Católico*, *El Independiente* y *El Ferrocarril* del 8; *La Tribuna* del 21 y 29, *El Ferrocarril* y *El Estandarte Católico* del 22 y *El Norte* del 29, todos de enero de 1889; *La Época* y *La Tribuna* del 4 de abril de 1889; *El Mercurio* del 25 de septiembre de 1890.

propósito de una travesía en carruaje y con las incomodidades propias de malos caminos<sup>22</sup>. ¿Acaso se podrá dudar que en aquellos recorridos en tren, con todas las comodidades del caso y en medio de sus amigos, no aprovechó la ocasión para desplegar su palabra y transformar la ocasión en una instancia de sociabilidad? Incluso más, el hecho que en más de una oportunidad los anfitriones hayan decidido venir a Santiago a buscar al presidente Balmaceda para luego acompañarlo en su desplazamiento hacia su destino, demuestra que desde el punto de vista de los sujetos de la provincia la travesía representó también un lapso apto para acercarse, ellos y los intereses que representaban, al jefe de Estado<sup>23</sup>.

Si bien en lo esencial, esto es la sociabilidad política a que dieron lugar, las travesías en barco de Balmaceda tuvieron similitudes con sus desplazamientos en ferrocarril, lo cierto es que entre ellos también hubo notas distintivas. En primer término, las dictadas por las características naturales de cada una de ellas, esto es, el hecho de que la travesía en barco fuera de una sola vez, mientras que el viaje en tren se hiciera con numerosas escalas.

La reconstrucción de un desplazamiento gubernamental en tren al sur característico no sólo nos permitirá mostrar los componentes de ellos, sino también, señalar y apreciar por qué para el Presidente éstos tuvieron un valor político fundamental para sus intereses.

Como ya ha sido advertido, Balmaceda inició todos los viajes en ferrocarril al sur temprano en la mañana, creemos, no sólo como una forma de aprovechar la jornada, también la luz del día que permitiera a las poblaciones apreciarlo. Así ocurrió también el 8 de septiembre de 1888 cuando, pasadas las ocho y media, emprendió su excursión a Chillán. En aquella oportunidad, además, y como la mayor parte de las veces que se desplazó la comitiva oficial, el clima acompañó a los excursionistas pues, nos informan, sin bien en las primeras horas del día éste se había mostrado "nublado e incierto", presentándose incluso "una ligera

---

<sup>22</sup> La información de *El Ferrocarril del Sur* del 28 de abril de 1888, alude al viaje presidencial hasta Llico.

<sup>23</sup> Así ocurrió con los comisionados por la sociedad talquina a propósito de la ida de Balmaceda al baile de octubre de 1888. También cuando sus viajes a Llico y a Chillán de abril y septiembre del mismo año y a Los Andes de abril de 1889. Respecto de los tres últimos, véanse *El Ferrocarril* del 21 de abril y *La Discusión* del 6 de septiembre de 1888 y *El Pueblo* del 6 de abril de 1889.

garúa", más tarde se compuso, la neblina se disipó por completo y apareció el sol<sup>24</sup>.

Sin duda que el hecho de realizar sus viajes fundamentalmente en los meses de primavera o verano, representó en este aspecto una gran ventaja para el Presidente viajero, quien normalmente disfrutó de buen clima para sus excursiones. Situación no poco importante si consideramos que para un cronista que describía la excursión a la cuna de O'Higgins, "la aparición del sol contribuyó a dar más alegría y agrado a los viajeros", sin perjuicio de contribuir a garantizar la participación y entusiasmo popular y con ello la solemnidad de la gran fiesta a la cual se acudía<sup>25</sup>.

A diferencia de otros viajes, en esta ocasión el convoy se detuvo en San Bernardo para tomar al gobernador, oportunidad en la cual el Presidente "fue saludado por una banda de música y por el pueblo"<sup>26</sup>. Una hora y media más tarde, el tren arribaba a Rancagua, ciudad en la cual, nos relatan, "y al igual que en San Bernardo, habíase aglomerado una gran cantidad de vecinos de la localidad y gente de los alrededores, presurosos de ver y recibir al Primer Mandatario y sus acompañantes"<sup>27</sup>.

El viaje del jefe de Estado a Chillán, al igual que el que lo llevó a Talca en octubre de 1888, tuvo entre sus "pasadas" la ciudad de Rengo. En la estación de aquella población le esperaban vecinos y autoridades "que deseaban ver y saludar a S.E.", entre ellos "el gobernador, que siguió en su compañía, la Municipalidad, el juez letrado, el cuerpo de abogados y de médicos, los jefes y oficiales del batallón cívico, y muchas señoras y señoritas de los más selecto del pueblo". También, y como informó *La Unión Liberal*, que a la vista del convoy la banda interpretó la canción nacional y que S.E. pudo percibir "los atronadores aplausos y los repetidos vivas que hacían ensordecir a la numerosísima concurrencia"<sup>28</sup>.

<sup>24</sup> Véase *La Tribuna* del 10 de septiembre de 1888.

<sup>25</sup> Véase *El Ferrocarril* del 11 de septiembre de 1888.

<sup>26</sup> Tratándose de una ceremonia en homenaje del Libertador, es natural que las autoridades de las provincias quisieran participar, obligando con ello a mayores detenciones que las corrientes.

<sup>27</sup> Seguimos esencialmente la crónica del "corresponsal especial para *La Tribuna*", y que este diario publicó el 10 de septiembre de 1888.

<sup>28</sup> La nota citada aparece reproducida en *El Ferrocarril* del 9 de septiembre de 1888. A diferencia de lo relatado, al pasar por Rengo en octubre, "S.E. llegó a la estación, partiendo a los pocos minutos". La información señala que entonces la manifestación que se había preparado no tuvo lugar y "que el pueblo, batallón

A diferencia de otras poblaciones de la zona central, la capital de la Provincia de Curicó, la ciudad homónima, fue escala de prácticamente todos los viajes gubernamentales al sur que traspasaron sus límites. Si en septiembre de 1888 el convoy hubo de hacer un alto en ella sólo "para recibir las comisiones del pueblo, al Intendente y a los demás representantes" que se sumaban a la comitiva oficial, un mes más tarde fue escenario de grandes manifestaciones provocadas por la presencia del jefe de Estado<sup>29</sup>.

Ya dentro de los límites de Talca, la comitiva que concurría a Chillán en el tren oficial se aprestó para su ingreso a la capital provincial. Hasta ese momento, y según la crónica del viaje, el convoy a lo largo de su marcha "había recibido en todas las estaciones saludos mezclados de vivas y gritos de alegría por grupos de gentes que acudían a su paso", habiéndose desarrollado algo más de la mitad del trayecto "sin ninguna novedad"<sup>30</sup>.

En Talca la estación presentaba el conjunto "más animado y agradable" posible, pues había sido "pintorescamente engalanada". Ella se mostraba "repleta literalmente de una multitud", nos informan, "compuesta de todas las categorías sociales, desde funcionarios públicos y gentes más cultas, hasta los campesinos de los alrededores". En realidad, "toda una ciudad que allí aguardaba impaciente la llegada de S.E. y su comitiva oficial"<sup>31</sup>.

Una vez que el tren penetró en el circuito de la estación y se hubo detenido, "los ecos de la canción nacional de dos bandas marciales fueron casi extinguidos por el ruido de los gritos y vivas de ocho o diez mil participantes". Pues tal "era aproximadamente y sin exagerar", escribe nuestro informante, el número de quienes habían concurrido "para hacer una simple salutación de pasada, una verdadera y significativa manifestación, al jefe de Estado y su

---

y liceo apenas pudieron ver, y desde lejos, el desfile del convoy". En todo caso, se aclara, "apenas se divisó el carro presidencial, la banda rompió con la canción nacional y siguió tocando variadas y escogidas piezas hasta que el convoy se perdió de vista". Véase *La Unión Liberal* del 18 de octubre de 1888.

<sup>29</sup> Véanse *La Tribuna* del 10 y *El Ferrocarril* del 11, ambos de septiembre de 1888.

<sup>30</sup> Véase *La Tribuna* del 10 de septiembre de 1888. *El Pueblo* del 12 de septiembre, informó que "se notó mucho entusiasmo en las poblaciones por donde atravesó el convoy que conducía al Presidente a Chillán".

<sup>31</sup> Vistos el entusiasmo del corresponsal de un diario balmacedista, recordemos que junto con *La Tribuna* del 10. seguimos también *El Ferrocarril* del 11, ambos de septiembre de 1888.

distinguida comitiva"<sup>32</sup>.

En vista de las expresiones que recibía, y mientras se le acercaban las autoridades locales, el "Presidente de la República asomó al balcón del carro con sus acompañantes" y desde allí, "sombrero en mano, los saludó a ellos y a todo el pueblo y estrechó la mano de sus amigos, correspondiendo de este modo a sus atenciones"<sup>33</sup>. Luego de enganchar nuevos carros al convoy con "la mayor parte de los caballeros antes nombrados", el tren se puso en movimiento, una vez más, "en medio de los vivas y aclamaciones de todo el pueblo, y aun de parte de muchísimas familias, de las más respetables, que se encontraban presentes"; apuntó el corresponsal que escribía para *La Tribuna* y que también reproducía *El Ferrocarril*.

Al cruzar el río Maule, la comitiva aprovechó para admirar, dice el cronista de la expedición, el "soberbio puente construido" por la administración en el poder. Hecho que, como se comprenderá, una vez más sirvió para favorecer la imagen presidencial. En Linares, el tren oficial sólo se detuvo los momentos necesarios para recibir a las autoridades locales, "repitiéndose aquí, si bien en menor grado, las manifestaciones de Talca". Igual cosa ocurrió en la siguiente parada, Parral, ocasión en que los viajeros, dado el largo viaje, tomaron un refrigerio.

Ya cerca de su destino final, y dando un cierto carácter épico a la marcha de la comitiva presidencial, la crónica reflexionaba sobre "¡qué de kilómetros recorridos en unas cuantas horas! y ¡qué de impresiones sentidas y guardadas entre todos los viajeros al repetir cada uno:

---

<sup>32</sup> Una expresión más de que la composición de las comitivas presidenciales era un hecho trascendente nos lo da la crónica que seguimos. En efecto, y aludiendo a la "distinguida comitiva" que acompañaba al presidente Balmaceda, señalaba que "en verdad ésta se componía en su conjunto de una diversidad de nuestros hombres públicos más conocidos e importantes". Representantes de los "tres altos poderes del Estado, ministros de despacho, miembros del Consejo de Estado, Intendentes y Gobernadores, comisiones del Senado y de la Cámara de Diputados, miembros de nuestras Cortes, militares, representantes del clero, todos altos funcionarios, sin contar las distintas comisiones que se han agregado de cada provincia y departamento, debidamente autorizadas, y que han dado con su presencia mayor realce a esta solemnidad". Si bien Bernardo O'Higgins era una figura histórica lo suficientemente trascendente como para convocar a tales personajes, no es menos cierto también que todos ellos aparecían acompañando al jefe de Estado, al Presidente Balmaceda, quien, además, y como se aprecia, aparecía como el protagonista de los acontecimientos que motivaban el viaje oficial.

<sup>33</sup> Según el cronista, "esto mismo se había repetido ya, aunque en menor escala, pero con igual cordialidad, en todas las demás estaciones recorridas". La explicación podría estar en "la reciente creación de la Corte de Talca", una antigua aspiración sólo satisfecha por la administración Balmaceda.

<<ya estamos en Chillán>>".

Con la entrada en la estación de Chillán se completaba una de las tantas travesías de la comitiva oficial por las provincias del sur. La que, como hemos apreciado, normalmente se realizó en medio de un entusiasmo popular que la gran cantidad de poblaciones situadas en la marcha del ferrocarril hacía posible percibir tantas veces como poblados hubiera en el trayecto. Así ocurrió cada vez que Balmaceda se desplazó hacia el sur entre 1883 y 1890, según lo relatan las crónicas de los viajes que nos ocupan<sup>34</sup>.

Por ello no debe llamarnos la atención que el convoy "llegara un poco después de la hora designada que era las 5 de la tarde" a Chillán. La razón no era otra que "en las estaciones de tránsito el señor Balmaceda fue objeto de diversas manifestaciones de simpatía" que retrasaron su marcha, nos informa *La Discusión* del 11 de septiembre de 1888.

El interés, la expectación, las expresiones populares que el paso del tren oficial hizo posible en las ciudades del sur, como se comprenderá, no fueron exclusivas de esta porción del país. Así ocurrió también cuando Balmaceda se desplazó a las provincias de Aconcagua y Valparaíso, o cuando, saliendo de la línea del ferrocarril longitudinal, se internó en algún ramal o camino lateral.

Con motivo de su viaje a la "solemne inauguración del ferrocarril de La Calera a La Ligua y Cabildo", como la llamó un periódico, la crónica nos cuenta que el tren especial, "adornado con banderas chilenas y norte-americanas, cruzó con rapidez por las estaciones intermedias entre Santiago y Llay-Llay. Dando apenas tiempo a la gente aglomerada en ellas para lanzar un ¡viva! al Presidente de la República" y su comitiva<sup>35</sup>.

En su viajes a Llico, Pelequén y la Palmilla, el Primer Mandatario una vez más disfrutó del aprecio popular. En ambas ocasiones, además, en pueblos pequeños que, normalmente, no tenían oportunidad de agasajar al jefe de Estado y que tal vez por ello se mostraron todavía más

---

<sup>34</sup> Para demostrar lo afirmado basta revisar cada una de las crónicas periodísticas citadas a lo largo de este apartado, así como las que más adelante nos servirán para ilustrar otros capítulos de este texto.

<sup>35</sup> Véanse *La Tribuna* del 22 y *El Norte* del 29, ambos de enero de 1889. En aquella oportunidad el convoy lo formaban 4 carros: "el carro-salón *Chile* para S.E., 2 de primera clase de la línea del sur para la comitiva y uno de 1º, para los ingenieros exclusivamente".

entusiastas<sup>36</sup>.

Cuando el viaje a Pelequén, y puesto que se trataba de un breve recorrido, el convoy oficial se detuvo un momento en las estaciones de San Bernardo, Nos y Graneros<sup>37</sup>. Luego siguió hasta Rancagua para subir a las autoridades de la provincia, entre ellas el Intendente, el juez de letras, el rector del liceo y algunos otros distinguidos vecinos<sup>38</sup>. La siguiente parada fue Rengo, donde junto con integrarse el intendente de Colchagua, el gobernador del departamento y otras autoridades, los viajeros fueron también objeto de manifestaciones del pueblo reunido en la estación.

Una vez celebradas las ceremonias de inauguración de los trabajos del ferrocarril de Pelequén a Peumo en la primera de las nombradas, el Presidente y sus acompañantes siguieron su marcha hacia la Palmilla, siendo recibidos, informa la crónica, "en todas las estaciones con inmenso entusiasmo"<sup>39</sup>.

Una muestra del fervor que la figura del jefe de Estado despertaba entonces en los pueblos pequeños, y en general en todas las poblaciones por las que cruzaba o arribaba, nos la ofrece un periódico de Rengo<sup>40</sup>. En una nota fechada el 5 de enero en la cual anunciaba el arribo de "S.E. que vendrá acompañado de los más altos dignatarios de la nación", leemos: "Mañana estará cerrado todo el comercio, las oficinas públicas y particulares. Mañana es el día de gloria para todos los que tenemos la felicidad de vivir en Caupolicán. No hay rico ni pobre

<sup>36</sup> En su excursión a Llico, Balmaceda debió abandonar el ferrocarril en Curicó y seguir en carruaje hasta Vichuquén. En aquella oportunidad no sólo fue saludado en la estación de Curicó "por mucha gente" y por "las escuelas públicas, Municipalidad y autoridades, banda de música y piquete de Policía", como informó *El Ferrocarril del Sur y La Prensa*; sino que también fue agasajado en Peralillo, la Placilla y Licantén, en un trayecto hasta Vichuquén en el que, nos informan, "las escuelas salían por el camino a saludarlo y a espetarle los discursos de estilo, recibiendo de él saludos y halagüeñas palabras para las preceptoras y sus rústicos educandos". Véanse *El Ferrocarril del Sur y La Unión* del 24 y *El Ferrocarril del Sur y La Unión* del 28, todos de abril de 1888.

<sup>37</sup> Véase *El Ferrocarril del Sur* del 8 de enero de 1889.

<sup>38</sup> En la estación de la capital de la provincia de O'Higgins, relata la crónica de *La Tribuna* del 7 de enero de 1889, y al igual que en otras pasadas de Balmaceda por aquella ciudad, "una inmensa concurrencia", junto a la banda del batallón cívico, aguardaban al convoy oficial. Véanse también *El Estandarte Católico y El Independiente* del 8 de enero de 1889.

<sup>39</sup> Véase *La Tribuna* del 7 de enero de 1889.

<sup>40</sup> Véase "Alcance al número 18 de *La Unión Liberal*", reproducido en *La Tribuna* del 7 de enero de 1889.

que no esté entusiasmado con la venida de S.E. el Presidente de la República".

De este modo, el desplazarse por el territorio nacional significó para José Manuel Balmaceda una posibilidad de recibir muestras de adhesión y simpatía. Una oportunidad de aparecer como un político, un jefe de Estado respetado y apreciado, tributario del reconocimiento popular por las obras de su realizadora administración. En este contexto, y salvo por las excepciones que se verán, para Balmaceda el sólo hecho de viajar, independiente de lo ocurrido una vez en su destino, representó un momento amable, una instancia grata, digna de ser practicada todas las veces que fuera necesario, en especial cuando su figura y su régimen todavía gozaban de la estimación popular.

En efecto, sostenemos que el contenido de las crónicas de las excursiones, además de informar de la marcha oficial, favorecieron la recepción de la comitiva gubernamental en el lugar a la que ésta arribaría pues, en último término, contagiaron con el fervor que transmitían<sup>41</sup>.

En Talca, en octubre de 1888, en vísperas de la llegada del Presidente, la prensa afirmaba que había "sobrados motivos para creer que el entusiasmo de mañana será inmenso y que el número de personas que irán a la estación será superior al que asistió" la última vez que el Presidente arribó a la ciudad<sup>42</sup>. Para la jornada de la llegada se pronosticaba que "el pueblo de Talca entero acudirá hoy a la estación a dar la bienvenida a S.E. el Presidente de la República", y que por el movimiento "que se ha notado estos días en todas las clases sociales, es de suponer que la estación sea estrecha para contener a la multitud que asistirá a ese local a manifestar el júbilo y entusiasmo de que se encuentra poseída"<sup>43</sup>.

En todo caso no siempre Balmaceda tuvo desplazamientos felices o generó reacciones tan positivas como las hasta ahora descritas, pues, en último término, éstos también estuvieron

---

<sup>41</sup> Si bien en lo esencial el desplazamiento de la comitiva gubernamental la involucra sólo a ella, no es menos cierto también que en ocasiones las alternativas de la travesía de ésta, cuando su movimiento se estaba produciendo, generó una actividad paralela en las poblaciones que la esperaban; movimiento que también, por lo dicho, es parte del desplazamiento oficial, aunque, lo sabemos, físicamente no lo sea.

<sup>42</sup> Véase *El Heraldo* del 13 de octubre de 1888.

<sup>43</sup> Véase *El Heraldo* del 14 de octubre de 1888.

condicionados por las alternativas de la coyuntura política. En efecto, durante su travesía hasta Collipulli y navegación hasta Talcahuano de octubre y diciembre de 1890 respectivamente, y en medio de una difícil situación política para el gobierno, las cosas no fueron como, imaginamos, esperaba el jefe de Estado<sup>44</sup>.

En todo caso, y como lo demuestra la gira al norte de marzo de 1889, a bordo del transporte oficial normalmente se produjo un ambiente de distensión y camaradería muy apto para la conversación, y en el cual la figura presidencial sobresalió y concentró la atención. En este contexto, el jefe de Estado hizo uso de su poder y supo llamar la atención de sus acompañantes con pequeños pero significativos gestos que, junto con contribuir a mantener su halo de autoridad, implicaban reconocimientos para quienes los recibían, distinguiéndolos de los demás<sup>45</sup>. Un ejemplo de ello, además de los ya mencionados, son su retiro de las comidas antes que todos los otros comensales y sus almuerzos privados con invitados seleccionados<sup>46</sup>.

Acaso no es posible sostener que José Manuel Balmaceda, "con la fina galantería y exquisita amabilidad que le es peculiar", utilizaba sus viajes para hacer política, aunque sólo fuera a través de la distinción que para los sujetos elegidos resultaba no sólo acompañar al Presidente en el viaje, además, participar como contertulios en su mesa, en su tertulia o, eventualmente, en alguna conversación más privada. De hecho, sostenemos, el que el periodista señalara estos detalles en sus informaciones nos revela que los mismos tenían un significado y que eran relevantes para la opinión pública<sup>47</sup>.

Por último, y como se comprenderá, la proximidad del arribo de la comitiva oficial no sólo alteraba la vida cotidiana de las poblaciones que la recibirían, sino también ponía en

---

<sup>44</sup> Más adelante, en el capítulo VII, abordamos las circunstancias del viaje a Collipulli de octubre de 1890.

<sup>45</sup> En este punto no está de más señalar que, normalmente, el respectivo corresponsal diferenció a Balmaceda del resto de la comitiva, informando del Presidente y su comitiva, y no de toda la comitiva, incluyendo al Presidente, en general.

<sup>46</sup> Ambos hechos, como todos los ya descritos, se encuentran mencionados en los textos de las informaciones más arriba citadas.

<sup>47</sup> Creemos que los gestos, incluso desprovistos de palabras, tienen, en los viajes de Balmaceda, significados políticos. Clara muestra de ello es la situación creada con Enrique Salvador Sanfuentes y su supuesta candidatura presidencial que se interpretó, como más adelante veremos, como que se destapó en la gira al norte.

tensión a los propios viajeros. Un buen ejemplo de esto, que además permite apreciar una parte de la excursión desde el punto de vista de quienes se desplazaban, nos lo ofrece la llegada del Presidente Balmaceda y sus acompañantes a Talca en octubre de 1888.

De acuerdo con la informaciones, próximo ya el convoy a tocar su destino, cuando los viajeros se encontraban en la provincia de Talca acercándose rápidamente a la ciudad, se manifestó "en el ánimo de todos una indefinible agitación, precursora de la llegada". Como el camino había sido recorrido fácilmente y sin molestias, nos relatan que "los pasajeros esperaban contentos el término de la jornada, sacudiendo de sí el polvo y aprontando todos sus maletas, no sin que la inquietud del arribo les hiciera consultar a cada instante sus relojes"<sup>48</sup>.

Justo a las tres y media de la tarde, cuando la locomotora silbó repentinamente, anunciando la llegada a Talca, continúa la entusiasta crónica, "la confusión, el afán y movimiento consiguientes producidos por cada cual en el interior de los carros" se expresó con toda intensidad, en especial cuando se apreció que "estaban a la vista las blancas torres de la vieja y hospitalaria ciudad de Talca y que de lejos se columbraban muchas de sus construcciones. Un minuto, y el convoy entraba a la estación".

La imagen que el Presidente percibió entonces, como en tantas otras ocasiones, fue impresionante. "Veíase la estación pintorescamente engalanada, con grandes arcos de verdura y flores entrelazados con alegorías nacionales de banderas, gallardetes y mil vistosos adornos". Pero, principalmente, llamó la atención al corresponsal, "la multitud enorme, quizás nunca vista hasta hoy en pueblo alguno de provincia, y cuyo número de personas podemos decir era realmente incalculable en su variadísimo conjunto", que aguardaba el tren. Ella "repletaba los vastos andenes y todos los sitios de la estación, confundiéndose y desplegándose hasta mucho más allá de su circuito". Una sola mirada bastaba para calcular, interpreta el cronista, "que aquella era la cita de un pueblo entero, todo él ansioso de demostrar con su actitud y presencia el objeto que allí lo había reunido"<sup>49</sup>.

---

<sup>48</sup> Véase *La Tribuna* del 15 de octubre de 1888.

<sup>49</sup> Según *La Tribuna* del 15 y *El Ferrocarril* del 16, ambos de octubre de 1888, no sólo afuera, en los andenes de la estación, se apreciaban manifestantes. Adentro, "numerosísimas familias de la más distinguidas de la ciudad soportaban, tras del cansancio, del calor y de la apretura, la confusión que se produce en momentos

El relato del arribo presidencial culmina señalando que una vez detenido el tren, y cuando los pasajeros todavía no bajaban, "las bandas de música de la ciudad comenzaron a entonar el himno nacional". Agregando que mientras todo esto ocurría "el señor Balmaceda esperó" en el interior de su *wagon* a la comisión que debía recibirlo<sup>50</sup>.

Por último, con un sencillo pero a la vez insinuante "(continuará)", el cronista cerró su despacho telegráfico. El próximo describiría la recepción de la comitiva oficial.

## LA RECEPCIÓN

El arribo de la comitiva oficial a su punto de destino constituyó otra oportunidad, al igual que la partida, de organizar actos multitudinarios destinados a homenajear a los huéspedes que, indudablemente, impresionaron a los participantes y a quienes a través de la prensa se enteraron de ellos. De esta forma ellos también contribuyeron a fortalecer la imagen del jefe de Estado que, en último término, era el protagonista de dichos actos y quien, con su presencia, los había hecho posible.

Así, por ejemplo, si la partida del convoy presidencial hacia Iquique en marzo de 1889 había dado lugar a manifestaciones espectaculares, aun en una ciudad acostumbrada a la presencia del jefe supremo de la nación como Valparaíso, la llegada del mismo a su destino permitirá apreciar de forma más evidente las reacciones que la figura presidencial despertó en una ciudadanía que, en la mayor parte de los casos, recibía por primera vez la visita de la más alta autoridad política del país.

Según la prensa de la época, la recepción de los viajeros en la capital de Tarapacá fue una fiesta que representó todo un acontecimiento, en especial considerando que era un territorio hasta hacía pocos años extranjero y que el mar de Iquique había sido escenario de uno de los hechos más significativos de la historia nacional que, naturalmente, el Presidente Balmaceda

---

de grandes concurrencias: tal era su aglomeración".

<sup>50</sup> Según *La Tribuna* del 16, Balmaceda hubo de esperar debido a que las personas que componían la comisión de recepción tuvieron dificultades para acercarse y subir al *wagon* que lo conducía.

supo evocar<sup>51</sup>.

En efecto, al llegar a la rada iquiqueña, y antes de desembarcar, el presidente Balmaceda hizo pasar al *Amazonas* por el lugar preciso en que se hundió la *Esmeralda* en 1879. Entonces, se relató, S.E. llamó a Uribe diciéndole: "lo abrazo en nombre de todos mis conciudadanos". Según nuestro informante, "S.E. estaba bastante conmovido", lo mismo que Uribe y el resto de la comitiva<sup>52</sup>.

El ambiente a la llegada de la comitiva presidencial, nos relatan, no pudo ser más llamativo y espectacular. La ciudad se mostraba toda embanderada y en la bahía se hallaban treinta y dos buques empavesados, rodeados de unas cincuenta embarcaciones menores<sup>53</sup>. El muelle también se encontraba embanderado, y en él, tres bandas se disponían a interpretar la canción nacional. Junto a ellas, las comisiones del comercio, de obreros, el alcalde Valdés Cuevas, la Municipalidad en cuerpo, los jefes militares de alta graduación y el cuerpo de bomberos con todos sus materiales, aguardaban a las ilustres visitas<sup>54</sup>.

La crónica informó que a las doce tres cuartos, luego de largar anclas el *Amazonas* a dos millas del muelle de Iquique, una lancha a vapor conduciendo a las principales autoridades de la ciudad y a los miembros más notables de la sociedad iquiqueña abordó el vapor oficial para recibir a la comitiva presidencial<sup>55</sup>.

<sup>51</sup> Nos referimos al combate naval de Iquique ocurrido el 21 de mayo de 1879, en los primeros meses de la Guerra del Pacífico, y que había inmortalizado al capitán Arturo Prat y a sus hombres.

<sup>52</sup> Véanse *La Tribuna* del 8 y *El Independiente* del 9, ambos de marzo de 1889. Como es obvio, actitudes como la relatada, tal vez inspirada en el patriotismo, educación y consideración de Balmaceda, no pudieron ser indiferentes a la opinión pública y le atrajeron la voluntad de la misma o, a lo menos, su simpatía. *La Tribuna*, en su edición del 20 de marzo, y recordando los sucesos referidos por su corresponsal desde Iquique, señalaba: "y entre los incidentes que precedieron al desembarque habrá notado, sin duda, el de la especie de peregrinación piadosa que el señor Balmaceda quiso hacer, antes de pisar tierra, a la tumba gloriosa de la *Esmeralda*", recordando que "todos los que presenciaban la sencilla escena sintieron humedecidos sus ojos con lágrimas de patriótica gratitud...".

No olvidemos que en sus viajes por el centro y sur del territorio, el gobernante también tuvo gestos simpáticos para la opinión. Por ejemplo, cuando saludó a los niños y profesores que le salían el encuentro en su marcha hacia Vichuquén en abril de 1888.

<sup>53</sup> *La Tribuna* del 18 de marzo informa que también se levantaron arcos y otros adornos, los que daban a la plazuela de la Aduana, vista desde la bahía, un magnífico aspecto.

<sup>54</sup> *El Pueblo* del 8 de marzo de 1889.

<sup>55</sup> Véanse *La Tribuna* del 8 y 11, *El Ferrocarril* del 9, todos de marzo de 1889.

Luego de los saludos, a la una, se avisó a S.E el Presidente de la República que la falúa de la *Esmeralda* estaba al pie de la escala de babor del *Amazonas* para trasladarlo a tierra.

Al momento de iniciar la falúa presidencial su marcha hacia la ciudad, *La Esmeralda* empavesada comenzó los honores de ordenanza. Su tripulación, en los palos, lanzaba gritos y hurras y sus cañonazos eran contestados por el fuerte de la isla de Iquique y la artillería situada en la playa.

La expectación y entusiasmo de las no menos de 15.000 personas que, según el cronista, llenaban el muelle, las azoteas de las casas, baños y alrededores de la playa, se acercaba a su punto culminante a medida que la comitiva presidencial se aproximaba al muelle. Entonces, continúa el relato, comenzó a oírse el murmullo y los primeros vivas de la muchedumbre, así como los sonos del himno patrio y los cañonazos de las piezas de artillería.

En relación con el público presente en estas ceremonias, es preciso señalar que si bien es cierto que no todas las manifestaciones que hemos descrito eran el resultado de un acto espontáneo de la población, puesto que muchas de ellas estaban prescritas en las ordenanzas protocolares, lo cierto es que los ciudadanos se prestaban voluntariamente para agasajar a los gobernantes y a sus acompañantes. Ya sea por razones de adhesión política o de otra naturaleza, como por el interés que despertaba la posibilidad de conocer, observar, acercarse, tocar y saludar a figuras públicas que rara vez tenían ocasión de ver directamente. Todo, sin perjuicio del ambiente de fiesta que invadía la ciudad y que, obviamente también, invitaba a sumarse a los festejos, en especial tratándose de la llegada por vía marítima, dado el espectáculo que esta circunstancia provocaba.

Incluso en aquellos momentos álgidos, cuando el presidente Balmaceda aparecía como una figura controvertida, la población que tuvo la oportunidad de recibirlo, una vez más, se mostró atraída por la verdadera función que era el arribo y desembarco de la comitiva oficial, en especial si ésta daba la oportunidad de observar la llegada de una pequeña flota. Así ocurrió con motivo de su navegación hasta Talcahuano en diciembre de 1890, cuando el convoy que lo conducía, se informó, contribuyó a que a su llegada a Talcahuano la bahía presentara "el más

hermoso golpe de vista, un "bellísimo conjunto, como en los días de festividades patrias"<sup>56</sup>.

El interés de los vecinos se acrecentó también debido a que ya en marcha la comitiva oficial, y por lo tanto asegurada la presencia del Primer Mandatario, fue común que las autoridades se apresuraran a extender una invitación a las personas bajo su dependencia, y a la población en general, "para que se sirvan concurrir" al acto o ceremonia programado, "con el objeto de acompañar", como señala una, "a S.E. el Presidente de la República, que lo presidirá"<sup>57</sup>. Frecuente fue también que para convocar a los miembros de las sociedades locales, además de las proclamas y avisos de prensa, se repartieron esquelas de invitación, en especial con ocasión de banquetes y bailes u otros actos en los cuales la participación debía ser necesariamente restringida<sup>58</sup>.

Por su parte los medios de prensa reprodujeron también las proclamas a través de las cuales alguna agrupación política u organización de carácter social invitó a recibir al jefe de Estado. Las mismas, cuyo encabezado era "AL PUEBLO", además de recordar los atributos y realizaciones del Mandatario, estimulaban la participación de la población en las manifestaciones que se habían preparado en honor del ilustre visitante<sup>59</sup>.

En definitiva, la mayor parte de las veces que la comitiva oficial arribó a alguna población, su recepción se produjo en medio de un marco de público numeroso, cuando no espectacular, como lo atestiguan la mayor parte de las crónicas de prensa que las relataron.

<sup>56</sup> Véase *La Nación* del 16 de diciembre de 1890.

<sup>57</sup> La citada corresponde a la hecha por el Comandante general de Marina y el Intendente de Valparaíso el 18 de enero de 1883, y fue reproducida por *El Ferrocarril* del 19 de enero de 1883. Recordemos que una invitación similar en su propósito hizo la Municipalidad de Antofagasta antes del arribo de Balmaceda en marzo de 1889, y que en ocasiones, como en la misma Antofagasta, Copiapó, La Serena y Ovalle, entre otras, la publicación del programa de recepción o de las fiestas que tendrían lugar con motivo de la llegada del jefe de Estado representó, en sí misma, una invitación implícita a participar en ellas. Igual cosa ocurrió cuando Balmaceda se trasladó a Valparaíso a la ceremonia centrada en los héroes de Iquique; a Chillán para homenajear al Libertador O'Higgins; a Talca para ser él objeto de reconocimiento; y a Pelequén, la Palmilla, La Calera y Los Andes para inaugurar líneas férreas. Véanse, entre muchos posibles, *El Ferrocarril* del 11 de mayo, *La Discusión* del 5 de septiembre y *El Heraldo* del 13 de octubre, todos de 1888; *La Unión Liberal* del 5, *El Correo de Quillota* del 17 y *El Mercurio* del 18 de enero y *El Censor* del 18 de marzo, todos de 1889.

<sup>58</sup> Así ocurrió, por ejemplo, en Talca en enero de 1884. Véase *La Libertad* del 24 de enero de 1884.

<sup>59</sup> A modo de ejemplo, véase la proclama que, "en número de tres mil y tantos ejemplares" hizo imprimir el Partido Liberal de Talca con motivo del arribo de Santa María en enero de 1884. En *El Ferrocarril* del 23 de junio de 1884.

Escenario que Balmaceda supo aprovechar cuando, por ejemplo en Talca, rehusó la invitación que se le hizo de entrar al pueblo en carruaje de gala, "prefiriendo hacer el camino a pie, en medio de todos los manifestantes" que, nos relatan, formando filas "interminables de carruajes públicos y particulares, carros urbanos y gente de a pie y a caballo, formaron carrera y lo acompañaron en su trayecto"<sup>60</sup>.

La emoción y arrebato de la población que recibía a Balmaceda no sólo se expresó cuando éste arribó en su condición de Presidente de la República, también se dejó ver cuando lo hizo como Ministro del gabinete del Presidente Santa María. Un ejemplo de ello se ocurrió a su llegada a Coquimbo en marzo de 1883, entonces, el propio Balmaceda describe, incluso "se dispararon cañoneras"<sup>61</sup>.

Pero no sólo el arribo del barco que transportaba a la autoridad motivó a la población. El ingreso del tren oficial también dio oportunidad a que la prensa en general ofreciera vívidas crónicas de la llegada, desembarco y bienvenida de la comitiva gubernamental y del fervor popular mostrado por los asistentes a tales eventos.

En ellas los periódicos intentaron reflejar a través de una detallada descripción, el ambiente existente en cada población que recibía al gobernante y participaba de los actos y ceremonias organizados con motivo de su presencia. Éstas, como es obvio, siempre congregaron una gran cantidad de personas y organizaciones, entre las que los bomberos y bandas militares nunca faltaron, pues, como explicó un periódico alguna vez, su presencia "daba más solemnidad al acto"<sup>62</sup>.

Por lo pronto, ya la sola vista del tren representó la posibilidad de una nota entusiasta.

<sup>60</sup> Véase *La Tribuna* del 16 de octubre de 1888.

<sup>61</sup> Véase carta de Balmaceda a Santa María fechada en La Serena el 2 de marzo de 1883, en Archivo Domingo Santa María González, pieza 7776, Archivo Nacional. En la misma nota, y luego de relatar los agasajos de que había sido objeto, Balmaceda muestra preocupación por lo que llama "chambonada inconveniente", pues la pólvora de los puertos "no debe quemarse sino con arreglo a ordenanza o en contra del enemigo". Agrega que los disparos le dieron jaqueca y que "ni por carácter ni por causa ninguna podía sino contrariarme lo que ocurrió", no pudiendo evitarlo. Por último, pero decididamente, termina su nota al Presidente expresando su esperanza que lo ocurrido no sirva para que los adversarios lo critiquen, y sólo sea interpretado como una señal de llegada.

<sup>62</sup> Véase *El Ferrocarril* del 19 y 20 de enero de 1883. La cita se refiere al acto de repartición de medallas a los combatientes de la Guerra del Pacífico. Pero también *El Nuble* del 26 de enero de 1884.

Cuando el que conducía al presidente Santa María entró en Renaico, *El Eco del Sur* informó: "A las 11:30 una locomotora con majestuoso andar y que arrastraba tres carros de primera clase, apareció por el lado de Coigüe"<sup>63</sup>.

La afirmación que "la estación se veía llena de espectadores al arribo del convoy", es una de las descripciones más comunes existentes en cada una de las crónicas de los desplazamientos gubernamentales<sup>64</sup>.

Las masivas concurrencias que la presencia del jefe de Estado despertó, fueron explicadas, como se dijo respecto de quienes lo esperaban en Chillán, en el hecho que "todos anhelaban conocer al distinguido ciudadano que hoy ocupa el puesto supremo de la nación y que también ha sabido encaminarla hasta aquí por la senda de la prosperidad y el progreso"<sup>65</sup>. Por eso ante su presencia las ciudades, como ocurrió en Talca en 1888, "vestían sus mejores galas y todo el pueblo se prestó a expresarle al señor Balmaceda la complacencia y regocijo que nos causa el tenerlo entre nosotros"<sup>66</sup>. A tal grado llegó el entusiasmo que en ocasiones despertó el arribo de Balmaceda que, nos relatan, Talca no sólo había amanecido de gala, sino que desde "la mañana la ciudad empezó a tomar un extraordinario movimiento, superior en mucho, sostiene la información, al que se nota en las festividades cívicas"<sup>67</sup>.

Si bien es cierto el ardor con que Balmaceda fue recibido fue muchas veces espontáneo y consecuencia del aprecio y simpatía que su figura despertó en la ciudadanía, así como del interés que el jefe de Estado tenía para una población normalmente escasa de visitas ilustres; no es menos cierto también que en otras tantas ocasiones, y como lo expresó un periódico de la provincia, "los costinos se encuentran entusiasmadísimos con la llegada de S.E. a Vichuquén, pues esperan sacar grandes ventajas de la visita presidencial"<sup>68</sup>.

Además de todo lo dicho, suficiente motivo para acoger fervorosamente al jefe de

<sup>63</sup> Véase edición del 24 de enero de 1884.

<sup>64</sup> Véase, *El Ferrocarril* del 22 de enero de 1884.

<sup>65</sup> Véase *El Ferrocarril* del 25 de enero de 1884.

<sup>66</sup> Véase *El Heraldo* del 13 de octubre de 1888.

<sup>67</sup> Véase *El Heraldo* del 16 de octubre de 1888.

<sup>68</sup> Véase la nota de *La Prensa de Curicó*, reproducida en *El Ferrocarril* del 26 de abril de 1888. Ella concluía señalando que deseaba "que no se evaporen tan grandes ilusiones".

Estado fue también la puesta en marcha de obras públicas ya decididas por su administración. Ello explica que a su arribo a Pelequén, fuera "recibido por todo el pueblo", en medio de un entusiasmo que al cronista le hizo exclamar que se le "hacía imposible describir"; o que al llegar a La Calera la estación y "las calles adyacentes estuvieran llenas de gente de a caballo que vivaron a S.E. a la pasada y llegada del tren"<sup>69</sup>.

Las recepciones descritas, con las variaciones propias de cada lugar y circunstancia, se repitieron una y otra vez, desde que en 1883 el entonces ministro Balmaceda comenzó a salir de la capital. Lo que alguna vez Balmaceda escribió, aludiendo a su arribo a Curicó -"a la llegada gran recepción, discursos, arcos y alborotos"- fue común en cada uno de sus desplazamientos, excepción hecha, claro está, de sus últimos viajes como jefe de Estado<sup>70</sup>.

Diferentes sentimientos favorecieron las expresiones motivadas por la presencia del gobernante, y entre ellos, el del patriotismo fue uno de los más intensos. Por eso no fue extraño que la crónica de las manifestaciones que se le brindaron concluyera con palabras que aludían al sentimiento nacional que las había impregnado. De un banquete en Linares, el corresponsal afirmó que en éste "la nota dominante era el patriotismo"<sup>71</sup>. Agregando todavía que en la estación los viajeros fueron despedidos con un "patriótico discurso" pronunciado por uno de los vecinos. Por el contrario, cuando en alguna ocasión el paso del Presidente y su comitiva oficial no mereció el marco de público que se esperaba, como ocurrió en Parral en 1884, un corresponsal escribió a su editor que era sensible que los parralinos "hayamos sido tan poco patriotas para saber manifestar a este gran ciudadano"; incluso y considerando, agregó, "que nuestro pueblo es cierto es menos en población y en riqueza que otros donde ha recibido calurosas ovaciones"<sup>72</sup>.

Además de la recepción oficial y el entusiasmo popular, el gobernante normalmente fue saludado por todos los medios de prensa de cada una de las localidades a las cuales arribó.

---

<sup>69</sup> Véanse *La Tribuna* del 7 y *El Ferrocarril* del 8 y 22, todos de enero de 1889.

<sup>70</sup> La frase citada en carta de Balmaceda al Presidente Santa María fechada el 12 de abril de 1885. Véase Archivo Santa María, pieza 7596.

<sup>71</sup> Véase *El Ferrocarril* del 25 de enero de 1884.

<sup>72</sup> Véase *La Libertad* del 24 y *El Ferrocarril* del 25, ambos de enero de 1884.

Éstos, a través de artículos y editoriales, no sólo informaban de su presencia y le daban la bienvenida, además, aprovechaban la ocasión para hacer presente las problemas y reivindicaciones locales. A través de ellos, como se verá, se expresaban las expectativas de las poblaciones incluidas en el itinerario oficial.

A este respecto, conviene hacer notar que tratándose del jefe de Estado, los periódicos son mucho más expresivos que cuando el Ministro del Interior encabezaba la gira oficial. En este último caso, las reivindicaciones son más concretas y limitadas, y las notas de prensa resultan lacónicas, como el caso de la gira de marzo de 1883 lo muestra. Entonces, *El Progreso* de La Serena se limitó a expresar: "mucho se espera de esta visita, especialmente en lo que respecta a viabilidad"<sup>73</sup>.

Por el contrario, al arribar el jefe supremo de la nación a Iquique, en marzo de 1889, *La Industria* lo recibió afirmando que "la visita con que hoy nos honra S.E. el Presidente de la República, don José Manuel Balmaceda, es un gran acontecimiento de altísima importancia política y administrativa que enaltece las relevantes dotes de tan digno Mandatario, y demuestra el celo paternal con que atiende el progreso y bienestar del país"<sup>74</sup>.

En su excursión a La Frontera del verano de 1883, Balmaceda también fue recibido con "el saludo respetuoso al dignísimo secretario de Estado, ahora que por primera vez, afirmó el redactor de *La Araucanía* de Mulchén, pisa el fértil suelo de esta bella región"<sup>75</sup>. Hecho el saludo, expresaba su esperanza de que "por los datos que recoja y por lo que palmariamente vea, su señoría se habrá de penetrar que el departamento de Mulchén es uno de los más ricos, prósperos y florecientes del sur de Chile"; razón suficiente, según el periódico, para favorecerlo con el "ramal de ferrocarril de Coigue a Mulchén", con escuelas públicas, recursos para el hospital, la organización de la policía rural, la erección de una Iglesia y el mantenimiento de

---

<sup>73</sup> Reproducido en *El Mercurio* del 6 de marzo de 1883. Sin duda que los periódicos percibían el limitado poder de un secretario de Estado, cuyas resoluciones, en último término, deberían ser consideradas por el jefe de Estado que, en cambio, contaba con un prácticamente ilimitado poder.

<sup>74</sup> Véase *Nuestra palabra de bienvenida*, en *La Industria* de Iquique, reproducido en *La Tribuna* del 18 de marzo de 1889.

<sup>75</sup> Véase su texto editorial "Bienvenida", en la edición del 4 de febrero de 1883.

un cementerio.

Aunque según *La Araucanía* ellos sólo se habían permitido "señalar, aunque someramente, aquellas mejoras de fácil solución y que, indudablemente, encontrarían en el señor Ministro una benévola aceptación"; excusaban su modo directo en el hecho de que "el honorable señor Balmaceda permanecerá uno o dos días en nuestro departamento, y que no habrá de tener tiempo para estudiar suficientemente las grandes cuestiones que rosan directamente con las necesidades de los pueblos que visita"<sup>76</sup>.

En Angol, *El Eco del Sur* lo recibió haciendo fervientes "votos porque la salud del señor Ministro no sufra alteración y pueda recorrer todos los pueblos que forman este territorio, ver sus necesidades y oír sus reclamos"<sup>77</sup>. Mientras que *La Revista del Sur* escribió que la venida del Ministro del Interior "es digna de elogio, porque teniendo que inspeccionar los diversos tramos de líneas en estudio, tendrá ocasión de ser bien informado". Así, agregaba, "el viaje del señor Balmaceda será fructuoso, y las resoluciones que tome más tarde habrán de ser conscientes". Concluyendo: ojalá "que sus demás colegas imiten a nuestro activo Ministro del Interior"<sup>78</sup>.

Textos como los arriba citados, que en sus características esenciales se repitieron la mayor parte de las veces que Balmaceda arribó a algún lugar, son muy interesantes pues nos muestran que las excursiones a provincias sí produjeron frutos para el gobernante en términos de imagen pública. Apreciamos cómo, y aún antes de iniciar Balmaceda su recorrido por las provincias objeto de su interés, su sola llegada, antes de hacer, disponer o negarse a nada, ya le había creado una situación favorable y lo había hecho acreedor al reconocimiento popular que se expresaba a través de la prensa<sup>79</sup>.

---

<sup>76</sup> Decisor del ambiente de realizaciones y de las concepciones existentes sobre el poder en la época, es el que lo pedido, entre lo que se cuenta un ferrocarril, sea apreciado como "mejoras de fácil solución" por parte del que llaman "el primer ministro de Chile"; a cuya "sabiduría y grandeza", termina el texto editorial, "debe en mayor parte la República la grandeza y prosperidad en el interior y exterior".

<sup>77</sup> Véase texto "El Ministro Balmaceda", en su edición del 4 de febrero de 1883.

<sup>78</sup> Véase edición del 6 de febrero de 1883.

<sup>79</sup> Hubo ocasiones en que se le recibió sin condición alguna. Así, cuando Balmaceda alcanzó hasta Quillota, el periódico local escribió que "el cronista saluda al "Excelentísimo señor Presidente de la República y a su digna compañía, y desea que las pocas horas que pasen en nuestro pueblo les sean gratas". Véase *El Correo*

En relación con la recepción del gobernante, por lo general ésta concluyó cuando era acompañado hasta el alojamiento que se había dispuesto para él. En este lugar el Presidente atendía visitas como la de la comisión directiva de las manifestaciones que se habían organizado, y que, como ocurrió en Iquique, lo visitó para ofrecerle el banquete y el baile que tendrían lugar en su honor en los días próximos<sup>80</sup>.

De esta forma se cerraba la primera etapa de la visita presidencial, la del arribo de la comitiva oficial, la que, según se deduce de las informaciones que dan cuenta de ellas, fueron jornadas de fiesta, con la población en las calles, las ciudades engalanadas y el comercio y las oficinas cerradas.

Pero, más importante todavía, y como advertía *El Estandarte Católico* al dar cuenta de los hechos de Iquique, el fin de este momento no sólo implicaba el inicio del quehacer de los gobernantes, también "daba principio a las fiestas consabidas, tales como banquetes, voladores, *lunchs*, cohetes, fuegos artificiales, etc."<sup>81</sup>.

## LOS TRANSPORTES

Como se habrá podido apreciar, instrumentos esenciales de los desplazamientos de Balmaceda fueron los medios propulsados por la energía a vapor, los que, además, representaron un papel fundamental en la vida nacional de la segunda mitad del siglo XIX. Su existencia, al igual que los sujetos que condujeron, fue también efecto y componente del proceso de

---

de Quillota del 20 de enero de 1889.

<sup>80</sup> Véase *La Tribuna* del 11 de marzo de 1889.

<sup>81</sup> Véase edición del 9 de marzo de 1889. Para otro redactor, el arribo del presidente no hacía más que iniciar la que a la postre se esperaba fuera una sucesión de *lunchs*, paseos, visitas y manifestaciones a S.E. y de S.E., "porque es natural -afirmaba- que se dé buen curso a la no despreciable suscripción de 60.000 patacones con el objeto de hacer un recibimiento regio". Véase *El Independiente* del 8 y del 9 de marzo de 1889. El tono irónico y, en definitiva, de crítica de este periódico se confirma cuando en la última información agrega a lo dicho: "Sin embargo, parece que se ha hecho algo de provecho, pues ya se han estudiado algunos planos sobre el mar, y se determinó la situación de las oficinas salitreras al interior, que S.E. visitará".

expansión nacional cuya culminación se experimentó en la época de Balmaceda<sup>82</sup>.

La navegación a vapor contribuyó a acercar los puntos extremos del país respecto del centro, facilitando así las nuevas prácticas políticas que inauguraron los viajes del poder<sup>83</sup>.

Ejemplo de ello son las excursiones de Balmaceda al norte del país, las cuales se vieron notoriamente favorecidas gracias a la navegación a vapor. De hecho, nadie pensó jamás que las mismas pudieran realizarse a través de otro medio que no fuera el barco.

Si bien podrá parecer exagerado la atención que la prensa dispensó a los transportes presidenciales, lo cierto que dicha preocupación demuestra el interés existente por los viajes gubernamentales que Balmaceda puso en práctica.

Es la dignidad de Presidente de la República lo que explica que, normalmente, éste se desplazara en medios especialmente dispuestos para su uso y el de su comitiva<sup>84</sup>.

En la excursión a Talca de octubre de 1888, se dispuso para la comitiva gubernamental un convoy compuesto de dos grandes carros americanos, uno pequeño y otro de equipajes<sup>85</sup>.

<sup>82</sup> Respecto de las vías terrestres, lo cierto es que éstas no experimentaron progresos de importancia a lo largo del siglo XIX. De hecho, y como un autor sostiene, los caminos públicos que figuraban en los censos "deben obligadamente representarse como vías de tierra, apenas conservadas por el trabajo lento e irregular de los *camineros*". Véase Villalobos R., 1982, IV, p. 645. El descuido en materia de caminos se explica, entre otros antecedentes, por la constante y ambiciosa política ferroviaria que prácticamente monopolizó los recursos existentes.

<sup>83</sup> Luego de algunos intentos frustrados y aprovechando las condiciones creadas por las necesidades del comercio, William Wheelwright obtuvo en 1835 un privilegio exclusivo por 10 años que hizo posible el establecimiento de una empresa de navegación en el país. Fue así como en 1840, la Pacific Steam Navigation Company, hacía llegar sus primeros barcos a las costas chilenas. Véase Véliz, 1961, pp. 67 en adelante.

<sup>84</sup> Los periódicos usan indistintamente "convoy presidencial", "tren especial" o "tren presidencial", para aludir al transporte ferroviario utilizado por el presidente Balmaceda. Estos conceptos pueden encontrarse, entre otros periódicos, en *El Ferrocarril* del 22 de abril, *El Estandarte Católico* del 20 de mayo, *La Discusión* del 6 y *La Tribuna* del 8 de septiembre, todos de 1888; *La Tribuna* del 7 y *El Mercurio* del 26 de enero y *El Pueblo* del 6 de abril de 1889 y *La Libertad Electoral* del 12 de noviembre de 1890. Incluso en los casos de viajes de índole más bien privada, como los de enero de 1889 a Penco y noviembre de 1890 a Cauquenes, Balmaceda usó un "tren especial", aunque bastante más sencillo que un "convoy presidencial" tipo. En el primer caso, "a la locomotora se enganchó el carro pagador de la Empresa", en el que tomaron asiento S.E. y sus seis acompañantes. Véanse *El Ferrocarril* y *El Imparcial* del 27 de enero de 1889 y *El Ferrocarril* del 13 de noviembre de 1890.

<sup>85</sup> Véanse *El Ferrocarril* del 14 y *La Tribuna* del 15, ambos de octubre de 1888. En la ocasión el conductor fue Gumaro Espinoza. Tratándose de su asistencia a actos de naturaleza patrióticas, como el que lo llevó a Valparaíso en mayo de 1888 y a Chillán en septiembre del mismo año, el convoy presidencial fue más extenso. Al puerto marchó en tren formado por siete carros, mientras que a la tierra de O'Higgins en uno compuesto por "el coche presidencial, tres carros de 1ª clase, dos de 2ª uno de 3ª y uno de equipaje, todos americanos". Véanse *La Época* del 20 de mayo y *El Ferrocarril* del 9 de septiembre de 1888.

Cuando el viaje a la inauguración de los trabajos de los ferrocarriles de Pelequén a Peumo y de la Palmilla a Alcones, Balmaceda y sus acompañantes se trasladaron en un convoy compuesto por "un carro salón, el *Valparaíso*, para S.E., de 5 carros de 1ª, para la comitiva, y uno de 3ª para las bandas y los sirvientes"<sup>86</sup>. Para concurrir a La Calera, a la apertura de los trabajos de la línea férrea al norte, el convoy estuvo formado por cuatro carros; "el carro-salón *Chile* para S.E.; 2 de primera clase de la línea del sur para la comitiva y uno de 1ª para los ingenieros exclusivamente"<sup>87</sup>.

Los ejemplos mencionados, si bien en general son una manifestación de la consideración que la sociedad tenía para con el Primer Mandatario de la nación, no es menos cierto también que representaron un instrumento más para llamar la atención de la población, causar impresión en ella y así, por último, fomentar la simpatía hacia la figura del gobernante.

Incluso, tratándose de situaciones especiales, como cuando Balmaceda y su comitiva concurren a Valparaíso en un convoy formado por "tres carros-salones *Wagner-Pullman* y de tres carros americanos", pero "construidos en la Maestranza de los ferrocarriles"; ello fue debidamente resaltado por la prensa pues, como un periódico afirmó a propósito del mencionado convoy: "el golpe de vista del tren tenía alguna novedad debida a la presencia de carros-salones"<sup>88</sup>.

El arribo del convoy gubernamental siempre fue visto como un hecho especial, como una situación digna de apreciarse, no sólo por las personalidades que éste transportaba, sino también por el espectáculo a que éste daba lugar. Esta realidad, que como ya veremos en el caso de los vapores daba lugar a una gran escenificación, también se produjo con motivo de la llegada del "tren presidencial".

La visión del convoy adornado con banderas chilenas en medio del humo de la locomotora y del sonido característico de un tren en movimiento, junto a los vivas y aclamaciones del público y los sonos de la canción nacional interpretada por la respectiva

---

<sup>86</sup> Véase *La Tribuna* del 7 de enero de 1889.

<sup>87</sup> Véanse *La Tribuna* y *El Norte* del 21 de enero de 1889.

<sup>88</sup> Véase *El Ferrocarril* del 20 de mayo de 1888.

banda, motivaron sensaciones que los sentidos de los asistentes captaron de múltiples maneras, todas ellas, perdurables. De esta forma, el desenvolvimiento ferroviario en el país, y la mística que éste provocó, también fueron aprovechados por Balmaceda, uno de sus decididos impulsores durante su paso por el gobierno<sup>89</sup>. En reconocimiento de su actitud, creemos, debe interpretarse que los contratistas del ferrocarril trasandino fabricaran la máquina <<José Manuel Balmaceda>><sup>90</sup>.

Cuando Balmaceda alcanzó la presidencia, el Estado emprendió, a un ritmo muy acelerado, la construcción de líneas de ferrocarril. La bonanza de las rentas públicas provocada por los ingresos del salitre y la concepción sobre el papel del Estado en la economía y sobre el de los ferrocarriles en particular que el Presidente sustentaba, explican el fenómeno<sup>91</sup>. Así, entre 1886 y 1890 se estudiaron y construyeron líneas de ferrocarriles que una vez entregados al uso público, significaron casi duplicar los kilómetros de líneas férreas existentes en el país<sup>92</sup>.

Respecto de las prácticas políticas de Balmaceda, se advertirá que las posibilidades,

<sup>89</sup> Brevemente podemos informar que al momento de llegar Balmaceda al poder, en Chile central existían dos líneas férreas principales: el ferrocarril Santiago-Valparaíso, de 187 kilómetros de longitud y la Red Central, o ferrocarril del sur. Al finalizar la década de 1850, la última línea llegaba hasta Requinoa, extendiéndose por casi 100 kilómetros. Más tarde alcanzaría hasta San Fernando, en 1862; de ahí a Curicó en 1868, luego Talca, Talcahuano en 1872 y, así, hasta Angol, donde la obras se paralizaron, pese a que en 1883 se había autorizado el llamado a licitación pública para la construcción de los tramos Angol-Traiguén y Renaico-Victoria. El principal obstáculo en el afán de expandir el ferrocarril hacia el sur lo constituía el paso del río Malleco, cuyo cauce se encuentra a 110 metros bajo el nivel de las planicies por donde debía correr la línea. En todo caso, lo cierto es que en la época de Balmaceda existía una red ferroviaria que, gracias a numerosas líneas transversales, abarcaba desde Valparaíso hasta Angol, uniendo la principal zona agrícola, ganadera e industrial existente entonces en el país.

<sup>90</sup> La información se ofrece en el contexto de los trabajos del ferrocarril trasandino. Véase *El Ferrocarril* del 5 de noviembre de 1889. Hasta donde sabemos, el Presidente Balmaceda jamás pudo desplazarse en la locomotora que inmortalizaba su nombre.

<sup>91</sup> Thomson y Angerstein, 1997, p. 65, hacen notar que uno de los aspectos que distingue la historia del ferrocarril en Chile, respecto de la mayoría de los países latinoamericanos, "es el papel importante que cumplió, desde casi los primeros momentos, el Estado como operador o administrador de una proporción vital del sistema ferroviario". En México por ejemplo, hacia 1888 las compañías norteamericanas habían construido sobre el 85% de todas las líneas férreas. Éstas, que en 1880 llegaban a 1.073,7 kilómetros, en 1910 sumaban 19.280,3 kilómetros. Véase Guajardo Soto, 1995.

<sup>92</sup> En 1851 había en el país 81 kilómetros de líneas de ferrocarril, en 1913, éstas alcanzaban los 8.883 kilómetros, la mayor extensión ferroviaria de la historia de Chile. Véase Thomson y Angerstein, 1997, p. 20. En la Argentina, por ejemplo, entre 1876 y 1880 la red ferroviaria alcanzó una extensión de 2.516 kilómetros, los cuales, entre 1926 y 1930, llegaron a los 39.570 kilómetros. Véase Weinberg, 1998, p. 119.

frecuencia, características e itinerarios de sus desplazamientos a la provincia fueron resultado, justamente, de la existencia de vías férreas y vapores a través de los cuales desplazarse por el país. Tal fue su dependencia que, cuando Balmaceda se alejó de una línea ferroviaria longitudinal o de la costa cuando viajó en vapor, sus itinerarios se volvieron bastante más inciertos.

El uso de uno u otro medio de transporte en los territorios visitados, estuvo claramente condicionado por la existencia del ferrocarril. Esto explica que cuando Balmaceda traspasó su límite, debió contentarse con una cabalgadura o el carruaje. Lo primero ocurrió en su excursión a La Frontera de 1883, oportunidad en la que relató al presidente Santa María que a caballo estaba recorriendo la zona en una marcha que describió "áspera y penosa en las horas de sol"; reflexionando sobre que "se necesita salud y algún hábito para estas excursiones", en especial en aquella región donde "todos viven y andan un poco a la araucana"<sup>93</sup>.

Como es obvio, el desplazamiento en carruaje, y qué decir del caballo, presentaba numerosas limitaciones, molestias e imprevistos. Entre ellas las del mayor tiempo que era necesario invertir, las incomodidades propias de malos caminos y la referida a la cantidad de acompañantes posibles de formar parte de la comitiva gubernamental.

En abril de 1888 el Presidente demoró tres horas entre Santiago y Curicó y más de seis entre ésta y Peralillo, lugar al que llegó, relata un cronista, "con el cansancio natural de un viaje largo"<sup>94</sup>. El mismo informante nos hace saber que la marcha del día siguiente, que se inició "muy de mañana", fue más problemática todavía para los carruajes a causa de las serranías de la costa que hubo que subir y bajar para alcanzar a Vichuquén.

Peripecias como las relatadas fueron las que limitaron notoriamente las excursiones de Balmaceda hacia zonas del país carentes de líneas férreas. Restricción que por otra parte, y a

---

<sup>93</sup> Véase carta fechada el 4 de febrero de 1883, en Archivo Santa María, pieza 7775. La dureza de la excursión se aprecia también cuando Balmaceda le hace ver al Presidente que un conocido de ambos que quiso acompañarlo, pero que finalmente no lo hizo, "no habría podido ni principiar".

<sup>94</sup> Véase *El Ferrocarril del Sur* del 28 de abril de 1888. Con el objeto de dimensionar los tiempos del ferrocarril y del carruaje, diremos que entre Santiago y Curicó, por la carretera panamericana que corre paralela a la línea del tren hay 194 kilómetros. Entre Curicó y Peralillo, por un camino que no debe ser muy diferente en su trazado al que recorrió Balmaceda, hay aproximadamente 75 kilómetros.

medida que transcurría el tiempo y el gobierno entregaba cada vez más kilómetros de ferrocarril, fue superándose en especial para La Frontera. De hecho, fue la expansión de las líneas ferroviarias en una parte significativa del territorio nacional lo que había hecho posible los viajes de Balmaceda.

Si se considera que en todas sus salidas a la provincia Balmaceda utilizó en algún tramo de su recorrido, y en otros en la totalidad, el ferrocarril, se comprenderá mejor que los viajes gubernamentales fueron posibles gracias a la existencia de este medio de transporte. En rigor, sólo en los dos desplazamientos a las provincias del norte del país Balmaceda no pudo utilizar el ferrocarril como principal vehículo de conducción, debiendo optar por el vapor.

La distancia existente entre el centro y las provincias septentrionales visitadas, es decir Coquimbo, Atacama, Antofagasta y Tarapacá, explican el uso del vapor para trasladarse hasta ellas. Lo anterior, sin perjuicio que en la época en que Balmaceda se desplazó, no existía el tramo norte de lo que más tarde sería el ferrocarril longitudinal.

Sin embargo, tanto en 1883 como 1889, Balmaceda pudo utilizar el ferrocarril para recorrer el interior de las provincias. En 1883 fue un tren expreso el que lo llevó de La Serena a Elqui y, también, fue un expreso el que lo condujo desde la capital provincial a Huamalata en Ovalle<sup>95</sup>. Por otra parte, no es menos cierto que en su gira de marzo de 1889, y una vez desembarcado en cada una de las provincias visitadas, el Presidente se sirvió del ferrocarril como su principal medio de locomoción.

Considerando los medios utilizados por Balmaceda para desplazarse, y dadas las distancias y características geográficas de los espacios involucrados y las posibilidades de transporte disponibles en su época, el vapor resultó ser el medio más adecuado y utilizado para trasladarse a las provincias del norte, mientras que para acceder a las del sur, el ferrocarril fue el más práctico. De esta manera, característico de los viajes gubernamentales que nos ocupan fue el que Balmaceda abordara el vapor cuando se dirigía al norte y que tomara el tren cuando

---

<sup>95</sup> Véase *El Ferrocarril* del 11, reproduciendo una información de *El Coquimbo* del 5 y del 14, reproduciendo a *El Tamaya* del 8, todos de marzo de 1883.

se desplazaba al sur o a las provincias de Valparaíso y Aconcagua<sup>96</sup>. (Véase cuadro transportes usados por Balmaceda).

La disponibilidad de un transporte regular y seguro no sólo hizo posible la frecuencia de las excursiones de Balmaceda, sino que además, y como los viajes ocurridos entre enero y abril de 1889 lo demuestran, que Balmaceda desarrollara una gran actividad en provincias, sin que las fuentes den cuenta de que haya sufrido algún tipo de contratiempo derivado de problemas en los medios que lo transportaron<sup>97</sup>. Lo anterior, como es obvio, representó una ventaja que ningún gobernante antes que él disfrutó, lo cual contribuye a explicar lo inédita de su práctica. La confianza que daban los transportes alentaron sus desplazamientos.

Pero los ferrocarriles beneficiaron también a Balmaceda en relación a la proyección de su figura en la sociedad. El ritmo de contrucciones ferroviarias del país no sólo le dió la oportunidad de viajar frecuentemente a la provincia con el objeto de estudiar el trazado, iniciar los trabajos o inaugurar una línea o una obra ya concluída; además, le permitió vincular su nombre, y el de las administraciones de que formó parte, a obras de ingeniería que representaban un evidente beneficio para la nación. Así lo dejan ver la mayor parte de las crónicas que daban cuenta de ellas, las cuales, además, permiten deducir los notorios dividendos políticos en términos de imagen pública que Balmaceda obtuvo gracias a los ferrocarriles.

Este impacto se vio fortalecido ante la opinión por la concepción que Balmaceda tenía del ferrocarril como instrumento de progreso y civilización, capaz de vencer todos los obstáculos que la naturaleza puso a la acción de la humanidad.

Con su postura, el gobernante no hizo más que propiciar lo que es ampliamente reconocido, esto es, que la influencia del desenvolvimiento ferroviario sobre la evolución

<sup>96</sup> Como se verá, nuestra afirmación no implica desconocer que en ocasiones Balmaceda abordó un barco para dirigirse o volver del sur.

<sup>97</sup> Lo cierto es que por las condiciones de operación del sistema ferroviario, no fue infrecuente que los trenes sufrieran retrasos, accidentes y percances que alteraban su normal funcionamiento. Así por lo menos lo registra la prensa de la época. En el caso de Balmaceda, la única alusión que hemos encontrado respecto de un accidente sufrido por él, dice relación con una situación ocurrida en el estero de Batro entre Talca y Chillán el 31 enero de 1883. Nos referimos al hundimiento del puente ferroviario del lugar poco antes de que lo cruzara el expreso que conducía al Ministro del Interior. Véanse *El Ferrocarril del Sur* del 2 y *El Ferrocarril* del 6, 11, 12 y 18, todos de febrero de 1883.

general del país fue notable. Tanto como para sostener, como lo hacen algunos autores, que "la mayor parte de los cambios ocurridos con posterioridad a 1850 en la estructura de la sociedad chilena están, de uno u otro modo, estrechamente ligados al desarrollo del ferrocarril"<sup>98</sup>.

**CUADRO**  
**FERROCARRILES CHILENOS. 1876-1891**  
(en kilómetros)

Año	FFCC Públicos	FFCC Privados	Total
1876	951		
1879	951	674	1.625
1880	951	827	1.778
1882	949	906	1.855
1883	949	1.254	2.203
1884	939	1.326	2.265
1885	948	1.326	2.274
1886	948	1.574	2.522
1887	1.096	1.558	2.654
1888	1.198,4	1.558	2.756,4
1889	1.068	1.641	2.709
1890	1.068	1.641	2.709
1891	1.106	1.662	2.768

Cuadro preparado a partir de la información contenida en las sucesivas entregas de la *Sinopsis*

<sup>98</sup> Hurtado, 1966, pp. 63 y 64. Venturino, 1929, pp. 255-259, relaciona el ferrocarril con algunos de los esfuerzos e impulsos sociales más poderosos ocurridos en el Chile del siglo XIX. Gómez Mendoza, 1982, ofrece un ilustrativo análisis del tema que se indica, concluyendo que gracias a los ferrocarriles España mejoró su nivel de desarrollo económico. El estudio por actividades que Gómez Mendoza realiza, no sólo le permite señalar la importancia del ferrocarril, también cuantificarla. Kuntz Ficker, 1995, aborda el problema del ferrocarril como medio de contacto con el exterior y su papel en la economía mexicana. Concluye que su llegada produciría una transformación con pocos paralelos en la historia de ese país, planteando sugerentes caminos para abordar el tema de su impacto sectorial a través del estudio de la estructura económica local antes del ferrocarril y la política económica luego de iniciarse la expansión ferroviaria. Trabajos de esta naturaleza todavía esperan un animoso estudio en Chile. Interesantes resultan el prólogo y la introducción de Kuntz Ficker y Riguzzi, 1996, en ellos, se aborda el tema del papel del ferrocarril como factor crucial para el desarrollo, y sus posibilidades en cuanto objeto de estudio de la historia. Weinberg, 1998, pp. 113-122, se refiere a la importancia del ferrocarril en el proceso de cambio y modernización de América Latina en el siglo XIX, prestando atención también a sus efectos negativos. Vargas-Hidalgo, 1998, pp. 21-39, ofrece un buen resumen del significado a nivel mundial de la que llama "la máquina que más radicalmente transformó el siglo XIX y que ha servido de madre a la época moderna".

*estadística de Chile*. La disminución del kilometraje de líneas férreas que se observa entre algunos años, se explica en razón de una mayor precisión en la información proporcionada por la fuente.

La construcción de líneas férreas estimuló el desarrollo de la ingeniería nacional y de los profesionales dedicados a ella, favoreció la formación de obreros calificados, acercó el medio rural a las novedades del mundo urbano y, por último, hizo posible la práctica de nuevas formas de hacer política como lo fueron los viajes del poder que nos ocupan<sup>99</sup>. En definitiva, el ferrocarril no sólo implicó un mejoramiento cuantitativo en muchas áreas del quehacer nacional, además, trajo consigo una nueva visión de la vida, en algunos aspectos diferente a la existente hasta antes de su introducción en el país<sup>100</sup>.

La cercanía del ferrocarril al público común, la majestuosidad de su material rodante, el ritmo de vida que sus horarios impuso a las poblaciones que atravesaba, la alteración que su proximidad provocaba, la actividad que su sola existencia implicaba para las tareas productivas, de servicios y burocráticas, sin duda transformaron la vida nacional, contribuyendo a sacarla del ritmo pausado tradicional<sup>101</sup>. De hecho el viaje se transformó en una práctica

<sup>99</sup> Claudio Gay describe el impacto del ferrocarril en la formación de obreros calificados: "Otra ventaja que debía resultar de estos caminos de hierro era la de atraer al país a muchos ingenieros y mecánicos que llevan siempre, con su saber y su habilidad, una feliz influencia sobre la industria del país....Hoy día se fabrica, se recompone y hasta se modifica todo en el país, no pudiendo dudarse del influjo que ha ejercido esto en los establecimientos industriales que se apresuran a pedir a estos hábiles operarios, instrumentos complicados...." Véase Gay, 1865, II, p.324. Lo ocurrido en Chile no fue generalizado en el concierto latinoamericano. Así por ejemplo, se ha comprobado que por las especiales características que tuvo la construcción ferroviaria en México, por empresas extranjeras que pusieron restricciones laborales, se perdió la oportunidad de vincular la construcción y operación del ferrocarril con la formación y adiestramiento de ingenieros. Véase Guajardo Soto, 1995, p. 137.

<sup>100</sup> Hurtado, 1966, p. 64 en adelante, ofrece un panorama general de los que llama "efectos acumulativos hacia adelante y hacia atrás" del desarrollo del ferrocarril; Grez, 1997, pp. 113-127, nos informa sobre el número y distribución de estos trabajadores; Serrano, 19, pp. 204-220, se refiere a la profesionalización de las ingenierías; y, por último, entre otros, Guajardo Soto, 1992, pp. 17-46, también aborda el problema. Un testigo de los cambios operados por el ferrocarril se preguntaba: ¿puede ponerse en duda el influjo considerable que estos grandes trabajos de arte, esos grandes túneles, esos magníficos embarcaderos, esa incesante actividad de la población, ejercen sobre el genio chileno acostumbrado hasta hace poco a una vida de monotonía y de resignación? Véase Gay, 1865, II, p. 324.

<sup>101</sup> Entre muchos posibles, tres ejemplos de lo que afirmamos. Naturalmente también en Chile se fundó un periódico llamado *El Ferrocarril* que pretendía condensar en su nombre el espíritu de progreso y cambio que lo animaba. Por otra parte, el impacto del ferrocarril en la vida nacional alcanzó hasta para que uno de sus

más frecuente, dejó de ser un suceso extraordinario y pasó a ser parte de la cotidianeidad.

Por otra parte, el ferrocarril, junto con otros medios de comunicación y transporte como el telégrafo y la navegación a vapor, pero sobre todo el ferrocarril, por la extensión de sus líneas, su proximidad a los principales centros urbanos y productivos, el volumen de sus transportes y la intensidad de su uso, constituyó un medio de transporte que consiguió integrar la geografía nacional<sup>102</sup>. De norte a sur, gracias a las líneas longitudinales, y de cordillera a mar, en virtud de los numerosos ramales construidos a partir de la línea central<sup>103</sup>.

En el contexto señalado, esencial resulta aquilatar la trascendencia que el ferrocarril tuvo en la concepción espacial del territorio nacional. Este medio, junto al vapor y al telégrafo, contribuyó a reducir, en términos de imaginario y concepción mental, las dimensiones físicas del país al hacer abordables zonas y áreas que antes de su existencia aparecían lejanas y,

fervorosos impulsores, realizara una historia de las poblaciones por la que atravesaba el ferrocarril de Santiago a Valparaíso, realzando el papel de éste en la vida de la región y el ambiente, casi épico, que este medio comunicaba. Por último, el testimonio de un hombre de la élite, quien, en la vida de la provincia, marca sus actividades por el paso del ferrocarril y, escribiendo a un amigo le informa: "Trabajando en la Intendencia desde por la mañana temprano, dejé correr el tiempo y no me fui a almorzar hasta cerca de las once, hora de llegada del tren". *El Ferrocarril*, fundado en 1855, fue el diario de mayor circulación del país en el pasado siglo. Benjamín Vicuña Mackenna, además de numerosos breves escritos en los que aludía al ferrocarril, compuso su *De Valparaíso a Santiago. Datos, impresiones, noticias, episodios de viaje*, editada en 2 volúmenes en 1877. La carta citada corresponde a una fechada en San Fernando el 14 de enero de 1865 y enviada por Alberto Blest Gana al mismo Vicuña Mackenna. Se encuentra reproducida, junto a otras, en la *RChHG*, N° 81, 1934, pp. 53-79.

<sup>102</sup> Benjamín Vicuña Mackenna, en su discurso sobre la situación de la Araucanía de 1868 ya citado, abogaba por que el gobierno, en su afán por dominar la región, introdujera en ella "las grandes revoluciones industriales que se alían con las guerras modernas...Echemos vapores en esos ríos, aconsejaba. Tendamos el alambre hasta Angol, hasta Valdivia, hasta Osorno. Los fuertes de Malleco, se dice, están a tiro de cañón los unos de los otros. Únaseles por medio de rieles y el silbido de una locomotora aterrará más salvajes que el estruendo de las baterías.... Actualmente no son los *galgos* sino los ingenieros del ferrocarril que parte de Missouri hacia el Sacramento a través de toda la América los que hacen la guerra a los *Apaches* y a los *Comanches*, dignos gemelos de los araucanos en el continente del norte". Véase Vicuña Mackenna, 1877, pp. 566-567.

<sup>103</sup> Para Weinberg, 1998, p. 114, "las nuevas clases dirigentes (latinoamericanas) habían llegado al convencimiento de que el ferrocarril constituía uno de los pilares fundamentales del progreso; el tendido de sus líneas serviría para unificar geográficamente los Estados, fracturados, como en los casos del Perú y Colombia, por un paisaje muy disparate de montañas, llanuras y valles, o mortificados como en los casos del Brasil y la Argentina por las desmesuradas distancias". Murillo Chaverri, 1995, ofrece un magnífico ejemplo, aplicado a Costa Rica, del estudio del ferrocarril en cuanto fenómeno de alcances políticos y culturales, además de los sociales y económicos que la historiografía tradicionalmente valora. En esta obra, ella interpreta el ferrocarril como un acto político de envergadura a través del cual se promueve la consolidación del Estado Nacional y la estructuración de la cultura costarricense.

prácticamente, inaccesibles<sup>104</sup>. Chile, gracias al ferrocarril, se redujo en el imaginario social, y la mayor parte de su territorio se puso al alcance de quienes quisieran o tuvieran que recorrerlo, condicionando así la vida y el quehacer de sus habitantes. En el plano político lo dicho es evidente, y así lo demuestra el caso de los viajes de José Manuel Balmaceda que esta investigación aborda.

Así, y como hemos pretendido mostrarlo, Balmaceda dispuso de amplias oportunidades para excursionar por el país gracias a la existencia de un sistema de transportes que, en términos de líneas férreas, cubría desde el extremo norte hasta Collipulli, en la Araucanía; y que desde el punto de vista de la navegación, lo hubiera podido conducir hasta las regiones que él hubiese querido alcanzar<sup>105</sup>. El mismo que, además, le ofreció la posibilidad de utilizar un nuevo espacio de práctica, de sociabilidad política que, convenientemente empleado, fue de gran utilidad para sus intereses y, por ello también, representó un aliciente más para desplazarse a la provincia<sup>106</sup>.

En efecto, la trascendencia del ferrocarril en los viajes de Balmaceda no se limita sólo a facilitar y justificar los desplazamientos gubernamentales en sí, como viajes que es posible realizar porque existen los medios adecuados<sup>107</sup>. Además, es preciso tener presente que el ferrocarril hizo posible que Balmaceda viajara acompañado de una comitiva, en ocasiones muy

<sup>104</sup> Balmaceda tuvo clara noción de este papel del ferrocarril cuando afirmó: "Si la naturaleza nos dividió de la región oriental por una muralla de piedra, si el mar nos separa del mundo, ofreciéndonos una huella de comercio tan ancha y barata como el océano, debemos completar la obra de la naturaleza, unificando y extendiendo la viabilidad interior del territorio. Es la manera de substituir a nuestra voluntad las depresiones de los Andes y las relativas deficiencias de las marinas". En otra oportunidad señaló: la locomotora y sus carros de acero "abren en el valle y la montaña el surco" por donde la producciones van "a través de todas las resistencias y de las sinuosidades del suelo..." Véanse sus discursos "Chile y el ferrocarril" (1884); "El ferrocarril de Palmilla a Alcones" (1889) y "El ferrocarril de Pelequén a Peumo" (1889) en Sagredo y Devés, 1991-1992, III, pp. 121-122, 177 y 179 respectivamente.

<sup>105</sup> Recordemos que no sólo la posibilidad de desplazarse resulta trascendental para justificar los viajes de Balmaceda, también es preciso atender a las realidades políticas y culturales que el vapor aplicado al desplazamiento de bienes y personas hizo posible. Ellas, como hemos visto y seguiremos analizando, también hacen comprensibles las excursiones a la provincia del gobernante.

<sup>106</sup> Aquí es preciso aquilatar el valor del ferrocarril en cuanto medio a través del cual se difunden los periódicos y las noticias. De hecho, respecto de aquellos sitios y poblaciones visitados por Balmaceda que no contaban con ferrocarril para acceder a ellas, los detalles de sus desplazamientos, o no existen, o son muy escasos.

<sup>107</sup> Como es posible suponer, lo dicho también es válido para el vapor.

numerosa, como cuando inauguró el viaducto del Malleco.

La composición de un séquito oficial, y el efecto político que su existencia producía en los lugares recorridos y en el país en general gracias a la prensa, fue posible debido a la existencia de un medio de transporte masivo, al cual sólo bastaba sumarle o restarle carros para adecuarlo a las necesidades del gobernante y sus acompañantes<sup>108</sup>.

La existencia del tren favoreció también el arribo de sujetos provenientes de provincias que no estaban incluidas en el destino definitivo de la comitiva oficial. El hecho señalado, al cooperar en el traslado de personas, benefició muchas de las visitas de Balmaceda al dotarlas de un marco de público, con todo el ambiente que ello implica, que sin el ferrocarril hubiera sido muy difícil de lograr. Más aún, el simple hecho de que en ocasiones la autoridad local dispusiera gratuitamente de "más trenes extraordinarios para ir a recibir al honorable señor Ministro del Interior", o con "motivo de la inauguración oficial de los trabajos del ferrocarril", sin duda, contribuyó a mejorar en términos de imagen los actos organizados con motivo de la presencia del gobernante<sup>109</sup>.

Resulta así que para Balmaceda y sus colaboradores los medios de transporte no fueron un asunto insignificante, y que respecto de ellos siempre hubo preocupación. Y no sólo cuando éste se desplazó por vía marítima o ferroviaria.

La atención del Presidente se comprenderá mejor si se considera la gran cantidad de viajes que realizó, la extensión de algunos de ellos y, sostenemos, el sentido de autoridad y dignidad que Balmaceda tuvo de la institución Presidencia de la República. Todo ello lo llevó a utilizar medios de transportes especiales con una frecuencia y de una forma inédita para su época, a veces con un gran desembolso para el erario público como, en más de una ocasión, se lo enrostraron sus críticos.

---

<sup>108</sup> Hubo ocasiones en que siendo imposible agregar carros al convoy, sencillamente se dispuso de otro tren.

<sup>109</sup> Lo relatado ocurrió en la gira ministerial a Coquimbo de 1883. Véase *El Progreso* del 28 de febrero de 1883.



## VI- LA VISITA PRESIDENCIAL

### LAS ACTIVIDADES GUBERNAMENTALES

Los actos, ceremonias, reuniones, inspecciones, trabajos, recorridos y homenajes que, entre otras numerosas acciones, realizaron los participantes en un viaje oficial, representan una parte fundamental de los que hemos llamado componentes materiales de la excursión gubernamental. Es gracias a su identificación y a la comprensión de sus características y naturaleza, que hemos podido interpretar los desplazamientos de José Manuel Balmaceda como prácticas políticas propias del Chile del último tercio del siglo XIX. Un reconocimiento y manifestación, desde el poder gubernamental, de la expansión nacional ocurrida a lo largo del siglo que, en el plano político, significó la adopción de nuevos usos políticos hasta entonces inéditos en el país.

Las acciones, trabajos y actividades que los viajeros desarrollaron durante el viaje o gira oficial fueron de variada naturaleza y pueden clasificarse en dos grupos principales: las que fueron motivadas por obligaciones derivadas de la administración del Estado y del ejercicio del gobierno, y las que se realizaron respondiendo a las atenciones que sus anfitriones les dispensaron por su calidad de hombres públicos, políticos o gobernantes.

Como se comprenderá, las primeras debían cumplirse de todas formas, cualquiera fuese el ánimo con que arribaran o fueran recibidos los viajeros. Ellas formaban parte de los trabajos que justificaban el viaje, resultando por ello inexcusables. En cambio, las segundas, obedecían más bien al grado de estimación y aprecio que las poblaciones visitadas podían tener para con los miembros de la comitiva oficial, y, principalmente, para con quien la encabezaba, es decir, Balmaceda. En este último caso, se trataba de actos de adhesión, manifestaciones de aprecio o de simpatía políticas que, en último término, el gobernante podía excusar si así lo estimaba conveniente.

Si bien es cierto que en ocasiones resulta muy difícil distinguir entre los actos oficiales y las manifestaciones populares, especialmente tratándose de localidades pequeñas, en las

cuales, comúnmente, las autoridades políticas y las personalidades de la sociedad trabajaron estrechamente en los preparativos y agasajos destinados a recibir y atender a la comitiva oficial; no es menos cierto también que la diferenciación es necesaria para comprender los desplazamientos de Balmaceda como actos destinados a obtener dividendos políticos. En este contexto, las expresiones originadas al margen de la voluntad oficial, fuera ella administrativa o política, resultan especialmente valiosas desde el punto de vista de los beneficios que Balmaceda esperaba obtener en términos de imagen pública con sus excursiones fuera de la capital.

En todo caso, si hubo viajes aparentemente destinados sólo al trabajo, y otros en los que el objetivo expreso fue recibir el aprecio popular, en la mayor parte de sus desplazamientos a la provincia Balmaceda experimentó de ambos.

Como se advierte al revisar las notas periodísticas sobre sus viajes, la laboriosidad mostrada por Balmaceda en la capital se repitió, aunque todavía más apretadamente, la mayor parte de las veces que el gobernante se desplazó fuera de Santiago. Su dinámico comportamiento, además de responder a las características de su personalidad, sostenemos, buscaba satisfacer los objetivos que Balmaceda se había propuesto como político y estadista.

La actividad desplegada en sus excursiones por el país no sólo fue consecuencia de la necesidad de atender a numerosas y variadas cuestiones, propias de poblaciones siempre carentes de algún elemento y cuyos problemas eran frecuentemente apremiantes. Ésta se explica también porque para la mayor parte de ellas, el arribo de la visita oficial representaba la primera vez que recibían una autoridad de la magnitud de Balmaceda. Este hecho no sólo constituía un acontecimiento que quedaría registrado en los anales del pueblo, sino que, además, significaba una oportunidad, prácticamente única de hacer valer sus intereses frente al que se consideraba el verdadero y único dispensador de obras y recursos en el país, es decir, el Ejecutivo.

Así, el que se programaran recorridos y excursiones tan recargadas como las asumidas por Balmaceda no fue más que la consecuencia de tratar de hacer presente al gobernante, y de informarse y atender éste, en el menor lapso posible, la situación de la población o región visitada.

En lo sustancial, y como se aprecia en el cuadro respectivo, Balmaceda ocupó su tiempo en: ceremonias de diverso tipo, en reuniones de trabajo, manifestaciones y actos de índole social, recorridos por la ciudad o en la inspección de obras y establecimientos públicos. (Véase cuadro actividades viajes de Balmaceda).

Todas estas actividades le dieron la oportunidad de apreciar la realidad de cada una de las poblaciones y regiones visitadas, además, de conocer, compartir y dirigirse a una infinidad de personas de toda condición y características que, como es obvio, se mostraron siempre bien dispuestas a relacionarse con Balmaceda. En este contexto, y desde el punto de vista de sus anfitriones, el despliegue de energía del cual hizo gala Balmaceda en sus excursiones les dio numerosas instancias para ilustrarlo acerca de los problemas y aspiraciones locales y de mostrarle su adhesión política, la admiración por su labor o su respeto en cuanto primera autoridad de la nación.

Como ya se ha hecho saber, todo lo que incumbía al Presidente se difundían a través de la prensa, de tal forma que Balmaceda gracias a sus desplazamientos tuvo numerosas oportunidades de obtener "buena prensa", de fomentar una positiva imagen ante la opinión pública.

Las ceremonias en que más frecuentemente participó Balmaceda durante alguna de sus excursiones a la provincia fueron las obligadas al momento de embarcarse y desembarcar en alguna estación o puerto del país.

Las características del embarque y desembarque, especialmente en lo relativo a su magnitud, dependía esencialmente de si éstos eran respecto de un barco o del ferrocarril. Tratándose de un vapor, la ceremonia resultaba mucho más lucida y, muy importante, concurrida; dando así ocasión a un espectáculo en ocasiones majestuoso y conmovedor, como hemos visto en el capítulo anterior<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Véase, *infra*, capítulo V. La perspectiva, la amplia visión que era posible obtener en una ceremonia de embarque en un puerto chileno cualquiera, como es obvio, contribuyó al brillo de ésta y, gracias a ello, al de la figura del Jefe de Estado que las protagonizaba. Recordemos que los puertos chilenos se sitúan en la estrecha planicie costera existente entre el Océano Pacífico y la Cordillera de la Costa. De esta manera, todas las ciudades situadas en ese espacio muestran una aguda gradiente evidente y a pocos metros de la línea de la costa.

Otro acto esencial del viaje oficial era la recepción del gobernante en su destino, transformándose éste también en un rito atractivo, en el que las bandas, los desfiles, los ejercicios y las palabras de bienvenida nunca faltaban. Similares características tuvo, cuando se celebró, el acto de la despedida de la comitiva oficial.

Ceremonias normalmente muy vistosas fueron también las que Balmaceda encabezó para rendir homenaje a héroes patrios o para inaugurar obras públicas, incluso en aquellos casos en que se celebraron actos breves. Entre las primeras, las descripciones existentes para mostrar el ambiente y actuación del Primer Mandatario en mayo y septiembre de 1888 en Valparaíso y Chillán, con ocasión de los homenajes a los héroes de Iquique y al Libertador Bernardo O'Higgins respectivamente, son muy elocuentes y muestran a un Presidente activo, en el centro de la acción y en medio de un gran fervor popular.

De los hechos de Valparaíso se escribió que el puerto presentaba un "aspecto majestuoso" y que "sus calles se hicieron estrechas para contener el inmenso gentío"; pero también que "el Presidente formó parte del desfile desde la plaza de la Victoria, después de haber tenido lugar el oficio fúnebre", y que "cerró la ceremonia en la Plaza Sotomayor pronunciando con voz poderosa y solemne entonación un discurso que fue aplaudido entusiastamente"<sup>2</sup>.

En tanto que de las fiestas de Chillán se informó que la ciudad "se encontraba de gala, con todas sus calles rigurosamente embanderadas y que a pesar de la lluvia el fervor popular no declinó"; que la recepción del Presidente fue "espléndida por su entusiasmo e inmensa concurrencia"; que el Jefe de Estado participó en el banquete y en baile que se le tenía preparado, así como en la inauguración del monumento a O'Higgins, oportunidad en la que no sólo ocupó el "lugar de honor", sino que además, "descubrió el monumento"; y que, finalmente, sus discursos tuvieron como respuesta "la más ardiente, entusiasta y espléndida ovación"<sup>3</sup>.

La inauguración de trabajos públicos, ya sea que fuera para poner en marcha las obras

---

<sup>2</sup> Véanse *La Época* y *El Ferrocarril* del 22 de mayo de 1888

<sup>3</sup> Véanse *El Mercurio* y *La Tribuna* del 10, *La Discusión* y *El Ferrocarril* del 11 y *El Pueblo* del 12, todos de septiembre de 1888.

o entregarlas al uso público, también resultaron estimulantes en términos de participación ciudadana en torno de la figura del Primer Mandatario. Así ocurrió incluso en aquellas oportunidades en que los actos planificados fueron muy sencillos, como por ejemplo los encabezados por el presidente Santa María en enero de 1884 al inaugurar los trabajos del ferrocarril de la Araucanía. Aquel que partiendo de Renaico, llegaría hasta Victoria, tocando todos los pueblos que hay en su trayectoria<sup>4</sup>.

El rito de apertura de trabajos ferroviarios que, entre otros lugares, el presidente Balmaceda repitió en Pelequén, la Palmilla, La Calera y Los Andes, siempre tuvo más o menos las mismas características, cambiando sólo la magnitud de ellos<sup>5</sup>.

En muchas ocasiones, las primeras actividades de Balmaceda en la provincia tuvieron un carácter más bien recreativo, de descanso y distensión luego del desplazamiento<sup>6</sup>. Gracias a éstas, además, pudo conocer la ciudad que visitaba, observar algunos de los arreglos preparados con ocasión de su visita y, también, dar oportunidad para que personalidades de la sociedad anfitriona se relacionaran con él.

Si la presencia del gobernante daba lugar a que las "personas notables" de la ciudad se acercaran a su residencia a "manifestarle sus respetos y la expresión de su simpatía", lo cierto es que lo ocurrido con el presidente Balmaceda en su primera jornada en Iquique contrasta con las excursiones a la provincia que éste realizó en su calidad de Ministro de Estado<sup>7</sup>. En ellas, la actividad relacionada con el motivo principal de la visita, y por lo tanto el trabajo, comenzaba poco después de arribado el gobernante, sin que hubiera mucho tiempo para el descanso, o para atender a quienes querían saludarlo. Ello, sin perjuicio de que hubo ocasiones,

<sup>4</sup> Como sabemos, años después, en octubre de 1890, José Manuel Balmaceda volvió como Presidente de la República a la misma zona. Ahora para inaugurar el viaducto del Malleco, la principal obra de arte de la vía cuyos trabajos puso en marcha Santa María y, también, para entregar al uso público el nuevo ferrocarril. Véase *infra*, capítulo VII.

<sup>5</sup> Para detalles de cada una de estas ceremonias, véanse, entre otros, *La Tribuna* del 7 y 21, *El Ferrocarril* del 8 y 22 de enero y *El Independiente* del 6 y *La Época* del 9 de abril, todos de 1889.

<sup>6</sup> Así ocurrió, por ejemplo, cuando arribó a Iquique en marzo de 1889. Una crónica de sus primeras horas en el puerto nortino, en *La Tribuna* del 8 de marzo de 1889.

<sup>7</sup> Las citas están tomadas de *El Progreso* del 2, reproducidas en *El Mercurio* del 6, ambos de marzo de 1883, y están referidas a la visita que entonces hizo Balmaceda a la provincia de Coquimbo.

como en la gira al sur de enero de 1883, en que las actividades comenzaron al descender el Ministro del tren.

Lo dicho, sin embargo, no debe hacer pensar que la presencia del Ministro del Interior dejó indiferentes a las personalidades características de las poblaciones visitadas. Por el contrario, también fue común que éstas lo saludaran y homenajearan a través de diferentes formas e instancias. De hecho, y como el propio Balmaceda lo confiesa en carta al presidente Santa María, en ocasiones las invitaciones eran tan numerosas que éstas, de ser aceptadas, podrían prestarse para malos entendidos<sup>8</sup>.

En definitiva, en su calidad de gobernante, y la mayor parte de las veces, Balmaceda disfrutó del aprecio popular durante sus excursiones a la provincia, siendo objeto de múltiples manifestaciones de respeto y estima. Y no podía ser de otro modo, si se considera lo que su figura representaba y los resultados positivos que su acción podía producir en las poblaciones que lo acogían.

Como fue su costumbre en cada una de las localidades a las que arribó, una de sus jornadas en la provincia Balmaceda la dedicó a visitar edificios públicos, oportunidad que, como era frecuente también, aprovechaba para repartir recursos y disponer medidas tendientes a mejorar la situación del establecimiento o institución visitada<sup>9</sup>. Lo normal fue que el recorrido lo realizara acompañado de sus ministros, el Intendente local, los miembros de la municipalidad y algunos componentes de la comitiva oficial.

En Iquique, por ejemplo, la comitiva inspeccionó el hospital, lugar en el que Balmaceda indagó todo minuciosamente, no dejando rincón sin revisar. A continuación, los visitantes se

---

<sup>8</sup> En La Serena, Balmaceda escribió: "Si me quedara aquí no podría excusar invitaciones que le darían a un viaje el carácter de fiesta de gracia...". Véase correspondencia fechada el 2 de marzo de 1883, pieza 7776, Archivo Santa María. Archivo Nacional. La recepción que la provincia otorgó al Balmaceda ministro no podía ser más que positiva si se consideran la condición en que éste se desplazó a ellas. Por lo pronto, y como lo afirmó, él había venido como Secretario de Estado, y, por lo tanto, como "representante del Presidente"; además, su presencia era un hecho que por su novedad, en sí mismo, constituía un "acontecimiento" para las poblaciones visitadas, sin perjuicio de ser, también, una "prueba que el gobierno estudiará y atenderá en lo posible, las necesidades de la provincia".

<sup>9</sup> Una demostración que ésta era una práctica común, la ofrece la nota de Balmaceda al presidente Santa María durante su visita a Coquimbo de marzo de 1883. Entonces escribió: "hoy de mañana visitamos prolijamente los establecimientos públicos de La Serena". Véase carta fechada el 5 de marzo de 1883, en A.S.M. A 4866.

dirigieron al mercado y más tarde al cuartel del 3° de línea. Más tarde fue el turno de la escuela Domingo Santa María, donde los niños de pie saludaron al Jefe de Estado". Siguieron los edificios del cuartel de policía, la cárcel pública y el liceo<sup>10</sup>.

De acuerdo con nuestras fuentes, la mayor parte de sus visitas Balmaceda las hizo "con paciencia e interés, aplaudiendo lo bueno y tratando de remediar lo malo". En muchas ocasiones también, "llamó a sus ministros para hacerles indicaciones", de tal manera, señala una crónica, que "todos quedaron muy complacidos de estas visitas". Durante ellas S.E. "conversó amablemente con los directores de colegios, el alcaide de la cárcel" y otros funcionarios, "pidiéndoles datos y alentándolos en el trabajo"<sup>11</sup>.

La visita a los establecimientos públicos de las diferentes ciudades a las que arribó no sólo dieron al Primer Mandatario la oportunidad de conocer la situación y necesidades de los mismos, uno de sus objetivos al acceder a ellos. Además, lo pusieron en contacto directo con una gran cantidad de personas, de muy diversa condición, para las cuales la posibilidad de mirar, conocer, saludar y conversar con el Presidente de la República, muy probablemente, representó un acontecimiento en sus vidas. Un instante único, un momento para recordar y valorar, por ejemplo, al momento de ejercer sus deberes cívicos.

Pero estos recorridos también ofrecieron al gobernante la ocasión de realizar gestos gratos y amables hacia sus anfitriones, aquellos que la opinión pública valora, sobre todo si, además, ellos están acompañados de la provisión de fondos públicos o la adopción de medidas concretas en favor de los interesados. Fueron, justamente, situaciones como las mencionadas las que nos permiten concluir, aprovechando las palabras del corresponsal de *La Tribuna* al final de uno de sus despachos de la gira de marzo de 1889, que "todos están de acuerdo en creer que su fructífera visita al norte dará a S.E. prestigio y popularidad inmensa".

Balmaceda destinó también parte importante de su tiempo a reuniones y encuentros con las autoridades políticas y administrativas de la respectiva provincia, departamento o ciudad. En ellos, y muchas veces con los antecedentes a la vista, el gobernante resolvió sobre los

---

<sup>10</sup> Véase *La Tribuna* ediciones del 8 y 9 de marzo de 1889.

<sup>11</sup> *La Tribuna* del 9 y *El Mercurio* del 11, ambos de marzo de 1889.

asuntos que se le plantearon o bien sugirió modificaciones a los planes originalmente existentes. Como consecuencia de esta práctica, en ocasiones la comitiva oficial y sus anfitriones decidieron trasladarse por la ciudad o hacia algún punto de ella en especial, es decir, a aquel que les permitiera observar en el terreno la situación a definir. De esta forma, el recorrer las poblaciones, visitar sus principales edificios e instalaciones fue también una acción típica de una visita oficial encabezada por el ministro y presidente Balmaceda que, sabemos, Domingo Santa María no realizó.

En Iquique, por ejemplo, aquello ocurrió cuando Balmaceda, sus ministros, el intendente Pinto, los ingenieros, el jefe de muelles y el de ferrocarriles, se reunieron en la Intendencia para revisar los planos de la bahía, puerto y proyecto de malecón<sup>12</sup>.

Corriente fue también que mientras el Presidente desarrollaba su programa, miembros de su comitiva revisaran oficinas, visitando las que correspondían a su ramo en la administración pública, organizaran reuniones de trabajo con las autoridades y funcionarios locales o desempeñaran comisiones especiales<sup>13</sup>.

Pero, y junto a las reuniones, trabajos e inspecciones, en la mayor parte de sus viajes Balmaceda se dio tiempo para asistir a eventos sociales, de evidentes connotaciones políticas, como tertulias, bailes, banquetes y funciones de teatro que las respectivas sociedades y autoridades de las poblaciones visitadas organizaron para celebrar su estadía entre ellos.

Ya en una de sus primeras excursiones a la provincia el entonces Ministro del Interior fue objeto de expresiones de lo que los vecinos "más caracterizados" de Mulchén llamaron "sincera manifestación de adhesión a la patriótica y levantada actitud que ha sabido imprimir

<sup>12</sup> Como en otras ocasiones, en aquella oportunidad el Presidente abordó el negocio subsanando inconvenientes y objetando ideas con tal familiaridad y perfectos conocimientos que, informa el cronista, "oí después que los ingenieros admiraban su gran lucidez para abarcar con una mirada cúmulos de inconvenientes e idear medios que ellos no habían encontrado para salvarlos". Véase *La Tribuna* del 11 de marzo de 1889.

<sup>13</sup> Así sucedió, por ejemplo, con Abelardo Núñez en Arica y Tacna, cuando se le pidió elegir los sitios convenientes para la erección de escuelas en aquellas ciudades, así como un informe sobre la situación y necesidades de esas provincias. Véase *El Mercurio* del 18 de marzo de 1889.

Otros miembros de la comitiva participaron en reuniones de distinto carácter. Así por ejemplo, el almuerzo que Gonzalo Bulnes ofreció en Cavancha al general Velázquez, Montt, L. Barros, D. Vidal y otros, en el cual, nos informan, se intercambiaron entusiastas brindis. *La Tribuna* del 11 y *El Mercurio* del 12, ambos de 1889.

a todos los negocios públicos"<sup>14</sup>.

Días después, cuando alcanzó hasta Coquimbo, el propio Balmaceda relata que participó "en un almuerzo con muchos brindis" y en un banquete en La Serena. A este último, que la prensa describió como muy "suntuoso", asistieron "el señor intendente y muchas personas notables de esta ciudad"<sup>15</sup>.

Una vez instalado en La Moneda, los homenajes al presidente Balmaceda expresados en banquetes, bailes, desayunos, *lunch*, almuerzos y refrigerios se multiplicaron. Al grado que uno de sus viajes, el que realizó a Talca en octubre de 1888, estuvo motivado casi exclusivamente por la necesidad de concurrir a un baile que se ofreció en su honor.

En su carácter de acontecimiento de la historia local, al baile que comúnmente la ciudad ofreció a la comitiva presidencial asistió gran parte de la sociedad anfitriona, cuyos miembros no sólo rivalizaron en elegancia y distinción, también en la precedencia con que aparecieron en las informaciones que daban cuenta del suceso. Lo último, muestra inequívoca de que todos tuvieron plena conciencia de que la visita oficial representaba una magnífica oportunidad de mostrarse, y no sólo ante sus pares, gracias a la prensa, además, ante todo el país.

Balmaceda debió también destinar parte de su escaso tiempo a recibir en audiencia, atender personalidades locales, participar en comidas privadas y trabajar con algunos de los miembros de su comitiva que, como los ministros de Estado, lo acompañaban en sus viajes por el país.

Todas las numerosas y variadas actividades del gobernante, muchas de las cuales se desarrollaban en medio de su traslado por la provincia visitada, configuran un febril quehacer, propio de un hombre que, como hemos explicado, tenía una clara noción del significado de su paso por el gobierno de la república y de los objetivos que pretendía realizar en él.

---

<sup>14</sup> Véanse *La Araucanía* del 4, *El Ferrocarril* del 8 y *La Revista del Sur* del 9, todos de febrero de 1883. En la oportunidad, Balmaceda respondió a los brindis en su honor señalando que "pronto se daría principio a los trabajos del ferrocarril", en un discurso que "era a cada instante interrumpido por nutrida salva de aplausos". Las informaciones nos dicen que en su "última improvisación, Balmaceda recordó las glorias del ejército de Chile".

<sup>15</sup> Véanse carta de Balmaceda a Santa María del 2 de marzo de 1883 y *El Progreso* del 2 y 9 y *El Mercurio* del 6 y 13, todos de marzo de 1883.

La multitud de cuestiones atendidas por Balmaceda en las también variadas y numerosas poblaciones hasta las que alcanzó, fuera por uno o más días, o por horas o minutos, muestran un grado de dinamismo inédito para su época. Además, que el político supo sacar provecho a sus desplazamientos, utilizando a cabalidad, entre otras, las oportunidades que le ofrecieron los medios de transporte de los que dispuso.

En este contexto, el quehacer de Balmaceda en las provincias no sólo se explica por su concepciones más profundas o por los desafíos y problemas que a cada momento surgían en un país dinámico y en expansión como el Chile de su época. Ellas se comprenden también cuando se relacionan con los medios de transporte utilizados por el gobernante para desplazarse por el país pues, en último término, ellos hicieron posible la materialización de sus recargados itinerarios y agendas, a la vez que condicionaron el tipo de viaje que realizó.

## VIAJE Y PARTICIPACIÓN POPULAR

Una de las principales características de los viajes oficiales protagonizados por Balmaceda fue el que ellos se transformaron en instancias de participación popular masiva y heterogénea<sup>16</sup>.

En este sentido, los actos a que dio lugar la presencia del gobernante en la provincia hicieron posible la reunión de una gran cantidad de personas, tal vez como nunca antes se había visto en el país; tan importante como esto, dieron oportunidad de sumarse a los actos públicos y políticos a sujetos hasta entonces ajenos a ellos, como por ejemplo las mujeres y de los sectores populares.

Más todavía, los viajes oficiales crearon las condiciones para, y aunque fuera por unas pocas horas, hacer posible el contacto y la integración de los variados elementos que

---

<sup>16</sup> Además del significado planteado, es preciso no olvidar que para la prensa una concurrida ceremonia encabezada por el jefe de Estado era síntoma de su popularidad. Así lo deja ver un editorial referido a las recepciones hechas en Valparaíso al presidente Santa María. Aludiendo a la primera de ellas, señala que "la fiesta no estuvo mala", de tal manera que "el presidente quedó sancionado como popular". Véase *La Unión* del 14 de enero de 1886.

conformaban la sociedad chilena. Todos ellos convocados por la figura del gobernante, en especial del Presidente de la República.

Por último, el hecho de que hoy podamos deducir lo arriba señalado gracias a las informaciones que la prensa de la época nos ofrece, demuestra que como resultado de las excursiones a la provincia los periódicos dieron cabida en sus páginas a nuevos actores y protagonistas. A elementos que tradicionalmente no habían tenido una aparición regular en los medios de comunicación escritos, como no sea por hechos de carácter negativo ligados a la delincuencia y los que se creían vicios propios de los sectores populares.

Ya el arribo del Jefe de Estado y sus acompañantes a la localidad que los esperaba dio lugar a la primera oportunidad para que la prensa mencionara que, como se dijo respecto de la llegada del presidente Balmaceda a Talca en 1888, "todo el mundo concurrió voluntariamente a la estación a saludar al gobernante formando una multitud compuesta de todas las categorías sociales, desde sus funcionarios públicos y gentes más cultas, hasta los campesinos de los alrededores"; en fin, "toda una ciudad", concluye una crónica representativa de una recepción hecha al gobernante en sus desplazamientos por el país<sup>17</sup>.

Aludiendo a los actos que se desarrollaron con motivo de la visita gubernamental, común fue que las crónicas de ellos mencionaran que hubo una "numerosa concurrencia compuesta por personas de todas clases, edades y condiciones", como sabemos ocurrió en Valparaíso en 1883 con motivo de la repartición de medallas a los combatientes en la Guerra del Pacífico<sup>18</sup>. Más todavía, que la misma fuera en aumento a medida que se acercaba la hora de la ceremonia oficial, y que, finalmente, al momento de iniciarse ésta, "el lugar se hiciera estrechísimo para contener tal número de asistentes".

En La Calera, en enero de 1889, un corresponsal relata que era "imposible describir en pocas líneas el entusiasmo de la población" a raíz de la visita de Balmaceda, asegurando "que toda la gente se había agolpado en la estación y en las calles de tránsito hasta la plaza y frente

---

<sup>17</sup> Véanse *La Tribuna* del 10 y *El Ferrocarril* del 11, ambos de septiembre de 1888.

<sup>18</sup> Véase *El Ferrocarril* del 23 de enero de 1883.

al Teatro, en donde tuvo lugar el espléndido banquete"<sup>19</sup>. Las alusiones al hecho que al paso de la comitiva oficial encabezada por Balmaceda la población que lo observaba también era muy numerosa se repiten. Así, por ejemplo, cuando el Primer Mandatario arribó a Chillán, la crónica informó que "en la calle Libertad habría más de 7.000 personas de todas clases sociales" que aguardaron pacientemente su desplazamiento hacia la casa del Intendente<sup>20</sup>.

Que la multitud acudiera a la respectiva ceremonia "masiva, alegre y bulliciosamente como en los días de la patria", según se dijo respecto de la que Balmaceda encabezó en La Serena en 1883, también fue característico de sus viajes. En especial si tenemos presente que la mayor parte de la veces ellas tenían lugar en medio de "una numerosísima concurrencia", como se advirtió con motivo de la celebrada en Quillota en 1889<sup>21</sup>.

A este respecto, es imposible no mencionar el hecho que la presencia de una gran cantidad de personas, cientos y a veces miles, a su arribo a alguna población dio oportunidad a Balmaceda para ejecutar uno de sus gestos más propios para mostrarse como un gobernante cercano a la población, rodeado de una población exultante por su presencia y entusiasta en sus manifestaciones hacia el Jefe de Estado

A su llegada a Copiapó, por ejemplo, la crónica informa que Balmaceda rehusó el coche que se le tenía preparado y que siguió a pie a la casa en que se alojaría, recorriendo junto a sus acompañantes unas diez cuadras de una calle Atacama totalmente embanderada y con los balcones y frentes de las casas adornados con flores, coronas y gallardetes<sup>22</sup>. En su trayecto Balmaceda fue escoltado por autoridades y miembros de su comitiva y a medida que avanzaba, sigue el relato, el Presidente enviaba sus saludos a todas las personas y familias apostadas en las calles por las que pasaba, así, hasta llegar a la plaza, momento en el que las campanas de la Matriz echaron al aire sus vibrantes saludos mientras el Jefe de Estado entraba en la casa que

---

<sup>19</sup> Véase *La Tribuna* del 21 de enero de 1889.

<sup>20</sup> Véase *El Mercurio* del 10 de septiembre de 1888.

<sup>21</sup> Véanse *El Ferrocarril* del 11 de marzo de 1883 y *La Tribuna* del 21 de enero de 1889.

<sup>22</sup> *El Amigo del País* del 16, reproducido en *El Mercurio* del 21, ambos de marzo de 1889.

se le tenía destinada<sup>23</sup>.

Fue justamente en medio de la masa, en la calle, o en algún acto o ceremonia, que el presidente Balmaceda tuvo contacto con algunos elementos pertenecientes al movimiento popular. La mayor parte de las veces se trató de reuniones espontáneas, fruto de la iniciativa de un sujeto o grupo de individuos en particular que se interpuso en el camino de S.E.<sup>24</sup>. Dichos encuentros, además, siempre fueron presentados por la prensa en general en términos de apoyo a Balmaceda, como nos lo muestra el celebrado en La Serena en marzo y San Felipe en abril, ambos en 1889.

En la capital de la provincia de Aconcagua, y mientras recorría la ciudad, el Jefe de Estado alcanzó hasta el arco de los obreros, donde uno de ellos, Rogelio Sobrado, y a nombre de la Sociedad de Artesanos <<Arturo Prat>>, le dirigió la palabra. En su discurso, además de ponderar "las obras inmortales de adelanto y de progreso que vais sembrando por doquier", Sobrado afirmó que en razón de ellas era que la Corporación que representaba había decidido ofrecer el que llamó "modesto arco, como humilde homenaje a vuestras virtudes", solicitando al Presidente se sirviera aceptarlo "como el voto más sincero de aplauso por vuestra sabia y paternal administración que velará con mano protectora por instituciones como ésta, dedicadas al amparo de la humanidad doliente"<sup>25</sup>.

Pero no sólo la imagen de Balmaceda salió fortalecida de los encuentros como el descrito, sino también la de los sujetos populares que la prensa mencionó que se entrevistaron

<sup>23</sup> *El Atacameño*, 20 de marzo de 1889. En Talca en octubre de 1888, en Quillota en enero, en Coronel en febrero y en San Felipe en abril de 1889, entre otras ocasiones, Balmaceda "rehusó el carro que se le había preparado y recorrió a pie todo el trayecto, recibiendo inmensas ovaciones del pueblo". Véanse *La Tribuna* del 16 de octubre de 1888 y *El Mercurio* del 21 de enero, *El Ferrocarril* del 6 de febrero y *El Censor* del 8 de abril, todos de 1889.

<sup>24</sup> Queremos decir que la prensa, aludiendo a dichos sujetos, no menciona que éstos fueran recibidos especialmente por Balmaceda, como sí lo fueron algunos individuos de lo que entonces llamaban "sociedad local".

<sup>25</sup> Véase *El Censor* del 8 y 12 de abril de 1889. Otra referencia a un saludo de igual naturaleza es el que "una diputación de artesanos" le expresó a Balmaceda en el banquete con que se le homenajeó en Concepción. Véase *La Tribuna* del 7 de febrero de 1889. Al parecer tal expresión no estaba en el programa puesto que las palabras de éstos no se reproducen, y el hecho aparece muy brevemente mencionado en medio de la crónica sobre el banquete.

o fueron saludados por el Presidente de la República. Situación que por otra parte muestra que el Primer Mandatario sólo tuvo contacto directo con elementos del mundo popular meritorios en forma programada y cuya cercanía al Primer Mandatario debía ser apreciada como una distinción especial.

En Chillán, y durante las fiestas en honor del Libertador, Balmaceda saludó a Lucas Valdebenito, "un anciano de cerca de cien años que fue corneta del ilustre general O'Higgins"<sup>26</sup>. Según la crónica del hecho, un Jefe de Estado "visiblemente conmovido tendió su mano y le entregó a Valdebenito sus despachos de subteniente del Ejército", provocando así "una escena tierna que causó bastante emoción entre los que la presenciaban"<sup>27</sup>.

Junto con escenas como las mencionadas, otra instancia para aludir a los artesanos y obreros fue la descripción de los arcos levantados por éstos con motivo de alguna ceremonia patriótica o acto encabezado por Balmaceda en la provincia. Así, en Concepción se hizo saber del que levantaron los empleados del ferrocarril y los de <<La Sociedad de Socorros Mutuos>> en 1884; también nos enteramos que los jornaleros prepararon uno en Valparaíso en mayo de 1888 y que un periódico describió como "el arco más hermoso y valioso". Mención especial mereció también el que erigieron los empleados de la comandancia de armas en Chillán para las fiestas del natalicio de O'Higgins, así como el que expusieron los obreros de la Sociedad Arturo Prat de San Felipe en abril de 1889<sup>28</sup>.

Pero no sólo los individuos o asociaciones pertenecientes a lo que un autor ha llamado movimiento popular comenzaron a figurar en la prensa con motivo de los desplazamiento gubernamentales<sup>29</sup>. Ellos dieron oportunidad también a las mujeres de transformarse en sujetos

---

<sup>26</sup> Véase *La Discusión* del 11 de septiembre de 1888.

<sup>27</sup> En otra oportunidad, en La Calera, y en medio de la ceremonia de inauguración del ferrocarril al norte, el Presidente fue instado para que le entregara a Crisóstomo Acuña la medalla de oro que le había sido concedida por su arrojo y valor en el salvamento de vidas en el río Aconcagua. El premio al héroe popular que naturalmente Balmaceda aceptó colocar en su pecho, además de provocar la emoción y el aplauso espontáneo de los concurrentes, hizo posible, nos relata un cronista, "la parte más agradable de la fiesta". Véase *El Mercurio* del 21 de enero de 1889.

<sup>28</sup> Véanse *El Republicano* del 25 de enero de 1884; *El Estandarte Católico* del 13 de mayo y *La Discusión* del 8 de septiembre de 1888 y *El Censor* del 8 de abril de 1889.

<sup>29</sup> Para la expresión "movimiento popular", su significado y evolución a lo largo del siglo XIX, véase Grez Toso, 1998.

de interés periodístico. Y así lo demuestran las menciones directas que de él encontramos en las diferentes crónicas que informaron de las excursiones gubernamentales, desde la primera gira presidencial de la época de Balmaceda en adelante.

Tratándose del presidente de Balmaceda, los bailes fueron las instancias más regulares para la integración de mujeres a las alternativas de un viaje oficial<sup>30</sup>. Situación que marca una diferencia con los banquetes, otro de los hechos regulares durante su excursión, en los que lo normal fue que sólo participaran hombres.

Por último, en las ceremonias de recepción y despedida de la comitiva gubernamental, o en la inauguración de alguna obra pública, también notamos la presencia femenina y el toque de distinción que provocó. Así, por ejemplo, el arribo del presidente Balmaceda a Talca dio ocasión a una insinuante descripción de la presencia femenina en la ocasión.

Según un corresponsal, entre "las flores vistosas y frescas de los sombreros de primavera, las rosas encendidas de los rostros, los trajes *printaniers* y artísticamente confeccionados, los brillantes y rica pedrería, los adornos lujosos y las telas ligeras", destacabanse "los bustos hermosos y llenos de salud vigorosa, de juventud exuberante, de hermosura avasalladora de las señoras de Talca"<sup>31</sup>. Incluso, agrega galante, "allí donde ha desaparecido la juventud queda la distinción y la bondad, la calma y majestad de la verdadera señora".

Pero la presencia femenina en tales actos no siempre fue, como pudiera suponerse, formando parte de la masa anónima. Y así lo demuestra la imagen de la Sra. Isidora Goyenechea de Cousiño en una de las fotos tomadas durante la inauguración del viaducto del Malleco<sup>32</sup>.

---

<sup>30</sup> La asistencia de las que un periódico llamó "hermosas y elegantes damas de la sociedad" al respectivo baile, fue motivo para que en ocasiones la prensa local publicara sus nombres, como ocurrió con motivo de los celebrados en Chillán y en Talca en septiembre y octubre de 1888. Véanse *La Discusión* del 13 de septiembre y *El Heraldo* del 18 de octubre de 1888.

<sup>31</sup> Véase *El Ferrocarril* del 16 de octubre de 1888.

<sup>32</sup> El nombre de la única mujer que aparece en la citada fotografía lo conocemos gracias al señor Arnaldo Rivera, antiguo vecino de Collipulli quién, muy amablemente, accedió a referirnos sus conocimientos de la historia local. Véase *infra*, fotografía No. 2, capítulo VIII.

El que comúnmente las escuelas públicas participaran de los actos de recepción y despedida de Balmaceda, entre las cuales se encontraban las de las alumnas de los establecimientos primarios, fue otro motivo para alentar la presencia de mujeres, esta vez niñas. Niños también fueron los que en ocasiones declamaron o saludaron al gobernante. Así ocurrió en Licantén, cuando uno se dirigió al presidente Balmaceda a nombre de la comunidad; también a su paso por Rancagua en 1888, ocasión en que "uno de los alumnos del liceo le dirigió una animosa alocución para saludarlo en nombre de su establecimiento"; y en Concepción, en la Casa de Huérfanos que visitó, oportunidad en la que "una niña de 4 años le dirigió un largo discurso"<sup>33</sup>.

Frecuente fue que junto a las masivas concurrencias anónimas y a la mención de otros componentes de la sociedad, la crónica o la información sobre la excursión gubernamental hiciera alusión a las personalidades locales que se integraban a los actos de la comitiva oficial, individualizándolos por sus cargos, responsabilidades o por sus nombres y apellidos, cuando no por todas esas instancias de distinción.

Ya en la provincia de Coquimbo, cuando la inauguración de los trabajos del ferrocarril a Elqui y su arribo a Ovalle, se relató la "presencia de una gran cantidad de caballeros respetables"<sup>34</sup>.

Se advertirá que parte importante de lo que la prensa describe como "personalidades", "notabilidades" o "caracterizados vecinos" de la provincia, departamento o ciudad, corresponden a funcionarios y autoridades administrativas y de gobierno; profesionales como abogados, médicos, ingenieros y profesores; miembros del poder judicial, oficiales del Ejército o la Armada, sacerdotes y administradores de establecimientos comerciales, industriales o mineros. Es decir, en lo esencial, elites locales en los que los sujetos pertenecientes a la clase media son muy numerosos.

Pero, y en medio de las informaciones con la exposición de los hechos que constituye-

---

<sup>33</sup> Véanse *El Ferrocarril del Sur* del 28 de abril y *La Tribuna* del 10 de septiembre de 1888, y *La Tribuna* del 7 de febrero de 1889.

<sup>34</sup> Véanse *El Ferrocarril* del 11 y *El Mercurio* del 12, ambos de marzo de 1883.

ron las excursiones a la provincia de Balmaceda, la prensa describió el decorado y reprodujo las leyendas y los textos de las ofrendas y homenajes preparados con motivo de la presencia del gobernante. También dio cuenta del discurso de los anfitriones ante las máximas autoridades del país, de sus aspiraciones y motivaciones. Todos, manifestaciones de la imagen que la opinión pública tenía del poder y sus representantes. Algunas más conscientes que otras, pero todas al fin y al cabo, expresiones del sentir y de las reacciones que despertó el gobernante en la provincia.

## **EL DISCURSO DE LOS ANFITRIONES**

Entre las formas con que las sociedades que recibieron una visita gubernamental expresaron sus opiniones y razones ante la autoridad, la más común y directa fue la palabra pronunciada a través de discursos y brindis en banquetes, bailes y otros tipos de agasajo popular a los visitantes. Otra fue por medio de las leyendas que decoraban ciudades e interiores y textos en la prensa, tanto en la página editorial, como a través de las informaciones y crónicas que describían las alternativas del desplazamiento gubernamental.

Sin duda el discurso en medio de una manifestación resulta más espontáneo y tal vez por eso, se podría suponer, más sincero. Sin embargo, no es menos cierto también, que la totalidad de las palabras ofrecidas al Jefe de Estado o pronunciadas en su presencia, fueron expresadas en actos de adhesión a su persona, a su administración o a las obras de ésta, de tal manera que resulta muy difícil, cuando no imposible, encontrar en ellas asperezas o críticas.

Por el contrario, si la expresión de los medios de prensa nos puede parecer más meditada, y por ello menos espontánea y sincera, posee la ventaja de plantearse alejada del fervor del homenaje, ajena al calor de la comunidad de intereses con el sujeto objeto del reconocimiento. Tiene la cualidad, además, de que da lugar también a la manifestación de aquellos actores ajenos a los círculos de la administración en el poder, a la opinión de los opositores al gobernante, a la de los desafectos a las políticas del régimen.

Por último, y como se habrá podido apreciar, la crónica de la excursión oficial,

generada en medio del viaje y muchas veces con el apuro por despachar la información a través del telégrafo, ofrece la ventaja de reflejar el clima existente al paso de los viajeros; la primera impresión de los excursionistas, entre los cuales se cuenta el corresponsal; el ánimo de las poblaciones, la expectación que en ellas provocó la llegada y visita de Balmaceda. Ella se complementa con las notas generadas por los periódicos de las poblaciones locales que dan cuenta de la presencia gubernamental, a veces más ponderadas y menos entusiasta, pero más ilustradas acerca del real valor de las reacciones de los anfitriones pues, en definitiva, forman parte de ellos.

Tratándose de banquetes, lo común fue que el primer brindis se ofreciera por alguna autoridad local aludiendo al invitado principal, el Jefe de Estado o el Ministro del Interior, según quien encabezara el acto. A través de él, no sólo se invitaba "una copa por el Presidente de la República", sino que inmediatamente se relacionaba al gobernante con la oportunidad que había convocado a los presentes al mencionarse, por ejemplo, "que éste había venido a participar de esta fiesta patriótica". La reacción natural a la primera copa fue que el aludido correspondiera brindando a su vez por sus anfitriones, en este caso, "el pueblo de Valparaíso, baluarte de la república", dijo alguna vez Balmaceda<sup>35</sup>.

En Ovalle, el gobernador Manuel J. Rojas Mandiola, en otra expresión frecuente entre quienes recibieron a Balmaceda, hizo saber al gobernante el valor de su presencia cuando lo saludó ofreciéndole el que llamó modesto banquete, "como una débil muestra del regocijo y placer que todos experimentamos por haberse dignado favorecernos con esta visita que tanto agradecemos". Luego agregó que éste no era más que la expresión "espontánea, natural y justa de todo un pueblo anhelante de significar su adhesión, sus respetos y sus simpatías hacia uno de nuestros más notables, inteligentes y distinguidos hombres de Estado"<sup>36</sup>.

Característico fue también que, y en especial en las celebraciones de naturaleza

---

<sup>35</sup> Así ocurrió en el banquete celebrado en Valparaíso en enero de 1883, cuando el Intendente de la provincia "rompió los brindis". También en Coquimbo en marzo siguiente, cuando el primer alcalde de la Municipalidad, Jenaro Díaz, ofreció el banquete a Balmaceda. Véase *El Ferrocarril* del 22 de enero y del 7 de marzo de 1883.

<sup>36</sup> Véanse *El Tamaya* del 8 y *El Ferrocarril* del 14, ambos de marzo de 1883.

patriótica, los brindis y discursos hicieran alusión a la historia nacional, a sus principales gestas y héroes y a las características del pueblo que las había protagonizado. Todos ellos mostrando el orgullo y la satisfacción que representaba formar parte de un nación, según un orador, en donde todo "era armónico, arreglado y estaba basado sobre el trabajo y la honradez pública y privada"<sup>37</sup>.

Así, por ejemplo, en Valparaíso en 1883 se elevaron las copas por el país, por su organización política, porque, en palabras de uno de los manifestantes, Chile había vencido en la Guerra del Pacífico "no porque estaba preparado para la guerra sino porque estaba preparado para la paz, para el trabajo, la honradez y la instrucción"<sup>38</sup>.

Tales conceptos se repiten una y otra vez. Así, cuando la visita de Balmaceda a Coquimbo, el Intendente de la provincia inició su discurso en la ceremonia de inauguración de los trabajos del ferrocarril a Elqui afirmando que no se contemplaba a Chile "sin justo orgullo y sin que el corazón lata más de prisa". Agregando que "ayer no más vencedor de dos naciones poderosas, Chile mantiene los gloriosos trofeos de sus victorias, al mismo tiempo que continúa imperturbable la pacífica labor de engrandecimiento moral y material", una de cuyas manifestaciones era el inicio de los trabajos que el ministro Balmaceda venía a encabezar a Coquimbo<sup>39</sup>.

Las alusiones al carácter liberal de los protagonistas de los viajes oficiales fue otra nota distintiva de los oradores en la provincia. En Talca, el intendente Carlos Antúnez ofreció el banquete obsequiado al Presidente y sus ministros afirmando que aquel pueblo era eminentemente liberal, y que en tal condición "tenía el honor de rendir su homenaje y en enviar sus aplausos de gratitud a los autores de la reforma de nuestras vetustas leyes"<sup>40</sup>.

<sup>37</sup> Las menciones a la historia nacional y a las glorias militares del país fueron comunes a la mayor parte de las manifestaciones ofrecidas a lo largo de los desplazamientos oficiales estudiados. Lo dicho es comprensible si se considera que el país venía saliendo victorioso de una guerra internacional y se encontraba en medio de un proceso de expansión económica.

<sup>38</sup> Véanse textos completos de los brindis citados en *El Ferrocarril* del 23 de enero de 1883.

<sup>39</sup> Las palabras de Domingo Toro Herrera, en *El Ferrocarril* del 12 de marzo de 1883.

<sup>40</sup> Véase *La Libertad* del 24 de enero de 1884. El Intendente, así como otros de los participantes en la ocasión, se refiere a las leyes laicas impulsadas por el gobierno en 1883. Similares conceptos y sentimientos a los expresados por Antúnez ofrecieron la mayor parte de las autoridades que recibieron y homenajearon a la

Balmaceda debió escuchar con agrado cómo la mayor parte de los oradores que se dirigieron a él alzaron sus copas para brindar por "la marcha próspera y progresiva de la nación" y por los proyectos presentados a la legislatura "tendientes unos a establecer la verdadera autonomía de las representaciones locales, otros a reformar nuestras condiciones financieras y los últimos a mejorar nuestras condiciones higiénicas", como se expresó en Curicó en octubre de 1888<sup>41</sup>.

Motivo de satisfacción debió haber sido también para el gobernante que casi todos los oradores levantaran sus copas para, como dijo un senador suplente en Pelequén "interpretando fielmente los sentimientos de todos los vecinos", brindar por "el ilustre ciudadano que rige los destinos del país y que ha tomado por norma de su gobierno, lo que hay de más noble en el ideal de tan alto magistrado: el trabajo y el progreso de la república"<sup>42</sup>.

En este sentido, que el Intendente de Colchagua expresara que el mandato conducido por el presidente Balmaceda era heredero del trabajo inteligente que había caracterizado a los gobiernos chilenos debió representar otro motivo de orgullo para el Jefe de Estado. En especial si a esos lisonjeros conceptos el orador agregó que "la administración actual no sólo es digna sucesora de esa gloria tradicional, sino que se afana por sobrepasar a sus antecesores, teniendo sin duda presente que el progreso de un pueblo se mide, no tanto por la comparación de su estado actual con cualquiera de sus épocas pasadas, sino muy principalmente por la comparación de su marcha paralela con la de las naciones vecinas y rivales"<sup>43</sup>. En lo que representa otra expresión más del ánimo, de la satisfacción, cuando no autocomplacencia existente en el Chile de la época de Balmaceda.

Que el Intendente de Valparaíso, como tantos otros, valorara las obras ferroviarias que

---

comitiva oficial durante la gira de ésta hasta La Frontera.

<sup>41</sup> Véase el discurso del Intendente de Curicó en el banquete ofrecido al jefe de Estado en *La Tribuna* del 18 de octubre de 1888. En la misma oportunidad, tanto el Primer Alcalde de la Municipalidad como el rector del liceo, entre otros, se expresaron en iguales términos.

<sup>42</sup> Véanse las palabras de Agustín Baeza en *El Ferrocarril* del 8 de enero de 1889. Similares en sus conceptos fueron los brindis de Daniel Bello y de los gobernadores de Rengo y Caupolicán.

<sup>43</sup> Véase texto íntegro del discurso del Intendente Rafael G. Concha, en *El Ferrocarril* del 8 de enero de 1889.

se ejecutaban a lo largo del país no debió sorprender al presidente Balmaceda, aun cuando si debió causarle agrado el que se le felicitara "por dejar ligado el recuerdo de vuestra administración a una obra de tan fecunda importancia para el país", como lo era la línea férrea hacia el norte<sup>44</sup>. Ella, junto a todas las demás iniciativas del gobierno, representaba "la más hermosa herencia que para la historia pueda dejar administración que hoy la patria entera aplaude" afirmó otro orador<sup>45</sup>. Para éste, y al igual que para otros ya citados, el legítimo orgullo por los progresos alcanzados lo llevó a expresar que era "el bienestar que satura a toda la nación y que todo chileno siente y palpa", lo que explicaba las manifestaciones al Primer Mandatario. Ellas no eran más que "el reconocimiento y gratitud que el chileno alza en homenaje al Presidente de la República que en dos años de hábil gobierno, afirmó, ha marcado con mano vigorosa la senda de adelanto y progreso que lleva a nuestra patria a ocupar un lugar prominente en el torneo de las naciones cultas"<sup>46</sup>.

Considerando que la presencia del Jefe de Estado no era un hecho de común ocurrencia, no debe llamar la atención que los oradores que se dirigieran a Balmaceda para hacerle saber que su visita representaba "un gran acontecimiento". Un día "grande para San Felipe", como expresó un obrero en aquella ciudad ante el Presidente, reflejando en sus conceptos el sentir de muchos anfitriones: "porque os habéis dignado honrar las páginas del libro de sus recuerdos con la visita de vuestra augusta y soberana persona"<sup>47</sup>.

Otra de las características que es posible advertir en los discursos pronunciados en los actos organizados con motivo del viaje oficial, en especial en ceremonias patrióticas o en la inauguración de obras públicas, es la alusión al hecho que en la ocasión se encuentra representada la "nación entera". Mención que confirma nuestra apreciación que los

---

<sup>44</sup> Véase el discurso del Intendente de Valparaíso Ramón Sánchez en La Calera, en *La Tribuna* del 21 de enero de 1889.

<sup>45</sup> Véase el discurso del doctor Rodolfo Serrano Montaner en Quillota, en *El Norte* del 30 de enero de 1889.

<sup>46</sup> Otra asociación entre el progreso del país y el presidente Balmaceda, en el brindis ofrecido por el Intendente de Concepción al jefe de Estado en el banquete celebrado en su honor. Véase *El Independiente* del 8 de febrero de 1889.

<sup>47</sup> Véase *El Censor* del 12 de abril de 1889.

desplazamientos de Balmaceda en ocasiones fueron también una instancia de unión de los actores sociales, entre otras causas, por evocar la historia nacional, un pasado que había contribuido a conformar la nacionalidad y delinear la república que el Jefe de Estado presidía; o para celebrar los adelantos materiales que ésta alcanzaba<sup>48</sup>.

Así, por ejemplo, cuando se procedió a las honras fúnebres de los restos de los héroes de Iquique en Valparaíso, uno de los oradores expresó que "la inmensa concurrencia presente en el puerto estaba formada por los representantes de todos los pueblos, de todas las corporaciones, de todos los intereses sociales. El Jefe de Estado y el jefe de la Iglesia, el Congreso, las Municipalidades, la administración y la política, el magnate y el pobre hijo del pueblo, todos, todos han venido presurosos a esta cita de patriotismo y del deber", afirmó Eulogio Altamirano. En definitiva, que ahí estaba "la patria"<sup>49</sup>.

En otra ocasión un profesional de Quillota personificó en el propio presidente Balmaceda esa obra de unidad que en ocasiones realizaba el recuerdo de la historia, el homenaje a los héroes nacionales o la puesta en marcha de una obra de adelanto. En el banquete que en Quillota se ofreció a Balmaceda luego de la inauguración de los trabajos del ferrocarril al norte, el doctor Iglesias afirmó que el "Excmo. señor Presidente ha venido a desparramar en nuestros valles y colinas la preciosa semilla de la unión, de la concordia y del trabajo". El Jefe de Estado, agregó el orador, "ha venido a decirnos, compañeros, ciudadanos a la obra, al trabajo, al progreso; la unión constituye la fuerza; del concurso de todos vosotros, de la unión de muchas voluntades pueden resultar grandes cosas para el país"<sup>50</sup>.

El orgullo que la mayor parte de los chilenos mostraban por la situación general del país, así como el reconocimiento existente entonces hacia Balmaceda, es el que se expresa, entre otros numerosos ejemplos posibles, en el discurso pronunciado por el doctor Juan

---

<sup>48</sup> Lo dicho no significa olvidar que progresivamente, y a consecuencia de la evolución política del país, los viajes gubernamentales se convirtieron en una oportunidad para exponer la polarización que la sociedad comenzó a mostrar respecto de la figura presidencial. Véase *infra*, cap. VII.

<sup>49</sup> Véase el discurso completo del representante del Consejo de Estado en *El Estandarte Católico* del 23 de mayo de 1888. Conceptos similares vertió el prebendado Florencio Fontecilla al aludir en su discurso a "la República entera conmovida y reconcentrada en esta ciudad" y a "los ecos unísonos de un pueblo entusiasmado".

<sup>50</sup> Véase texto completo del discurso citado en *El Ferrocarril* del 22 de enero de 1889.

Rencoret en La Calera. Éste comenzaba señalando que Chile era en esos momentos un "soberbio teatro de transformaciones", bajo cualquiera fuera el ángulo que se analizara la situación. Afirmando que "S.E. no ha recostado a la nación en un lecho de reposo, sino que en uno de asombrosa actividad", concluía que los poderes públicos "han sabido preparar el triunfo del progreso material, sin impaciencia y sin atropellar las ocasiones".

Como prueba, continuaba el profesional, estaban "las arterias de acero sacrificadoras del tiempo y del espacio; nueva y poderosa corriente de la vida económica y social; andamio sólido de la prosperidad y bienestar público". Gracias a ellas, expresó avizorando prácticamente el trágico fin de Balmaceda y su gobierno, "las generaciones venideras apreciarán en toda su magnitud la obra por la actual administración acometida, y serán ellas mismas las que no pudiendo impedir que con el transcurso de los años quede reducido este gobierno a un nombre, ¡sólo un nombre! le ofrecerán el tardío pero sincero homenaje de la póstuma gratitud". Vistos que "como en la naturaleza hay ciertos objetos cuyas formas no se distinguen bien sino alejándose de ellos porque la proximidad impide verlos como son", así también creía el representante de la Municipalidad de La Calera, ocurriría con la administración Balmaceda, cuyo nombre, terminó: "nadie impedirá que sea por todos los labios bendecido, ni mucho menos que pase a las generaciones venideras envuelto entre los laureles de la gloria"<sup>51</sup>.

En la recepción que se le ofreció a Balmaceda en Caldera, en marzo de 1889, uno de los oradores, el doctor Pinto, señaló al Presidente que su presencia en las provincias del norte era "la mejor prueba de que la justicia y la equidad es la norma de conducta que seguís siempre en vuestra gloriosa administración". Haciéndole saber a continuación que en su persona, en palabras que para Balmaceda deben haber resultado muy gratas de escuchar y más tarde ver impresas en la prensa nacional, "Caldera admira a Chile grande, próspero y feliz entre las naciones de la tierra, por vuestro patriotismo, vuestra ilustración y talento". A continuación aludió a que Balmaceda era el "primero de los Presidentes de Chile que visita estas provincias

---

<sup>51</sup> Véase texto íntegro del discurso glosado, en *La Tribuna* del 22 y en *El Ferrocarril* del 23, ambos de enero de 1889. Si bien los conceptos reproducidos nos pueden parecer excesivos, los mismos representan un ejemplo de los sentimientos que la presencia de Balmaceda despertaba.

y el primero que inaugura en Chile una nueva era administrativa, era de verdadero patriotismo, de progreso liberal, de reparación y de justicia para el norte de la república", rompiendo así el "injusto centralismo a que las tenían condenadas las pasadas administraciones".

Luego de recordar las aspiraciones del pueblo grabadas en los arcos y coronas con que se había recibido a Balmaceda en el puerto nortino, como la expropiación de los ferrocarriles particulares, un ferrocarril trasandino del norte y el ferrocarril longitudinal, el orador llamaba al Primer Mandatario a ejecutar éstas y otras tareas, las cuales lo harían acreedor a un glorioso juicio de la historia, el cual recogerá entonces, afirmó, "los gloriosos hechos de la administración Balmaceda y los grabará en páginas de oro"<sup>52</sup>.

A continuación de las palabras lisonjeras dirigidas a la autoridad y al gobernante liberal, o las orgullosas expresiones referidas al conjunto del país, la patria, la historia nacional o los avances de la ciencia, los oradores, en especial las autoridades políticas y administrativas, abordaban las necesidades locales. En 1883, y asegurando a Balmaceda que "el viaje de su señoría no ha podido ser más oportuno", un orador entró a enumerar las aspiraciones y urgencias de la comunidad; seguros, como afirmó el gobernador de Ovalle alguna vez, "que el Supremo Gobierno por el órgano importante de su señoría, con la rectitud de miras que le conocemos y con entera satisfacción procurará, encarnándose, diremos así, en nuestras necesidades, tendernos mano generosa, satisfaciendo, si no todas, al menos aquellas que más imperiosamente se hacen sentir"<sup>53</sup>.

Entre las peticiones más nombradas aparecen las relativas a establecimientos educacionales y a juzgados, como las hechas en Talca en 1884; la ampliación de las atribuciones de las municipalidades y "la emancipación de las provincias del añejo tutelaje que, con el nombre de centralización administrativa, les absorbe toda la vida y actividad de que son

---

<sup>52</sup> Véase *La Tribuna* del 26 de marzo de 1889.

<sup>53</sup> Véase texto del discurso citado en *El Tamaya* del 8 de marzo de 1883. En Talcahuano en enero de 1884, y luego que se ofreció el almuerzo al Presidente de la República y éste contestó brindando por los anfitriones, quién abrió los brindis hizo presente en su segunda intervención "las necesidades de la localidad confiando en que la administración sabrá satisfacerlas". Véase *El Ferrocarril* del 31 de enero de 1884.

capaces, manteniéndolas encadenadas", como se afirmó en Chillán en 1884<sup>54</sup>.

La manifestación hacia alguna autoridad que dejaba su cargo también dio ocasión para, de una manera muy sutil, expresar a la autoridad alguna aspiración local. Es lo ocurrido con motivo del banquete de homenaje al intendente de Valparaíso Eulogio Altamirano que, en marzo de 1884, se aprestaba a dejar su cargo luego de una gestión muy positiva para el puerto.

Entonces, y en presencia del ministro del Interior Balmaceda, uno de los amigos que alzó su copa por Altamirano además de reseñar su muy positiva actuación en el gobierno de la provincia, hizo votos "porque el caballero que venga a regir los destinos de nuestra provincia", como dijo José Besa, siga los pasos del Intendente que se retiraba<sup>55</sup>.

Delicado y oportuno pareció también el contralmirante Luis Uribe para exponer las necesidades de la Armada cuando, en la ceremonia en homenaje a Bernardo O'Higgins, recordó a los presentes, entre los cuales se encontraba el presidente Balmaceda, "que la corbeta chilena que lleva el nombre del ilustre servidor de la patria sucumbe ya casi al peso de los años", expresando la voluntad de la Marina de que no extinga con ella el nombre de O'Higgins y que a semejanza del fénix, "de sus cenizas nazca gallarda y poderosa nave ostentando en su popa el bendecido nombre del gran ciudadano"<sup>56</sup>.

Pero los requerimientos al poder también se hicieron de un modo todavía más directo, por ejemplo, a través de textos que se hicieron llegar al gobernante, antes, durante y después de la visita oficial. Así, entre los hechos característicos relacionados con los viajes gubernamentales se encuentran aquellos relativos a las peticiones dirigidas al Jefe de Estado desde diversas poblaciones del país solicitando la materialización de alguna obra o los recursos para llevarla adelante, entre otras.

Si bien tal práctica siempre ha sido utilizada, lo cierto es que creemos que los viajes gubernamentales estudiados las potenciaron al poner al alcance de las poblaciones a la persona

<sup>54</sup> Véanse textos de los discursos con las solicitudes reseñadas en *La Libertad* del 24 y *El Ferrocarril* del 30 de enero de 1884.

<sup>55</sup> En la oportunidad hubo doce oradores que libaron por Altamirano. Véanse los textos de los brindis en *El Ferrocarril* del 9 de marzo de 1884.

<sup>56</sup> Véase *La Tribuna* del 11 de septiembre de 1888.

del gobernante. Al proporcionar instancias de encuentro con éste y, por todo lo anterior, facilitar la comunicación con el poder que, prácticamente y según la concepción entonces vigente, era el que decidía la realización o no de lo solicitado.

Demostración del espíritu de la época, la mayor parte de las representaciones que a través de la prensa hemos conocido están referidas a la construcción de líneas férreas "por cuenta del Estado". Así, por ejemplo, y tomando en cuenta, en conceptos de los vecinos de las provincias de Colchagua y Curicó, "el interés manifestado por el Supremo Gobierno para fomentar la riqueza pública por medio de vías férreas", no es extraño que se enviaran peticiones a la autoridad para que tomará una medida "indispensable", leemos en una solicitud de la Municipalidad de Mulchén, "para el desarrollo de la agricultura, el comercio y la industria en el departamento"<sup>57</sup>.

Junto con los adelantos en obras públicas, común fue también que se requirieran recursos para el arreglo de iglesias. Es lo que ocurrió, por ejemplo, cuando el Presidente alcanzó hasta Chillán en 1888, oportunidad en que las señoras de la ciudad le escribieron "solicitando fondos para el ornato de la iglesia parroquial"<sup>58</sup>.

También con motivo de "la venida del Presidente de la República a Chillán, como indica la "solicitud de los vecinos de San Carlos", éstos aprovecharon de "*hacerle una justa petición*". En el escrito, y luego de recordar "el gran interés que V.E. ha manifestado siempre por el adelanto y prosperidad de la república", y de ofrecer "los respetos de un pueblo entero que admira con orgullo y entusiasmo la marcha digna y honrada que habeis sabido imprimir a la administración del país"; argumentaban sobre la necesidad de construir un nuevo camino que uniera su población con el valle de Alico, obra cuyo presupuesto estimaban entre doce y

---

<sup>57</sup> Véase *El Ferrocarril* del 8 y 19 de noviembre de 1882. La primera nota está dirigida al ministro Balmaceda y solicita la prolongación del ramal de la Palmilla hasta la ribera del mar. La segunda comunicación le fue entregada al Presidente Santa María por una comisión que viajó a la capital desde Mulchén. En ella no sólo se pedía la construcción de la línea Coigüe-Mulchén, también se llamaba la atención sobre los "intereses privados" que intentaban retardar su ejecución.

<sup>58</sup> Véase el texto íntegro de la petición en *La Discusión* del 14 de septiembre de 1888. Según las solicitantes, los daños del edificio eran de tal magnitud que sólo una "gruesa suma, que alcanzaba a dieciocho mil pesos, sería capaz de solventarlos.

quince mil pesos<sup>59</sup>. Para hacer llegar su petición, los habitantes de San Carlos enviaron un comisionado a Chillán que pusiera en manos de S.E. el pliego, lo saludara y le diera la bienvenida a nombre de esa comunidad. El vecino José Agustín Moreira cumplió su cometido, obteniendo del Presidente Balmaceda la promesa de que se impondría "con agrado de su contenido", así como la declaración que "el Gobierno atiende con paternal solicitud las necesidades de los pueblos en cuanto le sea posible".

Más formales en su presentación fueron algunos ciudadanos de Talca que el día en que Balmaceda arribó a la población para asistir al baile en su honor, y según su declaración "haciendo uso del derecho de petición que nos acuerda la Constitución", le entregaron una solicitud para establecer una sede episcopal en Talca con jurisdicción sobre el más de medio millón de personas de las provincias de Talca, Maule, Linares y Ñuble<sup>60</sup>. Según la crónica de la estadía del Presidente en Talca, éste "prometió consultar el asunto con sus ministros y dar los pasos necesarios a fin de ver si se podía acceder a lo que se solicita"<sup>61</sup>.

Otro tema que se reflejó a través de las palabras pronunciadas con ocasión de algún desplazamiento oficial fue el de la relación entre Santiago y las provincias. La mayor parte de las veces cordial, pero no por ello exento de roces y resquemores, como los textos revisados lo muestran.

Con motivo del banquete ofrecido en Chillán al presidente Santa María y su comitiva, uno de los oradores afirmó que en la ocasión "el país, o sea los pueblos de las provincias", rendían el homenaje de sus respetos y cordiales aplausos y felicitaciones al esclarecido ciudadano Jefe Supremo de la Nación y a sus distinguidos ministros. Entonces ofreció su concepción de la situación cuando señaló que "deliberadamente he dicho el país, hablando sólo

<sup>59</sup> Véase texto completo del documento citado en *El Perquilauquén* del 23 de septiembre de 1888. La nota estaba firmada por "quinientas tres firmas".

<sup>60</sup> Véase *El Ferrocarril* del 17 de octubre de 1888. Entonces existían en Chile el Arzobispado de Santiago y los obispados de Coquimbo, Concepción y Chiloé. De acuerdo con la solicitud, Talca, por su número de habitantes, su cultura y piedad, "era digna de ser el asiento de un obispado".

<sup>61</sup> Recordemos que en la época todavía no se había establecido la separación del Estado y la Iglesia, y que según la ley de 24 de agosto de 1836, al jefe de Estado correspondía dirigir a la Sede Apostólica la solicitud para establecer una Metrópoli eclesiástica.

de las provincias sin comprender a la capital; porque en verdad, Santiago, puede mirarse relativamente a la nación chilena, como la cabeza que piensa, que discurre, que calcula, mientras que la provincias reflejan el sentimiento, son el corazón del país; por manera que, los aplausos y congratulaciones de éstas tienen que ser sinceros, cordiales, espontáneos, y, por lo menos, deben considerarse como la genuina expresión de la voluntad y los deseos de la nación"<sup>62</sup>.

Tales conceptos, además de mostrar la posición dominante que se reconocía a Santiago, atribuía a las manifestaciones de las poblaciones de la provincia un alto grado de verosimilitud, hecho nada despreciable si se considera que Balmaceda se acercó a ellas, precisamente, en busca de apoyo, de sustento político, confiando en la sincera adhesión que éstas podían ofrecerle. Esta concepción sobre la franqueza y naturalidad de las expresiones populares en la provincia presente en el orador de 1884 estaba también en el presidente Balmaceda y fue una de las causas que lo impulsó a salir de la capital<sup>63</sup>.

También se dejaron sentir entre los oradores que dirigieron su palabra a Balmaceda las expresiones que daban cuenta del resentimiento que algunas regiones guardaban para con el poder central. Expresión de ello son las palabras del juez letrado de Ovalle quien luego de saludar al que llamó "honorable y distinguido estadista" y agradecer su excursión a Coquimbo, le aseguró que "las frecuentes visitas de los secretarios de Estado a las provincias meridionales de la República venía de tiempo atrás despertando las susceptibilidades de las provincias del norte, pues se creía hallar en ellas una prueba evidente de la deferencia del Gobierno por el incremento y el progreso de aquellas localidades".

---

<sup>62</sup> El texto íntegro del discurso del ciudadano Juan Aristides Ojeda puede verse en *El Ferrocarril* del 30 de enero de 1884.

<sup>63</sup> Por lo demás así lo reconoce el propio gobernante cuando, y en medio de un clima político muy desfavorable para él, y por lo tanto necesitado, cuando no urgido de manifestaciones de respaldo, afirmó desahogándose: "siempre que cruzo los límites de la capital y me acerco a los pueblos de provincia, encuentro en ellos amigos y correligionarios de un cuarto de siglo, hombres sin ambiciones personales y con todas las nobles ambiciones del progreso y de la felicidad nacional, ciudadanos de diversos partidos políticos, pero buenos patriotas; y entonces y cerca de vosotros no puedo menos de decir que me siento en medio de los míos". Véase su discurso en la ceremonia de inauguración de la vía férrea de Collipulli a Victoria en *La Nación* del 29 de octubre de 1890

Llamando al Ministro a producir la verdadera y sólida confraternidad entre todos los pueblos de la República, "removiendo todo motivo de rivalidades enojosas entre los miembros de la familia chilena", el juez agregaba que el viaje de Balmaceda había sido "un acto de muy hábil política del Gobierno pues significaba que éste mira con solícito interés y está dispuesto a atender benévola y amablemente a todos sus gobernados"<sup>64</sup>.

Por último, y tan importante como todo lo señalado, el conocimiento de la palabra pronunciada ante el gobernante nos permite apreciar cómo los viajes que éste realizó hicieron posible la expresión de numerosos y variados actores sociales, económicos, políticos y culturales que, sostenemos, tradicionalmente no habían tenido la oportunidad de manifestarse tan directamente, y en número tan alto, frente a la máxima autoridad nacional<sup>65</sup>. (Véase cuadro con la lista de oradores ante Balmaceda).

Además de las autoridades políticas y administrativas, como intendentes y gobernadores, sobresalen entre los oradores los representantes de las comunidades locales como vecinos destacados, profesionales, inmigrantes y los miembros de la respectiva municipalidad. Así, abogados, médicos, jueces y profesores se repiten entre los que usaron de la palabra en los actos encabezados por Balmaceda. La mayor parte de ellos, sujetos de las clases medias provincianas, a los cuales, ocasionalmente se sumaron también miembros del movimiento popular como los artesanos. Todos ellos, ahora parcialmente considerados e integrados al acontecer político nacional gracias a la instancia proporcionada por el desplazamiento gubernamental.

En lo que respecta a los ornamentos y decorados externos, esto es los elementos expuestos a la vista de los observadores y de la comitiva oficial, la mayor parte de las veces

---

<sup>64</sup> El texto del discurso del juez Adolfo Calderón Silva, en *El Ferrocarril* del 14 de marzo de 1883.

<sup>65</sup> En ocasiones la cantidad de oradores inscritos impidió que todos se dirigieran a la concurrencia. En el banquete ofrecido en Talca al Presidente de la República, la prensa informó que "varios caballeros" no pudieron expresarse por haber el Intendente cerrado intempestivamente la manifestación. *La Libertad* señala que el "tiempo destinado a los brindis fue demasiado corto, apenas duraron 50 minutos" informa, criticando la decisión de la autoridad provincial. Como al parecer muchos de los brindis estaban preparados y escritos, el medio se permitió publicar algunos de los que no se pudieron escuchar en la manifestación a S.E. Véase edición del 24 de enero de 1884.

éstos estuvieron conformados por los símbolos patrios asociados a vegetales "de la estación".

Durante el desplazamiento de enero de 1884 al sur ello fue notorio. En Rancagua, se informó, el restaurante destinado a recibir a la comitiva oficial "estaba transformado en un magnífico salón adornado con banderas"; en Talca, la ciudad presentaba "el aspecto de un día de fiesta y sus calles rectas y aseadas se ven embanderadas y recorridas por un inmenso gentío" que mostraba "una animación extraordinaria". Incluso, nos cuenta el corresponsal, "cada casucha, aun la más humilde, ostentaba una bandera"<sup>66</sup>.

Lo sucedido en 1884, se repitió, una y otra vez, cada vez que Balmaceda salió a la provincia en condiciones normales, es decir, antes del estallido de la Guerra Civil de 1891. Así cuando su viaje a Llico, a su paso por Curicó la estación se hallaba "perfectamente adornada con banderas y arcos de arrayán"; cuando el Presidente arribó a Chillán, en septiembre de 1888, la "ciudad se encontraba de gala, con todas sus calles rigurosamente embanderadas, todos los edificios pintados, las cinco plazas públicas engalanadas y una multitud de arcos levantados en los cuatro ángulos de la plaza, avenidas y calles principales"; a su arribo a Talca poco más de un mes después, ésta se encontraba de "gala, ostentándose el pabellón nacional en todos los edificios públicos y particulares"; en la misma travesía, y de regreso a Santiago, cuando hizo escala en Curicó, una vez más esta población se mostró "perfectamente engalanada con numerosos adornos de banderas, colgaduras de arrayán y flores"<sup>67</sup>.

Junto a las banderas, el uso de arcos de bienvenida con leyendas alusivas al Presidente de la República también fue común.

A su arribo a Talca, en octubre de 1888, Balmaceda fue sorprendido en la Placilla con "un elevado castillo que la compañía de bomberos había formado con las escaleras y demás útiles y sobre el cual se colocó todo el personal de ella", éstos lo "saludaron gorra en mano, con un sonoro viva al pasar"; de regreso a Santiago, en Curicó, Balmaceda también fue esperado con "dos hermosos arcos, uno de los cuales pertenecía al cuerpo de bomberos"; mientras que

---

<sup>66</sup> Véanse *El Ferrocarril* del 22 y *La Libertad* del 25, ambos de enero de 1884.

<sup>67</sup> Véanse *El Ferrocarril* del 24 de abril y 9 de septiembre; *El Estandarte Católico* del 9 de septiembre; *El Heraldo* del 16, *La Tribuna* del 16 y *El Estandarte Católico* del 18 de octubre, todos de 1888.

en Quillota en 1889, nos relatan, "dos hermosos arcos daban muestra del regocijo de los vecinos" por tenerlo entre ellos, uno de los cuales decía: "*El pueblo de Quillota a Su Excelencia, el ciudadano señor don José Manuel Balmaceda*"<sup>68</sup>.

Además de las calles de la ciudad, los espacios interiores destinados a banquetes y bailes también ofrecieron arreglos especiales. En Talca el salón dispuesto para el banquete "ostentaba un gran retrato al óleo del Presidente de 2 metros de alto por uno 40 de ancho" y estaba engalanado con "mucho arte y elegancia"<sup>69</sup>. También en Talca, en lo que podríamos suponer una nota característica de los talquinos, se colocó "un retrato de medio cuerpo en ancho marco dorado del presidente señor Balmaceda" cuando éste concurrió al baile que la ciudad le ofreció en 1888<sup>70</sup>.

En Pelequén, en la carpa donde se esperó a Balmaceda con un espléndido banquete, se colocó "una estatua de bronce que representaba a Caupolicán en aptitud de armar una flecha". La base de la misma eran dos pequeñas estaciones, "la primera representaba a la de Pelequén y la segunda a la de Peumo", comunicadas por una línea sobre la cual se había colocado "una locomotora con las respectivas banderas nacionales y americanas"<sup>71</sup>.

En Antofagasta, en lo que sin duda para el presidente Balmaceda representó un gran halago, el salón dispuesto para el banquete que se le ofreció mostraba en la testera su retrato en medio de ramas de laurel y flanqueado por los de los héroes de Iquique y de Benjamín Vicuña Mackenna, todos entre guirnaldas y banderas<sup>72</sup>. A los costados, además, se veían escudos alegóricos en los que se leían inscripciones muy decidoras de la opinión de la ciudadanía sobre Balmaceda: "obras públicas, ferrocarriles, telégrafos, industria, comercio, instrucción pública, beneficencia"<sup>73</sup>.

<sup>68</sup> Véanse *El Estandarte Católico* y *La Tribuna* del 18 de octubre de 1888; *La Tribuna* del 21 y *El Norte* del 29 de enero de 1889.

<sup>69</sup> Véase *El Ferrocarril* del 22 y 23 y *La Libertad* del 24, todos de enero de 1884.

<sup>70</sup> Véase *La Tribuna* del 16 de octubre de 1888.

<sup>71</sup> Véase *El Estandarte Católico* del 8 de enero de 1889. Según la información, "esta pequeña alegoría llamó la atención de cuantos asistieron al salón del banquete".

<sup>72</sup> Las figuras históricas a las que se le asociaba debieron representar para el jefe de Estado un hecho muy satisfactorio, un verdadero adelanto, aunque en vida, de su anhelado ingreso en la historia nacional.

<sup>73</sup> Véanse *El Industrial* y *La Tribuna*, ambos del 18 de marzo de 1889.

La preocupación, el esfuerzo de cada población por "vestir sus mejores galas" cada vez que el Presidente anunciaba su visita, se explica, según leemos, en el interés de "manifestar al señor Balmaceda la complacencia y regocijo que nos causa el tenerlo entre nosotros". Por eso, también, "muchas personas enarbolarán el pabellón nacional y harán encender luminarias en la noche"<sup>74</sup>.

Sin embargo, no se crea que sólo con ocasión de la presencia del Jefe de Estado hubo decorados. El ministro Balmaceda cuenta que cuando arribó a Coquimbo en febrero de 1883 "las poblaciones y embarcaciones menores" estaban "todos embanderados" y que a su llegada al puerto se "dispararon cañoneras", agregando que La Serena también se mostraba embanderada<sup>75</sup>. Del paso de Balmaceda por Ovalle, *El Coquimbo* informó que "las calles de la población ostentaban al frente de los edificios, tanto públicos como particulares, el tricolor nacional"<sup>76</sup>.

El tricolor nacional blanco, azul y rojo, ya fuera bajo la forma de bandera, escudo, guirnaldas o gallardetes, fue el ornato más utilizado para ataviar las ciudades y los locales a los cuales Balmaceda arribó en su calidad de gobernante.

De esta forma, en la manifestación más visible y espontánea de la reacción popular que motivaba una visita gubernamental, la figura del gobernante aparece ligada a las representaciones de la nacionalidad. Asociada a los emblemas de la patria, de la nación conformada no sólo por su territorio, población e instituciones jurídicas, también por un pasado que los símbolos patrios resumen en objetos cuya simple exposición despertaba el fervor de la población.

Ardor popular cuya intensidad se vio acentuada por la interpretación de la canción nacional; por la presencia física de quien personificaba a la República, es decir el Presidente; por las alusiones a figuras históricas, como Bernardo O'Higgins y Arturo Prat, cuyos nombres algunas leyendas reproducían; pero también por la existencia de obras públicas como líneas férreas, puentes ferroviarios, cárceles, escuelas y edificios en general que, sabemos, también

---

<sup>74</sup> Véase *El Heraldo* del 13 y *El Ferrocarril* del 14, ambos de octubre de 1888.

<sup>75</sup> Véase carta a Santa María fechada el 2 de marzo de 1883. En Archivo Santa María pieza 7776.

<sup>76</sup> Véase edición del 6 de marzo de 1883. También *El Mercurio* del 12 de marzo.

representaron para la ciudadanía expresiones del quehacer de un pueblo, el chileno, cuya trayectoria y vitalidad era motivo de legítimo orgullo.

### El balance de la página editorial

Una de las principales características de los editoriales de los periódicos que abordaron los desplazamientos gubernamentales fue lo que uno llamó: la "expectativa con que se espera la visita ocular del jefe de la nación"<sup>77</sup>. Ella se fundó en el hecho que la presencia de la comitiva oficial representó, la mayor parte de la veces, un acontecimiento singular, un hecho extraordinario, de muy poco común ocurrencia<sup>78</sup>.

Así, y con motivo del viaje encabezado por Santa María en enero de 1884, el editorialista de *El Ñuble* escribió que la presencia del Jefe de Estado en Chillán resultaba un "acontecimiento", pues no "era costumbre que el Presidente visite durante su gobierno las distintas comarcas que componen la nación"<sup>79</sup>. Para sustentar sus dichos, afirmaba que "después de la visita que nos hiciera el presidente Montt el año 1852, no recordamos que otro Presidente nos haya honrado con su presencia"<sup>80</sup>.

Es frecuente la noción que la visita presidencial representaba una distinción para la población anfitriona. "Hoy debe llegar a nuestra ciudad el Presidente de la República, Exmo. señor Don José Manuel Balmaceda, y Talca va por algunas horas a tener el honor de contarle entre sus huéspedes", editorializó un periódico, expresando así el alto concepto en que se tenía

---

<sup>77</sup> Véase *El Ferrocarril del Sur* del 22 de marzo de 1888, a propósito de la excursión de Balmaceda a Llico.

<sup>78</sup> Reiteramos que lo común sea que tratemos los diarios como un todo, sin distinguir sus opciones políticas pues, en último término, nos interesan más como instrumentos de comunicación que medios de información de lo efectivamente sucedido.

<sup>79</sup> Véase edición del 19 de enero de 1884.

<sup>80</sup> Para este medio, seguro era que la visita a las provincias del sur del Presidente, traía "el propósito de estudiar por sí mismo las reformas o cambios que en los distintos servicios públicos nos sean necesarios". Por lo anterior, y por haber realizado una administración "verderamente activa y laboriosa, el país debe al señor Santa María una cariñosa manifestación de adhesión que sirva al mismo tiempo de viva protesta a la antipatriótica actitud asumida por cierta agrupación política".

al Jefe de Estado<sup>81</sup>. Ello se expresó no sólo en que las poblaciones se esforzaron por recibir en su seno al Primer Magistrado, sino también en la conciencia existente respecto a que la asistencia del Presidente, por ejemplo a una ceremonia patriótica, significaba, en palabras de un periódico, "comunicarles con su sola presencia extraordinario brillo"<sup>82</sup>.

Pero no sólo fue la presencia del Jefe de Estado la que despertó interés. En las poblaciones más alejadas y aisladas, el arribo del ministro Balmaceda fue apreciado también con un sentimiento de satisfacción. Así lo demuestra la redacción de *La Araucanía* que, luego de referir a éste las necesidades del departamento de Mulchén, culmina su artículo, "saludando con orgullo al noble Secretario General de Estado, al primer Ministro de Chile que a su sabiduría y a sus talentos debe, en su mayor parte, la grandeza y prosperidad en el interior y exterior de la república"<sup>83</sup>.

Si bien el entusiasmo popular para con la visita gubernamental estuvo motivado por diversos sentimientos de simpatía, lo cierto es que las poblaciones y círculos de las provincias también esperaban obtener algún provecho de ella. Lo que por otra parte algo dice también de la imagen de dispensador que se habían formado del Jefe de Estado<sup>84</sup>.

El primer objetivo de los anfitriones fue el ser escuchados, conocidos y apreciados por el gobernante. En especial cuando en las provincias se sufría lo que algún editorialista llamó "sistema egoísta de la centralización", en virtud del cual "lo que sucedía en los pueblos

<sup>81</sup> Véase *El Heraldo*, del 14 de octubre de 1888. Este diario repite similares conceptos en su editorial del 16 de octubre de 1888, ahora evaluando la visita oficial. Este último texto fue reproducido por *La Tribuna* del 18 de octubre de 1888.

<sup>82</sup> Véase *La Discusión* del 8 de septiembre de 1888. Los conceptos están referidos a las celebraciones del natalicio de Bernardo O'Higgins. Para *La Tribuna*, "el Presidente de la República era un huésped ilustre en cualquier parte del país". Véase su editorial del 11 de septiembre de 1888.

<sup>83</sup> Véase edición del 4 de febrero de 1883. En rigor, la última frase para Balmaceda es: "El pueblo de Mulchén le rinde agradecido su más respetuoso homenaje".

<sup>84</sup> Una vez más la imagen existente sobre la presidencia también alcanzó al ministro Balmaceda, uno de los agentes más importantes de ésta. *El Eco del Sur* de Angol depositó esperanzas en la visita de Balmaceda a la Araucanía de 1883, y en su nota editorial del 4 de febrero escribió: "Hacemos fervientes votos porque el señor Ministro pueda recorrer todos los pueblos que forman este territorio, ver sus necesidades y oír sus reclamos". *La Revista del Sur* por su parte, editorializó el 6 de febrero afirmando que "el viaje del señor Balmaceda será fructuoso, y las resoluciones que tome más tarde sobre el ferrocarril de la Araucanía habrán de ser conscientes". *El Progreso* de La Serena del 2 de marzo de 1883, y aludiendo a la presencia de Balmaceda en la provincia de Coquimbo, escribió: "Mucho se espera de esta visita, especialmente en lo que respecta a viabilidad".

apartados de la capital no llegaba a oídos del Jefe Supremo", o lo hacía luego de pasar por "palacios que no siempre han tenido buena voluntad para hacer oír la verdad a oídos del Presidente"<sup>85</sup>.

Lograda la atención del gobernante, las poblaciones de la provincia se aferraban a la esperanza de que éste "conocerá personalmente las grandes necesidades de la región, y, si quiere, como lo suponemos, -se advertía- hacerse acreedor al aplauso y a la gratitud de sus conciudadanos, procurará satisfacerlas"<sup>86</sup>.

Desde el punto de vista de quienes recibían, los desplazamientos gubernamentales no sólo servían para que el gobernante engalanara ceremonias de diversa índole, también para obtener alguna ventaja para la población o provincia que lo acogiera. Como alguna vez lo expresó *El Correo*, ejemplificando lo que muchos otros también pensaron cuando el Mandatario confirmó su presencia: "desde que se anunció la venida de S.E. el Presidente de la República a Quillota, calculamos las grandes ventajas que reportaría a nuestra ciudad la realización de este anuncio"<sup>87</sup>.

La concepción de una administración activa y de un Presidente práctico y realizador, justificaba, como lo afirmó *El Herald*, que la provincia de Talca ofreciera al señor Balmaceda "la gratitud imperecedera que siempre guardará por las mejoras con que ha tratado de propender al adelanto y progreso de las ricas provincias del Maule y sus afluentes". Para fundar su apreciación, y como ocurrió también en otras provincias y oportunidades, el editorialista talquino enumeró las iniciativas que "sin la eficaz y activa cooperación del señor Balmaceda

---

<sup>85</sup> Véase *La Libertad* del 20 de enero de 1884.

<sup>86</sup> Cuando ello no ocurría, la prensa también daba cuenta de la frustración que embargaba a los anfitriones. Es lo que sucedió con los comerciantes de Valparaíso, los cuales, luego del paso del presidente Santa María por el puerto en enero de 1884, habían "quedado muy descontentos porque no han podido obtener la revocación del decreto que ordena pagar al contado los derechos de internación de muchas mercaderías que se despachan". Véase *La Libertad Católica* del 2 de febrero de 1884.

<sup>87</sup> Véase su expresivo editorial titulado "Beneficios inmediatos", en su edición del 24 de enero de 1889. Como es obvio, este periódico también aludió "al honor que tuvo la ciudad de tener a S.E. por unas cuantas horas el último domingo". *El Censor* de San Felipe, ante el hecho seguro "que el hombre público que rige actualmente los destinos de la república ha de venir también a nuestra ciudad", afirmó: "Esta es una visita en la que podemos cifrar muchas halagüeñas e ingentes esperanzas". Las expectativas del periódico se fundaban en los beneficios que otras provincias habían obtenido de la visita presidencial. Véase editorial del 3 de abril de 1889.

habrían dormido eterno sueño, como duermen tantos otros que no han contado con tan valioso auxiliar"<sup>88</sup>.

Asociada a las realizaciones emprendidas, los periódicos aludían a la "esforzada y enérgica voluntad" del Presidente, el cual con sus acciones daba muestra de lo que mandatarios con esas características podían lograr<sup>89</sup>. Para otros, obras "que en nuestra misma generación han podido considerarse quiméricas", en definitiva no lo eran gracias a que "la energía de la voluntad del Jefe de Estado ha sabido vencer, hasta ahora, todas las resistencias que han salido al encuentro de su planes de engrandecimiento nacional"<sup>90</sup>.

Se vincula la obra de Balmaceda con una tarea superior, alentándolo: "seguid, señor, consagrando vuestra ilustrada inteligencia y patriótica voluntad, a la felicidad, progreso y libertad de nuestro querido Chile"; asegurándole, "confiad en que lo que hoy ha hecho Talca en honor vuestro, más tarde lo repetirá la justiciera historia", en conceptos del periódico, "suprema recompensa para los que como vos habéis aprendido en ella lo que hay de noble y grande cuando se trata de realizar el bien, únicamente por obtener la satisfacción de la propia conciencia"<sup>91</sup>.

La fama de realizador del presidente Balmaceda explica que cuando obras por él prometidas, y que por ello se creían de segura realización, se veían postergadas, la prensa responsabilizará a los secretarios de Estado que rodeaban al Mandatario. Así, y en razón que el puerto militar de Llico no se ejecutaba, *El Eco de Vichuquén* publicó una "interesante comunicación" en la que se expresaba la desconfianza que se apoderó del espíritu de los

<sup>88</sup> Véase *El Heraldo* del 14 de octubre de 1888. Además, y en la misma edición, el diario publicaba un artículo, "El Presidente descentralizador. Dos años de trabajo y de progreso", en el cual Raimundo del R. Valenzuela hacía una relación muy detallada de los provechos obtenidos por Talca de la administración de Balmaceda. Similares conceptos, respecto de la provincia de Curicó, ofrece *El Ferrocarril del Sur* del 22 de marzo de 1888. *El Correo* de Quillota, por su parte, en su editorial del 24 de enero de 1889, enumera, una a una, las que llama "ventajas inmediatas que ha traído directamente a Quillota la venida de S.E. el Presidente de la República".

<sup>89</sup> Véase *El Heraldo* del 16 de octubre de 1888. Para el editorialista de *El Ferrocarril del Sur* del 22 de marzo de 1888, por sus obras, la de Balmaceda era la administración "más distinguida de cuantas han presidido los intereses del país".

<sup>90</sup> Véase *La Tribuna* del 22 de enero de 1889.

<sup>91</sup> Véase *El Heraldo* del 16 de octubre de 1888.

habitantes del departamento de Vichuquén "cuando subió al poder el actual ministerio, pues era bastante conocido de todos su programa de restricción de las obras públicas"<sup>92</sup>.

La mayoría de los periódicos, durante también la mayor parte de la administración Balmaceda, aplaudieron sus iniciativas gubernamentales, en especial las relativas a la extensión de la instrucción pública y de los ferrocarriles del Estado<sup>93</sup>. Común fue que editorializando sobre la inauguración de algún trabajo, se afirmara que "con la colocación de la primera piedra del ferrocarril a..., se ha dado comienzo a una obra de vastísimas proporciones"<sup>94</sup>. O que se juzgara que llevar el ferrocarril hasta alguna región o provincia determinada fuera apreciado como "una empresa aconsejada por la política y por la previsión"; en conceptos de otro medio, "una obra extraordinaria, ni impracticable, ni superior a nuestras fuerzas, ni a nuestra capacidad económica, como lo recordaba el Presidente en su discurso"<sup>95</sup>.

El interés de Balmaceda por los ferrocarriles, y sus constantes alusiones al tema en sus discursos fue considerado como una expresión de su categoría de "estadista", una muestra de su preocupación por el futuro de la nación. Como expresó *El Ferrocarril*, "el país ha hecho siempre justicia a los patrióticos propósitos" del Presidente de la República, "como también a los grandes resultados que serán su consecuencia", habiendo divergencias "únicamente sobre la manera y oportunidad para realizarlas"<sup>96</sup>.

En este plano, fue común que los editoriales de la prensa llamaran la atención respecto de los afanes descentralizadores de Balmaceda, entre cuyos medios, los ferrocarriles, se

<sup>92</sup> Véase edición del 13 de agosto de 1890. Recordemos que el presidente Balmaceda había viajado a Llico en abril de 1888 para estudiar la factibilidad de un puerto militar en el lugar.

<sup>93</sup> La positiva evaluación de los afanes presidenciales por la construcción de vías ferroviarias se basaban, entre otros antecedentes, en los conceptos con que *La Tribuna* las juzgó: "Es natural, por otra parte, que no haya una sección del país que viva como separada del centro directivo que está en la capital, no teniendo con él comunicaciones terrestres, porque de ese modo no puede ser completa y verdadera la unidad nacional". Véase editorial del 22 de enero de 1889. *El Independiente*, aludiendo al inicio de los trabajos del ferrocarril trasandino, afirmó: "Bajo todos respectos, pues, debemos celebrar el día de hoy como un gran día,... por las grandes esperanzas de prosperidad que hace nacer la inauguración...". Conceptos similares en *El Ferrocarril*, ambos del 5 de abril de 1889. Dichos editoriales, además, fueron resumidos por *La Época* en su edición del día 6.

<sup>94</sup> Véanse *La Tribuna* del 22 de enero de 1889.

<sup>95</sup> Véanse *La Tribuna* del 22 y *El Ferrocarril* del 13, ambos de enero de 1889.

<sup>96</sup> Véase edición del 23 de enero de 1889.

valoraban de manera particular<sup>97</sup>. Así, la iniciativa del Presidente de construir el tramo ferroviario que cubriría las aisladas provincias de Coquimbo y Atacama, se valoró "como un deber impuesto por un sentimiento de justicia para con provincias que no han tenido como otras la misma participación en la distribución de los favores públicos"<sup>98</sup>.

La prensa en general se mostró satisfecha de los efectos de las excursiones de Balmaceda, tanto por lo que respecta a cuestiones de orden general o nacional como local. "Nos complacemos -editorializó un periódico- que los resultados prácticos de este viaje correspondan a los deseos que lo motivaron"<sup>99</sup>. *El Correo* de Quillota, por su parte, y luego de enumerar cada una de las positivas consecuencias que para la ciudad tuvo el fugaz paso del presidente Balmaceda en enero de 1889, terminó su nota editorial afirmando que se le hacía un deber "manifestar a S.E. su gratitud por el desprendimiento y buena voluntad que tuvo para impulsar facilitar y ayudar a todas las obras que significan mejoramiento y progreso para este pueblo"<sup>100</sup>.

Un periódico, explicando las aclamaciones de las que fue objeto Balmaceda en su viaje a Chillán de 1888, las atribuía al hecho de que "el actual Presidente empezó a captarse simpatías muy generales y muy acentuadas en toda la República desde que fue Ministro de Estado". Desde entonces, aseguraba, "se le vio contraer toda su atención y consagrar toda su actividad al estudio y satisfacción de las más imperiosas necesidades locales". Según *La Tribuna*, "tendríamos que escribir aquí un largo capítulo de la historia si quisiéramos recordar de qué manera empezó a servir el Ministro los intereses de las provincias"<sup>101</sup>. En otras

---

<sup>97</sup> Véase *El Heraldo* del 16 de octubre de 1888.

<sup>98</sup> Véase *La Tribuna* del 22 de enero de 1889.

<sup>99</sup> Véase *El Buen Consejo* del 29 de abril de 1888. Alude al viaje del Presidente Balmaceda a Vichuquén con el propósito de estudiar la posibilidad de construir un puerto militar en Llico.

<sup>100</sup> Véase edición del 24 de enero de 1889. En Quillota, el Presidente entregó diez mil pesos para los trabajos del templo; duplicó la subvención del hospital, pasándola de cuatro mil a ocho mil pesos; concedió diez mil pesos para la refacción de la cárcel; prestó atención a la necesidad de una escuela y nuevas oficinas para la gobernación, dando su aval para que la municipalidad contratara un empréstito que, además, haría posible la adquisición del teatro y el arreglo del matadero; por último, acordó la reconstrucción de la estación. Como una prueba que los ofrecimientos presidenciales no quedaban sólo en promesas, *El Mercurio* y *El Estandarte Católico* del 23 de enero de 1889 informaron que "ayer mismo se expidió el decreto concediendo al hospital de Quillota un auxilio extraordinario de 4.000 pesos".

<sup>101</sup> Véase edición del medio citado del 12 de septiembre de 1888.

oportunidades los medios recordaban que la ciudad cuyos intereses representaban, "por su situación, por el espíritu emprendedor de sus habitantes, por su activo y valioso comercio", estaba llamada a ser una de las más importantes de la república, y que, "en buena parte, al señor Balmaceda corresponderá en justicia el mérito de haber provocado este activo desenvolvimiento"<sup>102</sup>.

Los periódicos también apreciaron el esfuerzo que para Balmaceda y sus acompañantes representó, en muchas oportunidades, alcanzar hasta sitios alejados y de muy difícil acceso. Para *El Buen Consejo*, comentando el viaje presidencial a Llico, sólo "a los hombres que sienten arder en su pecho como en un altar el fuego sagrado del amor a la patria, cabe recorrer la larga distancia, por ásperos y accidentados caminos, en pro del progreso de la nación, al que han dedicado su vida desde la infancia"<sup>103</sup>. Para este diario del aislado Vichuquén, sólo "el entusiasmo delirante con que ha sido recibido en todos los pueblos" el Jefe de Estado, manifestará que son éstos conscientes y "agradecidos de los sacrificios que hacen los mandatarios en bien de los intereses que esos mismos pueblos les han encomendado".

A su vez *La Tribuna*, el único medio que había enviado un corresponsal en la gira al norte de marzo de 1889, también valoró la visita presidencial y, resumiendo lo que muchos entonces pensaban acerca de las excursiones gubernamentales, sostuvo que la observación directa de los problemas "facilitará inmensamente la tarea de darles la solución más conveniente para los intereses del país"<sup>104</sup>.

Pero las salidas de José Manuel Balmaceda de la capital no sólo se apreciaron desde el ángulo económico y social. Natural fue también que la prensa interpretara los desplazamientos gubernamentales desde una óptica eminentemente política. Así ocurrió en numerosas ocasiones, tanto respecto de los pocos desplazamientos del presidente Santa María, como de los que encabezó Balmaceda.

Los diarios afectos a la administración juzgaron muy positivamente para los intereses

<sup>102</sup> Véase *El Heraldo* del 14 de octubre de 1888.

<sup>103</sup> Véase edición del 29 de abril de 1888.

<sup>104</sup> Véase edición del 20 de marzo de 1889.

de Balmaceda sus excursiones a la provincia. *La Tribuna*, en uno de sus editoriales referidos al viaje a Chillán de septiembre de 1888, afirmó: "Todas las correspondencias del sur, lo mismo que los periódicos que se publican en las ciudades por donde pasó la comitiva presidencial, aseguran que las manifestaciones de las que fue objeto el Jefe de Estado han sido extraordinariamente entusiastas"<sup>105</sup>.

Para el editorialista, tales expresiones eran significativas pues demostraban la aprobación que despertaba en la opinión "la conducta observada por el presidente Balmaceda durante los años que van corridos de su administración"<sup>106</sup>. Por ello descartaba, dando muestra de agudeza política, como *La Época* lo había insinuado, que las mismas fueran producto de "la curiosidad lugareña y del deseo de conocer al Jefe de Estado", puesto que Balmaceda, "que lleva dos años de gobierno", sostenía, "no puede ya ser personalmente desconocido para la mayor parte de los habitantes que tienen fácil comunicación con la capital". En todo caso, agregaba *La Tribuna*, si aun hubiese quienes no lo conocieran, "le habrían salido al encuentro para verlo, más no para aclamarlo"<sup>107</sup>.

Confirmando nuestra interpretación de los viajes balmacedistas, los periódicos gobiernistas apreciaron la excursión oficial, y la consiguiente presencia del presidente Balmaceda, como "una especie de termómetro que le indicará" al Mandatario, afirmó un periódico, "más o menos el grado de satisfacción o de disgusto de una parte del país". En este sentido, y apostando a los talentos del Jefe de Estado, se esperaba que éste "sabría descartar todo lo que es hipócrita zalamería y descubrir la verdad al través del incienso de los cortesanos"<sup>108</sup>.

<sup>105</sup> Véase edición del 12 de septiembre de 1888. La nota pretendía responder a un editorial del día anterior de *La Época* en el que se criticaba el uso político que el gobierno había hecho del viaje. El texto de *La Época* fue reproducido por *La Discusión* del 14 de septiembre de 1888.

No olvidamos que hubo periódicos que, aún antes de 1889, censuraron determinados aspectos de los viajes oficiales. Sus expresiones se irán, progresivamente, haciendo presente en nuestro texto.

<sup>106</sup> En su opinión ellas expresaban, entre otras, la viva satisfacción del país por "el afianzamiento definitivo del predominio del Partido Liberal" gracias a la "firme adhesión del Presidente de la República a sus ideales liberales".

<sup>107</sup> Véase edición del 12 de septiembre de 1888.

<sup>108</sup> Véase editorial de *La Libertad* del 20 de enero de 1884.

La noción del viaje como oportunidad para medir la popularidad, el grado de adhesión que provocaba la figura presidencial, es la que expresa *El Herald* de Talca cuando afirma que "en los pocos días que el señor Balmaceda y su digno ministerio van a permanecer entre nosotros, podrán conocer si es o no verdad que el levantado patriotismo de los talquinos formará una sola cohorte cuando se trata de hacer justicia y conceder un galardón al que, como bueno y esforzado, ha sabido ganarlo con sus merecimientos"<sup>109</sup>.

Pero el ángulo político de los desplazamientos gubernamentales se apreció también en relación a la costumbre del presidente Balmaceda de dirigirse directamente a las poblaciones que lo escuchaban, de aprovechar sus discursos en la provincia para explicar sus políticas, señalar las orientaciones básicas de su administración, indicar los desafíos que el país debía encarar. Tal actitud, en una de las tantas oportunidades en que se manifestó, no sólo fue juzgada como propia de "un estadista y patriota"; además, mereció positivos comentarios por considerarse "bueno que los estadistas hablen con tiempo al pueblo de estas grandes cosas; así se las puede meditar con calma y así se llega fácilmente a la adopción madurada de las grandes resoluciones"<sup>110</sup>.

En general los medios de oposición advirtieron de forma crítica las motivaciones políticas de los desplazamientos del Jefe de Estado. Con motivo del viaje de Balmaceda a Talca, en octubre de 1888, para asistir a un baile en su honor, *La Libertad* denunció que tal homenaje era "una manifestación política" que, además, tenía "carácter oficial", acusación que inmediatamente fue refutada por el gobiernista *El Herald*<sup>111</sup>.

*La Libertad Electoral*, por ejemplo, y en una muestra del impacto que tenían las multitudinarias y entusiastas manifestaciones que en la provincia se prodigaban a Balmaceda, se expresó en el sentido de que ya "era tiempo de combatir la tendencia a dar exagerada expansión a los sentimientos de patriotismo y a la demostración de ellos por medio de fiestas

---

<sup>109</sup> Véase edición del medio citado del 14 de octubre de 1888.

<sup>110</sup> Véase editorial de *La Tribuna* del 22 de enero de 1889.

<sup>111</sup> Véanse ediciones de los medios citados del 7 y 9 de octubre de 1888 respectivamente.

públicas"<sup>112</sup>. Cinco meses después, y con motivo de las "grandes fiestas" encabezadas por el presidente Balmaceda con que el pueblo y la Municipalidad de Chillán celebraron el 110º aniversario del nacimiento de Bernardo O'Higgins, el periódico volvió sobre el asunto, ahora para censurar directamente lo que apreció como utilización política de la figura del prócer<sup>113</sup>.

El protagonismo y la figuración que sus viajes y las obras emprendidas dieron al presidente Balmaceda explica que no fuera extraño que algún periódico, además de aplaudir las iniciativas presidenciales, hiciera un llamado a asistirlo en sus objetivos. Así, por ejemplo, *El Norte* de Copiapó, escribió: "tócales, a la vez, a nuestros congresales coadyudar al pensamiento del señor Balmaceda con todo el empuje irresistible del verdadero patriotismo que no tiene más guía y más móvil que el engrandecimiento de la patria"<sup>114</sup>.

Conceptos como los expresados por el medio nortino no dejan de ser significativos si se considera que los mismos mostraban al Congreso Nacional en un papel secundario, disminuido en comparación con la figura presidencial. Así, mientras el Presidente era concebido como el ejecutor de "un programa vastísimo para el porvenir de Chile" cuando planteaba la necesidad de unir toda la república por medio de líneas férreas, un verdadero poder taumaturgo que "con mano maestra ha tocado en la herida que es menester cicatrizar", el Congreso Nacional era relegado al papel de asistente del Ejecutivo, en lo que constituía una visión que contrariaba la tendencia política que lo había fortalecido políticamente desde 1871 en adelante<sup>115</sup>.

---

<sup>112</sup> Véase editorial del periódico nombrado el día del 22, reproducido por *El Estandarte Católico* del 24, ambos de mayo de 1888. En el texto se censuraba a diversos responsables de los que se califica "relajación". A las clases superiores, por "la clausura de los establecimientos bancarios"; a los colegios, "por la interrupción de los estudios"; a los empleados públicos, por su "inconcurrencia y la suspensión de los servicios".

<sup>113</sup> Véase edición del 10 de septiembre de 1888. Los diarios oficialistas combatieron esta interpretación. A modo de ejemplo, véase el editorial de *La Tribuna* del 11 de septiembre de 1888. Según éste, era natural el deseo de ver al jefe de Estado presidiendo unas fiestas como las que motivaban la disputa, pues éste, "con su presencia, les daba mayor solemnidad". A continuación agregaba, "si el Presidente durante su permanencia en Chillán debía ser objeto de manifestaciones de aprecio y respeto personal independientes de las fiestas patrióticas, ¿qué reproche podría hacerse legítimamente a los que las proyectaban?".

<sup>114</sup> Véase edición del 7 de febrero de 1889.

<sup>115</sup> Recordemos que entonces se iniciaron las reformas a la Constitución que, disminuyendo el autoritarismo presidencial, fortalecieron al Congreso Nacional. El significado de las reformas políticas, en Donoso, 1975.

Esta interpretación no es antojadiza y se deja ver en algunas críticas que las iniciativas de Balmaceda despertaron en la prensa. *La Época*, por ejemplo, se mostró sorprendida que el Presidente inaugurara líneas férreas, como las de Pelequén a Peumo y la de Palmilla a Alcones, haciendo lo que llama "ruidosos alardes de la desdeñosa desenvoltura con que mira las opiniones del Congreso"<sup>116</sup>. Para el periódico, que el Presidente iniciara trabajos que el legislativo "no había entrado siquiera a discutir", representaba una "arrogante ostentación de la soberanía y decisiva influencia que éste ejercía en las opiniones de las Cámaras". De este modo la actividad del presidente Balmaceda, y el vigor que puso en su plan de obras públicas, fue interpretado como una manifestación del "vértigo de una impaciencia nerviosa y femenina" que explicaba que en el Ejecutivo, acusaba *La Época*, se "olviden hasta las exterioridades del respeto a las decisiones del Congreso"<sup>117</sup>.

Más todavía, no sólo se censuró "esa falta de respeto", el "desdén altanero y desenvuelto" con que en ocasiones actuaba el Jefe de Estado, sino también, en lo que constituye un hecho de importancia y consecuencias políticas, "esa falta de seriedad administrativa, esa fiebre impaciente de exhibiciones y espectáculos teatrales" que eran para *La Época* los desplazamientos de Balmaceda, los cuales, concluía, apelando a la historia, "no tienen precedente en nuestras severas tradiciones de gobierno". Para el periódico, junto con obras públicas, Balmaceda había "inaugurado una nueva era de espectáculos oficiales que hasta aquí el país no conocía".

En relación con lo anterior, y por tanto con los costos de los festejos a que dieron lugar algunos de los viajes gubernamentales, la prensa reiteradamente reclamó el abuso que implicaba que las municipalidades dispusieran de sus recursos para gastos no considerados en sus presupuestos originales. Fue la crítica que se hizo a la Municipalidad de Chillán con motivo de las fiestas en honor a Bernardo O'Higgins, especialmente luego que *La Libertad Electoral* y *La Época* denunciaron que ellas, más que destinadas a homenajear a O'Higgins, parecieron

---

<sup>116</sup> Véase editorial de *La Época* reproducido en *El Estandarte Católico* del 13 de enero de 1889.

<sup>117</sup> No se nos escapa la alusión a las demostraciones de un carácter "femenino" que se atribuyen al jefe de Estado por su "impaciencia nerviosa". Ello está de acuerdo con las nociones existentes en la época respecto de la mujer y su naturaleza.

organizadas en honor de Balmaceda<sup>118</sup>.

*La Discusión* llamó la atención sobre "los banquetes monstruosos, los bailes colosales, las variadas fiestas públicas y privadas" con que en Chillán se celebraría el centenario del natalicio del prócer Bernardo O'Higgins, censurando los excesos y temiendo que los recursos disponibles fueran "insuficientes para dar al acto todo el esplendor que su patriótico objeto requiere"<sup>119</sup>. Consumadas las celebraciones, el periódico retomó el tema en un editorial en el que llamaba la atención sobre el hecho que toda la prensa del país se había pronunciado unánimemente contra la conducta del Municipio chillanejo: "que había derrochado una buena parte de sus rentas en realizar una fiesta que, a pesar de sus patrióticas apariencias, no ha sido más que una ovación cortesana hecha al Presidente de la República"<sup>120</sup>.

En un editorial publicado por *La Época* el mismo día del arribo de la comitiva presidencial a Valparaíso luego de la gira al norte de marzo de 1889 titulado "A revienta bombos y a desparrama millones", el periódico criticaba el viaje del Presidente y la política gubernamental "tan cruelmente y tan pintorescamente calificada de *a revienta bombos y desparrama millones*, esa política que ofusca el criterio de los individuos, perturba la opinión y compromete los intereses generales"<sup>121</sup>.

Para este medio, esa política no "era otra cosa que la ausencia absoluta de iniciativa, de fuerza y de voluntad propia en los hombres del partido de gobierno", los cuales, "se empeñan en esperar todo del Presidente de la República, en tener que recibirlo todo del

<sup>118</sup> Véanse las ediciones de los periódicos mencionados del 10 y 11 de septiembre de 1888 respectivamente. *La Libertad Electoral* advertía, "ajeno a nuestro papel es en este momento averiguar si el estado de las rentas municipales permitía un desembolso como el que ha efectuado la Municipalidad de Chillán; pero en él estamos al indagar si esa inversión es autorizada por la ley".

<sup>119</sup> Véase editorial del 8 de septiembre de 1888.

<sup>120</sup> Véase edición del 21 de septiembre de 1888. Entre los diarios que condenaron el proceder municipal, y que *La Discusión* llama "los más respetables del país", estuvieron *El Ferrocarril*, *El Mercurio*, *La Libertad Electoral*, *El Heraldo* y *La Época*. Según *La Libertad* de Talca la Municipalidad de Chillán gastó 15.000 pesos en las fiestas de agasajo a Balmaceda. *La Situación* de Santiago informó que sólo el banquete costó 4.500 pesos.

<sup>121</sup> Véase fuente citada, edición del 24 de marzo de 1889.

Presidente de la República y en tener que agradecerlo todo al Presidente de la República"<sup>122</sup>. Por eso "el ruido de los tambores, con los aplausos de las fiestas, con las marchas y las paradas, con el maravilloso derrame de los millones", mientras tanto la verdad "se cubre...para los que no quieren ver o no tienen ojos"<sup>123</sup>.

*El Herald* por su parte, en un editorial llamado "Política del día", señalaba que "el viaje a Tarapacá y los telegramas empalagosos de los cantores de S.E. en aquella excursión han dado actualidad a la cuestión candidatura", afirmando que "la preferencia envuelta en la ida del Ministro Enrique Salvador Sanfuentes tiene una importancia que no se escapa al ojo avizor de los interesados en obtener la victoria en La Moneda". Concluyendo que los telegramas recibidos se "han encargado de dar la razón a los que veían en el viaje un pedestal para las ambiciones del favorito presidencial"<sup>124</sup>.

El principal periódico del país, *El Ferrocarril*, también editorializó con el tema de la gira presidencial al norte señalando la utilidad de la misma: "tanto para la pronta y acertada solución de muchos problemas administrativos, como para impulsar el adelanto y la ejecución de las obras que exige el creciente desarrollo de su vitalidad"<sup>125</sup>. Sin embargo, aludía luego a las "perturbaciones" que la separación del Presidente del "centro natural obligado del despacho administrativo ocasionaba", las cuales, en su concepto, podrían evitarse "con un previsor reemplazo del Presidente en el despacho de los negocios de carácter apremiante y urgente", especialmente ahora, concluía, "que la actividad del movimiento administrativo yendo en

---

<sup>122</sup> En la nota de *La Época* se pusieron de manifiesto la mayor parte de los reproches que terminarían haciéndose a los viajes protagonizados por Balmaceda. Entonces cuestionamientos aislados y minoritarios, pero que tiempo después serían sistemáticos y mayoritarios, y por lo tanto, decisivos para explicar la suerte final del presidente.

<sup>123</sup> *El Estandarte Católico* del 26 de marzo de 1889, informa muy brevemente del carácter del editorial de *La Época*.

<sup>124</sup> El texto citado, fue reproducido por *La Época* del 15 de marzo de 1889. El temor del editorialista son las proporciones que va adquiriendo la candidatura Sanfuentes, "que en menos de un año ha llegado a ser el grande hombre del gobierno", y que "exigen se le combata seriamente y sin demora". Se basa en "ciertas preferencias significativas del señor Balmaceda" para con Sanfuentes a lo largo de la gira, como por ejemplo, "el no negar y facilitar a su privado la ocasión de que emplee sus talentos y se haga conocer, a cuyo fin ha ido encaminada su excursión al sur y este viaje ahora a la región del salitre".

<sup>125</sup> Véase edición del 29 de marzo de 1889.

aumento, hará indispensable estas excursiones del Jefe de Estado a las provincias, siempre que haya para ello motivos y consideraciones que las justifiquen"<sup>126</sup>. Texto que puede ser considerado como una advertencia sobre la atención que en el futuro dispensaría al uso que el Jefe de Estado haría de sus salidas a la provincia.

Así, y como se ha pretendido mostrar, si por una parte los desplazamientos por la provincia significaron para Balmaceda recoger numerosas muestras de reconocimiento y entusiastas manifestaciones de adhesión, que obviamente le significaron ampliar su base de apoyo, no es menos cierto también que los mismos viajes, finalmente le significaron un perjuicio político.

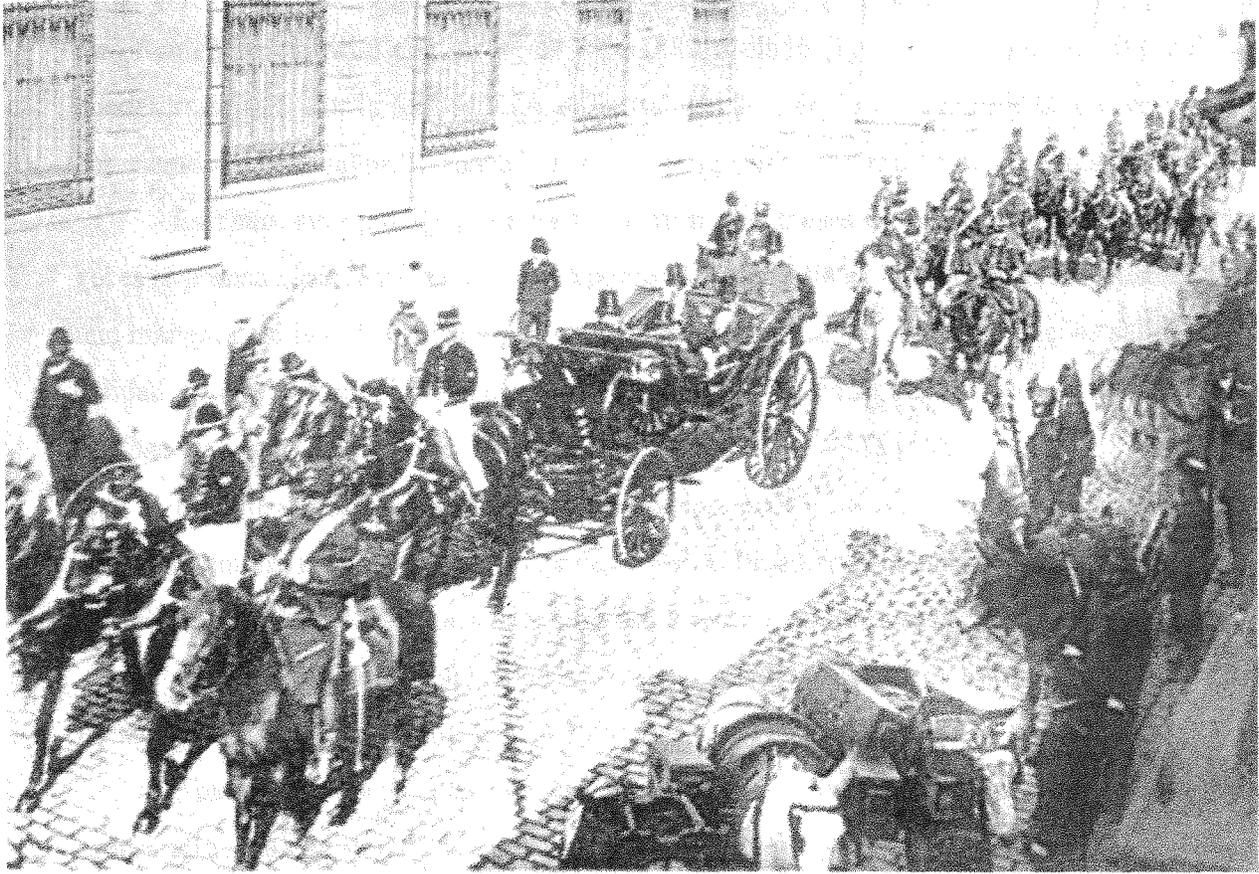
En efecto, el contenido de algunos de ellos, el costo que su organización implicó, las formas de su financiamiento, la actitud del Presidente ante sus auditorio, como las críticas lo muestran, fueron transformando una práctica en sí positiva y bien evaluada por la mayor parte de la opinión, en un fenómeno reprochable; que parecía atentar contra las prácticas republicanas, que incitaba a la malversación de fondos y que, en último término, además, menoscababa a uno de los poderes del Estado como lo era el Legislativo representado por el Congreso Nacional.

Como es obvio, tales excesos, que la prensa mostró como motivados por el Presidente, no podían ser indiferentes a la opinión, la cual, lenta, pero claramente, se fue tornando en contra de lo que el Primer Mandatario comenzó a representar en la sociedad.

En este contexto, y más allá de la veracidad o no de los relatos de las crónicas y de las aprehensiones de los editorialistas, lo cierto es que la gira al norte de 1889 marcó un punto de inflexión para la administración Balmaceda. Desde el momento mismo que ella fue apreciada por un sector de la opinión como destinada a potenciar "al favorito presidencial", inmediatamente se produjo una reacción en los círculos capitalinos destinada a combatirla, y con ella a

---

<sup>126</sup> Este medio hacía notar que "el Presidente de la República, por el hecho de emprender una excursión" como la realizada, "que representa un gravamen para los recursos naturales", había contraído una alta responsabilidad. Debiendo ser los resultados prácticos de esa visita, traducidos en hechos, el justificativo y la mejor demostración de la utilidad de las excursiones presidenciales". Es decir, se duda, pero se reserva opinión hasta ver los resultados concretos del viaje oficial.



Tocó a Balmaceda la adquisición de unos *landau* para uso exclusivo del Presidente de la República. Los coches fueron encargados a la casa de Million Guiet de París. De acuerdo con un cronista, «se trataba de carruajes a la gran Daumont tan extraordinarios por aquel tiempo que la casa constructora los exhibió en el Gran Palais». Los mismos fueron estrenados en las fiestas patrias de 1889.

Los enemigos de Balmaceda criticaron duramente su encargo, por considerarlo un lujo. Los reproches generados por los vehículos tuvieron tal repercusión en la opinión que, incluso, una crónica destinada a demostrar la conducta dictatorial del Presidente, los menciona como una más de sus excesos.

su promotor, el Presidente de la República. A este respecto, las palabras de *El estandarte Católico* en su editorial del 24 de abril de 1889 titulado "La cuestión política del día", no pueden reflejar mejor la realidad que enfrentaba el Jefe de Estado. Entonces se escribió: "ha comenzado para el señor Balmaceda el crudo y riguroso invierno de su quinquenio"<sup>127</sup>

Es claro, sin embargo, que hasta los primeros meses de 1889, la mayor parte de las veces la prensa dio cuenta de los viajes poniendo el énfasis en la crónica de los mismos y de una manera positiva. Se informó sin cuestionar, mayormente, las razones de las salidas ni la calidad y situación de la persona que normalmente las encabezaba, esto es, el presidente Balmaceda.

En este contexto, y salvo excepciones, los medios de prensa informaron de las giras gubernamentales refiriéndose al "Viaje de su S.E. el Presidente de la República", manteniendo con ello un tono muy respetuoso de la investidura de José Manuel Balmaceda.

Este carácter sólo se alteró sustantivamente al darse cuenta de los desplazamientos del Presidente en el segundo semestre de 1890.

Entonces, y como consecuencia del conflictivo clima político que vivía el país, una prensa alineada con una de las dos posiciones en que se dividía políticamente la sociedad, informó de los viajes presidenciales de forma muy diferente según si se trataba de diarios oficialistas o de oposición.

Pero la lucha por la opinión que en torno de los últimos viajes del Presidente se dio, sólo fue posible una vez que la sociedad advirtió el verdadero carácter de los desplazamientos a la provincia del Jefe de Estado. Cuando, y más allá de la posición respecto del gobierno de cada uno de los periódicos citados, y esto es lo que a nosotros nos interesa demostrar ahora, todos reconocieron el carácter político de las excursiones gubernamentales.

---

<sup>127</sup> Para el editorialista la causa última de la situación no era otra que "la lucha de los pretendientes a la sucesión", la cual, y como se había pronosticado alguna vez a Balmaceda, "convertirá la alegría en pena y las facilidades en tropiezos y dificultades".



## VII- VIAJE Y LUCHA POR LA OPINIÓN

### VIAJE Y CONFLICTO POLÍTICO

Entre los viajes realizados por José Manuel Balmaceda, los de octubre y diciembre de 1890 que lo llevaron a Collipulli y Concepción respectivamente, están entre los más significativos. En especial, por las oportunidades analíticas que ofrecen respecto de la coyuntura política en que se producen, situación que permite mostrar el impacto en la opinión que el conjunto de las excursiones gubernamentales tuvieron en cuanto práctica política.

Entonces el país se encontraba sumido en un grave conflicto cuyas primeras manifestaciones se habían mostrado con claridad luego del viaje presidencial al norte de la república en marzo de 1889. Si hasta esa excursión el Jefe de Estado había disfrutado de una relativa tranquilidad política y la oposición no le había provocado grandes problemas, la interpretación que la gira al norte había sido una maniobra destinada a presentar a la opinión al elegido para sucederlo en la presidencia fue suficiente para concentrar en contra de Balmaceda todas las críticas que la práctica de la intervención electoral suscitaba<sup>1</sup>.

Cierta o no la denuncia, lo cierto es que ella provocó gran daño a la administración. Así lo reconoce el oficialista Julio Bañados Espinoza, que participó en la gira de 1889 en su calidad de Ministro de Estado cuando, aludiendo al viaje a las provincias del Norte "destinado a saludables reformas administrativas y a la solución de gravísimos problemas vinculados a las industrias salitrera y minera", en definitiva, "fue cuna de evolución política que sacudió los cimientos de la unión Liberal y precipitó sobre agrias pendientes al gobierno de Balmaceda y al país"<sup>2</sup>.

Para explicar su opinión, Bañados aborda el problema de las candidaturas presidenciales, de las cuales, afirma, "Balmaceda tuvo la fatal desgracia de ser víctima desde el mismo día

---

<sup>1</sup> Esta apreciación es la que reflejó el ya citado *El Heraldo* en su editorial "Política del día". Véase *infra*, capítulo VI.

<sup>2</sup> Bañados Espinoza, 1894, tomo I, p. 270.

que prestó su juramento presidencial". Así, relata que con motivo del viaje al norte uno de los grupos disidentes del liberalismo, por sospecha de uno de sus caudillos, creyó "que el candidato de preferencia de Balmaceda es el ministro Sanfuentes", iniciándose entonces un período de recelos y desconfianzas entre los partidos, en medio de un clima en el que brotaban las "tramas más minuciosas, las conspiraciones más maquiavélicas y los planes más extraños", y en el cual "se interpretaban desde las sonrisas hasta los saludos del Presidente de la República". Afirmación que por lo demás viene a demostrar, una vez más, que hasta los menores detalles de los viajes gubernamentales se prestaron para la interpretación y el juego político<sup>3</sup>.

Abordando la gira presidencial, el opositor Augusto Orrego Luco en sus *Memorias del tiempo viejo*, recuerda que cuando el presidente Balmaceda emprendió viaje al norte, le acompañó una numerosa comitiva en la cual figuraban algunos ministros y personalidades, como Sanfuentes y Augusto Matte. Entonces, relata, se vio que, "después de Balmaceda, los homenajes se dirigían a Sanfuentes, en forma por demás significativa. Se veía y se palpaba la incubación de una candidatura presidencial bajo el ala protectora del gobierno". Según Orrego Luco, continuando su crónica, Augusto Matte, personalidad descollante y futuro candidato de los disidentes, había quedado en la penumbra, y comprendiendo inmediatamente su situación desairada, se regresó a Santiago "antes de llegar a Iquique, en donde los homenajes a Sanfuentes alcanzaron proporciones considerables". Las prevenciones y rivalidades causadas por los hechos señalados, termina el memorialista, hicieron sentir a Balmaceda "la marejada de recelos en contra de candidaturas oficiales apoyadas por él"<sup>4</sup>.

No está demás hacer saber que Augusto Matte jamás se volvió antes que la comitiva

---

<sup>3</sup> Véase Bañados, 1894, pp. 270-282. En ellas se relatan detalladamente las "intrigas" de los partidos en su afán por imponer sus candidatos y las acciones que Balmaceda emprendió, sin éxito, por aminorar los efectos de la lucha que la existencia de un supuesto aspirante oficial había generado, entre ellas, la de cambiar la composición de su Ministerio.

Naturalmente, este autor desmiente que Balmaceda tuviera un candidato oficial y que, además, éste fuera Sanfuentes. Arturo Alessandri, dos veces Presidente de Chile en la primera mitad del siglo XX, en el relato de su juvenil actuación en la que llama revolución de 1891, si bien confirma las creencias existentes sobre la candidatura Sanfuentes, sostiene que "no había ninguna razón que seriamente justificara esta suspicacia basada sólo en las atenciones que Balmaceda dispensaba a su Ministro". Véase Alessandri, 1950, pp. 43-44. El conservador Cifuentes, 1936, II, pp. 289-292, también sostiene la existencia de la candidatura Sanfuentes.

<sup>4</sup> Orrego Luco, 1984, pp. 244-246.

de la que formaba parte, y que menos pudo hacerlo antes de llegar a Iquique pues, fue en esa ciudad donde se inició la gira presidencial<sup>5</sup>. Pese a la falsedad del hecho, la historiografía nacional relata lo sucedido con Sanfuentes y Matte en la gira al norte, mostrando así la existencia de una candidatura oficial. Base de la cerrada oposición que a partir de entonces se hizo a la administración, ahora, también, por un sector del liberalismo, como lo eran los llamados "disidentes"<sup>6</sup>.

Pero, e insistimos, más allá de la veracidad o no de los relatos de las crónicas, lo cierto es que la gira al norte de 1889 marcó un punto de inflexión para la administración Balmaceda. Así, desde el momento en que la misma fue apreciada por un sector de la opinión como orientada a potenciar "al favorito presidencial", inmediatamente se produjo una reacción en los círculos capitalinos destinada a combatirla, y con ella a su promotor, el Presidente de la República.

Evidencia de la molestia existente entonces en contra de la administración por sus afanes electorales fue que, reabiertas las cámaras a mediados de 1889, algunos parlamentarios se refirieron a la gira de marzo al norte para argumentar en contra de Balmaceda y su gobierno. La situación se produjo en la Cámara de Diputados, a raíz de la discusión motivada por la exposición del programa del nuevo Ministerio<sup>7</sup>.

Entre los que intervinieron en el debate, el diputado Augusto Orrego Luco se concentró

<sup>5</sup> En el viaje de marzo de 1889, Matte aparece formando parte de la comitiva presidencial, e incluso discursando en Copiapó y La Serena, es decir, en las últimas etapas de la gira.

<sup>6</sup> Véanse, a modo de ejemplos de lo que afirmamos, Salas Edwards, 1914-1925, I, pp. 150-151; Rodríguez Bravo, 1921, I, pp. 150-151; Yrarrázabal Larraín, 1940, I, p. 381; Encina, 1940-1952, XIX, pp. 148-149 y Blakemore, 1978, pp. 133-134.

Por último, y más recientemente, Bravo Valdivieso *et al*, 1991, pp. 132-133, afirma que "Augusto Matte, sintiéndose postergado, abandonó intempestivamente la gira y regresó a la capital, donde vocearía sin disimulo su contrariedad". Ello habría causado que a su regreso, "el Presidente halló un Santiago revolucionado por la supuesta investidura del "delfín" Sanfuentes".

<sup>7</sup> Véase sesión 2<sup>o</sup> ordinaria de la Cámara de Diputados, en 11 de junio de 1889, precisamente el día en que los nuevos secretarios de Estado juraron sus cargos. El cambio de Ministerio estuvo motivado por el fracaso gubernamental en organizar una convención presidencial para nominar al candidato oficial y así contrarrestar las críticas por la supuesta existencia de la candidatura Sanfuentes. Sin embargo, el nuevo gabinete irritó todavía más a la oposición, la cual se mostró hostil desde el momento en que éste se presentó en las Cámaras a exponer su programa. Sobre estos sucesos, Bravo Valdivieso *et al*, 1991, pp. 128-137.

en la forma en que se presentaba al Presidente de la República. En su concepto, y en una clara alusión a la imagen amenazante que comenzaba a tomar ante la opinión pública la figura del Jefe de Estado, éste "no se presenta como el primer servidor de la nación, que viene a dar cuenta al Congreso de la manera cómo ha obedecido la voluntad soberana, sino en el carácter de un soberano que viene a dictar leyes al Congreso". Para el liberal opositor, el Presidente había olvidado su papel constitucional, "el papel austero y severo de un Franklin o de un Washington, para venir a representar el papel de un monarca que se presenta a su pequeño parlamento envuelto en el colorido escénico y en los reflejos dorados de los tiempos de Luis XIV y la regencia"<sup>8</sup>.

Como se aprecia, la agitación que la intención oficial provocó sufrió diversas alternativas a lo largo de 1889, algunas de ellas críticas, las que, a pesar de todo, lograron ser superadas. Sin embargo, ya en enero de 1890 el conflicto volvió a reanimarse cuando, una vez aprobados los presupuestos, Balmaceda nombró un Ministerio que prescindía de la voluntad de los partidos, hecho que para éstos no fue más que la expresión palpable de la decisión oficial de resistir la voluntad expresada en el Congreso Nacional<sup>9</sup>.

Cerrado a toda posibilidad de renunciar a los poderes que Balmaceda creía propios de la Presidencia de la República y fortalecido por los dividendos que sus viajes por el país le habían significado, el Jefe de Estado se dispuso así a resistir los embates de los círculos políticos. Éstos, que combatían no sólo la intervención electoral oficial sino que al presidencialismo en su conjunto, comenzaron a recelar de las excursiones presidenciales que, hemos demostrado, en general proyectaban una imagen positiva del gobernante.

La lucha entre los poderes públicos se agudizó cuando reabiertas las Cámaras en junio de 1890, éstas suspendieron la discusión de la ley que autorizaba el cobro de las contribuciones, provocando con ello gran incertidumbre. Sólo la mediación del Arzobispo de Santiago logró superar la situación y el Presidente, en agosto de 1890, pudo organizar un ministerio que

---

<sup>8</sup> Véase la 6ª sesión ordinaria de la Cámara de Diputados de 25 de junio de 1889.

<sup>9</sup> No es ocioso insistir en el hecho que para el Congreso tanto la Constitución como las prácticas políticas habían llevado a la imposibilidad de la existencia de un gobierno que no contara con su apoyo o tolerancia.

contó con la confianza de las Cámaras y obtener que el Congreso votara las contribuciones, todo en medio de la esperanza del país en que el conflicto se alejaba.

Pero el momento de tregua fue de corta duración. Los partidos continuaron recelosos de los afanes presidenciales, en especial, por el dominio que éste ejercía sobre las provincias, lo que impedía que los ministros de la confianza del Congreso se impusieran como el verdadero poder que pretendían ser. Un hecho coyuntural, como la censura de un funcionario público acusado de manejos electorales, que Balmaceda no quiso destituir, llevó a la renuncia del Ministerio a mediados de octubre.

El presidente Balmaceda volvió entonces a nombrar un gabinete de amigos, ajenos al Congreso, y las sesiones de las Cámaras cesaron sin que se hubiera iniciado la discusión, y menos aprobado, la ley de presupuestos para 1891.

En el escenario político delineado Balmaceda decidió viajar al sur, y sus excursiones deben apreciarse como un intento de atraerse la adhesión, la simpatía y la voluntad de la población en general y, además, de aparecer ligado a obras de progreso. De recibir el aplauso de la provincia, palpar el sentir de los círculos ajenos a Santiago y, en definitiva, mostrar el apoyo que tenía en un momento en que su lucha con el Congreso se había agudizado.

Tales propósitos, también bastante claros para la oposición al Presidente, hicieron de los desplazamientos a Collipulli y Concepción algo más que simples viajes gubernamentales. Ellos mismos, y cada uno de sus componentes, se transformaron en campo de batalla por el favor de la opinión pública; en la excusa para, según quien interpretara los hechos, exhibir la popularidad del Jefe de Estado o señalar la indiferencia popular, cuando no rechazo, de su figura.

En este contexto, analizaremos las últimas excursiones del presidente Balmaceda en 1890 desde una dimensión poco habitual, pero no por ello menos real. En efecto, apreciaremos la entrega e inauguración de obras de ingeniería tan celebradas como una manifestación de la lucha por la opinión, inserta en la disputa entre el Poder Ejecutivo y el Congreso Nacional. Como parte de la estrategia presidencial por ampliar su base de sustentación política y contrarrestar así el pretendido mayoritario apoyo que en la capital encontraba la causa de la

oposición<sup>10</sup>.

Como se apreciará serán los hechos los que nos mostrarán y permitirán hacer comprensible nuestra interpretación. La aparentemente simple reconstrucción que hemos realizado de estas excursiones bastará entonces para mostrar, desde la perspectiva de la celebración de la inauguración de una obra pública, el progresivo deterioro de la convivencia nacional previa a la Guerra Civil de 1891.

A este respecto es preciso llamar la atención sobre el hecho que los desplazamientos del gobernante al sur del país fueron objeto, en más de una ocasión, de censuras por el uso que éste hizo de ellos para fortalecer su imagen pública. Si se considera que la zona centro sur del país, la más visitada por los gobernantes chilenos, resultaba decisiva en términos de la lucha por el poder, no debe extrañar que en cada uno de sus viajes por ella Balmaceda no sólo se esforzara por captar las simpatías de sus habitantes, sino que también debiera sufrir los intentos de sus oponentes por, precisamente, contrarrestar los efectos que sus viajes provocaban en la opinión<sup>11</sup>.

Los antecedentes expuestos permitirán comprender mejor porqué las excursiones presidenciales a Collipulli y Concepción fueron objeto de tan intensa polémica respecto de su verdadero significado y alcances. De hecho, y en lo que constituye un síntoma de la situación por la que atravesaba entonces el país, las últimas excursiones del presidente Balmaceda al sur sufrieron postergaciones derivadas de las alternativas de la lucha política que lo enfrentaba a la oposición. Entre ellas, la que había impedido al Presidente convocar a la legislatura

---

<sup>10</sup> Un memorialista que sintomáticamente confunde ambas excursiones como si hubieran sido una sola, afirma que "en el fondo, el propósito de su viaje había sido sondear la opinión pública, pues Balmaceda también había levantado la bandera de las provincias contra la capital haciendo valer el centralismo santiaguino que las aplastaba". Véase Orrego Luco, 1984, pp. 308-309.

<sup>11</sup> El territorio que se extiende desde el Aconcagua al sur había sido la cuna de la nacionalidad, era el ámbito natural de las actividades que habían dado origen a la sociedad chilena, a la élite tradicional, a la aristocracia formada al amparo de la posesión de la tierra. Este espacio, densamente poblado en comparación con el norte, era el territorio en el cual vivían los sectores sociales más influyentes del país, unidos por múltiples relaciones, orgullosos de su origen y pasado, de su peso político, de su poder social, de su acción en favor del desenvolvimiento nacional. Eran ellos quienes formaban parte sustantiva de la opinión pública nacional, y a ellos se sumaban, cuando no seguían, las capas medias emergentes y los sectores que daban vida al movimiento popular que también hacían oír su voz y, además, contaban políticamente.

extraordinaria para que el Congreso aprobara la ley de presupuesto correspondiente a 1891, evitando así que las cámaras censuraran un ministerio que no contaba con la confianza de la mayoría opositora<sup>12</sup>.

Considerando que para el presidente Balmaceda una acción como la que el Congreso pretendía realizar resultaba intolerable desde el momento en que él sostenía que el nombramiento de los secretarios de Estado era una atribución exclusiva del jefe de gobierno, y que ceder ante el Congreso implicaba afectar la dignidad presidencial y con ello a todo el sistema político, se apreciará adecuadamente la trascendencia política de los viajes de los últimos meses de 1890<sup>13</sup>. Ellos se realizaron en el espacio que contenía a la mayoría de la población nacional, en medio de los que, en parte importante, decidirían la contienda trabada entre los poderes del Estado.

Confirmados los viajes oficiales, se iniciaron los preparativos pertinentes y algunas poblaciones de la provincia decidieron hacer saber, a través de sus autoridades, su interés por recibir al Presidente. Claro índice de la atracción que éste todavía suscitaba. Así ocurrió con los habitantes de Traiguén que esperaban acoger a Balmaceda a su paso hacia Collipulli. A éstos S.E. contestó que, deseando hacer un viaje lo más corto posible, no le era posible acceder a su petición<sup>14</sup>.

---

<sup>12</sup> La censura de los ministerios fue una de las prácticas políticas puestas en uso a lo largo del siglo XIX. Ella, junto a las interpelaciones a los secretarios de Estado y a la prolongación de la discusión de las leyes de presupuesto y contribuciones, verdaderas amenazas para el Presidente, representaron los instrumentos a través de los cuales las mayorías parlamentarias moldearon las políticas del Ejecutivo imponiéndole ministros de su confianza. Ello, a su vez, explica que el gobierno interviniera en las elecciones con el objeto de asegurarse una representación afín a sus intereses. Como es obvio, en la administración Balmaceda estas prácticas fueron duramente cuestionadas por los bandos en lucha.

<sup>13</sup> En receso las Cámaras, la Constitución disponía que sesionara la Comisión Conservadora, ente creado para velar por la legalidad de los actos de la administración y cuya composición se determinaba por sorteo entre los parlamentarios. En diciembre de 1891, y al estar controlada por la oposición, ésta actuaba más como ente político crítico del gobierno que como órgano jurídico. De hecho, y según un testimonio, "la Comisión Conservadora se había convertido en un foco de violenta incitación a la revuelta". Véase Emilio Rodríguez Mendoza, *¿Como si fuera ayer...*, Santiago, Casa Editorial "Minerva", 1919, p. 117. Las sesiones de este organismo eran públicas y sus actas se difundían profusamente por la prensa. Así, por ejemplo, *El Independiente* del 16 de diciembre de 1890 reproduce el acta de la sesión del día anterior en el que uno de los congresales repudia la represión ejercida contra los manifestantes opositores a Balmaceda durante la visita de éste a Concepción, obteniendo, "(aplausos atronadores en las galerías)".

<sup>14</sup> *El Estandarte Católico* del 21 de octubre.

Ejemplo de la sensibilidad entonces existente en torno de las acciones del Presidente de la República, y a raíz de que la I. Municipalidad de Angol acordó reunirse para decidir la manera "digna como deberá recibirse al Jefe de Estado", *El Colono* justificaba la medida en razón de "la cortesía oficial que le impone la representación de la provincia"<sup>15</sup>.

El ambiente positivo para el Presidente que se trataba de crear con la excursión a Collipulli se aprecia en notas como la de *El Mercurio* del 24. A través de ella se informó que varias autoridades del puerto de Valparaíso habían sido invitadas a la inauguración del viaducto, todas las cuales partirían el sábado a las 7 a.m. desde la capital en el convoy que conduciría también al Jefe de Estado. Desde Concepción, por su parte, *El Correo del Sur* hacía saber que de aquella ciudad saldría un tren especial directo a Collipulli conduciendo al Intendente de la provincia, al Obispo, a los gobernadores de la misma y a los funcionarios invitados<sup>16</sup>.

Junto con los aprestos de los anfitriones, y en virtud del carácter que el gobierno dio a las excursiones al sur, se inició también la lucha por la opinión. Controversia que una poesía publicada por *La Época* del 2 de noviembre de 1890 reflejó claramente al aludir a la situación de los contendores, e, incluso, al final que esperaba al gobernante<sup>17</sup>.

---

<sup>15</sup> Véanse *El Colono* del 23 y 24 y *La Libertad Católica* del 26, todos de octubre de 1890. En la nota se informaba que en la recepción oficial en Angol participarían los colegios, la corporación municipal y los particulares.

<sup>16</sup> Véase *La Libertad Católica* del 25, y la nota reproducida en *El Estandarte Católico* también del 25, ambos de octubre de 1890. *El Estandarte*, en su edición del día anterior, había informado del "mucho entusiasmo que se nota en Santiago para asistir a las fiestas oficiales que tendrán lugar el domingo con motivo de la inauguración del Malleco". En la misma fecha, hizo saber que ante una consulta, el Director General de los Ferrocarriles del Estado informó al ministerio de Industria que el "tren especial que debe partir para Angol, no puede dar cabida a más de ciento cincuenta pasajeros". Lo anterior, quizás por que ya se había advertido sobre el crecido número de participantes en la excursión, a los que todavía había que agregar, "los intendentes y gobernadores de los pueblos por donde pase ésta que también se sumarán a ella". Véase *El Mercurio*, 24 de octubre de 1890.

<sup>17</sup> El texto citado es el siguiente:

**"A Balmaceda**

¡ No triunfaréis jamás! vuestro cerebro  
Lo ofusca mentirosa ambición,  
Como se apartan todos de un leproso,  
Todos se alejan con horror de vos.

En el caso del viaje a la inauguración del viaducto del Malleco, la disputa política entre el Ejecutivo y el Legislativo se reflejó, en primer término, en la crónica de las alternativas del viaje y en la interpretación que de ellas hicieron los medios representativos de una u otra posición. De este modo, diversos sustantivos se usaron para aludir a los viajeros según la posición política, y por lo tanto la postura crítica o no respecto del viaje, de los informantes.

El oficialista *La Nación* hizo saber que Balmaceda sería acompañado por sus ministros y que la comitiva oficial estaría formada por cerca de doscientas personas, entre ellos los generales Velázquez y Barbosa<sup>18</sup>. Pero el opositor *La Época* incrementa el número de participantes a trescientas personas más o menos, a los que, en tono irreverente, califica de

¿Con quién contáis? -Con nadie- El caballero  
No acepta ni mentira, ni traición,  
Vuestra doblez es tanta, tanta, que avergüenza,  
I huyen los buenos con horror de vos.

¿El pueblo acaso? -Os engañáis. Valiente  
El roto es ante todo corazón,  
I vos no lo tenéis. Por eso el roto  
Huye sonriendo con piedad de vos.

¿Decís que el militar? ¡Mentira infame!  
¡Nuestra augusta bandera, santo Dios!  
¡Jamás! los héroes de Arequipa y Tacna  
Se alejan indignados contra vos.

¡Ved claro! abrid los ojos! nadie es vuestro  
Sino los pijes y los que un baldón  
Han echado en su nombre! Ellos tan solo  
Manchados no se sienten junto a vos.

¿Qué pensáis? En la guerra fratricida...?  
¡A qué abismos lanzáis a la nación!  
¡Maldito vuestro nombre para siempre  
Si la sangre a correr llega por vos.

Aun es tiempo: pensad que de la patria  
Conservaremos todos el honor.  
Si intentáis prostituirla, en cada diestra  
Un puñal justiciero hallaréis vos!"

<sup>18</sup> *La Nación* del 24 de octubre de 1890.

"zánganos presidenciales", entre los cuales considera a "los de *La Nación*"<sup>19</sup>.

Del convoy oficial, compuesto por siete carros, *El Independiente* informó que fue presidido por una máquina que, a tres kilómetros de distancia, tenía como misión advertir y "remover los guijarros y obstáculos que entorpecieran la vía"<sup>20</sup>.

Respecto de las notas de prensa sobre el recibimiento de las poblaciones al Jefe de Estado a su paso hacia Collipulli, la información respecto de lo ocurrido en Talca es un buen ejemplo de la división de opiniones existente.

Según la crónica del viaje presidencial ofrecida por *El Mercurio*, en Talca no hubo ninguna manifestación, ni favorable ni adversa a Balmaceda, como no sea la de un ciudadano que gritó: "¡Viva el presidente... *Malmaceda*". Para el periódico, a este "pobre le habían enseñado y pagado, sin duda, para que rompiese el fuego de las ovaciones, la cual, sin embargo, "fue ahogada por otro individuo del pueblo". De esta forma, concluye, se verificó la "solemne y universal ovación", luego de lo cual la "concurcencia se retiró de la estación, entre triste y compasiva, como cuando se despide un duelo a las puertas del cementerio, pues, se preguntaba, ¿y qué otra cosa que un cadáver político y social es actualmente el Presidente de la República"<sup>21</sup>.

Para el balmacedista *Los Tiempos*, en cambio, el convoy presidencial arribó a una estación talquina "engalanada con multitud de banderas nacionales que presentaban un aspecto magnífico". De acuerdo con este diario, la concurrencia, que fue muy numerosa", al entrar el

<sup>19</sup> El cada vez menos independiente *El Ferrocarril* señaló que "S.E. salió acompañado de varios de sus ministros y considerable número de personas". El ya opositor *El Mercurio* afirmó que el numeroso séquito se descomponía en esta forma: "sargentos y cabos del ejército, soldados, empleados, aspirantes y cortesanos de toda estofa". Para este medio, reproduciendo una información del antibalmacedista *La Libertad* de Talca, el número de carros que arrastraba la locomotora a su paso por aquella ciudad era "cuantioso, porque ¿a quién no le gusta pasear de balde, comer de balde y beber de balde?". Véanse ediciones de los medios citados del 26 y 27 de octubre de 1890.

<sup>20</sup> Según este periódico, había sido el propio Balmaceda quien había ordenado la medida. Esta información también fue ofrecida por *El Mercurio* del 27 de octubre de 1890. Según una nota de *La Libertad Electoral* reproducida en *El Mercurio* del día 8 de noviembre, entre Curicó y Talca la máquina se descompuso, y su conductor se vio obligado a detener el convoy presidencial repentinamente, lo cual "causó profundo estupor en el señor Balmaceda, quien tembloroso y casi sin aliento se puso de pie, preguntando qué sucedía". La nota es una muestra de los temores que, según la prensa de oposición, embargaban a Balmaceda.

<sup>21</sup> Esta nota, además, apareció reproducida en *La Época* del 28 de octubre de 1890.

tren presidencial en la estación, "prorrumpió en vivas a S.E.", todo, en medio de los sonos de la banda de los padres salesianos<sup>22</sup>.

Mientras los medios de oposición se solazaban con el material que la excursión oficial les ofrecía, intentando perjudicar la imagen presidencial, la prensa gubernamental daba cuenta de aquellos aspectos que favorecían al Jefe de Estado. Así, por ejemplo, *La Nación* relató que al enfrentar el río Laja, el convoy interrumpió su marcha y S.E. procedió a inaugurar el puente nuevo del Laja<sup>23</sup>.

El arribo del presidente Balmaceda a la ciudad de Angol a las 8:10 p.m. del sábado 25 fue descrita por *El Colono*. Según éste, en una clara explicación de una situación que no había sido como se esperaba, la circunstancia de haber llegado de noche "contribuyó en parte a que la recepción no fuera tan animada como era de desear". Sin embargo, y de acuerdo con otro informante, en esta población Balmaceda fue "festejado con indescriptible entusiasmo por toda la distinguida sociedad angolina"<sup>24</sup>.

Así culminaba la primera etapa de un viaje que para el corresponsal de *El Comercio*, había "sido todo una ovación continuada; espléndido bajo todo punto de vista", pues en las estaciones de "San Bernardo, Buin, Rancagua, San Fernando, Curicó, Talca, Parral, Chillán, Concepción, y muchas otras, un gentío inmenso llenaba por completo su recinto, y vivaba frenético al señor Balmaceda"<sup>25</sup>.

---

<sup>22</sup> Nuestra fuente explica que dado que el convoy adelantó su arribo a Talca en media hora, "muchas personas y familias llegaron a la estación cuando, después de diez minutos, el tren siguió su marcha". También informa que en ella tomaron el citado tren el Intendente y otros caballeros que van a la inauguración del Malleco". El texto de *Los Tiempos* aparece reproducido en *El Ferrocarril* y *El Estandarte Católico* del 28 de octubre de 1890.

<sup>23</sup> En esta ceremonia, el ingeniero Alejandro Varas entregó la obra. Luego, se dirigió a los presentes - entre los que estaban los constructores Lever y Murphy- el ministro de Industria y Obras Públicas. Éste se refirió al valor de los ferrocarriles en la vida nacional, al trabajo del capital, el obrero y los profesionales chilenos en la culminación del puente sobre el Laja y al presidente Balmaceda, el que, a su juicio, había correspondido a la esperanza que los pueblos habían cifrado en su patriotismo e ilustración con las obras de progreso que su administración había emprendido en el país. Véanse *La Libertad Católica* del 29 y *La Nación* del 31, ambos de octubre. El texto del discurso de Allendes, en *El Nuble* del 5 de noviembre de 1890.

<sup>24</sup> Véanse *El Colono* del 27, *El Ferrocarril* del 29 y *El Estandarte Católico* del 30, todos de octubre de 1890.

<sup>25</sup> Reproducido en *El Ferrocarril* del 28 de octubre de 1890.

Componentes de lo que el corresponsal llama "fiesta patriótica" fueron los saludos que S.E. recibió de comisiones de los más "distinguidos vecinos de Rancagua, Curicó, Talca, Chillán y Concepción", todas las cuales lo felicitaron "calurosamente por el acierto energía y patriotismo que ha desplegado en la actual situación política; teniendo que evitar -afirmaba apoyando la causa gubernamental-, la anarquía y la ruina de nuestras instituciones seriamente amenazadas por las intrigas y conducta antipatriótica de un Congreso Bizantino".

Las muestras de aprecio popular se justificaban para el enviado de *El Comercio*, en que el pueblo liberal "está hoy, como siempre, al lado del progresista mandatario que en los cuatro años que gobierna el país, ha sembrado el bien, el trabajo y el progreso en todos sus confines". De tal manera que, agregaba, "casi no hay un pueblo, una villa, una miserable aldea que no haya recibido algún adelanto material, como la construcción de una escuela, cárcel, hospital, etc., de la actual administración".

El que la obra material de la administración representaba su mejor carta ante la opinión lo demuestra un editorial de *El Colono*. En él, junto con presentar un respetuoso saludo "lleno de la más viva satisfacción" a S.E. el Presidente de la República, tributaba, en nombre del país y de Angol, "una acción de gracias al gobierno que ha llevado a cabo tan patriótica obra". Demostración inequívoca que todavía en algunos puntos alejados de la capital la imagen de Balmaceda mantenía su prestigio y era objeto de las consideraciones propias de su alta investidura<sup>26</sup>.

El relativo favor provinciano hacia Balmaceda se aprecia también en el editorial con que *El Colono* lo saludó. En él aludía a "la crisis política", opinando que en la agitación "había mucho de ficticio" y que al movimiento de la propaganda le faltaba, "en gran parte, la apariencia de sinceridad". En su concepto, la promulgación reciente de las leyes de

---

<sup>26</sup> Véase edición del medio citado de 25 de octubre de 1890. En concepto del editorialista, ninguna ocasión podía ser más propicia para el cumplimiento de ese deber que la inauguración de una de "las obras de ingeniería más audaces y magníficas de todo el continente, y sin disputa, la primera de cuantas puede enorgullecerse Chile". Verdadero "heraldo perpetuo del espíritu de progreso que ha animado el período gubernativo de S.E. el Presidente, don José Manuel Balmaceda, a cuyo nombre quedaba vinculado ante las generaciones venideras".

municipalidades y de elecciones habían hecho desaparecer completa, "absolutamente, todo lo que servía de pretexto a la agitación que se había tratado de difundir desde Santiago"; de tal forma que ya no se podía decir que el Presidente "era un soberano sin corona, revestido de un poder omnímodo, y que era él quien podía imponer a su sucesor a despecho del país".

Sancionadas las leyes, creía *El Colono*, la oposición había conseguido sus pretensiones, y pasaba a "cosa harto secundaria que el gabinete encargado de hacerlas ejecutar se compusiera de estos o aquellos ministros", de tal forma que, argumentaba, el cambio de secretarios reciente no justificaba "la misma vociferación que cuando se alegaba la omnipotencia presidencial". Puesto que no había fundamentos para esta "declaración de la prensa y del *meeting*", era cosa clara y probada que en realidad "sólo se aspira a imponer al Presidente gabinetes a cuya sombra los partidos de oposición puedan hacer lo mismo que parecía indignarlos tanto si lo hacía el gobierno: falsear las elecciones e imponer un candidato"<sup>27</sup>.

El evidente apoyo que para la gestión del presidente Balmaceda representó el editorial de *El Colono*, no podía sino hacer creer al Jefe de Estado que con sus salidas de Santiago, efectivamente, estaba logrando su propósito de contrarrestar la mala prensa y opinión de la capital y su entorno.

Una manifestación del éxito de la práctica gubernamental se puede apreciar en el cuestionamiento que sufrió su viaje a Concepción desde el momento mismo en que éste se confirmó para diciembre de 1890. Entonces, la pugna entre los bandos se inició a causa de la decisión del Presidente de la República de asistir a un acto como el programado en Talcahuano. Ella fue reprochada por la oposición pues se apreció la expedición como una "gira política", destinada a captar "adhesiones y partidarios que a duras penas encuentra entre los individuos

---

<sup>27</sup> El texto editorial concluía señalando que si bien había espíritus débiles, superficiales e ignorantes que se dejaban alucinar por la "fantasmagoría de los prestidigitadores de la política", había también personas serias e ilustradas que comprendían que no existía ni una dictadura presidencial, ni un parlamentarismo que no tenía de tal sino el nombre vacío. Y que la realidad era que se "trataba de imponerle al Jefe del Estado y al país los individuos que preparen el triunfo electoral de alguna media docena de candidatos de la oposición. Nada más ni menos".

reclutados por sus servidores<sup>28</sup>.

Otro motivo de controversia fue la elección de los medios que conducirían a la comitiva oficial. Para la prensa antibalmacedista, el que la administración se hubiera visto obligada a disponer medios de transportes especiales para Balmaceda, más que por consideraciones hacia el jefe de la nación, para garantizar su seguridad ante la belicosidad y odiosidad de sus opositores, representaba un claro indicio de su impopularidad. De esta forma se presentaba un ángulo de las excursiones poco favorable para la imagen pública del Presidente<sup>29</sup>. Así, cuando se decidió que el desplazamiento a Talcahuano se realizaría en barco, en vez de hacerlo en tren, el transporte natural hacia aquella región, *La Libertad Electoral* explicó la decisión "en atención a que la travesía por tierra reclamaba muchas medidas preventivas y una inspección sumamente costosa de la línea férrea"<sup>30</sup>.

En razón de los antecedentes descritos se dispuso que Balmaceda viajara a Talcahuano en el blindado *Almirante Cochrane*, el cual formaría una escuadrilla junto a la *Esmeralda*, la *Magallanes* y la *O'Higgins*<sup>31</sup>.

A diferencia de lo ocurrido a raíz de su traslado a Collipulli, una vez asegurado el desplazamiento a Talcahuano las informaciones acentuaron su tono crítico y, de las alusiones a la posibilidad del "viaje de S.E. el Presidente de la República al sur", pasaron a informar "que

<sup>28</sup> Véase *La Época* del 2 de noviembre de 1890. Por el contrario, tal resolución, desde el punto de vista de los anfitriones, mostraba la importancia de la obra que se ejecutaría. Según *La Libertad Católica* de Concepción del 14 de diciembre, "del más alto significado para el progreso de Chile y en especial de esta provincia".

<sup>29</sup> El nerviosismo, cuando no temor que supuestamente embargaba al jefe de Estado, se demostraba relatándose algunos incidentes de su viaje a Collipulli de octubre de 1890. Como aquél según el cual "entre Curicó y Talca la máquina se descompuso y su conductor se vio obligado a detener el convoy repentinamente", provocando con ello "profundo estupor en el señor Balmaceda, quien tembloroso y casi sin aliento, se puso de pie, preguntando qué sucedía"; obteniendo como respuesta, "no es nada, S.E., es que hay unos animales en la línea". Véase *El Mercurio* del 8 de noviembre de 1890, citando una información de *La Libertad Electoral*.

Cierto o no lo relatado, el hecho interesante es que se quería hacer aparecer a Balmaceda como temeroso, ansioso, inquieto, incluso débil, desde el momento que la información relataba que en medio del incidente "muchos amigos acudieron a fortalecer al señor Balmaceda".

<sup>30</sup> Esta información también fue reproducida en *El Mercurio* del 8 de noviembre de 1890. Lo cierto es que originalmente, y como lo informó *El Bío Bío* del 20 de noviembre, se tenía contemplado que "S.E. saliera de la capital en un tren especial" con destino al sur.

<sup>31</sup> Véanse *El Mercurio* del 11 y *La Época* del 14, ambos de diciembre de 1890.

el dictador vendrá a inaugurar esta obra combatida por él mismo"<sup>32</sup>. Para el medio penquista, la llegada de Balmaceda representaba una "manifestación de su falta absoluta de dignidad, un "reto audaz que a estos pueblos del sur" que, afirmaba, hacía "el más desenfrenado de los mandatarios habidos y por haber"<sup>33</sup>.

El carácter de la nota de *El Sur* de Concepción se propagó a todo lo relacionado con la visita oficial. Así, por ejemplo, se esperaba que al banquete que se preparaba en honor de Balmaceda no asistieran más "que las autoridades y agentes del dictador y uno que otro hambriento", pero que ni "un solo hombre digno autorice con su presencia acto tan degradante"<sup>34</sup>.

De los aprestos en el sur, la prensa gobiernista señaló que "digna bajo todos los conceptos será la ovación que hará nuestra sociedad al Presidente de la República a su llegada", pues la suscripción abierta para el "soberbio banquete de trescientos a cuatrocientos cubiertos con que se le festejará" en Concepción, había "producido un espléndido resultado"<sup>35</sup>.

La travesía del Presidente y sus acompañantes hasta Talcahuano también dio pie al enfrentamiento político. La prensa prestó especial atención a lo sucedido en el trayecto entre Santiago y Valparaíso, es decir, el tramo durante el cual los viajeros podían o no recibir manifestaciones populares que, descritas e interpretadas por los periódicos, no sólo mostrarían la verdadera situación en que se encontraba Balmaceda, sino que también se constituirían en un verdadero mensaje político para el resto del país.

---

<sup>32</sup> Véanse *El Mercurio* del 31 de octubre; *La Época* del 2, *El Colono* del 3, *El Mercurio* del 8 y *El Bío Bío* del 20 de noviembre; *El Estandarte Católico* del 1º, *El Bío Bío* del 4 y 12, *El Estandarte Católico* del 1º y 6 y *La Discusión* y *La Libertad Católica* del 12 de diciembre, todos de 1890. El sustantivo "dictador", por primera vez en *El Sur* del 9, reproducido en *El Mercurio* del 10, ambos de diciembre de 1890.

<sup>33</sup> En su editorial del día 13 de diciembre de 1890, *El Sur* se explayó en las causas de lo que consideraba era una afrenta a Concepción. Por ser aquella ciudad "cuna de la altivez y del civismo" y la "que más unánime y enérgicamente ha condenado todos aquellos actos atentatorios e inconstitucionales del señor Balmaceda", el editorialista, que de paso lo calificaba de "ufano, despreciativo, soberbio y altanero", rechazaba su visita y lo declaraba "merecedor de la decapitación o del destierro".

<sup>34</sup> Incluso se cuestionó el que la Sociedad Teatro de Concepción facilitara un local para el banquete, "cuando sus estatutos prohíben estas concesiones para actos políticos".

<sup>35</sup> Véanse *El Estandarte Católico* y *La Nación* del 13 de diciembre de 1890, ambos citando una nota de *El Correo del Sur*.

En las estaciones donde se detuvo el convoy, informó *El Estandarte Católico* del 13, "S.E. era saludado por las autoridades y algunos vecinos"<sup>36</sup>. *La Nación* en cambio, hizo saber que "a su paso por las principales estaciones el Presidente había sido saludado por el pueblo y las autoridades y recibido espontáneas manifestaciones de adhesión y simpatía"<sup>37</sup>.

Del arribo de S.E. a Valparaíso, los oficialistas dijeron que éste había sido "brillante", "triumfal", "magnífico" y "de gran significación", "un verdadero triunfo para la causa liberal"; que el pueblo entero, "más de diez mil ciudadanos que llenaban por completo la estación del puerto y una considerable de la explanada, le ha recibido vivándolo frenéticamente"; que Balmaceda se embarcó "entre las ardientes aclamaciones de la inmensa concurrencia que quería estrecharlo en un inmenso abrazo"; y que éste se mostró "visiblemente impresionado por estas cariñosas manifestaciones", respondiendo a ellas "saludando y abrazando democrática y fraternalmente a muchos ciudadanos"<sup>38</sup>.

Los periódicos de oposición, o se limitaron a informar que una vez en el puerto el Presidente se embarcó rápidamente y que "después de los hurras y vivas que según reglamento deben largar los marineros de los barcos surtos" en la bahía se dio la orden de partida al crucero; o bien reiteraron que los que recibieron a Balmaceda estaban ahí por obligación y para

---

<sup>36</sup> Para *La Unión* del 15 de diciembre de 1890, el camino se hizo sin novedad "y sin que los pueblos acudieran a dar la bienvenida al Primer Mandatario del país". Según él, los que en Quillota y Limache esperaban la pasada del tren, eran unos cuantos empleados y autoridades, "pero ninguna persona de importancia o de posición".

<sup>37</sup> En su afán por mostrar la popularidad del Mandatario, *La Nación* reprodujo una crónica publicada en *El Pueblo* de Limache bajo el epígrafe de "Las ovaciones de Quillota y Limache al Jefe Supremo de Chile". Véase edición del 19 de diciembre de 1890. La misma, en lo que constituye una muestra muy representativa del conflicto que se vivía, terminaba con la siguiente advertencia: "No ignore la oposición aristócrata que el pueblo está de pie, y sabrá mantener incólume sus fueros y derechos, arrojando lejos a los oligarcas que hoy pretenden seducirlo con promesas falaces y con el dinero corruptor".

<sup>38</sup> Véanse *La Nación* del 13 y *El Clarín* del 15 de diciembre de 1890. Para sustentar sus dichos, y mostrándonos que en la lucha por la opinión poco quedaba al azar, *La Nación* reproducía telegramas despachados desde Valparaíso con encabezados como "a última hora hemos recibido...", o "nuevos detalles de...", los cuales pretendían capturar la atención de los lectores. *El Comercio* del 15, reproducido por *El Estandarte Católico* también del 15, ofreció una muy positiva y entusiasta evaluación para el gobierno de la recepción. Para *El Ferrocarril* del 14 y *El Mercurio* del 15, la relación de *La Nación* sólo eran "más mentiras y calumnias" y demostraba que en la "farsa presidencial", la prensa gobiernista también "desempeñaba su papel".

"no perder su empleo"<sup>39</sup>.

Pero más allá de la verdadera dimensión de los hechos que se describían e interpretaban, la polaridad de las versiones sobre las características del embarque del Presidente de la República al sur en diciembre de 1890 refleja bien la importancia de las imágenes públicas en el Chile de entonces. En efecto, y dada la proyección que tenía la prensa, una descripción que mostrara a un Balmaceda aclamado entusiastamente en medio de un marco de público imponente que observaba los hechos propios de actos siempre atrayentes, sin duda contribuiría a fortalecer su figura ante la opinión. Por el contrario, y como pretendían los opositores, la visión de unas ceremonias pobres en público, con asistentes compelidos por la autoridad, y por lo tanto muy poco espontáneas y sin los elementos que normalmente las conformaban, mostrarían a un Jefe del Estado debilitado, carente de apoyo en la opinión, todo lo cual contribuiría a fortalecer la causa antibalmacedista.

Así se demuestra, una vez más, la utilización política que Balmaceda hizo de sus desplazamientos a la provincia; tanto como los afanes de sus opositores por desacreditarlo a través de las alternativas de sus viajes.

Respecto de su excursión al sur en diciembre de 1890, es posible sostener que Balmaceda, consciente de la creciente impopularidad que lo rodeaba, decidió hacer la travesía en barco para tener la oportunidad de recibir el apoyo popular que ofrecían las ceremonias de recepción, embarque y desembarque presidencial. Las mismas estaban normadas por ordenanza y configuraban una fiesta que, en conceptos de *El Mercurio*, "por ser gratuita reúne a muchos curiosos", y para la cual, incluso, "no había necesidad de obligar a nadie a presenciarla para que no falte gente, cualquiera sea el carácter que pretenda dársele"<sup>40</sup>.

Más todavía, la misma existencia de un convoy presidencial que se esperaba entrara a Talcahuano "en línea de batalla", dotaban a la excursión presidencial de un atractivo especial

---

<sup>39</sup> Véanse *El Estandarte Católico* del 13 de diciembre de 1890 y el texto de *La Unión* reproducido en *El Estandarte Católico* del 15. *La Unión* describe las ceremonias de recepción y embarque aprovechando la misma para deslizar críticas a Balmaceda y a su administración por su incapacidad para generar entusiasmo y por el boato del que se rodeaba.

<sup>40</sup> Los conceptos citados, en la edición del 13 de diciembre de 1890.

que, creemos, los presidenciales sabían podría atraer a un público siempre ávido de sucesos y hechos que sacudieran una existencia pobre en espectáculos<sup>41</sup>.

Los contratiempos del viaje presidencial a Talcahuano no pasarían de ser anecdóticos si no fuera porque fueron utilizados como argumento por las fuerzas opositoras en lucha contra el Jefe de Estado<sup>42</sup>.

Por su parte, la prensa gubernamental aprovechó las alternativas de la navegación para hacer sobresalir la imagen presidencial. Así, *La Nación* resaltó que el convoy a Talcahuano fuera encabezado por el navío que conducía a S.E., el *Cochrane*; tras del cual marcharon la *Esmeralda*, el *O'Higgins* y la *Magallanes*<sup>43</sup>. Más todavía, otro diario oficialista, hizo saber que habiendo sido avistado el convoy presidencial en alta mar por el vapor *Gulf of Trinidad*, el capitán de éste, al notar que iban autoridades a bordo de los buques nacionales, ordenó izar banderas y hacer la salva correspondiente<sup>44</sup>.

Apreciando el efecto que buscaban los balmacedistas, para *La Época* resultó extraño la existencia de una escuadrilla como la que se dispuso para el viaje a Talcahuano, así como que ésta estuviera al mando de "nada menos que el Comandante General de Marina contralmirante Juan Williams Rebolledo". Como es obvio suponer, para el diario antibalmacedista ello contribuía a mejorar la imagen del Jefe de Estado<sup>45</sup>.

---

<sup>41</sup> La información sobre el convoy, en *El Mercurio* del 13 de diciembre de 1890. La nota precisaba que la *O'Higgins* sólo acompañaría al convoy nueve millas al sur del puerto, para luego regresar a su fondeadero. Es decir, suponemos, su participación tenía como fin favorecer el espectáculo de la partida. Acaso cabe aquí la apreciación de *La Época* a propósito del viaje a Talcahuano y a los afanes, que consideraba inútiles, de Balmaceda por ganarse la adhesión popular, entonces, afirmó: "Pero en fin, el Presidente dirá que no hay que dejar las cosas sin haber meneado previamente los palillos en busca de adhesiones y de partidarios que a duras penas encuentra entre los individuos reclutados por sus servidores". Véase edición del 2 de noviembre de 1890.

<sup>42</sup> Durante el mismo, y aun cuando se informó que se habían "tomado las medidas necesarias para dar cómodo albergue" a los viajeros, como embarcar "mayordomos y mozos especiales para S.E. y comitiva", todos, y Balmaceda en particular, se vieron sometidos a los rigores de una mar agitada que les provocó diversos malestares; los que, además, se vieron prolongados debido al lento andar de la *Magallanes*, que retardó la navegación en casi seis horas. Véanse *La Época* del 11 y 17, *El Imparcial* del 13, *El Estandarte Católico* del 15 y 16 y *La Discusión* del 17, todos de diciembre de 1890.

<sup>43</sup> Véase edición del 13 de octubre de 1890.

<sup>44</sup> En *El Comercio* del 15 de diciembre de 1890.

<sup>45</sup> Véase edición del 11 de diciembre de 1890. Demostración del interés del gobierno por reunir un convoy adecuado es el hecho que ordenara a la corbeta *O'Higgins* postergar su proyectado viaje a Isla de Pascua hasta que regresara de su excursión a Talcahuano. En relación al blindado *Almirante Blanco Encalada*, como éste

La prensa opositora, sin embargo, no se contentó sólo con la publicación de crónicas burlescas del viaje presidencial, también dio cabida a expresiones poéticas que reflejaban el sentir de una parte de la opinión respecto del Jefe de Estado. Un ejemplo de lo dicho son los versos dirigidos "Al Rey" que *La Época* dio a la luz el 14 de diciembre, el mismo día que Balmaceda arribaba a Talcahuano, y en el cual se le califica de vicioso, tirano, infame, ambicioso y malvado<sup>46</sup>. A las críticas, *El Clarín* del 15 respondió que "nuestro Presidente va a Talcahuano por el bien de la patria, sin preocuparse de miserias políticas, que son el elemento de sus adversarios". Nada deben importarle éstos, continuaba, "teniendo, como tiene, la convicción de que el país aplaude todos sus actos".

En medio de la guerra periodística desatada en torno a las características del viaje oficial y al recibimiento de los porteños a la comitiva oficial, sólo *El Ferrocarril* se abstuvo de entrar en la polémica sobre aquellos sucesos, limitándose a publicar las distintas versiones que los demás medios de prensa habían entregado de los hechos<sup>47</sup>. Sin duda una actitud aislada

---

se encontraba en el puerto sureño en ejercicios navales, se dispuso que saliera al encuentro de S.E. Véanse *El Estandarte Católico* del 15 y *La Libertad Católica* del 13, ambos de diciembre de 1890.

<sup>46</sup> El texto completo es el siguiente:

Jamás del vicio la alevosa mano  
oh patria mía, gobernó tu suelo;  
sólo un hombre, cubriéndote de duelo  
el papel se ha apropiado de tirano.

Mostrando la virtud del Espartano,  
Buscó como saciar su infame anhelo;  
alzó la voz y el pueblo sin recelo  
lo elevó hasta el sillón republicano.

Mirando torpe su ambición cumplida,  
arráncose la máscara y malvado  
cubre, ¡oh Chile! tus pueblos sus sayones.

Engaña tu esperanza más querida  
da santa libertad, y ciego, osado,  
atrae sobre sí tus maldiciones".

Nótese que cada una de las primeras letras de cada línea forman el nombre de José M. Balmaceda

<sup>47</sup> Véase edición del 14 de diciembre de 1890. En ella se encuentran las crónicas de *La Nación*, *La Libertad Católica*, *El Heraldo* y *El Comercio*.

en medio del exaltado ambiente entonces existente, en el cual y como lo expresó *La Época* del 16 de diciembre, "los diversos incidentes a que dio lugar la gran farsa representada a la pasada de S.E., han sido el tema de las charlas de estos días".

Como es obvio, si las alternativas de los viajes a Collipulli y Talcahuano fueron objeto de polémica, la disputa provocada por los hechos acaecidos en la ceremonias encabezadas por el presidente Balmaceda en cada uno de los sitios a los que arribó fue todavía más intensa y virulenta.

De hecho, es imposible encontrar una versión más o menos acorde sobre lo acontecido en Angol, Collipulli, Victoria, Chillán, Concepción y Talcahuano pues las informaciones periodísticas discrepan en prácticamente todo lo relativo a estas visitas presidenciales. Lo único cierto para todos, independiente de la postura política que profesaran entonces, es que el Jefe de Estado efectivamente viajó al sur en octubre y diciembre de 1890.

## **EXCURSIONES CENSURADAS**

Aprovechando la instancia de la entrega al uso público de una obra monumental como el viaducto del Malleco, los oradores, comenzando por el propio Presidente, no perdieron oportunidad de ponderar la obra del gobierno y marcar la situación política por la que atravesaba el país.

En la ceremonia, el primero en dirigirse a los presentes fue el ingeniero jefe de la obra Eduardo Vigneaux. Éste inició su alocución recordando que había sido Balmaceda, en su calidad de Ministro del Interior de Santa María, el que había ordenado levantar los planos del viaducto del Malleco y que durante su administración se habían realizado los trabajos. Por eso, continuó, "cabe a la progresista administración del actual Presidente ver concluida la obra antes que deje el mando supremo; una obra gigantesca, uno de los puentes más altos y atrevidos del mundo y que es, por consiguiente, una gloria nacional".

La palabras del ingeniero concluyeron pronosticando que "este gigante" que salva un abismo creado por la naturaleza, "será el monumento en que vean las futuras generaciones que

la administración actual dio a esta Patria que tanto amamos obras inmortales"<sup>48</sup>.

A continuación, tomó la palabra Balmaceda, quien comenzó su alocución homenajean- do a los profesionales y técnicos que habían construido una obra "estimada entre todas las de su género, como una de las primeras del mundo". Luego el Presidente recordó su visita como Ministro del Interior en 1883 y las discusiones y temores que la profundidad del Malleco provocó en algunos, señalando, "me decidí por este trazado, y, no obstante las resistencias para emprender esta grande obra, hice aceptar su ejecución en los consejos de gobierno"<sup>49</sup>.

Reflexionando sobre la situación del país, el Presidente advirtió, premonitoriamente, que "por grandes que hayan sido o pudieran ser en lo futuro las pruebas a que nos veamos sometidos por el destino o por los acontecimientos, no he vacilado ni vacilaré un solo instante en el cumplimiento de mis deberes como primer servidor del Estado"; agregando que al inaugurar lo que llamó "monumento del saber y del trabajo", daba a todos "el abrazo del patriotismo".

Por último, y luego de valorar la unidad nacional y los logros que de ella era posible obtener, concluyó con palabras muy positivas para su imagen y proyección histórica, cuando afirmó que el viaducto constituía un "grandioso monumento que marcará a las generaciones venideras la época en que los chilenos sacudieron su tradicional timidez y apatía y emprendie- ron la obra de un nuevo y sólido engrandecimiento"<sup>50</sup>.

Luego del Jefe de Estado usó de la palabra Manuel Novoa quién, además de valorar la acción del gobierno de Balmaceda en la ejecución de obras de "engrandecimiento y gloria de la república", recordó la campaña electoral en que se encontraba el país para las próximas

<sup>48</sup> El discurso de Vigneaux se encuentra reproducido, entre otros medios, en *El Colono* del 27, *El Ferrocarril* del 29, así como también en *El Independiente* y *El Estandarte Católico* del 30, todos de octubre de 1890.

<sup>49</sup> El texto íntegro del discurso de Balmaceda se encuentra en numerosas fuentes, entre ellas, *El Colono* del 27, *La Nación* y *El Ferrocarril* del 29, *El Independiente*, *La Libertad Católica* y *El Estandarte Católico* del 30 de octubre; también en *El Eco de Vichuquén* del 1° de noviembre, todos de 1890.

<sup>50</sup> Para un contemporáneo que nadie podría tildar de gobiernista, la lectura del discurso del Balmaceda en Collipulli, escribe, "me ha hecho el efecto de una pieza de primer orden". Según él, "deja ver que su autor rebose en la satisfacción del deber cumplido, y está concebido con una sobriedad que no excluye la grandeza del concepto ni la elegancia de la forma. Juzgado así, concluye, bajo un punto de vista únicamente artístico, me parece irrefutable". Véase Velasco, 1914, págs. 30-31.

elecciones de marzo de 1891.

En lo que representa una expresión más del uso político que se daban a las obras públicas y a los viajes gubernamentales que éstas hacían posible, el oficialista orador afirmó que no se le podía negar el derecho "que tengo de aprovechar la ocasión para señalar siquiera rápidamente los títulos que tiene esta administración a la gratitud del país, ya que con tanto furor se le disputa, para que el país no niegue sus votos en las próximas urnas electorales a los que nos hacemos el más alto honor en apoyarla". Entonces, pasó revista a los grandes logros del gobierno en materia de poblamiento, educación, construcción de obras públicas y ferrocarriles, así como respecto a la ley y a las libertades públicas<sup>51</sup>.

Luego de la ceremonia a orillas del Malleco, la comitiva oficial se trasladó a Victoria, donde también proliferaron los discursos alusivos a la situación del país. En aquella ciudad la recepción al presidente Balmaceda sin duda debió recordarle a éste los mejores tiempos de su administración. Un testigo nos relata que "el movimiento y animación que se notaba en la población era extraordinario". Más todavía, que en todas las boca-calles "por donde se decía debía atravesar S.E. se levantaban magníficos arcos triunfales que presentaban un golpe de vista agradable y grandioso"<sup>52</sup>.

Como era su costumbre, en Victoria, Balmaceda también recorrió la población, para a continuación pasar al local en donde se le tenía preparada una "magnífica manifestación"<sup>53</sup>.

El banquete fue ofrecido por Tomás Albarracín quien, en conceptos que debieron ser muy apreciados por el Jefe de Estado, al darle la bienvenida le hizo saber que la manifestación era la expresión "sincera y unánimemente entusiasta del afecto y del engrandecimiento que tenéis con justicia conquistado en el corazón de las poblaciones a que os dignáis proporcionar

<sup>51</sup> El orador fustigó la "anti-patriótica actitud de la mayoría del Congreso", pronosticando que en las elecciones de marzo de 1891 el pueblo rechazaría a aquella mayoría que lo había "traicionado atacando a un gobierno que recibió el mandato de apoyar".

El texto del discurso de Novoa en *La Nación* del 30 y *El Ferrocarril* del 31 de octubre. También en *El Biobío* del 9 de noviembre, todos de 1890.

<sup>52</sup> Véase la correspondencia suscrita en Victoria por Julio Mansoulet, y aparecida en *El Colono* del 30 de octubre de 1890.

<sup>53</sup> Véanse *La Discusión* del 28 y *La Libertad Católica* del 29 y *El Colono* del 30, todos de octubre de 1890.

hoy el honor de nuestra ilustre visita".

A continuación, el anfitrión agregó que si la obra de Balmaceda como político y como gestor de los intereses generales del Estado podía "ser apreciada con criterios diversos, y a impulso de las razones divergentes de partido", lo cierto era que, por el contrario, "su acción en el desenvolvimiento de nuestro progreso material, su iniciativa creadora e inusitadamente vigorosa, han fijado ya la opinión favorable de todos los chilenos y tiene la suficiente resonancia para llegar hasta las generaciones futuras y para asegurar por sí solas al nombre de V.E. un lugar prominente en las páginas de nuestra historia nacional"<sup>54</sup>. Esta afirmación no nos cabe duda debió complacer al Presidente en virtud de su manifiesta intención de trascender a su tiempo, entre otros medios, a través de la ejecución de obras como el viaducto del Malleco<sup>55</sup>.

El presidente Balmaceda contestó con lo que fue calificada como "una hermosa alocución que dejó electrizados a los oyentes" y que, sostenemos estuvo influenciada por el ambiente en que se pronunció<sup>56</sup>. En ella, hábilmente, comenzó brindando por el futuro departamento de Mariluan, cuya capital sería Victoria, para luego referirse a lo "dulce" que era para él servir a la patria.

Aludiendo a Santiago, en una explícita alusión al conflicto político existente, "la opulenta capital" donde "los círculos y las inevitables ambiciones de los caudillos agitan los ámbitos de la gran ciudad y crean a los gobernantes situaciones en extremo azarosas y delicadas", el Presidente afirmó que no "era allí posible la quietud del espíritu ni el sosiego de los partidos". Por eso, continuó, ahora más agresivo y confiando en la obra realizada, "siempre que cruzo los límites de la capital y me acerco a los pueblos de provincia, encuentro en ellos amigos y correligionarios, hombres sin ambiciones personales y con todas las nobles

---

<sup>54</sup> El texto del discurso fue recogido por *El Ferrocarril* del 1° y *El Colono* del 3, ambos de noviembre de 1890.

<sup>55</sup> Los conceptos reproducidos eran compartidos por la mayor parte de la opinión. Así por ejemplo, para uno de los ingenieros extranjeros a cargo de la construcción de una sección de la línea férrea, ésta "atravesará de parte a parte la Araucanía, de manera de unir Chile central con la provincia...". Agregando que "su importancia no es sólo de orden económico, ya que ella pondrá en valor una inmensa y fértil región...". Véase Verniory, 1975, pág. 100.

<sup>56</sup> *El Colono* de 30 de octubre. El texto del discurso del Presidente Balmaceda en Victoria se encuentra reproducido en *La Nación* del 29 de octubre de 1890.

ambiciones del progreso y de la felicidad nacional"; agregando todavía que "cerca de vosotros no puedo menos de decir que me siento en medio de los míos".

En seguida, y mostrando implícitamente una de las causas de la belicosidad de los santiaguinos, Balmaceda pasó a referir la que llamó su obra de "descentralización" de la política y administración nacional, pero, sobre todo, "de descentralización de la riqueza nacional", afirmando: "yo he derramado los tesoros de Chile en todo Chile y he concluido con aquella política económica según la cual el centro era el principio y el fin, el todo, y las extremidades de la república regiones tributarias de la capital y sus alrededores".

La relación de sus obras era lo que le permitía asegurar que, "descanso tranquilo en el testimonio de los hechos"; poniendo fin a sus palabras recordando que "los gobiernos que hacen el bien son superiores a las vicisitudes humanas", que las "obras buenas son eternas", y que sólo "la virtud y el trabajo levantan los caracteres y engrandecen los pueblos"<sup>57</sup>.

A continuación, y ya cerca de las 5:00 p.m., Balmaceda se levantó de la mesa disponiéndose para la salida. Todo en medio de "una nueva tempestad de aplausos y vítores que se prolongaron hasta que el convoy desapareciera", informa una crónica intencionada<sup>58</sup>.

Por último, y muy significativo en razón de la disputa política entonces vigente, para el corresponsal de *El Colono*, en su visita a Victoria, Balmaceda había sido objeto de un "recibimiento sin precedentes", lo cual revelaba a "las claras que cuenta en La Frontera con innumerables y decididas adhesiones que sólo esperan una oportunidad para manifestarse de una manera más tangible". Este apoyo, en su concepto, era "el fruto de una proba, sagaz y

<sup>57</sup> *El Colono* glosó el discurso presidencial de Victoria en muy buenos términos para el Presidente. Para el crítico corresponsal de *El Traiguén*, Balmaceda sólo hizo "el panegírico de su administración ferrocarrilera". Su despacho aparece reproducido en *El Mercurio* del 3 de noviembre de 1890.

<sup>58</sup> Todavía antes de partir, Balmaceda brindó por Victoria, señalando que desde los comienzos de su administración ha debido rechazar a los caudillos políticos pretensiosos y que, al bajar del poder, lo hará "con la conciencia tranquila y en la convicción de que todos los hombres de corazón levantado juzgarán con recta razón la labor de la administración que me ha cabido el honor de regir". Véase *El Colono* del 30 y *La Época* del 31, ambos de octubre, y *La Locomotora* del 15 de noviembre, todos de 1890. *La Época* reproduce el brindis bajo el epígrafe de: "Descaro para mentir".

honrada administración y del rumbo que ha sabido imprimir a la cosa pública"<sup>59</sup>.

El 27 de octubre, día del regreso de Balmaceda a la capital, *El Colono* abordó el significado de la visita presidencial al sur, explicando las reacciones que ésta provocó en la región pero, también, mostrando el sentir de la opinión de aquella porción del país. Fue así como en su página editorial aludió a la positiva acogida que la sociedad de Angol le había hecho a S.E., valorándola como un "elocuente testimonio de los sentimientos de respeto y cortesía" que en la región se acostumbraba tributar a los que venían con un "fin tan grandioso y de progreso" como el que había traído a la comitiva oficial.

Justificando el que Angol le hubiera "tributado la decorosa honradez de su hospitalidad" al presidente Balmaceda, el periódico afirmaba que ellos en la provincia no percibían sino "el rumor lejano de las disputas políticas de Santiago", hecho que los llevaba a mirar las cosas con "ánimo mucho más desapasionado y sereno" y a interpretar la comparecencia del Presidente como "la de un bienhechor del país", concepción por lo demás común fuera de la capital.

Luego, y en la lógica de su noción sobre el Jefe de Estado, llamaba la atención del Primer Mandatario sobre una región "que encierra tanta parte del porvenir de la nación"; recordando, casi como una advertencia, que entre Iquique y Talca no había una sola población de "cuantas visitó S.E. el año próximo pasado que no recibiera de sus manos algún beneficio más o menos importante como recuerdo de aquella visita".

Apelando a "los mismos sentimientos de benevolencia y de decoro oficial en favor de nuestras poblaciones al sur del BíoBío, y en especial de Angol", el editorialista se animaba a pedir a S.E. buenos itinerarios para los trenes de la región y recursos para la instrucción pública y la beneficencia. Sólo entonces concluía con una interrogante reveladora de la reciprocidad a que se creían acreedores las provincias y que el viaje oficial mostraba en toda su magnitud: ¿No querrá S.E. extenderles una mano protectora, y dejar así en el corazón de estas poblaciones

---

<sup>59</sup> La visión del corresponsal de *El Colono* puede ser contrastada con la de *El Traiguén*, para quien el Presidente viajaba sólo con "un numeroso cortejo de empleados públicos que han abandonado sus puestos para rendir homenaje, o lo que es lo mismo, para dar cumplimiento a las órdenes del amo" y cuyas manifestaciones "no han sido espontáneas sino costeadas por el Estado y ordenadas por él mismo".

el mejor recuerdo de su visita, y el mejor título a la gratitud de los ciudadanos?"<sup>60</sup>.

Pretendiendo inducir la respuesta, y mostrando que se trata de sujetos que dialogan, cuando no condicionan su adhesión a la autoridad, a la pregunta planteada sigue la frase: "Nos atrevemos a dudarlo".

Pero si la excursión a Collipulli había significado para el Presidente la oportunidad de recibir el homenaje a la labor cumplida, aun en medio de las controversias que esto significó, la visita a Concepción fue mucho menos grata.

Por lo pronto, en vísperas de su llegada a la provincia, la opinión aparecía totalmente escindida, reflejando también la situación de un país polarizado. Así, mientras *El Bio Bio*, citando un diario penquista, sostenía que "digna bajo todos conceptos será la ovación que hará nuestra sociedad al Presidente a su llegada, pues reina gran entusiasmo por recibir con toda pompa al eminente hombre público y gran patriota"; *El Sur* llamaba a la población a restarse de toda manifestación de adhesión al Primer Mandatario<sup>61</sup>.

De acuerdo con la versión de los medios de prensa opositores, describiendo el arribo a Concepción del Presidente, "al descender éste del tren el pueblo no pudo contener su indignación y a la vista del futuro dictador prorrumpió en protestas atronadoras"; una "dos mil personas lo recibieron en la estación a gritos de ¡abajo! y ¡muera!"; en el trayecto hacia la Intendencia "el pueblo y la juventud indignados siguiéronle en medio de una silbatina espantosa y de vivas al Congreso"; llegado a la plaza, "la silbatina creció", hecho que llevó a los "gobiernistas a hacer tocar las tres bandas de música para ahogar las protestas del pueblo"; finalmente, cuando Balmaceda se asomó a un balcón de la Intendencia con la intención de hablar, "fue recibido con silbidos y manifestaciones hostiles, lo que obligó al dictador a dar

---

<sup>60</sup> Este editorial de *El Colono* fue reproducido por *La Nación* del 29 de octubre de 1890.

<sup>61</sup> Véanse ediciones del 14 y del 13 de diciembre de 1890 de los medios nombrados. El segundo de los periódicos, en su ya citado editorial, reproducido en *La Prensa* del 19, afirmaba que "un gobernante que no ha dejado crimen político o administrativo por cometer, no debe, por ahora, merecernos atención alguna", siendo "el desprecio más unánime y absoluto el presente con que reprobemos y condenemos una vez más a este incorregible pecador". Según *El Independiente* del 13, reproduciendo un telegrama despachado por su corresponsal desde Concepción, en ella "todos los partidos, la sociedad y el pueblo en general han determinado no presenciar la llegada del Presidente", y por la calles que éste atravesase "se cerrarán puertas y ventanas". Esta última información, también en *La Época* del 14.

media vuelta y entrarse"<sup>62</sup>.

Según los periódicos oficialistas, las manifestaciones de los penquistas "rivalizaron con las de Talcahuano y "vivas y exclamaciones de entusiasmo del pueblo, saludos efusivos de distinguidos caballeros que se disputaban el honor de saludar y felicitar a S.E.". De acuerdo con estas fuentes, los pobres opositores de Concepción sufrieron "un enorme desengaño", pues sus trabajos y trajines "por deslucir la fiesta han quedado reducidos a cero"<sup>63</sup>.

Del banquete celebrado la noche del 14 de diciembre, así como de los hechos que lo rodearon, los contendores también hicieron una oportunidad para mostrar la popularidad o desprestigio de la figura presidencial. Según *El Comercio* de Valparaíso, "el pueblo acompañó a S.E. hasta las puertas del Teatro Galán, donde la sociedad de Concepción le ofrecía un suntuosísimo banquete de 350 cubiertos, vivando frenéticamente al Partido Liberal". Presentados los hechos, para el corresponsal de *El Comercio* lo ocurrido en Concepción había "dejado en el ánimo de todos la convicción plena, no sólo de la indiscutible popularidad que goza el Presidente de la República, sino que todos los pueblos le presentan su más franca y decidida adhesión a los actos de su gobierno"<sup>64</sup>.

Los periódicos de la oposición dejaron de lado las alternativas del banquete y se concentraron en relatar lo ocurrido en las afueras de él, donde, según sus fuentes, miles de personas ofrecieron una silbatina al Jefe de Estado que duró cuatro horas consecutivas. Durante ella, informaron, varias personas usaron de la palabra, mientras "los policiales y la tropa de línea cargó en varias ocasiones al pueblo, causando a lo menos catorce heridos"<sup>65</sup>. Según *La Libertad Electoral*, los oradores utilizaron el carruaje presidencial como tribuna, llamando a todos los partidos a "combatir la dictadura". Concluido el banquete, continúa la crónica antibalmacedista, las fuerzas de línea ocuparon toda la cuadra en que estaba situado el Teatro

---

<sup>62</sup> Véanse *El Estandarte Católico* del 15 y 16; *La Época* del 16, *El Mercurio* del 16, citando *La Libertad Electoral*; *El Ferrocarril* del 16 y 17 citando a *El Estandarte Católico* y a *El Mercurio*, respectivamente; y *La Prensa* del 18, todos de diciembre de 1890.

<sup>63</sup> Véanse *La Nación* del 15 y *El Comercio* del 16, ambos de diciembre de 1890.

<sup>64</sup> Véase edición del 16 de diciembre de 1890.

<sup>65</sup> Véanse *El Estandarte Católico* del 15 y 16; *El Mercurio* del 16 citando a *La Libertad Electoral* y *La Discusión* del 17, todos de diciembre de 1890.

Galán, provocando que los manifestantes se trasladaran a la plaza a esperar al Presidente para expresarle su repudio. Entonces, cargó una vez más la tropa, defendiéndose el pueblo con palos mientras gritaba "muera el tirano". Despejada la plaza, terminó todo, concluye la información<sup>66</sup>.

Dando muestra del valor que se asignaba a cada elemento integrante de la excursión presidencial, y a diferencia de los medios antibalmacedistas, los oficialistas reprodujeron extensamente los discursos pronunciados en las ceremonias en que el Jefe de Estado participó, todos ellos, como es dable suponer, muy laudatorios para Balmaceda y su administración<sup>67</sup>.

El presidente Balmaceda por su parte, muy hábilmente comenzó sus palabras en Concepción haciendo notar "que no había sido fácil llegar hasta vosotros" debido a las "delicadas tareas de la capital"; agregando que finalmente había "cruzado el océano para llegar y celebrar las obras de progreso emprendidas en la provincia", se excusó por las que todavía esperaban su realización, afirmando que una vez emprendidas, ellas harían de Concepción "el núcleo social y económico más poderoso de la región del sur"<sup>68</sup>.

En Talcahuano, el Primer Mandatario reforzó los lazos que sostenía lo unían con el puerto agradeciendo la "adhesión y caluroso entusiasmo" con fue reconocido, recordando al pueblo "activo, entusiasta, resuelto y tan buen amigo del Ministro del Interior de 1884, como del Presidente de 1890"<sup>69</sup>. Pero también, y en lo que podemos suponer una advertencia, cuando no una petición de apoyo, aludió a la providencia que velaba por los destinos de la patria y a los marinos y obreros chilenos. A ellos los llamó "mis mejores cooperadores", todos los cuales, concluyó, "protegerán nuestros proyectos y consumarán estas obras de poder y de previsión para el bienestar y futura influencia internacional de Chile"<sup>70</sup>.

---

<sup>66</sup> Además de los ya nombrados, véanse *La Época* del 16, *El Ferrocarril* del 17 citando a *El Mercurio* y *La Patria* del 18, todos de diciembre de 1890.

<sup>67</sup> Véanse *El Correo del Sur* del 16, *El Comercio* del 18 y *El Ferrocarril* del 19, todos de diciembre de 1890.

<sup>68</sup> Véase su discurso en *El Correo del Sur* del 16 y en *El Ferrocarril* del 19, ambos de diciembre de 1890.

<sup>69</sup> Véase el brindis ofrecido por el Presidente de la República en el almuerzo con que fue homenajeado en Talcahuano, en *El Correo del Sur* del 17 de diciembre de 1890.

<sup>70</sup> Véase su discurso en la inauguración de los trabajos del dique seco en *El Correo del Sur* del 17 de diciembre de 1890.

A diferencia de la recepción de *El Colono* de Angol, y en una demostración que lo que estaba en juego era la voluntad política de la opinión hacia una u otra postura, *El Sur* de Concepción se refirió a "el viaje presidencial" a esa provincia en un artículo en el que comenzaba alabando la "alta y muy significativa prueba de civismo que dio el pueblo a la llegada y partida del Presidente de la República" al haberlo condenado, "tremenda, despiadada, implacable, pero al fin justa, necesaria y reparadoramente"<sup>71</sup>. Luego menciona las razones que explican la actitud del pueblo penquista recordando los vicios cometidos por el dictador, para terminar concluyendo que "la historia de la administración Balmaceda puede resumirse en lo siguiente: desgobierno, deshonor, oprobio, dilapidación, ignominia, desvergüenza, despotismo, escándalo, audacia y crimen"<sup>72</sup>.

Expresión de que lo que estaba en juego en las versiones de prensa era algo más que lo sucedido en Concepción, y que lo que realmente importaba era la proyección política a nivel nacional que los hechos podían tener en la opinión pública, una vez concluida la visita presidencial los periódicos se concentraron en aclarar quiénes y cuántos efectivamente habían participado de los actos encabezados por el presidente Balmaceda, sin dejar de mencionar, como es obvio, su situación en la sociedad<sup>73</sup>.

Que la lucha entre los medios de prensa por imponer su visión de los hechos no admitía vacilaciones, lo demuestra una breve nota de *El Comercio* en la cual se calificaba como "digno de miserables", las versiones de *El Heraldo* y *La Unión* en las que se informaba que el Presidente había sido silbado en Concepción<sup>74</sup>. Para desmentir las "ridículas y villanas suposiciones de los papeles de la oposición", el periódico ofrecía a sus lectores los detalles

<sup>71</sup> Véase edición del 17 de diciembre de 1890. El texto fue reproducido por *La Prensa* del 19.

<sup>72</sup> En un sentido similar se expresó *El Heraldo* del 16. Para este periódico, y recordando lo dicho por el Presidente en su viaje anterior, un Balmaceda "asfixiado sin duda con la pesada atmósfera que a su alrededor forman los círculos de la política santiaguina, resolvió hacer un segundo viaje al seno de los suyos para respirar aquellos buenos y livianos aires de su popularidad". Pero, opina, "la fortuna ha querido que el seno de los suyos se haya convertido esta vez en toda una parrilla de San Lorenzo de la cual el señor Balmaceda debe venir poco menos que asado o frito"; y todo gracias a la actitud "valiente y unánime" del pueblo de Concepción que ha sabido dar "al atrevido y criminal Mandatario que nos rige", la única lección que merece, "la de la condenación".

<sup>73</sup> Véanse *El Sur* y *La Libertad Católica* del 18, *El Independiente*, *El Mercurio* y *El Ferrocarril* del 19 y *El Estandarte Católico*, *El Comercio* y *La Nación* del 20, todos de diciembre de 1890.

<sup>74</sup> Véase edición del 16 de diciembre de 1890.

completos de lo ocurrido en la versión telegráfica de su corresponsal, desafiando, a la vez que ponderando el papel de la opinión pública: "¡juzgue el público de la lealtad y de la honradez de la oposición!".

Concluidas las ceremonias en las ciudades del sur, el retorno de los viajeros a la capital una vez más dio pie para la polémica. En el caso de la vuelta desde La Frontera, la disputa se verificó en torno a la recepción que los pueblos dieron al Presidente a su paso, manteniéndose las divergencias que vimos existieron en torno de las circunstancias del desplazamiento de Balmaceda hacia Collipulli.

Diferente fue la situación que se provocó al retorno del presidente Balmaceda de la provincia de Concepción. En aquella ocasión, la polémica se inició a raíz de la decisión de S.E. de volver por vía férrea a la capital.

A este respecto, no debe descartarse que el viaje haya sido decidido, precisamente, en función de lo ocurrido en la provincia de Concepción y aun durante la navegación hasta Talcahuano. Así, y teniendo presente las oportunidades que éste daba de recibir manifestaciones en los pueblos por los que la línea férrea cruzaba, el uso del ferrocarril pudo haber sido apreciado por el Jefe de Estado como una nueva oportunidad de aparecer ante la opinión recibiendo el respaldo popular que, se esperaba, su paso provocaría<sup>75</sup>.

Nuestra interpretación aparece confirmada por los hechos, esto es, el itinerario del regreso. En efecto, el convoy con la comitiva oficial hizo escala en Concepción, Parral, Linares, Talca, Curicó, San Fernando, Rengo, Rancagua y San Bernardo antes de llegar a Santiago. Según la prensa oficialista, para recibir el saludo de las respectivas poblaciones. De hecho, para *El Comercio*, al regresar por tierra, "parece como si S.E. hubiera querido probar a los voceros mercenarios de la oposición, la farsa de sus calumnias"<sup>76</sup>.

Así, en vez de regresar de una sola vez, el tren se detuvo en prácticamente todas las ciudades de alguna importancia existentes hasta la capital, en una jornada que habría de

---

<sup>75</sup> Esta interpretación supone que para el entorno presidencial la campaña de prensa de la oposición efectivamente había conseguido su fin de mostrar a un Balmaceda, si no totalmente repudiado, al menos cuestionado por una parte importante de las poblaciones visitadas.

<sup>76</sup> Véase edición del 18 de diciembre de 1890.

prolongarse entre las 7 de la mañana y las 6 de la tarde<sup>77</sup>.

Pero más allá de lo efectivamente sucedido entre Talcahuano y Santiago, lo cierto es que uno de los elementos más significativos de toda la excursión oficial son las conclusiones que se extrajeron de la resolución presidencial de trasladarse en barcos de la Escuadra a la ida y en tren a su regreso.

Respecto de su primera decisión, y como los testimonios de balmacedistas nos lo informan, el Presidente se embarcó con la intención de apreciar la situación de la oficialidad de la Armada, de palpar la reacción que su figura motivaba entre los marinos<sup>78</sup>. Incluso, y en vista de lo que llama "acritud de los ánimos", uno de sus más estrechos colaboradores nos hace saber que "no faltó quien le insinuara dudas acerca de la fidelidad de la Escuadra; dudas que Balmaceda rechazó hasta con indignación por creer que esa institución siempre se había mantenido en honrosa neutralidad"<sup>79</sup>.

Así fue como se embarcó en el blindado *Almirante Cochrane* junto al almirante Williams Rebolledo, quien en ese momento hizo saber al Jefe de Estado "de los rumores que había y peticiones que se hacían para que la Escuadra se lo llevara fuera de Chile o lo aprisionara", ante lo cual, relata Bañados Espinoza, el Presidente reaccionó con "sangre fría y estoicismo".

La travesía entre Valparaíso y Talcahuano fue poco feliz para los viajeros debido a la

<sup>77</sup> Decir que los gobiernistas esperaban manifestaciones de adhesión al Primer Mandatario es independiente de que éstas finalmente se produjeran. Como es obvio, los periódicos balmacedistas relataron que efectivamente éstas ocurrieron, mientras los opositores sencillamente las negaron, o aseguraron que ellas habían sido en contra del jefe de Estado. Para informarse del retorno de la comitiva oficial, aunque no por ello llegar a saber lo que realmente ocurrió, pueden verse los siguientes periódicos: *La Nación* del 16; *La Libertad Católica*, *El Estandarte Católico*, *El Ferrocarril*, *La Discusión* y *La Libertad* del 17; *El Mercurio*, *El Comercio* y *El Bío Bío* del 18; *La Época* del 17, 18 y 20; *El Independiente* del 20 y *La Unión Liberal* del 21, todos de diciembre de 1890.

<sup>78</sup> Tengamos presente que, en palabras de un contemporáneo, "en aquellos días, ya agitados por la emocionante proximidad del choque, suena el nombre de la Escuadra, mezclado y barajado en medio de las divergencias irreconciliables de los fanáticos del Parlamento y los devotos del Ejecutivo". Véase Rodríguez Mendoza, 1919, p. 120,

<sup>79</sup> Véase Bañados Espinoza, 1894, I, p. 685. Pese a lo dicho, y muy expresivo del clima en el que se desarrolló el viaje, este cronista relata que "como tanto se le hablara, Balmaceda no tomó otra precaución que salir tan solo con el Ministro de Guerra y Marina, para que en la emergencia de cualquier atentado no se interrumpiera el gobierno de la República".

mar gruesa y a que sopló viento contrario pero, también, a causa de la frialdad, indiferencia, cuando no decidida falta de cortesía de los oficiales del *Cochrane*, los que hicieron saber al Jefe de Estado el desagrado que su presencia les producía.

Así, por ejemplo, se relata que estando Balmaceda sentado cerca de la torre de mando de la nave, un oficial de guardia se aproximó y le advirtió, de manera "audaz y destemplada": "Es prohibido estar ahí"; y que "los marinos habrían puesto una cara respetuosa, pero sin sonrisas ni halagos" al Jefe de Estado<sup>80</sup>.

Sea como fuere, el hecho es que la comitiva oficial regresó en tren a Santiago. Esta resolución llevó a algunos medios a sacar conclusiones significativas en virtud de los acontecimientos que ocurrirían a partir del 1º de enero de 1891. La primera de ellas, que Balmaceda "no se atrevió a volverse por mar porque supo que en Valparaíso se le preparaba una terrible recepción"; de tal magnitud, se informó, que el pueblo en masa "no iba a permitirle que desembarcase, a lo menos sin inferir al Presidente y a su comitiva un tremendo castigo"<sup>81</sup>. La segunda, que en vistas del repudio popular en Concepción, Balmaceda decidió "huir", retirarse a toda prisa "a su sólido castillo de La Moneda", para lo cual el ferrocarril resultaba más apto<sup>82</sup>.

En ambos casos, e insistimos, más allá de la veracidad o no de lo afirmado, mostraban a un hombre, Balmaceda, el Presidente de la República, atemorizado, "el miedo es cosa viva" afirmaba *La Época*, y por primera vez, supuestamente impedido de realizar su voluntad a causa de la reacción popular. Ello, sostenemos, y como los hechos lo demostrarían, contribuyó a minar la hasta entonces incontrarrestable imagen que proyectaba la Presidencia de la República, ahora vulnerable por efecto, si no de verdaderas manifestaciones opositoras, a causa

---

<sup>80</sup> Véase Rodríguez Mendoza, 1919, p. 144 y 119 y 120. Según este autor, de regreso en Santiago, cuando Balmaceda le hizo saber del incidente al Comandante General de Marina Williams Rebolledo, fue que éste le leyó una "epístola, de muy poco anterior a la partida a Talcahuano, en que se le dice que aproveche la ocasión, que haga un gran servicio al país y que tome preso al Presidente..."

<sup>81</sup> Véase *La Época* del 18 de diciembre de 1890.

<sup>82</sup> Véanse *La Discusión* del 17; *La Época* del 18 y *El Mercurio* del 19, todos de diciembre de 1890.

de las informaciones que la prensa antigobiernista propagaba<sup>83</sup>.

Pero todavía más perjudicial para el Presidente que las mencionadas, fue la conjetura que hizo *La Época*, esto es, que "S.E. resolvió hacer el viaje por tierra a causa de que manifiesta gran desconfianza por la marina chilena"<sup>84</sup>.

Para demostrar sus apreciaciones, y en un evidente afán por indisponer a la oficialidad de la Escuadra con el Jefe de Estado, el citado periódico opositor relataba que el propio Balmaceda "dejó entrever, con su locuacidad característica", que *no cree en la entusiasta adhesión de los marinos*"; agregando que "por lo regular se expresa en términos despectivos de ellos"<sup>85</sup>.

De esta forma, la prensa no sólo difundió una imagen debilitada del Presidente de la República a causa del repudio popular. Además, hizo creer que una de las instituciones que por mandato constitucional debía obediencia al que era su generalísimo, se mostraba alejada, cuando no repudiada, por éste, creando así las condiciones para que, días después, nadie se sorprendiese del apoyo que la Marina dio a las fuerzas del Congreso que decidieron combatir el Jefe de Estado.

Ajeno a las noticias e interpretaciones que entregaba la prensa sobre su última excursión al sur, el presidente Balmaceda daba muestras de no sentirse afectado. Así por lo

<sup>83</sup> Creemos que el tema del temor hizo mella entre los oficialistas, y una demostración de ello nos la ofrece un cercano a Balmaceda. Éste, años después, y refiriendo las aprehensiones existentes respecto de la lealtad de la Armada cuando el viaje a Talcahuano, explica que Balmaceda se embarcó pues, habiendo anunciado que lo haría, "no podía suspenderlo por temores o precauciones que lo harían presentarse sin el valor moral suficiente para arrostrar los peligros, cualquiera que fuesen su magnitud e inminencia". Véase Bañados Espinoza, 1894, I, p. 685.

<sup>84</sup> Véase edición del 17 de diciembre de 1890. Según este diario, a su llegada a Talcahuano Balmaceda habría despachado el siguiente "telegrama oficial": "Viaje malísimo. Todos mareados. Descompostura en la máquina del *Cochrane* retardó nuestro viaje. Regresamos por tierra. No me inspiran confianza los buques de la Escuadra y no viajaré más en ellos".

<sup>85</sup> Según *La Época*, el primer mandatario consideraba a los marinos "personas adocenadas y poco entendidas en el desarrollo de un plan vasto y complicado en política". Más todavía, que en razón del retraso sufrido por el *Cochrane* en su travesía, habría expresado que "el buque ha hecho su tiempo *como los marinos que lo manejan*". Por último, y siempre en la misma nota, y en lo que representa una acusación sin precedentes, se pone en duda la honorabilidad del Presidente de la República al suponerlo aceptando "una prima de cuarenta mil libras esterlinas, (algo más de cuatrocientos mil pesos)" de parte de un particular, "muy de intimidad del jefe Supremo", al cual se habría otorgado el contrato para la construcción de un buque para la Armada desechando la licitación pública a que se había convocado al efecto.

menos se deduce de lo afirmado por el subsecretario de Relaciones Exteriores que, en la tertulia de La Moneda, el día de su regreso, lo apreció "tranquilo, tan conversador, tan abundante como siempre"; agregando que sólo "habló de su mareo y de las obras de Talcahuano"<sup>86</sup>. Este testimonio, sumado el telegrama que Balmaceda habría enviado luego de su arribo a Concepción, permite concluir que él seguía confiando en sus viajes a la provincia como una práctica adecuada para producir efectos políticos en su beneficio<sup>87</sup>.

## LA OPINIÓN SE PRONUNCIA

La extensa cobertura que la prensa dio a las alternativas e incidentes que formaron parte de los viajes del Presidente de la República de octubre y diciembre de 1890, tal vez como nunca antes había ocurrido, demuestran la importancia política de los mismos en el contexto de la realidad nacional de la época. Ejemplo de ello son el gran número de editoriales que generaron las excursiones a Collipulli y Concepción, manifestación a su vez, insistimos, que era en el convencimiento de la opinión donde ambos bandos en lucha parecían haber puesto todos sus esfuerzos para obtener el predominio de sus posturas políticas.

Por lo pronto, los periódicos se refirieron a las obras de ingeniería que se entregaron y a su significado para el país, pero, también, al conjunto del viaje presidencial o a aspectos controvertidos de los mismos, como lo fueron la acogida del Presidente en la provincia, los conceptos vertidos por Balmaceda o el significado último que debía atribuirse a las excursiones presidenciales.

Respecto de la excursión oficial a Collipulli, para unos, ésta había sido "una ovación completa", mientras que para otros, la misma no pudo más que dejar en el "ánimo de S.E. esa

---

<sup>86</sup> Véase Velasco, 1914, p. 67.

<sup>87</sup> Aludimos al telegrama publicado por *La Época* en su edición del 17 de diciembre de 1890. En él Balmaceda se refería a "la entusiasta recepción en Talcahuano" y a que en Concepción hubo "gran alegría y que sólo algunos muchachos rompieron unos bancos en la plaza", deduciendo de todo ello: "nuestra política unánimemente aceptada por los amigos". Uno de sus acompañantes, cuenta que la recepción en Talcahuano "fue extraordinaria y que en Concepción sólo se produjeron pequeños desórdenes en las calles en la noche del banquete, ocasionados por algunos opositores". Véase Bañados Espinoza, 1894, I, p. 686.

impresión triste y penosa que siempre producen los desengaños irreparables"<sup>88</sup>.

Analizando la composición de la comitiva, las vicisitudes del desplazamiento oficial y las ceremonias encabezadas por el presidente Balmaceda, las páginas editoriales de la prensa de oposición fueron muy críticas pues, para la mayor parte, el Jefe de Estado había hecho un uso político de su excursión<sup>89</sup>.

Se reprobó lo que se creía era "el propósito presidencial de seguir gobernando sin el Congreso y contra la opinión", como lo señalaba un editorial de *La Época* del 24 de octubre. En él, se combatía a quienes en el Palacio de Gobierno sostenían que no sería una "infracción constitucional" gobernar sin la ley de presupuesto que hasta entonces el Congreso Nacional no había aprobado<sup>90</sup>.

En su editorial del día 30 de octubre, *El Mercurio* concentró su atención sobre el conjunto de los discursos presidenciales, pues en ellos, aseguró, "S.E. hizo ciertas confidencias o revelaciones que tienen un palpitante interés de actualidad".

Censurando el que Balmaceda cada vez que se refiriera a las obras del gobierno utilizara la primera persona, el medio aclaraba que era el Estado el que construía los ferrocarriles y dinero de la nación el que pagaba a los empleados públicos. Realidades que Balmaceda olvidaba "al creer estar en situación de decir: ¡El Estado soy yo!"

En su página editorial del 1° de noviembre, *El Mercurio* volvía sobre el tema de la pretensión presidencial de figurar como "la única personalidad dispensadora de todos los favores públicos", reprochando que "en la época en que fue Ministro desaparece el Presidente; y ahora que es Presidente desaparecen los ministros, el Congreso y el país mismo". Haciendo

---

<sup>88</sup> *El Correo del Sur* del 27 y *El Independiente* del 30, ambos de octubre de 1890. El editorial de *El Mercurio* del 30 de octubre reconoce que las "relaciones de los periódicos" no están de acuerdo sobre el punto relativo a la acogida que se hizo en el sur al Presidente. En todo caso, agrega, si fuera cierto que fue bien recibido, "ello demostraría que nadie es profeta en su tierra, porque lo que es en Santiago, muy difícilmente se podría organizar una manifestación presentable en honor de S.E."

<sup>89</sup> La creencia mayoritaria de la opinión en virtud de la cual se veía a Balmaceda como un agente interventor, intentando, tal y como todos sus antecesores, imponer su sucesor en la presidencia, era la causa principal del rechazo que su figura, su administración y su política suscitaban.

<sup>90</sup> El texto, llamado "Escrúpulos e invenciones", también fue reproducido en *El Colono* del 25 de octubre de 1890.

mención a que "todavía no estamos gobernados por un dictador", opinaba que habría sido justo que Balmaceda hubiera reconocido que sus obras eran consecuencia de una situación económica favorable previa a su administración. Fruto de lo acumulado por "gobernantes sobrios y discretos que supieron guardar e incrementar" las riquezas nacionales<sup>91</sup>.

Además, el editorialista señalaba que el Presidente no debió olvidar que todas las obras con que se estaba formando un pedestal habían sido mandadas ejecutar por leyes que había dictado el Congreso, reprochándole que no guardara ningún sentimiento de gratitud para con la institución que lo autorizó a disponer de los fondos nacionales.

Así, no debe extrañar que *El Mercurio* también reprochara el "vasto programa de obras públicas" que Balmaceda había esbozado en sus discursos. Éstas, afirmó el 30 de octubre, no sólo le permitirían "dar de comer a mucho mayor número de chilenos", también, tener "cien mil hombres listos para formarle la guardia en caso de conflicto". Aludiendo así, claramente, a la supuesta última intención del gobernante<sup>92</sup>.

Más tarde *El Mercurio* abordó la distancia entre Balmaceda y la oposición que sus discursos en el sur dejaban ver, explicando las razones de lo que llamó "crisis en que nos encontramos envueltos". Concluyendo que la misma se había desencadenado por la pretensión presidencial de gobernar sin el concurso del Congreso, suponer que en Chile no existía el gobierno parlamentario y querer imponer un candidato oficial pues, como afirmó, "en el fondo de todo esto no hay, pues, sino una cuestión de candidatura"<sup>93</sup>.

En una expresión muy representativa de la evolución experimentada por la imagen

<sup>91</sup> El texto, que fue parcialmente reproducido en *El Estandarte Católico* del 4 de noviembre, terminaba afirmando que si S.E. fuera dictador podría haber dicho, porque los dictadores hablan así: "yo he ejecutado tales obras, yo he derramado aquellos tesoros, yo doy bienestar a quince mil trabajadores, yo soy vuestra providencia y vuestro benefactor. Todo eso y mucho más pudo decir el excelentísimo señor Balmaceda, si fuera dictador, pero... todavía no lo es!". En la citada edición de *El Estandarte Católico* se resumían también los editoriales de *El Heraldo* del 31 de octubre y de *La Época* del 1º de noviembre que se censuraba el afán presidencial de dejar en "ridícula condición a los partidos que en otra época lo acompañaron", así como sus pretendidos "aciertos en ferrocarriles y construcciones de puentes".

<sup>92</sup> El editorial del diario porteño del 30 de octubre fue reproducido en *La Prensa* del 2 y *La Época* del 3. También fue resumido en *El Estandarte Católico* del 1º, todos de noviembre de 1890.

<sup>93</sup> Véase el editorial del periódico porteño del 4 de noviembre. El mismo fue reproducido en *La Época* del 5 y en *La Prensa* del 12, todos de noviembre de 1890.

presidencial y de la visión que la oposición se fue formando de los viajes del Presidente, *El Día* aprovechó las alternativas del desplazamiento a Collipulli para desengañar a "algunos crédulos de anchísimas tragaderas que imaginan que a don José Manuel Balmaceda le queda algún prestigio como mandatario y como político".

Recordando cuál era el prestigio, cuál el respeto y cuáles las consideraciones de que gozaron siempre y en todas circunstancias los presidentes de Chile, el periódico afirmaba que "cualquiera fiesta nacional, cualquiera inauguración pública, cualquiera asistencia oficial, se consideraba verdaderamente solemnizada con la presencia del Presidente de la República". Que un viaje del Jefe de Estado, por corto y aún personal que fuera, "era motivo para que en su tránsito recibiera manifestaciones de respeto de amigos y de adversarios". Que nunca el Primer Mandatario, "marchando por la calle, dejaba de recibir el respeto de sus conciudadanos y grandes y pequeños le rendían el homenaje de su respetuoso saludo". Que, en definitiva, "el respeto al Presidente era universal" y no había un "habitante de la república que no le guardara el acatamiento debido al alto puesto que ocupaba y a la dignidad de su persona"<sup>94</sup>.

Sin embargo, continuaba *El Día*, hoy se asiste a la "grotesca y despreciable caída de aquella generalísima respetabilidad". Al espectáculo de "ver arrastrada payasescamente la dignidad presidencial derribada por la mentira, la farsa y la perfidia, entre juglares, vividores y merodeadores de la política, en grande y en pequeño". Según éste, donde quiera que se haya presentado el señor Balmaceda, a donde quiera que se presente S.E. y sus ministros, es posible advertir "un verdadero desprecio público y privado por los mandatarios y los hombres, traducido en pifias, silbatinas, carcajadas de ridículo, que cubren y ahogan todas las manifestaciones públicas que ellos mismos se hacen dar por empleados obligados o por chusmas recogidas de los garitos".

Para *El Día*, la presencia del Jefe de Estado en cualquier ceremonia pública no sólo no estimulaba la concurrencia, sino que la retraía, como por lo demás lo demostraba lo ocurrido en lo que llama "paseo al Malleco". En él, Balmaceda "ha visto que todos los ciudadanos le

---

<sup>94</sup> Véase el editorial del medio citado que bajo el epígrafe de "Palpable", reproduce *La Época* del 1° de noviembre de 1890.

volvían la espalda", y que ni siquiera la grandeza de la obra que se inauguraba fue fuerza para llevar concurrencia" a la ceremonia en que ésta se entregó al uso público.

*La Libertad Electoral*, por su parte, no aprobaba diversos aspectos del estilo político impuesto por Balmaceda y lamentando la situación existente ofrecía sus argumentos. Entonces recordaba que en la vida de los pueblos democráticos los mandatarios tenían diversas ocasiones para expresar al país las ideas y propósitos que persiguen en bien de la nación. Que en Chile los presidentes han sido discretos en el empleo de "esa altísima influencia", rindiendo siempre "acatamiento a la soberanía del Congreso Nacional" y que se ha dado "respetuosa observancia a la tradición que les abre las puertas del Parlamento al inaugurar los períodos de sesiones ordinarias, para diseñar las tendencias de su política y la marcha de la administración. Por ello, continuaba, sólo en circunstancias extraordinarias el Jefe del Estado se ha dirigido en persona a sus conciudadanos congregados por alguna causa patriótica o por algún motivo de interés nacional<sup>95</sup>.

Para este periódico, "la acción disolvente del tiempo, el contagio corruptor del atolondramiento y la falta de circunspección, que es el sello característico de los actos del actual Presidente de la República", estaban acabando con prácticas "benéficas", ya incorporadas al derecho público consuetudinario, y que en relación al Jefe de Estado, "jamás habían dado margen a inconveniencias que lastimaran el decoro del puesto o deprimieran la dignidad de la magistratura". Como se afirmaba, "era la cordura de los mandatarios colocados en tan elevado puesto la garantía más eficaz, y nunca burlada durante largos años, de que esta tradición habría de ser siempre honrosa, y de que nuestros presidentes se empeñarían en servirla noblemente".

Sin embargo, se constataba, Balmaceda desde su puesto de Ministro de Estado había comenzado la obra destructora cuando, en su afán por "atrapar el poder, convirtió los dineros públicos en favores que dispensaba no su autoridad de Ministro, sino su obsequiosidad de caudillo", transformando las grandes obras y empresas nacionales en "medios para procurarse su engrandecimiento personal". Censurando que el Presidente una vez en el poder continuara

---

<sup>95</sup> Véase su editorial "Una nueva política", reproducido en *La Época* del 3 de noviembre de 1890.

"por tan torcido camino", señalaba que ahora, acercándose al fin de su administración sin "haber realizado un programa que le señale el aprecio y estimación de sus conciudadanos", ha necesitado forjarse un ideal a cuyo servicio aparecer y que, como lo demostraban las fiestas de inauguración del viaducto del Malleco, "para inventarlo no ha reparado en los arbitrios". Así se explicaba "el doloroso espectáculo de que en esta ocasión no haya sido escuchada la palabra presidencial con el respeto que siempre se la ha dispensado", pues, en definitiva, "el Excmo. señor Balmaceda ha convertido el solio presidencial en tribuna para arengas".

En ellas, se afirmaba, Balmaceda da rienda suelta a sus pasiones en contra de sus adversarios, incurre en injusticias odiosas y se exhibe "como un mandatario dominado por la vanidad y la sed de poder" que, además, "ha dividido a los ciudadanos en dos condiciones distintas caracterizados por las regiones en que les ha tocado en suerte residir". De esta forma, *La Libertad Electoral* terminaba su crítica aludiendo y condenando la distinción presidencial entre los círculos políticos capitalinos que se le oponían y los pueblos de las provincias entre quienes, y como afirmó en Collipulli, "me siento entre los míos"<sup>96</sup>.

A partir de los mismos hechos, *El Día* explicó la reacción presidencial que resumía en la afirmación de que "el excelentísimo señor Balmaceda dio rienda suelta a la ira concentrada y quinta esencia de que está poseído contra su buena ciudad de Santiago". Según el editorialista, la molestia presidencial se habría producido porque la capital, "antes cuna y manantial de timorato gobiernismo", ahora era "mayor de edad e independiente" y ya no toleraba las "calaveradas, las bellacadas y las innumerables inequidades" con que Balmaceda "tenía al país al borde de la vergüenza y del abismo"<sup>97</sup>.

---

<sup>96</sup> Según *El Mercurio* del 4 de noviembre, por imponer el candidato oficial, Balmaceda se había empeñado en despedazar a los partidos y en dividir al país. Para sustentar su afirmación preguntaba, "¿no fue al sur a sembrar cizaña y a alimentar celos entre la provincia y la capital?"; afirmando que "ningún otro Presidente se habría atrevido a declarar que la vida en Santiago se le había hecho intolerable y que sólo allá en La Frontera podía respirar libremente".

<sup>97</sup> Véase el texto citado, "Donde no lo conozcan que lo compren", reproducido en *La Época* del 5 de noviembre de 1890. En él también se afirmó que ante la actitud de oposición en la capital, el Presidente trató de "introducir la discordia en el campo enemigo", pero que el único resultado que obtuvo fue "la más compacta unión del Congreso y el más decidido apoyo de la capital a la representación nacional". Esta manifestación de independencia fue imperdonable para Balmaceda, "y como pertenece a la especie de los hombres obsecados y de carácter débil", sintió ira y vertió "su despecho iracundo" en palabras. Esto explica que el jefe supremo,

En un sentido similar, y muy decidor del efecto causado por las nuevas prácticas puestas en uso por Balmaceda, *El Mercurio* reprochaba que el Presidente hubiera aprovechado la inauguración del Malleco para "exhibirse como el protagonista de un sainete político y que en forma de cómicos brindis le lanzara a sus conciudadanos su programa de gobierno"<sup>98</sup>.

Se acusaba a Balmaceda de haber olvidado las tradiciones nacionales y en "especial las tradiciones de La Moneda que significaba respeto, circunspección, decoro, alta comprensión de la dignidad y los deberes del más elevado puesto"; de haber prescindido de la nación representada en el Congreso y preferido "entenderse con los ciudadanos en medio de los alegres ecos del festín y al son del simpático chocar de las copas de champagne"; de cambiar la solemnidad del Parlamento, por "el risueño recinto de la sala del banquete". Se censuraban a Balmaceda, a quien se calificaba de "eterno equivocado, buen vividor y en perpetuo error", un estilo que había transformado los "graves mensajes del gobernante en los bullidores brindis del alegre comensal de media noche", imaginando "acercarse así a los monarcas de derecho divino que tienen su pueblo, su corte y su soberana e ilimitada voluntad siempre convertida en hecho a una simple manifestación del gesto".

Todo lo anterior llevaba a este editorialista a afirmar que era sensible constatar cómo La Moneda se había "vestido de carnaval", y que si bien la Constitución no permitía la acusación presidencial, sí autorizaba la declaración de imposibilidad moral. "Que es el verdadero caso en que se encuentra el señor Balmaceda". Así, continuaba, "¿cómo puede estar en su criterio sano y con un cerebro en orden el individuo que convertido en orador de choclones acaba de dar este sainetesco paseo por el sur". Haciendo saber que "ningún alienista europeo necesitaría examinar personalmente al señor Balmaceda para expedir un dictamen de

---

continuó *El Día*, "haya ido por allá, a los confines del centro sur de Chile, a *pelar* a la capital", como un "*pelador* de oficio, de aquellos que se ocupan *de poner mal* a los hombres superiores que con justicia los miran muy de arriba para abajo". Finalmente, se afirmaba que en provincia "se piensa con la misma lógica que en la capital", de tal manera que todos comprenden porqué "la capital ha dado al traste con el excelentísimo señor jefe supremo". Así las cosas, "el pelambre y el adulo" fueron para Balmaceda contraproductivos y los provincianos, "que están al cabo de todo los acontecimientos, han exclamado con risa socarrona: ¡presidentito!... ¡quién no te conozca que te compre!"

<sup>98</sup> El editorial apareció el 3 de noviembre y se tituló "En carnaval". El mismo fue reproducido por *La Prensa* del 8 de noviembre de 1890.

insanidad"; se preguntaba, apelando a la opinión, si "¿no será llegado el momento que dictamine también el pueblo de Chile y que el Congreso Nacional ejercite la más tremenda de sus facultades, pero facultad salvadora, puesto que ella salva el honor nacional y libra al país del abismo del desgobierno y la anarquía?"<sup>99</sup>.

Entre los numerosos editoriales de la prensa nacional, los del relativamente independiente *El Ferrocarril* merecen ser conocidos por el prestigio que se reconocía al periódico capitalino. Éste, en diferentes artículos de opinión, aludió a la situación existente en el país al momento de producirse la excursión a Collipulli, así como al significado del viaje presidencial

En uno publicado el 22 de octubre, y aludiendo a la última crisis ministerial experimentada por el gobierno, afirmó que la "causa única" de ella fue la "resistencia sistemática" del Presidente a dar a su Ministerio el apoyo para una política de "prescindencia y neutralidad absoluta electoral". En otro del día 23, pasó revista a lo que llamó "plan sistemático de intervención que ha sido el pensamiento fijo, constante e invariable perseguido por la política del gobierno". El mismo, se recuerda, "velado y confuso en sus principios", vino a acentuarse a fines de 1889 cuando el Presidente, creyendo "llegado ya el momento de dar aire y vida a una candidatura oficial para la sucesión en la presidencia, organizó el Ministerio de enero con un personal y propósitos declarados de intervención"<sup>100</sup>.

Para *El Ferrocarril*, la gira de Balmaceda no se limitó sólo a la solemnidad de la inauguración del Malleco y tuvo también un "carácter político de actualidad" de la cual extrajo diversas consideraciones. Por lo pronto, que la "profusión de brindis y discursos pronunciados

---

<sup>99</sup> *El Mercurio* creía que el país se encontraba en una "hora solemne y decisiva, en la que todo peligraba y se conmovía". En la cual no era posible permanecer "impasible o en actitud estoica" y frente a la cual era preciso "prepararse para la acción, listos para todo y revestidos de todas las armas". En su criterio, el carnaval no podía ser un estado permanente de gobierno y el pueblo chileno no podía hacer "el papel grotesco de coro de opereta" pues tenía "una misión más digna y el deber de hacerse respetar y de castigar a todos los juglares". De otra manera, "no es digno de vivir", concluía.

<sup>100</sup> Según *El Ferrocarril*, este Ministerio tuvo por misión organizar definitivamente los elementos de la intervención oficial y procurar las apariencias de partido político a esos mismos elementos "haciendo romería política en las provincias, e inaugurando personalmente clubes de propaganda con asistencia de intendentes, gobernadores y demás funcionarios de la dependencia administrativa".

en el trayecto", y el que "donde quiera que se detuviera el tren aprovechara la oportunidad para dirigir la palabra al concurso que salía a recibirlo", mostraban la naturaleza proselitista de la excursión.

Teniendo presente la necesidad experimentada por Balmaceda de "departir en noble y franca cordialidad con los que venían a su encuentro a darle la bienvenida", *El Ferrocarril* justificaba la emoción que mostró el Presidente "al verse rodeado de un cierto número de sus conciudadanos que le ofrecían respetuosa hospitalidad". En especial si se consideraba que "esa cordialidad de relaciones del gobernante con los gobernados había llegado a ser una novedad en los hábitos de su vida administrativa", en especial en lo tocante a los habitantes de Santiago<sup>101</sup>.

En opinión de este periódico, las quejas formuladas por el Balmaceda en los pueblos de La Frontera en contra de los círculos de la capital, traducían, "con ingenua fidelidad, la fisonomía moral de la anómala situación que atravesaba" el país. En virtud de ella, la residencia en Santiago "ha llegado a hacerse insoportable para el Presidente", encontrándose aquí "en un estado de aislamiento como no ha acontecido jamás a Mandatario alguno de la república". Un retraimiento que, incluso, se prolongaba "hasta el círculo más íntimo de sus afectos y contrariando los vínculos más delicados de las adhesiones personales". Como prueba de su interpretación, el editorialista, agudamente, recordaba que Balmaceda había tenido "una entusiasta y cordial acogida a su advenimiento a la presidencia", pero que ahora no sólo no tenía a su lado a "ningún partido o agrupación política de filiación histórica", sino que, además, "se encontraba en entredicho con un Congreso hechura de su intervención".

La explicación de "la anómala situación" se encontraba en la aspiración a "la honrada y leal prescindencia del gobierno en interés común del libre sufragio del país", y no, como sostenía Balmaceda, en la ambición de los caudillos.

A decir verdad, para *El Ferrocarril* la única ambición existente en el horizonte político era "la sustentada por el favor del Presidente para una candidatura hechura exclusiva de la

---

<sup>101</sup> Véase su editorial del 31 de octubre de 1891.

suya". En resumen, era la "tenaz perseverancia presidencial de intervención electoral" lo que agitaba a la gran ciudad e impedía el sosiego de los partidos, perturbando la quietud del Jefe de Estado<sup>102</sup>.

Volviendo sobre los reproches presidenciales, se afirmaba que como efecto de "la fatal concentración de la vitalidad política en Santiago, en cuanto asiento de todos los poderes", resultaba natural que la "vigilancia que la opinión tiene que ejercitar", se dejase sentir en la capital con "más oportunidad, eficiencia y energía que en cualquiera otro punto de la república", pues aquí tenían los partidos su representación permanente y "los medios para contrabalancear los manejos de las autoridades contrarias a los intereses de las libertades públicas". Esto no ocurría en las poblaciones apartadas de Santiago, se afirmaba, pues a ellas todos esos grandes debates apenas llegan como "lejanos rumores, según la exacta y feliz expresión de un respetable diario de esas localidades"<sup>103</sup>.

Dada esta situación, se concluía, "se explica que el Presidente de la República se vea profundamente molesto y contrariado" con la fiscalización ejercida en Santiago, y que sólo encuentre "quietud para su espíritu en las poblaciones alejadas y ajenas al movimiento político"<sup>104</sup>. En lo que representa una expresiva descripción del ambiente político y de los intereses en disputa entonces.

Pero más aguda y penetrante resultó la visión de *El Ferrocarril* ofrecida en su página editorial del día 30 de octubre. En ella, abordó la gira presidencial como ejemplo de un mal mayor, señalando que si bien era natural y legítimo el regocijo de las poblaciones fronterizas por la inauguración del viaducto del Malleco, ello no debía hacer olvidar que "el interés

---

<sup>102</sup> Como prueba de sus afirmaciones, el editorialista recordaba que el nombramiento en agosto de 1890 del ministro Prat, para entonces ya reemplazado, había restablecido la quietud y la confianza de los partidos al dar garantías de no intervención.

<sup>103</sup> El periódico también recordaba que los debates en cuestión interesaban "al bienestar y progreso político del país", incluso, y a pesar, de que ellos fueran vistos con "desdén, o por lo menos con gran indiferencia", por las poblaciones alejadas de la capital.

<sup>104</sup> El texto de *El Ferrocarril* concluía haciendo notar que la situación analizada resultaba "curiosa" si se consideraba que en Santiago vivían el mayor número de amigos y correligionarios de las pasadas luchas del Presidente, que a esta ciudad afluían los representantes de todos los círculos políticos más caracterizados y que éste había hecho toda su carrera política en la capital. El editorial fue resumido en *El Estandarte Católico* del 1º de noviembre de 1890.

nacional no está sólo vinculado a los progresos materiales, sino a los beneficios no menos positivos y trascendentales de las prácticas honradas de la vida libre y de los correctos procedimientos de buen gobierno".

La opinión del diario revisaba en primer término la que llama "falsa noción del Estado providencia", en virtud de la cual la satisfacción de las necesidades públicas que incumbe como deber a los gobernantes "se ha considerado como un favor de su munificencia, como algo a que no se tuviera derecho, como una dádiva hasta cierto punto de carácter personal, tomando poco o nada en cuenta que ella se hace con la fortuna pública, con los recursos y sacrificios del país contribuyente".

Para *El Ferrocarril* esta concepción "muy propia de los países sujetos al régimen autoritario", pero que no existía en las naciones nacidas y desarrolladas en los hábitos de la vida libre, lo falsificaba y empequeñecía todo. Así, afirmaba, "los pueblos que se habitúan a atribuir a sus gobernantes lo que es el resultado de los esfuerzos comunes, concluyen por formarse amos que los encadenan", pues "éstos aprovechan para su engrandecimiento personal o para el ensanche de su autoridad, los mil elementos que la nación pone en sus manos para el bienestar general". Como resultado de ello, los adelantos materiales se transformaban en "elemento de dominación y vasallaje en el orden político", situación que jamás acontecería en las naciones en que el sentimiento del bienestar material está unido al de los beneficios de la libertad política<sup>105</sup>.

En Chile, continuaba el editorial, "habitados a pedirlo todo y a esperarlo todo de la acción del gobierno", existía la peligrosa tendencia de "dar por compensado cualquier menoscabo en el orden político con las ventajas materiales que puede realizar la administración" en una determinada localidad. Así, los beneficiados con lo que se supone es una dádiva del gobierno, quedaban "ligados por esa pretendida deuda de agradecimiento a la munificencia oficial y enfeudados a la intervención electoral oficial".

La confirmación de sus dichos estaba, según *El Ferrocarril*, en las descripciones de las

---

<sup>105</sup> Los conceptos de *El Ferrocarril* también podrían considerarse un velado reproche a la falta de cultura política de la provincia, hecha desde la "civilización" capitalina.

fiestas realizadas con motivo de la inauguración del viaducto del Malleco. En ellas "se hace representar al Presidente de la República ese papel de Estado providencia", como lo demostraba la lectura de algunos respetables órganos de la prensa del sur. Especial importancia daba a un editorial de *El Colono* en el que había afirmado: "para nosotros que no percibimos sino el rumor lejano de las disputas políticas de Santiago, y que por eso mismo consideramos la realidad de las cosas con ánimo mucho más desapasionado y sereno, la presencia del Presidente es en estos momentos la de un *bienhechor* del país, y Angol ha hecho bien en tributarle decorosamente la honradez de su hospitalidad"<sup>106</sup>. Para los críticos, tales líneas trazaban con "perfecta naturalidad la fatal influencia de la noción popular sobre la misión del gobierno", pues mostraban como "ante el papel bienhechor del país que se atribuía al Presidente", aparecían de "poca monta o ninguna consideración lo que se llaman "las disputas políticas de Santiago".

El periódico capitalino reconocía que "en un gran número y tal vez en la generalidad de las localidades apartadas de Santiago, asiento de los poderes públicos", no se percibía "más que el rumor lejano" de los grandes debates y conflictos que afectaban la vida política del país, y que por eso en "ellas no se les atribuía la importancia que tienen" y se las consideraba de valor muy secundario comparadas con las ventajas materiales que les procura la fortuna pública que "recibían como un acto de munificencia de su bienhechor el Presidente de la República". A su juicio eran estas ideas, que reconocía "hemos desgraciadamente fomentado y robustecido con el autoritarismo sin contrapeso atribuido al Jefe de Estado", las que opondrían a las libertades políticas una ruda lucha en el afán éstas por abrirse camino en la conciencia popular.

Según *El Ferrocarril* era el "régimen centralizador y absorbente" en que vivía el país desde largos años, lo que había "desnaturalizado y pervertido las más elementales nociones de libertad y de buen gobierno", provocando que la vitalidad política existente en cuatro o cinco de las grandes ciudades del país, apenas llegara, y sólo como un rumor lejano, a una parte muy considerable del territorio nacional.

---

<sup>106</sup> *El Ferrocarril* del 30, citando un editorial de *El Colono* de Angol del 27 de octubre de 1890.

Todo lo anterior, concluía, explicaba los penosos esfuerzos que había que llevar a cabo para conseguir la implantación de un régimen de verdadera libertad. Era esa noción del Estado providencia, "personificada en el Presidente de la República, como fuente única de todo poder", la que había sido y continuaba siendo "en un gran número de nuestras poblaciones", el obstáculo más considerable para el progreso político del país. Ella era, por último, la raíz de "la intervención electoral de los gobiernos y en ella éstos tenían su apoyo más considerable".

Correspondió al oficialista *La Nación* hacerse cargo de los comentarios que el viaje al Malleco había despertado en la prensa de oposición. Recordando las inauguraciones en que participó S.E., el editorial afirmaba que resultaba "verdaderamente satisfactorio marcar la época de estos importantes progresos" en medio de la "hora de agitación de los círculos parlamentarios", cuando "se deplora que el Presidente de la República haya hecho el papel de providencia en su país, que viaje al sur, y que las poblaciones satisfechas por los progresos realizados hayan salido a su encuentro y le hayan probado su adhesión"<sup>107</sup>.

Intentando contradecir a quienes pretendían "presentar al Presidente en singular aislamiento de la capital", se afirmaba que S.E. sólo había manifestado "que la descentralización de la riqueza" era un hecho, además de hacer notar la diferencia que existe entre las provincias de Chile, "sin caudillos, sin ambiciones personales y en abierto desacuerdo con los círculos políticos santiaguinos, condenados a inevitable esterilidad aun en el punto mismo de Santiago"<sup>108</sup>.

Aceptando que no existía acuerdo entre el Primer Mandatario y el Congreso, justificaba la conducta de Balmaceda pues el Congreso pretendía "la absorción, en su beneficio, del Presidente y del Poder Ejecutivo". De ahí que en su concepto la "enérgica actitud del Jefe de Estado, amparada en sus fueros y atribuciones, lo honraba" y probaba que ningún círculo

---

<sup>107</sup> Véase edición del 31 de octubre de 1890.

<sup>108</sup> *La Nación* describe a la oposición como "círculos personales, divididos y fraccionados hasta constituir entidades completamente heterogéneas y desautorizadas". Aislada y desprestigiada por su falta de opinión en las provincias y en Santiago.

personal lograría dominarlo<sup>109</sup>.

La página editorial concluía señalando que a las palabras y a las violencias de la injusticia de los grupos santiaguinos, *La Nación* oponía sencillamente "los hechos y la opinión de la gran mayoría de los chilenos"<sup>110</sup>.

De esta forma el medio de prensa oficialista dejaba la resolución del conflicto en manos de la opinión pública, esperanzado, como seguramente el propio presidente Balmaceda lo estaba, en que ésta se inclinaría en su favor en virtud de las realizaciones de la administración, entre las cuales, que duda cabe, el viaducto del Malleco y el dique seco de Talcahuano resultaban las más espectaculares.

Esta creencia, sostenemos, debió verse reforzada por las manifestaciones de adhesión que el Primer Mandatario recibió a lo largo del país en cada una de sus excursiones. Éstas, con seguridad, no sólo le hicieron aguardar con confianza el desenvolvimiento de los acontecimientos, sino que, además, lo llevaron a probar el grado de adhesión que su figura despertaba programando una excursión a Concepción que le permitiera mostrar a sus contradictores lo equivocados que estaban al oponerse a su figura y administración.

En diciembre de 1890 los diferentes periódicos también rivalizaron en torno al verdadero significado de lo ocurrido en la provincia y sobre las proyecciones que los sucesos tenían. Pero, y a diferencia del viaje a Collipulli, donde por lo menos hubo cierto acuerdo en que la obra que había motivado el viaje presidencial efectivamente lo justificaba, ahora, y salvo una o dos excepciones, los medios no se refirieron a la importancia de los trabajos que Balmaceda fue a poner en marcha, optando por centrar sus editoriales en evaluar el recibimiento que se hizo al Jefe de Estado en las poblaciones que habían tenido la oportunidad de apreciarlo, o en la obra emprendida por la administración desde que ésta se había hecho

---

<sup>109</sup> Según el editorial, Chile sería muy desdichado si algún día tuviera presidentes que se dejaran absorber por un poder irresponsable como el legislativo, o que, abdicando los deberes y la dignidad del puesto, se dejaran avasallar por las coaliciones del odio o del interés.

<sup>110</sup> El texto fue reproducido en *El Ferrocarril* del 1° y resumido en *El Estandarte Católico* del 4, ambos de noviembre de 1890.

cargo del gobierno del país<sup>111</sup>.

La discusión respecto de los viajes oficiales, junto con demostrar el papel que la opinión pública jugaba como entidad legitimadora o censoradora de los actos y hechos políticos, permite apreciar también los cambios experimentados por ésta. En efecto, la disputa respecto del verdadero significado de los viajes de Balmaceda nos muestra como ella evolucionó desde una condición de relativa unidad y homogeneidad respecto del papel y valoración de las instituciones esenciales del régimen republicano, como la Presidencia de la República, hacia una situación de profunda división. Surgiendo en la práctica dos "opiniones públicas", la que se opone ásperamente al Jefe de Estado, y la que lo apoya incondicionalmente.

La polarización de la sociedad y la desvalorización de la imagen de la Presidencia de la República constituyen fenómenos muy significativos. Ellos, junto con mostrar la influencia de la opinión pública, nos permiten señalar que uno de los hechos políticos que antecede a la crisis de 1891 fue, precisamente, su manifiesta desavenencia respecto de los responsables del conflicto que se había desencadenado entre Balmaceda y el Congreso a mediados de 1889. De este modo, y dada la trascendencia y magnitud que había adquirido la opinión pública, su propia división en bandos irreconciliables explica también la Guerra Civil de 1891 y, en especial, que fuera su opción final, que ahora mostraremos, la que decidiera la contienda<sup>112</sup>.

Entre los bandos en pugna deben situarse las reflexiones de *El Ferrocarril*, el principal

---

<sup>111</sup> Para opiniones favorables al gobierno, véanse las notas editoriales de: *El Comercio* del 13, 18 y 19; *La Nación* del 16 y 17; *La Libertad Católica* del 16, reproducido en *El Bío Bío* del 18; *El Bío Bío* del 21, todos de diciembre de 1890 y *La Locomotora* y *El Eco de Vichuquén* del 3 de enero de 1891. Visiones críticas del viaje, la administración y el propio Presidente, en las páginas de opinión de: *El Mercurio* del 16 y 18; *La Época* del 17, 18, 19 y 20; *La Discusión* del 19; *El Independiente* del 16, 17 y 18; y *El Imparcial* del 18, todos de diciembre de 1890.

<sup>112</sup> La polarización social y la división de la opinión pública previa a 1891, con las consecuencias ya conocidas, se repitió en el Chile anterior a 1973. Entonces, la sociedad también se fracturó en bandos irreconciliables, siendo la prensa, además del Congreso Nacional, los espacios de discusión que más intensamente reflejaron tal situación, sin perjuicio de contribuir también a ella. Al respecto véase Dooner, 1989 y González Pino y Fontaine Talavera, 1997. Ambos trabajos recrean, a través de la recopilación de textos periodísticos, la progresiva división experimentada por el país a partir de fines de la década de 1960 y hasta el golpe militar de 1973.

periódico del país. El más respetado, pretendido modelo de ponderación e independencia, una verdadera institución nacional, incluso considerado por Balmaceda, como lo demuestran a lo menos dos hechos.

El primero, que una vez estallado el conflicto, y habiendo ordenado Balmaceda el cierre de todos los periódicos e imprentas de oposición, se permitiera su circulación. Hecho que si finalmente no ocurrió fue porque su propio dueño prefirió correr la suerte de sus colegas. El segundo, que el propio Balmaceda, una vez concluida la Guerra Civil que lo expulsó del poder, lo recomendará como una de las fuentes esenciales para hacer la historia de su administración.

En este contexto, apreciar el sentir de la opinión pública a partir de los editoriales de *El Ferrocarril*, creemos, permitirá obtener una visión de la situación política y de los bandos en pugna relativamente desapasionada y que iba más allá de los intereses y objetivos inmediatos que cada uno de ellos encarnaba o aspiraba a materializar. Hará posible, además, aquilatar el verdadero significado de este viaje de Balmaceda en particular, pero, también, del conjunto de los realizados a lo largo de su estadía en el gobierno. Percibir cómo, en última instancia, las excursiones gubernamentales efectivamente terminaron siendo apreciadas por todos, y no sólo por Balmaceda, como una instancia de legitimación política. Un recurso a través del cual palpar el sentir de la opinión y, gracias a ello, actuar en uno u otro sentido en la vida política nacional.

El periódico santiaguino sólo dedicó dos páginas de opinión al que llamó "viaje del Presidente de la República para la inauguración del dique de Talcahuano". Una el día 14, la otra el 18, ambas de diciembre de 1890<sup>113</sup>.

En el primero de ellos, *El Ferrocarril* afirmaba que este último desplazamiento a los

---

<sup>113</sup> No sobra señalar que al igual que en otras oportunidades, en esta *El Ferrocarril* también reprodujo los editoriales de otros medios escritos, entre ellos: de *La Libertad Católica* y *El Sur* del 16 y *El Independiente*, *La Época*, *La Unión*, *La Nación* y *La Libertad Electoral* del 17, en su edición del 18; de *El Independiente*, *El Mercurio* y *La Libertad Electoral* del 18, en su edición del 19; y de *El Comercio* del 18, en su edición del 20, todos de diciembre de 1890. Sin duda un signo de moderación y tolerancia en medio de un ambiente polarizado. A diferencia de lo ocurrido con *El Ferrocarril*, no hemos encontrado editoriales de *El Estandarte Católico* sobre el asunto que nos ocupa, aunque sí resúmenes o glosas de los editoriales de todos los mencionados en sus ediciones del 15, 17 y 19 de diciembre de 1890.

pocos días de haber regresado el Presidente del Malleco, mostraba por sí sólo "las ventajosas condiciones en que puede desarrollarse el país", reconociendo así la obra de la administración; agregando, sin embargo, ahora relativizándola, que "la satisfacción de las necesidades materiales no eran objetivo único de las aspiraciones de un pueblo"<sup>114</sup>. Entonces se planteaba la duda si "el deslumbrante golpe de vista que ofrecían las obras emprendidas en diversos puntos del territorio", otro punto a favor del gobierno, "correspondía a las exigencias de nuestra condición económica"; pero sobre todo, si estaban "en relación con un desarrollo análogo de bienestar y de progreso en el orden político".

A este respecto, y en lo que puede ser considerada una crítica a las constantes alusiones del Presidente relativas a que él había distribuido la riqueza nacional en todo el territorio, *El Ferrocarril* sostenía que la grandeza moral de las naciones no sólo la formaban las obras públicas; también lo que llama "el goce efectivo de los derechos políticos". Así, advertía que los pueblos que permitían a sus gobernantes la realización de "pomposos programas de bienestar material", tenían perfecto derecho para "exigirles que el respeto a sus instituciones y a sus libertades guarde conformidad con el esplendor de los recursos otorgados a la acción e iniciativa del gobierno".

De esta forma, el editorialista llegaba a lo que para él resultaba esencial, esto es, que los recursos en manos de los gobernantes "no se conviertan en elementos de servidumbre política" y que el pueblo comprenda que las obras que a todos beneficiaban eran el resultado del sacrificio de la sociedad en general. Siguiendo una cuidadosa e impersonal argumentación, pero claramente referida al Chile de entonces y a su gobernante, que jamás nombra, *El Ferrocarril* afirmaba que sólo en los "países sujetos al absolutismo de gobierno ha sido inveterada costumbre hacer reflejar todo los adelantos materiales en honor exclusivo de sus soberanos, como si las obras realizadas con los dineros nacionales fueran una dádiva generosa de su munificencia".

Por lo anterior, continuaba una argumentación que de manera implícita era cada vez

---

<sup>114</sup> Tengamos presente que este editorial apareció el 14 de diciembre, es decir el mismo día de la llegada del Presidente a Talcahuano.

más crítica de las prácticas políticas puestas en uso por Balmaceda, " no ha sido raro que a la sombra de esta concepción errónea de los derechos populares, hayamos visto que los pueblos deslumbrados con los adelantos materiales de sus gobiernos, echen en olvido el valioso tesoro de sus libertades políticas y las consideren como una deuda obligada de gratitud a sus pretendidos benefactores"<sup>115</sup>.

Entonces, ahora sí, aludía a la administración de Balmaceda a propósito de la inauguración del dique de Talcahuano, preguntándose si "las prácticas del gobierno ¿corresponden a las exigencias de nuestro progreso político?".

De esta manera, e intentando trascender la coyuntura, pero condenando una conducta gubernamental que apreciaba poco cuerda e imprudente, *El Ferrocarril* planteaba "que tal era la cuestión que pone a la orden del día el hecho de llevarse a cabo obras materiales"; afirmando entonces que el bienestar y la prosperidad de un pueblo no se "mide sólo por el aparato fastuoso de las grandes obras públicas si esas manifestaciones de bienestar no coinciden con el ensanche y progreso proporcionados en materia de libertades y correctas prácticas de Gobierno".

Identificados los riesgos a que el país se encontraba expuesto, el editorialista miraba al futuro pronosticando que "sólo en el desarrollo paralelo de ambos órdenes de intereses puede verdaderamente encontrarse un síntoma seguro de prosperidad nacional y la implantación de un régimen sólido y robusto de libertad en el desenvolvimiento de sus instituciones".

Sin duda, el editorial de *El Ferrocarril* aparecido el día que Balmaceda arribaba a Talcahuano resulta trascendente. Por lo pronto porque manifiesta que el uso que Balmaceda dio a sus viajes, en un principio bien evaluado, finalmente, terminó siendo apreciado por la opinión como abusivo y peligroso para la sociedad.

Además, porque demuestra que los desplazamientos del gobernante a la provincia, tanto en lo relativo a los antecedentes que los motivaron como a los componentes que los integraron,

---

<sup>115</sup> Según este periódico, la causa del vicio expuesto eran los tres siglos de existencia colonial, y para demostrar su aseveración ponía de ejemplo a los Estados Unidos. Ahí afirmaba: "a nadie se le ocurre imaginar que una obra pública realizada por sus gobernantes deba estimarse como una deuda de gratitud y mucho menos que ella deba conseguirse al precio de sus derechos políticos".

entre los cuales los objetivos para los que fueron utilizados no son los menos importantes, resultaron la expresión de un fenómeno todavía más grave.

Un fenómeno que ya hemos tenido oportunidad de expresar y que no es otro que el desequilibrio existente entre el proceso político y el económico que, si bien *El Ferrocarril* plantea hacia el futuro de mantenerse las prácticas que censura, en los hechos, y como los viajes de Balmaceda lo demuestran, ya era evidente. Tanto como para ser la causa esencial, sostenemos, del conflicto entre un Jefe de Estado económicamente muy poderoso gracias a la coyuntura del salitre, y un Congreso Nacional políticamente fortalecido por la trayectoria institucional del país a lo largo del siglo XIX.

Concluido el viaje oficial al sur, y por lo tanto ilustrado de lo sucedido durante la excursión y al tanto de las opiniones de los otros medios de prensa, *El Ferrocarril* publicó su segundo editorial sobre el hecho. En él, y muy hábilmente, pues en definitiva utilizaba para argumentar el mismo medio que Balmaceda había usado para atraerse la adhesión popular y legitimar su postura, el periódico alude a lo significativo que resultaba para el gobernante recorrer las provincias como instancia para "formar por sí mismo una idea más clara y exacta de la situación" del país. Agregando que en épocas de "excitación política", el que el Jefe de Estado "pueda imponerse personalmente del estado del espíritu público" resultaba todavía más conveniente, en especial si se consideraba, concluía, "que las soluciones de gobierno dependen de que las aspiraciones nacionales sean satisfechas en conformidad a las legítimas exigencias del bienestar y tranquilidad públicos".

Sustentando sus planteamientos, el editorialista argumentaba que a pesar del "aparato de ceremonia y convención" que normalmente rodeaban al Primer Mandatario en sus salidas de la capital, para éste no debía resultar difícil "penetrarse de las tendencias y de los sentimientos que predominan en la generalidad de los espíritus y que se revela en la fisonomía moral y en la actitud misma de las poblaciones". Al respecto, y desechando que el Presidente sólo tuviera acceso a "los elementos que ponen en movimiento las autoridades locales", *El Ferrocarril* aseguraba que "siempre hay síntomas inequívocos del contento o descontento popular" que, asegura, "no podían escapar a la sagaz y patriótica penetración del Jefe de

Estado" si es que éste, sostiene el periódico entregando la responsabilidad a Balmaceda, "está dispuesto a prestar atento oído a las indicaciones de la opinión".

En el sentido señalado, y no olvidemos que escribe después de conocidas las manifestaciones provocadas por el desplazamiento presidencial, el editorialista recordaba que las indicaciones de la opinión se traducían "en hechos de la más expresiva significación". Entonces, y demostrando que definitivamente había entrado en el terreno que el propio Balmaceda había impuesto con sus viajes a la provincia, en lo que por otra parte constituye una expresión de la vigencia de ese tipo de práctica y cálculo político, señalaba que a lo menos por dos razones las expresiones de la opinión eran dignas de tomarse en cuenta: "tanto por la importancia social y política de las personas y elementos que se asocian espontáneamente a las solemnidades oficiales; como por las manifestaciones de deferencia, respeto y entusiasmo que rodean al Jefe de Estado en su trayecto y que le forman más imponente cortejo que el obligado de los elementos oficiales en tales ceremonias".

Mostrando una clara comprensión del significado de los viajes gubernamentales, así como de lo ocurrido en la excursión oficial al sur, *El Ferrocarril* señalaba que las "poblaciones contentas llegan hasta hacer superfluas las intervenciones de elementos de autoridad", pudiendo entonces el Jefe de Estado "prescindir de ellas en brazos de la confianza pública". Reflexionando sobre que la inauguración de obras públicas de interés nacional "eran las más a propósito para despertar entusiasmo general", el momento en que las llamadas ceremonias oficiales se "transforman en verdaderas fiestas populares"; el periódico abordaba la puesta en marcha de los trabajos del dique seco de Talcahuano dejando, nuevamente, la situación en manos del Presidente cuando afirma que éste "ha tenido oportunidad de formar por sí mismo concepto cabal y completo de la predisposición dominante en las poblaciones recorridas en su trayecto".

Suponiendo que a Balmaceda "le habrá sido fácil discernir entre la solemnidad oficial y la participación espontánea en que se traduce siempre el entusiasmo popular", advertía que las impresiones recibidas en esta excursión, "no pueden menos de estimarse como un elemento oportuno de ilustración para su criterio"; en especial, continuaba, "en horas tan decisivas de prueba para el acierto de la marcha del gobierno y para el tranquilo desarrollo de la vida

nacional".

Entonces, y legitimando los informes sobre las manifestaciones contrarias a Balmaceda, *El Ferrocarril* ofrecía una clara inclinación a hacer recaer en el Jefe de Estado la responsabilidad de superar la crisis política<sup>116</sup>. Expresando su esperanza "que esta reciente excursión presidencial no haya sido perdida para los graves conflictos, y que rectificando y modificando las ideas en las esferas de gobierno contribuya a soluciones dignas de nuestro patriotismo", concluía: "nunca es tarde para detenerse y para enmendar el rumbo que precipita la vida nacional en azarosas y terribles incertidumbres"<sup>117</sup>.

Si nos hemos permitido una relación tan exhaustiva de los editoriales de *El Ferrocarril* de diciembre de 1890 es porque en ellos ven reflejados a lo menos dos elementos fundamentales de la realidad del Chile de la época.

En primer término, una argumentación que permite apreciar que la gran parte de la sociedad captó el sentido político de las excursiones oficiales a la provincia. Demostración de lo cual es el hecho de que el editorialista se basara en el contenido de ellas para razonar sobre la situación nacional.

En segundo lugar, y como consecuencia de la anterior, una demostración inequívoca de que para uno de los medios de prensa más importantes del país en la época, y por lo tanto un intérprete fundamental del sentir de la opinión pública, ésta parecía haber pronunciado un juicio contrario a la postura representada por el presidente Balmaceda. De tal manera que, o el gobernante cedía, como no lo hizo, o el país lo combatiría, como efectivamente ocurrió.

En definitiva, que el presidente Balmaceda, enfrentado en el terreno que él había elegido para combatir a la oposición, esto es el que sus salidas fuera de la capital le ofrecían,

<sup>116</sup> Otras fuentes también dan por ciertas las que una llama "estrepitosas manifestaciones de hostilidad al Presidente, con silbatinas y mueras". Véase Orrego Luco, 1984, p. 309. Según este autor, incluso "hubo necesidad de que la policía y el Ejército cargaran para salvar el prestigio presidencial". Un observador menos involucrado, el Barón de Gutschmid, representante alemán en Chile, escribió el 19 de diciembre a su gobierno: "no dejaré de mencionar que el recibimiento frío que encontró S.E. en Valparaíso, Talcahuano y Concepción, y con motivo de su vuelta en la capital, de parte de la población, parece poco a propósito para dar aliento a la política interna autoritaria que impera en la actualidad". En Cancillería Alemana (ed.), 1891.

<sup>117</sup> Como es conocido, el llamado del periódico no fue escuchado y el país poco días después entró en lo que él mismo pronosticó, esto es, "la perturbación de nuestro régimen constitucional".

fue vencido. Derrotado por una oposición que supo imponer su visión de la realidad y ganarse a la opinión que a través de las alternativas de uno de esos viajes demostró y percibió que la imagen pública del Jefe de Estado había declinado y que una práctica que alguna vez se valoró positivamente, ahora no era más que la expresión de una figura debilitada haciendo esfuerzos desesperados por recuperar la adhesión popular que alguna vez tuvo. La misma que no hacía mucho tiempo atrás, y como otras excursiones lo demuestran, le había permitido a Balmaceda pasearse por el país recibiendo todo tipo de manifestaciones de simpatía hacia su persona y de respeto a la institución que representaba, cuando no de sincera adhesión política hacia ambas<sup>118</sup>.

---

<sup>118</sup> Aunque en esta parte no hemos querido utilizar las páginas editoriales de otros periódicos diferentes de *El Ferrocarril*, por haber estado todos ellos abanderados decididamente con uno u otro de los bandos en conflicto, haremos una excepción que nos permitirá demostrar hasta qué grado de desprestigio llegaron los viajes del presidente Balmaceda y cómo, lo que *El Ferrocarril* señalaba de manera ponderada y tratando de estar por sobre los poderes en lucha, de hecho era una opinión bastante difundida y que tenía versiones muy críticas. Se trata del editorial de *El Independiente* del 16 de diciembre de 1891, muy gráficamente titulado "Al estilo oriental".

En él, el juicio condenatorio se extiende a todos los que llama "grandes y fastuosos paseos al estilo oriental del Presidente de la República"; según el medio, "realmente una de las más soberbias novedades de su gobierno" que ha hecho posible verlo "alejarse del centro activo de los negocios del Estado, ni más ni menos que como una especie de Gran Sol de Persia".

Más adelante se condena que en cada uno de sus viajes Balmaceda se haya desplazado "rodeado de una inmensa corte de eunucos políticos, de camareros de confianza, de cortesanos de todos colores y de una brillante guardia de soldados y marineros que daría envidia a los sátrapas y monarcas de los países asiáticos". También se reprocha que las fuerzas de mar y tierra y las oficinas públicas hayan contribuido a dar a "esos reales pasatiempos de S.E. todo el esplendor apetecible", en donde "el lujo y la ostentación no habían dejado nada que desear a este respecto".

A continuación, el editorialista opina que si todas las "regias expediciones habían sido dignas del Jefe Supremo, de su carácter técnico, de su posición simbólica en el Estado y de su figura histórica ante la posteridad", sin duda que la última, la que lo llevó a Talcahuano, "ha eclipsado a todas las anteriores, en todos sentidos y por cualquier aspecto que se la considere". Situación que contrastaba, según *El Independiente*, con otros tiempos, cuando "los presidentes de Chile viajaban así no más, de cualquier modo, con el aire más vulgar y modesto, como suelen viajar de ordinario todos en esta tierra tan humilde y mansa de corazón como ninguna".

Entonces, y reflexionando muy prácticamente, el editorial llega a preguntarse por los costos de las excursiones presidenciales en que "el jefe de Estado gasta los dineros del Estado en divertirse y en dar suntuosos saraos, banquetes y fiestas de otras especies a sus paniaguados y cortesanos". Afirmando que ninguna ley lo ha autorizado para disponer de los caudales públicos para sus viajes, califica de "robo" el procedimiento de Balmaceda de "disponer en esa forma de esos caudales, entrando para ello a saco en las arcas fiscales, tomándolos con su mano zurda y arrojándolos en seguida a sus pinches y cocineros".

Así, e ironizando sobre lo que llama "aires del dictador de querer civilizarnos a la fuerza con esos brillantes espectáculos", concluía su nota editorial *El Independiente*.

Sin duda, una muy negativa censura para el Excelentísimo señor Presidente de la República.



## VIII- EL ÚLTIMO VIAJE DEL PRESIDENTE BALMACEDA

### BALMACEDA AL FRENTE DE BATALLA

Tomando en cuenta que nuestra investigación ha sido preparada, en lo esencial, sobre la base de los viajes a la provincia encabezados por José Manuel Balmaceda, y que nuestra pretensión ha sido la de ilustrar a través de ellos problemas relacionados con el ejercicio del poder, no podíamos soslayar en nuestro texto la explicación de fenómenos y procesos de naturaleza política y de orden general ligados a la institucionalidad chilena del siglo XIX que los desplazamientos estudiados nos permitieron identificar, algunos de los cuales se proyectan hasta nuestros tiempos.

De esta forma, la revisión de los últimos viajes del presidente Balmaceda no solo nos dará la oportunidad de mostrar el destino final que su figura y la institución que representó tuvieron en su época; también, de analizar la evolución de la Presidencia de la República a lo largo del siglo XIX, así como el significado esencial que Balmaceda dio a su corporalidad en la actividad política y como, a través de los actos y gestos que ella le permitió ejecutar, se proyectó en nuestra historia nacional como ejemplo moral de autoridad republicana<sup>1</sup>.

Pese a que en 1891 el país se vio envuelto en una Guerra Civil que acaparó toda la atención del Presidente de la República, impidiéndole continuar con las rutinas que venía practicando, lo cierto es que aquel año éste debió excursionar, una vez más, fuera de Santiago<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Durante la conmemoración oficial del centenario de la Guerra Civil de 1891, José Manuel Balmaceda fue evocado como el gobernante "que ofrendó su vida en un acto de consecuencia". Véase el discurso de S.E. el Presidente de la República, D. Patricio Aylwin Azócar en el Centenario de la muerte del Presidente José Manuel Balmaceda, en DIBAM, 1992, pp. 9-12.

<sup>2</sup> Ante la falta de acuerdo existente entre el jefe de Estado y el Congreso Nacional, y puesto que no había sido despachada la ley de presupuestos, el 5 de enero de 1891 Balmaceda decidió que regiría el presupuesto del año anterior. La mayoría opositora, ante lo que creyó representaba la entronización de la dictadura, respondió firmando una acta de deposición del Presidente. Esta actitud contó con el apoyo de la Escuadra, la cual se sublevó el 7 de enero, manteniéndose el Ejército leal al gobierno. Iniciada la Guerra Civil, la administración clausuró la prensa opositora y persiguió duramente a quienes le combatían o apoyaban la causa del Congreso. Mientras esto ocurría, y además se desenvolvía la campaña militar, el gobierno celebró elecciones presidenciales en las zonas que permanecieron bajo su control, esto es, las provincias del centro y sur del país.

Si bien los desplazamientos que Balmaceda realizó entonces tuvieron un propósito inmediato muy diferente de todos los otros que había protagonizado a lo largo de su estancia en el gobierno, ellos comparten las motivaciones esenciales -el carácter político- de todos sus viajes y, además, permiten ilustrar el uso que Balmaceda dio a su corporalidad, una de cuyas expresiones evidentes fueron sus viajes.

El 22 de agosto de 1891, Balmaceda emprendió su último viaje presidencial. Entonces, se vivían los momentos decisivos de la Guerra Civil que sufría el país y el Presidente y sus partidarios se encontraban a la espera de conocer el lugar exacto en que se presentaría el ejército que se había organizado en el norte del país combatirlo.

De acuerdo con un contemporáneo de los hechos, el viaje comenzó a gestarse la mañana del 20 de agosto, cuando el Presidente fue informado del desembarco de los congresistas en Quintero. La noticia, que desencadenó en el gobierno una febril actividad destinada a movilizar sus fuerzas hacia el campo de operaciones, llevó al Consejo de Ministros a discutir la conveniencia de que fuera el propio Presidente a ponerse al frente de las tropas<sup>3</sup>.

Luego de la batalla en Concón el día 21 -la que representó un completo desastre para los balmacedistas-, el Presidente decidió partir al campo de batalla "con el propósito de juntarse con los restos de su Ejército y empezar inmediatamente la concentración de las divisiones" con que aún contaba el gobierno. La noticia creó expectativas entre sus partidarios, algunos de los cuales, como el ministro de Guerra Nicanor Ugalde, desbordaron confianza<sup>4</sup>.

---

<sup>3</sup> Véase la crónica del balmacedista Rodríguez Mendoza, 1899, pp. 18-19. Según la versión de un colaborador de Balmaceda, que no se encontraba en Santiago durante aquellos días, pero cuya cercanía al Presidente hace de su obra una fuente fundamental; luego del desembarco de Quinteros "el primer pensamiento de Balmaceda había sido ir en persona a unirse al Ejército de operaciones", proposición que el Consejo de Ministros rechazó. En Bañados Espinoza 1894, II, p. 545. Otro cronista relata que desde hacía ya tiempo "el Presidente estaba resuelto a compartir las fatigas y los peligros del soldado", pero que, "forzado por sus amigos, se ha visto en la necesidad de desistir de esta determinación. Los amigos le han dicho que él es el emblema del orden y de la patria, y Balmaceda, reconociendo que es el emblema de una y otra cosa, con pena ha relegado al cajón de sus prendas sin uso las botas con las armas de la República en la caña que, según un periódico, le había hecho un zapatero". Véase Velasco, 1914, p. 616. El día 20 de agosto el Presidente electo, Claudio Vicuña, partió al frente.

<sup>4</sup> Balmaceda habría expresado desde el comienzo del conflicto "el deseo de dirigir su ejército desde el mismo teatro de operaciones" y la derrota de Concón, "que atribuyó a la incompetencia de sus generales, reavivó su propósito". Véase Encina 1940-1952, XX, p. 270. Otro autor afirma que el viaje de Balmaceda tuvo como fin

Para la que sería la última de sus excursiones fuera de Santiago, Balmaceda se hizo acompañar por el primer Alcalde de Santiago, y ayudante ocasional, Víctor Echaurren Valero, el comandante Moraga, el coronel Castro, los comandantes Lalanne y coronel Gándara, cien hombres de infantería y cincuenta cazadores, además de dos ametralladoras. Junto a ellos partieron también el Ministro de Justicia, el Subsecretario del ministerio del Interior, los diputados Baldomero Frías Collao y Agustín Lazcano y algunos otros ayudantes y jefes<sup>5</sup>. Es decir, una comitiva formada apresuradamente, de circunstancia, diferente de las que normalmente habían participado de los anteriores desplazamientos presidenciales.

Cerca de las 17:00 horas del día 22 de agosto, la comitiva presidencial ocupó el único carro de primera de un "convoy en que había algo de tardío y fúnebre"<sup>6</sup>. En esta ocasión, en vez de la Canción Nacional y las aclamaciones de otras épocas, los viajeros sólo percibieron, una vez en marcha el tren, el "tiro de revólver" de un anónimo sujeto cuyas intenciones, presume Rodríguez Mendoza, "no eran muy buenas"<sup>7</sup>.

La telegrafista de Quillota, Celinda Arregui, informa que Balmaceda llegó de noche a aquel pueblo. "acompañado de sus ayudantes de campo Echaurren Valero, Frías Collao y el

---

"organizar por sí mismo la defensa y para infundir confianza a sus soldados". Véase Rodríguez Bravo, 1925, II, p. 294. Según un cronista, el Presidente, "cediendo a las insinuaciones de sus amigos había resuelto ayer aguardar aquí el desenlace de los sucesos; pero como ha recibido noticias que no son enteramente favorables, ha determinado robustecer con su presencia el espíritu de la tropa y dar a la batalla la correspondiente unidad de dirección". Véase Velasco, 1914, p. 620. La reacción del ministro Ugalde, en Rodríguez Mendoza, 1899, p. 45.

<sup>5</sup> Véanse Rodríguez Mendoza, 1899, p. 44 y Bañados Espinoza, 1894, II, p. 545.

<sup>6</sup> Véase Rodríguez Mendoza, 1919, p. 201. En el mismo texto se relata que Balmaceda partió de La Moneda después de las tres, que se había afeitado y que si "no hubiera sido por el traje, se podría haber pensado que iba al Congreso a dar lectura a algún mensaje importante". Según se ha asentado, muchos de los que vieron a Balmaceda partir de La Moneda, "con su largo y amplio capote de esclavina, su sombrero de paño suelto y botas altas de caballería y su rostro minado por los sufrimientos", creyeron que al Presidente "no lo impulsaba otro móvil que el temor al desamparo momentáneo de tropas" en que había quedado la capital, situación que los revolucionarios pudieron aprovechar para capturarlo. Pero, se agrega, "bastaba conocer su carácter para comprender que el objeto principal de un viaje que tanto pregonó a los principales jefes del ejército, no era otro que el infundir con su presencia el aliento en sus filas que bien lo necesitaban". Véase Salas Edwards 1925, II, p. 311.

<sup>7</sup> Véase también, Bañados Espinoza, 1894, II, p. 545. Velasco 1914, p. 619, afirma que en la estación, al despedirse, "el Presidente dice a los que le acompañan: volveré victorioso o regresará únicamente mi cadáver". No está demás señalar que, previendo alguna eventualidad, el convoy presidencial "tenía una máquina por delante y otra por detrás". Véase Caviedez, 1892, p. 385.

famoso Aquiles Bianchi", y que alojó "en una oficina de la estación"<sup>8</sup>. Según otro cronista Balmaceda decidió pernoctar en "el modesto dormitorio del Jefe de Estación", una pieza con "una cama con colcha bien blanca y más flecuda, estera, palmatoria de bronce de unas con palanca para subir y bajar la vela, velador y otros enseres indispensables" para un cuarto destinado a servir de dormitorio<sup>9</sup>.

Así, y debido a los azares de su administración y de la guerra, el mismo Presidente de la República que en otro tiempo, con las excepciones conocidas, había viajado en medio de la aclamación popular, rodeado de atenciones, y normalmente recibido con exquisitas muestras de simpatía y alojado en las habitaciones más confortables que sus anfitriones pudieron proporcionarle, ahora, sufría el revés de la medalla. En efecto, no sólo se había visto precisado a realizar un viaje no planeado, prácticamente de incógnito, sin mayores comodidades, sin ni siquiera poder ser recibido por algún anfitrión. Demostración de que iba a la guerra y no de gira, Balmaceda debió contentarse con una modesta vivienda en la que, en medio de las preocupaciones que las noticias telegráficas le proporcionaban, se hospedó durante lo que ha sido calificada como "una noche siniestra, amarga e incierta" durante la cual sólo se dedicó a "escribir telegramas para sus generales en el frente"<sup>10</sup>.

Intentando cumplir con el objetivo de su viaje, a las 9:00 de la mañana del día 23, S.E. y acompañantes siguieron viaje hacia Valparaíso, "pero no pudo pasar pues estaba destruida la línea férrea"<sup>11</sup>. Así, "sólo alcanzó hasta Quilpué, ciudad a la que arribó a las 10:00 horas. En aquélla, nos relatan, la estación "se hallaba convertida en el espantoso cuadro que ofrece un ejército después de la derrota" en lo que, indudablemente, debió ser para Balmaceda una visión muy alejada de las imágenes que, normalmente, advirtió al llegar a una nueva ciudad durante

---

<sup>8</sup> Véase el diario que ella llevó y que *La Época* publicó en su edición del 9 de octubre de 1891 bajo el epígrafe de "La campaña. Curiosos detalles. Desde Quillota".

<sup>9</sup> Afuera de la habitación, sólo "un soldado con bala en boca", custodiaba el improvisado hospedaje presidencial. Rodríguez Mendoza, 1919, p. 201.

<sup>10</sup> Véase Rodríguez Mendoza, 1899, pp. 44-47.

<sup>11</sup> Véase el diario de Celinda Arregui ya citado en *La Época* del 9 de octubre de 1891.

sus giras y excursiones por el país<sup>12</sup>.

Además de hacer presente el dramático contraste que es posible advertir entre esta excursión y cualquier otra de las realizadas por Balmaceda en su calidad de gobernante, los componentes de la que venimos describiendo tuvieron la capacidad de sacudir al hombre que en opinión de sus contemporáneos se había mostrado siempre tranquilo e imperturbable, aun en los momentos más dramáticos. Como se afirmó, sólo "el lenguaje, real y abrumador, horroroso, de la derrota" que se presentaba a sus ojos en Quilpué, logró "afectarlo dolorosamente"<sup>13</sup>.

Pero la situación para Balmaceda se agravó todavía más cuando en medio de sus intentos por tomar contacto telegráfico con sus generales en el frente, fue advertido que las fuerzas enemigas "coronaban los cerros de Quilpué", hecho que, a las 13:00 horas, lo decidió a dar la orden de embarcarse inmediatamente de regreso en dirección a Quillota, ciudad a la que arribó cerca de las dos de la tarde. De este poblado, y mientras consumían un *lunch* en el Hotel Soussa, en una incómoda situación para un hombre con la dignidad de Balmaceda, los viajeros también debieron salir intempestivamente ante la proximidad del enemigo<sup>14</sup>.

En Llay-Llay, el Presidente se alojó y permaneció durante todo el día 24 despachando para, nuevamente, trasladarse y pasar la noche en Montenegro. Desde ésta la comitiva se dirigió a Santiago, no sin antes hacer una escala en Batuco, durante la cual se comunicó a

---

<sup>12</sup> El cronista es explícito. "Por todas partes sangre, heces, soldados mutilados, heridos, que se arrastran; montones de víveres y armas, mezcladas en el trágico desorden, en el afiebrado atolondramiento de los desastres". Todo, confundido con los "gritos de rabia y de dolor y las emanaciones de los muertos, que todavía permanecían de bruces o con los brazos abiertos", viniendo de lejos, del río, mezclándose con "el olor a las yerbas, al sol y a la montaña". Véase Rodríguez Mendoza, 1899 y 1919, pp. 48 y 202 respectivamente. Otro testigo relata que en Quilpué, el "dictador fue recibido al son del himno de Yungay por una banda de músicos que allí había". Véase Caviedez, 1892, p. 385.

<sup>13</sup> Rodríguez Mendoza, 1899, p. 48.

<sup>14</sup> El ya citado Caviedez, 1892, p. 385, reproduciendo una nota recibida desde Quilpué con motivo de la visita, señala que allí Balmaceda "pidió un caballo a fin de seguir la jornada por otro camino; que entre la tropa se le buscó una carabina que el coronel Vidaurre colocó en sus manos, armándolo así caballero y enseñándole su manejo"; pero que informado el Presidente de la cercanía del enemigo, "arroja lejos de sí la carabina, y a paso precipitado, cayéndosele en el camino la huasca y al aire la melena, se encamina a su tren y emprende la fuga hasta llegar a Llay-Llay, dejando aquí dos mil hombres que, desconcertados y espantados, así le veían huir del peligro".

Balmaceda que reinaba "gran efervescencia en la capital"<sup>15</sup>.

Finalmente, y en medio de la sorpresa de algunos que no daban crédito al anuncio del regreso de Balmaceda por conocer que éste había dicho al partir que "volvería muerto o vencedor, y a que a la noticia de su regreso debiera haber precedido la de su triunfo", el tren presidencial llegó a Santiago a las 17:30 horas, trasladándose el Presidente hacia La Moneda en medio de la indiferencia de los transeúntes<sup>16</sup>.

El viaje descrito no tendría más relevancia que mostrar, por comparación con los anteriores, la soledad y el dramático deterioro en términos de imagen pública de la figura presidencial, si no fuera porque, creemos, el mismo también fue organizado, como los otros desplazamientos de Balmaceda, con el fin de obtener algún rédito político.

En efecto, y como se desprende de las fuentes y obras consultadas, la excursión al frente de batalla se hizo con el propósito de que la presencia del Jefe de Estado, el Presidente de la República, alentara a las tropas gobiernistas antes de la que sería la batalla decisiva, en la creencia que el poder que la institución presidencial tenía en el país todavía podía tener algún efecto, aunque ello estuvo lejos de ocurrir<sup>17</sup>.

---

<sup>15</sup> Rodríguez Mendoza, 1899, pp. 51-52, afirma que en Batauco Balmaceda conferenció con su ministro Manuel Aristides Zañartu, "que había venido expresamente de Santiago a ratificar lo que decía en el telegrama". La presencia del Ministro de Estado no es anecdótica pues, de ser cierta, confirma, una vez más, la importancia del Presidente de la República como garantía de la tranquilidad pública. De hecho, una vez que Balmaceda partió al frente, la situación en la capital se vio alterada pues se cerró el comercio, se desocupó la plazuela de La Moneda, se suspendió el tráfico de los carros urbanos y comenzaron a "mostrarse en público muchos de aquellos contra los cuales hay orden de prisión", todo lo cual provocó gran intranquilidad y temor. Véase Velasco, 1914, p. 620. El ambiente existente llevó al Presidente, a su regreso, a publicar una proclama en la cual se hacía cargo de la situación que, reconocía, "ha producido zozobras e inquietudes en la ciudad de Santiago, porque muchos la creen destinada a ser vasto y terrible anfiteatro de batallas y de depredaciones en las personas y en las propiedades". Ante dicho escenario, Balmaceda daba su palabra de honor que mantendría "el orden público en todo momento y en todas las circunstancias, cualesquiera que éstas sean". El texto íntegro de la proclama del día 26 de agosto, en Velasco, 1914, pp. 629-630.

<sup>16</sup> Velasco, 1914, p. 627. El mismo autor, que califica de "imprevisto" el regreso, relata que a la llegada de Balmaceda hubo un gran despliegue de fuerzas en la estación; que al aparecer el tren "un infeliz gritó -Abajo el Presidente- y que se oyó un disparo de fusil que costó una vida"; cuenta también que el Presidente bajó y saludó a los Ministros de Hacienda e Industria y Obras Públicas, a unos cuantos amigos y a algunos militares que fueron a recibirlo.

<sup>17</sup> Lo probable es que Balmaceda tuviera absoluta conciencia que entre los partidarios de su causa, "desde el mismo 7 de enero de 1891", como afirma uno de ellos, "nos acostumbramos a confiarlo y a esperarlo todo del Presidente". Rodríguez Mendoza, 1899, p. 28.

La confianza que Balmaceda tenía en la proyección ante la opinión de la institución que representaba se demuestra, también, en su actitud de hacerla extensiva a sus más cercanos colaboradores, los ministros de Estado. A éstos los había hecho trasladarse a las provincias del país en las cuales se estacionaban sus tropas, "a fin de que el ejército viera que los altos jefes civiles se hacían solidarios con su suerte"<sup>18</sup>.

Su afán por elevar el ánimo y mejorar el débil espíritu que animaba las filas de sus divisiones, fue lo que lo llevó a intentar alcanzar el frente de batalla pues, "bien sabía Balmaceda cuánto podría influir en el vigor moral de la tropa la idea que él estaba a su lado, corriendo el mismo riesgo de sus generales"<sup>19</sup>. Esto, sin perjuicio de lo que consideró "altos e imprescindibles deberes de patriotismo, de honor público, y de consecuencia para el ejército que ha venido defendiendo siempre al Gobierno constituido"<sup>20</sup>.

De esta forma, concluimos, Balmaceda viajó, al igual que en la casi totalidad de sus desplazamientos, teniendo en vista un objetivo político relacionado con la imagen presidencial<sup>21</sup>.

<sup>18</sup> Salas Edwards, 1925, II, p. 280. Incluso la noticia del ya mencionado viaje al frente del ya nombrado presidente electo en vísperas de la batalla de Concón, relata un testigo, "fue recibida con entusiasmo", pues su presencia entre las tropas se consideró que "no podía ser más necesaria y oportuna". Véase Rodríguez Mendoza, 1899, pp. 18-19.

<sup>19</sup> La afirmación es de Salas Edwards, 1914-1925, II, p. 311.

<sup>20</sup> Los términos reproducidos se encuentran en una proclama que Balmaceda dio a conocer luego de su "obligado traslado al teatro de la guerra". Véase Velasco, 1914, pp. 629-630.

<sup>21</sup> El interés de Balmaceda por colocarse al frente de las tropas gobiernistas trascendió las fronteras nacionales y motivó que su figura se relacionara al mundo militar, en una asociación que molestó a algunos de sus más leales colaboradores por las implicancias para la imagen del Presidente que dicha vinculación podía tener. Así lo demuestra, entre otros, un artículo aparecido en *L'Echo de París* del 31 de agosto de 1891 con el título de "El Jeneral Balmaceda y la Revolución chilena", y que fue reproducido en *El Ferrocarril* de Santiago del 17 de octubre de 1891. En él, A. Saissy ironizaba a propósito de la reacción de Carlos Antúnez, el representante balmacedista del gobierno chileno en París, motivada por un texto en el cual se había dado al Presidente de Chile el título de "General". Según Antúnez era imposible calificar a Balmaceda de "general, un hombre de guerra", pues él no sólo era "extraño a la noble carrera de las armas", sino que, además, el "más manso de los civiles". Rebatiendo al representante de la administración derrotada, Saissy recordaba, sabemos que erróneamente, que "Balmaceda se había puesto a la cabeza del ejército presidencial y dirigido las operaciones de sus soldados contra los congresistas"; agregando que "los oficiales superiores de sus tropas no obraban sino por sus órdenes" y que "en los raros telegramas que nos llegan del teatro de las hostilidades, vemos a Balmaceda siempre a la cabeza de las tropas haciendo frente a los congresistas"; ello lo lleva a afirmar, contradiciendo a Antúnez, "Y esto que no es general, ¿qué sería si lo fuera?". De esta forma, la frustrada excursión de Balmaceda al campo de batalla no sólo no sirvió para levantar el ánimo de sus tropas, sino que además dio pie para que se asociara su figura a lo

Es la creencia en el prestigio de la Presidencia de la República, unida a la confianza en la infatigable actividad que había demostrado entonces el sujeto que la personificaba, la que explica la reacción del Ministro de Guerra y Marina cuando supo que el Primer Mandatario se dirigía al frente: "ya verían los revolucionarios lo que les iba a pasar".

El papel que juega la figura presidencial justifica también la reacción de sus partidarios en la capital ante su viaje al frente. Un testigo relata que luego de partir Balmaceda, "parecía que La Moneda hubiera quedado vacía"; que algunos de los que permanecieron en las desiertas salas presidenciales, caminaban con "tranco de ánima"; y que entre sus partidarios, su salida, "realmente, nos hizo un efecto parecido a si nos hubieran quitado algo en que teníamos plena confianza"<sup>22</sup>.

Era la ausencia de la figura presidencial, la lejanía de la persona que daba vida a una institución fundamental del país y que tradicionalmente había proporcionado confianza a la opinión, lo que hizo que los partidarios del Jefe de Estado se transformaran en verdaderos huérfanos de Balmaceda, como las palabras de Rodríguez Mendoza permiten deducirlo. Pero, y como también afirma nuestra fuente, el viaje presidencial había sido un sacrificio indispensable para el triunfo de la causa gubernamental y "no había más que hablar". Lo dicho explica que la noche en que regresó el Presidente, la misma fuente relate: "se vieron excepcionalmente concurridos los salones de palacio. ¡Renacía la confianza!"<sup>23</sup>.

A diferencia de todos los viajes anteriores, en agosto de 1891 Balmaceda no viajó para fortalecer la figura presidencial, para ganar adherentes o para acrecentar su imagen ante la opinión pública. No, entonces no se desplazó para recibir, sino que, por el contrario para dar,

---

militar, a la guerra, relación que Antúnez se vio en la obligación de combatir pues, como señala su contradictor, "afectaba los intereses de su Presidente". En efecto, si para extrañeza de Saissy, Antúnez hizo del asunto un hecho de "una importancia colosal", es porque el diplomático chileno calculó las negativas proyecciones que podía tener el "título" de general dado a Balmaceda. El mismo, supuso Antúnez, lo hacía aparecer como una figura belicosa, guerrera, bien dispuesta a emplear la fuerza para resolver las controversias, todo lo cual podría llevar a pensar que él había iniciado el conflicto armado y, por lo tanto, era responsable de la lucha que lo enfrentó con los congresistas. De ahí que, en un intento por salvar la imagen del Presidente mostrándolo como un sujeto ajeno a los hechos de fuerza y obligado a utilizar las armas, afirmara que era el "más manso de los civiles".

<sup>22</sup> Rodríguez Mendoza, 1898, pp. 44 y 45.

<sup>23</sup> Véase Rodríguez Mendoza, 1899, pp. 45 y 53.



«Arengando a sus únicos adeptos»  
Caricatura exposición Balmaceda  
en la poesía popular.  
Biblioteca Nacional. 1991.

en la creencia que la figura presidencial que él personificaba era lo suficientemente poderosa como para fortalecer la voluntad y la moral de sus combatientes de cara al momento decisivo. De ahí la explicación: "se había ido porque las circunstancias requerían su presencia en los campamentos, entre los soldados".

La confianza de Balmaceda en que su presencia animaría a sus hombres es la que se vislumbra en el telegrama que hizo llegar al general Orozimbo Barboza, el comandante de sus fuerzas militares, la noche del 21 de agosto de 1891, inmediatamente después de conocida su derrota en Concón. En él, le ordenaba, "Usted y Ruiz organicenlo todo para volver a Quillota"; anunciándole, "si es necesario, en algunas horas más estaré con ustedes"; advirtiéndole, "y llenaremos nuestros deberes hasta el fin"; para agregar todavía, "que Alcérreca se comunique en el acto con Viel y vaya a pelear como lo haré yo en medio de ustedes... ¡A batallar!-Balmaceda"<sup>24</sup>.

De hecho, no había sido la primera vez que el presidente Balmaceda había tratado de infundir ánimo a sus hombres pues ya había tenido una oportunidad el 1º de agosto de 1891. Entonces, cuando las tropas se preparaban para el combate, por iniciativa del entonces ministro del Interior Julio Bañados Espinoza, se había resuelto hacer maniobras de adiestramiento en un punto intermedio entre Valparaíso y la capital. Montenegro fue el sitio elegido para el simulacro de batalla entre el grueso de las divisiones del puerto y Santiago<sup>25</sup>.

Durante los ejercicios el Jefe de Estado recorrió a gran galope las líneas de batalla de las dos divisiones, felicitó a Alcérreca por sus despachos de general, saludó y habló con cada uno de los jefes de brigada y con todos los jefes de cuerpo y, finalmente, almorzó en medio de todos los cuerpos. Luego regresó a Santiago acompañado del general Barboza y de su Estado Mayor<sup>26</sup>.

---

<sup>24</sup> Este y otros telegramas enviados en aquel día, se encuentran reproducidos en Bañados Espinoza, 1894, II, pp. 517-522.

<sup>25</sup> Aquel día Balmaceda salió de La Moneda a las cinco y media de la mañana acompañado de los Ministros del Interior y de Justicia, sus edecanes y ayudantes de campo y algunos caballeros. Véase *La Nación* del 4 de agosto de 1891.

<sup>26</sup> Véase *La Nación* del 4 de agosto de 1891. Salas Edwards 1914-1925, II, p. 272 y Encina 1940-1952, XX, p. 214, mencionan estos ejercicios.

Como se aprecia, los actos de Balmaceda en aquella oportunidad estuvieron destinados a valorar a sus tropas y generales, a demostrar a éstos la preocupación presidencial por su situación y próxima suerte, a infundirles aliento y confianza<sup>27</sup>. Confianza que la información que daba cuenta del adiestramiento trató también de proyectar hacia la sociedad cuando hizo saber que éste había sido el "ejercicio militar más considerable que se ha realizado en Chile", pues en él habían participado 12.000 hombres, con 1.000 en caballería, y 50 cañones. Todo, sin perjuicio de entregar los detalles del mismo y hacer saber de la participación presidencial en la maniobra militar<sup>28</sup>.

Como bien sabemos, y desafortunadamente para Balmaceda, ni el supuesto prestigio de la Presidencia de la República sirvió para salvar su causa. De hecho, la imagen presidencial ya estaba irremediadamente dañada, incluso entre sus fuerzas. Tanto como para que sus generales, desobedeciendo las categóricas instrucciones presidenciales, se aventuraran a presentar batalla al enemigo antes de recibir los refuerzos que se les habían enviado<sup>29</sup>. Esta actitud llevó a la derrota gobiernista de Concón y, además, permitió que se cumpliera la profecía que el propio Balmaceda había hecho la noche del desembarco de sus enemigos en Quintero, cuando, en medio de los suyos afirmó: "No hay cuidado si no me fallan mis

---

<sup>27</sup> Días antes del ejercicio que relatamos, el Presidente Balmaceda había asistido a presenciar los ejercicios y maniobras que una parte de las tropas gubernamentales ofrecieron en el Campo de Marte del Parque Cousiño en Santiago. La crónica relata que "durante el ejercicio, S.E. abandonó su carruaje y se dirigió a pie a presenciar las maniobras"; y que "un inmenso pueblo lo rodeó, saludándolo con entusiastas vivas y aclamaciones, que S.E. contestó conmovido". En esta oportunidad, y como una nueva muestra del carácter de sus apariciones antes las tropas, la prensa existente informó que las manifestaciones para Balmaceda "se repitieron hasta su salida del parque", todo lo cual "probaba el cariño que el pueblo tiene por su mandatario" y la disposición de éste a "siempre escucharlo y protegerlo; hoy más que nunca, puesto que sostiene su causa y sus libertades contra la oligarquía sublevada". Véase *El Correo de Quillota* del 29 de julio de 1891.

<sup>28</sup> En *La Nación* del 4 de agosto de 1891. En aquel momento sólo circulaban diarios afectos a la causa presidencial, entre los cuales el citado era el principal. A través de ellos, obviamente, se alentaba a los gobiernistas, se denostaba a los opositores y, como en el caso que nos ocupa, se trataba de intimidar a las fuerzas congresistas mostrando el poder y la pericia militar de las tropas gubernamentales.

<sup>29</sup> Existe acuerdo respecto de que "los generales balmacedistas presentaron combate imprudentemente en Concón, sin cumplir las órdenes terminantes de replegarse para esperar nuevos refuerzos en marcha". Véase Salas Edwards, 1914-1925, II, pp. 294, 295 y 308. Bañados Espinoza, 1894, II, pp. 455-522, entre otros autores, relata esta situación y reproduce los telegramas a través de los cuales Balmaceda impartió instrucciones a sus comandantes militares. Éstos muestran el convencimiento que la victoria del gobierno dependía de la concentración de sus fuerzas.

militares"<sup>30</sup>.

En razón de los antecedentes expuestos, sostenemos que el desplazamiento al campo de batalla de Balmaceda, así como otros actos del gobernante, "contribuyeron en no pequeña escala a la desmoralización de su ejército"<sup>31</sup>. En el caso del viaje, éste se frustró desde el momento en que Balmaceda no alcanzó el frente y, especialmente, decidió devolverse al ser advertido de la cercana presencia de las tropas enemigas. Esta "fuga presidencial", como la llama un testigo antibalmacedista, "produjo en sus tropas desconcierto", sin que contribuyera, "por cierto, a infundir esperanzas de triunfo a los amilanados defensores de la tiranía", los cuales, por el contrario, esperaban que Balmaceda encabezara la lucha<sup>32</sup>.

Por los resultados obtenidos, ni el entrenamiento mencionado, ni las arengas de Balmaceda a través del telégrafo, ni su malograda excursión al escenario de los combates, sirvieron para levantar la moral de las tropas presidenciales. Por el contrario, éstas, en opinión de todos quienes han abordado el tema, fallaron en los momentos cúlmines de la Guerra Civil de 1891, adoleciendo de una gran falta de compromiso para con la causa del Ejecutivo, mostrándose comúnmente mejor dispuestas a pasarse al bando de los congresistas que a combatir por el Presidente de la República<sup>33</sup>.

La actitud de las tropas balmacedistas es una demostración contundente que, a la derrota militar de Balmaceda, precedió el abatimiento de su imagen pública y, con ella, de la

<sup>30</sup> Rodríguez Mendoza, 1919, p. 190. El 18 septiembre de 1891, Balmaceda escribió a su colaborador Julio Bañados Espinoza: "La organización administrativa fue irreprochable en la guerra. Nos faltaron los generales". Véase Escobar Guic e Ivulic Gómez, 1991, p. 95.

<sup>31</sup> Véase Caviezed, 1892, p. 384. Este autor, opositor a Balmaceda, sostiene que la medida de éste de delegar en Julio Bañados Espinoza sus poderes, y entregarle, "humillando a sus generales, la dirección superior de la campaña", fue "torpe" y provocó una baja de la moral entre sus fuerzas.

<sup>32</sup> Véase Caviezed, 1892, p. 385. Según el representante alemán en Chile Barón de Gutschmid, en comunicación recibida en Berlín el día 25 de agosto, "el Presidente se ha dirigido al lugar del combate decisivo con el objeto de asumir en persona el mando supremo del Ejército". Véase Cancillería Alemana, 1891, p. 173.

<sup>33</sup> Una muestra del desaliento de las huestes balmacedistas es el que nos ofrece la telegrafista de Quillota que las vio pasar. En su diario anotó: "Pero a pesar que se le ocultaba a la tropa la derrota habida en Concón, se notaba en esos soldados que pasaban al campo de la acción, el descontento y la falta de voluntad para batirse. Del Arauco, que estaba en la estación esperando orden para avanzar, los soldados decían: "¡Viva el Arauco!" Entonces yo les dije: "No, hijitos ¡viva la oposición!" Y me contestaron varios: "Sí, señorita; ¡viva la oposición!" Véase *La Época* del 9 de octubre de 1891.

institución que representaba, es decir, la Presidencia de la República, la cual, ni siquiera entre sus combatientes, pudo despertar entusiasmo<sup>34</sup>.

La explicación de este fenómeno nos obligará a revisar la evolución de la imagen de la Presidencia de la República, en general, y del presidente Balmaceda, en particular<sup>35</sup>. Se trata de mostrar su autorrepresentación, el lugar que ocupó en la visión colectiva del Chile del último tercio del pasado siglo. Identificar su figura tal como fue retratada en bronce, pintura, entre otros medios. Pero, también, precisar su imagen en sentido metafórico, como representación del gobernante proyectada por medio de textos, rituales republicanos u otras formas de espectáculo que, develando las nociones individuales existentes sobre la Presidencia, permitan a su vez revelar su imagen pública.

## EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE CHILE

Presidente de la República es, seguramente, el nombre más conocido y que más frecuentemente se ha utilizado para referirse a la persona que ejerce el cargo de Jefe de Estado. Sin embargo, no es la única forma de aludir a este actor de la vida nacional. Existen muchos otros que es preciso conocer para tener una idea más acabada de las representaciones existentes en Chile, en el siglo XIX sobre esta figura y la institución que encarna.

Por lo pronto, es necesario mencionar que en los albores de la república el nombre

---

<sup>34</sup> Además, la propia sublevación de la Escuadra en enero de 1891, muestra que la imagen pública del Presidente ni siquiera alcanzó para frenar a quienes, según la Constitución, le debían obediencia.

<sup>35</sup> En la historiografía sobre Chile casi no existen estudios que aborden el tema de las representaciones contemporáneas de algún sujeto o institución nacional, incluida la imagen de la Presidencia de la República y su principal agente, el Presidente. Una excepción es el trabajo de Cruz, 1997, sobre el significado de la libertad, la república, la justicia, la ley y la virtud en la caricatura política chilena decimonónica.

Aplicamos a Balmaceda y su época lo que Duby, 1988, pp. 7-10, señaló para su obra sobre el domingo de Bouvines, donde explica el valor inestimable del estudio del acontecimiento que produce escándalo, justificándolo "porque da mucho que hablar, porque su irrupción suscita un torrente de discursos", porque al aparecer abultado por las impresiones de los testigos, por las ilusiones de los historiadores, precisamente por eso, "ilumina". "Por sus efectos de resonancia, por todo lo que gracias a su explosión surge a la superficie desde las profundidades de lo inexpressado, por las latencias que revela al historiador". En un sentido similar, véase Burke, 1993.

utilizado para designar al Primer Mandatario fue el de Director Supremo. La realidad de la época, esto es, el paso de Colonia a República, ayuda a explicar una denominación que, obviamente, no alude a la existencia de un ambiente plenamente republicano. Por el contrario, esta designación refiere a que una sola persona domina y ejerce el poder en un régimen de contornos imprecisos y apremiado por las urgencias militares<sup>36</sup>.

Las alternativas que terminaron con el cambio de nombre del jefe del Poder Ejecutivo, representan una ilustrativa oportunidad para fijar en forma explícita el significado que, originalmente, se atribuyó a la denominación Presidente de la República.

El nuevo título se instituyó en 1826, a través de un decreto dictado por el entonces director supremo Ramón Freire, quien, siguiendo las recomendaciones del Congreso Nacional, estableció que "la persona que administre el Poder Ejecutivo nacional se titulará en adelante Presidente de la República"<sup>37</sup>.

Los hechos que dieron como resultado el citado decreto se habían comenzado a desencadenar cuando el propio Freire, en su mensaje de apertura del Congreso Nacional el 4 de julio de 1826, había hecho renuncia indeclinable del mando<sup>38</sup>.

El Congreso Nacional, convocado para discutir una nueva constitución política, se vio impelido a resolver el problema de la sucesión del Jefe de Estado, asunto que entonces se presentó de urgente resolución dada la delicada situación por la que atravesaba el país, expuesta claramente por Freire en su mensaje sobre el estado de la república. De esta forma, y en medio de los debates constitucionales que finalmente terminarían con la promulgación de las llamadas "leyes federales", los representantes de la nación decidieron la elección de nuevos magistrados supremos.

---

<sup>36</sup> En el "Reglamento para el gobierno provisorio", sancionado el 17 de marzo de 1814, se establece que son las críticas circunstancias del día las que "obligaron a concentrar el Poder Ejecutivo en un individuo, con el título de Director Supremo, por residir en él las absolutas facultades que ha tenido la Junta de Gobierno en su instalación de 18 de septiembre de 1810". Más adelante, en 1818, la constitución política promulgada aquel año señala que "el Supremo Director del Estado ejercerá el Poder Ejecutivo". Véase Valencia Avaria, 1986, p. 71.

<sup>37</sup> Véase el decreto de "Nombramiento de Presidente y Vice-Presidente de la República" de 8 de julio de 1826, en el *Boletín de las leyes y de las órdenes y decretos del gobierno*, libro tercero, 1839, pp. 46-47.

<sup>38</sup> Véase SCL, XII, pp. 42-48. Freire renovó su renuncia tres días después, el 7 de julio, en un oficio dirigido al Congreso. Éste aparece reproducido en las SCL, XII, p. 68.

Lo interesante de la situación es que durante el debate a que dieron lugar ambos asuntos, el de la sucesión del Ejecutivo y el de la organización política, los diputados comenzaron a mezclar términos para referirse al "Jefe de la Nación" que debía suceder a Ramón Freire. En las dos sesiones que ocuparon en elegir al "nuevo jefe supremo", entre el 6 y el 7 de julio de 1826, se habló tanto de Director Supremo como de Presidente de la República, sin hacer mayor distinción sobre el significado de ambos títulos.

En la discusión que motivó el asunto, unos hablaban de la "elección de presidente", algunos de la de "supremo magistrado" y otros de la de "director o presidente", en medio de una polémica sobre la oportunidad y forma de realizar la elección, la que a su vez se inscribió en el debate sobre si el sistema federal o el unitario era la mejor forma de organización para el país.

Una explicación para la confusión sobre el nombre del Jefe de Estado es la del diputado Domingo Eyzaguirre: "si la república se declara por el sistema federal será Presidente el que rija, y si por el unitario, Director", proponiendo diferir la cuestión hasta la promulgación de la nueva Constitución"<sup>39</sup>. Impugnada esta opinión con argumentos en que nuevamente se mezclaron todas las denominaciones mencionadas, se votó la siguiente moción: "El Presidente o Director que se elija ¿será provisorio o en propiedad?" El resultado fue que "se acordó conforme a la primera parte por una mayoría de treinta y tres sufragios contra uno"<sup>40</sup>.

Finalmente, cuando se votó la proposición relativa al nombramiento del "Supremo Jefe que presida a la República", se aprobó el siguiente artículo: "El Director o Presidente que se elija será provisorio". Pero también se dio el asentimiento a un artículo que señalaba que "la persona electa será condecorada con el título de Presidente de la República; tendrá el

---

<sup>39</sup> Esta es la única alusión a la existencia de una razón para la opción de uno u otro nombre. En todo caso, y puesto que el Congreso que decidió el cambio fue el mismo que dictó las leyes federales, podríamos sostener que el nombre de Presidente para el jefe de la nación estuvo asociado también al federalismo. En este contexto, y puesto que el sistema federal fue visto como el mejor para garantizar la libertad y la prosperidad de la república, resulta que desde sus orígenes la Presidencia de la República fue concebida como garantía de aquellos valores.

<sup>40</sup> Véase el acta de la sesión 4ª, en 7 de julio de 1826, del Congreso Nacional. Reproducida en *SCL*, XII, p. 60-68.

tratamiento de *Excelencia* y los honores correspondientes al Jefe Supremo del Estado", siendo sus facultades, "las que corresponden al Poder Ejecutivo por las leyes preexistentes"<sup>41</sup>.

En esta forma, desde los albores de la república, el título de Presidente de la República estuvo asociado a la consolidación de la existencia republicana del país y a la materialización de la división de los poderes públicos, este último, uno de los requisitos fundamentales del régimen representativo y, con ello, de la existencia republicana<sup>42</sup>.

Expresión de lo afirmado son los conceptos emitidos al momento de investirse al presidente electo Manuel Blanco Encalada. En la oportunidad, José Ignacio Cienfuegos, presidente del Congreso Nacional le señaló: "La nación chilena ha depositado en vos toda la autoridad necesaria para que podáis ser intérprete de sus voluntades", aludiendo explícitamente a la soberanía popular que representaba el Congreso que lo había elegido. Más adelante le expresaba, "el destino elevado que ahora ocupáis es únicamente para que, como padre de la unión chilena y jefe de un pueblo libre, procuréis conservar y defender sus sagrados derechos y la libertad política que, con su sangre y por medio de tantos sacrificios, ha conseguido, para que, conforme a las leyes que sus representantes dicten, lo gobernéis, y que, sin traspasar un punto los límites del poder, no os ocupe otra cosa que dicha prosperidad".

El carácter republicano de la institución que Blanco Encalada asumía era advertido y reiterado por Cienfuegos al expresarle: "Tened presente que no sois un árbitro, sino un magistrado sujeto a las leyes, y que el primer paso que diéreis contra la opinión y la voluntad general, será un delito del que os haréis responsable a la nación y al mismo Dios, ante quien lo habéis jurado"<sup>43</sup>.

---

<sup>41</sup> En *SCL*, XII, p. 61.

<sup>42</sup> Desde entonces, el jefe del poder ejecutivo recayó en un "ciudadano chileno de nacimiento con la denominación de Presidente de la República de Chile". Así se estipuló también en la *Constitución Política de la República de Chile de 1828* y en las posteriores. Véase Valencia Avaria, 1986, p. 160. No es accidental que se exigiera el requisito del nacimiento en territorio nacional para alcanzar la presidencia. Recordemos que el primer Presidente de Chile fue un "chileno" nacido en Buenos Aires. Creemos que es una expresión más de las formas de diferenciación y consolidación de la nacionalidad chilena.

<sup>43</sup> Tengamos en cuenta que en enero de 1891 el argumento fundamental esgrimido por los congresales que firmaron el acta de deposición de Balmaceda fue que el Presidente se había apartado del régimen constitucional, atentando contra él, haciéndose reo de las más alta traición contra el Estado.

Junto con el énfasis republicano de la presidencia, se advierte la concepción de un Jefe de Estado en el que todavía se presentan nociones heredadas del antiguo régimen como lo es la alusión al presidente-padre. Éstas se refieren a la confianza que despierta el Presidente y la protección que la sociedad espera de él<sup>44</sup>.

Los conceptos del presidente del Congreso avalan esta interpretación si tomamos en cuenta que, al concluir sus palabras, le señaló a Manuel Blanco Encalada sus obligaciones para con la nación en los siguientes términos: "Confiamos, pues, que como padre, le proporcionará recursos capaces de aliviarla en sus presentes apuros; que procurará terminar todos sus males que, por tan dilatado tiempo, nos han afligido; y que haréis lo posible, a fin de que se unan las voluntades, para que, gozando de paz, quietud y tranquilidad, lleguemos a aquel grado de felicidad a que es acreedora una nación que con tanta constancia ha luchado por alcanzarla<sup>45</sup>.

A partir de 1833, la carta fundamental estipuló que el Presidente de la República era el "Jefe Supremo de la Nación". A él estaba confiada "la administración y gobierno del Estado; y su autoridad se extendía -señala el texto- a todo cuanto tiene por objeto la conservación del orden público en el interior, y la seguridad exterior de la República, guardando y haciendo guardar la Constitución y las leyes"<sup>46</sup>.

De esta manera, y desde temprano en la vida republicana, la figura del Presidente se asoció a la máxima autoridad existente en el país, todo lo cual explica algunas de las otras

---

<sup>44</sup> Recordemos que en la monarquía española el concepto de poder está asociado al bien común. En virtud de él, el rey, lejos de detentar el poder omnímodo, cumple un oficio, tiene una proyección hacia el pueblo que lo obliga a velar por su bienestar. La práctica misma del absolutismo fue la de un gobierno templado, en el cual el rey representó la imagen de justicia, de un padre que no se equivoca. Estas nociones, en el siglo XVIII, se ven enriquecidas por la visión del poder real como instrumento de realizaciones. De esta manera, y como lo demuestran los hechos de 1810, el rey contaba con la voluntad espontánea de sus súbditos. Estos sentimientos respecto del poder perduraron luego de la Independencia, ahora traspasados a la institución Presidencia de la República. Lo anterior explicaría, entre otros antecedentes, la adhesión al poder presidencial existente en el Chile republicano, consecuente con una mentalidad que ve en el gobernante el garante del bien común. La espontánea lealtad hacia el gobernante se materializa en la despreocupación inicial por la libertad electoral. Naturalmente, se cree, los ciudadanos tienen que estar con el gobierno y su cabeza, el Presidente de la República. Esta actitud hacia el poder representó la materialización republicana de la idea del príncipe cristiano que preserva el bien común.

<sup>45</sup> Véase el discurso citado en las *SCL*, XII, pp. 84-85.

<sup>46</sup> Texto citado, artículos 59 y 81. En Valencia Avaria, 1986, pp. 182 y 185.

denominaciones utilizadas en el siglo XIX como fueron las de "Primer Mandatario" "supremo magistrado", "autoridad máxima" y "Jefe de Estado". Algunas de ellas, como se aprecia, aluden a la obligación constitucional del Presidente de hacer guardar la ley y el orden, interpretación perfectamente consecuente con las características del régimen político instaurado en 1833, algunos de cuyos objetivos supremos fueron asegurar el orden y la estabilidad gracias a la existencia de una autoridad fuerte -como la delineada por la *Constitución de 1833*- que actúa conforme a la ley y sin animosidades<sup>47</sup>.

La concepción del Presidente como garantía para la sociedad es la que se destaca, por ejemplo, en la medalla a Joaquín Prieto de 1833. En el frente de la misma el texto es claro: "La previsión y la justicia constituyen la seguridad"<sup>48</sup>.

Junto con lo anterior, la Presidencia de la República representó y se asoció en el siglo XIX con la república. Su figura, su sola existencia y actuación dentro de los marcos prescritos por la ley, fue garantía de la vigencia del régimen republicano. Esta idea es la que todavía expresaba el título con que en 1899 se publicaron los mensajes presidenciales que cada año entregaban los Presidentes de la República ante el Congreso pleno: *El pasado republicano de Chile, o sea, colección de discursos pronunciados por los presidentes de la república ante el Congreso Nacional al iniciar cada período legislativo. 1832-1900*<sup>49</sup>.

---

<sup>47</sup> El mismo presidente José Joaquín Prieto al promulgar la Constitución de 1833, afirmó: "no omitiré género alguno de sacrificios para hacerla respetar". Advirtiendo a los ciudadanos que "como custodio de vuestros derechos os protesto del modo más solemne, que cumpliré las disposiciones del código que se acaba de jurar con toda religiosidad, y que las haré cumplir valiéndome de todos los medios que él proporciona, por rigurosos que parezcan". En Valencia Avaria, 1986, p. 172. En este contexto debe entenderse la impersonalidad atribuida al ejercicio del poder en el país. Se obedece a una entidad abstracta que es el gobierno y, por lo tanto, a su jefatura máxima que es la Presidencia de la República.

<sup>48</sup> Véase la descripción de la medalla y su fotografía en Medina, 1891, p. 211.

<sup>49</sup> La recopilación fue editada en Concepción y, originalmente, se pensó en dos tomos. El primero de ellos, y pese a su título, sólo abarca de 1832 a 1871. El segundo, si es que finalmente se editó, no lo hemos podido encontrar.

## EL PRESIDENTE BALMACEDA

La imagen que ofrecemos en la fotografía No. 1 es tal vez la fotografía más representativa de Balmaceda como Primer Mandatario. Ella, muy probablemente, fue tomada al momento de iniciar su mandato<sup>50</sup>.

En ésta, Balmaceda aparece con la banda presidencial terciada sobre su pecho, símbolo inequívoco que el retrato no es sólo del Balmaceda individuo, sino también del Presidente de la República, en este caso, personificado por Balmaceda. En ella, la personalidad y la institución que ésta representa aparecen dignas, altivas, fuertes, respetadas. La pose de Balmaceda sugiere al caballero burgués, al hombre moderno que, como él lo creía, está a la cabeza de una nación también moderna y reconocida por sus recientes éxitos internacionales.

Incluso en la fotografía presentada, todavía es posible advertir, aunque más difusas por la actitud ególatra de Balmaceda, algunas de las notas distintivas presentes en las nociones sobre el Presidente de Chile, como las relativas a la sencillez y sobriedad que lo rodean, ambas, a su vez, ligadas a la dignidad y a la integridad moral de quienes ejercían el cargo, todo lo cual influía en la consideración que se les dispensaba<sup>51</sup>.

La descripción que María Graham hizo de Bernardo O'Higgins en 1822, "él es modesto, llano, de modales sencillos, sin pretensiones de ninguna clase", probablemente calza bien con muchos otros primeros mandatarios del siglo XIX, lo mismo que su afirmación que "si ha realizado grandes hechos, los atribuye a la influencia del amor patrio, que, como él dice, puede inspirar a un hombre corriente los más nobles sentimientos"<sup>52</sup>.

Alusiones que llevarán a pensar en características como el derroche, la majestuosidad

<sup>50</sup> Véase Devés Valdés, 1992.

<sup>51</sup> Una de las pocas excepciones a esta última noción es la que ofrece el juez Alvarez en su descripción de la presidencia de José Joaquín Prieto (1831-1841) cuando, comentando la situación existente en el país antes y después del asesinato del ministro Diego Portales (1837), escribe: "Ahora ya el Presidente tomará más respetabilidad; porque, a la verdad, antes no era sino como un tronco de roble, de quien nadie hacía caso". Véase *Cartas sobre la muerte del Ministro Portales*, en *RChHG*, N° 27, 1917, p. 199. Sin duda, la figura de Prieto se vio disminuida por la política dictatorial que Portales impuso en el país.

<sup>52</sup> Véase Graham, 1953 (1ª edición inglesa, 1824), p. 114.



Foto 1  
S.E. El Presidente de la República –Excmo. Señor Don José Manuel Balmaceda.  
Museo Histórico

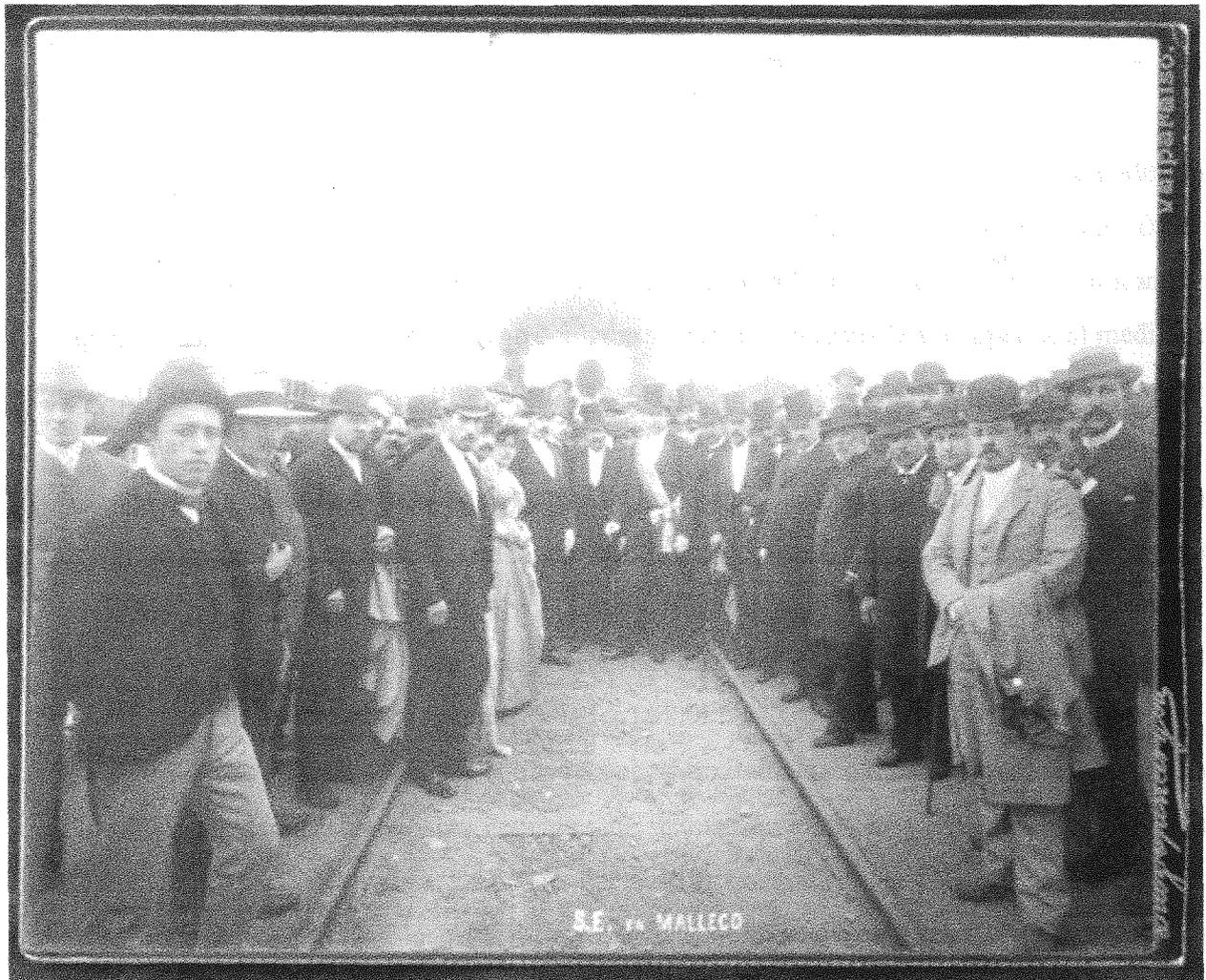


Foto 2  
El presidente Balmaceda en la inauguración del viaducto del Malleco rodeado de numerosas personas.  
Octubre de 1890.  
Museo Histórico Nacional

o la suntuosidad son inexistentes en relación a la Presidencia. De hecho, ellas no aparecen necesarias en el régimen republicano, en el cual la legitimidad viene dada por la soberanía popular y no por el deslumbramiento motivado por el espectáculo cortesano o de otra naturaleza.

En Balmaceda, en cambio, no puede hablarse de modestia y sencillez<sup>53</sup>. No podemos olvidar que Rubén Darío lo recuerda como "un hombre lleno de justo orgullo", expresión de la "suprema distinción", alguien que "había nacido para príncipe y para actor"<sup>54</sup>. Un hombre que, en concepto de un estudioso, "no ocultaba su convencimiento de ser superior al medio en el cual se movía"; de carácter imperioso, ególatra, decidido y altanero, poseído de una lunática soberbia<sup>55</sup>.

El presidente Balmaceda, hasta por lo menos mediados de 1889, fecha en que comienzan los enfrentamientos más serios con la oposición representada en el Congreso Nacional, es apreciado como una personalidad política positiva, un "ilustre viajero" que recorre el país preocupado de los problemas nacionales, acercando con ello la figura presidencial al pueblo y a la provincia. Así lo muestra la fotografía No. 2.

Una de las características que se reconoció en Balmaceda fue su interés por estudiar en terreno los problemas nacionales. Para algunos, incluso, no estaba más que cumpliendo con sus obligaciones pues, afirmaban: "el primer deber de un gobernante es visitar el territorio que ha de dirigir, para estudiar de cerca sus necesidades y sus recursos, sus costumbres y sus

---

<sup>53</sup> Obsérvese, en las fotografías Nos. 1 y 2 las diferencias que es posible advertir entre las bandas presidenciales. La que luce con ocasión de la inauguración del viaducto del Malleco, a fines de 1890, es bastante menos sencilla que la otra. De hecho, podemos agregar todavía respecto de la banda presidencial, que Balmaceda llegó a tener por lo menos cuatro, lo cual, obviamente, representa un exceso y muestra su preocupación por su imagen, cuando no su propensión al fausto. El propio Presidente las enumera: "la que me obsequió mi madre con la estrella de brillantes; la que tiene Silva; la que mandé hacer a Silva; y la banda con escudo de oro en el pecho, consévala tú", le escribe a sus esposa el 18 de septiembre de 1891. Véase Escobar Guic e Ivulic Gómez, p. 92. Más todavía sobre la banda, según un contemporáneo, "los fantásticos Santa María y Balmaceda" rompieron la costumbre de llevar la banda "entre *fraque* y chaleco", y ambos se la "terciaban sobre el *fraque*. Véase Eyzaguirre, 1948.

<sup>54</sup> Véase el texto "La vida de Rubén Darío escrita por él mismo", reproducido en Darío, 1991, p. 55.

<sup>55</sup> Véase Silva Castro, 1969, pp. 8-10. Un periódico habló de "la inconmensurable fatuidad de Balmaceda" y del hecho que se dejó dominar por "la vanidad", para explicar su conducta que "puso a la patria al borde de su ruina". Véase *El Ferrocarril* del 11 de septiembre de 1891.

aspiraciones legítimas"<sup>56</sup>.

Como sostenía un periódico, la razón de este afán tenía "por objeto la realización de un vasto plan de mejoras materiales", para lo cual era fundamental "la serie de estudios prácticos emprendidos desde hace algún tiempo por la administración". Así se explicaba el viaje a las provincias del norte, donde el problema del salitre y de los ferrocarriles asociados a él resultaba urgente de resolver. Ello no resultaba un hecho extraño, pues, para la prensa, el gobierno había realizado ya una serie de estudios sobre el terreno para conocer los graves problemas económicos y administrativos a los que intentaba dar "acertadas soluciones"<sup>57</sup>.

En general los medios periodísticos destacaron la decisión presidencial de ir "a estudiar personalmente los importantes problemas" administrativos y económicos existentes, que para ellos constituye "un paso acertadísimo", del cual se pueden "esperar excelentes resultados para el porvenir". El apoyo a la iniciativa presidencial se amplía a los hombres del gobierno cuando se concluye: "porque sólo haciéndolo así, podrán estimarlos en su verdadero valor y por sus diversos e interesantes aspectos y relaciones"<sup>58</sup>.

*El Estandarte Católico*, refiriéndose a la actividad del presidente Balmaceda alguna vez informó: "lo hemos visto en este último tiempo ocupado en visitar las principales ciudades de la república, para imponerse personalmente de sus necesidades, dar impulso a sus progresos y cerciorarse por sí mismo del estado de los establecimientos fiscales". Balmaceda, agregaba el diario conservador, "ha solemnizado con su presencia y con su palabra el acto de inauguración de las nuevas líneas férreas del Estado, demostrando con esto el vivo interés que lo anima por estas grandes obras de progreso y prosperidad material"<sup>59</sup>.

---

<sup>56</sup> *El Ferrocarril* del 15 de marzo de 1889. Los conceptos citados contrastan notoriamente con los existentes en 1853 cuando Manuel Montt realizó una gira hasta Concepción. En aquella época, la ausencia del gobernante motivó críticas y temores, aprensiones que mostraban la seguridad que la sola presencia del Presidente en la capital generaba en la sociedad. Véase *infra*, capítulo IV.

<sup>57</sup> *El Independiente*, 3 de marzo de 1889. La prensa aprobaba lo que llamaba "celo por el buen servicio público". Véase, a modo de ejemplo, *El Ferrocarril* del 15 de marzo de 1889.

<sup>58</sup> *El Independiente*, 3 de marzo de 1889. También reproducido en *La Época* del 5 de marzo de 1889.

<sup>59</sup> Edición del 13 de marzo de 1889. El texto citado demuestra que la actitud del Presidente se aprecia como algo fuera de lo común, es la constatación de "su vivo interés". Por otra parte, demuestra la proyección que tiene la figura presidencial, que "ha solemnizado", es decir valorado actos que sin su presencia tendrían una menor connotación pública.

Visto de esta manera, la presencia del Presidente da confianza y en cierta forma garantiza el éxito de los proyectos y la resolución de los problemas, avalando también la acción del resto de los funcionarios del gobierno. Esta idea se encuentra arraigada en la sociedad de la época. Contribuye a su difusión y permanencia el tradicional prestigio del poder que el Presidente encarna, pero, también, las realizaciones que caracterizaron la administración Balmaceda, todas ellas suficientemente conocidas por la opinión.

En este contexto, y como si fuera rey taumaturgo, la prensa alude a él y a sus planes para el país, llamando la atención sobre "la mano maestra que ha tocado en la herida que es menester sanar", en este caso concreto, a raíz de su plan de unir toda la república por medio de líneas férreas<sup>60</sup>.

La noción señalada es la que otro periódico reflejaba en la siguiente nota sobre las actividades presidenciales en la provincia: "El telégrafo transmite diariamente las impresiones de S.E., los defectos o males que ha subsanado con su mano bondadosa y las grandes obras que ha prometido"<sup>61</sup>.

La imagen del presidente-padre preocupado por el bien común, que como hemos afirmado permanece a lo largo de todo el siglo XIX, también se encuentra asociada a José Manuel Balmaceda. Así, por ejemplo, lo muestra *La Industria* de Iquique cuando señala que la atención dispensada por Balmaceda a la provincia enaltecía las "relevantes dotes de tan digno mandatario" y "demuestra el celo paternal con que atiende el progreso y bienestar del país"<sup>62</sup>.

Aplicado a un caso concreto, la imagen de Balmaceda aparece también ligada a la justicia. En el caso de las concesiones ferrocarrileras en la zona salitrera -negocio que se creía "contaminado como todo lo que entra al rodaje de la política con el peculado y la corrupción"- Balmaceda sobresale como el representante de la justicia cuya misión es "impedir que en este asunto obtengan el triunfo individuos de mala fe, con perjuicio del comercio honrado y del

---

<sup>60</sup> Los conceptos citados en *El Norte*, edición del 7 de febrero de 1889.

<sup>61</sup> *El Ferrocarril*, 16 de marzo de 1889.

<sup>62</sup> Editorial reproducido en *La Tribuna* del 18 de marzo de 1889.

hombre del gobierno y del Congreso de nuestro país".

La opinión representada por el periódico, ve en el Jefe de Estado un actor capaz de situar los hechos en una perspectiva correcta y recta, todo lo cual lo lleva a afirmar: "felizmente, parece que el Presidente y los ministros han abierto los ojos y desean terminar honradamente este negocio que parecía ya hundido por las tramas de algunos audaces"<sup>63</sup>.

Para algunos periódicos, sin embargo, el gobierno y su cabeza no sólo representaban la posibilidad de alcanzar la justicia, sino también la realización de obras patrióticas. *La Época* de Santiago, llamando al gobierno a abordar el problema de la industria del salitre, "hoy en poder de un especulador que trata de regular y dirigir su movimiento, imponiendo su ley a los industriales y al gobierno mismo", proponía la expropiación de los ferrocarriles salitreros, creyendo que con ello el gobierno estaría haciendo "una obra de patriotismo" al restablecer la competencia y la equidad, protegiendo la "industria más importante del país"<sup>64</sup>.

La presencia del Presidente en la provincia, atendiendo sus problemas se aprecia como un "poderoso estímulo", tanto para los que velan por los intereses del Estado como para los empresarios privados que desarrollan actividades en ellas. En el concepto de *El Estandarte Católico*, por ejemplo, bastará la visita presidencial a las provincias salitreras para que "se cimienten en base sólida el orden, la economía y la moralidad, y a que desaparezcan las perturbaciones que, con mengua de nuestra honra nacional ante los ojos de los extranjeros, han convertido en campo de Agramente aquella interesante parte de nuestro territorio"<sup>65</sup>.

Este ángulo de la imagen presidencial, existente por lo menos hasta mediados de 1889, se fundaba, entre otros antecedentes, en lo que se consideraba "fecunda labor de la administración", la cual había tomado "la discreción y la cordura como normas del gobierno de Chile"<sup>66</sup>.

En este contexto, el jefe supremo de la nación es recibido con alegría y entusiasmo en

<sup>63</sup> Véase *El Cosmopolita* del 25 de enero de 1889.

<sup>64</sup> Véase edición del 3 de marzo de 1889.

<sup>65</sup> Edición del 13 de marzo de 1889. En el párrafo citado, el Presidente aparece también como el garante de la "honra nacional".

<sup>66</sup> *El Ferrocarril*, 16 de marzo de 1889.

cada una de las poblaciones que visita junto con su comitiva. En ellas, es objeto de homenajes y reconocimientos por sus trabajos y esfuerzos en pro del bienestar de la nación. Una muestra es el engalanamiento de las ciudades para celebrar la visita oficial. Arcos de bienvenida como el que presentamos, en el cual los símbolos patrios aparecen como el motivo principal del arreglo, constituyen algunas de las expresiones de la valoración positiva de la presidencia. Ésta se materializa también en eventos especiales organizados en su honor, como el baile que la sociedad de Talca le ofreció para agasajarlo por su laboriosa administración. (Véanse fotografías Nos. 3, 4 y 5).

Es el reconocimiento al mandatario cuyo nombre se relacionaba con el progreso nacional y su símbolo, el ferrocarril, como lo muestran las portadas de los periódicos reproducidos en las fotografías Nos. 6 y 7.

Balmaceda es uno de los mandatarios decimonónicos reconocidos por sus obras materiales. Durante su administración, gracias a los ingresos derivados del salitre, las inversiones en obras públicas y establecimientos de enseñanza, así como en obras de adelanto material, en general, son notables y constituyen el mejor aval de su imagen de realizador.

Esa imagen se refleja en la prensa, incluso en la relacionada con los opositores a su régimen. Es el caso del conservador *El Estandarte Católico*, para el cual "el Excmo. señor Balmaceda está dando muestras de actividad fecunda y de encendido celo por la prosperidad material del país". La influencia de la presidencia en el progreso material del país se valora como consecuencia del "entusiasmo de nuestro Primer Mandatario", que lo promueve "con su poderosa iniciativa y los impulsa con un celo patriótico que lo honra"<sup>67</sup>.

La fama, sin embargo, no sólo se asentó en la obras concretas. También se sustentó en una acción de difusión y propaganda que el propio gobierno y el Presidente llevaron adelante. Para avalar esta afirmación están las expresiones de Balmaceda y los testimonios materiales, como medallas y placas conmemorativas, que se emitieron en la época.

Respecto de las medallas, se cuentan a lo menos seis conmemorativas de la

---

<sup>67</sup> Edición del 13 de marzo de 1889.

inauguración de una obra pública entre 1886 y 1891, en cinco de las cuales aparece inscrito el nombre del presidente Balmaceda<sup>68</sup>. Estas son las relativas a la inauguración de los trabajos del ferrocarril de Talca a Constitución; las dos acuñadas con motivo del inicio de las obras del dique de Talcahuano, una fechada el 1° de febrero de 1888 y la otra el 14 de diciembre de 1890, fecha en que efectivamente ocurrieron los hechos recordados; la que conmemora la inauguración de los trabajos del ferrocarril trasandino, el 5 de abril de 1889, y la que celebra la inauguración del viaducto del Malleco, el 26 de octubre de 1890.

(Véanse fotografías Nos. 8 y 9)<sup>69</sup>.

La prensa capta bien los afanes del Presidente por trascender a su tiempo, incluso, para algunos sacrificando el interés nacional. *El Herald*, por ejemplo, reconociendo las grandes y graves dificultades existentes para el establecimiento de una línea de vapores a Europa sostiene que Balmaceda "sólo piensa en dejar su nombre a la posteridad", y que resolverá el problema "importándole un bledo comprometer el porvenir y las finanzas del país". Según este periódico, todo ello "tiene menos importancia a los ojos del Presidente que el lustre que dará a su nombre esta compañía en el país y en el extranjero"<sup>70</sup>.

A las mencionadas se sumaron las numerosas y variadas críticas que recibió la política de obras públicas impulsada por Balmaceda. Entre ellas, la que veía como un exceso, un verdadero despropósito la construcción de tanto ferrocarril fue la más recurrente. Y no sólo porque entonces se considerara que algunos de ellos eran innecesarios, sino también porque, según algunos, afectaba la marcha económica general del país. (Véanse caricaturas en fotografías Nos. 10 y 11).

---

<sup>68</sup> Debemos llamar la atención sobre el material con que se elaboraron las medallas, pues es demostrativo de la importancia que se quiere dar al hecho o personaje que ésta recuerda. En Chile, las medallas generalmente fueron de cobre, a veces de bronce, otras de plata u oro y en ocasiones de níquel. En todo caso, creemos, que dada la falta de costumbre de emitir medallas conmemorativas y la escasez de recursos para hacerlo, el hecho de que se acuñaran ya resulta un fenómeno significativo, independiente del que le daba el mineral con que se confeccionaban.

<sup>69</sup> En este último caso, se acuñaron 250 de cobre, 50 de plata y 2 de oro. Véase Medina, obra citada, p. 184. Sólo en el caso de una de las medallas, la alusiva al inicio de las obras del Ferrocarril Trasandino, no se inscribe el nombre de Balmaceda. Por otra parte, existen al menos tres medallas relativas a la construcción de escuelas públicas durante la administración Balmaceda, y en todas ellas aparece el nombre del Presidente.

<sup>70</sup> Texto reproducido en la edición de *El Cosmopolita* de 25 de enero de 1889.



Foto 3  
Carné de baile.  
Museo Histórico

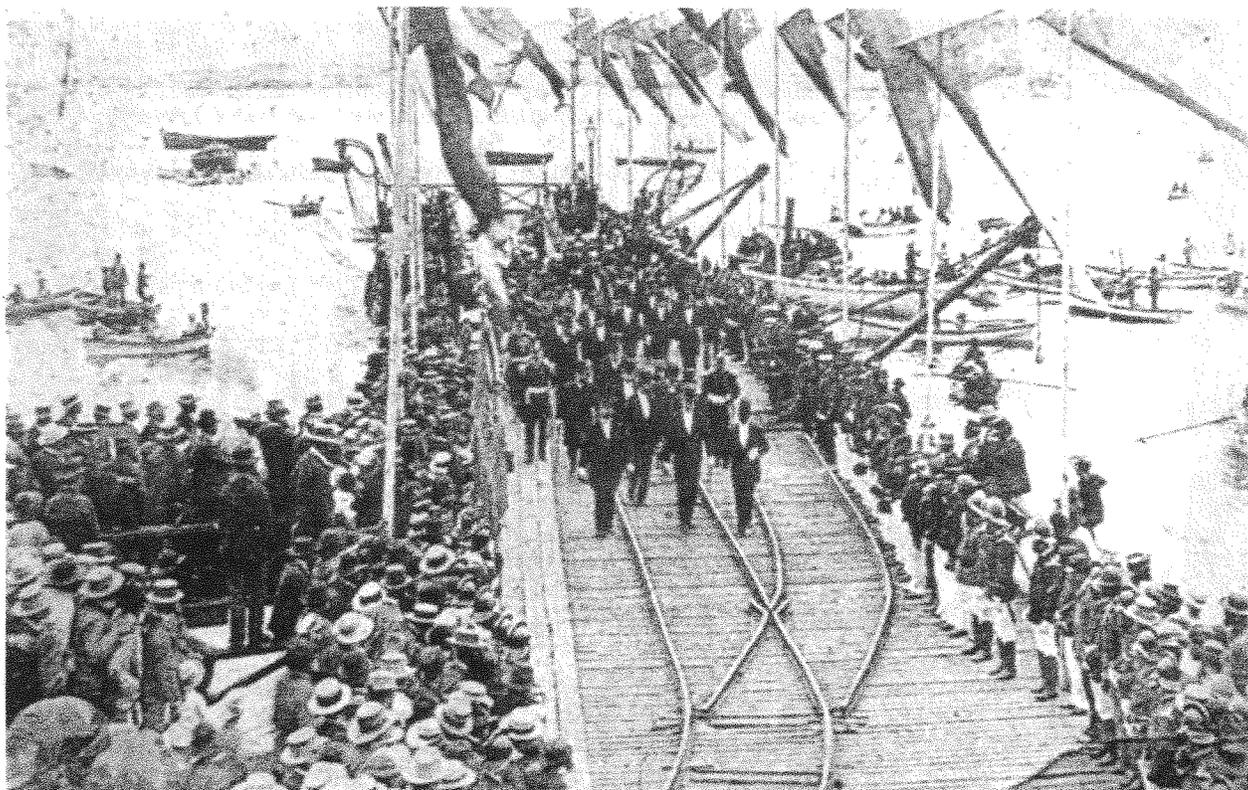


Foto 4  
Balmaceda en la recepción de los restos de los héroes de Iquique.  
Valparaíso. Mayo de 1888.

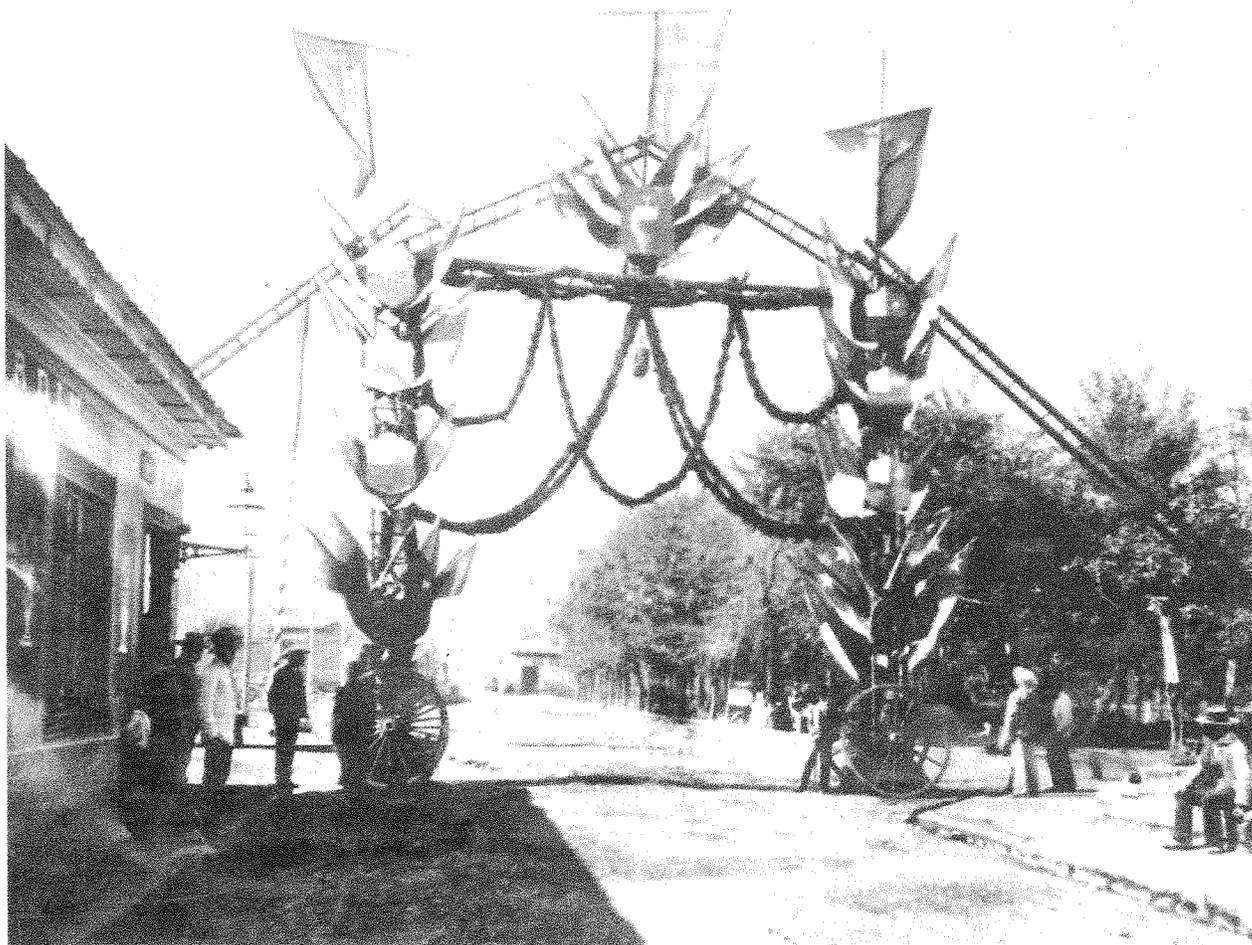


Foto 5  
Arco de Bomberos en Los Andes. Visita del presidente Balmaceda en abril de 1889.  
(Colección René León Gallardo)



S. E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

Foto 7

Foto 6

# El Taller Ilustrado.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.



S. E. DON JOSE MANUEL BALMACEDA.

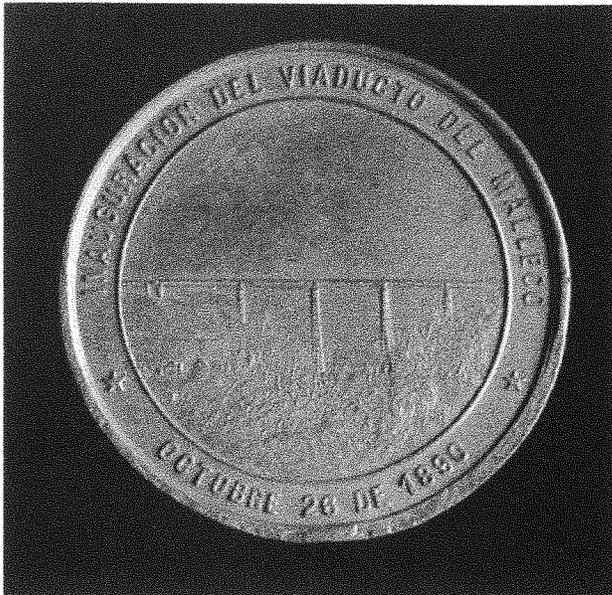


Foto 8  
Medalla conmemorativa.  
Museo Histórico.



Foto 9  
Medalla conmemorativa.  
Museo Histórico

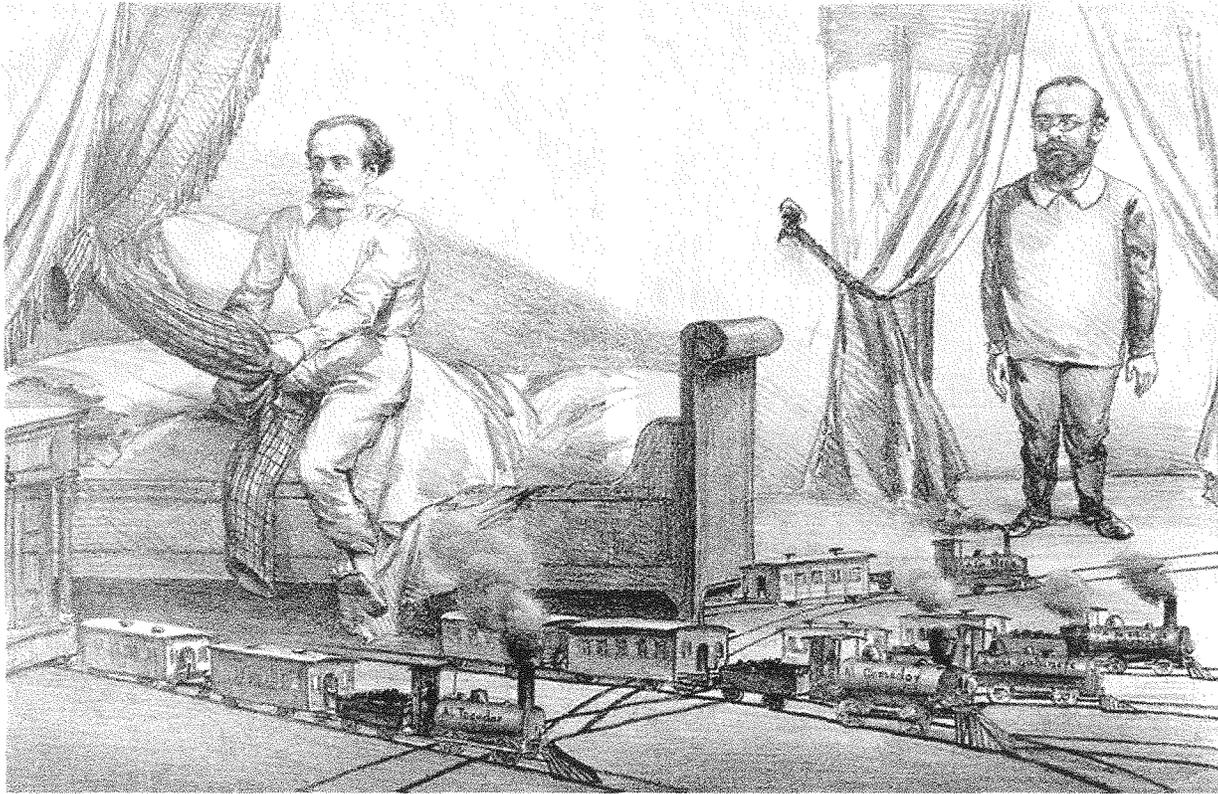


Foto 10  
«El hombre-ferrocarril». Exposición Balmaceda en la poesía popular.  
Biblioteca Nacional. 1991.

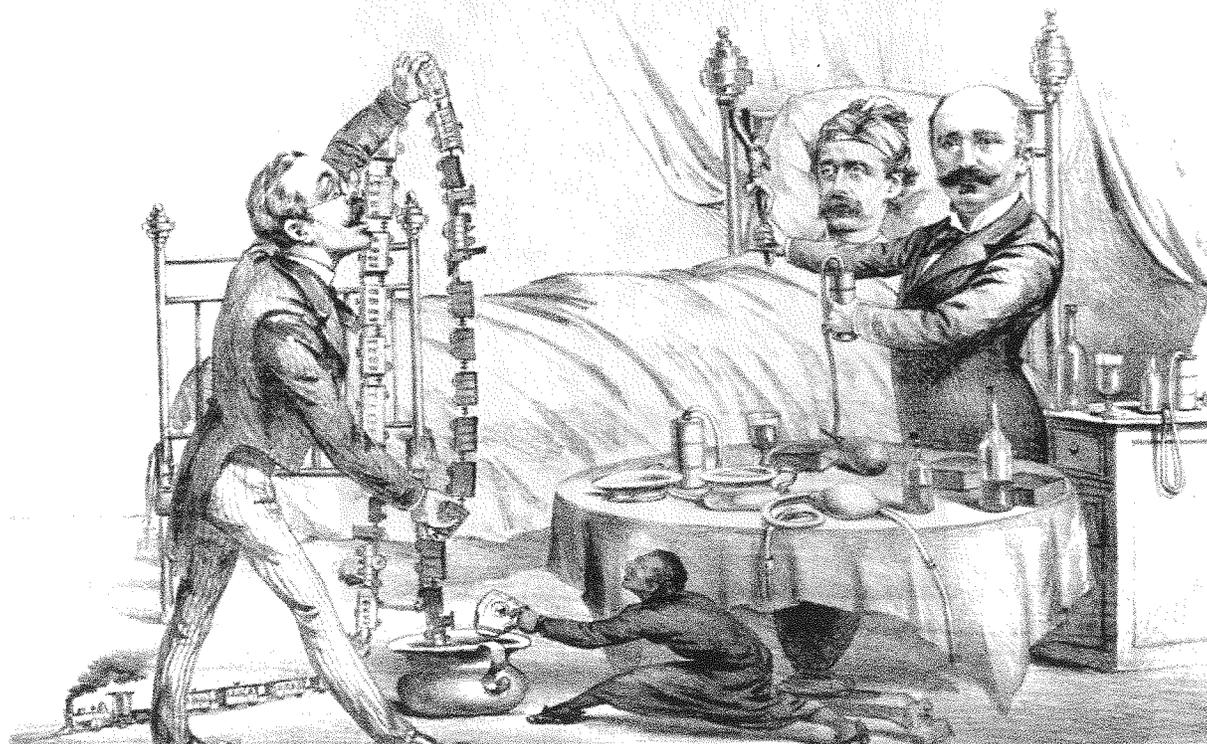


Foto 11  
«La ténia presidencial». Exposición Balmaceda en la poesía popular.  
Biblioteca Nacional. 1991.



Foto 12

«Esa sombra querida Será siempre por Chile bendecida».  
Exposición Balmaceda en la poesía popular.  
Biblioteca Nacional. 1991.



*Don Domingo cosiendo su candidatura.*

Foto 13  
"Don Domingo cosiendo su candidatura".  
Exposición Balmaceda en la poesía popular.  
Biblioteca Nacional. 1991.

En efecto, uno de los factores más inquietantes de los planes ferroviarios del Presidente fue el relativo a la carencia de mano de obra para ejecutarlos. Según *El Ferrocarril*, "no sin fundamento se ha apreciado con inquietud la considerable absorción de brazos en obras públicas", en especial cuando lo que consideraban "actividad creciente de la industria, de la agricultura y de la minería, demandan un concurso mayor de hombres de trabajo para la vitalidad normal de todas esas fuentes de producción y riqueza pública"<sup>71</sup>.

En último término, el tema de la mano de obra no era algo menor si se consideraba que para muchos el enriquecimiento de los ciudadanos de acuerdo con las expectativas del programa presidencial, como afirmó *El Ferrocarril*, "depende muy principalmente de saber utilizar los recursos de la prosperidad fiscal en beneficio de los intereses sociales". Para el periódico, en lo que representa un elemento significativo al mostrar la visión existente respecto del Estado que Balmaceda conducía, cuando no la incomodidad que la situación del Jefe de Estado provocaba, "no es un fisco rico, sino un país rico" el verdadero objetivo a alcanzar, siendo preciso, por tanto, concluía el editorialista aludiendo directamente a un Estado crecientemente necesitado de brazos para su obras, "que las riquezas no sean substraídas del cauce natural de los negocios, del alimento que deben a la producción y a la industria"<sup>72</sup>.

Los afanes de trascendencia de Balmaceda fueron también reflejados en caricaturas, como la de la fotografía No. 12, a cuyo pie se leía: "Esa sombra querida. Será siempre por Chile bendecida".

La imagen que se proyecta engrandecida, sin duda, representaba bien los deseos de gloria del mandatario, todos ellos fundados en sus obras materiales y en su laboriosa administración. Sostenemos lo anterior a pesar que Balmaceda alguna vez escribió a un familiar: "mañana o pasado te mandaré un retrato, que no es grande, porque la persona del

---

<sup>71</sup> Véase editorial del 23 de enero de 1889.

<sup>72</sup> El editorial de *El Ferrocarril* citado, en lo que puede considerarse una muestra del interés que despertó su contenido, fue resumido en la edición de *La Tribuna* del 23 de enero de 1889.

Presidente es modesta y no tiene pretensiones de ser grande"<sup>73</sup>. Creemos que la frase reproducida confirma las aspiraciones del gobernante de proyectarse como una gran figura de nuestra historia. Dada la confianza existente con su correspondiente, con su explicación el Presidente estaba ironizando sobre sí mismo y, por lo tanto, dando a entender lo contrario de lo que afirmaba<sup>74</sup>.

Sin embargo, e incluso antes de que se iniciara su gobierno, Balmaceda había comenzado a ser objeto de críticas y reproches, como lo demuestra la caricatura de *El Padre Padilla* reproducidas en las fotografías Nos. 13 y 14.

## BALMACEDA DICTADOR

Los reproches que se hacen al gobernante son, en primer término, porque está herido por la intervención electoral que significó su acceso al poder. Lo anterior, además, constituía una afrenta para el Congreso Nacional que, encarnando los afanes libertarios de la sociedad, combatía la práctica que, precisamente, había llevado a Balmaceda a la presidencia.

A lo dicho, hay que agregar que las menciones al Congreso Nacional, en parte importante del período de Balmaceda, son en relación a la Presidencia, pero no en una situación de equiparidad, sino de asistencia para la materialización de las iniciativas gubernamentales. *El Norte* de Copiapó, por ejemplo, al comentar y apoyar el "bastísimo programa para el porvenir del país" que Balmaceda había expuesto en la inauguración del ferrocarril de La Calera a La Ligua y Cabildo, afirmó: "tócales a nuestros congresales coadyudar al pensamiento del señor Balmaceda con todo el empuje irresistible del verdadero

---

<sup>73</sup> Los conceptos citados, en una carta con membrete de la Presidencia fechada en Santiago el 7 de julio de 1887 que Balmaceda envió a la señora Emilia Cereceda de Herrera, residente en San Fernando. La misiva nos fue proporcionada por el bibliófilo Sr. Felipe Vicencio Eyzaguirre y forma parte de su archivo.

<sup>74</sup> La destinataria de su retrato, a la que llama "querida amiga", seguramente era una pariente cercana de su mujer, doña Emilia Toro Herrera, de ahí la intimidad que la nota refleja y que le permite, incluso, burlarse de sus propias ambiciones.



Foto 14  
«En el jardín de la política».  
Exposición Balmaceda en la poesía popular.  
Biblioteca Nacional. 1991.



Foto 15  
«Don Quijote y Sancho Panza en Iquique».  
Exposición Balmaceda en la poesía popular.  
Biblioteca Nacional. 1991.

patriotismo que no tiene más guía y más móvil que el engrandecimiento de la patria"<sup>75</sup>.

La crítica es creciente y se hace cada vez más mordaz, aprovechando, incluso, lo que antes fue visto como un hecho positivo, esto es la preocupación presidencial por las obras públicas y en especial la construcción de ferrocarriles. (Véanse fotografías Nos. 10, 11 y 15).

La prensa comienza a cuestionar cada vez más firmemente al gobierno, y especialmente a su cabeza, el presidente Balmaceda, por sus promesas incumplidas, entre ellas, las relativas a la libertad electoral; pero también por la actitud asumida por Balmaceda, el cual, según un opositor, "con el sólo hecho de terciarse la banda tricolor se hizo soberbio, altivo y despótico", dejándose cegar por la vanidad<sup>76</sup>. (Véanse caricaturas fotografías Nos. 16 y 17).

La crítica gana terreno y, también, cuestiona la administración en su conjunto. Por su prodigalidad, su ligereza para repartir los fondos públicos y, en definitiva, el riesgo de un gobierno rico en un país pobre<sup>77</sup>.

En 1889 *El Estandarte Católico*, que proyectaba en 200 millones de pesos los sobrantes acumulados para el decenio que entonces se iniciaba, se preguntaba: "¿qué se hará con esos millones?" La posibilidad de ver reproducidos en el país los males sufridos por el Perú donde, se afirmaba, "nadie ignora que la riqueza pública se dilapidó lastimosamente sin provecho para la nación, sirviendo solo para enriquecer a unos cuantos explotadores sin honor y sin conciencia", alarmaba al editorialista. Éste precisaba la amenaza que representaba un fisco con grandes recursos, afirmando: "He ahí el peligro; porque lo es, y muy grande, en un país en que el pueblo es pobre, un gobierno que dispone de sumas tan crecidas"<sup>78</sup>.

Si bien el periódico reconocía la preocupación de Balmaceda por evitar el peligro, se preguntaba ¿"cómo hacer efectiva la pureza inmaculada de la administración en la inversión de tan cuantiosos caudales?" y, demostrando su verdadera prevención, continuaba, "cómo

<sup>75</sup> Véase edición del 7 febrero de 1889. El discurso de Balmaceda aludido en *La Tribuna* del 21 de enero de 1889.

<sup>76</sup> Véase el artículo de Ricardo Varela en *El Ferrocarril* del 4 de septiembre de 1891.

<sup>77</sup> Los recursos generados por las exportaciones salitreras que, por ejemplo, en 1888 significaron excedentes por 20 millones de pesos en el contexto de un presupuesto ordinario que apenas pasaba de cuarenta millones, hicieron del Estado chileno un poderoso agente económico.

<sup>78</sup> Véase edición del 13 de marzo de 1889.

impedir que los millones excedentes no vayan a enriquecer a unos cuantos? ¿cómo conseguir que esas riquezas no sirvan para hacer más omnipotente a un gobierno que ya dispone de más de cuarenta millones, y que no se empleen en recompensar servicios políticos, en pagar las cuentas siempre subidas del servilismo y de la adulación y en oprimir al pueblo arrebatándole a precio de oro sus más legítimas libertades".

Creemos que las dudas arriba expresadas ejemplifican bien las proyecciones que una parte de la opinión comenzaba a hacer respecto del gobierno y el Presidente. En primer término, la idea del uso político de los recursos fiscales, pero también la existencia de sujetos serviles y aduladores, lo cual supondría que existía un jefe de gobierno sensible a estas manifestaciones hacia el poder.

Balmaceda se transforma de tal manera en un Presidente que en el transcurso de su mandato, y en virtud de sus numerosas iniciativas y apariciones, comienza a ser percibido como un monarca, un príncipe que impone su voluntad. Un verdadero soberano asociado al autoritarismo y al capricho. Una autoridad que va perdiendo el respeto de la sociedad como lo reflejan las caricaturas de las fotografías Nos. 18 y 19.

En este contexto, es preciso señalar que una de las notas distintivas de Balmaceda es que representó, como probablemente ningún otro Primer Mandatario del siglo XIX, el papel de Presidente de la República. Balmaceda actuó como Jefe de Estado en el sentido que una vez en el poder "tomó el lugar de otro", y ese sujeto diferente, que no es en realidad una persona, sino una institución, la Presidencia de la República, se materializó en Balmaceda, transformando su personalidad.

En definitiva, y como lo sostiene un testigo que lo conoció, Balmaceda "sentía, dentro de sí, a cada momento, la importancia de considerarse el Jefe Supremo del Estado. No abandonaba nunca su papel"<sup>79</sup>.

Si los ministros de Estado, los embajadores y los gobernadores provinciales representaban a Balmaceda en tanto Presidente de la República en los espacios y ámbitos de

---

<sup>79</sup> Orrego Luco, 1984, p. 233.



Foto 16  
«La prensa lo aprensará».  
Exposición Balmaceda en la poesía popular.  
Biblioteca Nacional. 1991.



Foto 17  
«Paso a Su Majestad».  
Exposición Balmaceda en la poesía popular. Biblioteca Nacional. 1991.

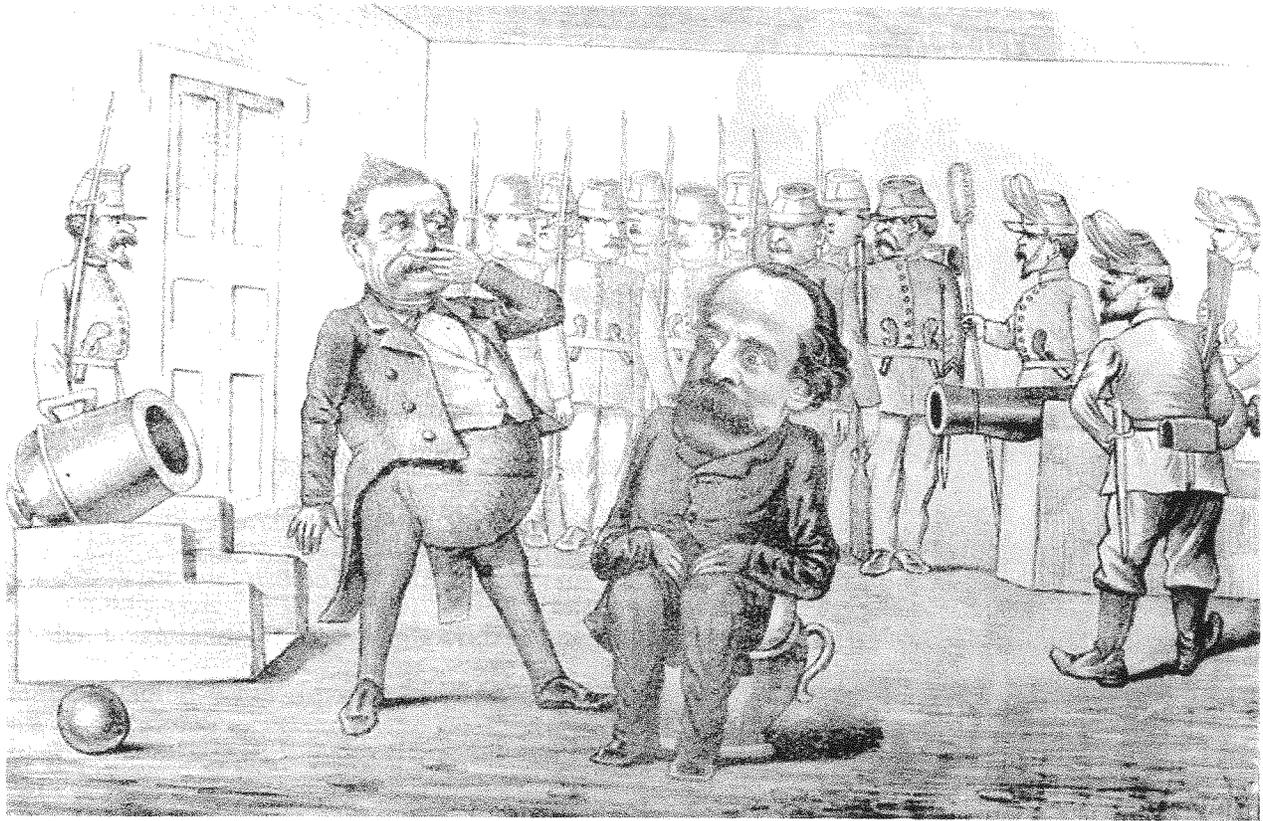


Foto 18  
«El miedo lo hace obrar».  
Exposición Balmaceda en la poesía popular. Biblioteca Nacional. 1991.



Foto 19  
Exposición Balmaceda en la poesía popular. Biblioteca Nacional. 1991.

su competencia, el propio Balmaceda interpretó el papel de Primer Mandatario sin considerar que sólo era una representación, de tal manera que ligó su personalidad al cargo, asumiendo como dirigidos a la institución que simbolizaba las críticas que se hacían al Balmaceda político.

Esta actitud lo llevó a defender las prerrogativas tradicionales de la institución presidencial, sin percibir, como político, independientemente del papel que representaba, la necesidad de su evolución, especialmente en lo relativo a sus tradicionales prácticas de intervención electoral.

Sin duda uno de los antecedentes determinantes en la percepción que Balmaceda tuvo de su papel y situación en cuanto Presidente de la República, fue la realidad nacional al momento de su mandato. En efecto, entonces Chile se apreciaba como una potencia sudamericana, un país que había logrado importantes adelantos materiales, con sólidas instituciones políticas para el concierto latinoamericano y que, en palabras del propio Balmaceda, había emprendido "la obra de un nuevo y sólido engrandecimiento"<sup>80</sup>. Lejanas y ajenas debían aparecer para Balmaceda y sus contemporáneos las explicaciones que en 1822 O'Higgins le ofreció a la viajera María Graham a propósito de lo que él consideraba "atraso del país en muchas cosas"<sup>81</sup>.

Ejemplo de la preocupación por las situaciones que comenzaban a transformar al Presidente en una figura superior, más ligada a la majestad real que a la dignidad republicana, *El Ferrocarril* ofrecía un vocabulario cortesano para mostrar su crítica al explicar que "los séquitos reales y los voceros de corte son siempre los encargados de pregonar las virtudes y de revelar a los vasallos las cualidades ignoradas de sus príncipes"<sup>82</sup>. Príncipe que comienza a ser mostrado por la prensa de la época como un sujeto lleno de vicios y faltas, llamado "hombre malo", "bribón", "abyecto" o "criminal". Al que, como lo muestran los grabados populares reproducidos en las fotografías Nos. 20 y 21, el mismo diablo encierra por "criminal".

Considerando la evolución que sufrió la imagen presidencial, se explica que en la

---

<sup>80</sup> Véase su ya citado discurso en la ceremonia de inauguración del viaducto del Malleco en *La Nación* del 29 de octubre de 1890.

<sup>81</sup> Véase Graham, 1953, p. 114.

<sup>82</sup> Véase edición del 16 de marzo de 1889.

segunda mitad de la administración Balmaceda, la que se evaluaba por sus adversarios como conducta autoritaria y arbitraria del gobernante, haya sido suficiente para que se calificara su régimen como dictatorial. Así, por ejemplo, lo demuestra una de las medallas conmemorativas del triunfo de los adversarios del Presidente Balmaceda que reproduce la fotografía No. 22.

Entonces el Congreso Nacional pretende aparecer ante el país como el defensor del régimen republicano frente a la amenaza del dictador, ahora encarnado en el presidente Balmaceda<sup>83</sup>.

Es tal concepción la que lleva a que, en medio de la crisis política que enfrentaba al Presidente con el Congreso Nacional, se le recuerde a Balmaceda el gesto de Bernardo O'Higgins que en "circunstancias solemnes y análogas a la presente, viendo como él como Jefe de la Nación era un obstáculo para el país y para la buena marcha de la administración..., tuvo la noble y patriótica resolución de deponer el mando supremo con que había sido investido"<sup>84</sup>.

Esta devaluación de los atributos de la institución presidencial, y, por lo tanto, de la figura que lo encarna, es la que se aprecia en el período posterior a 1891. En efecto, sustraído al Presidente su papel político de garante del régimen republicano, perdida la confianza en el buen uso que éste podía hacer de sus atribuciones, como la experiencia lo demostraba, el Congreso Nacional, triunfador en 1891, pretendió asumir esta representación.

Sin intentar resolver si el Congreso logró representar los valores que tradicionalmente se habían asociado con la presidencia, de paso creemos que no, lo cierto es que hacia fines del siglo XIX la imagen presidencial y su papel en la sociedad había cambiado sustantivamente.

---

<sup>83</sup> Entre los numerosos documentos de la época que permiten sostener esta interpretación se encuentra la nota, dirigida a Jorge Montt y a los oficiales de la Armada, con que se acompañó el acta de deposición de Balmaceda. En ella, los parlamentarios que la suscriben, asientan que el Presidente de la República, "por primera vez en Chile, se ha colocado fuera del régimen constitucional, ha renunciado a la autoridad legítima de que estaba investido y ha querido asumir el poder personal y arbitrario que no tiene otro origen que su voluntad y otros límites que los acontecimientos puedan señalarle". Es, precisamente, "en tan grave emergencia", continúan, que "al Congreso Nacional corresponde tomar a su cargo la defensa de la Constitución y adoptar todas las medidas que las circunstancias exijan para restablecer su imperio". Recordemos también que Balmaceda, en el decreto por el cual asume el poder total, señalaba que se estaba frente a "una insurrección en armas contra el Presidente de la República". Estos textos han sido reproducidos, entre otras publicaciones, en la obra documental de la Universidad Finis Terrae, 1991, pp. 249-250 y 261 respectivamente.

<sup>84</sup> Véanse los conceptos citados en *El Ferrocarril* del 15 de julio de 1890.



Foto 20  
Las borracheras de Balmaceda.  
Colección Amunátegui.  
Universidad de Chile



Foto 21  
«El diablo encierra a Balmaceda»  
Colección Amunátegui.  
Universidad de Chile



Foto 22

Medalla conmemorativa. Museo Histórico

Si en la década de 1830 se pensó que sólo un Presidente fuerte, dotado de plenos poderes como los otorgados por la Constitución de 1833, sería la garantía del orden y la estabilidad y del propio régimen republicano; en la segunda mitad del siglo, y a consecuencia de la expansión experimentada por el país, la concepción de la institución presidencial evolucionó hacia posiciones diferentes y la presidencia y sus representantes comenzaron a ser percibidos como los grandes obstáculos para la plena vigencia del régimen republicano.

Este proceso explica las reformas introducidas en el régimen político a partir de 1871 que significaron, de una u otra manera, disminuir el poder presidencial y fortalecer el parlamentario. El fenómeno se constata a nivel del texto constitucional y también en el discurso político, incluso en el de los propios agentes de la presidencia, partiendo por el Primer Mandatario. Pero, y quizás más importante todavía, se percibe a nivel de la imagen pública de la presidencia, en la noción que la "opinión" comenzó a sostener respecto del Presidente<sup>85</sup>. Al respecto, recordemos que "dictador" fue uno de los calificativos que más frecuentemente se usó contra Balmaceda, y desde antes de la Guerra Civil de 1891.

Paralelo a este fenómeno de la transformación de la presidencia en un obstáculo para la vida republicana, el Congreso Nacional y los parlamentarios comenzaron a convertirse y a ser percibidos como los defensores de la libertad, los garantes de un régimen republicano constantemente amenazado por la omnipotencia presidencial que, en el caso de Balmaceda, se vincula también a su persona y a los rasgos de su carácter<sup>86</sup>.

Sin duda a lo largo del siglo XIX se aprecia una desacralización de la figura presidencial. Es así como de un tono respetuoso y solemne, mediatizado por los ministros de Estado, que colocaba al Presidente de la República por encima de los acontecimientos de la

---

<sup>85</sup> Véanse las cuentas presidenciales ante el Congreso Nacional, pero también los mensajes del Ejecutivo que acompañaban proyectos de leyes que reformaban aspectos sustantivos de la vida política, por ejemplo, el régimen electoral. También la prensa de la época y los testimonios de contemporáneos en memorias, crónicas y epistolarios citados a lo largo de este texto.

<sup>86</sup> Esta percepción se expresó en la publicidad que entonces se dio a las sesiones de las Cámaras, en el revuelo que los oradores parlamentarios causaban en la sociedad, en las manifestaciones de apoyo que recibían desde las tribunas del Congreso. Múltiples son los testimonios que reflejan lo que afirmamos. Una vez más la prensa es esencial, lo mismo que los testimonios de los espectadores de estos hechos, por ejemplo, las memorias de Luis Orrego Luco, Martina Barros, Abdón Cifuentes, Fanor Velasco, etc.

política contingente, se pasa, hacia fines del período estudiado, a un trato no sólo directo, incluso soez como lo demuestra la actitud existente hacia Balmaceda.

En este último caso, la figura presidencial, antes asociada al régimen republicano, ahora se muestra despreciada por la actuación "dictatorial" del gobernante. De esta forma el Presidente, la mayor parte del siglo considerado el garante de la libertad y del orden, el máximo representante del estado de derecho, hacia fines de la administración de Balmaceda comienza a ser relacionado con los atropellos a la ley, con la violación de los derechos consagrados en la carta fundamental, con la arbitrariedad y el despotismo. Esto explica que, una vez derrotado el ejército regular y alejado del poder Balmaceda, una medalla conmemorativa de aquellos sucesos, que reproduce la fotografía No. 23, tuviera impreso en su frente "caída del dictador 29 de agosto de 1891", mientras en su reverso se leía: "honor al ejército libertador, Concón y Placilla"<sup>87</sup>.

Es preciso no olvidar, además, que las reformas políticas de la segunda mitad del siglo XIX cambiaron la institucionalidad y minaron la imagen presidencial al limitar sus atribuciones<sup>88</sup>. En este plano, tan importante como los efectos prácticos de las reformas constitucionales, son sus repercusiones en el campo del imaginario social y de las nociones asociadas a él, las cuales, creemos, cambiaron al demostrarse, con las reformas, que el Presidente también podía ser limitado en su poder.

Pero tras el fenómeno que advertimos se encuentra también la evolución política del país. Esa que llevó a una creciente intervención del Presidente en la lucha política diaria, hizo posible la ampliación de la participación ciudadana y posibilitó la expansión de la prensa y de los medios de transporte. Fenómenos todos que acercaron la figura presidencial a la población nacional, contribuyendo a su "humanización" y vulgarización y a la masificación de su figura. Incluso el propio Presidente de la República, a través del contacto que le proporcionaron sus desplazamientos a provincia, fomentó el proceso descrito. Entre otros medios, utilizando su

---

<sup>87</sup> Véase Medina, 1891, p. 162.

<sup>88</sup> Véase *infra*, capítulo .



... la Dalmación utilizó su propio cuerpo, el de la Dalmación y las...



... la Dalmación utilizó su propio cuerpo, el de la Dalmación y las...

Foto 23  
Medalla conmemorativa.  
Museo Histórico

propia corporalidad en el quehacer político<sup>89</sup>.

De esta forma, si a través de sus excursiones fuera de la capital Balmaceda pudo producir imágenes favorables, paradójicamente, debió contemplar como esa capacidad se fue debilitando por culpa de su propio uso, al no dominar adecuadamente, como sí ocurre en la actualidad, la tecnología de lo simbólico y de lo imaginario. Las últimas, las bases de esa nueva forma de dramaturgia política que fueron sus viajes.

## **CUERPO, POLÍTICA Y AUTORIDAD**

Las abundantes y variadas actividades que José Manuel Balmaceda desarrolló en sus también numerosas visitas a la provincia, junto con su reconocida capacidad oratoria, su siempre correcta presentación y su constante actividad, entre otros elementos, nos permiten sostener que Balmaceda utilizó su propio cuerpo, su físico y las características de su personalidad para captar adhesiones, provocar una situación favorable, influir en la opinión, crearse una imagen pública positiva.

Por lo pronto, y como las fuentes lo asientan, Balmaceda siempre demostró una prevención especial por su aspecto exterior, el cual, invariablemente, llamaba la atención. Se le describe de apostura enérgica, semblante pálido, cabellos castaños y rizados, alto, de apariencia distinguida<sup>90</sup>. (Véase fotografía No. 24).

Se le recuerda como un orador brillante y de gran fuerza, de palabra fácil, siempre

---

<sup>89</sup> Sin duda que la entrada del Presidente en la arena política contingente constituye un factor fundamental en el proceso de desacralización cívica de la institución presidencial. La materialización corpórea del Presidente en la lucha, dando y recibiendo ataques, comprometiéndose, triunfando y fracasando en el juego político, minaron su imagen en la opinión pública, haciéndola más vulnerable. Lo anterior, a pesar de la popularidad que sus desplazamientos le dieron en la provincia.

<sup>90</sup> Hasta la pronunciación de Balmaceda fue objeto de distinción. Velasco, 1914, p. 52, recuerda una de las tantas tertulias en que tuvo oportunidad de participar junto al jefe de Estado, afirmando: "El Presidente se expresaba con una seguridad de acero, con una calma imperturbable, y con su acostumbrado lujo de dicción". Incluso sus enemigos se refirieron a "la hermosura de su rostro", aunque, cierto, para compararlo con Rozas y agregar que también fueron semejantes "en sus crueldades". Véase el artículo de Ricardo Varela publicado en *El Ferrocarril* del 4 de septiembre de 1891.

presto para discursar. Todas características que contribuyeron a su popularidad<sup>91</sup>. De estilo declamatorio y ampuloso, Balmaceda siempre hablaba con entusiasmo, con una voz rica en entonaciones y variada en modulaciones. Un político que en medio de los grandes oradores con que convivió, supo hacerse notar y llamar la atención de sus contemporáneos<sup>92</sup>.

Con su figura elevada, esbelta y distinguida, Balmaceda se expresaba pasándose los dedos sobre sus largos cabellos en un gesto que, unido al agradable tono de su voz, a su pomposo lenguaje, su actitud correcta y su ilustración general, según se relata, despertaba rápidamente la atención sobre su persona<sup>93</sup>. Sin duda fue un político alejado de las formas antiguas. Uno que no sólo tuvo un proyecto y un modo de ser moderno, sino que, además, se hizo representar como tal, como el óleo que Fernando Laroche pintó en 1891 lo muestra<sup>94</sup>. (Véase fotografía No. 25)

En éste sobresalen también el traje del Jefe de Estado, su alba camisa y, especialmente,

<sup>91</sup> Descripciones del Balmaceda orador, en Arteaga Alemparte, 1910, pp. 147-152; Darío, 1991; Bañados Espinoza, 1894; Orrego Luco, 1984. Las habilidades oratorias de los políticos en la época no eran un asunto menor. Un ejemplo de ello es la defensa que *El Ferrocarril del Sur* del 24 de marzo de 1888 hizo de un candidato del Partido Liberal por Curicó, al cual, deducimos, se le reprochaba su falta de capacidades en tal sentido. El periódico curicano, afirmando otras facultades de su candidato escribió: "El señor don Manuel Francisco Valenzuela no carece de personalidad política. Es verdad que no pronuncia discursos como Castelar o Gladstone, pero es un liberal de principios sólidos".

<sup>92</sup> En el prólogo de nuestra recopilación de los discursos de Balmaceda aludimos a las características de la oratoria en su época, mencionando de paso a algunos de los grandes oradores de entonces. Ahí también explicamos porqué esa época, en comparación a la pobreza de la actual, ofrece tantos y tan magníficos cultores de este verdadero arte. Véase Sagredo y Devés, 1991-1992, I, pp. 11-13. Huneeus Gana, 1910, pp. 507-508, ofrece una caracterización de la que llama "elocuencia chilena", afirmando que los grandes oradores sólo se han expresado "en los momentos en que las agitaciones de nuestra vida pública lo exigían"; por ejemplo, advertimos nosotros, en la "época de Balmaceda". Para este autor, "entre los oradores que han segado laureles de primera categoría, se cuenta también don José Manuel Balmaceda".

<sup>93</sup> De temperamento, gustos y cultura románticas, lector de Castelar, y otros grandes oradores de su época, los discursos de Balmaceda, más que convencer por el peso de las ideas, que de todas formas no eran pocas, deslumbraban por el brillo de sus formas. Para Huneeus Gana, 1910, p. 607, "Balmaceda conquistara más el aplauso al artista de la frase, que el respeto al maestro de la idea. Impresionaba más que convencía. Por eso ha sido un orador más aplaudido que temido".

<sup>94</sup> La interpretación que se ha hecho del mencionado cuadro señala que en él se puede observar la intención idealista del pintor. En primer término, porque es un retrato de medio cuerpo, el cual se utilizaba particularmente para destacar rasgos físicos y resaltar aspectos morales; también por el hecho de que el Presidente aparezca recortado sobre un fondo bermellón, lo cual hace sobresalir un "rostro patricio en el que lucen los ojos vidriosos y emocionales de Balmaceda, tal vez, el mejor reflejo de la determinación y aire soñador del Presidente". Véase Leiva, 1998, pp. 152-155.

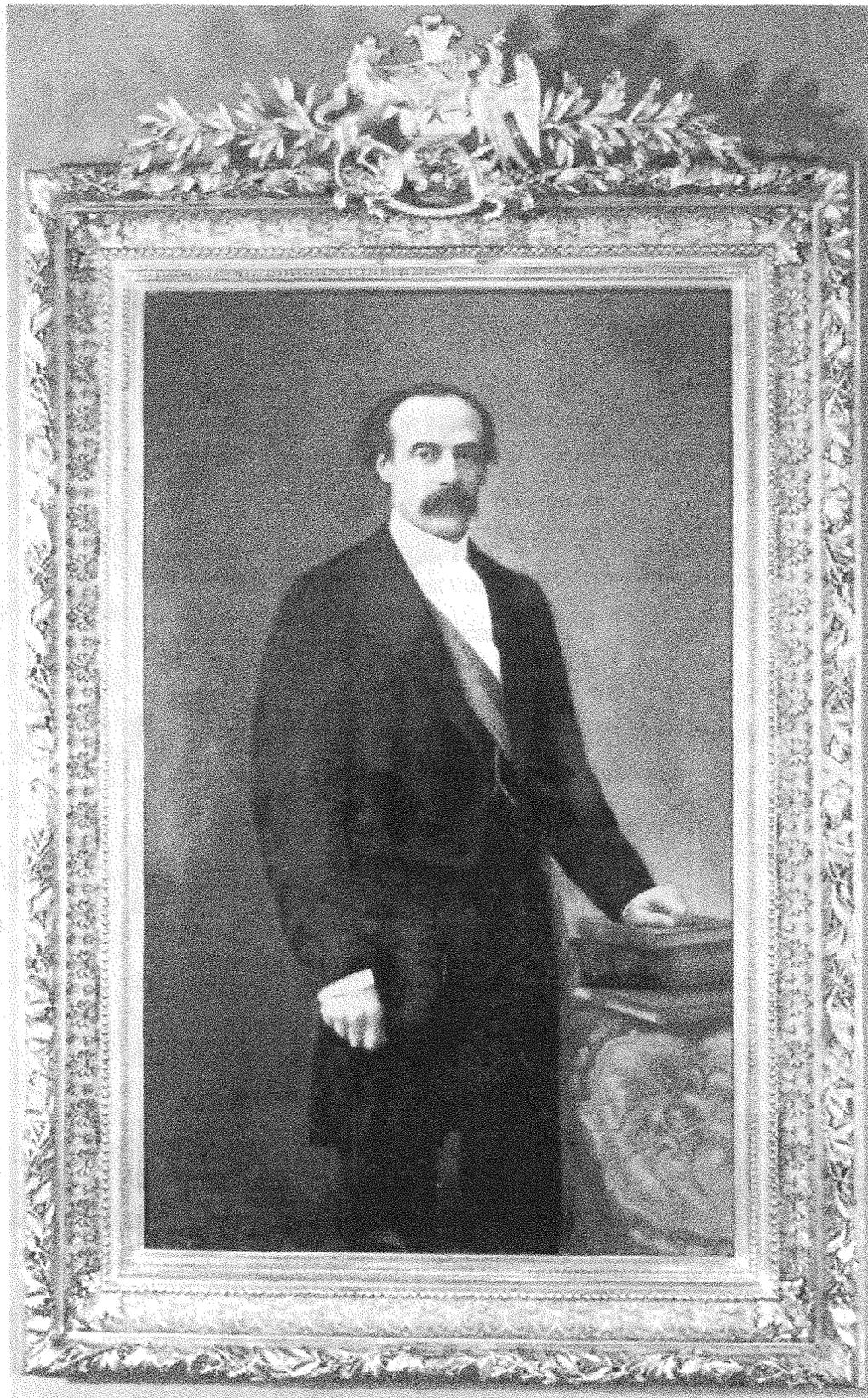


Foto 24

Retrato de José Manuel Balmaceda.

Colección particular.

Exposición Balmaceda y su época. 1991. Biblioteca Nacional



Foto 25  
Retrato de José Manuel Balmaceda.  
Óleo de Fernando Laroche, 1891.  
Museo Histórico

la banda presidencial, el símbolo del poder presidencial. Este último hecho es significativo si se toma en cuenta que Laroche ejecutó su obra en medio de la Guerra Civil de 1891, cuando Balmaceda combatía por preservar el principio de autoridad, según él, amenazado por una "revolución antidemocrática"<sup>95</sup>.

La preocupación de Balmaceda por las que alguna vez llamó "formas que seducen", por su aspecto, y en último término por la imagen pública que proyectaba, se refleja también en sus fotografías, especialmente en las obtenidas una vez que ocupó la Presidencia de la República<sup>96</sup>. Ellas muestran que en su afán por ofrecer una positiva proyección de sí mismo en la opinión pública, Balmaceda, incluso consintió en que se retocaran sus retratos. Así queda demostrado al observar los que a continuación se ofrecen, los cuales nos muestran a, prácticamente, dos Balmaceda. En todo caso, con un perfil claramente cambiado<sup>97</sup>. (Véanse fotografías Nos. 26, 27, 28, 29, 30 y 31).

Coincidimos con Devés en el sentido que Balmaceda a través de sus fotografías ofrece "porte presidencial", especialmente comparado con Santa María, quién aparece "de estilo más sencillo y campechano, más relajado y espontáneo" (véase fotografía No. 32). Por el contrario, Balmaceda se presenta más "entallado y obsesivo, más altivo y tenso", características que, observando los retratos que lo muestran en su juventud, permiten deducir que ellas sólo afloraron en el Balmaceda Presidente de la República posando para la posteridad.

De hecho, ni siquiera en el Balmaceda Ministro se observa el "porte presidencial", todo lo cual permite suponer que Balmaceda en la presidencia quiso dar una nueva imagen de sí mismo y de la institución que en ese momento personificaba (véanse fotografías Nos. 33 y 34). Pretendió transformarse en "modelo, con su cara mejorada, seleccionada; representar un ideal

<sup>95</sup> Los conceptos citados en su *Mensaje presidencial de 1891*, en Sagredo y Devés, 1991-1992, II, p. 361.

<sup>96</sup> Fue en el funeral del ex presidente Aníbal Pinto que Balmaceda señaló que éste, siendo un hombre muy valioso por muchos conceptos, sin embargo, estaba "exento de las formas que seducen". Véase *El Ferrocarril* del 13 de junio de 1884. Creemos que tanto la mención como la oportunidad, demuestran de que para Balmaceda se trataba de un aspecto a considerar en un político".

<sup>97</sup> En esta parte de nuestra explicación nos servimos del agudo texto de Devés, 1992. En él se ofrece un estudio de la cara, apostura, psicología y mentalidad de Balmaceda a través de la interpretación de las fotografías recopiladas en Sagredo y Devés, 1991-1992.

social, darse como prototipo del caballero burgués"; mostrarse siempre elegante y distinguido gracias a su postura erguida, el mentón levantado y la mirada firme<sup>98</sup>.

Pero el Balmaceda que se fotografía entre 1886 y 1891 no es Balmaceda sencillamente. Es el Presidente de la República de Chile. De un país que, como hemos visto, tenía un alto concepto de sí mismo que el Jefe de Estado no sólo compartía, sino que pretendía incrementar con su paso por la presidencia, proyectándose así a la posteridad. En este contexto, y ahora volviendo a Devés una vez más, tanto Balmaceda como el grupo dirigente del cual formaba parte, utilizó la fotografía, cuya materia prima es el cuerpo del individuo, para construir y proyectar una imagen; pero, no sólo una imagen individual, en especial, una imagen del país en el cual ellos creían encontrarse<sup>99</sup>. Un país moderno, "civilizado y culto", como Balmaceda expresó alguna vez<sup>100</sup>.

Pareciera como si en Balmaceda la valoración de la belleza exterior y sensible efectivamente operara casi como una manifestación visible del bien en virtud de la cual ella es un rasgo propio y distintivo del gobernante o, a lo menos, de una clase social particular<sup>101</sup>. En todo caso, e incluso independiente de ello, es obvio que el Presidente pensaba que una noble apariencia física era una forma de imperio y representaba un útil y conveniente estímulo para mover voluntades y atraer lealtades. En ese contexto, y al igual que en las monarquías del antiguo régimen, la exacta y mejorada representación del gobernante a través de un retrato pasaba a constituir un asunto de Estado<sup>102</sup>. Balmaceda necesitó de buenos retratos no sólo para halago de su vanidad, también por conveniencia política. Recordemos que donde no llegó con su presencia física, su autoridad dimanó de su presencia figurada en el retrato.

<sup>98</sup> Devés, 1992, pp. 25-34.

<sup>99</sup> Véase Devés, 1992, pp. 38-41. Según este autor, tal imagen actuó "como espejo constitutivo de identidad", permitiéndole al grupo dirigente, "admirarse de la propia belleza, autoimaginarse, tratar de identificarse con ese modelo ideal que se ha construido, sentirse satisfechos de sí mismos".

<sup>100</sup> Los adjetivos los tomamos de la ya citada nota de Balmaceda agradeciendo la invitación a la función de Sarah Bernhardt en el Teatro de Santiago.

<sup>101</sup> Morán, 1990, pp. 23-24, sostiene que esta concepción que llama "derivación de carácter neoplatónico de la belleza", estaba vigente "aún a principios del siglo XX", a tal punto, ejemplifica, "que el derecho en un delito que se imputa a dos, presume más culpa en el rostro y talle feo, que en el que tiene más hermoso y perfecto".

<sup>102</sup> Véase Moran, 1990, pp. 24-25.



Foto 26  
Museo Histórico



Foto 27  
Museo Histórico

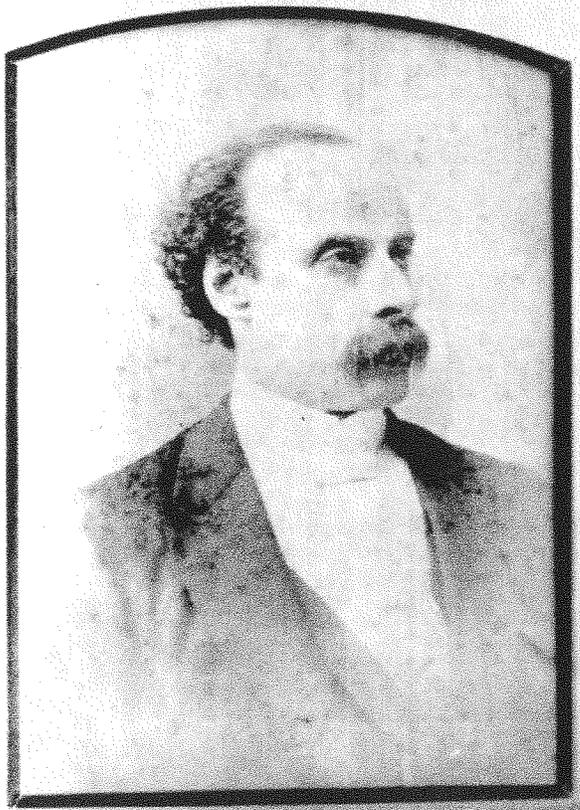


Foto 28  
Museo Histórico



Don JOSÉ MANUEL BALMACEDA,  
*late President of Chile.*  
*Died by his own hand on the 19th of this month.*

Foto 29  
Museo Histórico



Foto 30  
Museo Histórico

Foto 31  
Museo Histórico





Foto 32  
El presidente Domingo Santa María

FOTOGRAFIA HISTORICA



La posesión de una oficina de Intendencia. Fotografía tomada en Santiago del año 1887. De izquierda a derecha, senta-  
dos: don José Manuel Balmaceda, profesor señor Esteban Prieto, hijo del Presidente Pérez, don Nicolás Maldonado,  
don Carlos Villegas, señor Lovato, don Joaquín Yáñez, señor Gandarillas, señor Maldonado, don Pedro Montt, don Grego-  
rio Silva.

Foto 33

José Manuel Balmaceda sentado, el primero de izquierda a derecha.



Foto 34

El ministro Balmaceda. Al centro el presidente Santa María.  
Archivo Santa María

Además, y en virtud de la ya señalada costumbre de intercambiar retratos, como el que se reproduce en la fotografía Nos. 35 y 36, fue común que la imagen del gobernante se ofreciera como muestra de distinción y estimación para quienes recibían uno del Presidente. Pero también para la contemplación. Realidad que obligaba a reflejar en él la dignidad de la persona del gobernante, pretendiendo con ello transmitir una imagen de modernidad y, además, producir una reacción inmediata de respeto, estimación y, en especial, de adhesión política<sup>103</sup>.

De esta manera, al hacerse y dejarse fotografiar, Balmaceda, al igual que otros hombres públicos de su época, utilizó su figura y su rostro para influir. Con una intención, para generar una opinión positiva; cierto, sobre el país, pero también sobre sí mismo. A diferencia de la mayor parte de sus contemporáneos, Balmaceda también hizo uso de su cuerpo cuando se desplazó, se dejó ver, tocar y apreciar, cuando cautivó con su oratoria y con su personalidad.

Sostenemos que Balmaceda, además de ejercer las funciones propias de cada uno de sus miembros y aprovechar sus variadas aptitudes intelectuales, transformó todo su cuerpo en un solo órgano destinado a provocar efectos sobre quienes lo observaran o se enteraban de sus movimientos<sup>104</sup>.

Además de beneficiarse de las características relevantes que la sociedad atribuía a su persona a causa de su condición de Presidente de la República, Balmaceda Jefe de Estado hizo desempeñar a su cuerpo la función de órgano político, de artefacto generador de hechos y situaciones en la sociedad<sup>105</sup>.

Consciente del valor que su corporalidad representaba como instrumento político, Balmaceda hizo uso de ella buscando que ésta fuera apreciada por el mayor número de

<sup>103</sup> Tomemos en cuenta, además, que el alcance de un retrato presidencial va más allá del inmediato destinatario del mismo. Normalmente, y como ocurre hasta el día de hoy, éste se muestra y exhibe, dando así oportunidad a que muchas otras personas lo aprecien.

<sup>104</sup> Un ejemplo, claramente nimio, pero no por eso menos representativo, nos permitirá mostrar como el cuerpo del Presidente de la República provocaba reacciones. En Chillán, en un banquete que la ciudad le ofreció y luego del brindis ofrecido por el primer Alcalde de la Municipalidad en su honor, contestó el Jefe de Estado y, "al ponerse de pie", nos relatan, "todo los concurrentes lo imitaron y en medio de un hondo silencio, fue escuchado su discurso". Véase *La Tribuna* del 10 de septiembre de 1888.

<sup>105</sup> Aproximaciones ilustrativas de la relación entre órgano y función política, son las que nos ofrecen Le Goff, Heusch, Dupont y Marín, todos en Feher, 1992. Obviamente, también el ya clásico estudio de Kantorowicz, 1985.

personas posibles. Por eso se mostró frecuentemente en público cuando no era común que los políticos buscaran el contacto con la masa. En una época en que los gestos teatrales, el roce, la agitación, el estruendo, la calle y la agresividad, todos elementos presentes en la actuación política de Balmaceda, no formaban parte del comportamiento de los hombres públicos<sup>106</sup>. Cuando tampoco era costumbre que la figura presidencial se alejara del palacio de gobierno, socializara con personas de toda condición socioeconómica y, menos, que saliera de la capital<sup>107</sup>.

En tiempos en que el Presidente era una figura lejana, con un aura de prestigio que venía precisamente de esa imposibilidad de apreciarlo directamente, Balmaceda, repentinamente, lo pone en contacto con la multitud.

En este contexto, Balmaceda se alejó de la costumbre existente en el país y apeló directamente al pueblo, a la masa<sup>108</sup>. Y para llegar a ellos, para obtener su favor, para cautivarlos, no sólo utilizó su oratoria y las ceremonias públicas; se sirvió de sí mismo, de todo su ser, transformándolo en instrumento de su política<sup>109</sup>. Así, su cuerpo fue un objeto, un medio de propaganda de sí mismo, de sus objetivos, de su administración. Constituyó un componente esencial de las prácticas políticas de las cuales sus viajes forman parte pues, en último término, es el desplazamiento físico del cuerpo-persona Balmaceda en el tiempo y en el espacio la

<sup>106</sup> Para una caracterización del modo del "tipo ejemplar de hombre público" de la época, véase al ya citado Heise G., 1974, pp. 176-190. Para este autor, como para la casi totalidad de la historiografía que se ha ocupado de estos temas, sólo en 1920, Arturo Alessandri Palma, al "quebrar el estilo burgués de lucha política", introdujo la "movilización de masas, la agitación popular, los discursos demagógicos, las proclamaciones en plazas y calles", entre otras armas de la lucha política. Sólo cabe señalar que nuestra investigación demuestra que en la época de Balmaceda gran parte de estos elementos ya estaban presentes.

<sup>107</sup> No olvidemos que las prácticas de Balmaceda merecieron reproches. Así ocurrió cuando aceptó comer y compartir con amigos políticos en un café de la Quinta Normal, porque atentaban contra lo que algunos creían era la dignidad de la Presidencia de la República. Recordemos además los editoriales luego de su excursión a Collipulli, en ellos se le reprocha su estilo de hacer política entre el pueblo.

<sup>108</sup> Salas Edwards, 1914-1925, I, p. 154, refiriéndose a los discursos de Balmaceda en su gira al norte afirma: "Balmaceda, rompiendo con la tradición, había establecido ya el sistema de levantar su voz para expresar directamente al pueblo sus ideas en todas las solemnidades públicas".

<sup>109</sup> Lo que venimos sosteniendo habría sido imposible en un político chileno de comienzos de la década de 1870. Entonces, dos reconocidos conocedores de éstos, afirmaron: "nuestros políticos son secos, austeros, taciturnos, reservados, graves". Véase Arteaga Alemparte, 1910, p. 9. La primera edición de la obra citada es de 1870-1871.



Foto 35  
Retrato autografiado José Manuel Balmaceda  
Museo Histórico



Foto 36  
Retrato autografiado José Manuel Balmaceda  
Museo Histórico

*J. M. Balmaceda*

esencia misma de los viajes que protagonizó.

Por otra parte, no es posible dejar de mencionar que fue haciendo uso de su cuerpo y de su vida que Balmaceda generó uno de los hechos políticos más trascendentes de la historia de Chile, esto es, su suicidio<sup>110</sup>.

Desechando el camino de la que llama "evasión vulgar, porque lo estimo indigno del hombre que ha regido los destinos de Chile", Balmaceda se decide por "el sacrificio", esperando que éste "alivie a mis amigos de las persecuciones que se les hace creyendo así abatirme y ofenderme más vivamente a mí"<sup>111</sup>.

No pudiendo hacer nada por sus amigos y partidarios, en lo que llama "desquiciamiento general", Balmaceda le explica a su esposa que "quiero ofrecerles lo único que puedo ya darles: el sacrificio de mi persona". Atento a los efectos que su acto generará respecto de su familia y bienes, continúa, "necesito ofrecerles a ustedes mi vida", afirmando, seguro de lo que hace, "el desenlace que doy a la situación suspende todo derecho de acusaciones". Por último, intentando conformarla y mostrando que la utilización de su cuerpo para obtener objetivos está presente en su voluntad, le hace saber a su mujer que "procedo tranquilamente y con la satisfacción de que mi sacrificio salvará el bienestar futuro de mi familia"<sup>112</sup>.

Para Balmaceda la alternativa elegida fue también una opción que le permitió evitar el escarnio que lo hubiera despojado de su propia estima y del respeto de los asociados a él. Obsesionado como estaba por el juicio exterior, resultó imposible para él ponerse a disposición del bando triunfante en 1891 ante la evidencia que tal actitud hubiera significado "que vejen mi nombre y me infieran todo género de humillaciones". Él no podía exponerse a que su nombre fuera "arrastrado y envilecido por la canalla que nos persigue", afirmó a sus

---

<sup>110</sup> Una vez derrotadas sus fuerzas, el Presidente se asiló en la legación argentina en Santiago, lugar en el que permaneció entre el 28 de agosto y el 19 de septiembre de 1891. Aquel día de septiembre, el siguiente del último de su mandato, y mientras en el país se hostilizaba y perseguía a quienes habían apoyado la causa presidencial, puso fin a su vida.

<sup>111</sup> Las palabras transcritas, en la carta que el 19 de septiembre de 1891 dirigió a José Uribaldi, el Ministro Argentino que le dio asilo y hospedaje. Véase Bañados Espinoza, 1894, II, pp. 639-640.

<sup>112</sup> Véase carta a su esposa fechada el 18 de septiembre de 1891. Reproducida en Escobar Guic e Ivulic Gómez, 1991, pp. 92-93.

hermanos<sup>113</sup>.

El suicidio de Balmaceda fue una acción que no sólo impactó a sus contemporáneos, sino que también se impuso como modelo a seguir por quien, habiendo alcanzado la presidencia y sufrido también la fuerza sobre su régimen, en la coyuntura de abdicar el poder o sacrificar su persona, no tuvo otra alternativa que seguir el ejemplo de Balmaceda. Así lo demuestra la opción por el suicidio tomada por el Presidente Salvador Allende el 11 septiembre de 1973<sup>114</sup>.

---

<sup>113</sup> Véanse cartas a su madre y hermanos fechadas el 18 de septiembre de 1891 en Escobar Guic e Ivulic Gómez, 1991. La atención puesta por Balmaceda en orden a preservar su dignidad se reflejó en su vestimenta el día elegido para su muerte, "con traje negro"; la preocupación por su habitación, "puso en arreglo los muebles y útiles que había en la pieza donde estuvo asilado..., arreglo hasta el último detalle"; y en la disposición en que sería encontrado, "en seguida se acostó horizontalmente sobre su lecho, apoyando la sien derecha sobre la almohada". Estos detalles, en Bañados Espinoza, 1894, II, p. 632. De acuerdo con el acta levantada por diferentes autoridades en la "visita de comprobación a la pieza mortuoria", Balmaceda fue encontrado "en la cama, con el revólver en la mano, bañado en sangre y con una herida en la cabeza". Como se aprecia, los hechos descritos en el documento, publicado en la prensa nacional en los días siguientes al suicidio no daban posibilidad alguna para imaginar a Balmaceda en una situación en la que, dadas las circunstancias, él no hubiera querido ser observado (Véase fotografía No. 37). Sin duda Balmaceda contó con la ventaja de la tranquilidad para planear su muerte. Salvador Allende, por el contrario, tomó su drástica resolución en medio del combate, de tal forma que la situación en que quedó luego de su suicidio fue muy diferente: "Entré y lo vi. La metralleta entre las piernas, la cabeza despedazada"; tal que cuando uno de los miembros de su entorno más cercano quiso entrar a verlo, nuestro testigo impidió su paso afirmando: "¡No, no! No puede entrar. El doctor no hubiera querido que lo viera así". El testimonio de uno de los acompañantes del Presidente en La Moneda el 11 de septiembre, en Verdugo, 1998, pp. 158-159.

<sup>114</sup> Aquel día, instalado en La Moneda e interpelado por las fuerzas armadas a renunciar, rendirse y hacer uso de una nave que, se suponía, lo sacaría del país, Allende fue categórico: "¡dígame al general que el Presidente de Chile no arranca en avión! Yo estoy aquí, en el Palacio de Gobierno, y me quedaré aquí defendiendo al gobierno que represento por la voluntad del pueblo". En otro momento agregaría: "Hago presente mi decisión irrevocable de seguir defendiendo a Chile en su prestigio, en su tradición, en su forma jurídica, en su Constitución... Que sepan que aquí estamos, por lo menos con nuestro ejemplo, que en este país hay hombres que saben cumplir con la obligación que tienen. Yo no voy a renunciar. Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo". Conceptos que comparados con los expuestos, entre otros, en el llamado "Testamento político de Balmaceda", esto es la carta que éste dejó a uno de sus colaboradores cercanos para que la publicara una vez que ya no estuviera en su asilo, resultan familiares. En ella Balmaceda nos hace saber que el 28 de agosto "aunque tuve los medios necesarios para salir al extranjero, creí que no debía excusar responsabilidades, ni llegar fuera de Chile como mandatario prófugo, después de haber cumplido, según mis convicciones y en mi conciencia, los deberes que una situación extraordinaria impuso a mi energía y patriotismo". En este documento Balmaceda concluye caracterizando su administración y mirando hacia el futuro del país. "Si nuestra bandera, encarnación del gobierno del pueblo verdaderamente republicano, ha caído plegada y ensangrentada en los campos de batalla, será levantada de nuevo en tiempo no lejano, y con defensores numerosos y más afortunados que nosotros, flameará un día para honra de las instituciones chilenas y para dicha de mi patria, a la cual he amado sobre todas las cosas de la vida". Salvador Allende, por su parte, concluyó la alocución radial que precedió a su suicidio con algunos de los siguientes conceptos: "...Tengo fe en Chile y su



Foto 37  
Representación del suicidio de José Manuel Balmaceda  
Museo Histórico

Así, tanto Balmaceda como Allende hicieron uso de su persona, de su corporalidad, buscando con su muerte un efecto, un fin político<sup>115</sup>. En el caso del primero, basta el comportamiento de Allende para confirmar que su acto logró su objetivo<sup>116</sup>. Ello sin perjuicio que la historiografía y los testimonios existentes confirman que luego de su trágica muerte, la figura del presidente Balmaceda se fue progresivamente rehabilitando, engrandeciendo y transformándose en una de las más conocidas y populares de la historia nacional<sup>117</sup>.

Su muerte trágica hizo posible su transformación posterior en "gran hombre", en símbolo político puro. Ella marcó su acceso a otra vida, la de la inmortalidad civil, puesto que

---

destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor". El "Testamento" en Bañados Espinoza, 1894, II, p. 646. Los últimos momentos de Allende y sus palabras en Verdugo, 1998.

<sup>115</sup> Allende concluyó su transmisión radial con estos conceptos: "Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que, por lo menos, será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición". Véase Verdugo, 1998, p. 69. Según Touraine, 1974, p. 156, si bien Allende en su última alocución al país se despidió de las masas populares, en realidad, "es a la historia a quién se dirige". Igual actitud podría aplicarse a Balmaceda, quién, en la carta que escribió a Julio Bañados Espinoza el 18 de septiembre de 1891 justificando su decisión final y encargándole la historia de la "administración que juntos hemos hecho", señaló: "juzgo que mi sacrificio es el único que atenuará la persecución y los males, y lo único que dejará también aptos a los amigos para volver en época próxima a la vida del trabajo y de la actividad política... Siempre se necesita en las grandes crisis o dramas un protagonista o una gran víctima. Esta es la ley de las horas de borrasca". Finalmente, en su "Testamento", afirmó: "...ojalá que las crueles experiencias y los sacrificios del presente induzcan la adopción de las reformas que hagan fructuosa la organización del nuevo gobierno, seria y estable la constitución de los partidos políticos, libre e independiente la vida y el funcionamiento de los poderes públicos y sosegada y activa la elaboración común del progreso de la república. No hay que desesperar de la causa que hemos sostenido ni del porvenir".

<sup>116</sup> Según una fuente, en medio del ataque que era objeto en La Moneda el 11 de septiembre, Allende "camina a paso firme por la galería de los Presidentes... De repente se detiene.... da una mirada a los bustos que evocan la historia patria..." y ordena a tres de sus guardias personales: "¡Destruyan a todos esos viejos de mierda! Sólo se salvan Balmaceda y Aguirre Cerda. ¡Sólo ellos! Los otros... ¡al suelo!, dice Allende al tiempo que empuja con fuerza el busto de González Videla". Véase Verdugo, 1998, pp. 112-113. Pedro Aguirre Cerda encabezó el gobierno del Frente Popular entre 1938-1941, entonces considerado de "izquierda". Gabriel González Videla durante su administración, 1946-1952, proscribió y persiguió al Partido Comunista.

<sup>117</sup> Un documentado estudio sobre las alternativas de la valoración popular de Balmaceda es el de Navarrete Araya, 1993. Nos preguntamos si acaso lo dicho para Balmaceda no es lo que también ha ocurrido con la imagen de Salvador Allende. Ahí están la realidad chilena actual y los homenajes que a través de publicaciones, instituciones, avenidas y una estatua de próxima inauguración en la Plaza de la Constitución en Santiago lo prueban. Contribuye a la evaluación favorable de Allende, la simpatía internacional que tuvo la inédita experiencia por él encabezada. También, la prácticamente unánime condena mundial que la dictadura militar que lo sucedió en el poder ha debido soportar desde su acceso al poder, luego de dejarlo y hasta el día de hoy.

los héroes no mueren<sup>118</sup>. En este contexto, el muerto, Balmaceda, en tanto que individuo, desapareció tras la significación política de su vida. Se transformó en imagen, en modelo de inspiración para las generaciones que le siguieron. En cuanto político, y con su gesto final, Balmaceda pasó a nutrir él mismo la mitología que le concediera fuerza, sentido y eficacia simbólica a su figura.

¿Cuánto de lo dicho sobre la figura histórica de Balmaceda debería abonarse al hecho de haberse desplazado éste por el país, hecho escuchar, dejado mirar e, incluso, tocar? ¿Qué porcentaje de esta popularidad es consecuencia del febril quehacer que se impuso en sus visitas a la provincia, todas ellas, parte sustantiva de su laboriosa administración?<sup>119</sup>

Por último, no podemos olvidar que para Balmaceda su propia figura, su corporalidad, no sólo lo contenía a él en cuanto persona y por tanto mortal, también al Presidente de la República. Este último, actor esencial del Estado, parte integrante de éste y, en la medida que los Estado-nación lo son, un ente permanente, prácticamente, inmortal<sup>120</sup>.

A Balmaceda su acceso al poder lo cambió, significó una modificación de su condición que se expresó en la investidura, en los símbolos del poder que lo convirtieron en otro. Así, se puede sostener que el poder transfiguró a Balmaceda, fijó la institución Presidencia de la República sobre la superficie de su piel, lo diferenció, en cierta forma lo sacralizó<sup>121</sup>. Desde entonces, escribió un testigo, comenzó a disfrutar de la "suma enorme de poder que le atribuye la Constitución, como nuestras prácticas"<sup>122</sup>. Balmaceda participó de la época en que "el sol y la omnipotencia presidencial son igualmente visibles", cuando el Presidente era "un dios que

<sup>118</sup> Sobre el significado de la "inmortalidad civil", véase Balandier, 1994, pp. 117-118.

<sup>119</sup> En un reconocido trabajo sobre el Chile de comienzos del siglo XX, el de McBride, 1974 (1a edición 1936), pp. 152, encontramos la siguiente afirmación: "En la clase media y hasta en los últimos estratos sociales, hubo una intuición que Balmaceda había sido el campeón de las masas, y es este sentimiento el que ha contribuido a convertirlo para ellas en un héroe nacional y a considerar la trágica muerte por su propia mano como el sacrificio de un mártir por la causa de las reivindicaciones populares". (Véase fotografía No. 38).

<sup>120</sup> Lo dicho nos ha sido sugerido por la lectura de Kantorowicz, 1985. La tesis esencial de este autor es que el monarca en el mundo occidental cristiano tiene dos cuerpos: uno humano y otro divino. Que estos dos cuerpos dan cuenta de la naturaleza del poder real ejercido por un mortal y que el rey es la conjunción de un cuerpo humano y privado con un cuerpo divino y político.

<sup>121</sup> Balandier, 1994, pp. 35-36, explica el significado de la sacralización del gobernante.

<sup>122</sup> Véase Velasco, 1914, p. 74.

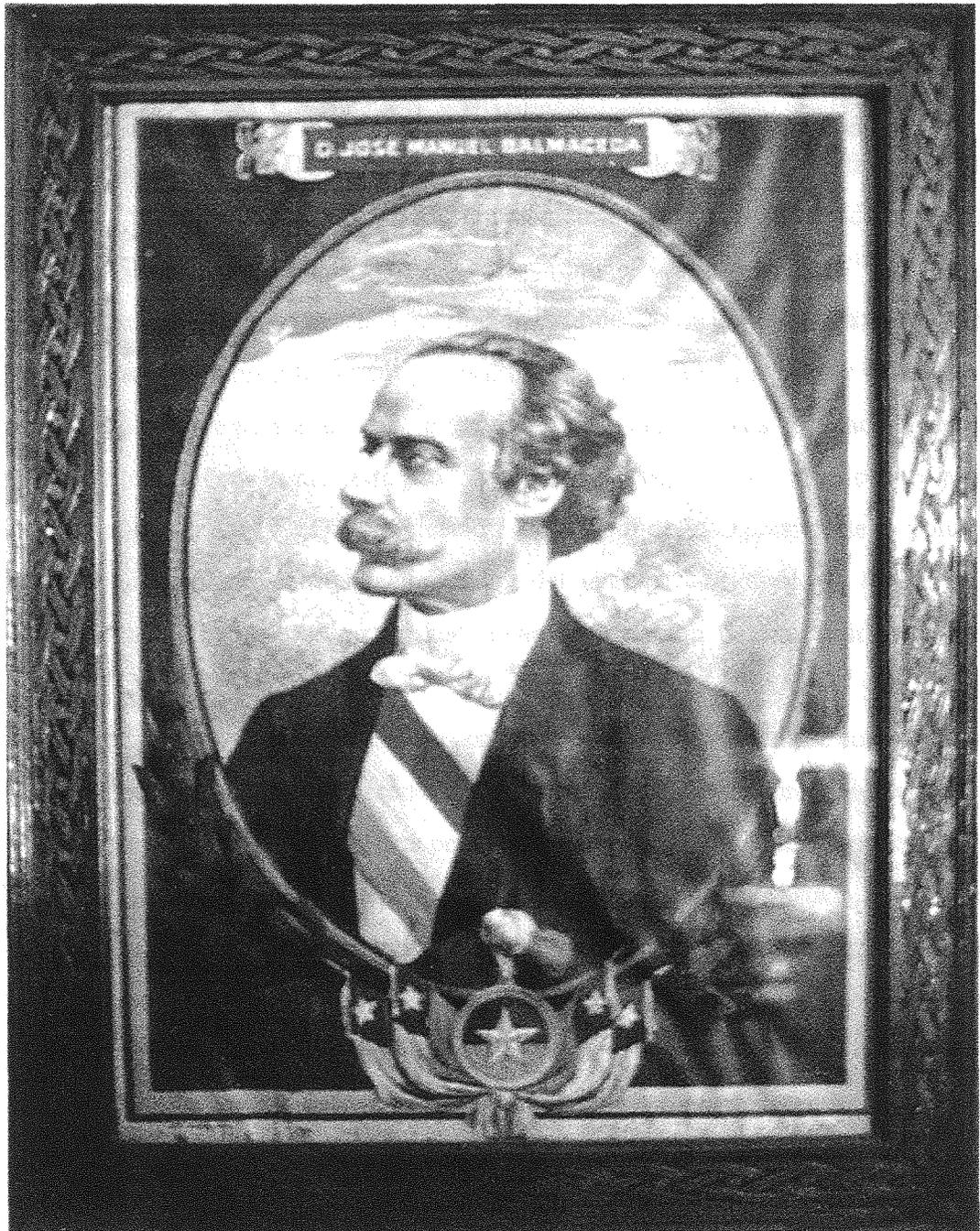


Foto 38  
José Manuel Balmaceda  
Grabado popular en Museo de La Tirana  
(Fotografía del autor)

en el Senado y en la Cámara de Diputados tiene un coro de ángeles y otro de serafines"; cuando ambas cámaras "estaban allí para entonar himnos en su loor; cuando el Presidente, lo dice Velasco, era "un Dios imperturbable disfrutando de su majestad y de su gloria"<sup>123</sup>.

Si para la sociedad de su época la institución Presidencia de la República representaba un poder prácticamente absoluto, el propio Balmaceda, aún antes de asumir su mandato, también dio muestras que para él el cargo que desempeñaría tenía una significación especial desde el momento que "era la más alta prueba de confianza que en un pueblo libre pueda dispensarse a un ciudadano"<sup>124</sup>. Que su elección fuera fruto de la expresión de la voluntad popular y que por lo tanto su mandato derivara del pueblo fue no sólo la fuente de su legitimidad, también, la base sobre la cual levantó su noción de la Presidencia de la República<sup>125</sup>.

Si en relación a sus responsabilidades en la presidencia Balmaceda se concibió como el "Jefe del Gobierno en el interior y el representante de la dignidad y del prestigio de Chile en el exterior"<sup>126</sup>. Respecto de sí mismo, de su persona, afirmó que en ese "puesto soy más que un individuo, soy el representante de uno de los poderes fundamentales del Estado..., soy el Jefe de Estado en Chile". Un hombre-institución sometido a un juramento solemne ante el pueblo, con atribuciones constitucionales claramente determinadas, reo de un deber público "sellado a la faz de la República", sometido a sus "deberes de magistrado y a su patriotismo de chileno", obligado "a mantener la observancia de la Constitución y de las leyes", así como "el principio

---

<sup>123</sup> Como es obvio, también en la época de Balmaceda, y en especial durante su administración, las "criaturas celestiales principian a darse cuenta que en esta situación no pesan nada en la balanza del destino, y comienzan, afirma Velasco, a tener el sentimiento de su personalidad". Naturalmente, Balmaceda estuvo muy distante de creer que había sonado la hora en que su omnipotencia debía disiparse, especialmente considerando los antecedentes históricos relativos al ejercicio del poder presidencial, a las nuevas potencialidades que un erario bien provisto entregaron al presidente e, importante también, su carácter y personalidad.

<sup>124</sup> Véase las palabras de aceptación que pronunció el 16 de enero de 1886, al ser notificado que había sido elegido candidato a la Presidencia de la República, en *La Época* del 20 de enero.

<sup>125</sup> Entre otros, véanse su "Mensaje presidencial de 1887" y su respuesta a los delegados de la oposición que le hicieron saber las conclusiones de un *meeting* antigubernista celebrado el 13 de julio de 1890. El primero en Sagredo y Devés, 1991-1992, II, pp. 301-316; las segundas en *El Ferrocarril* del 15 de julio de 1890.

<sup>126</sup> Véase *El Ferrocarril* del 15 de julio de 1890.

de autoridad, sin el cual nada sólido ni duradero podría emprenderse en lo porvenir<sup>127</sup>.

En tal contexto, no es sorprendente que Balmaceda afirmara, tajante: "¡Os lo declaro con toda convicción: no abatiré mis atribuciones, no haré en caso alguno el papel de víctima, porque el Jefe de Estado que a esto se prestare, victimaría a la nación que manda y representa!". Sin duda que el Presidente estaba convencido que sus responsabilidades en cuanto Jefe de Estado formaban parte de un designio superior, republicano, y por tanto más allá de su propia vida o deseo<sup>128</sup>.

Si con su suicidio Balmaceda puso fin a la vida de la persona privada que él era, intentando así terminar con la persecución a sus partidarios, por el contrario, proyectó hacia el futuro la institución Presidente de la República que él, también, contenía y daba vida en su cuerpo y que el bando triunfante en la Guerra Civil había combatido<sup>129</sup>. En este contexto, se sacrifica en cuanto persona, pero fortalece la institución que había personificado a la vez que se eterniza en cuanto Presidente que, a fin de cuentas, fue lo que realmente le importó una vez que alcanzó el poder<sup>130</sup>.

<sup>127</sup> Véanse sus mensajes presidenciales de 1887, 1889 y 1891 y su respuesta a los delegados del *meeting* del 13 de julio de 1890. Los mensajes en Sagredo y Devés, 1991-1992, II p. 315, 343 y 366 y 1992. Todo lo anterior explica que en medio de la crisis que terminaría con la Guerra Civil, interpelado para que se allanara a un acuerdo con el Congreso Nacional, esto es, que nombrara secretarios de Estado de la confianza del legislativo, Balmaceda sostuvo: "no puedo abatir mi autoridad ni doblegarla en el ejercicio de mis atribuciones constitucionales y exclusivamente propias", preguntando a sus interlocutores, "¿cuál sería la situación del Presidente de Chile si en estas condiciones cediera en el ejercicio de sus prerrogativas constitucionales?"; concluyendo: "estoy obligado por los acontecimientos a marchar resueltamente hasta el fin". Los últimos conceptos se repiten en sus cartas a Aníbal Zañartu del 8 de enero, a Enrique Salvador Sanfuentes del 13 de enero, en dos a Joaquín Villarino también de enero; y en las que enviara a Juan E. Mackenna el 11 de abril y a Carlos Antúnez el 21 de junio, todas de 1891. Véase Correspondencia de José Manuel Balmaceda, Sala Medina, Biblioteca Nacional y Blanchard-Chessi, 1909-1914.

<sup>128</sup> Véase su respuesta a los delegados del *meeting* de la oposición en *El Ferrocarril* del 15 de julio de 1890

<sup>129</sup> La proyecta en cuanto ejemplo moral, como el caso de Allende lo demuestra. Recordemos que Balmaceda en carta a Bartolomé Mitre del 14 de septiembre de 1891 explicando su fin y la "razón de mi conducta como Presidente de la República de Chile", escribió: "tomo voluntariamente el camino, mi general y amigo, que conduce a la posteridad". Recordemos que Allende también habla de "la lección moral" que su suicidio representará". La carta a Mitre en Escobar Guic e Ivulic Gómez, 1991, pp. 89-90.

<sup>130</sup> Recordemos que el día de suicidio, el 19, Balmaceda ya no era Presidente de la República pues su mandato había expirado el día 18 de septiembre de 1891. Como lo expone en sus cartas finales, Balmaceda esperó a cumplir su período en el poder para autoeliminarse. Nos preguntamos si es posible sostener que con ello pretendió salvaguardar la institución Presidencia de la República pues se inmolaba desprovisto de toda condición

Sí, porque si hay algo en lo que Balmaceda creyó, fue en la eternidad y en el postrero juicio favorable para los hombres de Estado y de bien, que cumplieron con su deber, que se distinguieron por su prendas personales o por sus servicios públicos<sup>131</sup>. Cuyas cualidades de "políticos de trabajo" o de "funcionarios de bien y honrados", "consagrados absolutamente al servicio público", como él se autocalificó, terminarían por hacerles justicia<sup>132</sup>. Convencido como estaba que "no debo esperar justicia alguna entre mis conciudadanos y que la hora misteriosa de la tumba ha sonado para mí", Balmaceda toma, "voluntariamente, el camino que conduce a la posteridad", asegurando a quienes ofrece razón de su conducta, "después vendrá la justicia histórica"<sup>133</sup>.

En casos como los que él representaba, incluso la muerte resultaba vencida pues, si bien ella "puede defraudar lo porvenir, "es incapaz, afirmó, de borrar la huella que labran las virtudes del hombre de bien"<sup>134</sup>. Más todavía, sostuvo que "la muerte de los grandes hombres" era la "transformación de esta vida de emulaciones, de conceptos apasionados y de grandes errores, en la vida serena de la historia y en la pura visión de la verdad". Ella representaba, en definitiva, "el principio de la verdadera justicia humana"<sup>135</sup>.

Para Balmaceda, el recuerdo de los que prestaron servicios al país de la forma en que él lo hizo, "siempre con desinterés y patriotismo y sin omitir esfuerzos y sacrificios",

de autoridad, a la vez que se suicidaba como Presidente de la República, apostando a que la diferenciación de su condición de persona privada o pública, como ha ocurrido, nunca se haría. Así, el 19 de septiembre de 1891, en rigor, murió José Manuel Balmaceda, aún cuando, lo sabemos, para la sociedad dejó de existir también el presidente Balmaceda. Agreguemos que el sacrificio de Balmaceda no fue en vano desde el punto de vista de la Presidencia de la República pues ésta, luego de un tiempo y de la crisis de la sociedad liberal, resultó fortalecida y retomó su tradicional peso político luego de entrar en vigor la *Constitución de 1925*.

<sup>131</sup> Al respecto véanse sus palabras en los funerales de Judson A. Kilpatrick, Vicuña Mackenna, Antonio Varas y Aníbal Pinto, Sagredo y Déves, 1991-1992, III.

<sup>132</sup> Los conceptos en discursos de Balmaceda, véase Sagredo y Déves, 1991-1992, III, pp. 105 y 131. También en carta a J. Joaquín Larraín Zañartu, reproducida en Blanchard-Chessi, 1909-1914.

<sup>133</sup> Véanse carta a Bartolomé Mitre y a sus hermanos ya citadas, en Escobar Guic e Ivulic Gómez, 1991, pp. 89 y 91. Como es obvio, los acontecimientos variaron la opinión de Balmaceda pues al momento de acceder a la presidencia escribió a un corresponsal: "Asumo el puesto con las naturales zozobras que inspira la responsabilidad de la dirección del Estado, pero con la firme voluntad de obtener el juicio equitativo de todos mis conciudadanos por...". Véase la ya citada carta a J. Joaquín Larraín Zañartu, en Blanchard-Chessi, 1909-1914.

<sup>134</sup> Véanse sus palabras en las exequias de Judson A. Kilpatrick, representante de los Estados Unidos en Chile. En Sagredo y Devés, 1991-1992, III, p. 95.

<sup>135</sup> Los conceptos citados en las exequias de Antonio Varas, en Sagredo y Devés, 1991-1992, III, p. 147.

permanecería "en el corazón de un pueblo agradecido y justiciero"<sup>136</sup>. De tal forma que, creemos, esperaba para sí mismo lo que él había expresado de otro gobernante, esto es: que "ni los sucesos ni las vorágines del tiempo borrarán su nombre y su memoria de los anales en que las generaciones venideras aprenderán a vivir y a morir por la patria"<sup>137</sup>.

¿Acaso su sacrificio no representó una "prueba de que los inmortales caen también en el camino del tiempo, pero para ascender a la posteridad"?, como él alguna vez lo dijo homenajando a los héroes de Iquique<sup>138</sup>. Una manifestación que "las naciones se fortifican y engrandecen por la gloria de sus grandes hombres". Más todavía, es posible sostener que las palabras que él aplicó a Prat: "se inmoló en sacrificio inmortal, y de la vorágine de aquel sacrificio brotó, para nuestros marinos y soldados, la antorcha que alumbró los derroteros de la victoria", no estuvieron en su mente cuando tomó la decisión de suicidarse y mostrar así aquel valor cívico que, en su concepto, era el espejo donde "los antiguos, como los modernos, y los mortales de todos los tiempos, miraban el reflejo del heroísmo de los hombres".

Como es obvio suponer, y como también ocurrió luego del suicidio de Salvador Allende, inmediatamente después de conocido el fin de Balmaceda la opinión pública siguió denostando, con cada vez más ejemplos y adjetivos calificativos, al mandatario muerto<sup>139</sup>. Para Balmaceda, como sostuvo un editorial de *La Libertad Electoral* del 21 de septiembre de 1891, ni siquiera cabían las "palabras de paz y de indulgencia que suelen pronunciarse delante de los muertos", pues ellas eran "imposibles para los hombres que merecieron por sus acciones la condena unánime de sus contemporáneos", sin perjuicio "que merecerán también", culminaba el editorial, "la condenación inexorable de la posteridad"<sup>140</sup>. (Véanse fotografías Nos. 39 y 40).

---

<sup>136</sup> Las palabras sobre su actuación, en la carta a Bartolomé Mitre ya citada; las referidas al pueblo, en el ya mencionado discurso con motivo del funeral de Aníbal Pinto.

<sup>137</sup> Véanse sus palabras en los funerales de Aníbal Pinto, en Sagredo y Devés, 1991-1992, III, pp. 133-134.

<sup>138</sup> Véase su discurso en *La Época* del 22 de mayo de 1888.

<sup>139</sup> Naturalmente hubo excepciones provenientes de los partidarios del Presidente derrotado. Algunos de ellos publicaron artículos y poesías en periódicos extranjeros a través de los cuales se exaltaba la figura de Balmaceda. Un ejemplo de lo que afirmamos se encuentra en el título que reúne todas las poesías que se habían escrito en memoria de Balmaceda desde el día de su muerte, hasta noviembre de 1896. Véase Figueroa, 1897.

<sup>140</sup> Reproducido en *El Ferrocarril* del 22 de septiembre de 1891. Según el medio citado, con su suicidio, "Balmaceda se ha anticipado al fallo inexorable de la justicia".

A pesar del juicio negativo de sus oponentes, creemos que Balmaceda tuvo razón cuando confió, al momento de tomar su determinación final, que en definitiva, y como alguna vez lo expresó: "después de los furores de la tormenta vendrá la calma, y llegará la hora de la verdad histórica, y los actores del tremendo drama que se consuma sobre la República tendrán la parte de honor, de reprobación o de responsabilidad que merezcan por sus hechos"<sup>141</sup>.

Para contribuir a su causa es que Balmaceda instruyó a su colaborador Julio Bañados Espinoza: "escriba, de la administración que juntos hemos hecho, la historia verdadera... Con los mensajes, las memorias ministeriales, *El Diario Oficial* y *El Ferrocarril*, puede hacer la obra. No la demore ni la precipite. Hágala bien"<sup>142</sup>.

Un detalle, aparentemente insignificante, nos mostrará el pensamiento íntimo de Balmaceda, sus concepciones más profundas respecto de lo que la Presidencia de la República representaba para él. Éste se encuentra presente en una de las cartas que dejó a su mujer Emilia Toro, aquella en la cual la instruye, entre otros asuntos, sobre lo que debe hacer con las bandas

<sup>141</sup> Véase "Mensaje presidencial de 1891", leído el 20 de abril de aquel año ante las cámaras reunidas en el Congreso Nacional, en Sagredo y Devés, 1991-1992, III, p. 371. Se nos excusará agregar todavía que poco años después de concluida la Guerra Civil de 1891, su figura como gobernante comenzó a valorarse a tal punto que algunos de los que fueron sus más encarnizados enemigos, como el tantas veces citado Luis Orrego Luco, reconocieron en él a un político "trabajador, profundamente patriota y poseído por la pasión del bien público". Así, la figura de Balmaceda es la de un estadista que ha permanecido en la conciencia histórica nacional como un gobernante realizador, cuyo trágico fin, además, y tal como Balmaceda esperaba, mantuvo vivo el recuerdo de su quehacer e hizo posible su rehabilitación posterior. Ello, que si bien no ha significado excusar su conducta, junto con apreciar su legado material, ha hecho posible valorarlo como ejemplo de consecuencia moral y de responsabilidad política. Figueroa, 1897, ofrece ejemplos de opositores de Balmaceda que, años después de concluida la Guerra Civil de 1891, se retractan y reivindicán su figura.

<sup>142</sup> Véase carta a Bañados Espinoza del 18 de septiembre de 1891. En la correspondencia para sus hermanos y su esposa de la misma fecha, Balmaceda les anuncia y la instruye: "encargo a Julio Bañados que haga la historia de mi administración. No descansen ustedes en esta tarea. Es necesaria. Digo a Emilia que de todos los recursos que para esto se necesite". Para ella la instrucción es: "Cuando vuelva Julio Bañados, que escoja para él 2.000 volúmenes de mi biblioteca y escriba la historia de mi administración, para lo cual debes suministrar todos los recursos necesarios para que se haga una impresión abundante y esmerada". Véanse documentos citados en Escobar Guic e Ivulic Gómez, 1991, pp. 90-95. Salvador Allende siguió también el ejemplo de Balmaceda. Fue así como el 11 de septiembre de 1973, en La Moneda y en medio del bombardeo, ordenó partir a Joan E. Garcés, uno de sus asesores más cercanos, con el argumento que, "por último, alguien tiene que contar lo que aquí ha pasado, y sólo usted puede hacerlo". Véase Garcés, 1991 (3ª edición), pp. 397. Según Verdugo, 1998, pp. 117 y 125, Allende convenció a la periodista Verónica Ahumada para que saliera de La Moneda: "Y usted, acuérdesse que tiene que escribir lo que aquí ha pasado"; y a su hija Tati: "debes salir de inmediato... Hay que contar al mundo lo que aquí ha sucedido. Tú debes ayudar a hacerlo, hija".

y la piochas presidenciales en su poder.

Tres de las bandas las reparte entre los suyos, reservando una, le escribe a su mujer, "para obsequiarla a algún futuro Presidente, si es un amigo el que fuere elegido"<sup>143</sup>.

Sin embargo, respecto de la piocha, Balmaceda fue categórico: "envía a Jorge Montt la estrella de oro esmaltada que los Presidentes conservan desde O'Higgins"<sup>144</sup>.

Considerándose la piocha el verdadero, único y auténtico símbolo del mando de la república, la preocupación de Balmaceda por hacerla llegar a quién lo sucedió en el poder demuestra que, más allá de la forma en que el nuevo Jefe de Estado accedió al poder y del resentimiento que pudo haber guardado Balmaceda para quien encabezó las fuerzas que lo vencieron, para él resultó más importante preservar la institución Presidencia de la República, uno de cuyos símbolos esenciales es la "estrella de oro esmaltada"<sup>145</sup>.

Creemos que el gesto de Balmaceda hace plausible lo que el derrotado Presidente siempre afirmó, esto es, que su causa era la "defensa del principio de autoridad", cuya máxima

<sup>143</sup> Véase documento citado en Escobar Guic e Ivulic Gómez, 1991, p. 92. Recordemos que en razón que las bandas son en rigor una prenda de vestir, cada Presidente tiene una adecuada a su talla, la precisa para evitar los pliegues, aquella que asegura la caída exacta de esta pieza fundamental. Por lo anterior es, creemos, que la banda presidencial no se traspasa entre los Mandatarios. (Véanse fotografías Nos. 41 y 42).

<sup>144</sup> Lo cierto es que no hemos podido documentar que O'Higgins utilizara la piocha. (Véase fotografía No. 43). De hecho sabemos que al asumir el poder en 1818 ni siquiera se ciñó una banda, pero que al abdicar en 1823, "quitóse la banda que llevaba al pecho, símbolo del poder supremo, depositándola sobre la mesa". Véase Barros Arana, 1884-1902, X, p. 631 y XIII, p. 831. En adelante, cada vez que se transmitió el mando regularmente, el Jefe de Estado saliente esperaba que el nuevo Presidente prestara juramento para quitarse la banda y entregarla al presidente del Senado, entonces, éste ayudaba al nuevo Mandatario a ceñirse su banda. A modo de ejemplo, véase la transmisión del mando de 1876, en *El Ferrocarril* del 18 de septiembre de 1876. No está demás hacer saber que el uso de la banda como distintivo de la persona que desempeña el Poder Ejecutivo se introdujo en Chile en 1814. Véase el art. 3º del *Reglamento para el gobierno provisorio*, en Valencia Avaria, 1986, p. 52. La *Constitución de 1833*, como algunas de las anteriores también, reglamentó la toma de posesión del Presidente electo, señalando la oportunidad y el juramento que debía realizar, aunque sin mencionar el traspaso de la banda presidencial. Véase art. 80 de la misma.

<sup>145</sup> La mencionada piocha se pasó de gobernante en gobernante hasta 1973 en que se perdió en La Moneda durante el golpe de Estado. Por lo anterior, y sabedor que ella representaba el poder de la República, Pinochet mandó fabricar una "réplica con inverosímil exactitud", que fue la que entregó a Patricio Aylwin en marzo de 1990. El día de la transmisión del mando, Pinochet estaba decidido a que nadie tomara la piocha, pues sería él quien se la entregaría a Aylwin. Así, nos informan, demostraba que el poder era suyo hasta el final. La escena concluyó con Aylwin terciándose la banda que le había entregado el presidente del Senado y recibiendo el saludo de Pinochet que, entonces, "le entrega en la mano la insignia dorada: Ésta -anuncia- es la piocha del mando". Véase Cavallo, 1992, pp. 268-269.

# LA LIBERTAD ELECTORAL

DIARIO DE LA TARDE

Valparaíso, Viernes 7 de Enero a las 12 de Agosto de 1932

## VIVA CHILE!

### LA PATRIA CHILENA RESTAURADA

por el heroísmo de los bravos de la escuadra i del ejército constitucional creado  
en las provincias del norte.

### GLORIA A ELLOS I A SUS ILUSTRES JEFES!

Gloria al país que ha sabido escarmentar a los tiranos.

### CAIDA DE LA DICTADURA.

El dictador despues de atronar los aires con las mas arrogantes baladronadas, huye cobardemente ocultandose de sus propios amigos i dejando engañados a sus confidentes mas intimos i a su propia familia.

### CONTENTO NACIONAL.

De un extremo a otro de la República no se oye en las calles, en las plazas i en los campos mas que el grito unisono i sonoro de

## Viva la libertad!

*Viva Chile restaurado al goce de sus derechos.*

Este tremendo derrumbamiento de la dictadura importa una lección brillante i sol  
i para el porvenir.

Foto 39

Primer plana de *La Libertad Electoral*



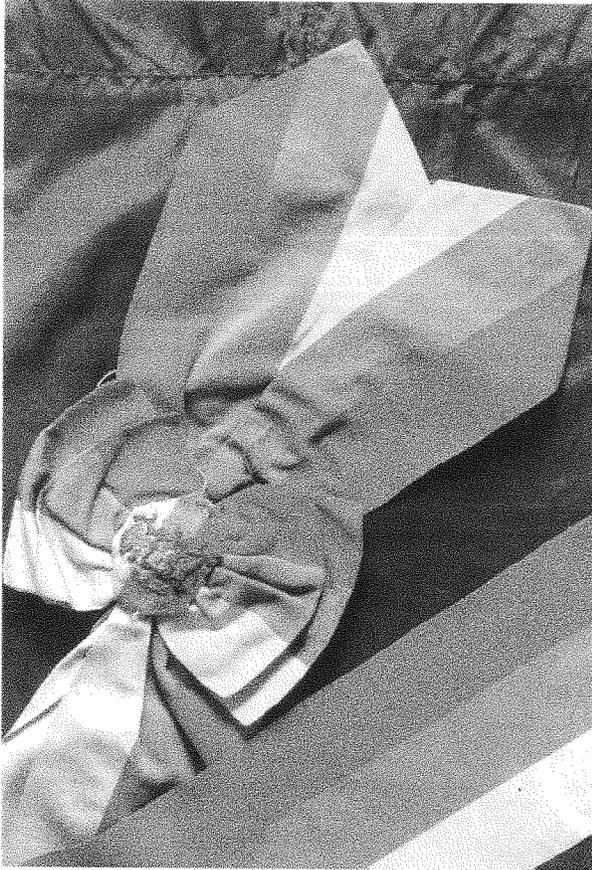


Foto 41  
Banda presidencial de J.M. Balmaceda  
Colección textil. Museo Histórico

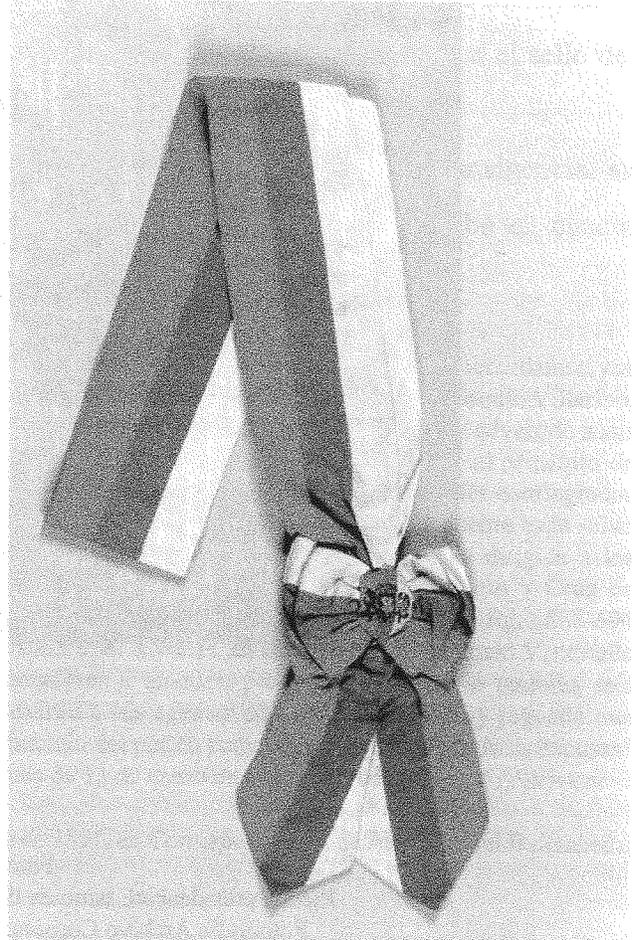


Foto 42  
Banda presidencial de J.M. Balmaceda  
Colección textil. Museo Histórico



Foto 43

Piocha presidencial, también llamada *Estrella de O'Higgins*.  
Fotografía Archivo Corporación Justicia y Democracia.

expresión, de acuerdo con la Constitución, era la Presidencia de la República<sup>146</sup>.

En los documentos citados Balmaceda no sólo alude al principio de autoridad, también a que es la vigencia de dicho principio lo único que garantiza el orden público y, con él, "el porvenir de Chile"<sup>147</sup>. En efecto, y como le escribió a otro corresponsal, "si hoy no salvamos el principio de autoridad, si no probamos prácticamente que los revolucionarios en Chile marchan inevitablemente a la ruina...Chile estará perdido en lo porvenir". Balmaceda no puede avalar, con su renuncia o negociaciones, lo que considera una "acción cobarde y aleve" por parte de sus enemigos agrupados en torno al Congreso Nacional y a la Marina de Guerra que lo respalda. Por eso agrega, aunque equivocadamente en vistas del desenlace de la Guerra Civil, "no basta dominar el océano para derrocar gobiernos constituidos, trastornar el prestigio de Chile y herir el corazón de la patria"<sup>148</sup>. En definitiva, Balmaceda efectivamente creyó defender con su conducta "el gobierno representativo, el gobierno del pueblo verdaderamente republicano". Por eso afirmó categórico a Villarino: "prefiero morir, cien veces morir, antes que abandonar el timón"; así, esperaba "imprimir a los hombres y a esta época el sello del respeto a la autoridad".

Nos aventuramos a sostener que la posición de Balmaceda, su intransigencia, su absoluta negativa a ceder en las atribuciones que la Constitución le entregaba en cuanto

---

<sup>146</sup> Entre muchos de los documentos ya citados en que Balmaceda explica su conducta, recordamos, por la claridad de sus planteamientos sobre este punto, las cartas que escribió a lo largo de 1891 a Joaquín Villarino, Juan E. Mackenna y Enrique Salvador Sanfuentes. Ya en noviembre de 1889 Balmaceda había advertido a sus gobernadores en las provincias su inquebrantable resolución de mantener "el respeto debido al principio de autoridad... contra la anarquía, las ambiciones y los intereses estrechos de los círculos personales conflagrados en la última época". En la nota "privada" que les hizo llegar, agregó: "conviene que discretamente haga saber estas ideas en todos los departamentos de esa provincia...". Véanse ejemplares de la carta dirigida a los gobernadores Enrique Villegas de Antofagasta, Ramón Yávar de Tarapacá, José María Pinto y Cruz de Aconcagua y Anfión Muñoz de Coquimbo, en las fojas 21-29, 30-36 y 37-40 del tomo V, y en las fojas 688-694 del tomo VI de la Correspondencia de José Manuel Balmaceda. Además, en las fojas 41-42 del tomo V, se halla una lista de las provincias y sus respectivos gobernadores a quienes, presumimos, se envió también esta comunicación. Ello sin perjuicio que ya entonces advirtió a sus agentes en la provincia, "estoy jugando una partida de verdad y de honor que mis amigos en el ejercicio del poder, cumplirán porque no admitiría excusas"

<sup>147</sup> Véase carta a Enrique Salvador Sanfuentes de 13 de enero de 1891, reproducida en *El Ferrocarril* del 10 de septiembre de 1891.

<sup>148</sup> Véase carta a Joaquín Villarino de enero de 1891, en Correspondencia de José Manuel Balmaceda, Sala Medina, Biblioteca Nacional.

Presidente de la República, están relacionadas también con las consecuencias de la abdicación de Bernardo O'Higgins en 1823. Luego de ella, el país se vio sometido en una sucesión de gobiernos incapaces de imponerse y mantenerse en el poder. La inestabilidad política fue la tónica de un período que habría de prolongarse hasta 1830 y durante el cual ninguna autoridad fue respetada y menos obedecida, debatiéndose la nueva república entre la lucha de bandos inconsistentes y un cúmulo de normas legales de muy precaria y corta vigencia<sup>149</sup>.

Pero no sólo la experiencia histórica motivó a Balmaceda a actuar de la forma en que lo hizo, un ejemplo tomado de su vida familiar nos mostrará que, en último término, la conducta que observó entonces en la presidencia de la república no fue consecuencia de un capricho circunstancial, sino que la manifestación de un carácter orgulloso, terco, incluso obsecado, tratándose de salvaguardar lo que él consideraba su dignidad<sup>150</sup>.

En los primeros meses de 1867 las cartas que Balmaceda hace llegar a Manuel Montt permiten deducir que las relaciones con su padre se encontraban interrumpidas<sup>151</sup>. En tales circunstancias, le escribe al entonces ex-Presidente, muy amigo de su padre y de su familia, "para pedirle un servicio" que no es otro que "tenga la bondad de hablar con mi papá y entregarle esa misma carta que me devolvió por infundado temor"<sup>152</sup>. Balmaceda justifica su petición afirmando que tiene "sobrado interés en aliviar la suerte, tanto de mi padre como de

<sup>149</sup> La calificación de anárquico que prácticamente toda la historiografía ha entregado a esta etapa de nuestro pasado ya se usaba en la época de Balmaceda. En la actualidad dicho período se interpreta como una etapa de organización de la república, de ensayos, de formación y aprendizajes políticos. Véanse Villalobos R., 1982, I, y Heise González, 1978.

<sup>150</sup> Es en la correspondencia de Manuel Montt donde encontramos los antecedentes que nos permitirán demostrar lo afirmado. Una copia de dicho epistolario, formado por más de 10.000 cartas dirigidas al hombre público que gobernó el país entre 1851 y 1861, se conserva en microfichas en el Archivo Nacional de Chile, existiendo un índice con el nombre del remitente y el lugar y la fecha en que fue suscrita la respectiva misiva, así como el tomo y folio en que se encuentra. En adelante lo citaremos como Correspondencia de Manuel Montt.

<sup>151</sup> La causa del disgusto era la actitud tomada por José Manuel Balmaceda en una disputa familiar que, según su padre, habría significado indisponerlo con su mujer, doña Encarnación Fernández de Balmaceda. El enojo paterno se manifestó en una carta que hizo llegar a su hijo primogénito y que éste describe a Montt como escrita en términos "que prueban su exaltación y su dolor", pues en ella "abundan recriminaciones para su esposa, inculpaciones para sus hijos, reproches de todas las ligerezas de mi vida, y vehemencias en su justificación".

<sup>152</sup> Según José Manuel, él había hecho llegar una nota a su padre con la explicación de su conducta que éste le devolvió sin leerla haciéndole saber que "temía que yo le aumentare sus pesares con ella", y que si quería satisfacerlo, lo hiciera por conducto de Manuel Montt. Véase epístola fechada en Algarrobo el 23 de enero de 1867. En Correspondencia de Manuel Montt.

mi madre", aclarando, sin embargo, que ello debe alcanzarse "conciliando en cuanto fuera posible este deseo con la dignidad que debe presidir mis acciones como hombre"<sup>153</sup>.

Según se desprende de una nueva carta enviada por José Manuel Balmaceda a Montt, éste le habría recomendado "hacer el sacrificio de mi dignidad empeñada y doblegar mi independencia de hombre ante la voluntad de mi padre para alcanzar su verdadera tranquilidad y el bienestar de la familia"; indicación que a su juicio, y "desgraciadamente", resultaba imposible de seguir en las circunstancias en que se encontraba<sup>154</sup>.

Cierto que, como afirmaba, él no "había sido causa de perturbación entre mis padres", y que su proceder "ha sido conforme a mi conciencia y a mi dignidad", y aún estando dispuesto "a hacer toda clase de sacrificios por mi familia", Balmaceda señalaba a Montt que "es difícil, muy difícil, hacer el de la dignidad que nos hace hombres y el de la conciencia que nos hace honrados"<sup>155</sup>.

<sup>153</sup> El mismo Balmaceda le hace saber a Montt que su carta "no envuelve una satisfacción, pues no tengo porque darlas"; pero que "tratando con mi padre, quiero explicarle mi conducta, con toda la franqueza necesaria, aunque con respeto y dignidad".

<sup>154</sup> La situación era que su padre le había hecho saber que lo inculpaba por la alteración de las relaciones con su madre, notificándolo de su resolución de "marcharse con todos sus hijos y dejar a mi madre sola y en una situación que lastimó mi corazón de hijo". A la carta de su padre, le relata José Manuel Balmaceda a Montt, él habría contestado "explicándole lo que había ocurrido y manifestando el firme propósito de acompañar a mi madre en su desamparo y en su desgracia". Su actitud, continúa, le significó recibir "amargos reproches, inculpaciones, y lo que más es, amenazas", todo lo cual lo llevaba a preguntar a su corresponsal, "¿es posible que pida ahora excusas por la conducta que observé con mi madre, cuando en iguales circunstancias haría otro tanto con mi padre?". Todo lo expuesto en carta fechada en Santiago el 1° de febrero de 1867. En Correspondencia de Manuel Montt.

<sup>155</sup> Como al parecer Manuel Montt no recibió la nota del 1° de febrero ya citada, José Manuel Balmaceda le escribió otra fechada el 9 del mismo mes en la cual repite los conceptos ya señalados, aunque ahora aludiendo más directamente a "las amenazas que mi padre me ha hecho"; justificando su conducta en razón de ser "un hombre de honor; aceptando "sin condiciones el sacrificio de mi persona" si con ello se "procura el bien de mi familia, aunque sea a costa de mí mismo", le advierte, otra vez, a Montt. Entonces, una vez más le pregunta si vistos los antecedentes expuestos "¿debo ahora pedirle excusas y reconocer que he obrado mal? ¿estar dispuesto a complacerlo en todo? ¿humillarme después de haberme amenazado? ¿pedir su indulgencia cuando he obrado según mi conciencia, de acuerdo con mis deberes?" Véase Correspondencia de Manuel Montt. En nuevas misivas, fechadas el 14 y 27 de febrero y el 5 de marzo de 1867, Balmaceda vuelve sobre el tema reiterando sus argumentos.

Por su parte su padre le escribió a Montt el 6 de marzo de 1867, señalándole que ha devuelto las cartas de su hijo, disponiéndose "a sufrir en silencio mis males y no oír una palabra más"; asegurándole que "agotada completamente mi sensibilidad, ya no me hace impresión alguna ni lo bueno ni lo malo"; conformándose con "que jamás recuperaré ni volveré a tener contento", pues para él "no puede ya haber ni felicidad ni quietud sobre la tierra".

Creemos que el incidente descrito permite comprender mejor los argumentos con que, muchos años después, Balmaceda justificó su comportamiento ante la oposición que lo combatió. En ambos casos se cerró a toda posibilidad de avenimiento basado en que su proceder era fruto de lo que su conciencia de hombre honrado le dictaba. Así, cualquier arreglo que naciera de su iniciativa significaba para él abatir su honor, su dignidad; tanto de hombre, en el caso de la querrela con su padre, como de la institución que personificaba, tratándose del conflicto que lo llevó a su inmolación final. En ambos casos, y como lo demostró en 1891, prefirió el sacrificio de sí mismo a ceder en lo que sostuvo era una conducta inspirada por su conciencia.

¿Cómo explicar este apego de Balmaceda a lo que llama "mi dignidad que nos hace hombres y la conciencia que nos hace honrados"? ¿Cómo comprender que estuviera dispuesto a separarse de su padre y que marchara resuelto a la Guerra Civil, antes que ceder? Que prefiriera preservar su honor a salvar la unidad familiar y más tarde la del país. En especial considerando que alguna vez escribió: "no tengo la presunción de ser infalible o de no equivocarme jamás"<sup>156</sup>.

Tal vez la respuesta se encuentre en el estigma que para Balmaceda significó el haber nacido antes del matrimonio de sus padres y permanecido como hijo ilegítimo durante los primeros diez años de su vida<sup>157</sup>. Creemos que este hecho, que según un contemporáneo había creado a Balmaceda una "situación social equívoca", explica no sólo "una naturaleza con un gran fondo de vanidad", sino que también su incapacidad para ceder en su afán por preservar una dignidad, al parecer siempre cuestionada "por las altas personalidades chilenas a quienes se había acostumbrado a mirar como fetiches" a causa que, en definitiva, sostiene nuestra fuente, luego de haber "cruzado la vida política sin alcanzar ministerios ni honores, cuando llegó a ellos, se encontró con el odio, el ensañamiento o el desdén de los mismos" de quienes

---

<sup>156</sup> Véase su carta a Montt fechada el 9 de febrero de 1867. En Correspondencia de Manuel Montt.

<sup>157</sup> Véase Bravo Valdivieso, 1991, pp. 12-16.

esperaba reconocimiento y consideración<sup>158</sup>.

Así, y frente a los que Balmaceda siempre había querido "engrandecerse como lo advenedizos", ¿era posible que una vez en posesión de la máxima dignidad política que podía alcanzar un ciudadano, la Presidencia de la República, cediera y renunciara a las prerrogativas que su situación le entregaba? Por cierto que no. No lo había hecho ante su propio padre y tampoco lo hizo en 1891.

Pero Balmaceda no sólo condenó la actitud de la mayoría congresista y de la Marina como propia de revoltosos ajenos a la voluntad popular, sino que, además, fue incapaz de percibir que su actuación política y el protagonismo que en su administración alcanzó la Presidencia de la República representaron fenómenos que no coincidían con lo que había sido la evolución política del país en la segunda mitad del siglo XIX<sup>159</sup>. Además, y más grave todavía para su causa, Balmaceda, que sacrificó su vida en defensa de los principios republicanos, jamás percibió que tanto él como la institución que personificaba se habían transformado, como hemos mostrado, en el gran obstáculo para la vigencia, precisamente, del régimen republicano.

Este dramático cambio en la percepción pública de las instituciones -que por lo demás luego se ha repetido en la historia nacional- explica, entre otros antecedentes, la crisis de 1891 y la derrota presidencial<sup>160</sup>. Pero, también, hace más comprensible el cambio del régimen político hasta entonces vigente y, además, la transformación de la Presidencia de la República en una institución cuya cabeza, el Jefe del Ejecutivo, pasa a ser una figura de tono menor. Un ejemplo de lo señalado es que incluso se propuso terminar con "la rutina de la Apertura del

---

<sup>158</sup> Véase Orrego Luco, 1984, p. 149. Según este cronista, las dificultades entre sus padres y un litigio ruidoso y escandaloso de sus hermanos con su madre, a quien él defendió con decisión, también contribuyeron a afectar la condición social de Balmaceda ante "las gentes de abolengo, con títulos y pergaminos".

<sup>159</sup> Aludimos aquí a la corriente liberal que disminuyó el poder y la influencia del Presidente de la República a través de reformas a la *Constitución de 1833* y la puesta en uso de prácticas políticas "parlamentarias". Sin embargo, la riqueza del salitre y las actuaciones y características del presidente Balmaceda permitieron al Presidente mantener, cuando no incrementar, su poder e influencia en la sociedad, contradiciendo así el proceso esencial.

<sup>160</sup> En este contexto, creemos que cada vez que en Chile la institución Presidencia de la República ha perdido prestigio, "imagen pública", se ha producido el quiebre del sistema político existente. Así ocurrió en 1891 y también en 1973.

Congreso", es decir la práctica en virtud de la cual el Presidente de la República inauguraba la sesiones ordinarias del Congreso Nacional con la lectura del Mensaje Presidencial que daba cuenta de la marcha de la nación<sup>161</sup>.

La pérdida de prestigio del Presidente de la República durante el llamado período parlamentario, reflejo a la vez de su limitado poder, puede ser mostrada a través de numerosas formas, por ejemplo, a través de la que nos ofrece un poeta popular en 1905<sup>162</sup>.

Aquel año, el presidente Germán Riesco había anunciado visita a las provincias del norte del país, suscitando la reacción de que da cuenta el poema "Consejos"<sup>163</sup>.

*"Al primer magistrado de la  
nación, sobre su viaje a las  
provincias del Norte.*

El jefe de la nación,  
nos pretende visitar;  
será para así aumentar,  
del pueblo, la indignación".

Directo, el poeta popular advierte al Presidente, señalándose de paso la alternativa que debe tomar

---

<sup>161</sup> El planteamiento es de Francisco Echaurren y se encuentra en una carta dirigida al presidente Federico Echaurren Echaurren el 28 de abril de 1897. En ella, su autor justifica su proposición ejemplificando con la realidad de otras repúblicas, en las cuales afirma, no se "ejecutan esos simulacros" o "rutinas ridículas y sin fundamento". Véase Eyzaguirre, 1948.

<sup>162</sup> La época que se inaugura alrededor de 1891, y que perdura hasta la década de 1920, se caracteriza como de crisis de la sociedad liberal. Considerando el papel que normalmente ha desempeñado el Presidente de la República en la vida nacional, y en razón de su disminuida situación en el período que va entre 1891 y 1925, creemos que una de las causas de la crisis por la que atraviesa el país entonces es, precisamente, el que la figura presidencial haya sido desplazada a un segundo plano.

<sup>163</sup> Éste, que fue publicado originalmente en el diario *El Pueblo* de Iquique del 4 de febrero de 1905, se encuentra reproducido en la recopilación de González, Illanes y Moulian, 1998, pp. 308-309.

"No venga, señor Germán,  
 llévese de mi consejo,  
 que aunque pobre, feo y viejo,  
 yo lo voy a aconsejar".  
 Mejor mande en su lugar,  
 otra nueva *Comisión*,  
 que traiga autorización  
 y documentos privados  
 que los haya autorizado  
*el jefe de la nación*".

La noción de un Primer Mandatario incapaz de resolver los problemas que afectan al país, tan extendida en la sociedad chilena del cambio de siglo, explica la alusión a la *comisión* que hace el poeta<sup>164</sup>. Ésta, muy probablemente, no definiría absolutamente nada pues su sola existencia, se creía, era un síntoma que el problema que abordaría no tenía posibilidades de ser resuelto en el corto plazo. Para la sociedad toda, era claro que el Presidente, desde 1891 en adelante, había dejado de ser el actor fundamental de la vida nacional.

Este fenómeno explicaría también la tranquilidad mostrada por la sociedad chilena cuando en 1910, justo antes de las fiestas conmemorativas del Centenario de la Independencia Nacional y en el lapso de un mes, el país experimentó las pérdidas sucesivas del Presidente de la República y del vicepresidente que lo subrogó a causa de enfermedades que terminaron con sus vidas<sup>165</sup>.

Si bien es cierto la forma en que se salvó el problema de la sucesión fue vista por el país y los representantes extranjeros que asistieron a las fiestas como un ejemplo, una muestra de la tradición política de Chile, no es menos cierto también, sostenemos, que la situación no

---

<sup>164</sup> Vial, 1981-1996, es convincente cuando muestra la que llama "impotencia presidencial" luego de 1891. Véase su apartado El "Estafermo", referido al Presidente de la República en el período parlamentario, en volumen I, tomo II, pp. 558-560. En él, las fuentes que cita son elocuentes cuando aluden al Presidente como a un "resorte pasivo", un "elemento decorativo", un "rey inglés", una "piedra de esquina", un "estafermo" que "no gobierna".

<sup>165</sup> Pedro Montt, Presidente en ejercicio, falleció el 16 de agosto de 1910 en Alemania, país al que se había trasladado para recibir tratamiento médico. Su sucesor, el vicepresidente Elías Fernández Albano, murió el 6 de septiembre siguiente a causa de una pulmonía. Véase Vial, 1981-1996, volumen II, pp. 461-463 y 497-498. También Castedo, 1982, pp. 339-343.

fue traumática pues el Jefe de Estado en la época no jugaba el papel central que había tenido hasta 1891<sup>166</sup>.

Por último, la resolución del problema constitucional que provocó la muerte del Jefe de Estado, en virtud del cual uno de los posibles sucesores cedió sus derechos en favor del otro, renunciando así a ejercer la Primera Magistratura, ejemplifica bien que la Presidencia de la República había dejado de ser lo que alguna vez había sido, esto es, la detentadora del poder<sup>167</sup>.

---

<sup>166</sup> Bernardo Subercaseaux, 1998, pp. 13-17, aborda, en el contexto del Centenario, las positivas evaluaciones que tanto nacionales como extranjeros hicieron acerca de Chile y su institucionalidad. Castedo, 1982, también alude a los elogios que los invitados vertieron entonces sobre Chile.

<sup>167</sup> Sobre el problema constitucional de la subrogación, véase Castedo, 1982, p. 343.

## **IX- BALMACEDA Y LAS REPRESENTACIONES DEL PODER**

### **LOS VIAJES DE BALMACEDA EN LA PRENSA**

Si bien es cierto los periódicos no son la única fuente para reconstruir la imagen que José Manuel Balmaceda proyectó hacia la sociedad, ellos son, a nuestro juicio, la más significativa desde el momento que fueron el medio más útil para difundir la noción que tuvo de sí mismo y de lo que representó en cuanto gobernante.

Gracias a la cobertura de la prensa nacional, la mayor parte de los viajes gubernamentales multiplicaron el efecto que Balmaceda lograba con su presencia en las poblaciones que visitaba. De esta manera, no sólo la existencia de la energía a vapor aplicada a la navegación y al ferrocarril contribuyó a los desplazamientos de los ministros y del Jefe de Estado; también, las ondas eléctricas que, a través de los cables telegráficos y por medio de los periódicos, ampliaron sus alcances a todo el territorio efectivamente integrado al país.

La existencia de una completa red de comunicaciones telegráficas a lo largo de la mayor parte del territorio, que en el caso del extremo norte constituía la única fuente de noticias instantáneas, hizo posible que los medios de prensa fueran informando del recorrido presidencial y de sus actividades casi simultáneamente con el momento en que éstas se producían.

Ejemplo de la sugestión que despertó la figura gubernamental fue que las notas periodísticas se ocuparon de prácticamente todo lo ocurrido con motivo de un desplazamiento oficial, obedeciendo así a la expectativa pública que ella generó. Más todavía, la propia prensa en algunas de sus informaciones dio cuenta explícita de ésta cuando informó que el interés por apreciar al Presidente de la República no se circunscribió a los pobladores de las ciudades a las que éste arribaba, sino que también se extendió a personas de otros pueblos e incluso provincias.

En desarrollo la excursión, las crónicas periodísticas relataron cada una de las actividades en que el Presidente participó. Reprodujeron los discursos y brindis pronunciados

por cada uno de los oradores en los actos celebrados en presencia del gobernante. Indicaron los nombres, cargos o actividades de los participantes en los ceremonias o trabajos desarrollados. Identificaron a quiénes tuvieron oportunidad de reunirse, toparse, conversar o saludar a Balmaceda y describieron los obsequios que le fueron entregados, los homenajes de que fue objeto, la actitud de la población respecto del presidente, los ofrecimientos que éste realizó y las medidas de gobierno y administración que fue adoptando a lo largo de su visita. (Véase lista de periódicos).

Si bien la figura presidencial era entonces una de las principales fuentes de noticias del país, y por lo mismo objeto preferente del interés periodístico, con lo cual tenía garantizada su aparición en la prensa, no debe olvidarse que un alto porcentaje de dichas menciones eran críticas, lo cual, podemos suponer, dañó su imagen ante la opinión. Por el contrario, sus desplazamientos a la provincia, salvo los del segundo semestre de 1890, no sólo devolvieron la figura presidencial a la prensa, sino que además, y mayoritariamente, lo hicieron de manera positiva<sup>1</sup>.

Esto se explica si se considera que la mayor parte de las veces, aunque no siempre, los medios valoraron los viajes realizados por Balmaceda. Los de la capital y Valparaíso, porque muchos de sus desplazamientos significaron atender y observar en la práctica problemas de alcance nacional. Pero, además, porque algunos apreciaron el afán descentralizador del gobernante y la atención que éste prestó a las regiones; así como otros percibieron que la figura presidencial realizaba ceremonias patrióticas de hondo significado para el país.

La prensa de la provincia, y especialmente los periódicos de las ciudades que recibieron la visita del gobernante, aplaudieron también la presencia de Balmaceda. Por las ya mencionadas razones, pero también por otras de distinto carácter. Así, la felicidad, cuando no honor, que implicaba recibir por primera vez a un jefe de gobierno y su comitiva. También, por las esperanzas de algunos de solucionar problemas o situaciones difíciles o críticas gracias a la presencia oficial. Como expresó un medio: la venida de S.E. "será de una importancia

---

<sup>1</sup> Así ha quedado asentado a lo largo de la exposición que venimos realizando.

manifiesta para Talca, porque no pocas serán las obras de utilidad que en breve recibirán un eficaz apoyo de nuestro laborioso presidente"<sup>2</sup>.

Por otra parte, la asociación entre la figura presidencial y las obras públicas, especialmente ferrocarriles, fue otro motivo de valoración positiva para Balmaceda.

A todo lo anterior habría que agregar que el desplazamiento presidencial dio lugar a bailes, banquetes y hechos espectaculares como los fuegos artificiales, la iluminación de las ciudades, la elevación de globos y otras actividades destinadas a celebrar al ilustre visitante y su comitiva. Todo ello se sumaba a la presencia de "grupos de visitantes que junto a los habitantes locales, recorrían en todas direcciones las calles de la ciudad", creando así una oportunidad para el contacto, la conversación, el conocimiento entre diferentes grupos de personas provenientes también de distintas regiones del país, todos los cuales, sabemos, "llenaban hoteles, pastelerías y establecimientos públicos"<sup>3</sup>.

Junto a la función promovida por los diferentes artificios dispuestos en honor del visitante, la población reunida también tuvo como instancia de entretención la verdadera representación que ofrecía la llegada e ingreso de los invitados a los banquetes y bailes protagonizados por Balmaceda. Lo que un periódico refirió de lo ocurrido en Talca, cuando escribió que "eran las diez y media de la noche y fuera del teatro perfectamente iluminado una multitud habitualmente ávida de los grandes espectáculos abría paso a los convidados que principiaban a llegar", ejemplifica bien lo ocurrido en la mayor parte de las ciudades que acogieron a las personalidades de la comitiva oficial<sup>4</sup>.

Se aprecia así como, la mayor parte de las veces, la presencia de los visitantes configuró un ambiente de fiesta y de alegría, excepcional y especial para la mayor parte de los habitantes de las provincias. Un clima difícil de olvidar que, invariablemente, quedó asociado a la figura

---

<sup>2</sup> Véase *El Heraldo* del 30 de septiembre de 1888.

<sup>3</sup> La frase citada, en *La Tribuna* del 16 de octubre de 1888, y referida a las fiestas en honor del Presidente Balmaceda en Talca.

<sup>4</sup> La cita en *La Tribuna* del 16 de octubre de 1888.

de Balmaceda, fortaleciendo así su imagen ante la opinión<sup>5</sup>.

En este contexto, no cabe duda que el propio Balmaceda tuvo perfecta conciencia de las consecuencias, que en términos de opinión pública, tenían sus viajes. No sólo por la preocupación y actividad que demostró con el sólo hecho de desplazarse a la provincia, dejarse ver y compartir con los habitantes de los pueblos que lo recibían<sup>6</sup>. Además, porque el conocer de las fiestas y de las actividades que organizaban las ciudades que lo recibían y de los beneficios que resultaban de su visita, alentó el interés de otras poblaciones por tener ellos también al ilustre huésped, aumentando así su popularidad, sobre todo, si finalmente decidía acudir a ellas.

Favoreció también su imagen pública el hecho que en ocasiones la visita oficial dio lugar a que Balmaceda permaneciera por días, y a veces por semanas, como en el caso de la gira al norte, como el eje, el sujeto protagónico de la actividad noticiosa nacional. Además, representando un papel que lo mostraba trabajando por el país, inaugurando obras de progreso, estudiando un problema de alcance nacional, engalanando alguna ceremonia patriótica o, sencillamente, siendo él sujeto del reconocimiento popular. Directamente, a través de las reacciones que sus actuaciones y palabras motivaban en la concurrencia que lo apreciaba; indirectamente, a través de las crónicas de la prensa.

Los periódicos corrientemente evaluaron positivamente las actuaciones, y en especial, los discursos de Balmaceda. En la gira de 1884, en que Balmaceda acompañaba al presidente Santa María, la crónica nos hace saber que en Talca y Linares sus discursos fueron acogidos "con grandes aplausos y vivas" y con "entusiastas aplausos hacia su persona"; mientras que de sus palabras en Chillán se dijo que "igualmente fue muy aplaudido el brindis del señor

---

<sup>5</sup> Esto, pese a todo, no significó que finalmente la imagen de Balmaceda fuera apreciada positivamente. Por el contrario, y dado el fin que sabemos tuvo la causa presidencial y la vida del ex-Presidente, es posible suponer que esta exposición tan frecuente y valorada terminó por despertar la reacción de diferentes sectores que se sintieron amenazados por lo que Balmaceda representaba.

<sup>6</sup> Al respecto es preciso hacer notar que nuestro protagonista no ahorró energías en su desplazamientos y que en sus viajes realizó múltiples y variadas actividades en cortos espacios de tiempo. Véase cuadro de actividades de Balmaceda en la provincia.

Balmaceda"<sup>7</sup>.

Ya como Jefe de Estado, los adjetivos para calificar las palabras de Balmaceda no sólo se mantuvieron, sino que, creemos, subieron de tono, contribuyendo así también a fortalecer su imagen.

Común fue que la crónica relatara que "al concluir el brindis de S.E., toda la concurrencia tributó a su palabra la más ardiente, entusiasta y espléndida ovación"<sup>8</sup>. También que se hiciera mención al hecho que sus palabras "eran a cada instante interrumpidas por aclamaciones calurosas y llenas del más vivo entusiasmo de parte de todos los asistentes y aun de algunos de los círculos de la opinión", como se dijo ocurrió en Curicó en un almuerzo en su honor<sup>9</sup>.

Pero no sólo se apreció la palabra del gobernante, y si el relato de las diversas alternativas de los viajes provocaron abundantes informaciones de prensa, la mayor parte de ellas muy entusiastas, las notas que los evaluaban, una vez concluidos, resultaron todavía más exuberantes, apasionadas y fervorosas.

Por lo pronto, lo normal fue que el relato fuera abierto con la advertencia que ellas habían resultado "dignas de" Valparaíso, Iquique, Antofagasta, Talca, Curicó o cualquier otra población que hubiese tenido la fortuna de recibir al Jefe de Estado y, en especial, organizado algún acto a propósito de su presencia en la ciudad. A continuación, se mencionaba que la concurrencia había sido "numerosa", compuesta por "personas de todas clases, edades y condiciones", y que la misma había ido "aumentando a medida que llegaban" los participantes en las ceremonias y éstas se desenvolvían. Común fue también que, al momento de hacerse saber de la llegada de la comitiva oficial, se afirmara que "el lugar era estrechísimo para

<sup>7</sup> Véanse *La Libertad* del 24 y *El Ferrocarril* del 24, 25 y 30, todos de enero de 1884. En esta última ciudad, y en lo que representa una muestra de la popularidad de Balmaceda, se hizo saber que una vez iniciado el banquete, el señor Merino preguntó: "¿queréis, señores, oír la armoniosa palabra del señor Ministro del Interior?", obteniendo como respuesta "muchas voces" que contestaban: "sí! sí!", luego de lo cual el Secretario de Estado pronunció su aclamado discurso.

<sup>8</sup> Véase la información de *La Tribuna* del 10 de septiembre de 1888 referida a las que llama "fiestas de Chillán" en homenaje al Libertador O'Higgins.

<sup>9</sup> Véase *La Tribuna* del 18 de octubre de 1888.

contener tal número de asistencia". O que "pocas veces había presenciado" la población de la que se trate, una ceremonia, desfile, banquete, baile o cualquier otra actividad, "más cordial, animada, entusiasta y concurrida". Y así podríamos seguir con los adjetivos según el acto a que se refería la crónica<sup>10</sup>.

Otra fórmula para aludir a los actos provocados por la visita gubernamental fue la de señalar que "la manifestación -en este caso en Talca- ha dejado gratisimos recuerdos"; o que a su paso por la ciudad, "el entusiasmo ha sido indescriptible y las ovaciones al Jefe de Estado se han sucedido sin interrupción"<sup>11</sup>.

Las posibilidades de acceso a la opinión pública que los viajes a la provincia dieron a Balmaceda, ya sea directa o figuradamente a través del relato de la crónica periodística, permiten sostener que éste tuvo una noción muy acabada del valor de la prensa como instrumento político, específicamente de comunicación con los ciudadanos.

Demostración de ello son sus desplazamientos por el país y las actividades que durante ellos realizó y, también, lo es el hecho que al constatar que promediando su mandato la mayor parte de los principales medios de la capital y de Valparaíso eran críticos de la gestión del gobierno, cuando no claramente de oposición, promovió la fundación de *La Nación* de Santiago y de *El Comercio* del Valparaíso<sup>12</sup>. A través de ellos pretendió contrarrestar la influencia opositora, a la vez que difundir la obra oficial. Esto explica que uno de ellos, *La Nación*, fuera redactado desde su fundación el 1º de febrero de 1890, y por algunos meses, por Julio Bañados Espinoza, uno de los hombres más cercanos a Balmaceda y Ministro de su gabinete en más de una oportunidad. Para este destacado balmacedista, ambos medios estaban

---

<sup>10</sup> Lo normal es que los diarios locales fueran más pródigos en adjetivos positivos para con las ceremonias que se habían celebrado en la ciudad o provincia en que ellos se editaban y circulaban. Los santiaguinos, en cambio, fueron más parcios, aun cuando, normalmente, reproducían las crónicas provincianas. Pensamos que cada población, a través de su prensa, trataba de mostrarse superior a la otra en atenciones, organización y entusiasmo, en lo que, evidentemente, representa una especie de competencia por atender y recibir bien al gobernante y, también, hacerlo saber al país.

<sup>11</sup> Véase *La Tribuna* del 16 de octubre de 1888.

<sup>12</sup> Encina, 1940-1952, XIX, pp. 243-244, se refiere a la situación de la prensa a partir de 1890, advirtiendo que casi en su totalidad estaba en contra del gobierno, incluso el siempre independiente *El Ferrocarril*.

destinados "a servir de heraldos de la opinión pública en las contradicciones de la vida de los partidos"<sup>13</sup>.

La actitud de Balmaceda no debe extrañar si se considera que perteneció a una sociedad que vio en la prensa un medio privilegiado de acción proselitista y de difusión de doctrinas e ideas. Ello es evidente cuando se observa que en la época aparecieron numerosos periódicos cuyo propósito esencial fue combatir gobernantes, partidos y doctrinas, a la vez que difundir posiciones y convicciones.

Pero la trascendencia de la prensa va todavía más allá de las informaciones que ofrecen. Ella radica también en que, y por el sólo hecho de atender a todos los detalles de un desplazamiento y visita oficial, comenzó a mencionar a sujetos y grupos de personas que tradicionalmente no habían sido objeto de preocupación de los periódicos y a los cuales la excursión oficial les dio la oportunidad de mostrarse, de aparecer ante la opinión.

Además, gracias a las crónicas periodísticas nos enteramos e identificamos las imágenes existentes sobre el país, la institución Presidencia de la República y los sujetos que la personificaron, entre otros valiosos elementos fundamentales para comprender no sólo el significado de los viajes de los que Balmaceda formó parte, también para entender su suerte final.

Las amplias repercusiones que alcanzaron los viajes oficiales gracias a las crónicas periodísticas nos obligaron a atender cuidadosamente al contenido de éstas. En especial, porque a través de ellas fue la única forma en que gran parte de la opinión tuvo la oportunidad de formarse un concepto, cuando no un juicio, de las excursiones y de la figura que las protagonizaba, como también de la institución que Balmaceda alguna vez personificó.

En este ámbito, el hecho que los desplazamientos de Balmaceda generaran artículos especiales, editoriales y páginas de crónicas relatando sus actividades y reproduciendo sus discursos, sin duda, contribuyó a su popularidad y a transformarlo en una personalidad

---

<sup>13</sup> El propio Bañados alude a las características de la prensa de la época, a las circunstancias que dieron origen a los nuevos diarios y su participación en uno de ellos. Véase su obra ya citada, tomo I, pp. 424 y 425. Otra demostración del apreciable papel que el presidente Balmaceda le asignó a los periódicos en la vida política del país son los editoriales que redactó para *El Diario Oficial* cuando estimó que la ocasión lo ameritaba.

conocida para la mayor parte de los chilenos de la época.

Incluso, y en un hecho verdaderamente extraordinario entonces, algunos medios publicaron grabados de Balmaceda en la primera plana de las ediciones destinadas a informar o celebrar la visita del gobernante a alguna ciudad<sup>14</sup>.

Recordemos que también se informó cuando se iban a hacer o se hicieron vistas fotográficas de los hechos relacionados con alguna visita oficial o la ceremonia que la había motivado. Así, por ejemplo, se advirtió que con ocasión de las fiestas en honor de los héroes de Iquique en Valparaíso, "el antiguo y conocido fotógrafo de este puerto, señor Lavoissier, sacará varias vistas fotográficas de diferentes partes de la ciudad", o que "el fotógrafo señor Garreaud sacó nuevamente vistas de diferentes grupos"<sup>15</sup>. Igual anuncio se hizo con motivo del viaje a la inauguración de ferrocarriles en Pelequén y la Palmilla, entonces se dijo que "el señor Spencer acompañará a la comitiva y tomará diversas vistas"<sup>16</sup>.

En otras ocasión, cuando el baile ofrecido en Talca al presidente Balmaceda, y muy ilustrativo del significado que en la provincia se dio a un evento en compañía del Jefe de Estado, un aviso en un periódico local llamó a "las señoras que van a hacerse retratar en traje de baile, se sirviesen avisar" oportunamente. En su anuncio, el profesional R. Reyes, aprovechaba para notificar "que todos los retratos serán de cuerpo entero, pues estoy preparado de un modo especial para ello", terminaba advirtiendo<sup>17</sup>.

Por último, sabemos también que con motivo de la gira al norte de marzo de 1888, en Iquique y en Valparaíso se tomaron fotografías de las ceremonias a que ésta dio lugar.

<sup>14</sup> El carácter excepcional de la reproducción de imágenes en los periódicos no sólo se demuestra con la simple observación de los ejemplares de los diarios de la época, también, con el hecho de que cuando ocurría, se llamaba la atención sobre ello. Así, por ejemplo, *La Discusión* de Chillán del 12 de septiembre de 1888, y en el contexto de las fiestas de homenaje a Bernardo O'Higgins, informó que *El Heraldo* había publicado, "en su primera página, un hermoso retrato de O'Higgins", y que la edición en que éste apareció, la del 8 de mayo, constaba de ocho páginas dedicadas al personaje.

<sup>15</sup> Véanse *El Ferrocarril* del 20 y *El Estandarte Católico* del 21, ambos de mayo de 1888. Ocurridos los hechos, *El Ferrocarril* en su edición del día 24 de mayo, hizo saber que "en las fotografías de los señores Garreaud y Díaz Spencer, se han exhibido ayer diversas vistas fotográficas tomadas en Valparaíso durante la ceremonia de traslación de los restos de los héroes".

<sup>16</sup> Véanse *El Ferrocarril* del 6 y *El Mercurio* del 7, ambos de enero de 1889.

<sup>17</sup> Véase *El Heraldo* del 19 de octubre de 1888.

En general, es posible deducir que en una sociedad poco acostumbrada a la imagen, y muy familiarizada con la palabra, y la palabra escrita como fuente de información, el mundo de las imágenes que entonces se iniciaba aparecía como un fenómeno extraordinario. Esto explicaría el impacto que tuvieron los viajes de Balmaceda en cuanto generadores de imágenes, fuente de conocimiento e instrumentos de satisfacción de aspiraciones colectivas. Ello, sin perjuicio de la oportunidad de conocer personalmente, aunque fuera desde lejos, la encarnación física de la máxima autoridad nacional. Es decir, de transformar la imagen representada por el retrato, en realidad, en cuerpo, en materia apta para una vista fotográfica<sup>18</sup>.

## LA AUTORREPRESENTACIÓN DEL PODER

A diferencia de sus antecesores y sucesores, el presidente Balmaceda tuvo un campo de acción comparativamente mucho más amplio para experiencias y tipos de conductas únicas e irrepetibles como, por ejemplo, su transformación en agente de cambio, en instrumento de progreso y de modernidad<sup>19</sup>.

Las mismas prácticas políticas que utilizó mudaron la política chilena, haciéndola dependiente de los talentos y limitaciones específicas de su personalidad, de su individualidad. En este contexto, la institución Presidencia de la República muestra una evidente evolución con

---

<sup>18</sup> La excepcionalidad de la ilustración en el periódico se vio relativizada por el uso de las caricaturas que algún tipo de prensa publicaba entonces y desde 1858 cuando se introdujo en Chile la novedad de ilustrar las páginas de los periódicos con caricaturas. Ellas, muy pronto, se transformaron en una herramienta de crítica política mordaz, convirtiéndose en instrumento privilegiado de la sátira política, la cual, "al impulso de las pasiones de partido, floreció como expresión de tolerancia social y cultura cívica". Para ilustrarse sobre el tema, véase Donoso, 1950.

En su calidad de Ministro de Estado y más tarde como Presidente de la República, así como su actividad y preocupación por las obras públicas, y a medida que el clima político se polarizaba, Balmaceda mereció la preocupación de la prensa satírica. Al respecto, es interesante advertir como la caricatura va mostrando una degradación de la figura presidencial que, también, se observa a través de las notas de prensa que dan cuenta de sus viajes. Donoso afirma que la prensa satírica, "fiel reflejo de las contiendas ideológicas" de la época, con el correr de los años y la exaltación de las pasiones, anticipó, "con la procacidad de sus caricaturas y el feroz ensañamiento de sus ataques, la dramática contienda cívica". Véase su obra citada sobre el tema, pp. 98 en adelante.

<sup>19</sup> Esto, entre otras causas ya mencionadas, gracias a las rentas del salitre y a su concepción sobre el desenvolvimiento económico del país.

Balmaceda. Es decir, no sólo se desarrolla el político José Manuel Balmaceda, el individuo; también la institución que éste personificó, precisamente, a causa del cambio del propio Balmaceda; quien, por otra parte, estuvo condicionado por el desenvolvimiento del país en su época y por la idea que él se formó de aquel desarrollo.

Creemos que la personalidad de Balmaceda y la evolución de la imagen pública de la institución que personificó en la sociedad estuvieron estrechamente relacionados. Entre otras razones, porque ésta posee una elasticidad específica que puede, hasta cierto punto, ser orientada según el desarrollo personal de quien la ocupa, aprovechando así la fuerza propia de la institución Presidencia de la República, naturalmente mucho mayor que la de su detentor individual.

En el caso que estudiamos, a la valoración social y poder político propios de la Presidencia, se sumaron las condiciones en que Balmaceda gobernó y las características de su personalidad, conjunción que la transformaron no sólo en un agente principal del progreso nacional; en último término también, en una amenaza, como los sucesos que terminaron con el conflicto de 1891 lo demuestran.

En este sentido, el discurso que Balmaceda expuso en sus excursiones a la provincia, además de hacer posible la identificación de sus concepciones sobre el poder, permiten rescatar también las nociones que el gobernante manejó sobre sí mismo, la institución que personificó y su papel en la vida nacional. Todas ellas tomadas, reproducidas y expuestas profusamente por la prensa nacional y, por ello, también, elementos fundamentales para comprender la reacción y oposición de quienes lo combatieron.

En efecto, fue a través de la prensa que se conocieron y difundieron la mayor parte de los elementos y actividades que formaron parte de los viajes gubernamentales estudiados, entre ellos, el discurso que la autoridad construyó a través de sus palabras, gestos, actitudes y acciones, entre las últimas, la más importante para nosotros, su viaje, el desplazamiento físico

de su corporalidad<sup>20</sup>.

Por lo pronto, Balmaceda demostró tener una temprana noción del significado político de las excursiones en que participó. Demostración de lo dicho es la advertencia que hizo al Intendente de Talca con ocasión del viaje a la Frontera del presidente Santa María en enero de 1884. Entonces escribió a Carlos Antúnez anunciándole el próximo arribo del Presidente y sus acompañantes, entre los que él se contaba, previniéndolo que la comitiva oficial alojaría una noche en Talca y que "miraría como una palabra de aliento al Jefe Supremo toda manifestación dirigida a expresarle que su obra es la obra de la nación y del partido liberal"<sup>21</sup>.

Sin embargo, no se crea que comunicaciones como la citada sólo tuvieron carácter privado o que las concepciones en ella expuestas fueron exclusivas de Balmaceda. Cuando el mismo Ministro del Interior se disponía a viajar a Coquimbo, *El Progreso* de La Serena publicó un telegrama del senador José A. Valdés en el que se lee: "Señor Intendente: S.E. ha contribuido mucho para que haga la visita el señor ministro Balmaceda que se embarca mañana para esa. Que mis coprovincianos lo reciban con la esplendidez que acostumbran y como lo merece"<sup>22</sup>.

En la evaluación que el propio Balmaceda hizo de su excursión ministerial por Coquimbo señaló las principales características que, en términos de imagen pública, proyectó a lo largo de su estancia en el poder. En correspondencia dirigida al presidente Santa María le hizo saber que había en la provincia "perfecta unanimidad de aprecio en favor del gobierno" y que, afirmó, "dos causas contribuyen para ello: se nos juzga como una administración de trabajo, y se ve firme el rumbo a la reforma liberal"<sup>23</sup>.

La nota del Ministro permite apreciar la forma en que los hombres en el gobierno

<sup>20</sup> Los periódicos resultan una fuente significativa, no la única, para reconstruir la imagen de Balmaceda. Ellos fueron el instrumento más útil para difundir la noción que tuvo sobre sí mismo y de lo que representaba en cuanto gobernante. Por ello, no es la fuente más objetiva, por el contrario, en ocasiones es la expresión más clara y subjetiva de la representación que Balmaceda quería desarrollar. Así, su estudio no es en cuanto historia política "objetiva", sino que como fuente para adentrarse en la instrumentalización y proyección de una imagen política.

<sup>21</sup> La carta, de carácter confidencial y fechada el 17 de enero de 1884, se encuentra en Archivo de Carlos Antúnez.

<sup>22</sup> Véase edición del 28 de febrero de 1883.

<sup>23</sup> La carta está fechada el 2 de marzo de 1883. Véase Archivo Santa María, pieza 7776.

percibieron a la opinión, pero también que cuando Balmaceda viajó en su calidad de secretario de Estado lo hizo representando al Presidente de la República, sintiéndose parte inseparable de la administración, como si el hecho de salir de la capital lo transformara en uno solo con Santa María<sup>24</sup>. Por eso es que le hace saber que "hemos brindado en forma por Ud."; que su venida en calidad de Ministro "representante del Presidente se ha tomado como un acontecimiento"; y que, termina, "si a su Ministro se lo han agasajado, estoy seguro, que si Ud. viniese y no tomara precauciones, se lo comerían".

La identificación del ministro Balmaceda con Santa María, con el Jefe de Estado, con el poder, no es insignificante. Ella muestra que los desplazamientos de Balmaceda, fuera o no acompañado del Jefe de Estado, representaba en último término la salida del Poder Ejecutivo, del gobierno, del cual los secretarios de Estado eran también parte importante, en especial, el Ministro del Interior.

Numerosos son los planteamientos realizados con motivo de una excursión presidencial a través de los cuales es posible reconstruir la noción, la concepción que el ejecutivo, que el poder, el gobierno, la Presidencia de la República y sus representantes, tuvieron de sí mismos y de sus papel en la vida nacional<sup>25</sup>.

Por lo pronto, el propio Balmaceda se aprecia como agente de progreso, de adelanto para los pueblos. Recién llegado a Coquimbo en 1883 no sólo felicitó al pueblo por su interés "por la pública prosperidad", sino que, además, aseguró que le sería "honroso cooperar con

---

<sup>24</sup> *El Progreso* de La Serena del 5 de marzo de 1883, informando de la ceremonia encabezada por Balmaceda de inauguración de los trabajos del ferrocarril a Elqui, escribió que en dicho acto el "señor Ministro ha representado, personificado, diremos más bien, al supremo gobierno". Significativo es también que se informara que en Ovalle, al ingresar al teatro para participar en el banquete que se le tenía preparado, "fue recibido el señor Balmaceda con la canción nacional". Véanse *El Coquimbo* del 6 y *El Mercurio* del 12, ambos de marzo de 1883.

<sup>25</sup> Se advertirá que aludimos a la campaña de imagen política que desarrolló Balmaceda. Ésta le conviene a él mismo en cuanto lo muestra siempre en una actuación correcta y muy apreciado por la sociedad. En este contexto, Balmaceda, como en muchos otros casos en la historia, se creyó su propio discurso, a pesar de la contradicciones que éste pudo tener con la realidad. Balmaceda se prestó para un juego narcisista que, creemos, tiene interés estudiar para comprender el Chile del último tercio del siglo XIX. Esta aclaración es pertinente para mostrar que estamos atentos a la distancia existente entre discurso, imagen y realidad.

vosotros en la común tarea de hacer el bien"<sup>26</sup>. Se valora como una "autoridad con iniciativa", como lo afirmó en La Serena con motivo de la inauguración de los trabajos del ferrocarril a Elqui, porque junto con la comunidad ha sabido tomar la "feliz" resolución de emprender una obra que como el ferrocarril afirmó: "es el agente mudo, pero más activo de la civilización moderna"<sup>27</sup>.

Pero Balmaceda se percibe también como "digno funcionario" y "buen servidor de la república", como lo expresó en alguna oportunidad. Un "colaborador del gobierno y de su jefe", como señaló en Talca<sup>28</sup>. "Un político de trabajo, deseoso de conocer el estado administrativo de la provincia", declaró en Coquimbo; "de apreciarlo directamente", para aplicar a él "las fuerzas vivas del Estado a toda mejora practicable, a toda obra que importe un paso más en el camino de la labor del gobierno"<sup>29</sup>. Palabras que vuelven a demostrar que cuando Balmaceda viajó no sólo lo hizo en su condición de político, de hombre, sino que como parte de una institución, el Estado, en representación de la Presidencia de la República, del gobierno cuya tarea era "servir y trabajar"<sup>30</sup>.

Común fue también en Balmaceda el presentarse en su calidad de gobernante como la instancia capaz de generar iniciativas y acciones tendientes al adelanto del país<sup>31</sup>. Así, sus palabras invitando "a todos los pueblos de este Chile, hoy tan grande y tan fuerte, a que mediten sobre el poder de sus fuerzas; a que consideren la actividad generadora que pueden desplegar en su beneficio", no son aisladas y muestran una noción que hace de la institución

<sup>26</sup> Véase su discurso en el banquete que la comunidad de La Serena le ofreció en *El Coquimbo* del 6 de marzo de 1883.

<sup>27</sup> Véase su discurso en el acto mencionado, en *El Ferrocarril* del 12 de marzo de 1883.

<sup>28</sup> Véanse los discursos del ministro Balmaceda en el banquete ofrecido a Eulogio Altamirano en Valparaíso y en el que el pueblo de Talca le ofreció en *El Ferrocarril* del 14 de febrero de 1882 y en *La Libertad* del 24 de enero de 1884.

<sup>29</sup> Véase *El Coquimbo* del 6 de marzo de 1883.

<sup>30</sup> Véase su discurso sobre la acción del gobernante pronunciado en Curicó en *La Tribuna* del 19 de octubre de 1888.

<sup>31</sup> En su discurso en Iquique sobre la industria salitrera, habló de "marcar el rumbo" para referirse a su acción y a la del Estado que él representaba. En La Serena afirmó que "el Estado debe suministrar en gran parte los elementos en que las aptitudes individuales deben ejercer su acción directa y bienhechora". Véanse *La Industria* del 9 y *El Coquimbo* del 23, ambos de marzo de 1889.

que representa un ente dinámico, propiciador del progreso nacional. Destinada, como afirmó en otra oportunidad, "al mejoramiento de los intereses comunes, a estimular vuestras condiciones de existencia"<sup>32</sup>.

En este contexto, y al hablar de los adelantos impulsados en el país durante su paso por el gobierno, Balmaceda no sólo llegó a preguntar y a preguntarse "¿quién nos detendrá en este anhelo de progreso y vida?"; sino que además tuvo noción de que algunas de las obras que ejecutó "permanecerán para perpetua constancia de lo que pueden los pueblos honestos consagrados a su bienestar y engrandecimiento" y, muy importante, encabezados por poderes públicos que les hacen justicia<sup>33</sup>.

Además Balmaceda se apreció también como un político liberal que formaba parte de una administración "comprometida con la libertad; que es nuestro emblema", afirmó en Talca en 1884 y para la cual era obligación realizar "el perfeccionamiento gradual de nuestras instituciones civiles y políticas". Por eso es que en Talcahuano afirmó que los pueblos debían tener la seguridad y la confianza que sus gobernantes, es decir él y el entonces presidente Santa María, "seguirán con mano firme y empeñosa por el camino de las reformas y de los progresos"<sup>34</sup>. Por ello es que también aseguró, cuando aceptó su proclamación como candidato a la Presidencia de la República, que "afirmar" las conquistas liberales, "perfeccionarlas y consolidarlas gradualmente" debía ser la tarea del hombre de Estado<sup>35</sup>.

Entre los asuntos planteados por el gobernante en la provincia, el de la integración del país es uno de los más recurrentes por cuanto ellos se perciben como instrumentos de tal acción. El tema, que sabemos que para Balmaceda fue de gran trascendencia, no era poco

<sup>32</sup> Los conceptos citados en discursos pronunciados en La Serena y Ovalle, véase *El Ferrocarril* del 12 y del 14 de marzo de 1883. Para las ideas económicas de Balmaceda, y en especial su concepción del papel del Estado en la economía, véase *infra*, capítulo III.

<sup>33</sup> Véanse sus discursos en la inauguración de los trabajos del ferrocarril de Palmilla a Alcones y de Pelequén a Peumo en *El Ferrocarril* del 8 de enero de 1889.

<sup>34</sup> Véanse sus discursos en *La Libertad* del 24 y en *El Ferrocarril* del 28, ambos de enero de 1884. En Valparaíso, y defendiendo el carácter liberal de la administración y de sus reformas, Balmaceda afirmó que en Chile "había llegado la hora en que el credo liberal se encarne en la voluntad y en los consejos de gobierno, y se grabe profundamente en nuestras leyes". Véase su discurso de homenaje al presidente Santa María en *El Ferrocarril* del 12 de febrero de 1884.

<sup>35</sup> Véase su discurso en la convención liberal, nacional, radical, en *La Época* del 20 de enero de 1886.

importante en un país en que la empresa de incorporar efectivamente al destino nacional a regiones como el norte minero y la Araucanía estaba en plena ejecución.

Así, cuando la inauguración de los trabajos del ferrocarril de La Calera a La Ligua y Cabildo, primera etapa de la red norte que haría posible la unión de todo el territorio a través de líneas férreas, el presidente Balmaceda concluyó su discurso con lo que llamó "una última palabra de adhesión y de justicia a las provincias del norte". Entonces, y gracias al ferrocarril, afirmó que "en lo futuro sus hermanas del sur compartirán con ellas los beneficios de la riqueza nacional, y fraternizando en el patriotismo, en el trabajo y en las conquistas del progreso, contribuirán todas unidas a fortificar y a engrandecer la familia chilena"<sup>36</sup>.

A las palabras citadas, y como ejemplo de que los planteamientos de Balmaceda no constituían una posición aislada, podemos sumar las expresiones del presidente Santa María en Angol en 1884. Entonces, en el banquete con que se celebró la inauguración del ferrocarril de Renaico a Victoria, afirmó que gracias al progreso liberal, "no hay en Chile más que un sólo territorio, el Territorio chileno" que se extendía desde el Morro en el norte, hasta el temible paso en el sur<sup>37</sup>.

Por último, y no poco importante en virtud de los acontecimientos que sabemos sobrevendrían, Balmaceda concibió también al ejecutivo y su cabeza como una entidad propiciadora de la distribución de la riqueza nacional. Según él, "al gobierno correspondía el fin legal y político de extender su mano bienhechora, con discreción y con espíritu de justicia, hasta el último extremo de la república" pues, afirmó, "no gobernamos para unos pocos sino para todos"<sup>38</sup>.

Sería precisamente la que Balmaceda creía había sido una tarea destinada a "la

<sup>36</sup> Texto completo del discurso de Balmaceda en La Calera, en *La Tribuna* del 21 de enero de 1889.

<sup>37</sup> Véase un resumen del brindis presidencial en *El Eco del sur* del 24 de enero de 1884. Santa María alude al Morro de Arica y al Paso Drake.

<sup>38</sup> Véase su discurso en Ovalle, en *El Ferrocarril* del 14 de marzo de 1883. Años después, y ante la convención que lo nominó candidato a la Presidencia, Balmaceda señaló que si bien es cierto "mucho se ha descentralizado en los últimos años en la acción y la distribución de la riqueza nacional, aplicándola a la realización de obras útiles en todas las provincias y departamentos de Chile"; era preciso todavía "continuar esta obra de reparación y justicia distributiva". Texto íntegro de su intervención en *La Época* del 20 de enero de 1886.

descentralización política y administrativa"; pero en especial a la "descentralización de la riqueza nacional", lo que hacia el final de su mandato le permitió afirmar, desafiante, fundado en las líneas férreas promovidas y en lo que llamó "justicia distributiva": "Yo he derramado los tesoros de Chile en todo Chile, y he concluido con aquella política económica según la cual el centro era el principio y el fin, el todo, y las extremidades de la república regiones tributarias de la capital y sus alrededores"<sup>39</sup>.

Oportunidad privilegiada para apreciar el uso que Balmaceda hizo de sus viajes a la provincia fueron algunas de sus intervenciones en los actos patrióticos en los que participó. A través de sus palabras se aprecia su concepción de sí mismo como el heredero natural, en cuanto Jefe de Estado, de una historia generosa en hechos gloriosos. Sin duda una analogía que le reportó grandes dividendos en términos de imagen pública.

En ciertos actos conmemorativos, Balmaceda aprovechó la ocasión para rendir homenaje al pueblo chileno, a los que alguna vez llamó "los buenos que en medio del combate se agruparon en derredor de la bandera"; a su juicio, "emblema de esa existencia sagrada que todos los chilenos sentimos como una vida superior a nuestra propia vida: la patria"<sup>40</sup>. Recordando, como entonces y hasta hoy se cree en Chile, que el país había sido "provocado y arrastrado de improviso a la guerra", sostuvo que ésta había sido ganada "porque hemos batallado como únicamente pueden hacerlo los pueblos con instituciones regulares, libres y organizadas"<sup>41</sup>.

Interpretando la fiesta en que participaba "en un sentido histórico de la más profunda significación política y social", Balmaceda señaló que "ella era la expresión de nuestra adaptabilidad a todas las grandes condiciones que exige la vigorosa constitución de la nacionalidad en el mundo civilizado". Asegurando que "podemos vivir tranquilos", pues la

---

<sup>39</sup> Véase su discurso en la inauguración de la vía férrea de Collipulli a Victoria en *La Nación* del 29 de octubre de 1889.

<sup>40</sup> Véase su discurso sobre Chile, sus ciudadanos, sus soldados y sus héroes en la distribución de medallas a los cuerpos de Valparaíso en *El Ferrocarril* del 23 de enero de 1883.

<sup>41</sup> Los demás oradores en la oportunidad, esto es el senador Benjamín Vicuña Mackenna, el diputado Alberto Edwards y el Intendente de Valparaíso, expresaron conceptos muy parecidos a los de Balmaceda, ejemplo de que las nociones del entonces Ministro del Interior no eran aisladas.

república descansaba "sobre fundamentos que resistirán a las influencias del tiempo y a las convulsiones de los hombres", concluyó: "nuestro glorioso presente es una profunda revelación del porvenir".

Entonces, y como muchos otros al igual que él, en lo que no es más que la expresión de una creencia muy arraigada en la época, Balmaceda aludió "a la organización social y a las leyes" del país y al hecho de que así como "por la libertad y la riqueza las naciones como Chile se fortifican y engrandecen", también lo hacen "por la gloria de sus grandes hombres como Prat". Expresando el orgullo de su época, interpretando a la opinión de su tiempo, un Jefe de Estado pleno de satisfacción por los triunfos del país, concluyó aludiendo a los logros alcanzados. Interpretándolos no sólo como "una lección militar", también, como un "ejemplo de civismo para la humanidad entera".

Con sus intervenciones en las celebraciones patrióticas Balmaceda no sólo contribuyó a engalanar las fiestas. También sacó provecho del sentimiento popular que el recuerdo de hechos y figuras de la historia patria suscitaba. Así, por ejemplo, ocurrió en uno de los actos de homenaje a Bernardo O'Higgins en Chillán.

En el banquete celebrado con motivo de su presencia en la ciudad en las fiestas del 110° aniversario del natalicio del prócer, inició su discurso expresando su "satisfacción por verse rodeado de activos y resueltos correligionarios de ayer y de leales sostenedores de mis anhelos y esfuerzos de hoy". A continuación de lo cual hizo saber su adhesión a la provincia de Ñuble, tanto por el civismo de la misma, como "por un alto deber público desde que conmemoramos los hechos singulares de un guerrero ilustre"<sup>42</sup>.

Ligando su nombre al de la figura histórica, sostuvo "que no podría pronunciar el nombre del más brillante de mis predecesores en el mando supremo sin el recogimiento religioso e íntimo que inspiran los seres queridos cuando les debemos la vida como hombres o la nacionalidad como ciudadanos". Agregando que el pueblo de Chile era digno de su redentor y de sus hazañas pues había "realizado muchos y muy útiles progresos"; anunció que

---

<sup>42</sup> Véase su discurso de homenaje a O'Higgins y a Chillán en *La Tribuna* del 10 de septiembre de 1888.

ya había cesado la "hora de la organización y de la consolidación de las instituciones", y que ahora el país, en su administración, se encontraba "en la del trabajo industrial y fecundo"; del perfeccionamiento moral por la difusión del conocimiento y la instrucción, de la reforma civil y de la reforma política". Ardua labor concluyó, ya muy alejado del motivo original de la convocatoria, para la cual afirmó: "habré de tener la cooperación de la provincia de Ñuble".

En otras ocasiones fue motivo de su atención la adhesión y simpatía de las que fue objeto la mayor parte de las veces que salió de la capital. Así, por ejemplo, en Rancagua en octubre de 1888 señaló que si bien las manifestaciones que la población le expresaba a su paso por aquella ciudad le resultaban "inesperadas, le eran sumamente gratas y le recordaban las que siempre había recibido, no menos sinceras y cordiales"<sup>43</sup>. Tales expresiones de fervor popular no eran insignificantes para el Jefe de Estado si consideramos que las mismas, como afirmó entonces, renovaban "las seguridades y la confianza en la realización leal y honrada de su programa de gobierno"; tarea para la cual no sólo esperaba la colaboración de sus antiguos amigos de Rancagua, también, concluyó, "la de todos los buenos chilenos".

Similares conceptos tuvo a fines de 1890. En aquella ocasión también agradeció, ahora "con íntimo reconocimiento", la "adhesión y caluroso entusiasmo de Talcahuano". Recordando su visita de 1884, afirmó que encontraba al mismo pueblo activo, entusiasta, resuelto y "tan buen amigo del Ministro del Interior de aquella fecha, como del Presidente de 1890". Amistad que justificó, despidiéndose, por estar fundada "en la comunidad de las ideas, en el amor al progreso, en nuestros sacrificios por el engrandecimiento de la patria"<sup>44</sup>.

---

<sup>43</sup> Véase el resumen del discurso del primer mandatario que el corresponsal de *La Tribuna* publica en la edición del 15 de octubre de 1888.

<sup>44</sup> Véase *El Correo del Sur* del 17 de diciembre de 1890. Nótese cómo Balmaceda ha comenzado a diferenciar entre quienes lo apoyan y quienes no; entre "buenos" y malos chilenos". A medida que se acerca al año 1891, tal clasificación tomará cada vez más fuerza, también bajo la fórmula de los capitalinos=malos y los provincianos=buenos. Véase *infra*, capítulo VII.

## EL VIAJE GUBERNAMENTAL COMO PRÁCTICA POLÍTICA

José Manuel Balmaceda trató de contrarrestar las limitaciones al poder presidencial que la evolución política nacional le habían impuesto buscando el contacto y la cercanía de la población nacional, pretendiendo con ello, finalmente, obtener su adhesión. En este afán, y como su dinámico comportamiento lo muestra, Balmaceda sustrajo al Presidente de la rutina política existente, enfrentándolo, por ese solo hecho, a los grupos de poder establecidos encabezados por el Congreso Nacional. Por ello, precisamente, intentó ganarse el apoyo de sectores que tradicionalmente no habían sido objeto de atención del poder, especialmente de aquellos asentados en la provincia, para lo cual, entre otros medios, recurrió a las representaciones que fueron sus excursiones fuera de la capital.

Los viajes estudiados demuestran lo dicho. Ellos no sólo nos dieron la oportunidad de observar directamente los intentos de Balmaceda por atraerse la voluntad popular, por ampliar su base de sustentación; también de apreciar cómo la rutina de los mismos, sus componentes aun más insignificantes, fueron utilizados como instrumentos políticos, de dominio, en el sentido que Balmaceda amplió el campo de acción existente en el Chile de su época para el poder.

Así, si Santiago y el eje La Moneda/Congreso Nacional habían sido el espacio por excelencia del quehacer político, el ámbito primario e inmediato, mientras el país sólo constituía uno mediano y secundario; con sus viajes, Balmaceda pretendió revertir tal realidad al incorporar a las provincias y a sus poblaciones al campo de las decisiones políticas. Situación que, naturalmente, no podía ser bien recibida por quienes en la capital estaban acostumbrados a ser los principales, si no únicos, interlocutores del poder.

Lo señalado es significativo también en el sentido que si hasta Balmaceda La Moneda había sido el espacio esencial del Presidente, el dominio donde sus actos tomaban un sentido político, cuando no de Estado; mientras que fuera de ella casi todas sus actividades adquirían el carácter de una acción personal del Jefe de Estado, ahora, con sus desplazamientos por el país como gobernante, tanto dentro como fuera de La Moneda Balmaceda seguía siendo el

Presidente y sus acciones, actos oficiales. Esta situación, como se comprenderá, obligó a Balmaceda a representar su papel de Presidente casi permanentemente, generando también mayores oportunidades de ser apreciado y percibido por la opinión pública repartida a lo largo del país; pero también de ser desmistificado, desacralizado por el conocimiento, el contacto, la cercanía de su figura que así, también, fue perdiendo el áurea de prestigio que la lejanía da a toda autoridad<sup>45</sup>.

El desplazamiento y arribo de Balmaceda a una nueva población, especialmente en su condición de Presidente de la República, sabemos que puso en acción concepciones, ideas y nociones relativas al Estado, la nación, el gobierno, el Primer Mandatario y el hombre que entonces la personificaba, presentes en los anfitriones y en la sociedad de la época. Una demostración de ello nos lo ofrece *La Unión* cuando, describiendo uno de los viajes de Balmaceda al sur escribió que "la gente se atropellaba en las estaciones, para no morirse, según decía, sin conocer de cerca lo que era un presidente"<sup>46</sup>.

Toda persona más o menos atenta al acontecer nacional e informada de los avatares experimentados por el país en la época de Balmaceda, creemos, fue capaz de apreciar el significado que podía tener la visita gubernamental.

Balmaceda gobernaba un país que presumía de moderno, económicamente poderoso y políticamente avanzado en términos de las libertades públicas existentes. En este contexto, la llegada de Balmaceda a cualquier población junto con implicar la llegada del político-presidente, hizo posible también la presencia del Estado de Chile a través de la suprema autoridad nacional<sup>47</sup>. Un Estado que, como ha sido asentado por la historiografía, no sólo había formado la nacionalidad, también, y como parte de ese proceso, encabezado la expansión

---

<sup>45</sup> Al ampliar el espacio temporal en que representó el papel de Presidente, Balmaceda restringió sus oportunidades de ser sólo él mismo, la persona y no la institución. Lo dicho provocó una confusión que conspiró contra la evolución política del país al limitar, hasta prácticamente hacer desaparecer, la impersonalidad en el ejercicio del poder. Ello, a su vez, perjudicó gravemente la institucionalidad al aparecer ésta asociada a una personalidad con una imagen pública cada vez más resistida por la opinión.

<sup>46</sup> Véase edición del 28 de abril de 1888.

<sup>47</sup> Recordemos que el jefe de Estado no era cualquier gobernante, pues, y como agudamente lo hizo notar un periódico, "el Presidente de la República de Chile tiene una autoridad personal que *envidiarían* algunos monarcas". Véase *The Illustrated London News* del 29 de agosto de 1891.

nacional desde Santiago hacia, precisamente, cada uno de los espacios geográficos hasta los que Balmaceda llegó<sup>48</sup>. Pero este Estado, además de consolidar territorialmente el país, había llevado el progreso y la modernidad a la mayor parte de las provincias que lo componían. Expresión de ello eran la enseñanza pública, las líneas férreas estatales y las oficinas del Registro Civil, entre otros elementos<sup>49</sup>.

En su condición de partícipe, cuando no protagonista de la acción del Estado en Chile, los desplazamientos de Balmaceda fueron una magnífica oportunidad para evocar la positiva evolución histórica nacional, pero también, el papel que al gobierno liberal, en general, y a Balmaceda, en particular, le había cabido en este desenvolvimiento. Todo ello alentado por el entusiasmo, la euforia materializada en homenajes, objetos, actos y discursos que las poblaciones brindaron al paso de la comitiva encabezada por Balmaceda. Así, el gobernante no sólo se benefició de sus propias obras, también de una historia plena de triunfos y logros que el pueblo festejaba en él, en su presencia, con homenajes hacia su persona.

Así, no debe extrañar que los pueblos estuvieran atentos a la menor oportunidad de recibir en su seno al gobernante. Un ejemplo es la actitud de los habitantes de San Felipe en enero de 1889, los cuales, informados que el Presidente se dirigiría a Los Andes, aprovecharon la oportunidad para invitarlo a su ciudad haciéndole saber que "los vecinos lamentarían siempre que al pasar S.E. por los suburbios de la ciudad, no tuvieran ocasión de manifestar a S.E. sus adhesiones y simpatía"<sup>50</sup>.

---

<sup>48</sup> Sobre el papel del Estado en la formación de la nacionalidad, véanse Gongora 1986.

<sup>49</sup> Numerosas son las muestras de agradecimiento enviadas a Balmaceda por los adelantos producidos en diferentes puntos del país durante su administración. Así, por ejemplo, desde Pinto, recibió un telegrama en el cual se expresaba: "Excmo. Señor: lleno de entusiasmo y alegría, el vecindario de esta ciudad inaugura la línea telegráfica vivando a S.E. y manifestando agradecimiento por los progresos y mejoras que ha obtenido este pueblo durante el gobierno de V.E." Véase Correspondencia de Balmaceda, volumen Telegramas 1885-1891. El citado, suscrito por numerosas personas, está fechado el 14 de diciembre de 1889. En otro telegrama de igual naturaleza, datado el 17 de octubre de 1890, la autoridad administrativa de Alicahue escribió al presidente de la república: "La línea telegráfica de Putaendo a Petorca funcionando desde hoy correctamente... Beneficio tan significativo corresponde exclusivamente a la progresista administración, quedará grabado en nuestra historia local y en el reconocimiento de todos los que saben apreciarlo".

<sup>50</sup> La invitación, suscrita por numerosas firmas, se hizo a través de un telegrama recibido en La Moneda el 29 de enero de 1889. La primera parte del mismo es el siguiente: "Excelentísimo Sr. Don José Manuel Balmaceda. En representación de los habitantes de San Felipe tenemos el honor de invitar a V.E. que se digne

Distribuidos a lo largo de casi una década, así como por la mayor parte de los territorios que entonces integraban efectivamente Chile, los viajes de Balmaceda en apariencia difusos y faltos de unidad, sostenemos que constituyeron un instrumento coherente para fortalecer la imagen del Estado, del gobierno y de su cabeza, el Presidente.

Por lo pronto, Balmaceda fue el primer gobernante republicano en relacionar a través de su figura tanto el norte como el sur del país<sup>51</sup>. Él se desplazó por todo el territorio nacional significativo para el poder y para la sociedad nacional en la época. Al viajar entre Pisagua y Temuco, llevó a la máxima figura política del país, a la representación misma del Estado, a los espacios recientemente integrados al destino nacional, como el norte minero y la Araucanía, provocando con ello una sensación que fortaleció la unidad nacional.

La presencia del Estado a través de la persona del presidente Balmaceda en los territorios alejados, pero que formaban parte del país, se vio reforzada por la composición de las comitivas gubernamentales y por los itinerarios de las expediciones. La participación de sujetos pertenecientes a otros poderes del Estado, como diputados, senadores y jueces, así como de autoridades administrativas de diferentes provincias del país, además de los ministros y oficiales militares, representó un signo de la autoridad del Presidente que con la acción de viajar los había convocado<sup>52</sup>. Las rutas también ejemplifican la fortaleza de la administración

visitar la ciudad el seis de abril, día siguiente al de las fiestas de inauguración que tendrán lugar en Los Andes..." Sin embargo, y como lo informa otro telegrama recibido en La Moneda, Balmaceda no accedió a tal convite. En él, se lee: "hoy expresé a comisión de vecinos que V.E. se encontraba en absoluta imposibilidad de visitar a San Felipe el seis de abril conforme con lo que V.E. me ha dicho". El último citado, suscrito por Jorge Astaburuaga, está fechado también en San Felipe el 29 de enero de 1889. Véase Correspondencia de Balmaceda, volumen Telegramas 1885-1891.

<sup>51</sup> Tal vez como ningún otro primer mandatario del siglo XIX chileno, Balmaceda efectivamente puede ser considerado un hombre de Estado a escala nacional.

<sup>52</sup> Balmaceda se vio favorecido por las normas de ceremonial y protocolo vigentes en su época. Éstas obligaban a numerosos empleados y funcionarios públicos, militares y miembros del poder judicial, entre otros, a concurrir "a todos los actos públicos, civiles o religiosos a que asista el Presidente de la República. La obligación, como se comprenderá, garantizaba un buen número de participantes en torno del gobernante. Véase decreto del Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública de 6 de septiembre de 1853, en Chile, 1854, pp. 269-271. No está demás señalar que, y al igual que la "etiqueta cortesana", el ceremonial y protocolo republicano que organiza las ceremonias oficiales, también constituye un instrumento de medición del valor, del prestigio que una sociedad le otorga a sus instituciones. Así por lo demás se aprecia para el siglo XIX chileno, en que el jefe de Estado es el protagonista absoluto de la institucionalidad republicana. Como es obvio, ha sido la obra de Elías, 1982, la que nos ha sugerido la anterior reflexión.



La colocación de una placa conmemorativa a través de la cual se rendía homenaje a quienes participaron en la ejecución de la obra fue común. Basta observar las existentes en algunos puentes ferroviarios todavía en uso en Chile para comprobarlo.

Así, por ejemplo, en el hoy puente carretero sobre el río Maule, en la salida sur de Talca, la placa colocada sobre el primero contiene la siguiente leyenda:

«Principiado noviembre 14 de 1887  
Concluido agosto 21 de 1888

-----  
Ingeniero en jefe  
Domingo Víctor Santa María

-----  
Ingenieros residentes  
Nicolás Tanco  
Francisco Prado

-----  
Constructores  
Lever, Murphy y C<sup>a</sup>  
Valparaíso»

(Fotografía del autor)

desde el momento que pareció no haber región del país inaccesible para Balmaceda, ni obstáculos que le impidieran cumplir con los itinerarios establecidos.

Por otra parte, sabemos, y se puede apreciar en su oratoria, que Balmaceda en sus discursos recordaba sus viajes por el país y las obras inauguradas en las provincias, en un intento por mostrarse no sólo como un gobernante realizador, también, como un estadista preocupado de todo el espacio geográfico nacional y no sólo de Santiago y las ciudades del centro, como había sido tradicional.

Además de todo lo anterior, los viajes de Balmaceda, en el contexto de una administración muy laboriosa, cuyas realizaciones se repartieron por la mayor parte del territorio nacional, hicieron posible impulsar sus proyectos, ejercer su voluntad gubernativa con la inapelable garantía de su presencia.

Sus desplazamientos se constituyen así en un arma política en manos del gobernante pues pretendieron captar adhesiones, consolidar apoyos, popularizar los actos y obras de la administración. Provocar un impacto duradero favorable al régimen<sup>53</sup>. Pero también, y especialmente tratándose de Balmaceda, buscaron hacer concreta la abstracción de la Presidencia gracias a la presencia del Jefe de Estado<sup>54</sup>. Así, cómo no, se promovió sistemáticamente un verdadero culto al Presidente de la República, intentando obtener la voluntad de un pueblo que estuviera dispuesto a apoyar políticamente al presidente Balmaceda y, también, a defenderlo en caso de conflicto, a él o a la institución que personificaba.

En este sentido, los desplazamientos gubernamentales estudiados pueden ser considerados también como prácticas destinadas a revigorizar la figura presidencial, especialmente, ante la constatación de la pérdida de popularidad de la administración.

Si se considera que el poder en general está sometido a constantes amenazas como la

---

<sup>53</sup> Una muestra que la llegada del presidente Balmaceda representó un hecho trascendente e inolvidable para las poblaciones que alguna vez lo recibieron, es el telegrama que un grupo de vecinos de Copiapó le hizo llegar. En él se lee: "Tenemos el honor de saludar a S.E. Presidente de la República, en el aniversario de su visita a Copiapó". La nota está fechada el 19 de marzo de 1890, un año después del viaje por las provincias del norte. Véase Correspondencia de Balmaceda, volumen Telegramas 1885-1891.

<sup>54</sup> Strong, 1988, pp. 85-128, nos enseña el análisis del viaje como representación política a través del estudio de los viajes imperiales de Carlos V.

de la verdad que hace añicos las apariencias; la de la sospecha, que lo obliga a demostrar sus inocencia y competencia, y, en especial la del desgaste, que lo impele a mantenerse vigente, no puede dejar de señalarse que Balmaceda hizo de sus excursiones verdaderos alardes de dramatización<sup>55</sup>.

A través de ellos no sólo intentó demostrar una popularidad que su presencia en la provincia normalmente aseguraba, también, la vitalidad de una administración que se trasladaba para que su máxima cabeza, el Presidente, inaugurara alguna pública. El ejemplo que nos ofrecen los viajes de enero de 1889 y los realizados a Collipulli y Talcahuano en 1890, son expresivos de lo que afirmamos<sup>56</sup>.

Los viajes de Balmaceda, sus componentes básicos, el ceremonial que pusieron en acción, formaron parte de su sistema de gobierno, del modelo político que éste pretendió sostener. A través de ellos buscó la legitimación de su acción y la promoción de sus obras, además de establecer alianzas, redes sobre las cuales sustentarse.

En lo relativo a los miembros de las comitivas oficiales y al contacto con sus anfitriones, sabemos que Balmaceda distinguió con su elección y trato a una gran cantidad de personas de la más variada condición socioeconómica, bagaje cultural y posición política. Así, tanto los miembros de las llamadas "sociedades locales", es decir las élites de cada población anfitriona, como los elementos de las clases medias y populares, se vieron integrados a sus desplazamientos<sup>57</sup>. De esta forma, el gobernante consideró los objetivos y características de cada uno de sus viajes en particular y la necesidad de crearse y asegurarse vínculos con personas que pudieran servirle de alguna utilidad económica, social y, en especial, política. El propósito de crear una red de alianzas y lealtades entre el Presidente y la provincia, contribuyen a explicar la gran cantidad y variedad de actividades desplegadas por Balmaceda en sus visitas,

---

<sup>55</sup> Sobre las amenazas del poder, véase Balandier, 1994, p. 85.

<sup>56</sup> En ambos desplazamientos hubo ceremonias muy lucidas y manifestaciones de aprecio hacia el jefe de Estado. No por nada un testigo que visitó a Balmaceda luego de una de ellas escribió: "He estado anoche con el Presidente... Está tan tranquilo, tan conversador, tan abundante como siempre". Véase, Velasco, 1914, p. 67.

<sup>57</sup> Basta ver la fotografía de Balmaceda y sus acompañantes en la inauguración del viaducto del Malleco para apreciar, ahora gráficamente, lo que sostenemos. En ella, incluso los sombreros, indican la diversidad social presente. Véase capítulo VIII.

parte importante de ellas, destinadas a públicos diferenciados social y económicamente.

Creemos que con esta conducta Balmaceda amplió el campo de acción de la política nacional, extendiéndolo fuera de la capital, pero, también, abriéndolo a nuevos grupos sociales, como la clase media profesional y el proletariado. En este contexto, los bailes, comidas, reuniones y visitas a establecimientos públicos que caracterizaron los desplazamientos de Balmaceda representaron oportunidades que éste aprovechó para relacionarse y conocer a los miembros de las sociedades que lo recibían, incluso a aquellos que se decían en la oposición. Además que también representaron instancias para manifestar públicamente adhesión al Presidente, estuvieran o no de acuerdo con él.

Por otra parte, cada visita gubernamental oficial, dio lugar, abrió la posibilidad que las sociedades locales se exhibieran. Fue un mecanismo a través del cual éstas se dejaron ver, unas más espectacularmente que las otras, pero todas en definitiva, se mostraron. Discursos, peticiones, leyendas en arcos de bienvenida y la participación en los desfiles ante la autoridad de diferentes instituciones de la ciudad, de sus autoridades y sujetos más característicos, por ejemplo, representaron un arma política en la medida que fueron capaces de llamar la atención, de impresionar al gobernante. En este sentido, la presencia de Balmaceda en la provincia y las dramatizaciones que ésta provocó, implicaron una dilatación de las formas de expresión de la sociedad ante el poder<sup>58</sup>.

Además, los viajes de Balmaceda y muchas de las actividades que en ellos se realizaron, hicieron posible una instancia que permitió integrar al género femenino a la vida pública de manera oficial. Su participación en manifestaciones populares y, en especial, en los bailes ofrecidos al gobernante, son una prueba de ello.

En otro plano, a través de la selección de sus acompañantes y del mayor o menor

---

<sup>58</sup> Es del caso llamar la atención respecto a que las fiestas a que dieron lugar las visitas del Jefe de Estado constituyeran también, al igual que lo que ocurre en los carnavales, instancias de liberación y de expresión popular, momentos en que las divisiones y las desigualdades son olvidadas, en que el pueblo en conjunto se deja llevar y se entrega a la diversión. En este sentido, también tendrían un alcance político en cuanto medios a través de los cuales el poder descomprime la presión social para, una vez concluida la celebración, volver a reforzar el orden, la autoridad, el modelo de sociedad existente. Sobre el carnaval y sus implicancias respecto del poder, véase Balandier, 1994, pp. 99-105.

contacto con diferentes miembros de las sociedades provincianas, Balmaceda utilizó sus viajes para distinguir a numerosos sujetos que, por el hecho de haber participado en las comitivas gubernamentales o tenido una estrecha relación con él, se vieron beneficiados social, económica o políticamente. Balmaceda creó así lazos directos con muchos de los agraciados por su voluntad, en una relación naturalmente beneficiosa para ambas partes. De esta forma los viajes representaron también un mecanismo para afianzar las relaciones entre el gobierno y quienes componían las sociedades provincianas.

Balmaceda en sus excursiones a la provincia buscó despertar un sentimiento de lealtad y de afecto político hacia su persona, pero también de pertenencia respecto de la nación. Los símbolos patrios, los rituales como los del embanderamiento y la interpretación de la Canción Nacional, los desfiles, la alusión a los máximos héroes nacionales, no sólo dan cuenta de la existencia de una identidad nacional que legitimaba la autoridad de quien encabezaba la nación. También favoreció la imagen política de quién motivaba tales expresiones, esto es, el presidente Balmaceda. Su presencia en medio de los símbolos nacionales, en tierras alejadas de todo, casi nunca visitadas por autoridad nacional alguna y en muchas ocasiones con motivo de una obra pública de importancia, no sólo provocó arranques de patriotismo, sino también entusiastas manifestaciones de apoyo hacia su persona.

Contribuyó también a afianzar la figura de Balmaceda en el imaginario popular el hecho que sus visitas dieron lugar a trabajos, preparativos y fiestas populares en las cuales las poblaciones participaron activamente.

Como se apreciará, en la época el "público" desempeñó un papel activo en las excursiones de Balmaceda. No sólo porque cooperó al financiamiento de las ceremonias planificadas, también porque colaboró entusiastamente en la decoración y engalanamiento de las ciudades y locales reservados para los actos públicos.

Incluso considerando las presiones y manipulaciones de las autoridades locales que recibían a Balmaceda, lo cierto es que en general hubo libertad para sumarse o no a los festejos,

transformándose así el pueblo en parte del espectáculo que propició la visita oficial<sup>59</sup>.

De esta forma, la evocación de las instancias previas, pero en especial de los festejos, permaneció en la memoria popular asociada a la imagen del gobernante, el cual, como bien sabemos, había tenido la prevención de pasearse por la ciudad, visitado sus principales establecimientos, tomado contacto con sus habitantes. En definitiva, se había hecho identificar como la razón última de actos y situaciones gratas, muy difíciles de olvidar.

Lo vistoso de las ceremonias y la asociación a momentos de esparcimiento, a feriados, a situaciones de poco común ocurrencia, como la iluminación de la ciudad, la elevación de globos o los fuegos artificiales, hicieron de la presencia de Balmaceda en la provincia un verdadero suceso. Ello explica que las fuentes coincidan que, en general, donde quiera que fuera el Jefe de Estado, aunque con las excepciones conocidas, fuera recibido con fervorosas demostraciones de simpatía, cuando no de júbilo.

Tales expresiones probablemente estuvieron motivadas además por la noción popular que veía en el Presidente a un verdadero salvador, al instrumento capaz de solucionar todos los problemas existentes. La imagen del gobernante dispensador de recursos, jefe de un Estado ahora muy bien dotado económicamente, jugó también su papel en favor de Balmaceda<sup>60</sup>. Por eso éste no escatimó ofrecimientos, soluciones y medios para atender a las demandas de las poblaciones visitadas, mostrándose en general bien dispuesto y receptivo.

Con ellas, entre ellas, accediendo a muchas de las demandas de sus anfitriones, Balmaceda se atrajo la opinión, la aceptación popular, la simpatía de poblaciones siempre carentes, normalmente olvidadas y, definitivamente algunas de ellas, alejadas de todo núcleo de decisiones.

---

<sup>59</sup> Pani, 1995, 449-450, nos muestra como durante el Segundo Imperio en México, Maximiliano y Carlota se sirvieron de la corte, las fiestas y los símbolos patrios con fines similares a los que hemos mostrado que utilizó Balmaceda. La autora también rescata el carácter popular de las manifestaciones, contrastándolo con las ceremonias del Porfiriato "que limitaban el papel del pueblo al de mero espectador".

<sup>60</sup> Un ejemplo del vigor de esta concepción la encontramos en el alegato de un periódico en favor de la reelección de su diputado, criticado, entre otras cosas, por su escasos logros para la provincia, en él se lee: "Si no ha pedido para nuestra provincia obras de gran aliento, es porque sabe que eso es más bien de la iniciativa del gobierno que de la buena voluntad aislada de un diputado". Véase *El Ferrocarril del Sur* del 24 de marzo de 1888.

Más tarde, al regreso, en la capital, distante de las promesas, Balmaceda y su entorno evaluaba qué de lo ofrecido se podría efectivamente materializar y qué se debería definitivamente olvidar.

Así, mientras Balmaceda borraba de su memoria muchos de los ofrecimientos realizados, en una operación simple y rápida; en medio de las poblaciones visitadas, él, Balmaceda, el pródigo gobernante, probablemente, sería muy difícilmente olvidado<sup>61</sup>. Así por lo menos se desprende de las nociones que la opinión se formó, pensó o, sencillamente, imaginó, que representaba el Presidente. En efecto, si Balmaceda fue recibido con entusiasmo y su presencia motivó la agitación que sabemos que provocó, fue porque para sus anfitriones la institución que él encarnaba y su personalidad en cuanto político liberal algo representaban, tenían un valor, un significado para la sociedad.

## EL VIAJE COMO ESPECTÁCULO

El estudio de los desplazamientos a la provincia de Balmaceda gobernante, nos permite afirmar que ellos en definitiva constituyeron una forma de representación del poder, lo cual, a su vez, demuestra que en la época que nos ocupó, como en todo período histórico, existió plena conciencia respecto del poder de la representación en la vida política<sup>62</sup>.

---

<sup>61</sup> Como es obvio, nuestro último análisis está referido a la forma en que Balmaceda supo sacar partido político de sus viajes por la provincia, independiente de si, en último término, entregó lo prometido. En rigor, si bien ofreció más recursos de los que en definitiva proporcionó, lo cierto es que gracias a la riqueza del erario nacional prácticamente no hubo lugar de la república que no se viera beneficiado por su realizadora administración, en especial, en lo relativo a obras ferroviarias. En este sentido, y en virtud de la poderosa representación del ferrocarril como símbolo e instrumento de civilización y progreso, Balmaceda, que inauguró numerosas obras ferroviarias, una vez más, se vio beneficiado en términos de imagen pública.

<sup>62</sup> Seguimos en este apartado los planteamientos de Balandier, 1994. Para este autor no hay lugar en el mundo en el que los resortes del poder no se revelen idénticos y en el que los dirigentes no recurran, una y otra vez, a símbolos, ceremonias y ritos. También nos ha resultado útil el texto de Burke, 1995. En éste, y a partir de la iconografía relativa a Luis XIV, se analiza la fabricación de una imagen política, los elementos de propaganda, la manipulación de los medios de comunicación, etc., comprometidos en un proceso de esas características. De interés nos fue también la obra de García Simon, 1995, referida a Carlos V. Nos hemos servido, además, de la obra de Strong, 1988, relativa a las representaciones del poder en el Renacimiento. Por último, algunos de los trabajos contenidos en *Historia Mexicana* (178), 1995, dedicado a los rituales cívicos del México republicano, también nos fueron de gran provecho. Todos los nombrados, a pesar de analizar otras épocas y circunstancias,

En efecto, creemos que luego de haber descrito y analizado los componentes y características esenciales de los viajes de Balmaceda, es posible sostener que la mayor parte de ellos, en esencia, fueron una dramatización del poder cuyo objetivo fundamental fue el de suscitar imágenes políticas destinadas a producir efecto en la opinión pública y entre los sujetos que componían la sociedad.

Lo dicho supone aceptar que entre el arte de gobernar y el arte de la escena existe una relación íntima, y que todo sistema de poder contiene dispositivos orientados a generar consecuencias en el imaginario de los gobernados. De esta forma, el gobernante debe comportarse como un actor político si es que aspira a conquistar, acrecentar o conservar el poder. Resultado de lo cual su imagen, las apariencias que provoca, deberán adecuarse, corresponder a lo que la ciudadanía espera encontrar en él. Así, el consentimiento, el apoyo, la confianza de la opinión resultará, en gran medida, de las ilusiones producidas<sup>63</sup>.

Por medio de sus excursiones fuera de Santiago y a través de mecanismos como la oratoria y el dejarse ver en público, Balmaceda intentó transformar el imaginario, esto es, el poder representado por el Presidente de la República, en presencia que provocaba obediencia, simpatía, cuando no adhesión. En una sociedad sometida a "la dictadura de la voz", el uso de la palabra y del discurso le permitieron a Balmaceda adquirir un poder prácticamente teatral al estar fundado, entre otros mecanismos, en la aceptación inmediata de la palabra pronunciada, en este caso, y no poco importante, por la personificación suprema del Estado.

En este contexto, y como se aprecia en la descripción de sus visitas a la provincia, Balmaceda desempeñó el papel de un gran actor político que influyó, dirigió y condicionó el mundo real por medio del imaginario, de las representaciones existentes en la sociedad respecto de su figura, de lo que él encarnaba en cuanto Presidente de la República. El mismo se convirtió en espectáculo, en sujeto-objeto de observación y de adhesión al representar el papel de Jefe de Estado. Así, por ejemplo, es posible percibirlo en la mayor parte de sus entradas en

---

nos ilustraron y nos abrieron perspectivas de análisis inéditas que, esperamos, hayan hecho más comprensible nuestro objeto de estudio.

<sup>63</sup> Véase Balandier, 1994, pp. 15-16.

las poblaciones visitadas, todas ellas, verdaderas puestas en escenas centradas en su persona-institución.

El Balmaceda que arribó a una población de la provincia no era un político cualquiera, era el Presidente de la República, aquel que podía hacer uso de los símbolos y de su ordenamiento en un cuadro ceremonial que lo tuvo a él como protagonista. Dicha situación, en último término, contribuyó a su legitimación ante la opinión, especialmente en momentos, como los de su administración, en que la Presidencia de la República estuvo envuelta en una controversia por el poder con el Congreso Nacional.

La dramaturgia política dispuesta en la mayor parte de los desplazamientos de Balmaceda pretendió traducir, representar, la formulación republicana del Estado. En virtud de ella el escenario, prácticamente copado por la figura presidencial, se convirtió en manifestación de los valores republicanos y nacionales. Por eso en la mayor parte de las ceremonias que Balmaceda encabezó en la provincia se interpretó la Canción Nacional y se engalanaron las calles con la bandera nacional y el escudo patrio; se ofrecieron honores militares, hubo desfiles de tropas, de escolares, bomberos e instituciones representativas; discursos histórico-patrióticos e, incluso, en ocasiones, fue posible apreciar la banda presidencial terciada sobre el Jefe de Estado. Todos ellos, elementos que simbolizaban la nación-república chilena, cuya cabeza era entonces el presidente Balmaceda<sup>64</sup>.

Las imágenes y símbolos utilizados en las representaciones estudiadas, muestran que el Balmaceda gobernante acudió a una herencia histórica y cultural en virtud de la cual los sujetos que participaron de ellas, tanto como los que las presenciaron o conocieron a través de la prensa, se sintieron partícipes<sup>65</sup>. Ellas representaron, tal como ha ocurrido en otras épocas y sociedades, una especie de reserva instrumental a disposición y al servicio de las necesidades

---

<sup>64</sup> La representación permitió a Balmaceda, hasta promediar su mandato, identificarse con el modelo de autoridad existente en el país, aquel que lo señalaba como el principal garante del régimen republicano y el máximo representante de la unidad nacional. Entonces se convertía en la institución, la idea, de la cual él no era sino un reflejo material, corporal. Véase *infra*, capítulo VIII.

<sup>65</sup> Además de lo dicho, es preciso considerar, siguiendo a Habermas, 1994, pp. 46-47, que la representación sólo puede darse en la esfera pública, puesto que no hay representación que pudiera considerarse "asunto privado".

del poder, el cual, normalmente, tiene el privilegio de administrarlas, como lo demuestra el caso de Balmaceda.

Incluso en el caso de Balmaceda la teatralidad política se extremó cuando éste, en un acto absolutamente dramático e inédito en la historia nacional, terminó sus días disparándose un tiro en la sien, dando con ello ocasión al surgimiento del mito del héroe. Como ha sido asentado, la autoridad del héroe es todavía más espectacular que la que engendra la teatralidad rutinaria y sin sobresaltos, como la de un desplazamiento por la provincia, pues, en último término, es la autoridad moral derivada de la fuerza dramática y testimonial de una acción que, en el caso que nos ocupa, es, además, final<sup>66</sup>.

En este contexto, Balmaceda con su suicidio dio clara muestra de saber utilizar la sorpresa, de conocer las fuerzas históricas que animan las voluntades, de tal forma que su manifestación última, al fin y al cabo una expresión de poder, provocó la impresión que él buscó, proyectarse hacia la eternidad<sup>67</sup>. Fue la transformación de la escena política en teatro trágico, en el que su muerte física hizo posible su inmortalidad en cuanto ejemplo moral, como custodio de la forma y de los valores supremos de la sociedad; esto es, los principios republicanos.

Pero, independiente de su acto final, Balmaceda actuó en una sociedad en que las potencialidades dramáticas estaban limitadas por modos cada vez más participativos, establecidos sobre la base del principio de la representación y según los cuales el poder resultaba de la regla mayoritaria. En este contexto, el arte de la persuasión, del debate, la capacidad para crear efectos que favorecieran la identificación del representado con el representante, resultaban esenciales. De ahí la importancia de las nuevas técnicas puestas a disposición de la dramaturgia política como las elecciones, los medios de comunicación, la propaganda y las consultas a la opinión.

A través de ellos, los políticos, incluidos los gobernantes como Balmaceda, reforzaron la producción de apariencias depositando gran parte de su suerte, de su destino político, en la

---

<sup>66</sup> Sobre el mito del héroe, véase Balandier, 1994.

<sup>67</sup> Similar propósito se aprecia en el suicidio de Salvador Allende en 1973.

calidad de la imagen pública que fueron capaces de generar. Imagen que, por otra parte, dependió de manera significativa de las obras que emprendieron. Lo dicho hace comprensible el empeño de Balmaceda por impulsar y ligar su administración con trabajos de progreso nacional<sup>68</sup>.

Esta actitud explica la transformación del Estado en la administración Balmaceda en "Estado-espectáculo", en teatro de ilusiones cuya cabeza, el Jefe de Estado, representó el papel de encantador itinerante, siempre bienvenido, no sólo por la fiesta que representó su visita; especialmente, por las ventajas que ésta podía significar para la población anfitriona<sup>69</sup>.

De esta forma, el poder político, es decir el presidente Balmaceda, acabó obteniendo la subordinación y adhesión también por medio de la teatralidad, la cual, en último término, representó también a la sociedad gobernada<sup>70</sup>. Ésta se ofreció como emanación suya, devolviéndole a la sociedad una imagen de sí idealizada y aceptable, normalmente magnificada pues las expresiones del poder, en general, se adaptaron mal a la simplicidad, siendo la grandeza, la ostentación, la etiqueta o el fasto, el ceremonial o el protocolo lo que las caracteriza.

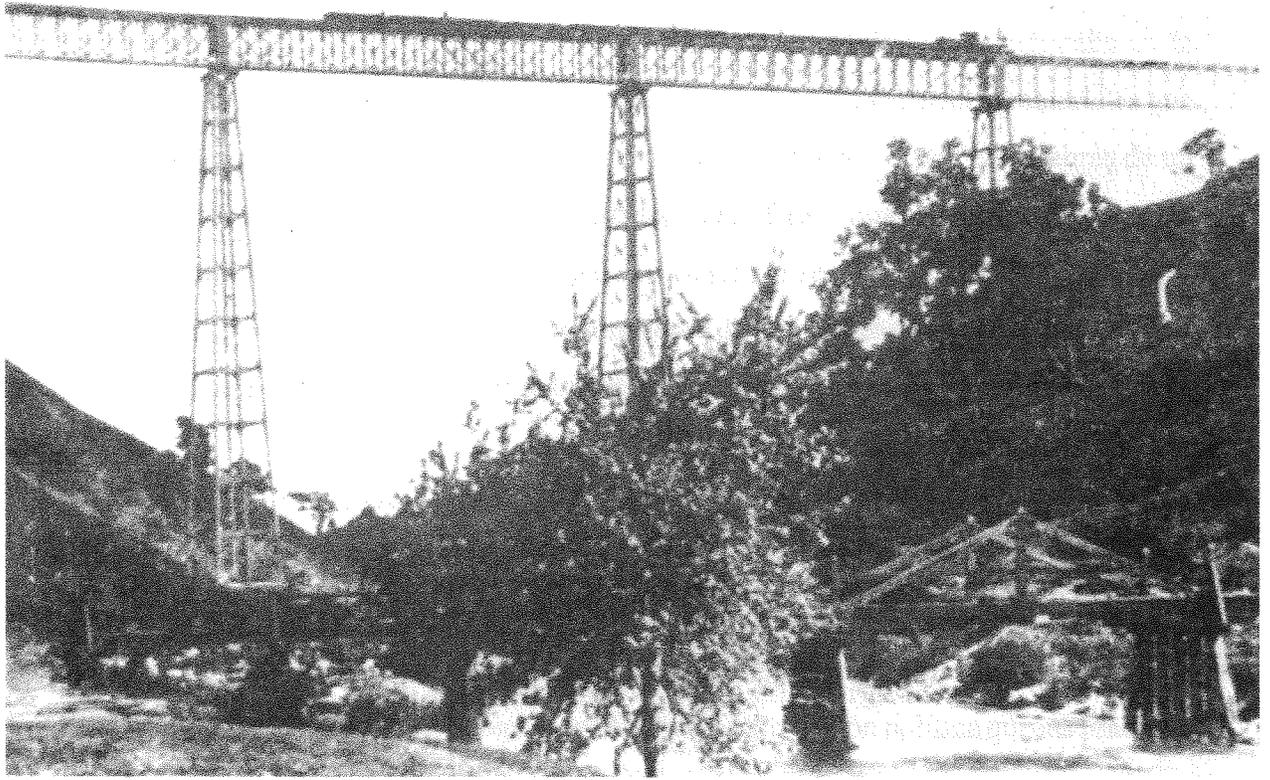
Así, las ceremonias de embarque y desembarque, los actos emotivos, las largas comitivas, los carruajes presidenciales de origen francés, entre otros, no fueron más que algunos de los medios utilizados por Balmaceda para impresionar y cautivar, para hacer partícipe a las poblaciones de la gran representación que fueron sus desplazamientos a la

---

<sup>68</sup> La realidad experimentada por Balmaceda fue muy diferente de la existente veinte años antes que éste entrara a desempeñar tareas de gobierno. Entonces los gobernantes actuaban sin, aparentemente, mayores cuidados para con su imagen. Incluso más, algunos de ellos, sin hacer nada en particular, parecen haberse beneficiado de la negativa opinión existente sobre sus antecesores. En 1861, por ejemplo, el recién asumido presidente José Joaquín Pérez, que sucedió al extremadamente autoritario Montt, se trasladó a Valparaíso; ciudad a la que entró, nos relatan, en coche abierto, siendo recibido en la plaza Victoria por "una gran muchedumbre de pie que lo aclamaba". De acuerdo con nuestra fuente, "la felicidad de la gente no tenía límites al verse, mediante la nueva política adoptada por Pérez, libre de asonadas, conspiraciones y revueltas por una parte, y de nuevas persecuciones, destierros y carcelazos por la otra". Véase Subercaseaux, 1936, I, pp. 35-36.

<sup>69</sup> La noción de "Estado espectáculo", en Balandier, 1994, pp. 20-22.

<sup>70</sup> Véase como ejemplo de lo mencionado el análisis de la cara y fotografías de Balmaceda, en Devés Valdés, 1992.



Viaducto del Malleco.  
Inaugurado por el presidente Balmaceda en 1890.

provincia.

Pero Balmaceda comprendió también que el poderío político se manifestaba en la duración, inmortalizado, entre otros medios, en materia imperecedera, en obras materiales que ofrecieran un ejemplo de su "personalidad" y ambición de progreso. Tuvo, en palabras de un colaborador, "la vanidad de las grandes construcciones. Creía ligar su nombre todos los edificios que hacía levantar"<sup>71</sup>. De ahí el empeño en concretar su programa de obras públicas, cuya expresión más espectacular fue esa verdadera obra de arte que es el viaducto del Malleco, según él: "una construcción estimada entre todas las de su género como una de las primeras del mundo"<sup>72</sup>.

Todavía más, y siguiendo con lo que puede ser considerado una máxima de todo poder, Balmaceda también tuvo la pretensión de modificar, de acuerdo con las exigencias de las relaciones económicas, sociales y políticas de las cuales su administración formó parte, los espacios, los territorios sobre los cuales actuó. Tal aspiración explica sus constantes salidas a la provincia chilena, las obras que inauguró en ellas y la participación política que las prácticas puestas en uso por él dieron a quienes habitaban fuera de la capital.

En este afán balmacedista por cambiar el país especial significación tuvieron las líneas férreas. Por ello afirmó refiriéndose a Chile, "si la naturaleza nos dividió de la región oriental por la muralla de piedra, si el mar nos separa del mundo, ofreciéndonos una huella de comercio tan ancha y barata como el océano, debemos completar la obra de la naturaleza unificando y extendiendo la viabilidad al interior del territorio"<sup>73</sup>. En este contexto, los ferrocarriles representaron no sólo un instrumento de la intervención del Estado en la economía, un medio

---

<sup>71</sup> Véase Velasco 1922-1923, pp. 40-41. Según este cronista, la aspiración de Balmaceda fue "un error profundo" pues las edificaciones no se levantaban "con su propio dinero, sino con el de todo el mundo, y las posteridad olvida muy prontamente al que para hacer una construcción no ha tenido más que decretarla".

Más allá de la certeza o no del juicio de nuestra fuente, lo cierto es que el mismo refleja que para la sociedad de su época, la práctica y el estilo de Balmaceda resultó reprochable y una fuente de críticas en su contra.

<sup>72</sup> Las palabras de Balmaceda demuestran que tuvo plena conciencia del significado de impulsar obras como aquella.

<sup>73</sup> Véase su discurso en la ceremonia de inauguración de los trabajos del ferrocarril de Angol a Traiguén en *La Libertad* del 29 de enero de 1884.

a través del cual promover el progreso nacional, además, uno de los recursos fundamentales para resistir los asaltos del tiempo, la base de la pretensión de Balmaceda de ser considerado por la eternidad. Recordemos que fue en la inauguración del viaducto del Malleco que afirmó, categórico y exuberante: "Este grandioso monumento marcará a las generaciones venideras la época en que los chilenos sacudieron su tradicional timidez y apatía y emprendieron la obra de un nuevo y sólido engrandecimiento".

Como se apreciará, la aspiración de Balmaceda fundada en sus líneas y obras ferroviarias, no se limitó a la modificación del paisaje geográfico, también pretendió relacionarse con un cambio de la mentalidad nacional.

De esta forma, y considerando que en cada época el poder busca expresarse a través de obras materiales, por medio de sitios o edificios que expresen su naturaleza, que impongan su carácter mejor de lo que podría hacerlo cualquier discurso o explicación, el viaducto del Malleco, en particular, y las obras ferroviarias, en general, fueron para Balmaceda y su régimen su máxima expresión de poder, el espacio, la construcción simbólica que manifiesta la, tal vez, suprema aspiración del Presidente, esto es, la de hacer de Chile un país moderno, pasando él a la historia como el Mandatario que encabezó dicho tránsito<sup>74</sup>. No por nada alguna vez afirmó, luego de hacer un breve recuento de las obras materiales emprendidas por su administración: "los gobiernos que hacen el bien son superiores a las vicisitudes humanas. Las obras buenas son eternas"<sup>75</sup>.

Pero junto al espectáculo visual que en ocasiones por sí solo hacía innecesarias las palabras, como por ejemplo lo fue la observación de alguna de las grandes obras ingenieriles inauguradas por Balmaceda, éste también fue capaz de desarrollar un lenguaje propio, una expresión verbal del poder que encarnaba.

Balmaceda generó una retórica particular, es decir, recurrió a un léxico específico, a fórmulas y estereotipos, a reglas y modos de argumentación relacionados con la tareas del

---

<sup>74</sup> En sus fotografías, Balmaceda, como los políticos de su época, pretendieron mostrar también un país moderno. Véase Devés Valdés, 1992. También *infra* pp. .

<sup>75</sup> Véase su discurso en la inauguración de la vía férrea de Collipulli a Victoria en *La Nación* del 29 de octubre de 1890.

régimen liberal que pretendía encabezar y con el engrandecimiento económico del país que aspiraba a materializar.

Tales usos identifican su régimen desde el momento que lo constituyen parcialmente y contribuyen a dotarlo de un estilo que, en su caso, es el de la actividad, el del progreso material de Chile. Al igual que otras personalidades de la historia, Balmaceda fue capaz de imponer la marca de su palabra al Estado que conducía. Fue un estilista del verbo y del gesto que por medio de la palabra, a través de su fuerza y sus efectos, ilusionó lo real hasta lograr que sus ideas sobre la modernidad nacional acabaran cobrando vida. Balmaceda manipuló la realidad hasta hacer de ella parte de la teatralidad y la ambigüedad de su política<sup>76</sup>.

El lenguaje del poder en Balmaceda, que por lo demás hace manifiesta las diferencias entre un antes y un después de su gobierno, se revela como válido al margen de la vida inmediata, de la trivialidad cotidiana. Con las alusiones a la historia nacional y a las consecuencias de su administración, remite a un más allá, en dirección al pasado y/o al porvenir; a los fundadores, a una carta inicial y a sus principios, a una prospectiva que impone la gestión del futuro.

El presidente Balmaceda forma parte de lo que su época cree es una sociedad moderna y, por tanto, de aquellas en que el espectáculo resulta esencial en cuanto manifestación pública del poder. En su caso, y como se aprecia al estudiar sus viajes por el país, su escenario es el territorio nacional, en él se produce la dramatización de su quehacer como gobernante. La mayor parte de sus actividades en la provincia, especialmente aquellas que dieron ocasión a la participación de la población en masa y al despliegue de decorados patrióticos, pueden ser interpretadas como instrumentos de poder, celebraciones, fiestas, ceremonias en las cuales se produjo la transposición dramática de los valores y principios que el gobernante representaba.

En una sociedad como la chilena del último tercio del siglo XIX, impregnada de nacionalismo y exitismo, en la cual el Estado impone a la conciencia colectiva la que podríamos considerar una representación global de la sociedad, ésta refleja los objetivos y

---

<sup>76</sup> Véase Balandier, 1994, p. 28.

aspiraciones del Estado. Así, el centro del espectáculo es el Presidente de la República, el Jefe de Estado, el garante del orden, la máxima autoridad de la nación.

Es él quien, en cuanto encarnación de la Presidencia de la República, se ofrece como objeto de admiración y de orgullo de los chilenos. Por eso Balmaceda se desplaza, se pasea por el país, siendo su objetivo no sólo el público que podía apreciarlo directamente, es decir aquel que aportaba su presencia y participación en los actos que encabezaba, también, aquel otro, el invisible y disperso que a través de la prensa recibía las imágenes, y cuya significación política se encontraba en su número. A ambos buscaban cautivarlos, a través de los sentidos y por medio de una escenografía llamativa, en ocasiones, deslumbrante, las representaciones, las prácticas del poder.

Como para alcanzar dicho objetivo los recursos tradicionales no bastaban, Balmaceda inició la práctica sistemática de salir de La Moneda, de dejarse ver, de mostrarse por el país en medio de la aclamación mayoritaria de la población. Cabeza de un Estado moderno, Balmaceda al igual que el Príncipe del florentino, calculó que para desempeñar su papel requeriría de todos los resortes al alcance del poder. Esta actitud es significativa si se considera que en razón de ella Balmaceda relegó a un segundo plano, cuando no olvidó, su calidad de persona privada, postergando, como su suicidio lo demuestra, su propia salvación personal frente a las necesidades de la *res política*<sup>77</sup>.

Si el propio Balmaceda se concibió como el primer servidor de Chile y el depositario de la confianza popular para conducir al país por la senda del progreso y de su engrandecimiento, a la vez que postuló un Estado realizador, activo partícipe de la vida nacional, no debe sorprender que él, en cuanto máxima autoridad, sea el protagonista de una representación de la sociedad en la que la nación se constituye gracias a la acción de un Estado.

El gobierno de Balmaceda generó sus propias imágenes y espectáculos representativos

---

<sup>77</sup> Más todavía, tal concepción permitiría explicar algunas de las actuaciones de este gobernante, muchas de ellas en el límite de la ley o más allá de las prácticas políticas aceptadas en su época. En efecto, no siendo hombre común, el príncipe no podía ni debía estar sometido a las normas morales y de conducta aplicables al resto de los mortales. Naturalmente, tal noción era irreconciliable con la que parece ser la idea de los opositores a Balmaceda, esto es, la de que el poder no sólo debe aparentar la virtud, sino que ejercerla realmente.

de su imaginario. Ellos fueron concebidos como liturgias civiles, fiestas en las cuales poner en escena los componentes esenciales de la sociedad y de la administración con el propósito de exponerlos y apreciarlos, pero también, manifestarles su adhesión<sup>78</sup>. En este contexto, como hemos podido apreciar, fue la figura del Presidente de la República la que, en primera instancia, resultó más beneficiada.

Como se habrá advertido, Balmaceda una vez en el poder se fue situando progresivamente en escena, demostrando su poderío y fortaleza, especialmente económica; aprovechando los festejos y solemnidades histórico-patrióticas; las obras públicas; las cuestiones que interesaban a la sociedad. Acompañado de sus comitivas, formó verdaderos cortejos cívicos destinados a impresionar a las poblaciones visitadas, a demostrar su autoridad y, en virtud de todo lo expuesto, captar la adhesión de la opinión.

La mayor parte de las recepciones de las que fue objeto, de sus entradas gubernamentales, representaron verdaderas exaltaciones de la Presidencia y su misión. En ellas Balmaceda se mostró en su doble condición de Jefe de Estado y de político liberal. Como expresión de la nación, a la vez que estadista moderno, reconocido por sus afanes de progreso. De esta forma, los temas, los símbolos, los actos, el contenido de los discursos pronunciados en sus visitas, están referidos al poder y a la autoridad que éste tiene sobre la república.

Ésta, como hemos apreciado, no sólo emanaba de la voluntad popular o de la riqueza del erario público, también de la continuidad histórica que la nación representaba en la Presidencia. O'Higgins-Prat-Vicuña Mackenna-Balmaceda, fueron algunos de los nombres contenidos en las leyendas ofrecidas a Balmaceda a su paso por la provincia<sup>79</sup>.

El decorado de las calles, los motivos de los arcos de bienvenida, los conceptos de los

<sup>78</sup> Alberro, 1995, p. 187, señala que la práctica política republicana recurrió a "rituales" y "liturgias" inspiradas en los sistemas religiosos para, entre otros, "fijar en las mentes y los corazones las ideas e imágenes que afianzasen un mensaje determinado". Según Balandier, 1994, p. 35, si bien las sociedades modernas han cambiado el modo de representación del poder pues han sufrido los efectos de la laicización, en lo esencial, todo permanece igual.

<sup>79</sup> En Chillán un orador solicitó a Balmaceda "la merced de disculpar mi atrevimiento y poder repetir aquí una estrofa que fue dedicada a O'Higgins" y cuyos primeros versos: "Gloria a O'Higgins, el gran ciudadano/ En cuya alma no cupo ambición", constituye un ejemplo muy expresivo de las asociaciones que la población realizaba. Véase *La Tribuna* del 12 de septiembre de 1888.

editoriales de los medios de comunicación, entre los más significativos, proclamaban el respeto, la simpatía, cuando no la adhesión que despertó la figura del Jefe de Estado.

Gobernante que, al pasearse en larga y llamativa procesión, mostrarse con aparato junto a un cortejo republicano en el que figuraban autoridades de todo orden, ofreció una representación de una magnitud tal que la ciudad entera que asistía a ella se veía involucrada, entrando a formar parte del espectáculo, transformándose la población en el escenario de una acción política de múltiples facetas.

A través de ella se afirmaba la imagen pública del Presidente de la República, se exhibía su poderío, se alentaba a colaborar y continuar con la obra de progreso emprendida por el Jefe de Estado, se ofrecía la imagen de una nación integrada por la figura del Primer Mandatario. Pero, y en definitiva, también por medio de la representación se subordinaba a través de un espectáculo que se repetía una y otra vez en cada población visitada por Balmaceda.

De esta forma, los ciudadanos, al igual que los súbditos de las monarquías renacentistas, fueron objeto del poderoso efecto del espectáculo, tal vez uno de los medios más efectivos de desplegar estrategias políticas<sup>80</sup>.

Es preciso no olvidar, además, que a través de las ceremonias que protagonizó el presidente Balmaceda los ciudadanos también se representaron, se hicieron partícipes con sus intereses, diferencias sociales y aspiraciones<sup>81</sup>. Aunque todos, siempre, mostrándose como parte de un ente mayor, Chile, el país representado por su magistrado supremo que, en todo caso, en su discurso les recordaba su pertenencia original a la nación.

La población visitada, a su vez y por lo general "se dio", se entregó mayoritariamente al gobernante, le manifestó su compromiso para con su política. A cambio de ello, y en un

---

<sup>80</sup> Véanse los ejemplos relativos a Enrique II en Francia y a las entradas italianas de Carlos V el monarca español de origen alemán en Balandier, 1994, pp. 37-39. También en Strong, 1988. Este autor estudia las que llama "entradas reales" como un ritual que abarcaba a toda la sociedad, un espectáculo que reflejaba el creciente poder del príncipe.

<sup>81</sup> Esta representación no sólo fue simbólica, recordemos que en muchas ocasiones se tomaron fotografías de los actos y de las personas que formaron parte de ellos.



Considerando que la repartición de medallas o la colocación de placas no fue poco frecuente durante la presidencia de Balmaceda, se advertirá el sentido histórico, de trascendencia histórica, existente tras su elaboración. En especial si se toma en cuenta que muchas de ellas llevaban el nombre o el perfil de Balmaceda, cuando no ambos. En la placa conmemorativa de la inauguración del Viaducto del Malleco, puede leerse:

«Construido durante la  
Presidencia del Excmo. Señor  
Don José Manuel Balmaceda  
Según los planos del Ingeniero  
Don V. Aurelio Lastarria  
i bajo la Dirección del ingeniero  
Don Eduardo Vigneaux  
Principiado ... de marzo 1889  
Concluido e inaugurado 26 de  
octubre. Constructores  
Señores Scheneider i C<sup>os</sup>»

Como se aprecia, la leyenda que alude directamente a la personalidad que encabezaba la administración que la construyó y entregó al uso público.  
(Fotografía del autor)

fenómeno de doble faz, reivindicó sus intereses, buscó amparo para sus privilegios o protección para sus actividades disminuidas. Educó a la autoridad sobre la forma de ganarse su adhesión. Lo instruyó a través de metáforas, alegorías y espectáculos, pero también, en ocasiones, a través del uso de un lenguaje directo, tanto en los discursos que se pronunciaron en su presencia, como en los escritos de peticiones que se le hicieron llegar durante su estadía. En este contexto, la visita gubernamental constituyó un vehículo para el diálogo entre la autoridad y las poblaciones ciudadanas. Un instrumento muy útil en una sociedad que, como se ha señalado, mostraba un evidente incremento de su población urbana<sup>82</sup>.

Así, a través de la dramatización política que los desplazamientos de Balmaceda representaron, se consagraron, se conmemoraron, se difundieron ideas, se reclamaron adhesiones, se expusieron reivindicaciones. Ellas dieron oportunidad para evocar las libertades políticas conquistadas, los adelantos materiales introducidos, los progresos alcanzados y, especialmente, el porvenir que esperaba al país de continuar éste bajo la política trazada. Todo, en medio del recuerdo de hazañas pasadas y del homenaje a los héroes patrios más reconocidos.

Ello representa una manifestación más de la práctica de la religión política con sus fiestas nacionales, conmemoraciones y celebraciones patrióticas a veces vinculadas a las ceremonias políticas y partidistas o a la persona del gobernante, a través de la cual la sociedad es conducida a su propio culto. Así, el pueblo soberano es sometido a su vez a un soberano metafórico, la patria, las instituciones republicanas del que el poder no es otra cosa que el vicario.

Éste impone una imagen, por ejemplo de progreso y libertad en el caso de Balmaceda, que al no estar del todo conforme con la realidad existente en la época, lleva a la necesidad de producir efectos a través de, entre otros medios, sus viajes a la provincia chilena. Ellos asumen una función compensatoria de las carencias existentes al proyectar una imagen dinámica,

---

<sup>82</sup> Los desplazamientos de Balmaceda alcanzan su máxima expresión en los centros poblados. Los viajes, en cuanto práctica política moderna, están referidos a las ciudades. El ámbito donde la opinión pública se delinea más claramente.

realizadora y popular de una sociedad y un gobernante que, a pesar de sus autorrepresentaciones, todavía no alcanzaba la modernidad. En especial, en aquellos momentos en que Balmaceda comienza a percibir que su base de sustento político muestra evidentes signos de erosión.

Todo lo dicho explica que alguna vez Balmaceda afirmara, confiado en su obra, que abrigaba un antiguo y profundo convencimiento "que el tiempo y la experiencia del gobierno han robustecido", y éste no era otro "que los gobiernos más débiles son los que más se empeñan en ser fuertes por el ejercicio incesante de la autoridad"; en tanto que "los gobiernos más fuertes son los que con más fe y energía se abandonan en brazos de la opinión pública, y se constituyen en simples ejecutores de la voluntad y de los designios del pueblo"<sup>83</sup>.

Creemos que tal vez la intención política no fue lo que la mayoría de nuestros lectores esperaba encontrar al adentrarse en los viajes de Balmaceda a la provincia. Sin embargo, luego de su conocimiento y comprensión, lo más probable es que el carácter político de ellos no sorprenda y, por el contrario, parezca evidente. En nada diferente de lo que es posible apreciar en los políticos contemporáneos<sup>84</sup>.

Si como se ha sostenido, "todo universo político es un escenario, o más en general, un espacio dramático en que se crean efectos", lo cierto es que ello no significa que las técnicas destinadas para tal fin se mantengan invariables, pues ellas se modifican en función de los distintos tipos de sociedad<sup>85</sup>. Así, si cada régimen recurre a diferentes medios para mantener la sacralización de la que hacen objeto al poder, resulta pertinente identificar y hacer comprensible los instrumentos utilizados en la época de Balmaceda.

Inspirados en la política de la imagen, y por lo tanto con reminiscencias inevitables al arte del espectáculo, los viajes de Balmaceda constituyen una forma de asociar el poder no sólo a instituciones de carácter histórico, también a un personaje cuya presencia debe ser capaz de

<sup>83</sup> Véase su discurso en el banquete de despedida que el pueblo de Valparaíso ofreció a su Intendente Eulogio Altamirano, en *El Ferrocarril* del 9 de marzo de 1884.

<sup>84</sup> Strong, 1988, p. 20, aludiendo a los festivales y a la magnificencia renacentista afirma: "el hecho de que la política sea lo último que se nos pasaría por la cabeza al examinar estas deslumbrantes representaciones trescientos años más tarde, nos da una idea de hasta que punto nos hemos alejado de esa forma de pensar".

<sup>85</sup> Balandier, 1994, p. 119.

atraer hacia sí la más amplia adhesión.

Por último, el fin de Balmaceda demuestra que si bien en algún momento sus prácticas políticas le significaron la mayoritaria adhesión de la ciudadanía, lo cierto es que cuando ella percibió que tras ellas se escondía la intención oficial de prolongar la costumbre de designar a su sucesor en el poder, ésta, en cuanto opinión pública, reaccionó desfavorablemente. A través del mismo instrumento utilizado por Balmaceda para obtener la adhesión popular, es decir, manifestándose, ahora en su contra, a su paso por la provincia.

En este contexto, el tema de la sucesión presidencial no fue más que la excusa para desatar una campaña de opinión que mostraba al Jefe de Estado como un elemento que con sus conductas no sólo se mostraba ajeno a la tradición nacional, sino que, y más importante todavía, ponía en riesgo la tradición republicana y libertaria del país.

En efecto, la actitud de Balmaceda de apelar directamente a la ciudadanía y al pueblo; de prodigarle recursos y satisfacer sus necesidades sin, aparentemente, tomar en cuenta la mayoría opositora del Congreso Nacional, en último término, y como los testimonios revisados lo demuestran, fue apreciada como una práctica peligrosa no sólo para el predominio de la élite dirigente que combatió a Balmaceda, también para el sistema político que ella pretendió salvaguardar resistiendo al Jefe de Estado.



## CONCLUSIONES

Tres son los niveles de reflexión que a continuación ofreceremos para concluir con la investigación desarrollada. En el primero, abordaremos el sentido que Balmaceda dio a sus viajes por el país. El segundo dice relación con el significado de las excursiones gubernamentales en el contexto de la época en que ellas ocurrieron. El tercero, proyecta los fenómenos históricos que se expresan a través de los desplazamientos oficiales estudiados en el espectro más amplio de la historia de Chile republicano.

En relación al protagonista de los viajes estudiados, creemos haber demostrado que ellos representan, en sí mismos, como objeto material, una forma de hacer política inédita en el país a través de la cual el gobernante pretendió satisfacer los requerimientos y desafíos planteados por la evolución económica y social, política y cultural del Chile del siglo XIX.

Con su práctica de desplazarse a las provincias, Balmaceda no sólo reconoció la ampliación del ámbito territorial en el cual se desenvolvía la vida nacional, además, sustrajo la acción política del reservado ámbito de acción del eje Santiago/Valparaíso y del estrecho círculo adyacente a La Moneda. En lo que consideramos un intento consciente por ampliar la base que otorgaba legitimidad al ejercicio del poder al conjunto de los actores políticos, sociales y económicos surgidos como consecuencia del proceso de expansión nacional.

Lo anterior, es significativo si se considera que la nueva práctica política puesta en uso por Balmaceda se materializó justo en el momento en que la evolución política debida al liberalismo, había disminuido sensiblemente el poder del Jefe de Estado en favor de la representación asentada en el Congreso Nacional.

Así, y como hemos probado, Balmaceda practicó una forma de hacer política más directa; indispensable para captar la adhesión, la simpatía y la voluntad de una población que en virtud del desenvolvimiento nacional, ya no era posible controlar sólo desde Santiago a través de los agentes naturales de la Presidencia. Que, en definitiva, había llegado a conformar una opinión pública cada vez más heterogénea y diversificada social, política y, muy significativo, espacialmente.

Provisto de un discurso sobre el destino del país y de un proyecto material de desarrollo, tanto como de los recursos necesarios para intentar alcanzar los objetivos que se había planteado, el Presidente hizo de sus desplazamientos a la provincia una instancia de representación de la realidad nacional que la mayor parte de sus contemporáneos apreciaban como positiva y exitosa en el concierto latinoamericano. Ello, sin perjuicio de transformar sus excursiones en instrumento de su política de descentralización de la riqueza, uno de los componentes esenciales de su afán por contribuir al desenvolvimiento de Chile sobre bases sólidas y perdurables.

En el contexto mencionado, Balmaceda aprovechó la bonanza económica experimentada por el país para pasearse por el territorio nacional como la cabeza de un Estado fuerte, sólido y realizador. Con ello, no sólo dio oportunidad a que sectores de la sociedad que normalmente no habían figurado en el quehacer político nacional se expresaran; también fortaleció la imagen de un Jefe de Estado disminuido por la creciente importancia política del Congreso Nacional. De este modo, y gracias a las manifestaciones de las que fue objeto, el presidente Balmaceda apareció ante la opinión como una figura con una influencia política muy superior a la de los sectores agrupados en el Legislativo, hecho que, naturalmente, contradecía la tendencia de su tiempo.

Para su época, los desplazamientos a la provincia de Balmaceda representan la culminación de, a lo menos, dos fenómenos históricos. En primer término, el de la propia evolución del viaje gubernamental que, de una concepción eminentemente utilitaria en términos de la administración del Estado, se desenvuelve hacia una noción asociada a los objetivos políticos del gobernante en cuanto actor político sometido al juicio de la opinión y en competencia con otros actores políticos.

Si Balmaceda tuvo tantas oportunidades de desplazarse por el país fue porque además de político era el gobernante de un Estado en expansión en el que la urgencia de atender a variados asuntos propios de una sociedad dinámica, heterogénea y espacialmente diversificada, alentaron las excursiones gubernamentales que, además, Balmaceda utilizó para hacer política en favor de sus intereses, de su administración o de los sectores liberales que representaba.

En segundo lugar, y asociado con lo anterior, las excursiones de Balmaceda responden al evidente desenvolvimiento político experimentado por el país a lo largo del siglo XIX. En virtud del mismo, la dilatación de la ciudadanía como la consolidación de la opinión pública fomentaron la competencia política, obligando a los principales actores en lucha por el poder a variar sus usos y costumbres, cuando no a superponer a las prácticas tradicionales nuevas prácticas como las de las campañas y, en especial, los viajes encabezados por Balmaceda.

La presencia del gobernante en la provincia muestra también la evolución experimentada en el largo plazo por la institución Presidencia de la República como consecuencia del desarrollo político del país. En el último tercio del siglo XIX, apreciamos cómo el Jefe de Estado se ha visto impelido a abandonar su espacio tradicional de ejercicio del poder, La Moneda, para lanzarse a la captura de simpatías y adhesiones que le permitieran legitimar sus políticas y, en último término, su posición como actor fundamental no ya del Estado, sino que de la nación en su conjunto.

En este sentido, los viajes contribuyen a la desacralización de la imagen presidencial al acercar la figura del Primer Mandatario al pueblo, a la población, a la ciudadanía. Pero sobre todo, al poner de manifiesto que el poder del Jefe de Estado, en último término, depende del grado de adhesión que éste logre suscitar en la opinión, en especial, luego que desde el ángulo institucional su situación ha sido severamente disminuida por las reformas legales y las prácticas parlamentarias.

Asistimos entonces al juego, representado también a través de los viajes oficiales, de dos poderes, el Ejecutivo y el Legislativo, en pugna por la supremacía. A la contradicción que representa que luego de casi medio siglo de lucha política por disminuir el autoritarismo presidencial y asegurar la libertad de una población cada vez más consciente de sus derechos políticos, la élite deba asistir al espectáculo que representa un Jefe de Estado fortalecido por la riqueza del salitre y que se pasea por el país ofreciendo adelantos, solucionando problemas y otorgando regalías. Todo en medio de representaciones del poder que no sólo tienen al presidente Balmaceda como centro y protagonista, sino que, además, dejan un perdurable recuerdo en la población, asociado no a quienes lograron una mayor libertad política, sino que

a aquel que, precisamente, se había pretendido disminuir políticamente.

De este modo constatamos cómo los viajes de Balmaceda y su acción de recurrir directamente a las poblaciones, instándolas a participar en los actos que protagonizaba para así obtener réditos en su favor de su imagen pública, representa una práctica que va en contra de la tendencia de la época en a lo menos dos sentidos.

En primer lugar, porque fortalece la imagen del Presidente de la República, contrariando así una modernidad que tiene como una de sus bases de existencia la vigencia de la libertad política que, en Chile a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, se apreció limitada y amenazada por la figura presidencial.

En segundo término, porque la lucha por la libertad había sido dada por la burguesía, por la élite o por los grupos dominantes, no importa el nombre que les adjudiquemos ahora, para sacudirse la tutela presidencial y no para hacer partícipe de ella a otros grupos sociales, como la clase media o los elementos del mundo popular. Actores que ahora aparecían mayoritariamente apoyando al presidente Balmaceda en sus desplazamientos a la provincia. Y no sólo eso, además, fortaleciéndolo con sus expresiones de simpatía que de este modo generaban un hecho político que, además, les entregaba un papel, un lugar en la vida política nacional en desmedro, justamente, de quienes habían luchado para ganar el poder para sí mismos.

Atentos al fenómeno señalado, concluimos que la oposición a Balmaceda decidió combatir al Presidente en el mismo terreno en el que éste, con sus viajes había obtenido espectaculares muestras de adhesión popular. Reconociendo también la existencia de una opinión pública que se erige como entidad legitimadora del quehacer político y de los actos y posiciones de sus actores, los representantes del Congreso Nacional intervinieron desatando una campaña de opinión que, a partir de la noticia de la intención presidencial de continuar con la práctica de consagrar a su sucesor, provocará la derrota final del Jefe de Estado.

Este fenómeno, que hemos ejemplificado a través del estudio de las últimas excursiones de Balmaceda a la provincia, representa a nuestro juicio además de una expresión de la trascendencia política que alcanzaron los viajes gubernamentales; especialmente, un

reconocimiento implícito que el país de las últimas décadas del siglo XIX era "otro Chile" como resultado del proceso de expansión nacional que los viajes del poder habían puesto de manifiesto con su sola realización al mostrar, a través de sus componentes, la variedad, heterogeneidad y diversidad económica, social, cultural, política y espacial de la nación en la época de Balmaceda.

Sin embargo, el proceso de expansión nacional experimentado a lo largo de gran parte del siglo XIX, y contradiciendo las expectativas existentes en el Chile de la época de Balmaceda, sufrió explosiones de violencia que, en nuestra opinión, pusieron fin a una etapa de la historia nacional.

En efecto, en 1891 Chile vivió una guerra civil que enfrentó al Ejecutivo defendido por el Ejército, con las fuerzas comandadas por una parte significativa de los congresales apoyados por la Armada. En nuestro concepto este conflicto fue la culminación del proceso de expansión ya nombrado y sus antecedentes deben buscarse en él pues, creemos, representa la manifestación final de la lucha que la burguesía representada en el Congreso dio por alcanzar el poder. Al respecto, recordemos que derrotado el presidente Balmaceda, los partidos políticos agrupados en el Congreso Nacional se alzaron con la totalidad del poder.

Así, los sucesos de 1891 corresponden a una crisis provocada por la propia evolución nacional que sobrevenía luego de un largo período de tranquilidad y crecimiento. Ella fue la forma de resolver la dicotomía existente en torno al papel y poder de las principales instituciones del Estado como el Ejecutivo y el Legislativo que, entonces, representaban diferentes visiones de la opinión pública nacional. Fue el inicio de la crisis de crecimiento que, a continuación de los períodos de expansión, recurrentemente se ha presentado en la trayectoria histórica chilena llevándonos posteriormente también, a las etapas de autoritarismo que ha vivido el país.

En el sentido de las etapas históricas experimentadas por Chile, el estudio de los viajes de Balmaceda nos ha revelado a lo menos dos elementos fundamentales presentes en las crisis que han llevado al quiebre del sistema político y que por ello deberíamos considerar como detonadores de las mismas. Por una parte, la dramática devaluación de la imagen pública de

la figura presidencial, hasta transformarla en un obstáculo para la existencia republicana del país. Y, por otra, la polarización de la sociedad, su división en bandos irreconciliables que en su disputa por una primacía que no se resuelve políticamente, finalmente, hace uso de la violencia en su afán por imponerse el uno sobre el otro.

En definitiva, el principal resultado de nuestra investigación ha sido el de asentar que los viajes de Balmaceda fueron una expresión política del ejercicio del poder y que ellos tuvieron un significado político, económico, social y cultural que se explica en el contexto del proceso de modernización experimentado por Chile en la segunda mitad del siglo XIX. Lo dicho, sin perjuicio de haber demostrado también la potencialidad del viaje como instrumento para el conocimiento histórico, pues es través de ellos que fue posible comprender los procesos históricos abordados por nuestra investigación.

## ÍNDICE DE CUADROS

NOMBRE DEL CUADRO	Página
% CON QUE HA CONTRIBUIDO LA INDUSTRIA SALITRERA EN LAS RENTAS ORDINARIAS DE LA NACIÓN DESDE 1880 A 1891	43
% DE GASTOS DEL MINISTERIO DE OBRAS PÚBLICAS CON RESPECTO AL GASTO TOTAL, 1888-1891	44
POBLACIÓN POR PROVINCIAS. 1876-1885	63
POBLACIÓN DE CHILE EN 1885	65
CHILE, POBLACIÓN URBANA Y RURAL. 1865-1895	66
AUMENTO DE POBLACIÓN ENTRE 1835 Y 1885	66
CIUDADANÍA ACTIVA EN ELECCIONES DE 1829 A 1849	73
CIUDADANOS INSCRITOS 1861-1885	73
NÚMERO DE SUFRAGANTES POR ELECCIONES	74
ELECTORADO CHILENO. 1846-1888	79
VIAJES DE BALMACEDA	179
PROVINCIAS DE CHILE EN 1885	186
CAPITALES PROVINCIALES VISITADAS POR BALMACEDA	187
MOTIVOS DE LOS VIAJES DE BALMACEDA	197
FERROCARRILES CHILENOS. 1876-1891	265

## ÍNDICE DE MAPAS

<b>MAPA</b>	<b>Página</b>
<hr style="border-top: 1px dashed black;"/>	
ESPACIO EFECTIVAMENTE INTEGRADO A CHILE A MEDIADOS DEL SIGLO XIX	41
CHILE EN 1886	41
ITINERARIO GIRA PRESIDENCIAL VICUÑA MACKENNA. 1776	103
DERROTERO VISITA GENERAL 1788	156
ITINERARIO GIRA PRESIDENCIAL. 1853	170
POBLACIONES VISITADAS POR BALMACEDA 1883-1891	182
VIAJE A LA FRONTERA. 1883	192
VIAJE A COQUIMBO. 1883	192
VIAJE AL SUR. 1884	193
VIAJE A CHILLÁN. 1888	194
VIAJE A LLICO. 1888	194
VIAJE A PENCO. 1889	195
VIAJE AL NORTE. 1889	195
VIAJE A COLLIPULLI. 1890	328
VIAJE A TALCAHUANO. 1890	350
VIAJE AL FRENTE DE GUERRA. 1891	378

**ÍNDICE DE ANEXOS**

<b>ELECTORADO NACIONAL POR GRUPO OCUPACIONAL. 1863-1878</b>	<b>482</b>
<b>Nº HABITANTES POBLACIONES VISITADAS POR BALMACEDA</b>	<b>483</b>
<b>TRANSPORTES USADOS POR BALMACEDA</b>	<b>486</b>
<b>ITINERARIOS VIAJES DE BALMACEDA</b>	<b>488</b>
<b>ACTIVIDADES VIAJES DE BALMACEDA</b>	<b>495</b>
<b>LISTA DE ORADORES ANTE BALMACEDA</b>	<b>502</b>
<b>LISTA DE PERIÓDICOS QUE INFORMARON DE LOS VIAJES DE BALMACEDA</b>	<b>515</b>
<b>GIRA AL NORTE. ITINERARIO, HORARIOS Y ACTIVIDADES</b>	<b>517</b>

**ELECTORADO NACIONAL POR GRUPO OCUPACIONAL. 1863-1878**

Ocupaciones	1863 N°	%	1872 N°	%	1878 N°	%
1. Propietarios y capitalistas	5.720	25,8	6.258	12,8	4.422	3,0
2. Profesionales comerc. y otros de estrato medio	3.571	16,0	8.444	17,2	20.179	13,5
3. Empleados públicos	2.960	13,3	5.564	11,4	11.565	7,8
4. Agricultores	5.534	25,0	16.698	34,0	70.966	47,7
5. Artesanos y otros trabaj. especializados	3.742	16,8	9.994	20,4	32.260	21,7
6. Mineros	701	3,1	1.918	3,9	6.889	4,6
7. Obreros y otros de estrato bajo	0	0	171	0,3	2.456	1,7
<b>Totales</b>	<b>22.228</b>		<b>49.047</b>		<b>148.737</b>	

Tomado de Valenzuela, 1985, p. 118.

**No. HABITANTES POBLACIONES VISITADAS POR BALMACEDA<sup>86</sup>**

Ciudad	Población
Iquique	15.391
Est. Molle	
Santa Rosa	
San Juan	
Est. Central	
La Noria	1.560
Est. La Noria	
San Pablo	
Virginia	
Est. Montevideo	
Pozo Almonte	968
La Palma	
Est. Huara	
Primitiva	
Negreiros	
Agua Santa	
Germania	
Dolores	
Est. Jaspampa	
Pisagua	4.262
Tocopilla	1.816
Antofagasta	7.588
Pampa Central	
Calama	897
Est. Ceres	
Conchi	
Taltal	4.761
Chañaral	2.613
Caldera	2.129
Monte Amargo	
Ramadilla	
Copiapó	9.916
Punta Negra	
Tierra Amarilla	1.522

<sup>86</sup> Cuadro elaborado a partir de la información del censo de población de 1885.

Punta del Cobre	306
Cerrillos	
Pabellón	388
Potrero Seco	
Coquimbo	6.271
La Serena	17.230
La Compañía	1.880
Tambillo	315
Cardas	
Ovalle	5.426
La Torre	
Cerrillos	
Panulcillo	2.515
Tamaya	
Tongoy	1.547
Valparaíso	104.952
Viña del Mar	4.859
Quilpué	1.800
Quillota	9.214
La Calera	649
Llay-Llay	2.431
Montenegro	
Los Andes	3.223
San Felipe	11.768
Santiago	189.332
San Bernardo	5.222
San Francisco de Mostazal	549
Rancagua	5.757
Los Lirios	
Rengo	5.560
Peumo	5.560
Pelequén	760
San Fernando	6.959
La Palmilla	1.527
Curicó	10.110
Peralillo	
La Placilla	764
Licantén	1.040
Vichuquén	2.719
Llico	249
Molina	4.529
Talca	23.432

Linares	7.711
Cauquenes	6.511
Parral	5.913
San Carlos	7.277
Chillán	20.775
Bulnes	2.908
Concepción	24.180
Talcahuano	5.312
Penco	1.857
Tomé	5.533
Lota	3.956
Coronel	2.292
Mulchén	7.958
Coigüe	600
San Rosendo	
Santa Fe	
Renaico	
Angol	6.331
Collipulli	4.030
Victoria	2.550
Temuco	3.445

## TRANSPORTES USADOS POR BALMACEDA

AÑO	MES	VIAJE	MEDIO DE TRANSPORTE
1883	enero	Santiago/Valparaíso/Santiago	ferrocarril
1883	enero	Santiago/La Frontera	ferrocarril
	febrero	Los Angeles/Temuco Concepción/Lota	cabalgaduras
1883	febrero	Santiago/Valparaíso Valparaíso/Coquimbo	ferrocarril vapor
	marzo	La Serena/Elqui La Serena/Ovalle Ovalle/Coquimbo Coquimbo/Valparaíso	ferrocarril carruaje carruaje vapor
1884	enero	Santiago/La Frontera Talcahuano/Valparaíso	ferrocarril vapor
1884	febrero	Santiago/Valparaíso/Santiago	ferrocarril
1884	marzo	Santiago/Valparaíso/Santiago	ferrocarril
1885	febrero	Santiago/Los Andes/Santiago	ferrocarril
1885	abril	Santiago/Talca/Santiago	ferrocarril
1886	enero	Santiago/Valparaíso/Santiago	ferrocarril
1888	abril	Santiago/Curicó Curicó/Vichuquén Llico/Valparaíso	ferrocarril carruaje vapor
1888	mayo	Santiago/Valparaíso/Santiago	ferrocarril
1888	septiembre	Santiago/Chillán/Santiago	ferrocarril
1888	octubre	Santiago/Talca/Santiago	ferrocarril
1889	enero	Santiago/Pelequén La Palmilla/Santiago	ferrocarril ferrocarril
1889	enero	Santiago/La Calera La Calera/Quillota Quillota/Santiago	ferrocarril ferrocarril ferrocarril
1889	enero	Santiago/Penco Penco/Lota	ferrocarril ferrocarril
	febrero	Lota/Penco Penco/Santiago	ferrocarril ferrocarril
1889	marzo	Santiago/Valparaíso	ferrocarril

		Valparaíso/Iquique	vapor
		Iquique/Pisagua	ferrocarril
		Pisagua/Antofagasta	vapor
		Antofagasta/Calama/Antofagasta	ferrocarril
		Antofagasta/Taltal	vapor
		Taltal/Flor de Chile/Taltal	ferrocarril
		Taltal/Chañaral	vapor
		Chañaral/Animas/Chañaral	ferrocarril
		Chañaral/Caldera	vapor
		Caldera/Copiapó	ferrocarril
		Copiapó/Potrero Seco/Copiapó	ferrocarril
		Copiapó/Caldera	ferrocarril
		Caldera/Coquimbo	vapor
		La Serena/Ovalle	ferrocarril
		Ovalle/Tongoy	carruaje
		Tongoy/Valparaíso	vapor
<b>1889</b>	<b>abril</b>	Santiago/Los Andes	ferrocarril
		Los Andes/San Felipe	ferrocarril
		San Felipe/Santiago	ferrocarril
<b>1889</b>	<b>noviembre</b>	Santiago/Cauquenes/Santiago	ferrocarril
<b>1890</b>	<b>septiembre</b>	Santiago/Valparaíso/Santiago	ferrocarril
<b>1890</b>	<b>octubre</b>	Santiago/Victoria/Santiago	ferrocarril
<b>1890</b>	<b>diciembre</b>	Santiago/Valparaíso	ferrocarril
		Valparaíso/Talcahuano	vapor
		Talcahuano/Concepción/Talcahuano	ferrocarril
		Talcahuano/Santiago	ferrocarril
<b>1891</b>	<b>agosto</b>	Santiago/Montenegro/Santiago	ferrocarril
<b>1891</b>	<b>agosto</b>	Santiago/Quilpué/Santiago	ferrocarril

---

## ITINERARIOS VIAJES DE BALMACEDA

AÑO	MES	DÍA	LUGAR/CIUDAD
1883	enero	21	Santiago/Valparaíso Valparaíso
1883	enero	30	Santiago/La Frontera Talca
		31	Talca Parral Chillán
	febrero	1	Los Angeles
		2	Mulchén
		3	Coigüe Angol Victoria Temuco
		10	Concepción
		10	Concepción/Lota Lota
1883	febrero	28	Santiago/Valparaíso Valparaíso/Coquimbo
	marzo	1	Coquimbo
		2	viaje a Elqui
		3	La Serena
		4	La Compañía
		4	La Serena
		5	Ovalle
		6	Ovalle
		6	Tamaya
		7	Mineral de Panulcillo
		8	Coquimbo
1884	enero	21	Santiago/La Frontera San Bernardo Rancagua Rengo San Fernando Curicó Molina

		22	Talca Linares Parral San Carlos Chillán
		23	Bulnes San Rosendo Santa Fe Renaico
		24	Angol
		24	Concepción
		25	Concepción
		26	Talcahuano
		26	Talcahuano/Valparaíso
		27	Valparaíso
<b>1884</b>	<b>febrero</b>	11	Santiago/Valparaíso Valparaíso
<b>1884</b>	<b>marzo</b>	8	Santiago/Valparaíso Valparaíso
<b>1885</b>	<b>febrero</b>	?	Los Andes
<b>1885</b>	<b>abril</b>	11	Santiago/Talca Talca
<b>1886</b>	<b>enero</b>	16	Valparaíso
		17	Valparaíso
<b>1888</b>	<b>abril</b>	22	Santiago/Llico Curicó Peralillo La Placilla Licantén Vichuquén
		25	Llico Llico/Valparaíso
		26	Santiago
<b>1888</b>	<b>mayo</b>	19	Santiago/Valparaíso
		20	Valparaíso
		21	Valparaíso
<b>1888</b>	<b>septiembre</b>	8	Santiago/Chillán San Bernardo Rancagua Rengo Curicó

			Talca
			Linares
			Parral
			Chillán
		9	Chillán
		10	Chillán/Santiago
			Linares
			Talca
			Curicó
			San Fernando
			Rengo
			Santiago
1888	octubre	14	Santiago/Talca
			Rancagua
			San Fernando
			Curicó
		14	Talca
		15	Talca
		16	Talca/Santiago
			Curicó
			Santiago
1889	enero	6	Santiago/Pequeñ
			Rancagua
			Pequeñ
		6	La Palmilla
1889	enero	20	Santiago/La Calera
			La Calera
		20	Quillota
1889	enero	26	Santiago/Penco
			Curicó
			Talca
			Parral
			Concepción
			Penco
		28	Penco
		30	Penco/Lota
			Coronel
			Lota
		31	Lota
	febrero	2	Lota

		3	Lota/Penco Coronel
		5	Concepción
		6	Penco/Santiago Santiago
1889	marzo	4	Viña del Mar/Valparaíso
		4-7	Valparaíso/Iquique
		7	Iquique
		8	Iquique
		9	Iquique
		10	Iquique
		11	Iquique/Pisagua Molle Santa Rosa Carpas San Juan La Central La Noria San Pablo Virginia San Pablo La Noria La Central Montevideo Pozo Almonte La Palma
		12	La Palma Donato Huara Primitiva La Noria Pozo Almonte Negreiros Germania Agua Santa Primitiva
		13	Primitiva Cerros de San Francisco Jaspampa Pisagua Pisagua/Tocopilla Iquique

14	Tocopilla Topilla/Antofagasta
15	Antofagasta
16	Pampa Central El Loa Conchi Cere Calama Pampa Central Antofagasta Antofagasta/Taltal
17	Taltal Agua Verde Flor de Chile Taltal Taltal/Chañaral
18	Chañaral Mina Fortunata Animas Chañaral Chañaral/Caldera
19	Caldera Monte Amargo Copiapó
20	Copiapó Potrero Seco Pabellón Tierra Amarilla Pabellón Punta Cobre Cerrillos Punta Negra Copiapó Caldera Caldera/Coquimbo
21	Coquimbo La Serena
22	La Serena
23	La Serena/Ovalle El Retiro El Peñón Tambillo

			Las Cardas
			El Olivo
			Ovalle
			Ovalle/Tongoy
			Hacienda de Blas Ossa
			La Torre
			Cerrillos
			Tongoy
			Tongoy/Valparaíso
		24	Valparaíso
1889	abril	5	Santiago/Los Andes
			Los Andes
		6	San Felipe
1889	noviembre	12	Santiago/Cauquenes
			Los Lirios
			Cauquenes
		24	Cauquenes/Santiago
1890	septiembre	24	Santiago/Viña del Mar
		26	Valparaíso
1890	octubre	25	Santiago/Collipulli
			San Fernando
			Curicó
			Talca
			Chillán
			San Rosendo
			Angol
		26	Collipulli
			Victoria
		27	Angol/Santiago
			río Bío-Bío
			vía Coigüe-Mulchén
		27	Chillán
		28	Chillán
			Talca
			Curicó
			San Fernando
			Rancagua
			San Francisco de Mostazal
			Santiago
1890	diciembre	13	Santiago/Valparaíso
			Valparaíso/Talcahuano

		14	Talcahuano
		14	Concepción
		15	Talcahuano
1891	agosto	22	Santiago
		22	Quillota
		23	Quilpué
			Quillota
			Llay-Llay
		24	Llay-Llay, Montenegro
		25	Santiago

## ACTIVIDADES VIAJES DE BALMACEDA

AÑO/MES/ DÍA	LUGAR/ SITUACIÓN	ACTIVIDAD
<b>1883</b>		
<b>enero</b>		
21	Valparaíso	distribución medallas combatientes, banquete
<b>1883</b>		
<b>enero</b>		
30	Talca	recepción, inspección obras públicas, comida privada
31	Chillán	recepción y visita población
<b>febrero</b>		
1	Los Ángeles	recepción y visita población
2	Mulchén	recepción y visita población, manifestación
3-8	Coigüe	inspección ferrocarril de la Araucanía
	Angol	estudio línea de ferrocarril
	Renaico	visita e inspección
	Traiguén	visita fuertes y estudio
	Victoria	estudio trazado ferrocarril
	Temuco	estudio trazado ferrocarril
	Collipulli	visita
	Roblería	visita
<b>1883</b>		
<b>marzo</b>		
1	Coquimbo	recepción y banquete
	La Serena	reunión con vecinos
2	La Serena	viaje a Elqui e inspección
4	La Compañía	inauguración obras vía a Elqui
	La Serena	banquete
5	Ovalle	recepción, visita población, banquete y función teatral
6	Ovalle	visita establecimientos públicos
	Tamaya	visita al mineral y banquete
7	Panulcillo	visita al mineral
8	La Compañía	visita y banquete

	Coquimbo	banquete despedida
<b>1884</b>		
<b>enero</b>		
21	San Bernardo Rancagua Rengo San Fernando Curicó Molina Talca	detención y saludo escala y almuerzo paso y saludo detención y aclamación detención y ovación detención recepción, saludo autoridades y personalidades onces en la Intendencia, banquete
22	Río Maule Linares  Parral San Carlos Chillán	inspección obras puente ferroviario detención y saludo, banquete despedida en la estación detención, vista puente y saludo detención y saludo recepción y saludo, banquete
23	Chillán Bulnes Santa Fe Renaico	despedida detención y saludo detención recepción, inauguración obras vía Renaico a Victoria
24	Angol Angol	recepción, banquete, tertulia y baile inauguración obras vía Angol-Traiguén banquete y baile
24	Concepción	recepción y comida
25	Concepción	banquete
26	Talcahuano  Tomé	recepción, almuerzo, visitas obras dique, embarque y despedida recepción y visita población, saludo vecinos <i>lunch</i> -banquete, embarque y despedida
27	Valparaíso	recepción, desembarque y manifestaciones saludo vecinos
<b>1884</b>		
<b>febrero</b>		
10	Valparaíso	baile/banquete
11	Valparaíso	banquete
?	Valparaíso	banquete
<b>1884</b>		
<b>marzo</b>		
8	Valparaíso	banquete
<b>1885</b>		

<b>febrero</b>		
?	Los Andes	trabajos electorales
<b>1885</b>		
<b>abril</b>		
11	Talca	inauguración puente del Maule, banquete
12	Curicó	recepción, inauguración puente del Teno, banquete
<b>1886</b>		
<b>enero</b>		
16	Valparaíso	convención presidencial
17	Valparaíso	convención presidencial
<b>1888</b>		
<b>abril</b>		
22	Curicó	escala y almuerzo
	Peralillo	escala y comida
23	La Placilla	almuerzo
	Licantén	parada y saludos
	Vichuquén	recepción y banquete
24	Llico	estudio laguna Vichuquén, conferencia con ingenieros
	Vichuquén	comida
25	Valparaíso	recepción
<b>1888</b>		
<b>mayo</b>		
21	Valparaíso	ceremonia héroes de Iquique, banquete
<b>1888</b>		
<b>septiembre</b>		
8	San Bernardo	breve detención y saludo
	Rancagua	escala y desayuno
	Rengo	pasada
	Curicó	escala y saludo
	Talca	escala y saludo
	Linares	escala y manifestaciones
	Parral	escala y manifestaciones
	Chillán	recepción y banquete, visita al Club de la ciudad
9	Chillán	homenajes a O'Higgins, baile/banquete
10	Chillán	almuerzo
	Linares	manifestaciones
	Talca	manifestaciones
	Curicó	escala, manifestaciones y refrigerio
	San Fernando	manifestaciones

	Rengo Santiago	manifestaciones recepción
<b>1888</b>		
<b>octubre</b>		
14	Rancagua Rengo San Fernando Curicó Molina	recepción y banquete pasada y saludo escala y saludo escala y saludo pasada y saludo
14	Talca	recepción, comida y baile
15	Talca	saludo a vecinos, visita establecimientos públicos, comida Intendencia
16	Curicó Santiago	escala y almuerzo recibimiento
<b>1889</b>		
<b>enero</b>		
6	Rancagua Pelequén  San Fernando La Palmilla  San Fernando	escala y saludos recepción, inauguración obras vía a Peumo, almuerzo detención y saludo recepción, inauguración obras vía a Alcones banquete paradilla y saludo
<b>1889</b>		
<b>enero</b>		
20	Llay-Llay La Calera Quillota	recepción y almuerzo recepción, inauguración vía La Calera-Ovalle recepción, banquete, visita edificios públicos
<b>1889</b>		
<b>enero</b>		
26	Curicó Talca Parral Concepción	escala y almuerzo escala manifestación popular escala
28	Penco	visita industrias
30	Penco Coronel Lota	recepción de visitas escala recepción
31	Lota	visita puerto y edificios públicos
<b>febrero</b>		
2	Lota	visita minas, maestranza y fábrica de ladrillos
3	Coronel	escala y visita

5	Concepción	visitas oficinas públicas, banquete
6	Santiago	recibimiento
<b>1889</b>		
<b>marzo</b>		
4	Valparaíso	embarque y despedida
7	Rada de Iquique	homenaje patriótico
	Iquique	recepción y desembarque
8	Iquique	
9	Iquique	
10	Iquique	banquete
11	Pampa del Tamarugal	
	San Pedro de Atacama	
12	Primitiva	
	Germania	
	Agua Santa	
	La Noria	
	Pozo	
	Pozo Almonte	
13	Primitiva	
	San Francisco	
14	Tocopilla	recepción
15	Antofagasta	viaje al interior
16	Calama	visita edificios
16	Antofagasta	banquete
17	Taltal	escala y banquete
	Taltal	viaje al interior
18	Chañaral	viaje al interior
	Mina	Fortunata
19	Caldera	recepción
19	Copiapó	banquete
20	Potrero Seco	
	Pabellón	
	Tierra Amarilla	visita a la fundición
	Pabellón	
	Punta Cobre	
	Cerrillos	
	Punta Negra	
22	Coquimbo	banquete, visita
22	La Serena	banquete
23	La Serena	visita
23	Ovalle	inauguración vía a San Marcos
23	Tongoy	

24 1889 abril	Valparaíso	recepción
5	Los Andes	recepción, saludos en la gobernación, inauguración obras ferrocarril Trasandino, banquete, paseo y visita trabajos públicos, baile
6 1889 noviembre	San Felipe	recepción, visita edificios públicos, banquete
12	Los Lirios	escala, saludo y onces
	Cauquenes	arribo
24 1890 septiembre	Santiago	recibimiento
26 1890 octubre	Valparaíso	visita de trabajo
25	San Fernando	paso y saludos
	Curicó	escala y almuerzo
	Talca	escala y saludos
	Chillán	escala y saludos
	Bulnes	paso
	San Rosendo	detención
	Río Laja	parada e inauguración puente ferroviario
	Angol	recepción
26	Collipulli	inauguración viaducto del Malleco
	Victoria	recepción y visita, inauguración vía Collipulli-Victoria, banquete
27	río Bío-Bío	inauguración puente, revisión vía Coigüe-Mulchén
	Chillán	banquete y baile
28	Chillán	visitas oficinas públicas
	San Francisco	
	de Mostazal	detención y recibimiento
	Santiago	recepción
1890 diciembre		
14	Talcahuano	arribo y recepción
14	Concepción	banquete
15	Talcahuano	inauguración trabajos del dique seco
1891 agosto		
1	Montenegro	revista de las tropas, almuerzo con oficiales

	Santiago	recibimiento
<b>1891</b>		
<b>agosto</b>		
22	Quillota	alojamiento
23	Quilpué	
	Quillota	
	Llay-Llay	
24	Llay-Llay,	
	Montenegro	
25	Santiago	

---

El cuadro ha sido preparado sobre la base de la información ofrecida por la prensa que se ocupó de los viajes de Balmaceda.

## LISTA DE ORADORES ANTE BALMACEDA

---

### enero de 1883

#### Valparaíso: (acto patriótico)

José Manuel Balmaceda  
 Benjamín Vicuña Mackenna, Senador por Coquimbo  
 Alberto Edwards, Diputado por Valparaíso  
 Eulogio Altamirano, Intendente de Valparaíso

#### Valparaíso: (banquete)

Eulogio Altamirano, Intendente de Valparaíso  
 José Manuel Balmaceda  
 Sotomayor, General  
 Amunátegui  
 Benjamín Vicuña Mackenna, Senador  
 Castellón  
 Sotomayor, General  
 Cuadra  
 Seguel  
 Pedro Lagos, General  
 José Besa  
 Alejandro Reyes  
 Máximo Lira  
 Canto, Coronel

### febrero 1883

#### Mulchén:

Martín B. Bunster  
 José Manuel Bunster  
 Romilio Carte  
 J.G. Tejeda  
 Davila Larraín, ex intendente del Ejército  
 Ramón Isla  
 Roberto Anguita  
 José Antonio Claro, Gobernador  
 José Miguel Claro  
 José Manuel Balmaceda

### marzo 1883

#### Coquimbo:

Jenaro Díaz, Primer Alcalde  
 José Manuel Balmaceda

Eduardo de la Barra, Encargado de negocios de Chile en Uruguay

La Serena: (banquete)

Domingo Toro Herrera, Intendente de Coquimbo

José Manuel Balmaceda

Floridor Rojas, presidente de la Corte de Apelaciones

Joaquín Toribio Vicuña, Diputado por La Serena

José Miguel González, abogado

Emilio Crisólogo Varas

Juan Guillermo Zavala, profesor del liceo

Juan Clímaco Álvarez, profesor del liceo

Pedro González Miranda, miembro del directorio del ferrocarril a Elqui

Frutos Ossandón, abogado

Emilio Crisólogo Varas, Ministro de la Corte de Apelaciones

Eduardo de la Barra, Encargado de negocios de Chile en Uruguay

La Serena: (inauguración trabajos)

Obispo de La Serena

Antonio Alfonso, Primer Alcalde de la Municipalidad

José Manuel Balmaceda

Emilio Crisólogo Varas, Ministro de la Corte de Apelaciones

Adolfo Vicuña

Juan G. Rojas

Ovalle:

Manuel J. Rojas Mandiola, Gobernador Ovalle

José Manuel Balmaceda

Domingo Toro Herrera, Intendente de Coquimbo

Adolfo Calderon Silva, juez letrado

Joaquín Toribio Vicuña, Diputado por La Serena

Eduardo de la Barra

José Nicanor Luján

Rafael Muñoz

David Hurtado

Neftalí R. López

**enero de 1884**

Talca:

Carlos Antúnez. Intendente de Talca

Domingo Santa María

Ramón Donoso

Eduardo Cuevas

Vergara Albano

Diego Manuel Lois. Diputado suplente por Talca

José Ignacio Vergara. Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública.

Ramón Antonio Vergara  
 José Manuel Balmaceda  
 Diego Antonio Elizondo. Diputado  
 Alvaro Letelier  
 Carlos Antúnez  
 Fernández Carvallo. juez de letras

Linares:

Neftalí Guerrero. Intendente de Linares  
 Domingo Santa María  
 Manuel Novoa. Diputado  
 Pedro Lucio Cuadra. Senador por Linares  
 Pantaleón Rozas  
 José Manuel Balmaceda  
 Benicio Montenegro. Doctor  
 Juan Ramón Pincheira. Diputado  
 Pantaleón Rozas  
 Manuel Novoa. Diputado  
 Domingo Santa María

San Carlos:

Antonio Sepúlveda  
 Domingo Santa Maía

Chillán:

Juan Merino. Intendente de Chillán  
 Domingo Santa María  
 José Manuel Balmaceda  
 Víctor M. Mora  
 Romildo Colombo, miembro colonia italiana  
 Franzani, miembro colonia suiza  
 Juan Aristides Ojeda  
 Alejandro Urrutia

Renaico:

Domingo Santa María  
 José Manuel Balmaceda  
 Beltran Matthieu, Diputado suplente por Angol  
 Aurelio Lastarria, jefe de los trabajos del ferrocarril del sur  
 Hillman, contratista del ferrocarril  
 Juan Castellón

Angol:

Arriagada, General y jefe político y militar del territorio  
 Domingo Santa María  
 Daniel Urbano Bustos, promotor fiscal  
 Carlos Castellón, Intendente de Concepción

Ricardo Ahumada, secretario de la Intendencia de Los Angeles

Manuel A. Cruz, juez letrado del territorio

José Manuel Balmaceda

Alejandro Fuenzalida, promotor fiscal de Los Angeles

Manuel J. Herrera, sargento mayor y director General de las escuelas del Ejército

Aniceto Vergara Albano, Ministro de Relaciones Exteriores

J. Antonio Vergara, Ministro de la Corte de Apelaciones

Beltran Matthieu, Diputado suplente por Angol

Domingo Santa María

José Manuel Balmaceda

Arriagada, General

Concepción:

Víctor Lamas

Domingo Santa María

Lizandro Martínez

Luis Vial Ugarte

Galvarino Gallardo

José Manuel Balmaceda

Juan Castellón

Luis Plaza de los Reyes

Aniceto Vergara Albano

Carlos Castellón

Víctor Lamas

Talcahuano:

Menchaca

Domingo Santa María

Menchaca

José Manuel Balmaceda

Tomé:

Constantino Larenas

Domingo Santa María

Andrés Sanhueza

José Manuel Balmaceda

Mateo Muñoz

Vergara Albano

Cuadra

Valparaíso:

Domingo Santa María

**febrero de 1884**

Valparaíso:

Tomás Eastman

Domingo Santa María  
 Alejo Barrios  
 José Manuel Balmaceda  
 José María Cabezón, comisión organizadora manifestación  
 Vergara Albano, Ministro de Relaciones Exteriores  
 Orozimbo Barbosa, coronel  
 Máximo R. Lira

**marzo de 1884**

**Valparaíso:**

José Besa  
 Eulogio Altamirano, Intendente Valparaíso  
 Tomás Eastman  
 Juan José Latorre  
 Devés  
 José Manuel Balmaceda  
 Linnich  
 Alejo Barrios  
 Tomás Gervasoni  
 Oscar Viel  
 Vergara Albano, Ministro de Relaciones Exteriores  
 J.M. Necochea  
 German Murillo

**mayo de 1888**

**Valparaíso:**

Evaristo Sánchez, Ministro de Guerra  
 Máximo R. Lira  
 Luis Pereira  
 Emilio Sotomayor, General  
 Florencio Fontecilla, presbítero  
 Eulogio Altamirano, a nombre del Consejo de Estado  
 Luis Uribe, Contralmirante y Comandante General de Marina  
 José Ignacio Vergara  
 José Manuel Balmaceda

**septiembre de 1888**

**Rancagua: (saludo al paso)**

Alumno del liceo de Rancagua

**Chillán:(banquete)**

Luis del Fierro, Alcalde de la Municipalidad de Chillán  
 José Manuel Balmaceda

Pedro Lucio Cuadra, Ministro del Interior  
 Evaristo Sánchez Fontecilla, Ministro de Guerra y Marina  
 Federico Puga Borne, Ministro de Justicia e Instrucción  
 Justiniano Sotomayor, Ministro de Hacienda  
 Ramón García, Intendente de Chillán  
 Luis Espejo  
 Manuel Amunátegui  
 Velasquez, General  
 Julio Bañados Espinoza  
 Luis Uribe  
 Ramón Barros Luco  
 Galvarino Gallardo  
 Luis Barros Méndez  
 Oscar Viel  
 Las Casas, presbítero  
 Rafael Sanhueza Lizardi  
 Ramón García, Intendente de Chillán

Chillán: (ceremonia patriótica)

Ramón García, Intendente de Chillán  
 Las Casas, presbítero  
 José Manuel Balmaceda  
 Evaristo Sánchez, Ministro de Guerra y Marina  
 Rafael Sanhueza Lizardi, a nombre de la Cámara de Diputados  
 Marco A. Arriagada, Inspector General del Ejército  
 Luis Uribe, Contralmirante  
 Manuel Bulnes, coronel  
 Juan Francisco Valenzuela, Diputado por Chillán

**octubre 1888:**

Rancagua: (banquete)

Juan A. del Sol, Intendente de O'Higgins  
 José Manuel Balmaceda  
 Pedro N. Vergara, vecino distinguido y segundo Alcalde de la Municipalidad  
 Bernardino Quijada, Rector del Liceo

Talca: (comida)

José Manuel Balmaceda  
 Constantino Cruz  
 Aniceto Vergara Albano, Senador  
 José Manuel Encina  
 Federico Puga Borne, Ministro de Justicia e Instrucción  
 Enrique Salvador Sanfuentes, Ministro de Industria y Obras Públicas  
 Víctor Prieto, Intendente de Talca

**Curicó: (almuerzo)**

Filidor Rodríguez, Primer Alcalde de la Municipalidad  
 José Manuel Balmaceda  
 V. Echeverría  
 Agustín Lazcano, vecino prestigioso  
 Ramón Barros Luco, Presidente de la Cámara de Diputados  
 Francisco Antonio Vidal, vecino prestigioso  
 Aniceto Vergara Albano, Senador  
 José Toribio Merino, tercer Alcalde de la Municipalidad  
 Benjamín Mardones, Rector del Liceo  
 Federico Puga Borne, Ministro de Justicia  
 Enrique Salvador Sanfuentes, Ministro de Industria y Obras Públicas  
 Ramón Nieto, ingeniero  
 Víctor Prieto, Intendente de Talca  
 Gazmuri, Intendente de Curicó

**enero 1889:****Pelequén: (inauguración obras)**

Daniel Morán, Gobernador de Rengo  
 David Bello, Gobernador de Cachapoal  
 Jorge Riesco, Diputado por Caupolicán  
 Newton B. Lord, contratista  
 José Manuel Balmaceda

**Pelequén: (almuerzo)**

Daniel Morán, Gobernador de Rengo  
 David Bello, Gobernador de Cachapoal  
 Ramón Barros Luco, Ministro del Interior  
 Jorge Riesco, Diputado por Caupolicán  
 Agustín Baeza, Senador suplente

**Palmilla: (inauguración obras)**

Rafael G. Concha, Intendente de Colchagua  
 Alejandro Maturana, Diputado por San Fernando  
 Ismael Valdés Valdés, Diputado por San Fernando  
 Newton B. Lord, contratista  
 José Manuel Balmaceda

**Palmilla: (banquete)**

José María Valderrama, Primer Alcalde de la Municipalidad  
 Ramón Barros Luco, Ministro del Interior  
 Julio Bañados Espinoza, Ministro de Justicia  
 Pedro Lucio Cuadra, por los ingenieros chilenos  
 Juan del Sol, Intendente de O'Higgins  
 Carlos Valdés

José María Valderrama

Carlos A. Gutierrez

San Fernando (saludo)

Santiago Mardones, Alcalde de la Municipalidad

José Manuel Balmaceda

### enero 1889

La Calera: (inauguración obras)

Prudencio Lazcano, Ministro de Industrias y Obras Públicas

Hermógenes Pérez de Arce, Superintendente de los ferrocarriles del Estado

Ramón Sánchez, Intendente de Valparaíso

Juan Rencoret, doctor de Quillota

Jorge Asta-Buruaga, Intendente de Aconcagua

Joaquín 2º Iglesias Baeza, doctor de Quillota

Vicente Aguirre Vargas, Diputado por La Ligua

Manuel Rodríguez Baltra, vecino de La Ligua

José Manuel Balmaceda

Daniel Riquelme, jefe de sección del Ministerio de Industrias y Obras Públicas

Oscar Viel, Contralmirante

Quillota: (banquete)

Marcos 2º Solar, Gobernador de Quillota

Enrique Cazotte

Ramón Barros Luco, Ministro del Interior

Rodolfo Serrano, médico cirujano de Quillota

José Velásquez, General

Nicolás Morá, tesorero fiscal

José Luis Larrain

Joaquín 2º Iglesias, doctor

Newton B. Lord, contratista

Gonzalo Muñoz Hurtado

Enrique Cazotte

### febrero 1889

Concepción:

J.A. Vargas Novoa, intendente de Concepción

José Manuel Balmaceda

### marzo 1889

Iquique: (banquete)

Antonio Valdés Cuevas, Alcalde de Iquique

José Manuel Balmaceda

Enrique Salvador Sanfuentes, Ministro de Industria y Obras Públicas

Justiniano Sotomayor, Ministro de Hacienda

Smail, representante casa Gibbs

Gonzalo Bulnes

Augusto Matte, Senador

Pedro Lucio Cuadra

Lira C.

Uribe, Almirante

Velázquez, General

Manuel Vicuña

Oficina salitrera San Pablo: (almuerzo)

Shiell. jefe de la empresa James Inglis y Cia.

Pisagua: (*lunch*)

Ramón Briones, primer Alcalde de Pisagua

Tocopilla: (recepción)

Squire, representante de los extranjeros

E. Jackson, ingeniero del ferrocarril

Antofagasta: (*lunch*)

Carvalho, administrador Compañía de Salitres

(banquete)

Eduardo Le Fort, primer Alcalde de Antofagasta

José Manuel Balmaceda

Enrique Villegas, intendente de Antofagasta

Justiniano Sotomayor, Ministro de Hacienda

Benjamín Navarrete, abogado

Ismael Pérez Montt, Diputado

Clodomiro Mujica, Regidor municipal

Luis Silva Lezaeta, sacerdote

Pedro Lucio Cuadra

Jacinto Ugarte Z., Rector del Liceo de Antofagasta

Enrique Salvador Sanfuentes, Ministro de Industria y Obras Públicas

Antonio Toro, municipal

Taltal: (banquete)

Oliva, primer Alcalde de Taltal

José Manuel Balmaceda

Eudoro Guzmán Plaza, abogado municipal

Guillermo Carvalho, Gobernador

Manuel Vicuña

Velázquez, General

Daniel Gómez, minero

F. Puga Borne

Juan J. Rojas

Cisternas, sacerdote

Pedro Cisternas, artesano

Las Animas: (almuerzo)

P.N. Schjolberg

Caldera: (almuerzo)

J.D.N. Pinto, médico

Zoilo Quevedo, subdelegado

José Manuel Balmaceda

Copiapó: (banquete)

Camilo Aguirre, primer Alcalde de Copiapó

José Manuel Balmaceda

Salinas, intendente de Copiapó

Alejandro Villegas Julio, Regidor

Enrique Salvador Sanfuentes, Ministro de Industria y Obras

Públicas

Augusto Matte, Senador

Arturo Fierro, abogado municipal

Demetrio Gómez, abogado

Uribe, Almirante

Pedro Lucio Cuadra

Velázquez, General

Alberto Gandarillas

Francisco San Román, ingeniero

Ismael Pérez Montt

Francisco J. Rojas

Tierra Amarilla: (*lunch*)

Sposs, administrador establecimiento Edwards

José Manuel Balmaceda

Coquimbo: (banquete)

José Aguirre, juez de letras

José Manuel Balmaceda

Velázquez, General

Felipe Herrera, Rector del Liceo de La Serena

Anfión Muñoz, intendente de Coquimbo

José Miguel González, Ministro de la Corte

J. Ramón Ravest, Diputado

Julio Alemany, juez de letras

Clímaco Álvarez, municipal

Enrique Salvador Sanfuentes, Ministro de Industria y Obras Públicas

Buenaventura González, sacerdote

obrero representante de la Sociedad de Artesanos

La Serena: (recepción)

M. Mercedes Peñafiel, alumna

(banquete)

Antonio Larraguibel, primer Alcalde de La Serena  
 José Manuel Balmaceda  
 Justiniano Sotomayor, Ministro de Hacienda  
 Enrique Salvador Sanfuentes, Ministro de Industria y Obras Públicas  
 Augusto Matte, Senador  
 José Miguel González. Ministro de la Corte  
 Ortiz, sacerdote  
 Pacomio Gómez Solar  
 Julio Alemany, juez de letras  
 Agustín del Río  
 Anfión Muñoz, intendente de Coquimbo  
 Eulogio Piñeira, relator de la Corte  
 David Florentino Aguirre, segundo Alcalde  
 Juan de Dios Peralta, a nombre de Elqui  
 Federico Puga Borne  
 Eliseo Cisternas  
 Julio Bañados Espinoza, Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública

Ovalle: (inauguración ferrocarril)

Alejandro Varas, ingeniero representante de la North and South

American Construction Company

Julio Bañados Espinoza, Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública  
 Benito González, ingeniero  
 Rector del Liceo de La Serena  
 M. Ezpinoza, juez letrado

(banquete)

Calderón Silva, municipal  
 José Manuel Balmaceda  
 Luis E. Valdivia  
 José Antonio Valdés  
 Samuel Herreros  
 Ismael Pérez Montt  
 Joaquín Olivares  
 Francisco de Borja Guerrero, sacerdote  
 Luis Godoy, sacerdote  
 Paulino Ahumada, abogado  
 M. Navarrete  
 Anfión Muñoz, intendente de Coquimbo

**abril 1889**

Los Andes: (ceremonia inauguración)

Jorge Astaburuaga, Intendente de Aconcagua

Javier García Huidobro  
 Marcial Martínez  
 Salinas, juez  
 Agustín Bosa Lillo, Gobernador de Los Andes  
 José Manuel Balmaceda  
 Juan E. Clark, empresario del ferrocarril

Los Andes: (banquete)

José Tomás de la Fuente, Primer Alcalde de la Municipalidad  
 Ramón Barros Luco  
 Juan E. Clark, empresario ferrocarril  
 Marcial Martínez  
 Francisco Concha Castillo, Diputado de Los Andes  
 Augusto Krudsen, ex Ministro argentino  
 Chavarria  
 Pedro Lucio Cuadra  
 cura parroco

San Felipe: (saludo)

Rogelio Sobrado, de la Sociedad de Artesanos <<Arturo Prat>>

**octubre 1890**

Curicó: (saludo)

Intendente de Curicó

Río Laja: (inauguración puente)

Alejandro varas, ingeniero  
 Eulogio Allendes, Ministro de Industria y Obras Públicas

Angol: (recepción)

niño de un colegio de la ciudad

Collipulli: (inauguración viaducto del Malleco)

Eduardo Vigneaux, ingeniero jefe de la obra  
 José Manuel Balmaceda  
 Obispo Labarca  
 Ramón Angel Jara, sacerdote  
 Manuel Novoa

Victoria: (banquete)

Tomás Albarracín  
 José Manuel Balmaceda  
 Salvador Smith  
 Manuel Novoa  
 Anfión Muñoz, Diputado  
 José Manuel Balmaceda

Chillán: (banquete)

Luis del Fierro, primer Alcalde de Chillán

José Manuel Balmaceda  
 Fanor Paredes  
 Eulogio Allendes, Ministro de Industria y Obras Públicas  
 Florencio Bañados Espinoza  
 Eugenio Cahauteau  
 Alejandro Bustamante

San Francisco de Mostazal: (saludo)  
 niño de una escuela local  
 José Manuel Balmaceda

**diciembre 1890**

Concepción: (banquete)  
 Manuel Serrano Vasquéz, respetable vecino de Concepción  
 José Manuel Balmaceda  
 Diego A. Bahamonde  
 Manuel J. Bernales  
 Carlos Smith Solar  
 seis oradores más, todos vecinos de Concepción

Talcahuano: (inauguración trabajos del dique seco)  
 Manuel Serrano Vasquéz  
 José Manuel Balmaceda  
 Enrique Pastor  
 Pablo Merlet, consúl de Francia

**agosto 1891**

Montenegro: (revista tropas)  
 José Manuel Balmaceda

**LISTA DE PERIÓDICOS QUE INFORMARON  
DE LOS VIAJES DE BALMACEDA<sup>87</sup>**

*El Amigo del País* de Copiapó  
*La Araucanía* de Mulchén  
*El Araucano* de Lebu  
*El Atacameño* de Copiapó  
*El Bío Bío* de Los Angeles  
*El Cauquenes* de Cauquenes  
*El Censor* de San Felipe  
*El Clarín* de Valparaíso  
*El Colono* de Angol  
*El Combo* de Caracoles  
*El Comercio* de Valparaíso  
*El Comercio* de Talcahuano  
*El Conservador* de Talca  
*El Coquimbo* de Coquimbo  
*El Correo de Quillota*  
*El Correo del Sur* de Concepción  
*El Cosmopolita* de Coquimbo  
*La Discusión* de Chillán  
*El Eco de Taltal*  
*El Eco de Vichuquén*  
*El Eco del Sur* de Angol  
*El Eco de los Andes*  
*El Elquino* de Vicuña  
*La Época* de Santiago  
*La Esmeralda* de Coronel  
*El Estandarte Católico* de Santiago  
*El Fénix* de Rancagua  
*El Ferrocarril* de Santiago  
*El Ferrocarril del Sur* de Curicó  
*El Herald* de Talca  
*El Herald* de Valparaíso  
*El Imparcial* de Coronel  
*El Independiente* de Santiago

---

<sup>87</sup> La lista sólo incluye los periódicos chilenos que nosotros hemos podido revisar o que hemos documentado que aludieron a algún viaje de los estudiados. Con toda seguridad hay otros que también informaron de los desplazamientos de José Manuel Balmaceda.

*La Industria* de Iquique  
*El Industrial* de Antofagasta  
*La Juventud* de San Fernando  
*El Lautaro* de Rancagua  
*La Libertad* de Talca  
*La Libertad Católica* de Concepción  
*La Libertad Electoral* de Santiago  
*La Locomotora* de La Unión  
*El Mercurio* de Valparaíso  
*La Nación* de Santiago  
*El Norte* de Copiapó  
*El Norte* de Illapel  
*El Ñuble* de Chillán  
*La Patria* de Valparaíso  
*El Perquilauquén* de San Carlos  
*El Pisagua*  
*El Polo* de Cauquenes  
*La Prensa* de Curicó  
*La Prensa* de Valparaíso  
*El Progreso* de La Serena  
*El Pueblo* de Antofagasta  
*El Pueblo* de San Carlos  
*El Quillotano* de Quillota  
*La Reforma* de La Serena  
*El Republicano* de Concepción  
*La Revista del Sur* de Concepción  
*El Sur* de Concepción  
*El Tamaya* de Ovalle  
*Los Tiempos* de Talca  
*El Traiguén* de Traiguén  
*La Tribuna* de Santiago  
*La Unión* de Valparaíso  
*La Unión Liberal* de Rengo  
*La Voz* de Traiguén

**Gira al norte**

(Itinerario, horarios y actividades)

<b>AÑO/MES/ DÍA</b>	<b>LUGAR/SITUACIÓN</b>	<b>HORARIOS/ACTIVIDAD</b>
<b>1889</b>		
<b>marzo</b>		
4	Viña del Mar/Valparaíso	18 hrs., zarpe e inicio navegación
	Valparaíso/Iquique	navegación
5	Valparaíso/Iquique	navegación
6	Valparaíso/Iquique	navegación
7	Iquique	11:30 hrs., arribo y recepción. Audiencias, recorrido por la ciudad, almuerzo, paseo por la playa Prat y visita de la iluminación en la Plaza Prat
8	Iquique	8 hrs. en adelante, visita edificios públicos
		18-22 hrs. banquete y baile. Tertulia
9	Iquique	Visita edificios públicos, bodegas y embarcaderos de salitre. Examen planos y preparación visita al interior. Trabajo en terreno a orillas del mar. Audiencias
10	Iquique	23 hrs. baile
11	Iquique/Pisagua	9:06 hrs. salida. Visita oficinas de la Pampa del Tamarugal
	Molle	9:40 hrs. paso
	Santa Rosa	10:04 hrs. arribo
		10:10 hrs. salida
	Carpas	10:15 hrs. paso
	San Juan	10:25 hrs. paso
	La Central	10:42 hrs. arribo
		10:50 hrs. salida
	La Noria	11:05 hrs. paso
	San Pablo	11:30 hrs. arribo. Almuerzo
	Virginia	Recepción y recorrido
	San Pablo	arribo
		15:15 hrs. salida
	La Noria	15:30 hrs. arribo
		15:35 hrs. salida
	La Central	15:40 hrs. arribo

		15:53 hrs. salida
	Montevideo	16:22 hrs. arribo
		16:24 hrs. salida
	Pozo Almonte	16:45 hrs. arribo
		16:48 hrs. salida
	La Palma	recepción y hospedaje
12	La Palma	8 hrs. salida
	Donato	8:40 hrs. paso
	Huara	9:08 hrs. arribo
		9:20 hrs. salida
	Primitiva	9:35 hrs. arribo y visita
		15:30 hrs. salida
	La Noria	paso
	Pozo Almonte	paso
	Negreiros	paso y recepción
	Germania	paso
	Agua Santa	paso
	Primitiva	18:40 hrs. arribo y alojamiento
13	Primitiva	7 hrs. partida
	Cerros de San Francisco	recorrido a caballo
	Jaspampa	almuerzo
	Pisagua	14:30 hrs. arribo, recibimiento, desfile, visita a la población y lunch
	Pisagua/Tocopilla	16 hrs. embarque y navegación
	Iquique	19 hrs. escala y trasbordo
		22 hrs. zarpe
14	Tocopilla	9 hrs. arribo y escala
		11:30 hrs. desembarco y recibimiento, visita población y recorrido línea, Tocopilla-Toco.Lunch en Tocopilla.
		16 hrs. embarque
	Tocopilla/Antofagasta	19 hrs. zarpe
15	Antofagasta	6 hrs. arribo
		10 hrs. desembarco y recepción. Almuerzo y visita población
		15 hrs. visita malecón y obras en la costa. Lunch y audiencias
		17 hrs. visita estación e inauguración de los trabajos del muelle nuevo
		20:30 hrs. viaje al interior
16	Pampa Central	2 hrs. paso
	El Loa	6 hrs. arribo

	Conchi	arribo
	Cere	almuerzo
	Calama	12:30 hrs. arribo y visita población
		13 hrs. partida
	Pampa Central	escala y manifestación
	Antofagasta	18 hrs. arribo
		20 hrs. banquete
		23 hrs. embarque y zarpe
17	Antofagasta/Taltal	navegación
	Taltal	8 hrs. arribo y almuerzo a bordo
		9:30 hrs. desembarque y visita población
		13 hrs. partida al interior
	Agua Verde	Parada y lunch
	Flor de Chile	arribo y visita
	Taltal	19 hrs. arribo y banquete
		23 hrs. vista fuegos artificiales
18	Taltal/Chañaral	24 hrs. zarpe
	Chañaral	7 hrs. arribo
		8:30 hrs. desembarque y visita edificios públicos
		10 hrs. partida al interior
	Mina Fortunata	visita
	Animas	almuerzo
	Chañaral	visita estación, estudio planos
		15:30 recorrido y lunch
19	Chañaral/Caldera	20:30 zarpe
	Caldera	9 hrs. desembarque y recibimiento
		Visita población y almuerzo
		12 hrs. partida a Copiapó
	Monte Amargo	detención
	Copiapó	14 hrs. arribo, recepción y saludos
		Visita edificios públicos
		20-22:30 hrs. banquete
20	Copiapó	11:30 hrs. partida al interior
	Potrero Seco	13 hrs. arribo y visita
	Pabellón	visita
	Tierra Amarilla	14 hrs. arribo, visita a la fundición y lunch
	Pabellón	paso
	Punta Cobre	paso
	Cerrillos	paso
	Punta Negra	paso
	Copiapó	17 hrs. arribo y saludos
	Caldera	18:30 arribo y cena a bordo

21	Caldera/Coquimbo Coquimbo	20:30 partida 11 hrs. arribo y visita población 15:30 hrs. banquete
	La Serena	18 hrs. arribo y recepción 22 hrs. recorrido por la ciudad
22	La Serena	7 hrs. visitas establecimientos públicos. Almuerzo y visitas. Estudio proyectos. 16 hrs. audiencia 19-23 hrs. banquete
23	La Serena/Ovalle El Retiro El Peñón Tambillo Las Cardas El Olivo Ovalle	8:30 partida al interior paso paso detención y bienvenida 10:30 hrs. arribo y almuerzo 12 hrs. paso 13 hrs. arribo 13:30 hrs. inauguración vía Ovalle-San Marcos y visita establecimientos públicos 16 hrs. banquete
	Ovalle/Tongoy Hacienda de Blas Ossa La Torre Cerrillos Tongoy Tongoy/Valparaíso	17 hrs. partida a Cerrillos 18 hrs. arribo y descanso paso 20 hrs. arribo y manifestaciones 22:30 hrs. arribo, recibimiento y brindis 23 hrs. zarpe
24	Valparaíso	14:15 hrs. arribo y recibimiento

Una rápida mirada a las actividades desarrolladas en la gira al norte, basta para percibir el ritmo que Balmaceda imprimió a sus excursiones por la provincia.

## FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

### SIGLAS Y REFERENCIAS

<i>AUCh</i>	<i>Anales de la Universidad de Chile</i> , Santiago.
ARCIS	Universidad ARCIS
<i>BACHH</i>	<i>Boletín de la Academia Chilena de la Historia</i> , Instituto de Chile, Santiago.
<i>BHG</i>	<i>Boletín de Historia y Geografía</i> , Carrera de Pedagogía en Historia y Geografía, Universidad Católica Blas Cañas. Santiago.
<i>CDH</i>	<i>Cuadernos de Historia</i> , Departamento de Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, Universidad de Chile, Santiago.
CEH	Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México
CIEPLAN	Corporación de Investigaciones Económicas para Latinoamérica, Santiago.
COLMEX	El Colegio de México
<i>DHCh</i>	<i>Dimensión Histórica de Chile</i> , Departamento de Historia y Geografía, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago.
DIBAM	Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos
EUDEBA	Editorial Universitaria de Buenos Aires
<i>EPu</i>	<i>Estudios Públicos</i> , Centro de Estudios Públicos, Santiago.
FLACSO	Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
<i>Historia</i>	Instituto de Historia, PUC, Santiago.
<i>Mapocho</i>	Biblioteca Nacional, Santiago.
PUC	Pontificia Universidad Católica de Chile
<i>RChHyG</i>	<i>Revista Chilena de Historia y Geografía</i> , Sociedad Chilena de Historia y Geografía, Santiago.
<i>SCL</i>	<i>Sesiones de los Cuerpos Legislativos</i>
UNAM	Universidad Nacional Autónoma de México
UCH	Universidad de Chile
USACH	Universidad de Santiago de Chile

**I. FUENTES****a) PERIÓDICOS Y REVISTAS**

*El Amigo del País*, Copiapó  
*La Araucanía*, Mulchén  
*El Araucano*, Santiago  
*El Atacameño*, Copiapó  
*El Araucano de Lebu*  
*El Bío Bío*, Los Angeles  
*El Cauquenes*, Cauquenes  
*El Censor*, San Felipe  
*El Clarín*, Valparaíso  
*El Colono*, Angol  
*El Combo*, Caracoles  
*El Comercio*, Lima  
*El Comercio*, Valparaíso  
*El Comercio*, Talcahuano  
*El Conservador*, Talca  
*El Coquimbo*, Coquimbo  
*El Correo de Quillota*, Quillota  
*El Correo del Sur*, Concepción  
*El Cosmopolita*, Coquimbo  
*La Discusión*, Chillán  
*El Eco de Taltal*,  
*El Eco*, Vichuquén  
*El Eco del Sur*, Angol  
*El Eco de los Andes*, Los Andes  
*El Elquino*, Vicuña  
*La Época*, Santiago  
*La Esmeralda*, Coronel  
*El Estandarte Católico*, Santiago  
*El Fénix*, Rancagua  
*El Ferrocarril*, Santiago  
*El Ferrocarril del Sur*, Curicó  
*El Herald*, Talca  
*El Herald*, Valparaíso  
*The Illustrated London News*, Londres  
*El Imparcial*, Coronel  
*El Independiente*, Santiago  
*La Industria*, Iquique  
*El Industrial*, Antofagasta

*La Juventud*, San Fernando  
*El Lautaro*, Rancagua  
*La Libertad*, Talca  
*La Libertad Católica*, Concepción  
*La Libertad Electoral*, Santiago  
*La Locomotora*, La Unión  
*El Mercurio*, Valparaíso  
*La Nación*, Santiago  
*El Norte*, Copiapó  
*El Norte*, Illapel  
*El Ñuble*, Chillán  
*La Patria*, Valparaíso  
*El Perquilauquén*, San Carlos  
*El Pisagua*, de Pisagua  
*El Polo*, Cauquenes  
*La Prensa*, Curicó  
*La Prensa*, Valparaíso  
*El Progreso*, La Serena  
*El Pueblo*, Antofagasta  
*El Pueblo*, San Carlos  
*El Quillotano*, Quillota  
*La Reforma*, La Serena  
*El Republicano*, Concepción  
*La Revista del Sur*, Concepción  
*La Situación de Santiago*  
*El Sur*, Concepción  
*El Tamaya*, Ovalle  
*El Taller Ilustrado*, Santiago  
*Los Tiempos*, Talca  
*El Traiguén*, Traiguén  
*La Tribuna*, Santiago  
*La Unión*, Valparaíso  
*La Unión Liberal*, Rengo  
*La Voz*, Traiguén

## **b) FUENTES DOCUMENTALES**

Archivo Corporación Justicia y Democracia.  
 Archivo Santa María. Archivo Nacional.  
 Archivo Revolución de 1891. Biblioteca del Congreso Nacional.  
 Archivo Vicuña Mackenna. Archivo Nacional.  
 Colección Amunátegui. Biblioteca Central UCH.

Colección Lenz. Biblioteca Nacional.  
 Correspondencia de Carlos Antúnez. Sala Medina. Biblioteca Nacional.  
 Correspondencia de José Manuel Balmaceda. Sala Medina. Biblioteca Nacio-

nal.

Correspondencia de Manuel Montt. Archivo Nacional.  
 Documentos Balmaceda. Sistema de Bibliotecas PUC.  
 Fondo Real Audiencia. Archivo Nacional.  
 Fondo Capitanía General. Archivo Nacional.  
 Fondo Gobernaciones. Archivo Nacional.  
 Fondo Intendencias. Archivo Nacional.  
 Fondo Ministerio de Hacienda. Archivo Nacional.  
 Fondo Ministerio del Interior. Archivo Nacional.  
 Fondo Ministerio de Obras Públicas. Archivo Nacional.  
 Fondo Papeles Varios. Archivo Nacional.  
 Sitio WEB Armada de Chile. [www.armada.cl](http://www.armada.cl)

### c) COLECCIONES DE OBJETOS

Archivo Fotográfico de la Biblioteca Nacional.  
 Archivo Fotográfico de la Universidad de Chile.  
 Archivo Fotográfico del Museo Histórico Nacional.  
 Colección Textil del Museo Histórico Nacional.  
 Colección de Monedas y Medallas del Museo Histórico Nacional.  
 Colección Santiago Letelier, particular.  
 Colección Rene León Gallardo, particular.  
 Archivo Felipe Vicencio Eyzaguirre, particular

### d) PUBLICACIONES OFICIALES

#### CONGRESO NACIONAL

*Sesiones de los cuerpos legislativos.*

#### CHILE

1860 *Anuario Estadístico de la República de Chile. Entrega primera.* Santiago: Imprenta Nacional.

1833 *Boletín de leyes y de las órdenes y decretos del gobierno. Reimpresión oficial. Libro primero (2ª edición).* Santiago: Imprenta de la Independencia.

1839 *Boletín de leyes y de las órdenes y decretos del gobierno. Reimpresión oficial. Libro tercero (2ª edición).* Santiago: Imprenta de la Independencia.

1846 *Boletín de leyes y de las órdenes y decretos del gobierno. Reimpresión oficial. Tomo segundo que contiene los libros V, VI y VII.* Valparaíso: Imprenta del Mercurio.

1846a *Boletín de leyes y de las órdenes y decretos del gobierno. Reimpresión*

*oficial. Tomo tercero que contiene los libros VIII, IX, X, y XI. Valparaíso: Imprenta del Mercurio.*

1848 *Índice alfabético del Boletín de las leyes y de las órdenes y decretos del gobierno de Chile. Valparaíso: Imprenta y Librería del Mercurio.*

1854 *Boletín de leyes y de las órdenes y decretos del gobierno. Reimpresión oficial. Tomo séptimo que comprende los libros XX y XXI. Valparaíso: Imprenta del Mercurio.*

1855 *Boletín de leyes y de las órdenes y decretos del gobierno. Reimpresión oficial. Tomo octavo, que comprende los libros XII y XIII. Valparaíso: Imprenta y Librería del Mercurio.*

1883 *Boletín de las leyes y decretos del gobierno. Segundo semestre de 1883. Santiago: Imprenta Nacional.*

1898 *Boletín de las leyes y decretos del gobierno 1810-1814. Santiago: Imprenta Nacional.*

1898a *Boletín de las leyes y decretos del gobierno. Libro LXVI. Año 1897, tomo I. Santiago: Imprenta Nacional.*

1883 *Memoria del Ministro del Interior presentada al Congreso Nacional en 1883. Santiago: Imprenta Nacional.*

1884 *Memoria del Ministro del Interior presentada al Congreso Nacional en 1884. Santiago: Imprenta Nacional.*

1885 *Memoria del Ministro del Interior presentada al Congreso Nacional en 1885. Santiago: Imprenta Nacional.*

#### OFICINA CENTRAL DE ESTADÍSTICA

1876 *Sinopsis Estadística de Chile. Synopsis of the Statistics of Chile. Santiago: Imprenta Nacional.*

1879 *Sinopsis Estadística de Chile. Synopsis of the Statistics of Chile. Tableau Sinoptique. 1878-1879. Santiago: Imprenta Nacional.*

1889 *Sinopsis estadística y geográfica de Chile en 1888. Santiago: Imprenta Nacional.*

1891 *Sinopsis estadística y geográfica de la República de Chile en 1890. Santiago: Imprenta Nacional.*

#### e) FUENTES IMPRESAS

ALESSANDRI, Arturo

1950 *Revolución de 1891. Mi actuación. Santiago: Editorial Nascimento.*

ALLENDES, Eulogio

1891 *La Revolución de 1891 en Chile. Santiago: Imprenta de "El Progreso".*

AMUNÁTEGUI, Miguel Luis

1946 "Epistolario. Cartas de don Miguel Luis Amunátegui a don Domingo Amunátegui Solar, en *RChHyG*, (108), pp. 11-24.

ANGUITA, Ricardo

1912-1913 *Leyes promulgadas en Chile*. Santiago: Imprenta, Litografía i Encuadernación Barcelona.

#### ARÍSTIDES

1886 *Retrato político de José Manuel Balmaceda*. Santiago: Imprenta "Victoria".

#### ARTEAGA ALEMPARTE, Justo y Domingo

1910 *Los constituyentes de 1870*. Santiago: Imprenta Barcelona. (1ª edición, 1870).

#### BALMACEDA VALDÉS, Eduardo

1941 *Del presente y del pasado. Crónicas-recuerdos-historia*. Santiago: Ediciones Ercilla.

1969 *Un mundo que se fue...* Santiago: Editorial Andrés Bello.

#### BAÑADOS ESPINOZA, Julio

1894 *Balmaceda, su gobierno. La Revolución de 1891*. París: Librería de Garnier Hermanos.

#### BARBOSA, Enrique O.

1929 *Como si fuera hoy... Recuerdos de la Revolución de 1891*. Santiago: Imprenta Santiago.

#### BARRA, Eduardo de la

1919 "La campaña presidencial de 1881", en *RChHG*, (27), pp. 113-115.

#### BARROS ARANA, Diego

1871 *Elementos de geografía física*. Santiago: Imprenta de la República.

1914 "Don Rodolfo Amando Philippi. (1808-1904)", en *Obras completas de Diego Barros Arana*, tomo XIII, Santiago: Imprenta Barcelona, pp. 13-180.

#### BARROS DE ORREGO, Martina

1942 *Recuerdos de mi vida*, Santiago: Ediciones Orbe.

#### BLANCO, José María

1974 *Diario del viaje del Presidente Orbegoso al sur del Perú*. Lima: Ponticia Universidad Católica del Perú.

#### BLEST GANA, Alberto

1934 "Cartas de don Alberto Blest Gana a B. Vicuña Mackenna, Aníbal Pinto y J.J. Latorre", en *RChHyG*, (81), pp. 53-79.

#### CANCILLERÍA ALEMANA (editor)

1891 *Los acontecimientos en Chile*. Valparaíso: Imprenta de la "Patria".

#### CONVENCIÓN

Convención de los partidos independientes. Instalada el 1º de enero de 1871. Actas y documentos. Valparaíso: Imprenta de la Patria.

#### CAVIEDEZ, Eloi T.

1892 *Las últimas operaciones del ejército constitucional*. Valparaíso: Imp. del Universo de Guillermo Helfmann.

#### CIFUENTES, Abdón

1936 *Memorias*. Santiago: Nascimento.

- CUADRA, Pedro Lucio  
 1868 *Apuntes sobre la jeografía física de Chile*. Santiago: Imprenta Nacional.  
 Este texto apareció originalmente en dos entregas de los *AUCh*, XXX, (febrero), pp. 61-226 y XXXI, (abril) pp. 379-498.  
 1868 *Ciencias exactas y ciencias naturales. Discurso pronunciado en el acto de incorporarse a la Facultad de Ciencias Físicas i Matemáticas de la Universidad de Chile*. Santiago: Imprenta Nacional. Publicado originalmente en *AUCh*, XXX, febrero de 1868, pp.556-562.
- DARÍO, Rubén  
 1991 *Rubén Darío esencial*. Madrid: Taurus.
- DOMEYKO, Ignacio  
 1857 "Noticia de las publicaciones hechas en Francia sobre la jeografía, jeología e historia natural de América i especialmente de Chile", en *Revista de Ciencias i Letras*, núm. II, julio, pp. 558-589.  
 1978 *Mis viajes*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.
- ECHENIQUE, Antonia y María Victoria LEGASSA  
 1999 *La flora chilena en la mirada de Marianne North. 1884*. Santiago: Pehuén Editores.
- ECHEVERRÍA Y REYES, Aníbal  
 1888 *Geografía política de Chile. O sea recopilación de leyes y decretos vigentes sobre creación, límites y nombre de las provincias, departamentos, subdelegaciones y distritos de la república*. Santiago: Imprenta Nacional.
- EGAÑA, Rafael  
 1891 *Historia de la Dictadura y de la Revolución de 1891*. Valparaíso: Librería El Mercurio.
- El pasado*  
 1899 *El pasado republicano de Chile, o sea, colección de discursos pronunciados por los presidentes de la república ante el Congreso Nacional al iniciar cada periodo legislativo. 1832-1900*. Concepción: Imprenta de "El País".
- ESCOBAR GUIC, Dina y Jorge IVULIC GÓMEZ  
 1991 "Las cartas póstumas de José Manuel Balmaceda en el centenario de una crisis", en *Dimensión histórica de Chile*, (8), pp. 83-102.
- ESPINOZA, Enrique  
 1890 *Jeografía descriptiva de la república de Chile*. Santiago: Imprenta Gutenberg.  
 1897 *Atlas de Chile. Arreglado para la jeografía descriptiva de la república de Chile por Enrique Espinoza*. París: Imprenta de Erhard hermanos.
- EYZAGUIRRE, Jaime  
 1943 "Carta de don Francisco Echaurren Echaurren a don Federico Errázuriz Echaurren, sobre etiqueta de los presidentes de Chile", en *BACHH*, (39), pp. 122-123.

- FELIÚ CRUZ, Guillermo (editor)  
1958 *Cartas Pehuenches. El Telégrafo. 1819-1820*. Colección de antiguos periódicos chilenos. Biblioteca Nacional. Santiago: Imprenta Cultura.
- FIGUEROA, Virjilio  
1897 *Parnaso balmacedista. Recopilación completa de todas las poesías que se han escrito en homenaje a la memoria del Excmo. señor Balmaceda desde el día de su sacrificio, 19 de septiembre de 1891, hasta el día de su apoteosis, 29 de noviembre de 1896*. Santiago: Imp. de "La Nueva República".
- GARCÉS, Joan E.  
1991 *Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política*. Santiago: Ediciones BAT (1ª edición, 1976).
- GAY, Claudio  
1844-1871 *Historia física y política de Chile. Según documentos adquiridos en esta república durante doce años de residencia en ella y publicada bajo los auspicios del supremo gobierno*. París: Imprenta de Maulde y Renou.
- GILLIS, J.M.  
1946 "La elección presidencial de 1851", en BACHH, (34), (primer semestre) pp. 31-41.
- GODOY, Hernán y Alfredo LASTRA (editores)  
1994 *Ignacio Domeyko, un testigo de su tiempo. Memorias y correspondencia*. Santiago: Editorial Universitaria.
- GONZÁLEZ PINO, Miguel y Arturo FONTAINE TALAVERA  
1997 *Los mil días de Allende*. Santiago: Centro de Estudios Públicos.
- GONZÁLEZ, Sergio, M. Angélica ILLANES y Luis MOULIAN  
1998 *Poemario popular de Tarapacá*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (DIBAM), LOM Ediciones y Universidad Arturo Prat.
- GRAHAM, Marie  
1953 *Diario de mi residencia en Chile*. Santiago: Editorial del Pacífico (1ª edición inglesa, 1824).
- HERVEY, Maurice H.  
1974 *Días oscuros en Chile*. Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre . (1ª edición inglesa, 1892).
- ÑIGUEZ VICUÑA, Antonio  
1891 *El golpe de Estado y la Revolución, primero y siete de enero de 1891*. Santiago: Imprenta "Victoria".
- J. B.  
1849 "Análisis del informe presentado a la Cámara de Diputados sobre los medios de obtener la reducción y civilización de los indígenas", en *Revista de Santiago*, (15), (noviembre) pp. 330-338.
- LAIZ VERBAL, Arturo  
1886 *Don José Manuel Balmaceda. Candidato a la Presidencia de la República*. Santiago: Establecimiento Tipográfico de "La Época".

- LAMBERT, Charles  
1819 "Noticia general de los minerales de las provincias del norte de Chile en estado actual", en *El Telegrafo* de 6 y 17 de agosto y 10 de septiembre de 1819, en FELIÚ CRUZ, 1958, pp.113-115, 119-120 y 135-136.
- LAZO, SANTIAGO y NARCISO MÁRQUEZ  
1905 *Índice general del Boletín de las leyes y decretos del gobierno de Chile, comprende todas las leyes y disposiciones supremas dictadas en la República de Chile y publicadas en esa obra desde 1810 hasta la actualidad*. Santiago: Imprenta Cervantes.
- LETELIER, Valentín  
1887-1897 *Sesiones de los cuerpos legislativos de la República de Chile. 1811 a 1845*. Santiago: Imprenta Cervantes.
- MADOZ, Pascual  
1982-1986 *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico*. Valencia-Valladolid: Alfonso el Magnanimo y Diputación General de Aragón. (1ª edición, 1845-1850).
- MATTA, M.A.  
1875 "La situación", en *Revista chilena*, I, pp. 648-680.
- McBRIDE, George M.  
1973 *Chile: su tierra y su gente*. Santiago: Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria. (1ª edición, 1936).
- MEDINA, José Toribio  
1891 *Las medallas chilenas*. Santiago: Impreso en casa del autor.
- MUÑOZ H., José María  
1890 "Un libro que hacía falta", en *Revista de Instrucción Primaria*, IV, (10), (junio), pp. 623.
- MUSEO HISTÓRICO NACIONAL  
1891 *Reportaje a Chile. Dibujos de Melton Prior y crónicas de The Illustrated London News. 1889-1891*. Santiago: Museo Histórico Nacional. (Edición bilingüe español-iglés).
- O'HIGGINS, Ambrosio  
1929 "La visita a las provincias del norte", en *RChHyG*, (67), (octubre-diciembre), pp. 118-135.
- ORREGO LUCO, Luis  
1914 *Al través de la tempestad. Recuerdo del tiempo viejo. La Revolución de 1891*. Santiago: Sociedad "Imprenta y Litografía Universo".  
1984 *Memorias del tiempo viejo*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.
- PALMA, Martín  
1871 *Los Candidatos*. Santiago: Imprenta del Mercurio.
- PÉREZ ROSALES, Vicente  
1859 *Ensayo sobre Chile*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril.

- PINO, José Miguel del  
s/f *Páginas negras de la administración Balmaceda (1890-1891)*. Santiago: Imprenta de "El Día".
- PISSIS, Amadeo  
1875 *Geografía física de la República de Chile*. París: Instituto Geográfico de París.  
1875 *Atlas de la geografía física de la República de Chile*. París: Instituto Geográfico de París.
- QUEZADA, E. y D. PORTALES  
1891 *La dictadura y las musas. Colección de todas las poesías publicadas con ocasión de la dictadura*. Santiago: Imprenta "Santiago".
- RODRÍGUEZ MENDOZA, Emilio  
1899 *Últimos días de la administración Balmaceda*. Santiago: Imprenta y Librería del Centro Editorial de la Prensa.  
1919 *¿Como si fuera ayer!..* Santiago: Casa Editorial "Minerva".
- SAGREDO BAEZA, Rafael y Eduardo DEVÉS VALDÉS (recopiladores)  
1991-1992 *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*. Santiago: DIBAM.
- SANTA MARÍA, Domingo  
1919 "Cartas de don Domingo Santa María a don José Victorino Lastarria", en *RChHyG*, (23), pp. 362-366.  
1919 "La campaña presidencial de 1881", en *Revista Chilena*, (27), (noviembre), pp. 113-131.  
1920 "Cartas de don Domingo Santa María a don Guillermo Matta", en *RChHyG*, (38), pp. 324-341.  
1927 "Epistolario. Cartas de don Domingo Santa María a don Domingo Godoy", en *RChHyG*, (59), pp. 142-163.  
1936 "Carta de don Domingo Santa María a don Gonzalo Bulnes", en *RChHyG*, (23), pp. 36-39.  
1952 "Cuatro cartas políticas", en *RChHyG*, (119), pp. 103-120.
- Santiago*  
s/f *Santiago a la vista*. Santiago: Imprenta Barcelona.
- SOFFIA, José Antonio  
1916 "Las exequias de un candidato", en *RChHyG*, (23), pp. 448-458.
- SUBERCASEUAX, Ramón  
1936 *Memorias de Ochenta años*. Editorial Nascimento.
- TOURAINÉ, Alain  
1974 *Vida y muerte del Chile popular*. México: Siglo XXI editores.
- UNDURRAGA V., Francisco R.  
1943 *Recuerdos de 80 años.(1855-1943)*. Santiago: Imprenta el Imparcial.
- UNIVERSIDAD FINIS TERRAE  
1991 *1891 visto por su protagonistas*. Santiago: Editorial Fundación.

- VALENCIA AVARIA, Luis  
1986 *Anales de la República*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- VELASCO, Fanor  
1914 *La Revolución de 1891. Memorias*. Santiago: Sociedad "Imprenta y Litografía Universo".  
1922-1923 "La Revolución de 1891. (De los papeles inéditos de don Fanor Velasco), en *Revista Chilena* (LVI, LXIII Y LXIV), pp. 39-49 y 233-238.
- VERDUGO, Patricia  
1998 *Interferencia secreta. 11 de septiembre de 1973*. Santiago: Editorial Sudamericana.
- VERGARA QUIROZ, Sergio  
1987 *Cartas de mujeres en Chile. 1630-1885*. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1987,
- VERNIORY, Gustave  
1975 *Diez años en Araucanía 1889-1899*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.
- VICUÑA MACKENNA, Benjamín  
1867 *Diez meses en los EEUU de Norteamérica*. Santiago: Imprenta de la libertad. (1ª edición, 1856).  
1876a *El Partido Liberal Democrático. (Su origen, sus propósitos, sus deberes)*. Santiago: Imprenta Franklin.  
1876b *El viaje del señor Vicuña Mackenna a las provincias del Sur*. Valparaíso: Imprenta de "La Patria".  
1876c *Guía del elector liberal, para las elecciones generales de 1876*. Santiago: Imprenta Librería del Mercurio.  
1877 *De Valparaíso a Santiago. Datos impresiones, noticias, episodios de viaje*. Santiago: Imprenta de la Librería del Mercurio.  
1878 *Manuel Pardo. Ex-presidente del Perú. Breves apuntes y revelaciones sobre su vida*. Santiago: Imprenta de la Librería del Mercurio.  
1936 *Páginas de mi diario*. Santiago: Talleres Fiscales de la Dirección General de Prisiones.  
1936 *Obras completas de Vicuña Mackenna. Volumen I. Páginas de mi diario durante tres años de viaje. 1853-1854, 1855*. Santiago: tomo I, Universidad de Chile.
- VICUÑA, Pedro Félix  
1925-1926 "Epistolario. La candidatura presidencial de don Francisco Echaurren en 1871", en *RChHyG*, (55), pp. 34-38.
- VILLARINO, Joaquín  
1891 *José Manuel Balmaceda. El último de los presidentes constitucionales de Chile. Desde septiembre de 1886 hasta septiembre de 1891*. Mendoza: Tipografía "La Perseverancia".

## e) DISCOGRAFÍA

ANÓNIMO

"Cueca de Balmaceda", siglo XIX, en QUILAPAYUN 1998, N° 6, (2':15")

EMI

1991 *Himnos y marchas militares*. Santiago: Emi.

GOUNOD, Charles

"Ave María", en Naxos 1997, N° 15, (2':42").

NAXOS

1997 *Ave María. Sacred Arias and Choruses*. Alemania: Naxos.

QUILAPAYUN

1998 *Basta*. Santiago: Warner Music Chile. (1ª edición 1969).

## f) OTROS

Exposición Balmaceda y su tiempo. Biblioteca Nacional de Chile. 1991.

Exposición Balmaceda en la poesía popular. Biblioteca Nacional de Chile.

1991

## II. BIBLIOGRAFÍA

ADLER LOMNITZ, Larissa

1994 *Redes sociales, cultura y poder: ensayos de antropología latinoamericana*. México: Flacso-Porrúa.

ADLER LOMNITZ, Larissa Claudio LOMNITZ ADLER e Ilya ADLER

1994 "El fondo de la forma: La campaña presidencial del PRI en 1988", en ADLER LOMNITZ, pp. 275-332.

ALBERRO, Solange

1995 "Presentación. Rituales cívicos", en *Historia Mexicana*, XVI, (2), pp. 187-189.

ALLAR P., Jorge

s/f *Cien años de la Compañía Sud Americana de Vapores. 1872-1972*. Santiago: Editorial Universitaria.

ANNINO, Antonio

1995 *Historia de las elecciones en Iberoamérica, siglo XIX. De la formación del espacio político nacional*. Montevideo: F.C.E. Argentina.

AMUNÁTEGUI SOLAR, Domingo

1946 *La democracia en Chile*. Santiago: Universidad de Chile.

ARTEAGA ALEMPARTE, Justo y Domingo ARTEAGA ALEMPARTE

1910 *Los constituyentes chilenos de 1870*. Santiago: Imprenta Barcelona (1ª edición 1870).

- ASTURIAS, Miguel A.  
1978 *El señor presidente*. España: Editions Klincksieck y F.C.E.
- ATRIA BENAPRÉS, Raúl  
1975 "Balmaceda en la Guerra Civil de 1891; un estudio de la pugna por la legitimidad", en *Estudios Sociales*, (5), pp. 176-212.
- BALANDIER, Georges  
1994 *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- BALLESTEROS, Manuel E.  
1882 *Índice jeneral del Boletín de las leyes, que comprenden todas las leyes i disposiciones supremas, dictadas en la república de Chile i publicadas en esa obra desde 1810 hasta 1881*. Lima: Imprenta de "La Patria".
- BALMORI, Diana y Roberto OPPENHEIMER  
1979 "Family Clusters: The Generational Nucleation of Families in Nineteenth-Century Argentina and Chile", en *CSSH* (2), pp. 231-261.
- BARROS ARANA, Diego  
1884-1902 *Historia jeneral de Chile*. Santiago: Rafael Jover Editor y Josefina M. v. de Jover, Editora.  
1908-1914 *Obras completas de Diego Barros Arana*. Santiago: Imprenta Cervantes e Imprenta, Litografía i Encuadernación Barcelona.  
1913 *Un decenio de la historia de Chile. (1841-1851)*, en BARROS ARANA 1908-1914, tomos XIV y XV.
- BARROS LEZAETA, Luis y VERGARA JOHNSON, Ximena  
1978 *El modo de ser aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia 1900*. Santiago: Ediciones Aconcagua.
- BAUER, Arnold J.  
1994 *La sociedad rural chilena. Desde la conquista española a nuestros días*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- BENEDICTO, Jorge y María Luz MORÁN  
1995 *Temas de sociología política*. Madrid: Alianza Editorial.
- BERMÚDEZ MIRAL, Oscar  
1963 *Historia del salitre desde sus orígenes hasta la Guerra del Pacífico*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.  
1984 *Historia del salitre desde la Guerra del Pacífico hasta la Revolución de 1891*. Santiago: Ediciones Pampa Desnuda.
- BIBLIOTECA CENTRAL UCH  
1954 *Anales de la Universidad de Chile. Índice general. 1843-1950. Índice por autores*. Santiago: Centro de Información Bibliográfica.
- BIBLIOTECA DEL CONGRESO NACIONAL  
s/f "Labor parlamentaria de don José Manuel Balmaceda Fernández. Período: 18 de septiembre de 1886 a 29 de agosto de 1891". (manuscrito).

## BIBLIOTECA NACIONAL (catálogos)

1987 *La historia a través de una memoria familiar*. Archivo Santa María. Santiago: Biblioteca Nacional.

1991 *Balmaceda y su tiempo*. Santiago: Biblioteca Nacional.

## BLAKEMORE, Harold

1966 "La revolución chilena de 1891 y su historiografía", en *BACHH*, (74), pp. 37-73.

1978 *Gobierno chileno y salitre inglés 1886-1896: Balmaceda y North*. Santiago: Editorial Andrés Bello. (1ª edición, 1974).

## BLANCHARD-CHESSI, Enrique

1909-1914 *La Revolución chilena de 1891. Datos y documentos para la historia*, en *Zig-Zag*, (números 230 a 512).

## BLOCH, Marc

1988 *Los reyes taumaturgos*. México: F.C.E. (1ª edición, 1924).

## BORÓN, Atilio A.

1971 "La evolución del régimen electoral y sus efectos en la representación de los intereses populares: el caso de Chile", en *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*, II, (3), diciembre, pp. 395-427.

## BOUZA, Fernando

1998 *Imagen y propaganda. Capítulos de historia cultural del reinado de Felipe II*. Madrid: Akal Ediciones.

## BOWMAN, John R. y Michael WALLERSTEIN

1983 "La caída de Balmaceda y las finanzas públicas en Chile", en *Revista de Ciencia Política*, V, (1), pp. 99-133.

## BRAVO DÍAZ, Pablo

1991 "Fichero bibliográfico" sobre la Guerra Civil de 1891", en *Dimensión Histórica de Chile* (8), pp. 119-140.

## BRAVO LIRA, Bernardino

1994 *El absolutismo ilustrado en hispanoamérica, Chile (1760-1860). De Carlos III a Portales y Montt*. Santiago: Editorial Universitaria.

## BRAVO VALDIVIESO, Fernando, Francisco BULNES SERRANO y Gonzalo VIAL CORREA

1991 *Balmaceda y la Guerra Civil*. Santiago: Editorial Fundación.

## BRICEÑO, Ramón

1856 *Índice general de los Anales de la Universidad de Chile*. Santiago: Imprenta de la Sociedad.

## BURKE, Peter

1993 "Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración", en BURKE, 1993, pp. 287-305.

1995 *La fabricación de Luis XIV*. Madrid: Editorial Nerea.

## BURKE, Peter (editor)

1993 *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Editorial.

- CARIOLA, Carmen y Osvaldo SUNKEL  
1990 *Un siglo de historia económica de Chile. 1830- 1930*. Santiago: Editorial Universitaria.
- CARMAGNANI, Marcello  
1998 *Desarrollo industrial y subdesarrollo económico. El caso chileno (1860-1920)*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, DIBAM (1ª edición en 1971).
- CAVALLO, Ascanio  
1992 *Los hombres de la transición*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- CHUBRETOVICH A., Carlos  
1991 *Historia de la Canción Nacional de Chile*. Santiago: Editorial la Noria.
- CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA (editor)  
1992 *La época de Balmaceda*. Santiago: DIBAM.
- COLLIER, Simon  
1977 *Ideas y política de la independencia chilena. 1808- 1833*. Santiago: Andrés Bello. (1ª edición 1967).
- CLUB JOSÉ MANUEL BALMACEDA  
1972 *Visión y verdad sobre Balmaceda*. Santiago: Instituto Cultural de Provi-  
dencia.
- CORREA SAAVEDRA, Mario  
1972 "Personalidad íntima de Balmaceda. Algunos rasgos de su vida", en  
CLUB JOSÉ MANUEL BALMACEDA, pp. 9-59.
- CORREA SUTIL, Sofía  
1991 "Maurice Zeitlin y Richard Earl Ratcliff. *Landlords and Capitalists. The  
Dominant Class of Chile*. Princeton University Press, New Jersey, 1988, 288  
págs. En *Mapocho*, (29), primer semestre, pp. 119- 123.
- COSÍO VILLEGAS, Daniel  
1994 *La sucesión presidencial*. México: Editorial Joaquín Mortiz. (1ª edición,  
1975).
- CRUZ DE AMENÁBAR, Isabel  
1997 "Diosas atribuladas: alegorías cívicas, caricatura y política en Chile  
durante el siglo XIX", en *Historia*, (30), pp. 127-171.
- DENEGRI LUNA, Félix  
1974 "Prólogo", en BLANCO, pp. I-XX.
- DEVÉS VALDÉS, Eduardo  
1992 "La cara de Balmaceda: fotografía, psicología y mentalidad", en CENTRO  
DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA, pp. 23-40.
- DINKIN, Robert J.  
1989 *Campaigning in America. A History of Election Practices*. New York:  
Greenwood Press.
- DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS (catálogo)  
1988 *Exposición Isla de Pascua. Avanzada del destino oceánico de Chile. En el*

*año del centenario de su incorporación definitiva al territorio nacional.*

Santiago: DIBAM.

DONOSO, Ricardo

1977 *Don Benjamín Vicuña Mackenna; Su vida, sus escritos y su tiempo.*

Buenos Aires. Editorial Francisco de Aguirre. (1ª edición, 1925).

1941 *El marqués de Osorno don Ambrosio Higgins. 1720- 1801.* Santiago:

Publicaciones de la Universidad de Chile.

1950 *La sátira política en Chile.* Santiago: Imprenta Universitaria.

1975 *Las ideas políticas en Chile.* Buenos Aires: EUDEBA.

DOONER, Patricio

1989 *Periodismo y política. La prensa política en Chile: 1970-1973.* Santiago:

Editorial Andante.

DUBY, George

1988 *El domingo de Bouvines. 24 de julio de 1214.* Madrid: Alianza Editorial.

(1ª edición, 1973).

DUVERGER, Maurice

1987 *Los partidos políticos.* México: F.C.E.

DUPONT, Florence

1992 "El otro cuerpo del emperador-dios", en FEHER, pp. 396-419.

DUVEAU, Georges

1967 *1848. The making of a revolution.* U.S.A.: Harvard University Press.

ECHENIQUE CELIS, Antonia

1981 "El proceso de desarrollo y culminación de las crisis del Estado oligárquico en Chile. (1891- 1932)". México: Flacso. Tesis de Maestría.

EDICIONES LA PRENSA

1985 *Vichuquén: 400 años...* Curicó: Ediciones La Prensa.

EDWARDS, Alberto

1911 "Un nuevo mapa de Chile. (Mapa de Chile, ejecutado por orden de S.E. el Presidente de la República, Excmo. Señor don Pedro Montt.- Oficina de Mensura de Tierras. Edición Centenaria. 1910)", en *RChHyG*, (1), 1911, pp. 49-70.

1997 *La fronda aristocrática.* Santiago: Editorial Universitaria. (1ª edición, 1928)

1932 *El gobierno de don Manuel Montt.* Santiago: Nascimento.

ELÍAS, Norbert

1982 *La sociedad cortesana.* México: F.C.E. (1ª edición 1969).

ENCINA, Francisco Antonio

1940-1952 *Historia de Chile.* Santiago: Nascimento.

FEHER, Michel (editor)

1992 *Fragments para una historia del cuerpo humano.* Madrid: Taurus (1ª edición, 1989).

- FELIÚ CRUZ, Guillermo  
1942 *Un esquema de la evolución social de Chile en el siglo XIX*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile. Incluido en su obra *La abolición de la esclavitud en Chile*.
- FICHERO BIBLIOGRÁFICO (1984-1985)  
1987 En *Historia* (22), pp. 357-440.
- FIGUEROA, Pedro Pablo  
1897 *Diccionario biográfico de Chile*. Santiago: Imprenta Barcelona.
- GALDAMES, Luis  
1925 *Evolución constitucional de Chile. 1810-1925*. Santiago:  
1931 "La juventud de Vicuña Mackenna", en *Anales de la Universidad de Chile*, 1º (tercer y cuarto semestre) pp. 5-300.
- GARCÍA DE LA HUERTA, Marcos  
1979 *Chile 1891: La gran crisis y su historiografía, los lugares comunes de nuestra conciencia histórica*. Santiago: Publicaciones del Centro de Estudios Humanísticos. Universidad de Chile.
- GARCÍA SIMON, Agustín  
1995 *El ocaso del emperador. Carlos V en Yuste*. Madrid. Editorial Nerea.
- GAZMURI, Cristián  
1992 *El 48 chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos*. Santiago: Editorial Universitaria.
- GÓMEZ MENDOZA, Antonio  
1982 *Ferrocarriles y cambio económico en España (1855- 1913). Un enfoque de nueva historia económica*. Madrid: Alianza Editorial.
- GÓNGORA, Mario  
1986 *La noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago: Editorial Universitaria (1ª edición 1981).
- GONZÁLEZ BERNALDO DE QUIRÓS, Pilar  
1999 *Civilité et politique aux origines de la nation argentine. Les sociabilités à Buenos Aires 1829- 1862*. Paris: Publications de la Sorbone.  
1999 "Literatura injuriosa y opinión pública en Santiago de Chile durante la primera mitad del siglo XIX", en *EPu*, (76), (primavera), pp. 233- 262.
- GONZÁLEZ VIAL, Paz  
1974 "Catálogo del Archivo de Don Benjamín Vicuña Mackenna. II Parte". Memoria para optar al título de Profesora de Historia y Geografía. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- GREZ TOSO, Sergio  
1998 *De la "Regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile 1810-1890*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arba, DIBAM y Red Internacional del Libro.
- GUAJARDO SOTO, Guillermo  
1992 "El aprendizaje de la tecnología del ferrocarril en Chile, 1850-1920", en

*Quipu* 9, (1), pp. 17-46.

1995 "El desarrollo del sistema ferroviario y la formación de ingenieros en México, 1867-1926", en RODRÍGUEZ-SALA y MONCADA MAYA, pp. 123-138.

GUERRA, François-Xavier

1988 *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*. México, D.F.: F.C.E.

HABERMAS, Jürgen

1994 *Historia y crítica de la opinión pública*. España: Ediciones G. Gili.

HALPERÍN DONGHI, Tulio

1985 *Reforma y disolución de los imperios ibéricos 1750- 1850. Historia de América Latina*, 3. Madrid: Alianza Editorial.

HARRIS BUCHER, Gilberto

1997 *Inmigración y emigración en Chile durante el siglo XIX. Estudios y documentos*. Valparaíso: Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación.

HEISE GONZÁLEZ, Julio

1974 *Historia de Chile. El periodo parlamentario. 1861- 1925*. Santiago: Editorial Andrés Bello.

1978 *Años de formación y aprendizaje políticos. 1810- 1833*. Santiago: Editorial Universitaria.

HERNÁNDEZ, Silvia

1966 *Transformaciones tecnológicas en la agricultura de Chile central. Siglo XIX*. Santiago: Cuadernos del Centro de Estudios Socioeconómicos. Facultad de Ciencias Económicas. Universidad de Chile.

HEUSCH, Luc de

1992 "El cuerpo sacrificial del rey", en FEHER, pp. 386- 394.

HUMUD TLEEL, Carlos

1969 *El sector público chileno entre 1830 y 1930*. Santiago: Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Chile.

HUNEEUS GANA, Jorge

1908 *Cuadro histórico de la producción intelectual de Chile*. Santiago: Biblioteca de Escritores de Chile. Tomo primero.

HURTADO RUIZ-TAGLE, Carlos

1966 *Concentración de población y desarrollo económico. El caso chileno*. Santiago: Instituto de Economía, Universidad de Chile.

JOBET, Julio César

1951 *Ensayo crítico del desarrollo económico social de Chile*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.

ILLANES, María Angélica

1993 *"En el nombre del pueblo. Del Estado y la ciencia, (...)". Historia social de la salud pública. Chile 1880-1973. Hacia una historia social del siglo XX*. Santiago: Colectivo de Atención Primaria.

- IRUROZQUI, Marta  
1994 *La armonía de las desigualdades. Elites y conflictos de poder en Bolivia. 1880-1920*. Cuzco: Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas.
- JOCELYN-HOLT LETELIER, Alfredo  
1992 *La independencia de Chile. Tradición, modernización y mito*. Madrid: MAPFRE.
- KANTOROWICZ, Ernst H.  
1985 *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*. Madrid: Alianza Editorial (1ª edición, 1957).
- KIRSCH, Henry  
1970 *Balmaceda y la burguesía nacional: ¿realidad o utopía?* Santiago: Documento de trabajo CESO, Facultad de Ciencias Económicas Universidad de Chile.
- KREBS, Ricardo  
1981 *Catolicismo y laicismo. Las bases doctrinarias del conflicto entre la Iglesia y el Estado en Chile. 1875-1885*. Santiago: Ediciones Nueva Universidad.
- KUNTZ FICKER, Sandra  
1995 *Empresa extranjera y mercado interno. El ferrocarril Central Mexicano (1880-1907)*. México, D.F.: COLMEX.
- KUNTZ FICKER, Sandra y Paolo RIGUZZI (coordinadores)  
1996 *Ferrocarriles y vida económica en México (1850-1950). Del surgimiento tardío al decaimiento precoz*. México: El Colegio Mexiquense, A.C., Ferrocarriles Nacionales de México y Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- LARRAÍN BERGUÑO, María José  
1995 "Un espacio de sociabilidad: el Club de la Unión de Santiago en el siglo XIX". Tesis de licenciatura. Santiago: Instituto de Historia, PUC.
- LAVÍN, Joaquín  
1987 *La revolución silenciosa*. Santiago: ZIG-ZAG.
- LE GOFF, Jacques  
1992 "¿La cabeza o el corazón? El uso político de las metáforas corporales durante la edad media", en FEHER, pp. 12-26.
- LEÓN, César A.  
1964 "Las capas medias en la sociedad chilena del siglo XIX", en *AUCH*, pp. 51-95.
- LOWENTHAL FELSTINER, Mary  
1976 "Kinship Politics in the Chilean Independence Movement", en *Hispanic American Historical Review*, p. 58-80.
- LYNCH, John  
1962 *Administración colonial española. El sistema de intendencias en el*

*Virreinato del Río de la Plata*. Buenos Aires: EUDEBA.

MARICHAL, Carlos

1980 *La revolución liberal y los primeros partidos políticos en España: 1834-1844*. Madrid: Ediciones Cátedra.

1988 *Historia de la deuda externa de América Latina*. Madrid: Alianza Editorial.

MARIN, Louis

1992 "El cuerpo de poder y la encarnación en Port Royal y Pascal o de la "figuralidad" del absoluto político", en FEHER, pp. 420-447.

MÁRQUEZ BRETON, Edmundo

1985 "Visita del Presidente Balmaceda", en EDICIONES LA PRENSA, pp. 72-74.

MARTÍNEZ, Gerardo

1992 "Desarrollo económico y modernización en la época de Balmaceda", en CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA, pp. 55-69.

Mc EVOY, Carmen

1994 "Estampillas y votos: el rol del correo político en una campaña electoral decimonónica", en *Histórica*, XVIII, (1), pp. 95-134.

1994a *Un proyecto nacional en el siglo XIX. Manuel Pardo y su visión del Perú*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

1997 *La utopía republicana. Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871- 1919)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

MELLAFE, Rolando y René SALINAS

1988 *Sociedad y población rural en la formación de Chile actual. La Ligua 1700-1850*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.

MENDOZA BERRUETO, Eliseo

1998 *El presidencialismo mexicano. Una tradición ante la reforma del Estado*. México: El Colegio de la Frontera del Norte y F.C.E.

MICKELSON, Sig

1989 *From Whistle Stop to Sound Bite. Four Decades of Politics and Television*. New York: Praeger Publishers.

MICHELS, Robert

1983-1984 *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

MONTEÓN, Michael

1982 *Chile in the Nitrate Era. The Evolution of Economic Dependence, 1880-1930*. Madison: University of Wisconsin Press.

MORÁN, Miguel

1990 *La imagen del rey. Felipe V y el arte*. Madrid: Nerea.

MURILLO CHAVERRI, Carmen

1995 *Identidades de hierro y humo. La construcción del Ferrocarril al Atlántico 1870-1890*, San José: Editorial Porvenir.

- NAVARRETE ARAYA, Micaela  
 1993 *Balmaceda en la poesía popular, 1886-1896*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, DIBAM.
- O'BRIEN F., Thomas  
 1982 *The Nitrate industry and Chile's Crucial Transition: 1870-1891*. New York: New York University Press.
- ORREGO VICUÑA, Eugenio  
 1932 "Vicuña Mackenna. Vida y trabajos", en *AUCh*, tomo 2º, (primer y segundo trimestres), pp. 503-1010.
- ORREGO VICUÑA, Francisco  
 1972 "La política internacional de Balmaceda en el área del Pacífico", en CLUB JOSÉ MANUEL BALMACEDA, pp. 61-93.
- ORTEGA, Luis  
 1984 *Los empresarios, la política y los orígenes de la Guerra del Pacífico*. Santiago: Contribuciones 24, FLACSO.  
 1988 *La industria del carbón de Chile entre 1840 y 1880*. Santiago: Facultad de Humanidades, USACH.  
 1992 "La frontera carbonífera, 1840-1900", en *Mapocho*, (31), pp. 131-148.
- ORTEGA, Luis (editor)  
 1991 *La Guerra Civil de 1891, cien años hoy*. Santiago: Departamento de Historia. USACH.
- OSSANDÓN, Carlos  
 1998 *El crepúsculo de los "sabios" y la irrupción de los "publicistas"*. Santiago, ARCIS-LOM Ediciones.
- PANI, Erika  
 1995 "El proyecto de Estado de Maximiliano a través de la vida cortesana y del ceremonial público", en *Historia Mexicana*, XLV, (2), pp.423-460.
- PEREIRA SALAS, Eugenio  
 1946 "Los comienzos de la enseñanza de la geografía en Chile", en *RChHyG*, (108), pp. 25-43.
- PIETSCHAMANN, Horst  
 1996 *Las reformas borbónicas y el sistema de intendencias en Nueva España. Un estudio político administrativo*. México: F.C.E.
- PINTO SANTA CRUZ, Aníbal  
 1973 *Chile, un caso de desarrollo frustrado*. Santiago: Editorial Universitaria. (3ª edición).
- PINTO, Julio  
 1997 "¿Cuestión política o cuestión social? La lenta politización de la sociedad popular tarapaqueña hacia el fin de siglo (1889-1900)", en *Historia* (30), pp. 211-261.
- PINTO, Julio y Luis ORTEGA  
 1990 *Expansión minera y desarrollo industrial: un caso de crecimiento*

*asociado (Chile 1850-1914)*. Santiago: Departamento de Historia de la USACH.

PORTILLA GIL, Santiago

1982 "Una sociedad en armas: Insurrección antirreleccionista en México. 1910-1911". México D.F.: Tesis doctoral, CEH-COLMEX.

RAMÍREZ NECOCHEA, Hernán

1958 *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*. Santiago: Editorial Universitaria.

1967 *Antecedentes económicos de la independencia de Chile*. Santiago: Universidad de Chile.

RAMÓN, Armando de

1992 *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. Madrid: MAPFRE.

ROA BASTOS, Augusto

1987 *Yo el Supremo*. Madrid: Cátedra.

RODRÍGUEZ BRAVO, Joaquín

1925 *Balmaceda y el conflicto entre el congreso y el ejecutivo*. Santiago: Imprenta Gutenberg.

RODRÍGUEZ-SALA, María Luisa y José Omar MONCADA MAYA

1995 *La cultura científico-tecnológica en México: Nuevos materiales multidisciplinarios*. México: UNAM.

ROSS, César

1991 "Orígenes de la vida bancaria en Chile. (1811- 1850)", en *Revista Libertador O'Higgins*, (8), pp. 19-57.

SABATO, Hilda

1998 *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

SAGREDO BAEZA, Rafael

1987 "Pragmatismo proteccionista en los orígenes de la República", en *Historia*, (24), pp. 267-286.

1988 "Manuel Rengifo: un proteccionista del siglo XIX", en *Pensamiento Iberoamericano*, (14), (julio- diciembre), pp. 321-338.

1990 "Bibliografía comentada del período 1830-1930", en CARIOLA y SUNKEL, pp. 189-397.

1994 "Viaje e historia", en *Boletín de historia y geografía*, (11), pp. 101-110.

1996 "Élites chilenas del siglo XIX. Historiografía", en *Cuadernos de Historia*, (16), (diciembre), pp. 103- 132.

1997 "Chile: 1823-1831. El desafío de la administración y organización de la hacienda pública", en *Historia*, (30), pp. 287-312.

1998 "La idea geográfica de Chile en el siglo XIX", en *Mapocho*, (44), (segundo semestre), pp. 123-164.

- SALAS EDWARDS, Ricardo  
1914-1925 *Balmaceda y el parlamentarismo en Chile. Un estudio de psicología política chilena*. Santiago: Sociedad "Imprenta y Litografía Universo".
- SANFUENTES V., Andrés  
1987 *La deuda pública externa de Chile entre 1818 y 1935*. Santiago: Notas Técnicas CIEPLAN.
- SATER, F., William  
1986 "The Civil Wars in Chile (or the bourgeois revolutions that never were). Princeton, New Jersey: Princeton University Press", en *BACHH* (97), pp. 499-508.
- SERRANO, Sol  
1994 *Universidad y nación*. Santiago: Editorial Universitaria.
- SILVA CASTRO, Raúl  
1958 *Prensa y periodismo en Chile (1812-1956)*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.  
1966 *Rubén Darío a los veinte años*. Santiago: Editorial Andrés Bello.  
1969 *Balmaceda*. Santiago: Editorial Nascimento.
- SOTOMAYOR VALDÉS, Rafael  
1962 *Historia de Chile bajo el Gobierno del General Joaquín Prieto*, Santiago: Fondo Histórico Presidente Joaquín Prieto.
- STRONG, Roy  
1988 *Arte y poder*. Madrid: Alianza Editorial.
- STUVEN, Ana María  
1990 "Polémica y cultura política chilena, 1840-1850", en *Historia* (25), pp. 229-253.
- SUBERCASEAUX, Bernardo  
1988 *Fin de siglo. La época de Balmaceda. Modernización y cultura en Chile*. Santiago: Editorial Aconcagua.
- THOMSON, Ian y Dietrich ANGERSTEIN  
1997 *Historia del ferrocarril en Chile*. Santiago: DIBAM.
- URZÚA VALENZUELA, Germán  
1992 *Historia política de Chile y su evolución electoral. (Desde 1810 a 1992)*. Santiago: Editorial Jurídica de Chile.
- VALDIVIESO, Patricio  
1995-1996 "Chile y sus obstáculos para el desarrollo durante el primer siglo de vida independiente. Nuevos antecedentes e hipótesis", en *Historia*, (29), pp. 475-509.
- VALENZUELA, J. Samuel  
1985 *Democratización vía reforma: La expansión del sufragio en Chile*. Buenos Aires: Ediciones del IDES.  
1995 "Orígenes y transformaciones del sistema de partidos en Chile", en *EPu*, (58), (otoño), pp. 5-77.

1997 "Hacia la formación de instituciones democráticas: prácticas electorales en Chile durante el siglo XIX", en *EPu* (66), (otoño), pp. 215-257.

1998 "La ley electoral de 1890. Y la democratización del régimen político chileno", en *EPu* (71), (invierno) pp. 265-296.

VALENZUELA y GUZMÁN, Eduardo

1890 *Apéndice a los Anales de la Universidad. Índice alfabético y analítico de los trabajos publicados. 1843-1887*. Santiago: Imprenta Nacional.

VARELA ORTEGA, José

1977 *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)*. Madrid: Alianza Editorial.

VÉLIZ, Claudio

1961 *Historia de la marina mercante de Chile*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.

VENTURINO, Agustín

1929 *Sociología chilena con comparaciones argentinas y mexicanas*. Barcelona: Editorial Cervantes.

VERGARA, Ximena y Luis BARROS

1972 "La guerra civil y la instauración del parlamentarismo", en *Revista Latino América de Ciencias Sociales*, (3), (junio), pp. 71-94.

VIAL, Gonzalo

1981-1996 *Historia de Chile (1891-1973)*. Santiago: Editorial Santillana y Editorial Fundación.

VICUÑA URRUTIA, Manuel

1995 *La imagen del desierto de Atacama (XVI-XIX). Del espacio de la disuasión al territorio de los desafíos*. Santiago: USACH.

1996 *El París americano. La oligarquía chilena como actor urbano en el siglo XIX*. Santiago: Universidad Finis Terrae y Museo Histórico Nacional.

VILLALOBOS R., Sergio

1961 *Tradición y reforma en 1810*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.

1968 *El comercio y la crisis colonial*. Santiago: Ediciones Universidad de

Chile.

1973 *Imagen de Chile histórico. El album de Gay*. Santiago: Editorial Universitaria.

1982 *Historia de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.

1984 "Sugerencias para un enfoque del siglo XIX", en *Estudios CIEPLAN*, (12), pp. 9-36.

1987 *Portales una falsificación histórica*. Santiago: Editorial Universitaria.

1989 *Origen y ascenso de la burguesía chilena*. Santiago: Editorial Universitaria.

1990 *Historia de la ingeniería en Chile*. Santiago: Instituto de Ingenieros de Chile-Hachette.

- 1992 "La perturbación momentánea de 1891", en Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, pp. 13-22.
- 1995 *Vida fronteriza en la Araucanía. El mito de la Guerra de Arauco*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- VILLALOBOS R., Sergio y Rafael SAGREDO B.  
1987 *El proteccionismo económico en Chile. Siglo XIX*. Santiago: IPES BLAS CAÑAS.
- WEINBERG, Gregorio  
1998 *La ciencia y la idea de progreso en América Latina, 1860-1930*. Argentina: F.C.E.
- YRARRÁZAVAL, José Miguel  
1940 *El Presidente Balmaceda*. Santiago: Nascimento.
- YERMANY LUCKEHEIDE, Fernando  
1968 *Las obras públicas en las administraciones de Santa María y Balmaceda*. Santiago: Escuela de Derecho, Universidad de Chile.
- ZAPATA, Francisco  
1990 *Ideología y políticas en América Latina*. D.F.: COLMEX  
1992 *Desierto de la discordia. Minería y política internacional en Bolivia, Chile y Perú*. México, D.F.: COLMEX.
- ZÁRATE, Alfonso  
1995 *Los usos del poder. Mecanismos de la sucesión presidencial*. México, D.F.: Hoja Casa Editorial.
- ZEGERS A., Cristián  
1969 *Aníbal Pinto. Historia política de su gobierno*. Santiago: Editorial Universitaria.
- ZEITLIN, Maurice  
1985 *The Civil Wars in Chile (or the bourgeois revolutions that never were)*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- ZEITLIN, Maurice y Richard Earl RATCLIFF  
1988 *Landlords and Capitalists. The Dominant Class of Chile*. New Jersey: Princeton University Press.